PENÍNSULA IMPRESCINDIBLES

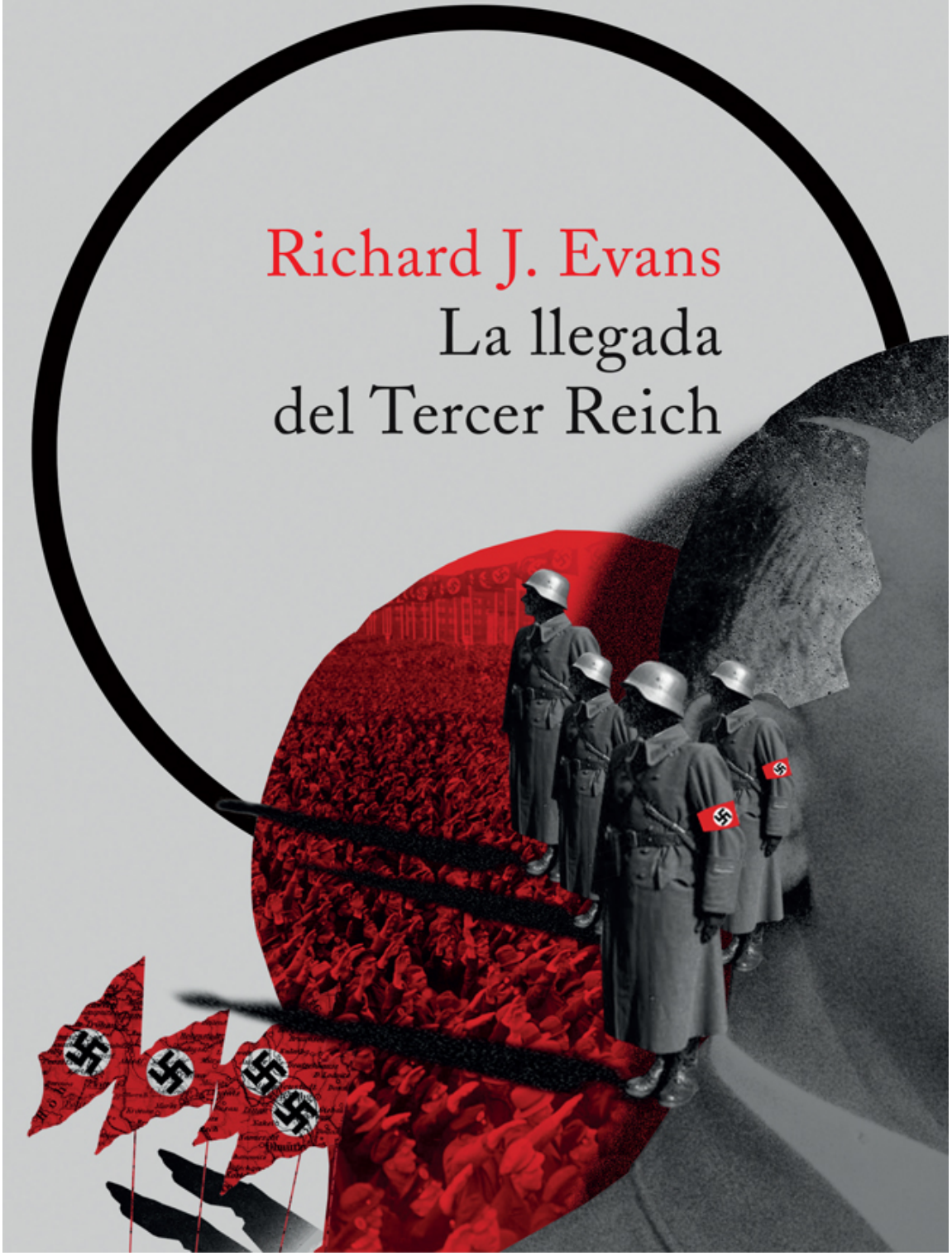
Richard J. Evans

La llegada del Tercer Reich

PENÍNSULA IMPRESCINDIBLES

Richard J. Evans

La llegada del Tercer Reich



Índice

Portada
Dedicatoria
Prefacio
1. La herencia del pasado
Peculiaridades alemanas
Evangelios de odio
El espíritu de 1914
Descenso al caos
2. El fracaso de la democracia
Los puntos débiles de Weimar
La gran inflación
Guerras culturales
Los aptos y los no aptos
3. La ascensión del nazismo
Revolucionarios bohemios
El "Putsch" de la cervecería
La reconstrucción del movimiento
Las raíces del compromiso
4. Hacia la toma de poder
La Gran Depresión
La crisis de la democracia
El triunfo de la violencia
Decisiones fatídicas
5. La creación del Tercer Reich
Comienza el terror
Fuego en el Reichstag
La destrucción de la democracia
Metiendo en vereda a Alemania
6. La revolución cultural de Hitler
Notas discordantes
La purga de las artes
"Contra el espíritu antialemán"
¿Una "revolución de la destrucción"?
Bibliografía
Lista de ilustraciones
Lista de mapas y gráficos
Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre**

Comparte

Para Matthew y Nicholas

PREFACIO

I

Este libro es el primero de tres sobre la historia del Tercer Reich. Cuenta la historia de sus orígenes, en el Imperio bismarckiano del siglo XIX, la Primera Guerra Mundial y los amargos años de posguerra de la República de Weimar. Continúa relatando la ascensión de los nazis al poder a través de una combinación de éxito electoral y violencia política generalizada en los años de la Gran Depresión económica, de 1929 a 1933. Su tema central es cómo los nazis consiguieron establecer una dictadura de partido único en Alemania en un periodo muy breve y con una oposición real del pueblo alemán aparentemente escasa. Un segundo libro tratará del desarrollo del Tercer Reich desde 1933 a 1939. Analizará sus instituciones esenciales, describirá su funcionamiento y cómo se vivía en él, y explicará cómo preparó al pueblo para una guerra que restableciera la posición de Alemania como la principal potencia de Europa. La guerra propiamente dicha será el tema de un tercer y último libro, que tratará de la rápida radicalización de las políticas de conquista militar del Tercer Reich, la movilización social y cultural, y la represión y el exterminio racial, hasta que terminó en colapso total y destrucción en 1945. Un capítulo final examinará las secuelas de los doce breves años de la historia del Reich y su legado para el presente y el futuro.

Estos tres libros van dirigidos en primer lugar a los que no saben nada sobre el tema, o que saben un poco y desearían saber más. Albergo la esperanza de que los especialistas encuentren algo de interés en ellos, pero no son el público al que van dirigidos en principio estos libros. La herencia del Tercer Reich se ha analizado por extenso en los medios en años recientes. Sigue despertando un interés generalizado. Restituciones e indemnizaciones, culpabilidades y peticiones de perdón se han convertido

en temas morales y políticos delicados. Nos rodean por todas partes imágenes del Tercer Reich y museos y monumentos que nos recuerdan lo que significó la Alemania nazi entre 1933 y 1945. Suelen pasarse por alto, sin embargo, los antecedentes de todo esto en la historia del propio Tercer Reich. Eso es lo que se proponen aportar estos tres libros.

Todo el que se embarque en un proyecto como éste debe empezar preguntándose inevitablemente si es necesario en realidad escribir otra historia más de la Alemania nazi. ¿Acaso no se han escrito bastantes? ¿No se ha escrito ya tanto que hay muy poco que se pueda añadir? Es indudable que hay pocos temas históricos que hayan sido objeto de una investigación tan exhaustiva. La última edición de la bibliografía más autorizada sobre el nazismo, publicada por el infatigable Michael Ruck en 2000, tiene más de 37.000 entradas; la primera edición, que apareció en 1995, sólo incluía 25.000. Este incremento sorprendente del número de títulos da elocuente testimonio del flujo constante e inagotable de publicaciones sobre el tema.[1] Ningún historiador puede albergar la esperanza de dominar ni siquiera una porción importante de una literatura tan abrumadora. Y, de hecho, tan abrumadora les ha parecido a algunos la mera cuantía de la información que hay disponible, tan aparentemente imposible de integrar, que han desesperado y desistido. Ha habido, en consecuencia, sorprendentemente pocos intentos de escribir una historia del Tercer Reich a gran escala. Es cierto que, en años recientes, se han publicado algunos estudios breves y sinópticos excelentes, entre los que destacan los de Norbert Frei y Ludolf Herbst,[2] algunos tratamientos analíticos estimulantes, sobre todo *Inside Nazi Germany*,[3] de Detlev Peukert, y algunas útiles colecciones de documentos, entre las que sobresale la antología en lengua inglesa en cuatro volúmenes editada, con amplios comentarios, por Jeremy Noakes.[4]

Pero el número de historias amplias globales y a gran escala de la Alemania nazi dirigidas a un público general se pueden contar con los dedos de una mano. La primera de ellas, y con mucho la de mayor éxito, fue *The Rise and Fall of the Third Reich*, de William L. Shirer, publicada en 1960. De este libro de Shirer probablemente se hayan vendido millones de ejemplares en las cuatro décadas y poco más que han transcurrido desde que se publicó. Nunca ha quedado agotada la edición y sigue siendo la

primera escala para muchas personas que quieren una historia general legible de la Alemania nazi. Hay buenas razones para su éxito. Shirer fue un periodista estadounidense que informó sobre la Alemania nazi hasta que su país entró en la guerra en diciembre de 1941, y tenía ojo de periodista para el detalle significativo y el incidente iluminador. Su libro está lleno de interés humano, cuenta con muchas citas fascinantes y está escrito con todo el talento y el estilo de los despachos desde el frente de un periodista curtido. Pero los historiadores profesionales lo denostaron unánimemente. El investigador alemán emigrado Klaus Epstein expresó la opinión de muchos cuando señaló que el libro de Shirer exponía una descripción «increíblemente tosca» de la historia alemana, haciendo que pareciese que conducía inevitablemente a la toma nazi del poder. Tenía «vacíos escandalosos» de información. Se concentraba demasiado en la alta política, la política exterior y los acontecimientos militares, y no estaba en modo alguno, incluso en 1960, «al día de las investigaciones del momento respecto al periodo nazi». Este comentario resulta aún más justificado hoy, casi medio siglo después, que en la época en que Epstein lo formuló. Así que el libro de Shirer, pese a todas sus virtudes, no puede aportar realmente una historia de la Alemania nazi que satisfaga las demandas del lector de principios del siglo XXI.[5]

El politólogo alemán Karl Dietrich Bracher aportó un tipo de investigación completamente distinto en su libro *La dictadura alemana*, publicado en 1969. Se trataba de la síntesis de sus estudios innovadores y valiosos aún sobre la caída de la República de Weimar y la toma nazi del poder, y se centraba especialmente en los orígenes y el crecimiento del nazismo y su relación con la historia alemana, precisamente los aspectos en que la obra de Shirer era más débil. Casi la mitad del libro estaba dedicada a esos temas; el resto contenía una exposición algo menos extensa de la estructura política del Tercer Reich, la política exterior, la economía y la sociedad, la cultura y las artes, el régimen del periodo de guerra y el hundimiento del sistema nazi. A pesar de este desequilibrio, la cobertura es fidedigna y magistral y sigue siendo un clásico. La gran virtud del estudio de Bracher es su claridad analítica y su voluntad decidida de explicar, exponer e interpretar todo lo que abarca. Es un libro al que se puede volver

provechosamente una y otra vez. Pero no sólo es desequilibrado en el tratamiento del tema, sino que es además intencionadamente académico en el enfoque; al lector le resulta a menudo difícil seguirlo, y ha sido superado inevitablemente en muchos aspectos por las investigaciones de las últimas tres décadas y media.[6]

Si Shirer representó el aspecto popular y Bracher el académico del tratamiento de la Alemania nazi, ha habido recientemente un autor que ha cubierto el vacío que existía entre los dos. El *Hitler* en dos volúmenes del historiador inglés Ian Kershaw inserta con éxito la vida de Hitler en la historia alemana moderna y muestra cómo su ascensión y su caída estuvieron vinculadas a factores históricos más amplios. Pero el *Hitler* de Kershaw no es una historia de la Alemania nazi. En realidad, siguiendo el creciente aislamiento del propio Hitler durante la guerra, va reduciendo cada vez más, inevitablemente, el ámbito en que se centra. Fija su atención en los sectores a los que Hitler dedicó más atención, es decir, en la política exterior, la guerra y la raza. No puede adoptar, por definición, los puntos de vista de la gente corriente ni adentrarse demasiado en las áreas que no afectaban directamente a Hitler.[7] Uno de los principales objetivos de este libro y de los dos volúmenes siguientes es, por tanto, cubrir un amplio abanico de aspectos importantes de la historia del Tercer Reich: no sólo la política, la diplomacia y los asuntos militares, sino también la sociedad, la economía, la política racial, la policía y la administración de justicia, la literatura, la cultura y las artes, con una amplitud que está ausente, por razones diversas, en tratamientos anteriores, para agruparlo todo y ver cómo estaba relacionado.

El éxito de la biografía de Kershaw demostró que la investigación de la Alemania nazi es una tarea internacional. El tratamiento general a gran escala más reciente que ha aparecido sobre el tema ha sido también obra de un historiador inglés: *El Tercer Reich: Una nueva historia*, de Michael Burleigh. Transmite desde el principio a los lectores la violencia básica del régimen nazi, hasta un punto y un grado que ningún otro libro consigue alcanzar. Los autores del medio académico pintan con demasiada frecuencia, como lamenta Burleigh con toda justicia, un cuadro desvaído, casi abstracto, de los nazis, como si las teorías y los debates sobre ellos

fuesen más importantes que las personas mismas. Su libro restablece espectacularmente el equilibrio. El propósito principal de Burleigh fue aportar una historia moral del Tercer Reich. Su libro se concentra principalmente en el asesinato masivo, la resistencia y la colaboración, la violencia política y la coerción, los crímenes y las atrocidades. Al hacer eso, reafirma potentemente una visión de la Alemania nazi como una dictadura totalitaria, aspecto que se ha minimizado con demasiada frecuencia en años recientes. Pero no se plantea ninguna consideración detallada de la política exterior, la estrategia militar, la economía, el cambio social, la cultura y las artes, la propaganda, las mujeres y la familia, y muchos otros aspectos de la Alemania nazi que han sido tema de investigación reciente. Además, al dar prioridad al juicio moral, tiende a menospreciar la explicación y el análisis. Se desdeña, por ejemplo, la ideología nazi como sólo «tonterías», «un disparate pretencioso» y cosas similares, para destacar la inmoralidad del hecho de que los alemanes abandonasen su deber moral de pensar. Pero hay cosas a favor de un enfoque distinto que, como el de Bracher, se tome en serio esas ideas, por muy repulsivas o ridículas que puedan parecerle a un lector moderno, y explique cómo y por qué llegaron a creer en ellas tantas personas en Alemania.[8]

Esta historia se plantea aunar las virtudes de tratamientos como los antes mencionados. Es, en primer lugar, una crónica narrativa, como el libro de Shirer. Se propone contar la historia del Tercer Reich en orden cronológico y mostrar cómo una cosa llevó a otra. La historia narrativa dejó de estar de moda durante muchos años en las décadas de 1970 y 1980, en que los historiadores se centraron en todas partes en enfoques analíticos derivados principalmente de las ciencias sociales. Pero una serie de historias narrativas a gran escala recientes han demostrado que se puede hacer una historia así sin sacrificar el rigor analítico ni el potencial explicativo.[9] Este libro intenta también, como el de Shirer, dar voz a la gente que vivió durante los años de los que trata. La deformación partidista de la investigación histórica alemana bajo los nazis, el culto a la personalidad y la veneración del caudillaje por los que escribían la historia en el Tercer Reich, hicieron que los historiadores alemanes reaccionasen después de la Segunda Guerra Mundial eliminando totalmente de la historia

a personalidades individuales. En el periodo de 1970-1990, bajo la influencia de la historia social moderna, se interesaron sobre todo por estructuras y procesos más amplios.[10] La aportación que esta tarea proporcionó hizo avanzar inconmensurablemente nuestro conocimiento de la Alemania nazi. Pero los seres humanos reales casi desaparecieron del mapa en esa búsqueda del conocimiento intelectual. Así que uno de los propósitos de la presente obra ha sido volver a introducir a los individuos en el cuadro; y he procurado a lo largo de ella incluir el mayor número posible de citas de los escritos y discursos de los contemporáneos y yuxtaponer a la narración más exhaustiva y a la amplitud analítica del libro las historias de los hombres y mujeres reales que se hallaban atrapados en el drama de los acontecimientos, abarcando desde la cúspide del régimen hasta el ciudadano corriente.[11]

Referir la experiencia de los individuos es lo que mejor transmite la profunda complejidad de las alternativas entre las que tenían que elegir, y el carácter difícil y con frecuencia nada claro de las situaciones a las que se enfrentaban. Los contemporáneos no podían ver las cosas con la misma claridad con que podemos verlas nosotros, que las consideramos retrospectivamente: ellos no podían saber en 1930 lo que iba a pasar en 1933, no podían saber en 1933 lo que habría de llegar en 1939, en1942 o en 1945. Es indudable que se habrían decidido por unas alternativas distintas si lo hubiesen sabido. Uno de los grandes problemas que se plantean al escribir la historia es el de imaginarse uno en el mundo del pasado, con todas las dudas e inseguridades a las que se enfrentaba la gente ante un futuro que para el historiador se ha convertido también en el pasado. Procesos que parecen inevitables en una consideración retrospectiva no lo eran en modo alguno en la época, y al escribir este libro he procurado recordarle al lector con insistencia que las cosas podrían fácilmente haber acabado siendo muy distintas de lo que fueron en una serie de aspectos de la historia de Alemania en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. La gente hace su propia historia, como tan memorablemente comentó una vez Karl Marx, pero no bajo condiciones elegidas por ella. Entre esas condiciones no sólo se incluía el contexto histórico en el que vivía sino también su forma de pensar, los supuestos en los que se apoyaba y los

principios y creencias en que se basaba su conducta.[12] Un objetivo básico de este libro es recrear todas esas cosas para el lector moderno y recordarle que, citando otro aforismo famoso sobre la historia, «el pasado es un país extranjero: allí se hacen las cosas de otra manera».[13]

Por todas estas razones, me parece impropio que una obra de historia se permita el lujo del juicio moral. Es, por una parte, antihistórico, y por otra, arrogante y presuntuoso. Yo no puedo saber cómo me habría comportado si hubiese vivido bajo el Tercer Reich, aunque sólo fuese porque si hubiese vivido entonces, habría sido una persona diferente de la que soy ahora. Desde principios de los años noventa se ha producido en el estudio histórico de la Alemania nazi, y cada vez más también en el de otros temas, una invasión de conceptos y enfoques derivados de la moral, la religión y el derecho. Dichos conceptos y enfoques podrían ser adecuados para determinar si se debería otorgar o no a un individuo o a un grupo una compensación por los sufrimientos padecidos bajo los nazis, o si, por otra parte, se debería imponer algún tipo de obligación de indemnizar por sufrimientos infligidos a otros, y en esos contextos sería no sólo legítimo, sino también importante, aplicarlos. Pero no corresponden a una obra histórica.[14] Como ha destacado Ian Kershaw: «Para alguien ajeno, alguien que no fuese alemán y no hubiese tenido experiencia del nazismo, tal vez sea demasiado fácil criticar, esperar reglas de conducta a las que era casi imposible atenerse dadas las circunstancias».[15] A esta distancia temporal, ese mismo principio es válido también para la gran mayoría de los alemanes. Así que he procurado en la medida de lo posible evitar el uso de un lenguaje que lleve incorporado un bagaje moral, religioso o ético. El propósito de este libro es entender: es al lector al que le corresponde juzgar.

Entender cómo y por qué llegaron los nazis al poder es tan importante hoy como lo ha sido siempre, tal vez más aún, al ir desvaneciéndose el recuerdo. Necesitamos penetrar en la mente de los propios nazis. Necesitamos descubrir por qué sus adversarios no consiguieron pararles. Necesitamos captar la naturaleza y el funcionamiento de la dictadura nazi una vez que se estableció. Necesitamos desentrañar los procesos a través de los cuales el Tercer Reich precipitó a Europa y al mundo en una guerra de una ferocidad sin parangón que terminó con su propio hundimiento

cataclísmico. Hubo otras catástrofes en la primera mitad del siglo XX, la más notable de las cuales tal vez fuese el reinado del terror desencadenado por Stalin en Rusia durante los años treinta. Pero ninguna ha tenido efectos tan perdurables o tan profundos. El Tercer Reich, desde su entronización del odio y la discriminación racial como el centro de su ideología hasta su desencadenamiento de una guerra de conquista implacable y destructora, se ha inmolado a sí mismo en la conciencia del mundo moderno como jamás ha conseguido hacerlo, afortunadamente quizás, ningún otro régimen. La historia de cómo Alemania, un país estable y moderno, en menos del transcurso de una vida humana llevó a Europa a la ruina y a la desesperación morales, materiales y culturales, es una historia que tiene lecciones instructivas para todos nosotros; lecciones que debe ser de nuevo el lector quien las tome del libro, no el autor el que se las dé.

II

Explicar cómo sucedió eso ha tenido ocupados desde el principio mismo a comentaristas e historiadores de muchos tipos. Intelectuales disidentes y emigrados como Konrad Heiden, Ernst Fraenkel y Franz Neumann publicaron análisis del Partido Nazi y del Tercer Reich durante los años treinta y cuarenta que aún merece la pena leer hoy, y ejercieron una influencia duradera como guía orientadora en la investigación.[16] Pero el primer intento real de situar el Tercer Reich en su contexto histórico después del acontecimiento lo escribió el principal historiador alemán de la época, Friedrich Meinecke, inmediatamente después de que acabase la Segunda Guerra Mundial. Meinecke culpó de la crisis del Tercer Reich sobre todo a la creciente obsesión de Alemania por el poder mundial a partir de finales del siglo XIX, que se inició con Bismarck y adquirió una intensidad mayor en la época del káiser Guillermo II y de la Primera Guerra Mundial. En su opinión, se había difundido por toda Alemania un espíritu militarista que otorgaba al Ejército una torva influencia decisiva sobre la situación política. Alemania había adquirido una potencia industrial impresionante; pero para adquirirla se había concentrado excesivamente en una educación muy limitada a los conocimientos técnicos y había

sacrificado la formación moral y cultural más amplia. «Buscábamos lo que era “positivo” en la obra de Hitler», dice Meinecke refiriéndose a la elite de clase media alta culta a la que pertenecía; y era lo suficientemente sincero como para añadir que habían hallado algo que creían que satisfacía las necesidades del momento. Pero había resultado ser una ilusión engañosa. Mirando atrás y considerando una vida lo suficientemente larga para que pudiese recordar la unificación de Alemania con Bismarck en 1871 y todo lo que sucedió entre entonces y la caída del Tercer Reich, Meinecke llegaba a la conclusión provisional de que había algo viciado en el Estado nacional alemán desde el momento mismo de su fundación en 1871.

Las reflexiones de Meinecke, publicadas en 1946, eran tan importantes por sus limitaciones como por su valeroso intento de reconsiderar las aspiraciones y convicciones políticas de toda una vida. El viejo historiador había permanecido en Alemania durante todo el Tercer Reich, pero, a diferencia de muchos otros, nunca había ingresado en el Partido Nazi, ni había escrito ni trabajado en su favor. Pero, aun así, estaba condicionado por los planteamientos del nacionalismo liberal en los que se había formado. La catástrofe era para él, como indicaba el título de sus reflexiones de 1946, una catástrofe *alemana*, no una catástrofe judía, una catástrofe europea o una catástrofe mundial. Al mismo tiempo, daba primacía, como llevaban mucho tiempo haciendo los historiadores alemanes, a la diplomacia y a las relaciones internacionales como causa de la catástrofe, en vez de a factores sociales, culturales o económicos. Para él, el problema estribaba básicamente no en lo que él denominaba de pasada la «locura racial» que se había apoderado de Alemania bajo los nazis, sino la maquiavélica política de poder del Tercer Reich y su afán de dominar el mundo, que había acabado desembocando en su propia destrucción.[17]

Pese a todas sus deficiencias, el intento de Meinecke de entender planteó una serie de cuestiones clave que, tal como él predijo, han seguido ocupando a la gente desde entonces. ¿Cómo una nación tan avanzada y tan culta como Alemania pudo ceder tan deprisa y tan fácilmente a la fuerza brutal del nacionalsocialismo? ¿Por qué hubo tan escasa resistencia a la toma del poder por los nazis? ¿Cómo pudo un partido insignificante de la extrema derecha llegar al poder de una forma tan espectacularmente

brusca? ¿Por qué hubo tantos alemanes que no se dieron cuenta de las consecuencias desastrosas que podía tener el carácter violento, racista y asesino del movimiento nazi?[18] Las respuestas a esas preguntas han variado mucho a lo largo del tiempo, entre los historiadores y comentaristas de diversas nacionalidades y de una posición política a otra.[19] El nazismo no fue más que una de toda la serie de dictaduras violentas e implacables que surgieron en Europa en la primera mitad del siglo XX, una tendencia tan generalizada que un historiador ha calificado de «continente sombrío» a la Europa de ese periodo.[20] Esto plantea a su vez una serie de interrogantes sobre hasta qué punto se hallaba el nazismo arraigado en la historia alemana, así como hasta qué punto podía ser, en realidad, producto de procesos europeos más amplios y hasta qué punto compartió características básicas de sus orígenes y gobierno con otros regímenes europeos del periodo.

Estas consideraciones comparativas indican que es dudoso que se pudiese considerar menos probable que una sociedad económicamente avanzada y culturalmente refinada cayese en un abismo de violencia y destrucción que el que lo hiciese otra que lo fuese menos. El hecho de que Alemania hubiese producido un Beethoven, Rusia un Tolstoi, Italia un Verdi o España un Cervantes, no tenía nada que ver con el hecho de que todos esos países pasasen por dictaduras brutales en el siglo XX. Los elevados logros culturales a lo largo de siglos no hacen más inexplicable el hundimiento en la barbarie política que su ausencia; cultura y política no inciden una en otra de una forma tan simple y directa. Si hay algo que nos enseña la experiencia del Tercer Reich es que el amor a la gran música, el gran arte y la gran literatura no proporciona a la gente ningún tipo de inmunización moral ni política contra la violencia, la atrocidad o el sometimiento a la dictadura. De hecho, muchos comentaristas de la izquierda aseguraron desde los años treinta en adelante que el carácter avanzado de la sociedad y la cultura alemanas fue precisamente la causa principal del triunfo del nazismo. La economía de Alemania era la más fuerte de Europa y su sociedad, la que había logrado un mayor desarrollo. La empresa capitalista había alcanzado allí una escala y un nivel de organización sin precedentes. Según los marxistas esto significó que la

lucha de clases entre los propietarios del capital y aquellos a los que explotaban se había agudizado hasta llegar al punto de ruptura. El gran capital y sus adláteres, ante la perspectiva de perder su poder y sus beneficios, hicieron uso de toda la influencia y de todos los medios de propaganda de que disponían para crear un movimiento de masas que estuviese al servicio de sus intereses (el Partido Nazi) y para elevarlo luego al poder y beneficiarse de él una vez instalado allí.[21]

Este punto de vista, elaborado con una perfección considerable por toda una diversidad de investigadores marxistas desde los años veinte hasta los años ochenta, no debería desdeñarse como simple propaganda; ha inspirado una amplia gama de trabajo sustancial de nivel académico a lo largo de los años a ambos lados del Telón de Acero que dividió a Europa durante la Guerra Fría, entre 1945 y 1990. Aun así, plantea muchas dudas como explicación amplia y general. Pasó por alto en gran medida las doctrinas raciales del nazismo, y no explicaba en absoluto el hecho de que los nazis desplegasen un odio tan venenoso contra los judíos no sólo en la retórica sino también en la realidad. Dados los considerables recursos que dedicó el Tercer Reich a perseguir a millones de personas y, a acabar con ellas, incluidas muchas que eran impecablemente burguesas, productivas, acomodadas y, en no pocos casos, capitalistas, no resulta muy convincente que se pueda reducir el fenómeno del nazismo al producto de una lucha de clases contra el proletariado o a un intento de preservar el sistema capitalista que tantos judíos de Alemania contribuyeron a sostener. Además, si el nazismo era el resultado inevitable de la aparición del capitalismo monopolista e imperialista, ¿cómo se podía explicar el hecho de que sólo surgiese en Alemania y no en otras economías capitalistas similarmente avanzadas como Inglaterra, Bélgica o Estados Unidos?[22]

Precisamente, esa pregunta fue la que se hicieron muchos no alemanes durante la Segunda Guerra Mundial y la que se plantearon algunos alemanes al menos inmediatamente después. Muchos comentaristas, sobre todo en los países que habían pasado ya por una guerra contra Alemania en 1914-1918, aseguraban que la ascensión y el triunfo del nazismo eran el resultado inevitable de siglos de historia alemana. Según esta tesis, postulada por autores tan diversos como el periodista estadounidense

William L. Shirer, el historiador inglés A. J. P. Taylor y el investigador francés Edmond Vermeil, los alemanes habían rechazado ya antes la democracia y los derechos humanos, se habían doblegado ante caudillos fuertes y se habían entregado a vagos pero peligrosos ensueños de dominio del mundo.[23] Esto se ajustaba, curiosamente, a la versión de la historia de su país de los propios nazis, en la que los alemanes se habían atenido, por alguna especie de instinto racial básico, a esos rasgos fundamentales, pero se habían desviado de ellos por influencias extranjeras como la Revolución francesa.[24] Pero como han señalado muchos críticos, este enfoque simplista plantea inmediatamente la cuestión de por qué los alemanes no sucumbieron a una dictadura de tipo nazi mucho antes de 1933. Pasa además por alto el hecho de que había fuertes tradiciones liberales y democráticas en la historia alemana, tradiciones que hallaron expresión en convulsiones políticas como la revolución de 1848, en que se derribaron por toda Alemania regímenes autoritarios. Y hace que resulte más difícil, en vez de más fácil, explicar cómo y por qué llegaron al poder los nazis, ya que no tiene en cuenta la muy amplia oposición al nazismo que existía en Alemania incluso en 1933, y nos impide con ello plantear la pregunta crucial de por qué fue derrotada esa oposición. Si no se reconoce la existencia de esa oposición al nazismo dentro de la propia Alemania, su ascensión al poder deja completamente de ser un drama: se convierte sólo en el cumplimiento de lo inevitable.

Ha sido demasiado fácil para los historiadores mirar hacia atrás en el curso de la historia alemana desde el punto de observación ventajoso de 1933 e interpretar casi todo lo que había sucedido en ella como una contribución a la ascensión y el triunfo del nazismo. Esto ha conducido a todo tipo de distorsiones, muchos historiadores se han dedicado a recurrir a citas escogidas de pensadores alemanes como Herder, el apóstol del nacionalismo de finales del siglo XVIII, o Martín Lutero, el fundador del protestantismo del siglo XVI, para ilustrar lo que son, según ellos, rasgos alemanes arraigados de desprecio hacia otras nacionalidades y obediencia ciega a la autoridad dentro de sus propias fronteras.[25] Pero cuando examinamos más detenidamente la obra de pensadores como éstos, descubrimos que Herder predicó la tolerancia y la solidaridad hacia otras

nacionalidades, mientras que es bien sabido que Lutero insistió en el derecho de la conciencia individual a rebelarse contra las autoridades espiritual e intelectual.[26] Además, aunque las ideas tengan un poder propio, ese poder está siempre condicionado, aunque sea indirectamente, por circunstancias sociales y políticas, algo de lo que se olvidaron con demasiada frecuencia los historiadores que generalizaron sobre el «carácter alemán» o la «mentalidad alemana».[27]

Una corriente distinta de pensamiento, expuesta a veces por los mismos autores, ha destacado no la importancia de la ideología y la fe en la historia alemana, sino su intrascendencia. Los alemanes, se ha dicho a veces, no sentían ningún interés real por la política y nunca llegaron a habituarse al toma y daca del debate político democrático. Pero de todos los mitos de la historia alemana que se han sacado a colación para explicar la llegada del Tercer Reich en 1933, no hay ninguno que resulte menos convincente que el del «alemán apolítico». Esta idea, que es en gran medida creación del novelista Thomas Mann durante la Primera Guerra Mundial, se convirtió luego en una coartada para la clase media ilustrada del país, que se absolvería así de culpa alguna por apoyar el nazismo aceptando la crítica por el delito mucho menos grave de no haberse opuesto a él. Historiadores de muchos tipos han afirmado que la clase media alemana se había apartado de la actividad política después de la debacle de 1848 y se había refugiado en hacer dinero o en la literatura, la cultura y las artes. Los alemanes ilustrados pusieron la eficiencia y el éxito por encima de la moral y la ideología.[28] Hay, sin embargo, pruebas abundantes de lo contrario, como veremos a lo largo de este libro. De lo que padeció Alemania a partir de los años veinte no fue de falta de compromiso político y de convicción política; si padeció de algo fue, precisamente, de lo contrario.

Como es natural, a los historiadores alemanes les pareció muy criticable que se hiciesen unas generalizaciones tan amplias y hostiles sobre el carácter alemán. En el periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial hicieron todo lo posible por desviar esa crítica señalando las raíces europeas más amplias de la ideología nazi. Destacaron el hecho de que el propio Hitler no era alemán sino austriaco. Y adujeron paralelismos con otras dictaduras europeas de la época, desde la Italia de Mussolini a la Rusia de

Stalin. Argumentaban que no había duda de que, teniendo en cuenta el colapso general de la democracia europea en el periodo de 1917 a 1933, la llegada de los nazis al poder debería considerarse no como la culminación de una serie de procesos históricos largos y no exclusivamente alemanes, sino más bien como el hundimiento del orden establecido en Alemania, lo mismo que en otros países, como consecuencia del cataclismo de la Primera Guerra Mundial.[29] Según este enfoque, la irrupción de la sociedad industrial lleva por primera vez a las masas a la escena política. La guerra destruyó la jerarquía social, los valores morales y la estabilidad económica por toda Europa. El Imperio de los Habsburgo, el alemán, el zarista y el otomano se desmoronaron todos ellos, y los nuevos Estados democráticos que surgieron después cayeron muy pronto víctimas de la demagogia de agitadores sin escrúpulos que sedujeron a las masas para que votaran por su propia esclavización. El siglo XX se convirtió en un periodo de totalitarismo que culminó con los intentos de Hitler y Stalin de entronizar un nuevo tipo de orden político basado en un control policial total, el terror y la represión implacable y el asesinato de millones de adversarios reales o imaginarios, por una parte, y en una movilización de masas continua y un entusiasmo fomentado mediante refinados métodos propagandísticos, por otra.[30]

Aunque es bastante fácil ver cómo esos argumentos servían a los intereses de los exponentes occidentales de la Guerra Fría en los años cincuenta y sesenta, equiparando implícita o explícitamente la Rusia de Stalin con la Alemania de Hitler, la concepción de ambas como variedades de un fenómeno único ha experimentado recientemente una especial revitalización.[31] Y es indudable que no hay nada ilegítimo en el hecho de comparar los dos regímenes.[32] La idea del totalitarismo como fenómeno político general se remontaba ya a principios de los años veinte. La utilizó en un sentido positivo Mussolini, que reclamó, como Hitler y Stalin, un control total de la sociedad que entrañaba la renovación de la naturaleza humana para lograr un «nuevo» tipo de ser humano. Pero pese a las similitudes que pueda haber entre esos diversos regímenes, las diferencias entre las fuerzas que hay tras los orígenes, la ascensión y el triunfo final del nazismo y el estalinismo es notorio que son demasiado acusadas para que el concepto de «totalitarismo» explique gran cosa en este campo. Al final, es

más útil como descripción que como explicación, y probablemente sirva más para ayudarnos a entender cómo actuaron las dictaduras del siglo XX después de que alcanzaran el poder que para explicar cómo lo consiguieron.

Había, por supuesto, algunas similitudes entre Rusia y Alemania antes de la Primera Guerra Mundial. Las dos naciones estaban regidas por monarquías autoritarias, respaldadas por una poderosa burocracia y una potente elite militar, que se enfrentaban a un cambio social rápido provocado por la industrialización. Ambos sistemas políticos fueron destruidos por la profunda crisis de la derrota en la Primera Guerra Mundial, y a ambos les sucedió un breve periodo de democracia plagada de conflictos antes de que esos conflictos se resolviesen con el advenimiento de dictaduras. Pero había también muchas diferencias cruciales, la principal de ellas que los bolcheviques no llegaron a conseguir nunca el grado de apoyo público en elecciones libres que aportó la base esencial para que los nazis llegaran al poder. Rusia estaba atrasada, era abrumadoramente rural, carecía de los elementos básicos de una sociedad civil y una tradición política representativa. Era un país enormemente distinto de la Alemania industrial avanzada y sumamente ilustrada, con sus tradiciones seculares de instituciones representativas, soberanía de la ley y ciudadanía políticamente activa. Es cierto, sin duda, que la Primera Guerra Mundial destruyó el viejo orden en toda Europa. Pero el viejo orden difería sustancialmente de un país a otro, y se destruyó de formas distintas, con consecuencias diferentes. Si lo que buscamos es otro país con procesos comparables, entonces, como veremos, Italia, la otra nación de Europa recién unificada junto con Alemania, es un lugar mucho mejor para empezar que Rusia.

Al buscar una explicación de los orígenes y la ascensión del nazismo en la historia alemana es indiscutible que se corre el peligro de hacer que todo el proceso parezca inevitable. Sin embargo, las cosas podrían haber sido distintas casi en cada cambio. El triunfo del nazismo distó mucho de ser una conclusión prevista hasta los primeros meses de 1933. Tampoco fue, sin embargo, un accidente.[33] Los que afirmaron que el nazismo llegó al poder como parte de una serie básicamente europea de procesos hasta cierto punto tenían razón al decir eso. Pero han prestado demasiado poca atención al hecho de que el nazismo, aunque lejos de ser una consecuencia inevitable

del curso de la historia alemana, es indudable que recurrió, para conseguir el triunfo, a tradiciones y procesos políticos e ideológicos que eran por su naturaleza específicamente alemanes. Esas tradiciones puede que no se remontasen hasta Martín Lutero, pero es indudable que podían rastrearse en el curso de la historia alemana a lo largo del siglo XIX, y sobre todo hasta el proceso por el que el país se convirtió con Bismarck en un Estado unificado en 1871. Así que tiene sentido empezar en ese punto, como hizo Friedrich Meinecke en sus reflexiones de 1946, cuando investigó las razones por las que los nazis llegaron al poder poco más de seis décadas después y desencadenaron un cataclismo como el que desencadenaron en Alemania, Europa y el mundo con tan poca oposición de la mayoría de los alemanes. Como veremos a lo largo de este libro y en los dos volúmenes siguientes, hay muchas respuestas diferentes a estos interrogantes, que van desde la naturaleza de la crisis que se abatió sobre Alemania a principios de los años treinta hasta la forma en que los nazis establecieron y consolidaron su control una vez que llegaron al poder, y no es tarea fácil sopesarlas todas. Pero es indudable que el peso de la historia alemana desempeñó un papel, y es con la historia alemana, por ello, con la que este libro tiene que empezar.

III

Los inicios del siglo XXI son un momento particularmente bueno para emprender un proyecto de este género. La investigación histórica sobre el Tercer Reich ha pasado por tres fases principales desde 1945. En la primera, desde el final de la guerra hasta mediados de la década de 1960, los investigadores se centraron sobre todo en aclarar los interrogantes que se abordan primordialmente en el presente volumen. Politólogos e historiadores como Karl Dietrich Bracher produjeron obras importantes sobre el hundimiento de la República de Weimar y la toma nazi del poder.[34] En los años setenta y ochenta la atención pasó a centrarse en la historia del periodo comprendido entre 1933 y 1939 (el tema del segundo volumen de este estudio), con la ayuda del retorno a los archivos alemanes de gran cantidad de documentos capturados por los aliados y que éstos mantenían bajo su custodia. Martin Broszat y Hans Mommsen en particular elaboraron

una serie de estudios innovadores sobre las estructuras internas del Tercer Reich, en que rebatían la tesis predominante de que se trataba de un sistema totalitario en el que las decisiones se tomaban en la cúspide, por Hitler, y luego iban transmitiéndose hacia abajo, y analizaban el conjunto de centros de poder que competían entre sí, cuya rivalidad, aseguraban, llevó al régimen a adoptar políticas cada vez más radicales. Complementó su obra una masa de nuevas investigaciones sobre la historia de la vida cotidiana bajo los nazis, que se centró sobre todo en los años que precedieron al estallido de la Segunda Guerra Mundial.[35] Desde la década de 1990 la investigación ha entrado en una tercera fase, en la que se ha prestado atención preferente a los años 1939-1945 (el tema del tercer volumen de este estudio). El descubrimiento de nuevos documentos en los archivos del antiguo bloque soviético y la creciente prominencia pública otorgada a la persecución y exterminio por los nazis de los judíos y de otros grupos, desde homosexuales a «asociales», desde trabajadores esclavos a disminuidos, han aportado una gran cantidad de nueva información importante.[36] Parece, pues, que es un momento adecuado para intentar una síntesis que reúna los resultados de estas tres fases de la investigación y aprovechar la gran cantidad de material nuevo que ha pasado a ser asequible recientemente, desde los diarios de Joseph Goebbels y Victor Klemperer a las actas de las reuniones del gabinete alemán y el libro de notas de Heinrich Himmler.

Una tarea como ésta es una empresa audaz e incluso puede que imprudente y hasta insensata para un historiador, y doblemente para uno que no es alemán. Sin embargo, llevo muchos años pensando en las cuestiones históricas que se abordan en este libro. Despertó seriamente mi interés por la historia alemana Fritz Fischer, cuya visita a Oxford cuando era yo pregraduado allí fue un hecho de importante significación intelectual. Más tarde, cuando investigaba en Hamburgo para el doctorado, pude compartir un poco la extraordinaria emoción generada por Fischer y su equipo, cuyo planteamiento del tema de la continuidad en la historia alemana moderna creó una auténtica sensación de fermento, y hasta de cruzada, entre los historiadores alemanes más jóvenes que agrupó en torno a él. En esa época, a principios de los años setenta, yo estaba interesado

sobre todo en los orígenes del Tercer Reich en la República de Weimar y en el Imperio guillermino; no llegué a escribir hasta más tarde sobre cómo la Alemania nazi desencadenó una polémica acalorada entre los historiadores alemanes modernos, y a hacer alguna investigación de archivo por iniciativa propia sobre el periodo de 1933-1945, como parte de un proyecto más amplio sobre la pena de muerte en la historia alemana moderna.[37] A lo largo de esos años tuve la suerte de que me ayudase de diversos modos todo un grupo de colegas y amigos alemanes, en especial Jürgen Kocka, Wolfgang Mommsen, Volker Ullrich y Hans-Ulrich Wehler. Numerosas y a menudo prolongadas estancias en Alemania, generosamente financiadas por instituciones como la Fundación Alexander von Humboldt y el Servicio de Intercambio Universitario Alemán, ayudaron a educarme, espero, en un mejor entendimiento de la cultura y la historia alemanas que el que poseía cuando empecé a principios de la década de 1970. Pocos países podrían haber sido más generosos o más acogedores con extranjeros deseosos de estudiar su problemático e incómodo pasado. Y la comunidad británica de especialistas en la historia alemana ha sido un apoyo constante durante todo el periodo; al principio, en los años que estuve en Oxford, Tim Mason fue una fuente especial de inspiración, y Anthony Nicholls guió con mano segura mis investigaciones. Nada de esto puede, claro está, compensar en último término el hecho de que no soy un alemán nativo; pero tal vez la distancia, inevitable consecuencia de ser un extranjero, pueda aportar también cierto distanciamiento, o al menos una diferencia de perspectiva que pueda ayudar un poco a compensar esa evidente desventaja.

A pesar de que había escrito sobre los orígenes, las consecuencias y la historiografía del Tercer Reich, investigado parte de su historia en los archivos e impartido un curso de lenta evolución y de base documental sobre él para pregraduados durante un periodo de más de veinte años, no me sentí impulsado a dedicarle mi atención en exclusiva hasta la década de 1990. Siempre estaré agradecido, por tanto, a Anthony Julius por pedirme que prestase testimonio pericial en el juicio por difamación que inició David Irving contra Deborah Lipstadt y sus editores, y a todo el equipo de la defensa, y en especial al principal asesor, Richard Rampton (Queen's Counsel) y a mis ayudantes de investigación Nik Wachsmann y Thomas

Skelton-Robinson, por muchas horas de análisis fructíferos y sugerentes de numerosos aspectos de la historia del Tercer Reich que afloraron durante el juicio.[38] Fue un privilegio participar en un caso cuya importancia resultó ser mayor de lo que ninguno de nosotros esperaba. Aparte de esto, una de las mayores sorpresas del trabajo que hicimos sobre el caso fue el descubrimiento de que muchos aspectos de los temas de los que estábamos tratando se hallaban aún sorprendentemente mal documentados.[39] Otra sorpresa, igual de importante, fue descubrir que no había ninguna crónica general realmente global y detallada del contexto histórico más amplio de la política nazi hacia los judíos en la historia general del propio Tercer Reich, pese a la existencia de muchas crónicas excelentes de esas políticas en un marco más reducido. Esta sensación de fragmentación creciente del conocimiento de la Alemania nazi se reforzó cuando me pidieron poco después que participara en la Comisión Asesora sobre la Expoliación (Spoliation Advisory Panel) del gobierno inglés, que estudiaba las reclamaciones de restitución de objetos culturales arrebatados injustamente a sus propietarios legítimos en el periodo 1933-1945. Era otro campo en el que aclarar cuestiones periciales dependía a veces del conocimiento histórico del contexto más amplio, y no había aún, sin embargo, ninguna historia general de la Alemania nazi a la que pudiese remitir a los demás miembros de la comisión para ayudarles a ese respecto. Al mismo tiempo, el enfrentarme directamente con estas importantes dimensiones legales y morales de la experiencia nazi a través del trabajo en estos dos marcos diferentes, me convenció más que nunca de que hacía falta una historia del Tercer Reich que no tuviese como marco de referencia el juicio moral o legal.

Éstas son, pues, algunas de las razones por las que he escrito este libro. Pueden ayudar a explicar algunos de sus rasgos distintivos. Para empezar, en una historia como ésta, dirigida a un público amplio, es importante evitar los términos técnicos. Dado que no es un libro escrito en alemán, he traducido en casi todos los casos los términos alemanes. Retener el alemán es una forma de mistificación, incluso de veleidad romántica, que debería evitarse. Sólo hay tres excepciones. La primera es «Reich», que, como explica el capítulo 1, tenía resonancias especiales intraducibles que

trascienden su equivalente «imperio», así como su término asociado «Reichstag», que designa al Parlamento nacional alemán. Se trata de una palabra que debería resultarle familiar al lector medio, y resultaría artificial hablar, por ejemplo, de «Tercer Imperio» en vez de «Tercer Reich» o del «incendio del Parlamento» en vez del «incendio del Reichstag». Se ha conservado también el título «káiser» como preferible al tosco equivalente «emperador», porque despertaba también recuerdos históricos poderosos y específicos. Se han incorporado asimismo al acervo común algunas otras palabras alemanas asociadas con el Tercer Reich que se han introducido también en otras lenguas, pero que se han apartado, al hacerlo, de su sentido original: «Gauleiter», por ejemplo, sólo significa un déspota nazi, así que para darle un sentido más preciso lo he traducido siempre como «jefe regional». Asimismo, se aludirá a Hitler no como «Führer» sino como el equivalente del término, «Jefe» o «Caudillo». Y aunque todo el mundo está familiarizado con el título de su libro *Mein Kampf*, pocos saben en realidad que significa *Mi lucha* a menos que sepan alemán.

Uno de los propósitos de la traducción es permitir a los lectores tener una idea veraz de lo que significan realmente esas cosas; no eran meros títulos o palabras, sino que contenían un gran bagaje ideológico. Algunas palabras alemanas no tienen un equivalente exacto y he preferido ser coherente en mi traducción, traduciendo «national» unas veces como «nacional» y otras como «nacionalista» (tiene el tono de ambas) y un término de similar complejidad, «Volk», como «pueblo» o «raza», según el contexto. Las traduciones no son siempre mías, pero donde las he tomado de versiones existentes las he cotejado siempre con el original y, en algunos casos, las he modificado de acuerdo con él. A los especialistas que saben alemán probablemente les resulte bastante irritante todo esto; se les aconseja que lean la edición alemana de este libro, que se publica simultáneamente con el título *Das Dritte Reich*, I; *Aufstieg*, Deutsche Verlags-Anstalt.

He procurado asimismo, considerando que esto no es una monografía académica para especialistas, limitar al máximo las notas. Están destinadas principalmente a permitir a los lectores comprobar las afirmaciones que se hacen en el texto; no se proponen aportar referencias bibliográficas

completas sobre los temas que se tratan, ni incluyen, salvo contadas excepciones, un análisis de temas detallados de interés secundario. He procurado, sin embargo, indicarle al lector interesado posteriores lecturas relevantes en los casos en que pueda interesarle profundizar más en un tema de lo que ha sido posible hacerlo en este libro. En los casos en que hay traducción al inglés de un libro alemán, he procurado citarla en vez del original. Para mantener las notas dentro de ciertos límites, he incluido sólo la información necesaria para localizar la fuente, es decir, el autor, el título y el subtítulo, el lugar y la fecha de publicación. La edición moderna es un asunto mundial, con los principales actores con base en una serie de países distintos, así que sólo se da el lugar de publicación principal.

Uno de los problemas más difíciles que plantea el escribir sobre la Alemania nazi es el de la impregnación del lenguaje de la época con la terminología nazi, como indicó ya hace mucho Victor Klemperer en su estudio clásico de lo que él llamó «Lingua Tertii Imperii», la 'lengua del Tercer Reich'.[40] Algunos historiadores se distancian de ella poniendo todos los términos nazis entre comillas o añadiendo algún epíteto crítico: así, el «Tercer Reich» o incluso «el llamado "Tercer Reich"». Pero en un libro como éste comprometería seriamente la legibilidad adoptar cualquiera de esos dos procedimientos. Aunque no debiera ser necesario decir esto, indicaré de todos modos que la terminología nazi que se utiliza en este libro refleja simplemente su uso en la época: no debería considerarse una aceptación, y menos aún una aprobación, del término en cuestión como una forma válida de designar aquello a lo que se refiere.

Cuando se habla de la Iglesia se refiere a la organización oficial de los cristianos, mientras que una iglesia es un edificio; Fascismo designa al movimiento italiano acaudillado por Mussolini, y fascismo al movimiento político genérico.

Si todo esto hace más claro y más legible lo que sigue, habrá cumplido su objetivo. Y si el libro en sí es, como albergo la esperanza de que lo sea, fácil de seguir, entonces gran parte del mérito debe atribuirse a los amigos y colegas que accedieron amablemente a leer la primera versión en muy poco tiempo, eliminaron muchas incorrecciones y enmendaron muchos errores, en especial Chris Clark, Christine L. Corton, Bernhard Fulda, sir Ian

Kershaw, Kristin Semmens, Adam Tooze, Nick Wachsmann, Simon Winder y Emma Winter. Bernhard Fulda, Christian Goeschel y Max Horster comprobaron las notas y localizaron documentos originales; Caitlin Murdock hizo lo mismo con las autobiografías de los miembros de las escuadras de asalto que se conservan en la Hoover Institution. Bernhard Fulda, Liz Harvey y David Welch suministraron amablemente algunos documentos clave. Contraje una gran deuda con todos ellos por su ayuda. Andrew Wylie ha sido un soberbio agente cuya capacidad de persuasión ha garantizado que este libro tenga los mejores editores posibles; Simon Winder, de Penguin, ha supuesto un tremendo apoyo en Londres, y ha sido un placer trabajar estrechamente con él en este libro. Scott Moyers me ha animado desde Nueva York con su entusiasmo y me ha ayudado mucho con sus sagaces comentarios sobre el texto mecanográfico, y en Alemania, Michael Neher ha obrado un milagro de organización al conseguir preparar con tanta rapidez la edición alemana. Fue un placer trabajar una vez más con los propios traductores, Holger Fliessbach y Udo Rennert, y también con András Bereznáy, que dibujó los mapas. Doy también las gracias a Chloe Campbell, de Penguin, que se ha esforzado tanto por ayudar en la búsqueda de las imágenes, consiguiendo permisos y buscando originales para las ilustraciones, a Simon Taylor por su generosa ayuda proporcionando algunas de las fotos, a Elizabeth Stratford por su meticulosa corrección de pruebas del texto definitivo y a los equipos de producción y diseño de ambas editoriales por la edición del libro.

Por último, mi mayor deuda es, como siempre, la que he contraído con mi familia, con Christine L. Corton por su apoyo práctico y su pericia en cuestiones de edición, y a ella y a nuestros hijos Matthew y Nicholas, a los que están dedicados estos volúmenes, por apoyarme durante la ejecución de un proyecto que aborda acontecimientos difíciles y a menudo terribles que todos nosotros hemos sido lo bastante afortunados para no experimentar en nuestra propia vida.

Cambridge, julio de 2003

1

LA HERENCIA DEL PASADO

PECULIARIDADES ALEMANAS

I

¿Es un error empezar con Bismarck? Fue, en varios sentidos, un personaje clave en la aparición del Tercer Reich. Por una parte, el culto a su memoria en los años que siguieron a su muerte impulsó a muchos alemanes a anhelar el retorno de la jefatura fuerte que su nombre representaba. Por otra, sus actos y sus decisiones políticas de mediados a finales del siglo XIX ayudaron a crear una herencia sombría para el futuro alemán. Fue, sin embargo, en muchos sentidos, un personaje complejo y contradictorio, tan europeo como alemán, tan moderno como tradicional. También en esto apuntaba su ejemplo hacia una enrevesada mixtura de lo nuevo y lo viejo, que fue tan característica del Tercer Reich. Conviene recordar que sólo cincuenta años separaban la fundación en 1871 del Imperio alemán por Bismarck y los triunfos electorales de los nazis de 1930-1932. Parece imposible negar que hubiese una conexión entre los dos hechos. Es aquí, más que en las remotas culturas religiosas y políticas jerárquicas de la Reforma o del absolutismo ilustrado del siglo XVIII, donde hallamos el primer momento real de la historia alemana que es posible relacionar directamente con la aparición del Tercer Reich en 1933.[1]

Otto von Bismarck, nacido en 1815, se hizo famoso como el más fiero de los conservadores alemanes, dado a afirmaciones brutales y a actos violentos, que nunca tenía miedo de exponer con contundente claridad lo que almas más cautas temían decir en voz alta. Procedente de un medio tradicional y aristocrático, arraigado al mismo tiempo en la clase terrateniente *Junker* y en la nobleza funcionarial, parecía representar para muchos el prusianismo en una forma extrema, con todas sus virtudes y sus vicios. Su dominio de la política alemana de la segunda mitad del siglo XIX fue brutal, arrogante y completo. No era capaz de ocultar el desprecio que le

inspiraban el liberalismo, el socialismo, el parlamentarismo, el igualitarismo y muchos otros aspectos del mundo moderno. Sin embargo, esto no pareció menoscabar lo más mínimo la reputación casi mítica que adquirió después de su muerte como el creador del Imperio alemán. En el centenario de su nacimiento, en 1915, cuando Alemania estaba en plena Primera Guerra Mundial, un liberal de espíritu humanitario como el historiador Friedrich Meinecke podía confortarse, e incluso inspirarse, con la imagen del «canciller de Hierro» como un hombre de fuerza y poder: «Es el espíritu de Bismarck—escribió—el que nos prohíbe sacrificar nuestros intereses vitales y nos ha forzado a la decisión heroica de asumir la lucha prodigiosa contra el Este y el Oeste, utilizando sus palabras: "Como un hombre fuerte, que tiene dos buenos puños a su disposición, uno para cada adversario"».[2] Éste era el caudillo grande y decisivo cuya ausencia muchos alemanes sentían agudamente en aquella coyuntura crucial para la suerte de su país. Habrían de sentir la ausencia de un caudillo como él con mayor intensidad aún en los años que siguieron al final de la guerra.

Pero en realidad Bismarck era un personaje mucho más complejo que esta tosca imagen, fomentada por sus acólitos después de su muerte. No era el jugador temerario dispuesto a correr riesgos de la leyenda posterior. Eran demasiado pocos los alemanes que recordaban posteriormente que había sido Bismarck el responsable de definir la política como «el arte de lo posible».[3] Él insistió siempre en que su técnica era calcular la dirección que iban a seguir los acontecimientos y luego aprovecharse de ellos para sus propios fines. Él lo expresó más poéticamente: «Un estadista no puede crear nada él mismo. Tiene que esperar y escuchar hasta que oiga los pasos de Dios resonar a través de los acontecimientos, y entonces levantarse de un salto y asir el borde de su túnica».[4] Bismarck sabía que no podía encajar por la fuerza los acontecimientos en el esquema que él quisiese. Si (por adoptar otra de sus metáforas favoritas) el arte de la política consistía en pilotar la nave del Estado a lo largo de la corriente del tiempo, ¿en qué dirección estaba fluyendo esa corriente en la Alemania del siglo XIX? Antes de que se iniciase el siglo, la Europa central llevaba más de un milenio fragmentada en una miríada de Estados autónomos, algunos de ellos poderosos y bien organizados, como Sajonia y Baviera, otros, «ciudades libres» de tamaño

pequeño o medio, o diminutos principados y señoríos que consistían en poco más que un castillo y una finca de tamaño modesto. Y todas esas entidades estaban agrupadas en el llamado Sacro Reich Romano de la Nación Alemana, fundado por Carlomagno en el 800 y disuelto por Napoleón en 1806. Ése fue el famoso «Reich de los mil años» que acabarían intentando emular los nazis. En la época en que se hundió bajo el peso de las invasiones napoleónicas, se hallaba en una condición calamitosa; las tentativas de establecer un grado significativo de autoridad central habían fracasado y Estados miembros poderosos y ambiciosos, como Austria y Prusia, habían tendido cada vez más a hacer sentir su peso en torno suyo como si el Reich no existiese.

Cuando se posó el polvo tras la derrota de Napoleón en Waterloo, en 1815, los Estados europeos crearon una organización sucesora del Reich en la forma de la Confederación Germánica, cuyas fronteras eran aproximadamente las mismas e incluían, como antes, las partes germanohablantes y checohablantes de Austria. El sistema policial establecido por el canciller austriaco, el príncipe Metternich, en la Europa central consiguió mantener durante un tiempo cerrada la tapa del caldero hirviente de la actividad revolucionaria y liberal provocada por los franceses en una activa minoría de gente ilustrada antes de 1815. Pero a mediados de la década de 1840 una nueva generación de intelectuales, abogados, estudiantes y políticos locales habían pasado a sentirse insatisfechos con la situación. Llegaron a creer que el medio más rápido de liberar Alemania de sus muchas tiranías, grandes y pequeñas, era acabar con los Estados miembros de la Confederación y sustituirlos por un solo sistema de gobierno alemán basado en instituciones representativas y que garantizase las libertades y derechos básicos (libertad de expresión, libertad de prensa, etc.) de los que aún seguía sin disfrutarse en tantas partes de Alemania. El descontento popular provocado por la pobreza y el hambre de los «hambrientos cuarenta» les dieron su oportunidad. En 1848 estalló la revolución en París y se extendió luego por toda Europa. Los gobiernos alemanes existentes fueron barridos y llegaron al poder los liberales.[5]

Los revolucionarios organizaron rápidamente elecciones en la Confederación, Austria incluida, y se convocó un Parlamento nacional en Frankfurt. Tras mucha deliberación, los diputados votaron una lista de derechos fundamentales y aprobaron una Constitución alemana siguiendo las directrices liberales clásicas. Pero no fueron capaces de hacerse con el control de los ejércitos de los dos Estados principales, Austria y Prusia. Esto resultó decisivo. En el otoño de 1848 los monarcas y generales de los dos Estados habían recuperado el valor. Se negaron a aceptar la nueva Constitución y, tras una oleada de actividad revolucionaria radical-democrática que recorrió Alemania en la primavera siguiente, disolvieron por la fuerza el Parlamento de Frankfurt y mandaron a casa a los diputados. La revolución había terminado. Se restableció la Confederación y los revolucionarios más destacados fueron detenidos, encarcelados u obligados a exiliarse. Los historiadores han considerado en general la década siguiente un periodo de reacción profunda, en el que el talón de hierro del autoritarismo alemán aplastó los valores liberales y las libertades civiles.

Muchos historiadores han considerado la derrota de la revolución de 1848 un acontecimiento crucial de la historia alemana moderna, el momento, según la frase famosa del historiador A. J. P. Taylor, en que «la historia alemana llegó al punto en que debía dar un giro y no lo hizo».[6] Sin embargo, Alemania no se adentró por un «camino especial» recto y sin desvíos hacia el nacionalismo agresivo y la dictadura política después de 1848.[7] Habrían de darse muchos giros y vueltas evitables a lo largo del camino. En primer lugar, la suerte de los liberales había experimentado una espectacular transformación una vez más a principios de la década de 1860. Lejos de ser una vuelta completa al viejo orden, el régimen posrevolucionario había procurado satisfacer muchas de las peticiones de los liberales, aunque no llegase a otorgar ni la unificación nacional ni la soberanía parlamentaria. A finales de la década de 1860 se habían introducido ya en casi toda Alemania los juicios públicos con jurado, la igualdad ante la ley, la libertad de empresa mercantil, la abolición de las formas más criticables de censura oficial de la literatura y la prensa, los derechos de reunión y de asociación y muchas cosas más. Y algo crucial: muchos Estados habían creado asambleas representativas en las que

diputados elegidos disponían de libertad de discusión y gozaban de algunos derechos al menos sobre la legislación y la recaudación de rentas del Estado.

Fue precisamente de este último derecho del que se valieron los renacidos liberales en Prusia en 1862 para bloquear la recaudación de impuestos hasta que se pusiese al Ejército bajo el control de la asamblea legislativa, como no había sucedido, funestamente, en 1848. Esto significaba una grave amenaza para la financiación de la maquinaria militar prusiana. El monarca prusiano nombró para afrontar la crisis al hombre que había de convertirse en la personalidad dominante de la política alemana durante los treinta años siguientes: Otto von Bismarck. Por entonces los liberales habían deducido correctamente que no había ninguna posibilidad de que Alemania se uniese, como en 1848, en un Estado nacional que incluyese la Austria germanohablante. Eso habría significado la desintegración de la monarquía de los Habsburgo, que incluía enormes extensiones de territorio, desde Hungría hasta la Italia septentrional, que quedaban fuera de las frontreras de la Confederación Alemana, e incluía a muchos millones de personas que hablaban lenguas distintas del alemán. Pero los liberales consideraron también que, después de la unificación de Italia en 1859-1860, había llegado su hora. Si los italianos habían conseguido crear un Estado nacional propio, no cabía duda de que los alemanes serían también capaces de hacerlo.

Bismarck pertenecía a una generación de políticos europeos, como Benjamin Disraeli en Inglaterra, Napoleón III en Francia o Camilo Cavour en Italia, que estaban dispuestos a utilizar medios radicales e incluso revolucionarios con fines básicamente conservadores. Comprendió que no se podían ignorar las fuerzas del nacionalismo. Pero se dio cuenta también de que, después de las frustraciones de 1848, muchos liberales estarían dispuestos a sacrificar una parte al menos de sus principios liberales en aras de la unidad nacional para conseguir lo que querían. En una serie de movimientos rápidos y resueltos, Bismarck se alió con los austriacos para arrebatar los disputados ducados de Schleswig-Holstein al reino de Dinamarca, y organizó luego una guerra entre Prusia y Austria por la administración de éstos, que terminó con una rotunda victoria de las fuerzas

prusianas. La Confederación Germánica se desmoronó, creándose a continuación una institución sucesora sin los austriacos ni sus aliados germánicos del sur, que Bismarck denominó, a falta de un término más imaginativo, Confederación Alemana del Norte. Inmediatamente la mayoría de los liberales prusianos, dándose cuenta de que la creación de un Estado nacional estaba justo a la vuelta de la esquina, perdonaron a Bismarck su política (aplicada con un sublime desdén hacia los derechos parlamentarios durante los cuatro años anteriores) de recaudar impuestos y financiar al Ejército sin aprobación del Parlamento. Le vitorearon cuando organizó otra guerra, contra los franceses, quienes temían acertadamente que la creación de una Alemania unida significase el fin del predominio del que habían gozado durante los quince años anteriores en la política de poder europea.[8]

Al aplastamiento de los ejércitos franceses en Sedán y en otros lugares siguió la proclamación de un nuevo Imperio alemán, en el Salón de los Espejos del antiguo palacio real francés de Versalles. Construido por Luis XIV, el Rey Sol, en la cúspide de su poder casi doscientos años antes, el palacio se convirtió entonces en un símbolo humillante de la derrota y la impotencia francesas. Fue éste un momento clave de la moderna historia alemana y en realidad europea. Para los liberales parecía la culminación de sus sueños. Pero tuvieron que pagar un alto precio. Varias características de la creación de Bismarck tendrían sombrías consecuencias para el futuro. En primer lugar, la decisión de llamar al nuevo Estado «el Reich alemán» conjuraba inevitablemente recuerdos de su predecesor de mil años, la potencia dominante en Europa durante tantos siglos. Algunos se refirieron, de hecho, a la creación de Bismarck como el «Segundo Reich». El uso de la palabra implicaba también que donde el Primer Reich había fracasado, frente al ataque francés, el Segundo había triunfado. Entre los muchos aspectos de la creación del Reich alemán que sobrevivieron a su caída en 1918, el uso continuado del término «Imperio alemán», *Deutsches Reich*, por la República de Weimar y todas sus instituciones distó mucho de ser el menos significativo. La palabra «Reich» conjuraba entre los alemanes cultos una imagen que iba mucho más allá de las estructuras institucionales introducidas por Bismarck: la del sucesor del Imperio romano; la visión del Imperio de Dios aquí en la Tierra; la universalidad de su pretensión de

soberanía; en un sentido más prosaico, pero no menos poderoso, el concepto de un Estado alemán que incluiría a todos los germanófonos de Europa central: «Un Pueblo, un Reich, un Caudillo», como habría de expresarlo el lema nazi.[9] Siempre seguiría habiendo en Alemania quienes considerasen la creación de Bismarck sólo una realización parcial de la idea de un verdadero Reich alemán. Inicialmente sus voces quedaron ahogadas por la euforia de la victoria. Pero su número habría de crecer con el tiempo.[10]

La constitución que Bismarck ideó para el nuevo Reich alemán en 1871 distaba mucho de satisfacer los ideales que habían soñado los liberales en 1848. Era, entre todas las constituciones alemanas modernas, la única que carecía de una declaración de principios sobre derechos humanos y libertades ciudadanas. El nuevo Reich era, desde el punto de vista formal, una endeble confederación de Estados independientes, muy parecida a la que había sido su predecesora. Su cabeza titular era el emperador o káiser, un título tomado del antiguo soberano del Sacro Reich Romano y derivado en último término del nombre latino «César». Disponía de amplios poderes que incluían la declaración de guerra y paz. Las instituciones del nuevo Reich eran más fuertes que las del viejo, con un Parlamento nacionalmente elegido, el Reichstag (nombre que, procedente del Sacro Reich Romano, fue otra supervivencia que superaría la divisoria revolucionaria de 1918), y una serie de instituciones administrativas centrales, en especial el Ministerio de Asuntos Exteriores, a las que se añadirían más con el transcurso del tiempo. Pero la Constitución no otorgó al Parlamento nacional el poder de elegir o destituir a los gobiernos y a sus ministros, y quedaron reservados al monarca y a su entorno inmediato aspectos clave de la toma de decisiones políticas, sobre todo en asuntos de guerra y paz y en el control del Ejército. Los ministros del gobierno, incluido el jefe de la Administración civil, el canciller del Reich (un cargo creado por Bismarck, que lo ostentó unos veinte años), eran funcionarios del Estado, no representantes de partidos políticos, y dependían del káiser y no del pueblo o de sus representantes en el Parlamento. La influencia del Reichstag aumentó con el tiempo, pero no mucho. El gran pensador revolucionario Karl Marx describió, sin exagerar demasiado, el Reich bismarckiano, en

una frase enrevesada que captaba muchas de sus contradicciones internas, como un «despotismo construido burocráticamente, ataviado con formas parlamentarias, mezclado con un elemento de feudalismo pero influido ya, al mismo tiempo, por la burguesía».[11]

II

El poder de los militares y en particular del cuerpo de oficiales prusiano no era simplemente producto de un periodo de guerra. Procedía de una larga tradición histórica. En los siglos XVII y XVIII el Estado prusiano en expansión se había organizado principalmente siguiendo directrices militares, con el sistema neofeudal de terratenientes (los famosos *junkers*) y siervos limpiamente engranado con el sistema de reclutamiento militar para oficiales y soldados.[12] Este sistema se desmanteló con el final de la servidumbre, y el prestigio tradicional del Ejército quedó notoriamente menoscabado por una serie de aplastantes derrotas en las guerras napoleónicas. En 1848, y de nuevo en 1862, los liberales prusianos estuvieron casi a punto de conseguir poner a los militares bajo control parlamentario. Bismarck fue nombrado en 1862 sobre todo para proteger de la intromisión liberal la autonomía del cuerpo de oficiales prusiano. Proclamó inmediatamente que «las grandes cuestiones del momento no se deciden con discursos y resoluciones de la mayoría (ése fue el gran error de 1848 y 1849), sino con hierro y sangre».[13] Cumplió su palabra. La guerra de 1866 destruyó el reino de Hannover, incorporándolo a Prusia, y expulsó a Austria y a Bohemia de Alemania después de siglos en los que habían tenido una participación importante en la determinación de su trayectoria, mientras que la guerra de 1870-1871 arrebató a Francia Alsacia-Lorena y la situó bajo la soberanía directa del Imperio alemán. Se ha descrito a Bismarck, con cierta justificación, como un «revolucionario blanco».[14] La fuerza y la acción militares crearon el Reich, y al hacerlo desplazaron instituciones legítimas, modificaron fronteras de Estados y eliminaron viejas tradiciones arraigadas, con un radicalismo y una rotundidad que proyectaron una larga sombra sobre la subsiguiente evolución de Alemania. Legitimaron con ello también el uso de la fuerza para fines políticos hasta

un grado que excedía con mucho lo que era habitual en la mayoría de los otros países, salvo cuando se planteaban conquistas imperiales en otras partes del mundo. El militarismo del Estado y de la sociedad habría de tener una influencia notoria en el fracaso de la democracia alemana en la década de 1920 y en la llegada del Tercer Reich.

Bismarck procuró que el Ejército fuese prácticamente un Estado dentro del Estado, con acceso inmediato al káiser y un sistema propio de autogobierno. El Reichstag sólo tenía derecho a aprobar su presupuesto cada siete años, y el ministro de la Guerra era responsable ante el Ejército más que ante el órgano legislativo. Los oficiales gozaban de muchos privilegios sociales y de otro tipo, y consideraban que los civiles debían mostrarse respetuosos con ellos cuando se los encontrasen en la calle. No es sorprendente, pues, que muchos profesionales burgueses ambicionasen que se les admitiese en la reserva como oficiales, mientras que el servicio militar obligatorio familiarizaba a las masas con los códigos militares de conducta y los valores e ideales castrenses.[15] En periodos de emergencia, el Ejército tenía potestad para implantar la ley marcial y suspender las libertades ciudadanas, una medida que se planteó tan a menudo durante la era guillermina que algunos historiadores han llegado a decir, con exageración disculpable, que los políticos y legisladores de la época vivían bajo la amenaza permanente de un golpe de Estado desde arriba.[16]

El Ejército influía en la sociedad de diversos modos, sobre todo en Prusia, y luego, después de 1871, más indirectamente, mediante el ejemplo prusiano, también en los otros Estados alemanes. Tenía un enorme prestigio que se había ganado en las asombrosas victorias de las guerras de unificación. Los suboficiales, es decir, los que habían seguido en el Ejército después del periodo de servicio militar obligatorio y habían continuado en él durante años, tenían un derecho automático a un puesto en el funcionariado cuando por fin lo abandonaban. Esto significaba que la inmensa mayoría de los policías, carteros, ferroviarios y demás funcionarios estatales inferiores eran ex soldados, que habían sido socializados en el Ejército y se comportaban de acuerdo con la disciplina castrense a la que se habían habituado. El reglamento de una institución como la policía se concentraba en imponer los modelos militares de conducta, insistía en que

había que mantener al público a distancia y garantizaba que, en manifestaciones callejeras y actos de masas, fuese más probable que la multitud recibiese el tratamiento de una fuerza enemiga que el de una reunión de ciudadanos.[17] Los conceptos militares de honor gozaban de la suficiente omnipresencia para garantizar la vitalidad continuada del duelo entre civiles, incluso entre los miembros de la clase media, aunque también era común en Rusia y en Francia.[18]

La identificación del cuerpo de oficiales con la aristocracia prusiana fue debilitándose con el paso del tiempo, y se incorporaron a los códigos militares aristocráticos formas nuevas de militarismo popular, representadas a principios de la década de 1900 por instituciones como la Liga de la Marina y los clubes de veteranos.[19] En la época de la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los cargos clave del cuerpo de oficiales los ostentaban profesionales, y la aristocracia predominaba sobre todo en sectores tradicionales de pretenciosidad y prestigio social como la caballería y las guardias de honor, de forma muy parecida a lo que sucedía en otros países. Pero la profesionalización del cuerpo de oficiales, acelerada por la aparición de nueva tecnología militar, desde la ametralladora y el alambre de espino al aeroplano y el tanque, no lo hicieron más democrático, ni mucho menos. Todo lo contrario: la arrogancia militar se fortaleció con la experiencia colonial, cuando las Fuerzas Armadas alemanas aplastaron implacablemente rebeliones de pueblos indígenas, como los hereros del África Suroccidental alemana (hoy Namibia).[20] En 1904-1907, en un acto de genocidio deliberado, el Ejército alemán mató a miles de hereros, hombres, mujeres y niños, y condujo a muchos otros al desierto, donde se morirían de hambre. Los hereros, que eran unos 80.000 antes de la guerra, quedaron reducidos a unos 15.000 en 1911 como consecuencia de estos hechos.[21] En una parte ocupada del Imperio alemán como Alsacia-Lorena, arrebatada a Francia en 1871, el Ejército se comportaba a menudo como un ejército de conquistadores frente a una población hostil y refractaria. Algunos de los ejemplos más flagrantes de esa conducta habrían de dar origen en 1913 a un encendido debate en el Reichstag, en el que los diputados aprobaron un voto de censura al gobierno. Esto no obligó al

gobierno a dimitir, claro está, pero ejemplificó de todos modos la creciente polarización de la opinión pública respecto al papel del Ejército en la sociedad alemana.[22]

Las abreviaturas se refieren a pequeñas partes de estados cuyos nombres aparecen también completos en el mapa.

SUECIA
Mar Báltico
R. Memel
Königsberg
Danzig
Stettin
MECKLENBURGO-STRELITZ
Berlín
Posen
R. Vistula
IMPERIO RUSO
R. Order
(POLONIA)
Breslau
SAJONIA
Dresde
R. Elba
Königgrätz
Praga
BOHEMIA
GALITZIA
MORAVIA
IMPERIO AUSTRIACO
MONARQUÍA AUSTRO-HÚNGARA)
HUNGRÍA
R.Danubio
AUSTRIA
Viena
Salzburgo
IMPERIO
(desde 1867
Reino de Prusia, 1864.
Bajo dominio danés hasta 1864. Condominio austro-prusiano 1864, a Prusia 1865/1866.
Estados alemanes anexionados por Prusia.
Otros miembros de la Confederación Alemana del Norte, 1867.
Estados alemanes del Sur, 1870.
Anexionados por el Reich alemán tras la derrota de Francia, 1871.
Frontera de la Confederación Alemana hasta 1866.
Fronteras, 1866.
Frontera del Reich alemán, 1871.

Mapa 1. La unificación de Alemania, 1864-1871.

Muchos no comprendieron en la época hasta qué punto Bismarck consiguió controlar los impulsos más desmedidos del Ejército y contener su deseo de grandes anexiones teritoriales después de sus victorias militares. En realidad, sobre todo después de que se viese obligado a dimitir en 1890, surgió el mito (fomentado en gran parte por el descontento ex canciller y sus seguidores) del propio Bismarck como caudillo carismático que había cortado implacablemente los nudos gordianos de la política y resuelto por la fuerza los grandes problemas de la época. Lo que se mantuvo en la memoria del pueblo alemán fueron las guerras revolucionarias de Bismarck de la década de 1860, no los veinte años siguientes, en los que se esforzó por mantener la paz en Europa para dejar que pudiera asentarse el Reich alemán. Como confiaba a su diario durante una visita a la vieja residencia de Bismarck en Friedrichsruh el diplomático Ulrich von Hassell, un dirigente de la resistencia conservadora a Hitler en 1944:

> Es lamentable lo falsa que resulta la imagen que hemos creado de él en el mundo, como el político militarista de la violencia, por una complacencia infantil en el hecho de que alguien consiguiese volver situar Alemania en una posición de influencia. En realidad, su gran mérito fue haber sabido hacer uso de una diplomacia y una moderación extremas. Comprendió como nadie qué era lo que había que hacer para ganarse la confianza del mundo, exactamente lo contrario de lo que vemos hoy.[23]

El mito del caudillo dictatorial no era expresión de un aspecto antiguo e intrínseco del carácter alemán: fue una creación mucho más reciente.

Lo alimentó a principios del siglo XX el recuerdo de la actitud firme y dura de Bismarck frente a aquellos a los que consideró los enemigos internos del Reich. En la década de 1870, en una reacción contra los intentos del Papa de reforzar su control de la comunidad católica mediante el Sílabo de errores (1864) y la Proclamación de la Infalibilidad Papal (1871), Bismarck inauguró lo que los liberales denominaron la «lucha por la cultura», una serie de leyes y medidas políticas encaminadas a poner a la Iglesia católica bajo el control del Estado prusiano. El clero católico se negó a cooperar con leyes que le exigían formarse en las instituciones del Estado y someter los nombramientos eclesiásticos a su aprobación. Los que contravinieron las nuevas leyes no tardaron en ser perseguidos por la

policía, detenidos y encarcelados. A mediados de la década de 1870, había 989 parroquias sin titular, 225 sacerdotes en la cárcel, se habían prohibido todas las órdenes religiosas católicas salvo las que participaban en tareas de enfermería, habían sido destituidos de sus cargos dos arzobispos y tres obispos, y el obispo de Trier había muerto poco después de haber sido puesto en libertad tras nueve meses de prisión.[24] Lo más inquietante fue el que ese ataque generalizado a las libertades ciudadanas de un 40 por 100 de la población del Reich contase con el aplauso de los liberales del país, que consideraban el catolicismo una amenaza tan grave para la civilización que justificaba medidas extremas como aquéllas.

Aunque el enfrentamiento no durase mucho, dejó a la comunidad católica convertida en un acerbo enemigo del liberalismo y de la modernidad y decidida a demostrar su lealtad al Estado, sobre todo a través del llamado Partido del Centro, el partido político que había creado, en principio para defenderse de la persecución. Pero antes de que este proceso llegase a su fin, Bismarck asestó otro golpe a las libertades ciudadanas con la Ley Antisocialista, aprobada por el Reichstag tras dos intentos de asesinato del anciano káiser Guillermo I en 1877. En realidad, el movimiento socialista alemán en ciernes no había tenido nada que ver con los presuntos asesinos y era una organización respetuosa de la ley, que depositaba su confianza en la ruta parlamentaria para llegar al poder. Pero los liberales cedieron una vez más y abandonaron sus principios ante lo que se les presentó como los intereses nacionales. Se prohibieron los actos socialistas, la prensa socialista y las revistas, y se ilegalizó el partido. Volvió a introducirse la pena capital, anteriormente en suspenso en Prusia y en los demás Estados alemanes importantes. Siguieron a esto las detenciones generalizadas y el ingreso en prisión de numerosos socialistas.[25]

Las consecuencias de la Ley Antisocialista tuvieron un alcance mayor incluso que las de la lucha con la Iglesia católica. Además, la ley fracasó por completo en su objetivo inmediato de acabar con los supuestos «enemigos del Reich». No se podía prohibir legalmente a los socialistas presentarse de forma individual a las elecciones parlamentarias, y como la industrialización se aceleraba en Alemania y la clase obrera industrial

aumentaba rápidamente en número, los candidatos socialistas obtenían un creciente porcentaje de votos. Después de que se dejase expirar esa ley en 1890, los socialistas se reorganizaron en el Partido Socialdemócrata de Alemania. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, ese partido tenía más de un millón de miembros y era la mayor organización política del mundo. En las elecciones de 1912, ya pesar de que el sistema electoral incluía medidas discriminatorias favorables al electorado rural conservador, el Partido Socialdemócrata superó al Partido del Centro como poseedor del mayor número de representantes en el Reichstag. Empujado a la izquierda por la represión de la Ley Antisocialista, se adhirió desde principios de la década de 1890 en adelante a un rígido credo marxista, de acuerdo con el cual las instituciones existentes de la Iglesia, el Estado y la sociedad, desde la monarquía y el cuerpo de oficiales del Ejército a los grandes negocios y la Bolsa, serían destruidos por una revolución proletaria que instauraría una república socialista. El apoyo de los liberales a la Ley Antisocialista hizo que los socialdemócratas desconfiasen de todos los partidos políticos «burgueses» y se negasen rotundamente a cooperar con los soportes políticos del capitalismo o los exponentes de lo que ellos consideraban una reforma meramente paliativa del sistema político existente.[26] El movimiento socialdemócrata, enorme, sumamente disciplinado, intolerante con los disidentes y en apariencia imparable en su avance hacia el predominio electoral, sembraba el terror en los corazones de las clases medias y altas respetables. Se abrió así un profundo abismo entre los socialdemócratas por una parte y todos los partidos «burgueses» por la otra. Este abismo político insalvable se mantendría hasta bien entrada la década de 1920 y tendría una importancia capital en la crisis que acabaría llevando a los nazis al poder.

Pero el partido estaba decidido, al mismo tiempo, a hacer todo lo posible por mantenerse dentro de la ley y no proporcionar ninguna excusa para que se reintrodujese la prohibición con la que tan a menudo se le amenazaba. Se dice que Lenin había comentado una vez, en un raro chispazo de humor, que los socialdemócratas alemanes nunca conseguirían hacer una revolución en Alemania, porque cuando llegasen a tomar las estaciones de ferrocarril se pondrían a la cola en buen orden para comprar

primero los billetes de acceso a los andenes. El partido adquirió el hábito de esperar a que las cosas sucediesen, en vez de actuar para hacer que sucediesen. Su estructura institucional enormemente compleja, con sus organizaciones culturales, sus periódicos y revistas, sus bares y tabernas, sus clubes deportivos y su aparato educativo, llegó con el tiempo a proporcionar a sus miembros una forma de vida completa y a constituir un conjunto de intereses encubiertos que pocos miembros del partido estaban dispuestos a poner en peligro. El partido, como institución respetuosa de la ley, depositaba su fe en los tribunales para impedir la persecución. Pero no era fácil mantenerse dentro de la ley, ni siquiera después de 1890. Las ruines artimañas de la policía contaban con el respaldo de fiscales y jueces conservadores, y de tribunales que seguían considerando a los socialdemócratas unos revolucionarios peligrosos. Había pocos oradores socialdemócratas o directores de publicaciones del partido que en 1914 no hubiesen pasado por varios periodos de cárcel tras ser declarados culpables de delitos de lesa majestad o de ofender a funcionarios del Estado. Criticar al monarca o a la policía, o incluso a los funcionarios que regían el país, aún podía considerarse un delito, de acuerdo con la legislación. Combatir a los socialdemócratas se convirtió en la tarea de toda una generación de jueces, fiscales, jefes de policía y funcionarios gubernamentales antes de 1914. Estos hombres y la mayoría de los ciudadanos de clase media y alta que les apoyaban, no aceptaron jamás a los socialdemócratas como un movimiento político legítimo. Para ellos, la finalidad de la ley era respaldar las instituciones vigentes del Estado y de la sociedad, no operar como un árbitro neutral entre grupos políticos opuestos.[27]

Los liberales no ayudaron nada a remediar esta situación. Durante las décadas de 1880 y 1890, perdieron gran cantidad de votos y escaños en el Reichstag, aunque consiguiesen conservar bastante apoyo en poblaciones y ciudades de Alemania. Uno de sus mayores problemas fue que sufrieron repetidas escisiones a lo largo de finales del siglo XIX y, incluso después de que los grupos de orientación más izquierdista hubiesen vuelto a agrupar sus fuerzas en 1910, siguió habiendo dos partidos liberales oficiales, el de los liberales nacionalistas y el de los progresistas, cuyas diferencias se remontaban a que los segundos se habían negado a perdonar a Bismarck

que recaudase impuestos en Prusia sin autorización parlamentaria en la década de 1860. Pero había una división parecida a la derecha del espectro político, donde no había un partido conservador sino dos, porque los que habían apoyado la fusión de Bismarck del particularismo prusiano en las instituciones del Reich en 1871 (lo que era anatema para la nobleza prusiana intransigente, los *junkers*) mantenían una identidad diferenciada como supuestos «conservadores libres». Además, estos dos partidos, mayoritariamente protestantes y del norte de Alemania, tenían que rivalizar con un partido político de la derecha aún mayor, el Partido del Centro, cuyo antimodernismo y cuyo apoyo al Reich quedaban contrapesados por su defensa de un sistema de seguridad social y su actitud crítica hacia el régimen colonial alemán en África. Así que Alemania no tenía dos partidos políticos principales antes de 1914, sino seis: los socialdemócratas, los dos partidos liberales, los dos grupos de conservadores y el Partido del Centro, que reflejaban, entre otras cosas, las múltiples divisiones de la sociedad alemana, por región, religión y clase social.[28] En una situación en la que había un ejecutivo fuerte no directamente responsable ante el legislativo, esto debilitaba la posibilidad de que la política de partidos fuese capaz de desempeñar un papel determinante en el Estado.

III

La rivalidad de todos estos partidos, lejos de provocar una desilusión general con la política, ayudó a calentar la atmósfera política hasta que alcanzó claramente dimensiones febriles en 1914. El sufragio universal masculino en las elecciones al Reichstag, respaldado por una votación más o menos secreta y estrictas normas de corrección electoral, inspiró confianza a los votantes en el sistema electoral. La participación alcanzó la asombrosa cifra del 85 por 100 de los ciudadanos con derecho a voto en las elecciones al Reichstag de 1912.[29] Todos los datos demuestran que los votantes se tomaban en serio su obligación de votar y calibraban detenidamente cómo conciliar su posición ideológica con el escenario político más amplio cuando, como sucedió a menudo, había que votar en una segunda vuelta de acuerdo con el sistema de representación

proporcional adoptado por la Constitución alemana para las elecciones al Reichstag. El sistema electoral, garantizado por normas y salvaguardias legales, brindaba un espacio para el debate democrático y convenció a millones de alemanes de diversas tendencias de que la política era algo que competía al ciudadano.[30] Además, la prensa diaria de la Alemania imperial era casi enteramente política, pues cada periódico estaba vinculado de forma explícita a uno u otro de los diversos partidos y exponía su punto de vista en casi todo lo que publicaba.[31] La política no sólo era el tema de conversación fundamental entre los miembros de las elites y de las clases medias, sino que constituía un foco básico de debate en los bares y en las tabernas de la clase obrera y determinaba incluso la elección de actividades de ocio de los ciudadanos.[32]

La discusión y el debate políticos fueron centrándose progresivamente, una vez iniciado el siglo XX, en el tema de la posición de Alemania en Europa y en el mundo. Los alemanes se daban cada vez más cuenta de que la creación del Reich por Bismarck era incompleta en una serie de aspectos. Para empezar, incluía minorías étnicas y culturales considerables, herencia de siglos anteriores de conflicto étnico y engrandecimiento del Estado. Había daneses en el Norte, francófonos en Alsacia-Lorena y un pequeño grupo eslavo, los sorabos, en la Alemania central; pero, sobre todo, estaban los millones de polacos, que habitaban en zonas del antiguo reino de Polonia, que Prusia se había anexionado en el siglo XVIII. El Estado había intentado, ya con Bismarck, germanizar a estas minorías, impidiendo que se utilizasen sus idiomas en las escuelas y fomentando activamente la colonización por parte de alemanes étnicos. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, el uso del alemán era obligatorio en los actos públicos en todo el Reich y las leyes de propiedad agraria se estaban reformando para privar a los polacos de sus derechos económicos fundamentales.[33] La idea de que las minorías étnicas tenían derecho a que se las tratase con el mismo respeto que a la población mayoritaria, era algo en lo que sólo creía una pequeña y menguante minoría de alemanes. Hasta los socialdemócratas pensaban que Rusia y el Este eslavo eran zonas atrasadas y bárbaras en

1914, y sentían escasa o ninguna simpatía por los intentos de los trabajadores de habla polaca de Alemania de organizarse en defensa de sus derechos.[34]

Si miramos, más allá de Alemania y de Europa, al mundo más amplio, los cancilleres del Reich que ocuparon el cargo después de Bismarck consideraban su país una nación de segunda categoría en comparación con Inglaterra y Francia, que poseían importantes imperios ultramarinos que abarcaban todo el globo. Alemania, que había llegado tarde al reparto, sólo había podido recoger desechos y migajas dejados por las potencias coloniales europeas que habían podido adelantarse a ella. Tanganika, Namibia, Togolandia, Camerún, Nueva Guinea, unas cuantas islas del Pacífico y el puerto franco de Jiaozhou, impuesto a China en un tratado, eran prácticamente todos los territorios que componían el imperio ultramarino de Alemania en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Bismarck los había considerado de poca importancia y había dado su conformidad a la adquisición con bastante renuencia. Pero sus sucesores pasaron a adoptar un punto de vista diferente. El prestigio y la posición de Alemania en el mundo exigían un «lugar bajo el sol», en palabras de Bernhard von Bülow, ministro de Asuntos Exteriores a finales de la década de 1890 y luego canciller del Reich hasta 1909. Se empezó a construir una inmensa flota de guerra, cuyo objetivo a largo plazo era conseguir concesiones coloniales de los ingleses, que poseían el mayor imperio colonial del mundo, amenazando con inutilizar o destruir, e incluso haciéndolo, la fuerza principal de la Marina británica en un titánico enfrentamiento en el mar del Norte.[35]

Estos sueños cada vez más ambiciosos de poder mundial los formulaba sobre todo el propio káiser Guillermo II, un hombre pomposo, engreído y muy locuaz, que aprovechaba cualquier oportunidad para manifestar su desprecio por la democracia y los derechos ciudadanos, su desdén hacia las opiniones ajenas y su fe en la grandeza de Alemania. El káiser, como muchos de los que le admiraban, se había hecho adulto después de que Alemania se hubiese unificado. Tenía escasa conciencia de la ruta precaria y peligrosa que había tenido que recorrer Bismarck para conseguir la unificación en 1871.Él creía, siguiendo a los historiadores prusianos de su

época, que todo el proceso había sido algo históricamente predeterminado. No tenía idea de los inquietos temores sobre el futuro de Alemania que habían llevado a Bismarck a adoptar una política exterior tan cauta en las décadas de 1870 y 1880. No hay duda de que el carácter del káiser era demasiado errático, su personalidad demasiado voluble, para que pudiese ejercer de verdad una influencia firme en la dirección de los asuntos del Estado, y los ministros, con demasiada frecuencia, tenían que esforzarse más por contrarrestar su influencia que por satisfacer sus deseos. Sus constantes proclamaciones de que era el gran caudillo que Alemania necesitaba sólo servían para llamar la atención sobre sus deficiencias en ese aspecto, y fomentaron en gran parte el mito nostálgico de la astucia y la firmeza bismarckianas. Muchos alemanes pasaron a comparar la firmeza de la pericia política amoral de Bismarck, según la cual el fin justificaba los medios y los estadistas podían decir una cosa mientras hacían o se disponían a hacer otra, con la grandilocuencia impulsiva y la falta de tacto intempestiva de Guillermo.[36]

Prescindiendo de personalidades, todos estos rasgos de la Alemania que creó Bismarck podían observarse también, en mayor o menor grado, en otros países. En Italia el ejemplo carismático de Garibaldi, caudillo de las fuerzas populares que ayudó a unificar la nación en 1859, proporcionó un modelo para el posterior dictador Mussolini. En España el Ejército no estaba menos libre de control político de lo que lo estaba en Alemania, y en Italia, como en Alemania, respondía ante el soberano más que ante el legislativo. En Austria-Hungría el funcionariado era igual de fuerte y las instituciones parlamentarias disponían de un poder aún más limitado. En Francia había un conflicto Iglesia-Estado que no se quedaba atrás en su ferocidad ideológica respecto a la «lucha por la cultura» alemana. En Rusia se aplicaba también una concepción parecida a la del Reich a la política interna y a las relaciones de Rusia con sus vecinos más inmediatos.[37] El régimen zarista de Rusia reprimía a los socialistas con más rigor aún que su homólogo alemán y no le iba a la zaga ni mucho menos en el propósito de asimilar a los polacos, millones de los cuales seguían aún bajo su yugo. El liberalismo, como quiera que se definiese, era débil en todos los Estados importantes de la Europa central y oriental en 1914, no sólo en el Reich

alemán. El espectro político estaba aún más fragmentado en Italia de lo que lo estaba en Alemania, y la creencia de que estaba justificada la guerra para conseguir objetivos políticos, en particular la creación de un imperio colonial, era algo que compartían muchas potencias europeas, como habría de mostrar con terrible claridad el estallido en agosto de 1914 de la Primera Guerra Mundial. Las fuerzas crecientes de la democracia amenazaban la hegemonía de las elites conservadoras. El periodo de finales del siglo XIX y principios del XX fue la era del nacionalismo no sólo en Alemania, sino por toda Europa, y se estaba produciendo también en muchos otros países la «nacionalización de las masas».[38]

Pero en ninguna nación de Europa más que en Alemania estaban presentes al mismo tiempo y en la misma medida todas estas condiciones. Además, Alemania no era un país europeo cualquiera. Los historiadores han escrito mucho sobre los diversos aspectos del presunto atraso de Alemania en esta época, su supuesto déficit de valores cívicos, sobre las razones para considerar anticuada su estructura social, su clase media aparentemente cobarde y su presunta aristocracia neofeudal. No era así como veían las cosas la mayoría de los contemporáneos. Mucho antes de que estallase la Primera Guerra Mundial, Alemania era la economía más rica, más potente y más adelantada del Continente. En los últimos años de paz producía dos tercios del total del acero que producía la Europa continental, la mitad del carbón y del lignito y un 20 por 100 más de electricidad que Inglaterra, Francia e Italia juntas.[39] En 1914, con una población de unos 67 millones de habitantes, el Imperio alemán disponía de unos recursos humanos mucho mayores que ninguna otra potencia continental europea con la excepción de Rusia. Inglaterra, Francia y Austria-Hungría tenían por entonces entre 40 y 50 millones de habitantes cada una. Alemania ocupaba el primer puesto mundial en las industrias más modernas, como la química, la farmacéutica y la eléctrica. En la agricultura el uso masivo de abonos artificiales y de maquinaria agrícola había multiplicado en 1914 la eficiencia de las grandes fincas del Norte y el Este, y Alemania estaba cosechando por entonces, por ejemplo, un tercio de la producción mundial de patatas. El nivel de vida había ido aumentando a saltos desde el cambio de siglo, e incluso desde

antes. Los productos de las grandes empresas industriales alemanas como Krupps y Thyssen, Siemens y AEG, Hoechst y BASF, eran famosos en todo el mundo por su calidad.[40]

Eran muchos aquellos a los que la Alemania de antes de 1914, vista nostálgicamente desde la perspectiva del principio del periodo de entreguerras, les parecía que había sido un remanso de paz, prosperidad y armonía social. Pero por debajo de esa superficie próspera y segura había inquietud, inseguridad y dolorosas tensiones internas.[41] A muchos, el intenso ritmo de cambio económico y social les parecía desconcertante y aterrador. Daba la impresión de que estaban desapareciendo los viejos valores en un maremágnum de materialismo y ambición desmedida. La cultura moderna, desde la pintura abstracta a la música atonal, aumentaba el sentimiento de desorientación en algunos sectores de la sociedad.[42] La penetración precipitada en la era moderna de la sociedad alemana estaba minando la tradicional hegemonía de la aristocracia terrateniente prusiana, que Bismarck se había esforzado tanto por preservar. Los valores, hábitos y formas de conducta burgueses habían triunfado en las capas medias y altas de la sociedad en 1914; pero se enfrentaban al mismo tiempo al peligro que representaba la autoafirmación creciente de la numerosa clase obrera industrial, organizada en el movimiento obrero socialdemócrata. Alemania, a diferencia de otros países europeos, se había convertido en un Estado nacional no antes de la Revolución industrial sino en el apogeo de ésta; y sobre la base no de un solo Estado, sino de una federación de Estados muy distintos cuyos ciudadanos estaban vinculados entre sí principalmente como una comunidad lingüística, cultural y étnica. Las presiones y tensiones creadas por la rápida industrialización se entrelazaban con ideas contrapuestas sobre la naturaleza de la nación y el Estado alemanes y su posición en el marco más amplio de Europa y del mundo. La sociedad alemana no se integró nacionalmente en 1871 en una condición completamente estable. Estaba dividida por conflictos internos que se agudizaron rápidamente y que se sumaron cada vez más a las tensiones del sistema político que había creado Bismarck.[43] Estas tensiones hallaron

desahogo en un nacionalismo cada vez más vociferante, mezclado con estridentes y alarmantes dosis de racismo y antisemitismo, que habrían de dejar una funesta herencia para el futuro.

EVANGELIOS DE ODIO

I

Hacia finales de 1889, el director de una escuela primaria de Berlín, Hermann Ahlwardt, se enfrentaba a la perspectiva de la ruina económica. Nacido en una familia empobrecida de Pomerania en 1846, los ingresos que le proporcionaba su humilde cargo en la jerarquía educativa prusiana le resultaban insuficientes para cubrir los considerables gastos de su vida diaria. Desesperado, cometió un delito que parecía casi deliberadamente calculado para horrorizar a sus superiores: robó dinero de los fondos recaudados para pagar la fiesta de Navidad de los niños de su escuela. No tardó en descubrirse la fechoría y fue destituido de su cargo, lo que le privó de la última fuente de ingresos que le quedaba. Estos desastres habrían destrozado a muchas personas, dejándolas abrumadas por sentimientos de culpa y de remordimiento. Pero no a Hermann Ahlwardt. «El director de escuela», como pronto pasaría a conocérsele, decidió pasar a la ofensiva. Buscó a su alrededor a alguien a quien echar la culpa de sus infortunios y no tardó en centrar su atención en los judíos.[44]

En esa época la comunidad judía de Alemania era un grupo próspero y sumamente aculturado que se diferenciaba del resto de los alemanes principalmente por su religión.[45] Durante el siglo XIX habían ido eliminándose progresivamente las restricciones legales que pesaban sobre los no cristianos en los Estados alemanes, de una forma parecida a como había ido aboliéndose la discriminación religiosa oficial en otros países, como, por ejemplo, en Inglaterra a través de la Emancipación Católica de 1829. Los últimos impedimentos legales que quedaban para una plena igualdad de derechos quedaron eliminados con la unificación alemana de 1871. Al introducirse el matrimonio civil en lugar de las ceremonias religiosas en todo el país, aumentó rápidamente el número de matrimonios

mixtos. En Breslau, por ejemplo, hubo 35 matrimonios entre judíos y cristianos por cada 100 puramente judíos en 1915, frente a sólo 9 en la década de 1870. Eran muy pocos los contrayentes cristianos de esos matrimonios que procedían de familias de judíos convertidos, y los matrimonios abarcaban toda la escala social. En 1904 el 19 por 100 de los judíos varones de Berlín y el 13 por 100 de las mujeres judías se casaron con cristianos. En Düsseldorf una cuarta parte de los judíos que se casaron lo hicieron con cristianos a mediados de la década de 1900, elevándose la cifra a un tercio en 1914. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, hubo 38 matrimonios mixtos por cada 100 puramente judíos; en Hamburgo la cifra llegaba a 73. Los judíos empezaron también a convertirse al cristianismo en número creciente; en los primeros setenta años del siglo XIX se convirtieron 11.000 y en las tres décadas restantes, 11.500. Entre 1880 y 1919 se bautizaron unos 20.000 judíos alemanes. El éxito estaba disolviendo lentamente la identidad de la comunidad judía como un grupo religioso cerrado.[46]

Los aproximadamente 600.000 judíos practicantes que vivían en el Imperio alemán eran una pequeña minoría religiosa en una sociedad abrumadoramente cristiana, contituyendo en total en torno al 1 por 100 de la población. Excluidos durante siglos de fuentes tradicionales de riqueza como la propiedad de la tierra, permanecieron fuera de los estamentos institucionales del Reich mientras una discriminación social informal siguió negándoles un puesto en instituciones clave como el Ejército, las universidades y los altos cargos del funcionariado; de hecho, su acceso a esas instituciones disminuyó en realidad en las décadas de 1890 y 1900.[47] Los conversos padecían el suficiente antisemitismo cotidiano como para que muchos de ellos cambiasen su apellido por algo que sonase más a cristiano.[48] En el siglo XIX hubo hasta 100.000 judíos alemanes que reaccionaron a la discriminación emigrando, sobre todo a Estados Unidos; pero la mayoría se quedaron, especialmente al empezar a aumentar la prosperidad económica hacia finales de siglo. Los que quedaron se concentraron en las poblaciones y ciudades de mayor tamaño, de manera que en 1910 una cuarta parte de los judíos alemanes vivía en Berlín y en 1933 casi un tercio. Dentro de estas ciudades se agrupaban en barrios

concretos; casi la mitad de los judíos de Hamburgo vivían en los dos sectores mesocráticos de Harvestehude y Rotherbaum en 1885, casi dos tercios de los judíos de Frankfurt en cuatro de los catorce distritos de la ciudad en 1900; el 70 por 100 de los judíos de Berlín vivía en cinco distritos del centro y del oeste, la mayoría de ellos predominantemente burgueses, en 1925. Hasta en las ciudades que contaban con las mayores poblaciones judías (Berlín, Breslau y Frankfurt) constituían una pequeña minoría, de sólo el 4, 3, el 6,4 y el 7, 1 por 100 de la población respectivamente en 1871.[49]

Muchos judíos encontraron un puesto en el mundo de los negocios y en las profesiones liberales. Junto con la gran familia de banqueros de los Rothschild surgieron muchas otras firmas financieras importantes de propiedad judía, como la empresa bancaria de Bleichröder, a la que confió Bismarck sus finanzas personales.[50] Los nuevos tipos de establecimientos de venta al por menor como los grandes almacenes, de los que había unos doscientos en Alemania antes de la Primera Guerra Mundial, tenían con frecuencia propietarios judíos, como la familia Tietz o los hermanos Wertheim.[51] Los judíos estaban especialmente bien representados en la medicina, el derecho, la ciencia y la investigación, la enseñanza universitaria, el periodismo y las artes.[52] La comunidad judía estaba pasando lentamente de ser una minoría religiosa marginada a ser un grupo étnico entre muchos otros en una sociedad crecientemente multicultural, junto con otras minorías como polacos, daneses, alsacianos, sorabos y demás. Tenían, como los otros grupos, sus propias instituciones representativas cada vez más seculares, sobre todo la Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de la Fe Judía, fundada en 1893. Pero, a diferencia de la mayoría de los otros grupos, disfrutaban en general de prosperidad económica y, en vez de tener un partido político propio, sus miembros tendían a ingresar en los partidos políticos mayoritarios, ocupando a veces puestos directivos en ellos, principalmente en los de la izquierda y el centro del espectro político. La mayoría de los judíos se identificaban vigorosamente con el nacionalismo alemán y, aunque los partidos liberales les resultaban especialmente atractivos, no lo eran menos por su inequívoco apoyo a la creación de un Estado nacional alemán.[53] Así que, en conjunto,

la historia judía de finales del siglo XIX fue una historia de éxito, y se relacionaba sobre todo a los judíos con los aspectos más modernos y progresistas de la sociedad, la cultura y la economía.[54]

Eran esos aspectos los que hacían de los judíos el objetivo de agitadores descontentos y sin escrúpulos como Hermann Ahlwardt. Para los desafectos y los fracasados, los que tenían la sensación de que el avance implacable de la industrialización les dejaba marginados y anhelaban una sociedad más simple, más ordenada, más segura y más jerárquica, como la que ellos imaginaban que había existido en el pasado no tan lejano, los judíos simbolizaban la modernidad cultural, financiera y social. En ninguna parte era esto más notorio que en la ciudad de adopción de Ahlwardt, Berlín. En 1873 la economía de la ciudad recibió un serio golpe al cesar bruscamente la rutina frenética de gasto e inversión que había acompañado a la euforia de la fundación del Reich. Una depresión económica de dimensiones mundiales, desencadenada por el fracaso de las inversiones ferroviarias en Estados Unidos, provocó quiebras y cierres de empresas en Alemania. Resultaron especialmente perjudicados talleres y pequeños negocios. A los más gravemente afectados les resultó fácil creer, dada su incomprensión de las fuerzas más amplias que estaban destruyendo su medio de vida, las afirmaciones de los periodistas católicos y conservadores de que la culpa la tenían los financieros judíos.

Al prolongarse la depresión, a los periodistas se unió el predicador de la corte Adolf Stöcker. Era un hombre de origen humilde que se lanzó a una cruzada para recuperar a las clases trabajadoras y apartarlas de la influencia de la socialdemocracia y fundó un Partido Social Cristiano, que participó en las elecciones de la década de 1880 con una plataforma explícitamente antisemita. Colaboró con la nueva causa Max Libermann von Sonnenberg, que ayudó a organizar una campaña nacional para pedir la exclusión de los judíos de los cargos públicos en 1880. Destacó por su extremismo Ernst Henrici, cuya retórica era tan vehemente que provocó disturbios en la ciudad pomerana de Neustettin, que culminaron con la quema de la sinagoga local. Fue hacia ese movimiento hacia el que gravitó Hermann Ahlwardt a finales de la década de 1880, vengándose de su desgracia con un libro en el que culpaba de sus desdichas financieras a las maquinaciones

de prestamistas judíos y afirmaba que los judíos eran todopoderosos en la sociedad alemana. Por desgracia para él, se descubrió que los documentos que aportaba como prueba de la veracidad de sus afirmaciones de que el gobierno alemán estaba a sueldo del banquero judío Gerson von Bleichröder, los había escrito él mismo, por lo que fue condenado a cuatro meses de cárcel. En cuanto salió en libertad hizo otra serie de declaraciones sensacionales e igual de infundadas, asegurando en esta ocasión que un fabricante de armas judío había suministrado deliberadamente al Ejército fusiles defectuosos, como parte de una conspiración francojudía para socavar la eficacia militar alemana. Estas afirmaciones le valieron, como era de prever, otra condena a cárcel, esta vez de cinco meses.[55]

Pero no llegó a cumplirla. Entretanto había conseguido persuadir a los agricultores de una circunscripción profundamente rural de Brandeburgo de que lo eligieran para el Reichstag. Recorrió sus tierras, les explicó que sus infortunios, provocados en realidad por una depresión mundial de los precios de los productos agrícolas, habían sido provocados por los judíos, minoría religiosa remota y oscura para ellos, que vivían lejos de las grandes ciudades y de los centros financieros de Europa y del Reich. El escaño en el Reichstag proporcionó a Ahlwardt inmunidad parlamentaria. Su éxito atestiguó el atractivo que podía tener aquella demagogia para los votantes rurales, y, de hecho, otros antisemitas como el bibliotecario de Hesse Otto Böckel también consiguieron salir elegidos, sobre todo por ofrecer a los campesinos medidas concretas como organizaciones cooperativas para superar sus dificultades económicas. A principios de la década de 1890 la amenaza de estos antisemitas para la hegemonía electoral del Partido Conservador Alemán en los distritos rurales llegó a considerarse tan seria que el propio partido, alarmado por la política del gobierno, que parecía probable que fuese aún más perjudicial para los intereses de los agricultores, votó en 1893, en su conferencia de Tívoli, a favor de que se incluyese en el programa la exigencia de que se combatiese la «amplia, insistente y corruptora influencia judía sobre la vida de nuestro pueblo».[56]

Esto resultó ser al final un momento crucial en la suerte de la variopinta colección de antisemitas políticos de Alemania. Aunque hubo otro intento serio de un agitador antisemita más, Theodor Fritsch, de unir

los diversos grupos del antisemitismo político y de conseguir hacer atractivo el movimiento para la clase media baja urbana económicamente descontenta, la egolatría de personajes como Böckel impidió que se produjera una unión real y los antisemitas siguieron divididos por luchas intestinas. Fritsch ejerció su influencia de otro modo. Siguió publicando innumerables folletos populares antisemitas que fueron muy leídos hasta su muerte en septiembre de 1933, cuando ocupaba un escaño en el Reichstag como representante del Partido Nazi, y después de ella. En los años de preguerra, sin embargo, se mantuvo como un personaje político marginal. A principios de la década de 1900, la eficaz coalición del movimiento social cristiano de Berlín con el Partido Conservador había debilitado a los antisemitas, obstaculizados además, en las zonas católicas, por la decisión del Partido del Centro de entregarse a un tipo similar de retórica antisemita. Inconformistas como Böckel y Ahlwardt perdieron sus escaños, y sus partidos, junto con las organizaciones de base urbana de antisemitas como Fritsch, desaparecieron. El propio Ahlwardt hizo que se distanciasen de él por la violencia de su lenguaje incluso otros antisemitas. Emigró durante un tiempo a Estados Unidos y, al regresar, se consagró a combatir las maldades de la masonería. En 1909 estaba de nuevo en la cárcel, en esta ocasión por chantaje; es evidente que sus constantes problemas económicos le habían llevado a intentar soluciones más directamente delictivas incluso que antes. Murió finalmente, de forma algo decepcionante, en un accidente de automóvil en 1914.[57]

LA HERENCIA DEL PASADO

II

Aunque Ahlwardt era un representante extremo de un nuevo tipo de antisemitismo que estaba surgiendo en Alemania y en otras partes de Europa hacia finales del siglo XIX, no por ello dejaba de ser en algunos sentidos característico. El antisemitismo tradicional se centraba en la religión no cristiana de los judíos y derivaba su poder político de la sanción bíblica. El Nuevo Testamento responsabilizaba a los judíos de la muerte de

Cristo, condenándolos a perpetuo vilipendio por proclamar que habían aceptado voluntariamente dejar que la sangre de Cristo cayese sobre ellos y sobre sus descendientes. Como minoría no cristiana en una sociedad regida por creencias e instituciones cristianas, eran objetivos fáciles y obvios del odio popular en periodos de crisis como el de la peste negra de mediados del siglo XIV, en que las turbas airadas les acusaron por toda Europa de la mortandad que afligía a una gran parte de la población, haciéndoles víctimas de innumerables actos de violencia y destrucción. No fue accidental ni mucho menos el que la historia del antisemitismo moderno en Alemania empezase con el predicador de la corte Adolf Stöcker. La hostilidad cristiana hacia los judíos proporcionó un trampolín decisivo para el antisemitismo moderno, en gran parte porque incluía a menudo un fuerte elemento de prejuicio racial y estaba subsumida de diversos modos en el antisemitismo racial. Pero a finales del siglo XIX se estaba quedando progresivamente anticuado, al menos en su forma más pura y tradicional, sobre todo porque los judíos estaban dejando de ser una minoría religiosa fácilmente identificable y estaban empezando a convertirse y a casarse en el seno de la sociedad cristiana a un ritmo creciente. En la década de 1870, demagogos y escritorzuelos de clase media baja en busca de un chivo expiatorio para sus dificultades económicas recurrieron a los judíos como una minoría no religiosa sino racial, y empezaron a abogar no por su asimilación total en la sociedad alemana, sino por su exclusión total de ésta.[58]

El mérito de este cambio, si es «mérito» la palabra adecuada, suele atribuirse al oscuro escritor Wilhelm Marr, cuyo folleto *La victoria del judaísmo sobre la germanidad considerada desde un punto de vista no confesional*, publicado en 1873, fue el primero que insistió en que, como diría él mismo en una obra posterior: «No debe plantearse aquí recurrir a prejuicios religiosos cuando se trata de una cuestión de raza y cuando la diferencia estriba en la “sangre”».[59] Y, tomando prestado de las teorías entonces de moda del racista francés Joseph Arthur de Gobineau, Marr no comparaba a los judíos con los cristianos sino con los alemanes, insistiendo en que se trataba de dos razas diferentes. Según él los judíos habían ganado la batalla en la lucha racial y gobernaban prácticamente el país. Así que no

tenía nada de extraño que padeciesen tanto los honrados artesanos y pequeños comerciantes alemanes. Marr pasó luego a inventar el término «antisemitismo» y fundó en 1879 la Liga de Antisemitas, la primera organización del mundo con esta palabra en su título. Su finalidad era, según él, reducir la influencia judía en la vida alemana. Sus escritos pulsaban una nota apocalípticamente pesimista. En su «Testamento» proclamaba: «La cuestión judía es el eje en torno al cual gira la rueda de la historia del mundo», pasando luego a exponer sombríamente su idea de que «todos nuestros procesos sociales, comerciales e industriales se basan en una visión judía del mundo».[60]

Las raíces de la desesperación de Marr eran personales también. Sumido en constantes dificultades financieras, le afectaron profundamente los problemas económicos de la década de 1870. Su segunda esposa, que era judía, le mantuvo económicamente hasta que falleció en 1874; su tercera esposa, de la que se divorció tras una relación breve y desastrosa, era medio judía, y él le achacaba en parte su falta de dinero, ya que tenía que pagarle considerables sumas para la crianza de su hijo. Marr deducía de esto (convirtiendo audazmente su experiencia personal en regla general de la historia del mundo) que la pureza racial era admirable y el mestizaje, una receta segura para el desastre. Dadas estas raíces tan personales de su antisemitismo, no tiene nada de sorprendente que Marr no se involucrase íntimamente en la política activa; la Liga de Antisemitas fue un fracaso y él se negó a apoyar a los partidos antisemitas porque los consideraba demasiado conservadores.[61] Pero pronto se unieron a él como propagandistas del nuevo antisemitismo racial otros escritores. El revolucionario Eugen Dühring, por ejemplo, equiparó el capitalismo con los judíos, sosteniendo que el socialismo tenía que centrarse principalmente en impedir que los judíos tuviesen influencia política y económica. El historiador nacionalista Heinrich von Treitschke aseguraba que los judíos estaban socavando la cultura alemana y popularizó la frase «los judíos son nuestra desgracia», que se convertiría en los años siguientes en lema de muchos antisemitas, incluidos los nazis. Escritores como éstos no eran en modo alguno personajes marginales del tipo representado por Hermann Ahlwardt. Eugen Dühring, por ejemplo, ejerció una influencia en el

movimiento socialista lo suficientemente vigorosa como para que Friedrich Engels escribiese en 1878 su famoso tratado *Anti-Dühring* en un victorioso intento de combatir su influencia dentro del movimiento obrero socialista. La historia de Heinrich von Treitschke fue una de las historias alemanas más leídas del siglo XIX, y sus diatribas contra lo que él consideraba la falsedad y el materialismo judíos provocaron una reacción generalizada entre sus colegas de Berlín, incluidos el especialista en estudios clásicos Theodor Mommsen, el patólogo Rudolf Virchow y el historiador Gustav von Droysen, que condenaron, junto con muchos otros profesores universitarios alemanes, el «odio racial y el fanatismo» de su colega en términos inequívocos.[62]

Estas reacciones eran un recordatorio de que, pese al rápido crecimiento de la influencia de los escritores antisemitas, la inmensa mayoría de la opinión respetable de Alemania, de derechas y de izquierdas, de clase media y de clase obrera, se oponía a este tipo de racismo. Las tentativas de que el pueblo alemán se tragase las ideas antisemitas tuvieron en conjunto poco éxito. La clase obrera en particular y su principal representante político, el Partido Socialdemócrata (la organización política de mayor tamaño de Alemania, con más escaños en el Reichstag que ningún otro partido después de 1912, y la que obtenía desde mucho antes de eso el mayor número de votos en las elecciones nacionales), eran resueltamente contrarios al antisemitismo, que se consideraba atrasado y antidemocrático. Hasta los miembros de base del partido rechazaban sus consignas de odio. Como le oyó comentar un agente de policía a un obrero cuando escuchaba la charla política en bares y tabernas de Hamburgo en 1898:

> El sentimiento nacional no debe degenerar en que una nación se ponga por encima de otra. Y peor aún si uno considera a los judíos como una raza subordinada y combate así a la raza. ¿Pueden evitar los judíos descender de otro linaje? Han sido siempre un pueblo oprimido, por eso andan esparcidos [por el mundo]. Para el socialdemócrata, es evidente que lo que él quiere es la igualdad de todos con un espíritu humano. Los judíos no son los peores, ni mucho menos.[63]

Hay más testimonios que indican que los trabajadores se burlaban de los antisemitas, de que condenaban la violencia antisemita y de que apoyaban el deseo de igualdad ciudadana de los judíos. Estos puntos de vista eran característicos de los trabajadores en el movimiento obrero antes de 1914.[64]

De lo único que se podría acusar a los socialdemócratas es de que no se tomasen lo suficientemente en serio el peligro que significaba el antisemitismo, y de permitir que se colasen unos cuantos estereotipos antisemitas en un reducido número de caricaturas publicadas en sus revistas de entretenimiento.[65] En algunos lugares, los socialdemócratas y antisemitas se apoyaron mutuamente en segundas vueltas electorales, pero eso no entrañaba una aprobación mutua de sus principios, sólo indicaba el deseo de hacer causa común temporalmente como partidos de protesta frente a elites asentadas.[66] En algunos pueblos y aldeas atrasados, sobre todo del Este rural, surgían de cuando en cuando acusaciones medievales de asesinato ritual contra judíos locales que conseguían un cierto apoyo popular y que, a veces, hasta llegaban a provocar manifestaciones de protesta. Ninguno de ellos quedó probado nunca ante los tribunales. Los pequeños negociantes, los tenderos, los artesanos y los granjeros eran más propensos al antisemitismo declarado que la mayoría, continuando una tradición de antisemitismo popular organizado que puede rastrearse como mínimo hasta la revolución de 1848 en algunas zonas, aunque no en su forma racista moderna.[67] Pero, por lo que se refiere a las clases medias ilustradas, los hombres de negocios no judíos y los miembros de profesiones liberales, la mayoría de ellos trabajaban sin ningún problema con colegas judíos, cuya representación en los partidos políticos liberales era lo bastante fuerte para que estos partidos no pudiesen asumir ninguno de los argumentos básicos o de las actitudes de los antisemitas. Los partidos antisemitas se mantenían en una posición marginal, como fenómenos de protesta, y acabaron desapareciendo en su mayoría poco después del cambio de siglo.

Sin embargo, su decadencia y desaparición eran en cierta medida engañosas. Una de las razones de que desapareciesen fue que los partidos mayoritarios, entre cuyos seguidores se incluían grupos de clase media baja económicamente amenazados a los que los antisemitas habían apelado en principio, es decir, los conservadores y el Partido del Centro, adoptaron las ideas antisemitas. Los conservadores se apoyaron en la política antisemita contenida en su programa de Tívoli de 1893 y siguieron pidiendo que disminuyese lo que, según ellos, era una influencia subversiva de los judíos

en la vida pública. Sus prejuicios antisemitas resultaban atractivos para grupos significativos de la sociedad rural protestante del norte de Alemania y para los artesanos, tenderos y pequeños empresarios representados en el ala socialcristiana del partido. Para el Partido del Centro, mucho mayor aunque menos influyente sin duda bajo el Reich, los judíos, o más bien una imagen deformada y polémica de ellos, simbolizaban el liberalismo, el socialismo, la modernidad, es decir, todo lo que la Iglesia rechazaba. Esta posición resultaba atractiva para gran número de campesinos y artesanos del partido, y la propagaron grupos de protesta autónomos entre el campesinado católico, cuyas ideas no eran diferentes de las de Otto Böckel; las compartía también gran parte de la jerarquía eclesiástica, básicamente por la misma razón. En el Vaticano, el antisemitismo religioso y el racial se fundían en algunas de las diatribas antijudías publicadas por escritores eclesiásticos en ciertos periódicos y revistas ultramontanos de los más extremistas.[68]

Además, el prejucio antisemita era lo bastante fuerte en las capas más altas de la sociedad, la judicatura, el funcionariado, el Ejército y las universidades como para constituir un recordatorio permanente para los judíos de que no eran del todo miembros iguales de la nación alemana.[69] Los antisemitas consiguieron situar «la cuestión judía» en la agenda política, de manera que en ningún momento dejó de ser motivo de discusión y debate la participación judía en instituciones sociales clave. Sin embargo, todo esto se desarrollaba a una escala relativamente baja, incluso para los criterios de la época. Un historiador especuló en cierta ocasión sobre lo que habría sucedido si alguien viajase en el tiempo desde 1945, llegase a la Europa de poco antes de la Primera Guerra Mundial y le dijese a un contemporáneo inteligente y bien informado que treinta años después una nación europea pondría en marcha un programa sistemático para matar a todos los judíos del continente y exterminaría a casi seis millones. Si el viajero invitase al contemporáneo a adivinar qué nación sería ésa, lo más probable es que hubiese señalado Francia, donde el caso Dreyfus había provocado recientemente un virulento estallido de antisemitismo popular. O podría señalar Rusia, donde las «Centurias Negras» zaristas se habían entregado a numerosas matanzas de judíos a raíz de la fallida revolución de

1905.[70] Es díficil que se le hubiese ocurrido decir que la nación que se lanzaría a esa campaña de exterminio sería Alemania, con su comunidad judía sumamente aculturada y su relativa carencia de antisemitismo político declarado y violento. Los políticos antisemitas estaban aún en los sectores marginales del espectro político. Pero algunas de las proclamaciones propagandísticas de los antisemitas estaban empezando a lograr cierto apoyo en el cuerpo político general; por ejemplo, la idea de que algo llamado el «espíritu judío» era en cierto modo «subversivo», o lo que se decía de que los judíos tenían una influencia «excesiva» en sectores de la sociedad como el periodismo y el derecho. Además, los partidos antisemitas habían introducido un nuevo estilo político de agitación demagógica que se había liberado de la habitual contención que imponía el decoro político. Aunque eso fuese algo exclusivo de los sectores marginales, lo cierto es que también ya había pasado a ser posible manifestar en sesiones parlamentarias y en actos electorales odios y prejuicios que a mediados del siglo XIX se habrían considerado totalmente impropios del discurso público.[71]

Lo que la década de 1880 y principios de la siguiente estaban presenciando, además de esta domesticación del antisemitismo, era la acumulación, en los márgenes de la vida política e intelectual, de muchos de los elementos que formarían parte más tarde del potente y ecléctico brebaje ideológico del nacionalsocialismo. Desempeñaron un papel clave en este proceso escritores antisemitas como el popular novelista Julius Langbehn, cuyo libro *Rembrandt como educador* (publicado en 1890) proclamaba que el pintor holandés Rembrandt era un clásico tipo racial alemán del norte y abogaba por que el arte alemán volviese a sus raíces raciales, un imperativo cultural que adoptarían más tarde con gran entusiasmo los nazis. Estos autores hicieron uso en sus diatribas contra los judíos de un nuevo lenguaje, apasionado y violento. Para Langbehn, los judíos eran un «veneno para nosotros y habrá que tratarlos como eso»; «los judíos son sólo un cólera y una peste pasajeros», decía en 1892. Del libro de Langbehn se hicieron cuarenta ediciones en poco más de un año y siguió siendo un éxito de ventas durante mucho tiempo; incluía, además de ataques insidiosos a lo que su autor denominaba «judíos e idiotas, judíos y bribones, judíos y putas,

judíos y profesores, judíos y berlineses», una llamada a restaurar una sociedad jerárquica regida por un «káiser secreto» que surgiría un día de las sombras para restaurar Alemania en su antigua gloria.[72]

Estas ideas las adoptaron y elaboraron los miembros del círculo que se creó en torno a la viuda del compositor Richard Wagner en Bayreuth. Wagner había convertido esta población del norte de Baviera en su hogar hasta su muerte en 1883 y todos los años se representaban sus dramas musicales épicos en el teatro de la ópera que había hecho construir especialmente con ese fin. Estos dramas musicales estaban destinados también a difundir los mitos nacionales pseudogermánicos en los que personajes heroicos de la leyenda nórdica debían servir de caudillos modélicos para el futuro alemán. El propio Wagner había sido antisemita cultural a principios de la década de 1850, afirmando en un libro suyo tristemente célebre, *El judaísmo en la música*, que «el espíritu judío» era contrario a la profundidad musical. El remedio que proponía era la asimilación completa de los judíos en la cultura alemana y la sustitución de la religión judía, en realidad de toda religión, por impulsos estéticos seculares del tipo de los que él vertía en sus propios dramas musicales. Pero hacia el final de su vida, sus ideas adquirieron un tono cada vez más racista bajo la influencia de su segunda esposa, Cosima, hija del compositor Franz Liszt. A finales de la década de 1870, Cosima reseñaba en su diario que Wagner, cuya visión de la civilización era por entonces claramente pesimista, había leído el folleto antisemita de Wilhelm Marr de 1873 y estaba, en términos generales, muy de acuerdo con él. Como consecuencia de este cambio de posición, Wagner no era ya partidario de una asimilación de los judíos en la sociedad alemana, sino de su exclusión de ella. En 1881, comentando la obra clásica de Lessing *Nathan el sabio* y un desastroso incendio que se había producido en el teatro Ring de Viena, en el que habían muerto más de cuatrocientas personas, entre ellas muchos judíos, Cosima comentaba que su marido había dicho, «en una salida vehemente, que todos los judíos debían morir quemados en una representación de *Nathan*».[73]

Después de la muerte de Wagner, su viuda convirtió Bayreuth en una especie de santuario, en el que un grupo de seguidores asiduos honraban la sagrada memoria del maestro difunto. Las ideas del círculo que agrupó en torno suyo Cosima en Bayreuth eran rabiosamente antisemitas. El círculo de Wagner hizo cuanto pudo por interpretar las óperas del compositor como enfrentamientos de héroes nórdicos con pérfidos judíos, aunque su música también pudiese interpretarse, claro está, de muchos otros modos. Entre los personajes más destacados de dicho círculo figuraban Ludwig Schemann, un intelectual que en 1898 tradujo al alemán el tratado de Gobineau sobre la desigualdad racial, y el inglés Houston Stewart Chamberlain, nacido en 1855, que se casó con una de las hijas de Wagner y que publicaría a su debido tiempo una biografía admirativa del gran hombre. Mientras Cosima y sus amigos propagaban sus ideas mediante la publicación periódica de los *Documentos de Bayreuth*, Schemann recorría el país celebrando actos antisemitas y fundando una serie de organizaciones racistas radicales, entre las que destacó la Sociedad Gobineau, creada en 1894. Ninguna de esas organizaciones tuvo demasiado éxito. Pero la propagación de las ideas del teórico racial francés por Schemann contribuyó en buena medida a poner de moda entre los racistas alemanes el término «ario», empleado por éste. Usado en principio para denominar a los ancestros comunes de lenguas germánicas como el inglés y el alemán, no tardó en adquirir el término un uso contemporáneo, pues Gobineau aseguraba que la supervivencia racial sólo se podía garantizar mediante la pureza racial, tal como supuestamente se preservaba en el campesinado alemán o «ario», y que el mestizaje racial significaba decadencia cultural y política.[74]

Fue, sin embargo, Chamberlain, quien ejerció una influencia más notoria con su libro *Los fundamentos del siglo XIX*, publicado en 1900. En este libro místico y vaporoso, Chamberlain retrataba la historia como una lucha por la supremacía entre las razas germánica y judía, los dos únicos grupos raciales que conservaban su pureza original en un mundo de mestizaje. A los alemanes, cultos y heroicos, se enfrentaban los judíos, mecanicistas y crueles, a los que Chamberlain convertía así en una amenaza cósmica para la sociedad humana en vez de limitarse a desdeñarlos como un grupo marginal inferior. Había un enfrentamiento religioso vinculado al

racial, y Chamberlain hacía grandes esfuerzos por intentar demostrar que el cristianismo era esencialmente germánico, que Jesús no había sido judío, a pesar de que todo indicase lo contrario. La obra de Chamberlain impresionó a muchos lectores porque recurría a la ciencia para respaldar sus argumentos. Su aportación más importante a este respecto fue fundir antisemitismo y racismo con darwinismo social. El científico inglés Charles Darwin había dicho que los reinos animal y vegetal estaban sometidos a una ley de selección natural en la que sobrevivía el más apto y el más débil o peor adaptado perecía, lo que garantizaba la mejora de las especies. Los darwinistas sociales aplicaban también este modelo a la especie humana.[75] Aquí estaban ya reunidas, por tanto, algunas de las ideas clave que adoptarían más tarde los nazis.

III

Chamberlain no era el único que proponía estas ideas. Una serie de escritores, científicos y otros personajes diversos contribuyeron a la aparición en la década de 1890 de una nueva variante, dura y seleccionista, del darwinismo social, que destacaba no la evolución pacífica, sino la lucha por la supervivencia. Un representante característico de esta escuela de pensamiento fue el antropólogo Ludwig Woltmann, que afirmaba en 1900 que la raza aria o alemana representaba la cúspide de la evolución humana y era, por tanto, superior a todas las demás. En consecuencia, proclamaba, la «raza germánica ha sido elegida para dominar la Tierra».[76] Pero había, según él, otras razas que estaban impidiendo que sucediese eso. Los alemanes necesitaban, en opinión de algunos, más «espacio vital» (la palabra alemana que se utilizaba era «Lebensraum») y ese espacio tendrían que adquirirlo a expensas de otros, muy probablemente los eslavos. Esto no era porque el país estuviese literalmente superpoblado (no había prueba alguna de eso), sino porque quienes exponían estas ideas tomaban la concepción de territorialidad del reino animal y la aplicaban a la sociedad humana. Alarmados por el crecimiento de las florecientes ciudades alemanas, pretendían que se restaurase un ideal rural en el que los colonos alemanes dominasen a los campesinos eslavos «inferiores», lo mismo que

habían hecho en la Europa centrooriental en la Edad Media, tal como estaban empezando a contarles los historiadores.[77] Esta visión de la política internacional como un campo de batalla entre diferentes razas por la supremacía o la superivencia se había convertido en algo habitual entre la elite política de Alemania en la época de la Primera Guerra Mundial. Individuos como el ministro de la Guerra Erich von Falkenhayn, el ministro de Marina Elfred von Tirpitz, el asesor del canciller del Reich Bethmann Hollweg, Kurt Riezler, y el jefe del gabinete de la Marina imperial Georg Alexander von Müller, consideraban la guerra un medio de preservar o afirmar la raza alemana frente a los latinos y los eslavos. La guerra, como afirmaba en una frase célebre el general Friedrich von Bernhardi en un libro publicado en 1912, era una «necesidad biológica»: «Sin guerra, las razas inferiores y decadentes asfixiarían fácilmente a los elementos sanos incipientes en su desarrollo, y esto provocaría una decadencia universal». La política exterior no debía desarrollarse ya entre Estados, sino entre razas. Se iniciaba así la disminución de la importancia del Estado que habría de tener un papel tan decisivo en la política exterior nazi.[78]

El éxito en la guerra, una preocupación creciente entre políticos y dirigentes de Alemania desde el centro a la derecha tras el cambio de siglo, exigía también, en opinión de algunos, que se diesen pasos positivos para conseguir una mejora de la raza. Un aspecto del giro seleccionista del darwinismo social durante la década de 1890 fue el que se insistiese mucho más que antes en la «selección negativa». Estaba muy bien mejorar la raza mediante la mejora de la vivienda, de la sanidad, de la nutrición, de la higiene y demás medidas políticas similares, en opinión de algunos. Pero eso haría poco por contrarrestar la influencia del abandono por parte de la sociedad del principio de la lucha por la supervivencia al cuidarse de los débiles, los enfermos y los ineptos. Esa política, alegaban algunos científicos del ámbito médico, cuyas ideas se reforzarían con la aparición de la joven ciencia de la genética, estaba provocando la degeneración creciente de la especie humana. Tenía que contrarrestarse con un enfoque científico de la reproducción que eliminase a los débiles o redujese su número y que mejorase y multiplicase a los fuertes. Entre los que argumentaban siguiendo estos criterios figuraba Wilhelm Schallmayer, cuyo ensayo abogando por un

enfoque eugenésico de la política social obtuvo el primer premio en un concurso nacional organizado por el industrial Alfred Krupp en 1900. Alfred Ploetz fue otro médico que opinaba también que la cúspide de la evolución humana hasta el momento la habían alcanzado los alemanes. Según él, en caso de guerra debería enviarse al frente a los ejemplares inferiores para que fuesen los no aptos los que fuesen eliminados primero. El más leído de todos fue Ernst Haeckel, cuya obra de divulgación de las ideas darwinianas, *El enigma del mundo*, se convirtió en un gran éxito de ventas cuando se publicó en 1899.[79]

Pero sería erróneo considerar que estos puntos de vista constituían una ideología coherente o unificada; y aún lo sería más pensar que condujesen en línea recta al nazismo. Schallmayer, por ejemplo, no era antisemita, y rechazaba con vehemencia cualquier idea de superioridad de la raza «aria». Tampoco Woltmann era hostil a los judíos y su actitud básicamente positiva hacia la Revolución francesa (a cuyos dirigentes atribuía, con escasa verosimilitud, la condición racial germánica, como a todos los grandes personajes históricos) no podía ser muy del agrado de los nazis. Haeckel, por su parte, es cierto que afirmaba que debía aplicarse la pena capital a gran escala para eliminar a los criminales de la cadena de la herencia y que abogaba también por la eliminación física de los enfermos mentales mediante inyecciones de sustancias químicas y electrocución. Además era racista y aseguraba que ninguna raza de pelo lanudo había conseguido hacer nunca nada que tuviese una importancia histórica. Pero pensaba, por otra parte, que la guerra era una catástrofe eugenésica porque eliminaba a los jóvenes más valerosos y mejores del país. En consecuencia, sus discípulos, organizados en la autodenominada «Liga Monista», se hicieron pacifistas, rechazando por completo la idea de la guerra, lo que no era una doctrina que pudiese granjearles el afecto de los nazis. Muchos de ellos tendrían graves problemas por ese motivo cuando estallase finalmente la guerra en 1914.[80]

Lo que más se aproximaría de todo esto a un antecedente de la ideología nazi figuraría en los escritos de Ploetz, que sazonó sus teorías con una fuerte dosis de antisemitismo y colaboró con los grupos supremacistas nórdicos. De todos modos, antes de la Primera Guerra Mundial hay pocas

pruebas de que el propio Ploetz considerase la raza «aria» superior a otras, aunque uno de sus más estrechos colaboradores, Fritz Lenz, sí lo hiciese. Ploetz adoptó una línea implacablemente meritocrática respecto a la planificación eugenésica, argumentando, por ejemplo, que en todo nacimiento tenía que haber un equipo de médicos presente que determinase si el recién nacido era apto para sobrevivir o si se debería eliminar por débil e inepto. El darwinista Alexander Tille abogó abiertamente por la eliminación de los física y mentalmente incapaces, considerando, como Ploetz y Schallmayer, que no debían tratarse las enfermedades de los niños para que pudiera eliminarse a los débiles de la cadena de la herencia. En 1905 Ploetz y Ernst Rüdin, que fue durante un tiempo cuñado suyo, fundaron la Sociedad de Higiene Racial para difundir sus ideas. No tardó en influir en la profesión médica y en los servicios sociales. Gobineau había sido en muchos sentidos un conservador y consideraba que era en la aristocracia donde se encarnaba el ideal eugenésico. Estos pensadores alemanes adoptaron una línea mucho más dura y potencialmente más revolucionaria, considerando a menudo los rasgos hereditarios predominantemente independientes de la clase social.[81]

En vísperas de la Primera Guerra Mundial sus ideas se habían propagado de una forma u otra a sectores como la medicina, los servicios sociales, la criminología y el derecho. Los socialmente anormales, como prostitutas, alcohólicos, rateros, vagos y demás, pasaron a considerarse cada vez más hereditariamente contaminados, y las peticiones de esterilización forzosa por parte de los especialistas habían llegado a ser demasiado ruidosas para que se las pudiera ignorar. La influencia de esas ideas en el medio de los profesionales de los servicios sociales era tal que hasta los socialdemócratas pudieron llegar a tomarse en serio la propuesta de Alfred Grotjahn de vincular las mejoras en la vivienda y el auxilio social con la esterilización forzosa de los locos, los «vagos» y los alcohólicos.[82] Fenómenos como éstos reflejaban el influjo creciente de la profesión médica sobre especialidades en rápido crecimiento como la criminología y los servicios sociales. Los triunfos de la ciencia médica alemana al descubrir los bacilos que causaban enfermedades como el cólera y la tuberculosis en el siglo XIX le había otorgado un prestigio intelectual sin

paralelo y, además, habían proporcionado involuntariamente a los antisemitas todo un nuevo lenguaje en el que expresar su odio y su miedo a los judíos. Habían traído consigo, como consecuencia, una medicalización generalizada de la sociedad, en la que la gente corriente, incluida una creciente proporción de la clase trabajadora, había empezado a adoptar prácticas higiénicas como lavarse regularmente, desinfectar los cuartos de baño, hervir el agua para beber, etcétera. El concepto de higiene empezó a pasar de la medicina a otros sectores de la vida, incluida no sólo la «higiene social» sino también, decisivamente, la «higiene racial».

Es indudable que, pese a todos los análisis y los debates sobre estos temas, su influencia sobre las políticas de los gobiernos y su aplicación antes de 1914 no tuvieron demasiada importancia. Fuera de los medios científicos, los propagandistas de la formación de una superraza aria rubia, como el autodenominado Lanz von Liebenfels, director de *Ostara: Zeitung für blonde Menschen* («Ostara: Periódico para rubios»), sólo atraían a un submundo de políticos extremistas y pequeñas sectas políticas excéntricas.[83] Pero, a pesar de todas estas matizaciones, la aparición de esas ideas y el papel creciente que tuvieron en el debate público fueron un elemento significativo en los orígenes de la ideología nazi. Había varios principios fundamentales que unían a casi todos los miembros de esta heterogénea colección de científicos, médicos y propagandistas de la higiene racial. El primero era que la herencia constituía un factor significativo en la determinación del carácter y la conducta de los seres humanos. El segundo era que, como consecuencia de ello, la sociedad, dirigida por el Estado, debía actuar sobre la población para aumentar la eficiencia nacional. Había que impulsar, u obligar, a los «aptos» a engendrar más y a los «no aptos» a hacerlo menos. En tercer lugar, independientemente de cómo se interpretasen los términos, el movimiento de la higiene racial introdujo una categorización amenazadoramente racional y científica de las personas, dividiéndolas en las que eran «valiosas» para la nación y las que no lo eran. «Baja calidad» (el término alemán era *minderwertig*, literalmente ‘sin valor’) se convirtió en un término acuñado del que hacían uso antes de la Primera Guerra Mundial los profesionales de la sanidad y del trabajo social para designar a diversos

tipos de individuos que se desviaban de la norma. Al etiquetar de este modo a la gente, los higienistas raciales abrieron el camino para el control, el tratamiento abusivo y, finalmente, el exterminio de los «sin valor» por parte del Estado, a través de medidas como la esterilización forzosa e incluso la ejecución, lo que algunos de ellos al menos estaban proponiendo ya antes de 1914. Por último, ese enfoque tecnocrático y racionalista del control de la población presuponía una visión totalmente laica e instrumental de la moralidad. Se tiraban por la borda preceptos cristianos como la santidad del matrimonio y de la paternidad, o la atribución de igual valor a todo ser dotado de un alma inmortal. Fuesen lo que fuesen tales ideas, no eran tradicionales ni miraban hacia atrás. De hecho, algunos de los que las proponían, como Woltmann y Schallmayer, se consideraban de izquierdas más que de derechas dentro del espectro político, aunque fuesen muy pocos los socialdemócratas que compartiesen sus ideas. La higiene racial nacía de un movimiento nuevo que abogaba por que la sociedad se rigiese por principios científicos independientemente de cualquier otra consideración. Representaba una nueva variante del nacionalismo alemán, una variante que no era probable que llegasen a compartir jamás conservadores o reaccionarios, ni que respaldasen las iglesias cristianas ni, en realidad, ninguna otra forma de religión organizada o establecida.[84]

Tanto el antisemitismo como la higiene racial habrían de ser componentes clave de la ideología nazi. Ambos formaban parte de una secularización general del pensamiento característica de finales del siglo XIX, aspectos de una rebelión mucho más amplia contra lo que un número creciente de escritores y pensadores estaban llegando a considerar la complacencia impasible y embrutecedora de las actitudes liberales burguesas que habían dominado Alemania en el periodo central del siglo. La autocomplacencia de tantos alemanes ilustrados de clase media por el logro de la nacionalidad en la década de 1870 estaba dejando paso a una serie de insatisfacciones nacidas del sentimiento de que el desarrollo espiritual y político de Alemania se había estancado y necesitaba un nuevo empujón para seguir avanzando. Esas insatisfacciones las expresó con gran vigor el sociólogo Max Weber en su lección inaugural, en la que calificó la unificación de 1871 de «trastada juvenil» de la nación alemana.[85] El profeta

más influyente de estas ideas fue el filósofo Friedrich Nietzsche, que clamó en una prosa potente e incisiva contra el conservadurismo ético de su época. Fue, en muchos sentidos, un personaje comparable a Wagner, al que admiró inmensamente durante gran parte de su vida. Fue, como Wagner, un personaje complejo cuya obra podía interpretarse en una amplia diversidad de sentidos. Sus escritos propugnaban que el individuo se liberase de las restricciones morales convencionales de la época. Antes de 1914 se interpretaron en general como una llamada a la emancipación personal. Ejercieron una vigorosa influencia en diversos grupos liberales y radicales, entre los que se incluyó, por ejemplo, el movimiento feminista, una de cuyas personalidades más imaginativas, Helene Stöcker, escribió numerosos ensayos en prosa subnietzscheana, en los que proclamaba que el mensaje del maestro era que las mujeres debían disponer de libertad para poder desarrollar su propia sexualidad fuera del matrimonio, con la ayuda de anticonceptivos mecánicos e igualdad de derechos respecto a los hijos ilegítimos.[86]

Hubo otros que extrajeron una lección completamente distinta de los escritos del gran filósofo. Nietzsche fue un vigoroso adversario del antisemitismo, fue profundamente crítico con el culto vulgar al poder y al éxito que había surgido (en su opinión) como consecuencia de la unificación de Alemania por la fuerza militar en 1871, y sus ideas más famosas, como la «voluntad de poder» y el «superhombre», debían aplicarse, según él, sólo a la esfera del pensamiento y de las ideas, no a la política ni a la acción. Pero el vigor de su prosa permitió que esas frases se redujesen a lemas demasiado fáciles, desvinculados de su contexto filosófico y aplicados de un modo con el que él habría estado en rotundo desacuerdo. Su concepción de un ser humano ideal, libre de limitaciones morales, que se impusiese a los débiles a través del poder de la voluntad, pudieron apropiársela sin demasiado problema los que, a diferencia de él, creían en la reproducción selectiva de la especie humana de acuerdo con criterios raciales y eugenésicos. Fue decisiva en estas interpretaciones la influencia de su hermana Elisabeth Förster, que vulgarizó y popularizó sus ideas, destacando sus aspectos brutales y elitistas, y las hizo aceptables para los nacionalistas de extrema derecha. Escritores como Ernst Bertram, Alfred

Bäumler y Hans Günther redujeron a Nietzsche a la condición de profeta del poder y su concepto del superhombre, a una invocación para la llegada de un gran caudillo alemán que no estuviese obstaculizado por las limitaciones morales ni por la teología cristiana.[87]

Otros autores, partiendo de estudios antropológicos alemanes de sociedades indígenas de Nueva Guinea y de otras partes del imperio colonial alemán, llevaron el elitismo espiritual de Nietzsche un paso más allá y pidieron la creación de una nueva sociedad regida por una banda de hermanos, una elite de jóvenes vigorosos que gobernasen el Estado de una forma bastante parecida a una orden de caballería medieval. En esta visión del mundo profundamente misógina, las mujeres no tendrían otra función que la de engendrar a la elite del futuro, una creencia compartida de forma menos radical por muchos eugenesistas e higienistas raciales. Escritores del medio académico como Heinrich Schurtz propagaron la ideología de la banda de hermanos a través de diversas publicaciones, pero donde ejerció un mayor influjo fue en sectores como el movimiento juvenil, en el que jóvenes varones, principalmente de clase media, se dedicaban a hacer excursiones, establecer contacto con la naturaleza, cantar canciones nacionalistas en torno a fuegos de campamento y burlarse de la política seria, de la moralidad hipócrita y de la artificialidad social del mundo adulto. Escritores como Hans Blüher, muy influenciados por el movimiento juvenil, llegaron incluso a extremos mayores en su petición de que se reorganizase el Estado siguiendo directrices antidemocráticas y bajo la dirección de un grupo estrechamente unido de hombres heroicos vinculados por lazos homoeróticos de amor y afecto. Propulsores de esas ideas habían empezado ya a crear organizaciones conspiratorias pseudomonásticas antes de la Primera Guerra Mundial, entre las que destacaba la Orden Germánica, fundada en 1912. En el mundo de estas pequeñas sectas seculares, el ritual y el simbolismo «arios» tuvieron una importancia básica, pues sus miembros consideraban las runas y el culto solar signos de germanitud y adoptaron el simbolismo indio de la esvástica como un instrumento «ario», bajo la influencia del poeta de Munich Alfred Schuler y el teórico de la raza Lanz von Liebenfels, que había izado una bandera de la esvástica en su castillo de Austria en 1907. Por muy extrañas que fuesen estas ideas, no debería

desdeñarse su influencia en muchos jóvenes de clase media que pasaron por las organizaciones del movimiento juvenil antes de la Primera Guerra Mundial. Contribuyeron, como mínimo, a una rebelión generalizada contra las convenciones burguesas en la generación nacida en las décadas de 1890 y 1900.[88]

Lo que destacaba en estas corrientes de pensamiento contrastaba vigorosamente con las virtudes burguesas de sobriedad y contención, y se oponía diametralmente a los principios en los que se apoyaba el nacionalismo liberal, como la libertad de pensamiento, el gobierno representativo, la tolerancia hacia las opiniones ajenas y los derechos fundamentales del individuo. La gran mayoría de los alemanes probablemente siguiesen creyendo aún en estas cosas en el cambio de siglo. Ciertamente el partido político más popular de Alemania, el Socialdemócrata, se consideraba el guardián de los principios que los liberales alemanes habían sido, en su opinión, tan notoriamente incapaces de defender. Los propios liberales aún seguían siendo en gran medida una fuerza con la que había que contar, e incluso había indicios de una modesta recuperación liberal en los últimos años de paz anteriores a 1914.[89] Pero habían empezado a producirse ya por entonces intentos serios de unificar algunas de las ideas del nacionalismo extremo, el antisemitismo y la rebelión contra las convenciones en una nueva síntesis, y dotarlas de una estructura organizativa. La vorágine política de ideologías radicales de la que acabaría emergiendo el nazismo estaba ya girando vigorosamente mucho antes de la Primera Guerra Mundial.[90]

EL ESPÍRITU DE 1914

I

Al otro lado de la frontera, en la germanohablante Austria, Georg Ritter von Schönerer, hijo de un ingeniero ferroviario al que el emperador de la casa de los Habsburgo había otorgado un título de nobleza como recompensa por sus servicios al Estado, estaba aportando otra versión de antisemitismo radical. Al año siguiente de su derrota por Prusia en 1866, la monarquía de los Habsburgo se había reestructurado en dos mitades iguales, Austria y Hungría, unidas en la persona del emperador Francisco José y su Administración central de Viena. Esa Administración estaba formada mayoritariamente por germanohablantes, y los seis millones, más o menos, de alemanes austriacos se consolaron de su expulsión de la Confederación Alemana identificándose vigorosamente con los Habsburgo y considerándose el grupo dirigente del imperio. Pero Schönerer no estaba satisfecho con eso. «¡Ojalá perteneciésemos al Imperio alemán!», exclamó en el Parlamento austriaco en 1878. Terrateniente cultivado y radical, era partidario del sufragio universal masculino, de una enseñanza completamente laica, de la nacionalización de los ferrocarriles (tal vez reflejo de la ocupación de su padre) y de que el Estado apoyase a los artesanos y a los campesinos modestos. Consideraba a los húngaros y a las otras nacionalidades de la monarquía de los Habsburgo un freno para el progreso de los germanohablantes austriacos, a quienes, en su opinión, les iría mucho mejor económica y socialmente en una unión con el Reich alemán.[91]

Con el paso del tiempo, la creencia de Schönerer en la superioridad racial alemana se alió con una forma de antisemitismo cada vez más intensa. Añadió a su punto undécimo del Programa de Linz nacionalista alemán de 1879 un punto duodécimo en 1885, en el que pedía «la

eliminación de la influencia judía de todos los sectores de la vida pública» como requisito previo para las reformas que quería conseguir. Su presencia en el Parlamento austriaco permitió a Schönerer hacer campaña contra la influencia de los judíos, por ejemplo, en las empresas ferroviarias, y le proporcionó una inmunidad jurídica que le permitía utilizar un lenguaje desmesurado para condenarles. Fundó una serie de organizaciones para propagar sus ideas, y una de ellas, la Asociación Panalemana, consiguió veintiún diputados en las elecciones al Parlamento de 1901. No tardó en desintegrarse debido a las enconadas disputas personales que estallaron entre sus dirigentes. Pero su ejemplo dio origen a otras organizaciones antisemitas. Su constante insistencia en la influencia supuestamente funesta de los judíos hizo que le resultase más fácil a un político municipal cínico como el conservador socialcristiano Karl Lueger emplear la demagogia antisemita para conseguir apoyo suficiente para llegar a ser alcalde de Viena en representación de la pujante ala derecha del Partido Socialcristiano en 1897. Lueger conservó el cargo durante la década siguiente, estampando su influjo de forma indeleble sobre la ciudad mediante una mezcla de populismo demagógico y reforma municipal imaginativa y socialmente progresista.[92]

Schönerer no disfrutó nunca de ese tipo de apoyo popular. Pero mientras que el antisemitismo de Lueger, aunque influyente, era esencialmente oportunista («Yo decido quién es judío», dijo en una frase célebre cuando lo criticaron por cenar con judíos influyentes de Viena), el de Schönerer era visceral e inflexible. Proclamaba que el antisemitismo era en realidad «el mayor logro del siglo».[93] Con el paso del tiempo, sus ideas se hicieron aún más extremistas. Se describía como pagano, encabezó un movimiento anticatólico bajo el lema «Lejos de Roma» y acuñó el saludo pseudomedieval «Heil!», empleándolo en 1912 en el Parlamento, para indignación general de los diputados, cuando terminó un discurso proclamando su fidelidad a la familia real alemana más que a la austriaca: «¡Vivan los Hohenzollern!». Sus seguidores le llamaban «caudillo» (*Führer*), otro término que su movimiento probablemente introdujo en el vocabulario político de la extrema derecha. Propuso rebautizar las fiestas anuales y los meses del año con nombres germánicos como *Yulefest*

(‘Navidad’) y *Haymoon* (‘junio’). Aún más excéntrica fue su propuesta de un nuevo calendario que se iniciaría con la derrota de un ejército romano por los cimbrios germánicos en la Batalla de Noreia en 118 a. C. Schönerer celebró realmente (sin demasiado éxito) una fiesta para inaugurar el nuevo milenio con el año 2001 n. N. (las iniciales querían decir «nach Noreia», ‘después de Noreia’).[94]

Schönerer era un antisemita racial intransigente. «La religión no tiene importancia, es la raza la que tiene la culpa», era uno de sus lemas pegadizos característicos. Su extremismo le causó conflictos con las autoridades en más de una ocasión, sobre todo en 1888, en que una falsa información de prensa sobre la muerte del káiser Guillermo I le hizo irrumpir en las oficinas del periódico culpable del terror y agredir físicamente a los redactores. Después de que brindase públicamente por Guillermo como «nuestro glorioso emperador», el indignado Habsburgo Francisco José le privó de su título de nobleza, y el Parlamento le retiró la inmunidad para que pudiese cumplir una condena de cuatro meses de cárcel. Eso no le impidió proclamar, una vez en libertad, que «ansiaba que llegase el día en que un ejército alemán entrase en Austria y la destruyese». Este extremismo hizo que Schönerer en realidad no saliese nunca de los sectores marginales de la política. De hecho, en 1907 no consiguió ser reelegido para el Parlamento austriaco, y el número de los diputados que seguían su línea quedó reducido a tres. Schönerer tal vez tuviera más interés en difundir ideas que en conseguir poder. Pero así habría de tener más tarde una considerable influencia en el nazismo.[95]

El antisemitismo de Austria distaba mucho de ser un fenómeno independiente de su homólogo alemán. El idioma común y la cultura también común con Alemania, y el hecho de que Austria hubiera formado parte del «Sacro Reich Romano de la Nación Alemana» durante mil años, y luego de la Confederación Alemana hasta su brusca expulsión por Bismarck en 1866, hacían que las influencias intelectuales y políticas cruzasen la frontera sin mucha dificultad. Schönerer, por ejemplo, era discípulo declarado del antisemita alemán Eugen Dühring. Los ciudadanos del Reich alemán, sobre todo los del Sur católico, que buscaban inspiración en Viena, no podían dejar de captar la combinación de Lueger de reforma social,

fidelidad católica y retórica antisemita. La definición racial de Schönerer de los judíos, su culto al mito «ario», su paganismo declarado y su aversión al cristianismo, su creencia en la superioridad de los alemanes y su desprecio de otras razas, sobre todo de los eslavos, eran en cierta medida compartidos por los antisemitas más radicales del Imperio alemán. Ninguna de esas ideas podía considerarse extraña. Básicamente, formaban parte de la misma corriente de pensamiento extremista. El panalemanismo de Schönerer le condenaba al fracaso mientras existiera la monarquía de los Habsburgo. Pero si alguna vez caía, las minorías germanohablantes se enfrentarían seriamente al dilema de si querían unirse al Reich alemán o formar un Estado independiente propio. Si sucedía eso, el panalemanismo se encontraría a sí mismo.

LA HERENCIA DEL PASADO

II

En el Reich alemán, por otra parte, la subida al poder del káiser Guillermo II en 1888 condujo enseguida a un grave debilitamiento de la posición de Bismarck como canciller del Reich. Al existir discrepancias entre ellos sobre la renovación o la eliminación de la Ley Antisocialista, con sus diversas limitaciones de las libertades ciudadanas, Bismarck se vio obligado a dimitir. La desaparición de la ley dio origen a toda una gama de nuevos movimientos sociales y políticos en todos los sectores del espectro político. Aparecieron en él personajes nuevos y pintorescos, que contrastaban con la monotonía de los sucesores de Bismarck en la cancillería, Caprivi y Hohenlohe. Hubo entre ellos uno al menos que despertaba admiración por ser justamente el tipo de héroe que buscaban los alemanes. Se trataba de Carl Peters, un típico aventurero colonial de finales del siglo XIX, cuyas hazañas se convirtieron rápidamente en material legendario. Cuando Bismarck adquirió a regañadientes colonias alemanas nominales en 1884, Peters se apresuró a convertir en reales aquellas conquistas sobre el papel. Al llegar a la costa de África oriental organizó una expedición y partió hacia el interior, donde firmó una serie de tratados con los jefes indígenas.

En una actitud característica en él, se había olvidado de consultar sobre el asunto al gobierno alemán, y Bismarck rechazó los tratados cuando tuvo noticia de ellos. Peters volvió a crearse problemas cuando se reveló que no sólo había maltratado a sus porteadores, sino que había tenido, además, relaciones sexuales con mujeres africanas. Los informes de sus fechorías escandalizaron a la opinión burguesa. Pero eso no le hizo cejar en su empeño de crear un gran imperio alemán en África.[96]

La fértil imaginación y el espíritu inquieto de Peters lo llevaron a fundar diversas organizaciones, entre las que se incluía la Sociedad para la Colonización Alemana, de 1884, que se fundió con un grupo de orientación similar en 1887, formando la Sociedad Colonial Alemana. Tal era el prestigio de Peters y la influencia de sus seguidores, que Bismarck se vio obligado a respaldar su empresa de África oriental y declarar un protectorado alemán sobre las regiones exploradas, el primer paso para la creación de la colonia alemana de Tanganika. Pero en 1890, el sucesor de Bismarck, Leo von Caprivi, accedió a entregar parte del territorio que había reclamado Peters y, sobre todo, la isla de Zanzíbar a los ingleses, a cambio de que éstos cediesen a Alemania la isla de Heligoland, en el mar del Norte. Indignado por ello, Peters presidió una reunión organizada a principios de 1891 por un grupo de nacionalistas, entre quienes se incluía el joven funcionario Alfred Hugenberg, que habría de desempeñar un papel fatídico en la ascensión y el triunfo del nazismo. Este grupo de nacionalistas fundó una Liga General Alemana, rebautizada en 1894 como Liga Panalemana. El objetivo de la nueva organización era fomentar vigorosamente la expansión alemana en el extranjero y la germanización de las minorías nacionales en el interior. En 1894 se les unió la Sociedad para las Marcas Orientales; este grupo, que tenía unos lazos relativamente estrechos con el gobierno comparados con los que tenían los panalemanes, estaba dedicado a destruir la identidad polaca en las provincias orientales de Alemania. Otra organización bastante parecida, fundada en 1881 como reacción a las luchas en torno a los idiomas oficiales en la monarquía de los Habsburgo, era la Asociación de la Escuela Alemana, que luchaba por preservar el idioma en zonas de asentamiento alemán fuera de las fronteras del Reich; cambió más

tarde de nombre, pasando a llamarse Asociación para la Alemanidad en el Exterior, en reconocimiento de una ampliación sustancial de su cometido para cubrir todos los aspectos de la cultura alemana en el resto del mundo.[97]

A estas asociaciones las sucederían otras más nacionalistas. La más significativa de ellas tal vez fuese la Liga de la Marina, fundada en 1898 con dinero del fabricante de armas Krupp, que tenía un interés evidente en que el Reichstag de la época aprobase la construcción de una gran Marina alemana. En el transcurso de una década, había dejado pequeños a los demás grupos nacionalistas, llegando a tener más de 300.000 miembros si se contaban también las organizaciones filiales. Por el contrario, los otros grupos de presión nacionalistas raras veces conseguían superar los 50.000 socios, y los panalemanes parecían haberse quedado permanentemente estancados por debajo de los 20.000.[98] La mayoría de estos grupos de presión estaban dirigidos por agitadores profesionales como August Keim, un oficial del Ejército cuyas actividades periodísticas le habían creado problemas de ascenso. Hombres como él destacaban en estas asociaciones nacionalistas y les proporcionaban a menudo su fuerza impulsora radical; Keim, por ejemplo, era una figura destacada tanto en la Liga de la Marina como en la Liga de Defensa, y fundó otras asociaciones menos conocidas, como la Liga Alemana para Impedir la Emancipación de las Mujeres (1912), que pretendía hacerlas volver al hogar a criar más hijos para el Reich.[99]

Junto a estos individuos marginales se alineaban notables descontentos que buscaban una nueva salida para su impulso político en un mundo cada vez más democrático, donde el respeto a los ricos y cultos que había sustentado la fortuna electoral de los liberales nacionalistas y de otros partidos más a la derecha desde la década de 1860 a la de 1880, no operaba ya con eficacia. Muchos de estos agitadores habían conseguido su estatus trabajando de firme por lograr un título universitario y ascendiendo luego poco a poco por los sectores menos prestigiosos del escalafón funcionarial. También era importante aquí como fuerza impulsora cierto grado de angustia social. La identificación, tal vez la identificación excesiva, con la nación alemana daba a todos los dirigentes de las asociaciones nacionalistas, fuesen cuales fuesen sus antecedentes, un sentimiento de

orgullo y de pertenencia, y un objetivo para el compromiso y la movilización.[100] La pertenencia a estas diversas organizaciones se solapaba también a menudo y no tenía nada de insólito el que dos o más de ellas hiciesen causa común en una lucha política concreta pese a sus frecuentes rivalidades personales y políticas.

Junto con los objetivos específicos que buscaba cada organización, e independientemente de las frecuentes querellas internas que padecían, las asociaciones nacionalistas estaban de acuerdo en general en que la obra de Bismarck de edificar la nación alemana estaba deplorablemente incompleta y que era urgente y necesario terminarla. También empezaron a pensar cada vez más que la jefatura del Reich no cumplía con su deber en ese campo. Las creencias de los nacionalistas quedaron al descubierto de un modo particularmente dramático en 1912, cuando el presidente de la Liga Panalemana, el abogado Heinrich Class, publicó, con seudónimo, un manifiesto con este impresionante título: *Si yo fuese el káiser*. No era modesto en sus objetivos. Si tuviese el poder que ostentaba Guillermo II, explicaba Class, daría cuenta primero de todos los enemigos internos del Reich, los socialdemócratas y los judíos. La victoria de los socialdemócratas en las elecciones al Reichstag a primeros de aquel año era, clamaba, el resultado de una conspiración judía para minar la nación. Los judíos estaban subvertiendo el arte alemán, destruyendo la creatividad alemana, corrompiendo a las masas alemanas. Si él fuese el káiser, explicaba Class, los judíos perderían inmediatamente sus derechos ciudadanos y serían considerados extranjeros, el Partido Socialdemócrata quedaría prohibido y sus principales funcionarios, sus diputados parlamentarios, los directores de sus publicaciones y los secretarios de los sindicatos serían expulsados del país. Se reestructurarían las elecciones al Reichstag de manera que se concediese mayor poder de voto a las personas ilustradas y pudientes, y sólo se permitiría ocupar escaños en el Parlamento a los mejores. Las concentraciones nacionales y las fiestas patrióticas vincularían las masas populares a la causa nacional.[101]

Los nacionalistas sostenían que la pacificación interna debía incluir la eliminación de culturas minoritarias como la de los polacos de las provincias orientales de Prusia, expulsándolos de sus propiedades agrícolas,

prohibiéndoles el uso de su idioma y empleando la fuerza, en caso necesario, para hacer entrar en vereda a los «eslavos» supuestamente inferiores y sin civilizar. Los panalemanes y sus aliados, dirigidos por Class, abogaban por una producción de armas a gran escala, mayor aún que la impulsada ya por las Leyes de la Marina a partir de 1898. A esto seguiría una guerra en la que Alemania conquistaría Europa y se anexionaría zonas de habla alemana como Suiza, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Austria. Desechaban toda consideración de las otras nacionalidades que habitaban esas regiones y pasaban por alto las diferencias lingüísticas y culturales que hacían improbable que les apoyasen incluso los separatistas flamencos de Bélgica, y no digamos ya otros disidentes políticos. Añadían Rumanía por razones estratégicas, y consideraban que las posesiones ultramarinas belgas y holandesas, incluido, por ejemplo, el Congo, proporcionarían la base para un nuevo gran imperio colonial que superaría con creces a su homólogo inglés. Basándose de modo ecléctico en Nietzsche, Langbehn, Darwin, Treitschke y otros autores, y vulgarizando a menudo sus ideas en el proceso, sacándolas de contexto o simplificándolas hasta el punto de que resultasen irreconocibles, los panalemanes y sus aliados nacionalistas basaban su ideología en una visión del mundo que tenía como creencias fundamentales la lucha, el conflicto, la superioridad étnica «aria», el antisemitismo y la voluntad de poder.[102]

Sin embargo, al mismo tiempo que albergaban esas ambiciones casi ilimitadas de una dominación alemana del mundo, la Liga Panalemana y las otras asociaciones nacionalistas lanzaban también una fuerte señal de alarma, de desaliento incluso, por el estado en que se hallaba Alemania y por sus perspectivas de futuro. Creían que el pueblo alemán estaba rodeado de enemigos, desde los «eslavos» y «latinos» que acechaban en el exterior hasta los judíos, los jesuitas, los socialistas y diversos agitadores y conspiradores subversivos que la minaban por dentro. El racismo panalemán se manifestaba en el hábito lingüístico por el que se reducía cada nación a una simple unidad racial que actuaba de modo uniforme: «alemanidad», «eslavitud», «anglosajonidad» o «judeidad». Las otras razas estaban asfixiando prácticamente a los alemanes y amenazaban con «inundarlos»; o se hallaban inmersas en un proceso de decadencia, como en

el caso de los franceses, y ejercían por ello una influencia corruptora. Los nacionalistas radicales se pintaban a sí mismos como voces clamando en el desierto; si no se les escuchaba, pronto sería demasiado tarde. El peligro extremo exigía remedios extremos. Sólo con una vuelta a las raíces raciales de la nación alemana, el campesinado, el artesanado autónomo y el pequeño negociante, y la familia nuclear tradicional, podría resolverse la situación. Las grandes ciudades eran antros de desorden e inmoralidad antialemanes. Hacían falta medidas enérgicas para restaurar el orden, la decencia y un concepto verdaderamente alemán de cultura. Se necesitaba para salvar a la nación un nuevo Bismarck, duro, implacable, sin miedo a tomar medidas políticas firmes en el interior y en el exterior.[103]

Con el paso del tiempo, las asociaciones nacionalistas fueron haciéndose más ruidosas en sus críticas al gobierno alemán por su supuesta debilidad en el interior y en el exterior. Empujados a una actitud radical por la victoria electoral de los socialdemócratas en 1912, a raíz delo que, según ellos, era el desenlace humillante para Alemania de una crisis internacional relacionada con Marruecos ocurrida el año anterior, las asociaciones nacionalistas, normalmente enfrentadas entre sí, unieron sus fuerzas en apoyo de la recién fundada Liga de Defensa, que se proponía hacer por el Ejército lo que había hecho la Liga de la Marina por la flota de guerra. La nueva organización era mucho mas independiente del gobierno que la Liga de la Marina; compartía plenamente las ideas de los panalemanes, y consiguió llegar a los 90.000 miembros a los dos años de su fundación, en 1912, proporcionando a los panalemanes el tipo de base de masas que éstos no habían conseguido nunca crear por sí solos. Al mismo tiempo, los panalemanes lanzaron una campaña conjunta con la Sociedad Colonial para convencer al gobierno de que no debía reconocer validez legal a los matrimonios entre colonos alemanes y africanos negros en las colonias. Miembros destacados del Partido Conservador empezaron a trabajar con los panalemanes. En agosto de 1913, la Liga Agraria, un inmenso grupo de presión de grandes y pequeños terratenientes con estrechos vínculos con el Partido Conservador, se unieron con la Asociación Central de Industriales Alemanes y la Organización Nacional de Artesanos y Menestrales para formar la Asociación de Estamentos Productivos. Esta asociación no sólo

contó con millones de asociados, sino que asumió muchos de los objetivos y de las ideas básicas de los panalemanes, entre ellos la marginación o eliminación del Reichstag, la ilegalización de los socialdemócratas y el mantenimiento de una política exterior enérgica que incluyese el inicio, si fuese necesario, de una gran guerra de conquista.[104]

Estos grupos de presión nacionalistas radicales no eran producto de ningún tipo de estrategia manipuladora de las elites guillerminas. Eran un movimiento genuinamente populista de movilización política desde abajo. Pero no tenían absolutamente ningún apoyo electoral en la clase obrera. Lo más abajo que llegaba su base de apoyo en la escala social eran los dependientes y los oficinistas, uno de cuyos sindicatos, el Sindicato de Empleados de Comercio de la Nación Alemana, de un antisemitismo virulento, clamaba contra los intereses mercantiles judíos que, en su opinión, mantenían bajos sus salarios, y se oponía a la introducción de mujeres en puestos secretariales y administrativos, considerándola un intento judío de destruir la familia alemana.[105] Sin embargo, la nueva importancia que adquirieron las asociaciones nacionalistas de 1912 en adelante ejerció una inmensa presión sobre el gobierno del país. Esa presión se intensificó cuando los panalemanes consiguieron nuevos amigos en la prensa de derechas. Uno de los que apoyaban a los panalemanes, el general retirado Konstantin von Gebsattel, impresionado por *Si yo fuese el káiser*, redactó un extenso memorándum llamando a la lucha contra «las maquinaciones judías y la demagogia de los dirigentes socialdemócratas», pidiendo un Reich que fuese «no parlamentario», un káiser que gobernase de verdad, en vez de limitarse a ser un mascarón de proa, y que dirigiese una política exterior enérgica con «puño de hierro», y un sistema electoral censitario que redujese al mínimo la influencia de las masas.

Según las propuestas de este memorándum, debía tratarse a los judíos como extranjeros, había que prohibirles adquirir tierras y privarlos de sus propiedades si emigraban. Se les debía excluir de profesiones vinculadas al Estado, como el funcionariado, el derecho, las universidades y el Ejército. En opinión de Gebsattel, que un judío se bautizase no modificaba en absoluto su condición: seguía siendo un judío. Todo el que tuviese más de una cuarta parte de «sangre judía» en sus venas debía ser tratado como

judío y no como alemán. Había que cerrar la «prensa judía». Todo esto era necesario, decía, porque la vida entera de Alemania estaba dominada por «el espíritu judío», un espíritu superficial, negativo, destructivamente crítico y materialista. Era hora ya de que resurgiese el verdadero espíritu alemán, profundo, positivo e idealista. Todo eso debía lograrse mediante un golpe de Estado efectivo desde arriba, garantizado por la declaración de un estado de sitio militar y la imposición de la ley marcial. Gebsattel y su amigo Heinrich Class, un dirigente panalemán consideraron moderado el tono del memorándum. Esa supuesta moderación tenía un motivo. Estaba previsto enviárselo al príncipe heredero Federico Guillermo, cuyas simpatías por la causa nacionalista eran conocidas. Él, por su parte, se lo envió entusiasmado a su padre y al hombre que por entonces ocupaba el cargo que había ocupado en tiempos Bismarck, el canciller del Reich Theobald von Bethmann Hollweg.[106]

Bethmann y el káiser rechazaron cortés pero firmemente las ideas de Gebsattel, considerándolas inviables y peligrosas, en realidad, para la estabilidad de la monarquía. El canciller del Reich admitió que la «cuestión judía» era un sector en el que había «grandes peligros para el desarrollo futuro de Alemania». Pero, continuaba, no podían tomarse en serio las soluciones draconianas de Gebsattel. El káiser vertió más agua fría sobre las propuestas, previniendo a su hijo de que Gebsattel era un «entusiasta extravagante», cuyas ideas solían ser «claramente infantiles». Aun así, admitía también que, aunque no fuese económicamente aconsejable expulsar a los judíos de Alemania, era importante «excluir del Ejército y de la Administración pública la influencia judía, y reducirla en la medida de lo posible en todas las actividades artísticas y literarias». Consideraba que también en la prensa «la judeidad ha hallado su tierra prometida más peligrosa», aunque pensaba que sería contraproducente una limitación general de la libertad de prensa, como proponía Gebsattel. Los estereotipos antisemitas habían penetrado, pues, hasta los niveles más altos del Estado, reforzados en el caso del káiser por su propia lectura de *Los fundamentos del siglo XIX*, de Houston Stewart Chamberlain, que elogió como una llamada a la nación alemana para que despertase de su sueño. Además, como los panalemanes, impertérritos, intensificaron su crítica del canciller

tanto en público como entre bastidores, Bethmann se sintió cada vez más obligado a adoptar una línea dura en su política exterior, con resultados funestos en la crisis que condujo en agosto de 1914 al estallido de la Primera Guerra Mundial.[107]

III

Alemania, lo mismo que otras naciones europeas, entró en la Primera Guerra Mundial con un talante optimista, con pleno convencimiento de que iba a ganar y, casi con seguridad, en un tiempo relativamente corto. Militares como el ministro de la Guerra, Erich von Falkenhayn, esperaban un conflicto más prolongado e incluso temían que Alemania pudiese acabar siendo derrotada. Pero su punto de vista técnico no se transmitió a las masas ni, en realidad, a los políticos, que tenían en sus manos el destino del país.[108] El talante de invencibilidad estaba estimulado por el enorme crecimiento de la economía alemana durante las décadas anteriores y más aún por las apabullantes victorias del Ejército alemán en el frente oriental en 1914-1915. Una invasión inicial rusa de Prusia Oriental llevó al jefe del Estado Mayor alemán a nombrar a un general retirado, Paul von Hindenburg, nacido en 1847 y veterano de la guerra de 1870-1871, para que se hiciese cargo de la campaña con la ayuda de su jefe de Estado Mayor, Erich Ludendorff, especialista técnico e ingeniero militar que no pertenecía a la nobleza y que se había hecho famoso al principio de la guerra con el ataque a Lieja. Los dos generales indujeron a los ejércitos rusos a invadir, haciéndolos caer en una trampa y aniquilándolos, y obteniendo a continuación una serie de victorias. A finales de septiembre de 1915 los alemanes habían conquistado Polonia e infligido pérdidas enormes a los ejércitos rusos, haciéndoles retroceder cuatrocientos kilómetros respecto de las posiciones que habían ocupado el año anterior.

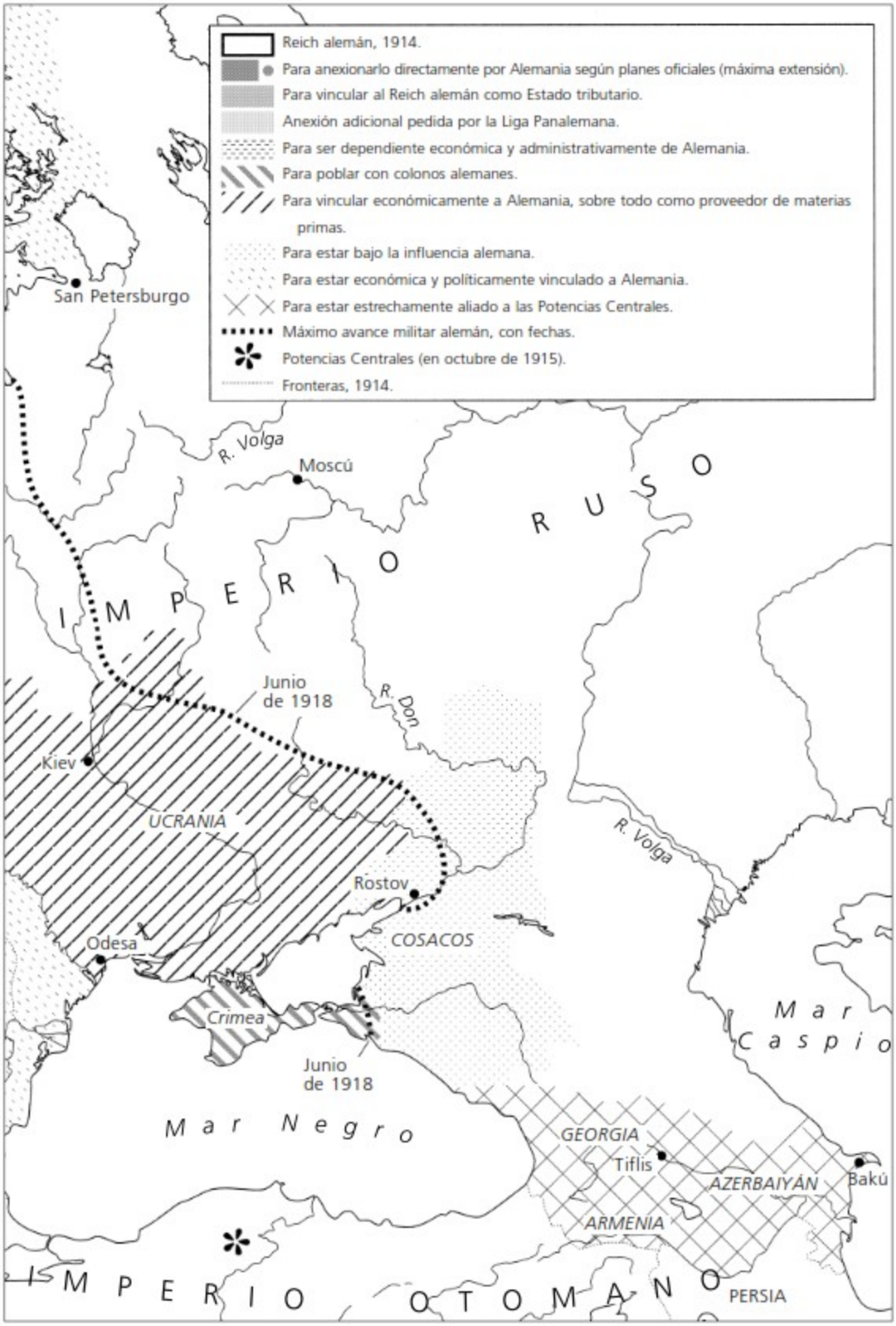
Estos triunfos proporcionaron a Hindenburg una reputación de general prácticamente invencible. Se creó enseguida en torno a él un culto al héroe, y su apariencia imponente e impasible parecía aportar un elemento de estabilidad en medio de las diversas vicisitudes de la guerra. Pero era en realidad un hombre de una habilidad y una visión política limitadas. Actuó

en muchos sentidos como fachada de su enérgico subordinado Ludendorff, cuyas ideas sobre la dirección de la guerra eran mucho más radicales e implacables que las suyas. Los triunfos de la pareja en el Este contrastaron profundamente con la situación de tablas del Oeste, donde a los pocos meses de iniciarse el conflicto se alineaban frente a frente, a lo largo de 720 kilómetros de trincheras, desde el mar del Norte a la frontera suiza, unos ocho millones de combatientes incapaces de efectuar una penetración significativa en las líneas enemigas. La blandura del terreno les permitiría construir línea tras línea de hondas trincheras defensivas. Las barreras de alambre de espino impedían el avance enemigo. Y los emplazamientos de ametralladoras situados a todo lo largo de la línea del frente segaban a los soldados del otro bando que llegaban a aproximarse lo suficiente como para ponerse a tiro. Ambos bandos derrochaban recursos crecientes en esa lucha inútil. En 1916 estaba empezando ya a aflorar la tensión.

En el periodo intermedio de la guerra hubo en todas las naciones combatientes importantes un cambio de jefatura, indicativo de que se consideraba necesario actuar con mayor energía y de forma más inflexible para conseguir movilizar al país y poner en juego todos sus recursos. En Francia subió al poder Clemenceau, y en Inglaterra, Lloyd George. En Alemania, característicamente, no fue un político civil radical sino los dos generales de más éxito, Hindenburg y Ludendorff, los que tomaron las riendas del poder en 1916. El «Programa Hindenburg» intentó galvanizar y reorganizar la economía alemana para que se concentrara en el objetivo imperioso de ganar la guerra. El Ministerio de la Guerra, dirigido por otro general de clase media, Wilhelm Groener, solicitó la colaboración de los sindicatos y los políticos civiles en la tarea de movilización. Pero a los industriales y a los otros generales eso les pareció inadmisible. Groener no tardó en ser depuesto. Hindenburg y Ludendorff, tras apartar a un lado a los políticos civiles, instauraron una «dictadura silenciosa», con un gobierno militar entre bastidores, con graves limitaciones de las libertades ciudadanas, con un control centralizado de la economía y con los generales teniendo la última palabra sobre los objetivos bélicos y la política exterior. Todos estos acontecimientos habrían de proporcionar precedentes

significativos para el destino más implacable que se abatiría sobre la democracia alemana y sobre las libertades ciudadanas menos de veinte años después.[109]

NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
Junio de 1918
Helsinki
Mar del Norte
ESTONIA
REINO UNIDO
Riga
R. Dvina
DINAMARCA
Mar Báltico
Zeebrugge
Brujas
Ostende
Dunkerque
Calais
HOLANDA
BÉLGICA
Amberes
Boulogne
REICH ALEMÁN
Berlín
Varsovia
POLONIA
Brest-Litovsk
Paris
FLANDES-VALONIA
Septiembre de 1914
FRANCIA
SUIZA
R. Danubio
MONARQUÍA AUSTRO-HÚNGARA
R. Sava
RUMANIA
Bucarest
R. Danubio
ITALIA
SERBIA
BULGARIA
MONTENEGRO
ALBANIA
GRECIA


Reich alemán, 1914.
Para anexionarlo directamente por Alemania según planes oficiales (máxima extensión).
Para vincular al Reich alemán como Estado tributario.
Anexión adicional pedida por la Liga Panalemana.
Para ser dependiente económica y administrativamente de Alemania.
Para poblar con colonos alemanes.
Para vincular económicamente a Alemania, sobre todo como proveedor de materias primas.
Para estar bajo la influencia alemana.
Para estar económica y políticamente vinculado a Alemania.
Para estar estrechamente aliado a las Potencias Centrales.
Máximo avance militar alemán, con fechas.
Potencias Centrales (en octubre de 1915).
Fronteras, 1914.
San Petersburgo
R. Volga
Moscú
IMPERIO RUSO
Junio de 1918
R. Don
Kiev
UCRANIA
R. Volga
Rostov
COSACOS
Odesa
Crimea
Junio de 1918
Mar Caspio
Mar Negro
GEORGIA
Tiflis
AZERBAIYÁN
Bakú
ARMENIA
IMPERIO OTOMANO
PERSIA

Mapa 2. La expansión alemana en la Primera Guerra Mundial.

El cambio hacia una continuación más inflexible de la guerra fue contraproducente en más de un sentido. Ludendorff ordenó una explotación económica sistemática de las zonas de Francia, Bélgica y la Europa centrooriental ocupadas por las tropas alemanas. El recuerdo que quedó de ello en los países ocupados habría de costarles muy caro a los alemanes al final de la guerra. Los objetivos bélicos ambiciosos e inflexibles de los generales alejaron de ellos a muchos alemanes del centro liberal y de la izquierda. Y la decisión que se tomó a principios de 1917 de emprender una guerra submarina sin limitaciones en el Atlántico para impedir que llegasen a Inglaterra suministros de Estados Unidos sólo consiguió que los norteamericanos entrasen en la guerra del lado de los aliados. A partir de 1917, la movilización de la economía más rica del mundo empezó a inclinar claramente la balanza en favor del bando aliado, y a finales de año llegaban ya tropas estadounidenses al frente occidental en número creciente. El único aspecto positivo desde la perspectiva alemana era la continua serie de éxitos militares en el Este.

Pero también esto tuvo un precio. La presión militar implacable de los ejércitos alemanes y de sus aliados en el Este tuvo como consecuencia, a principios de 1917, el desmoronamiento de la ineficaz e impopular Administración del zar ruso Nicolás II y su sustitución por un gobierno provisional dirigido por los liberales rusos. Éstos no se mostraron, sin embargo, más capaces de movilizar los inmensos recursos de Rusia para ganar la guerra de lo que había demostrado serlo el zar. Con unas condiciones casi de hambre en el país, caos en la Administración y derrota y desesperación crecientes en el frente, aumentaba en Moscú y en San Petersburgo la oposición a la guerra y empezó esfumarse en el aire la legitimidad ya precaria del gobierno provisional. El principal beneficiario de la situación fue la única organización política de Rusia que había mantenido una oposición continuada a la guerra desde el principio mismo: el Partido Bolchevique, un grupo radical marxista implacable y muy organizado, disciplinado y resuelto, cuyo dirigente Vladimir Ilich Lenin había sostenido desde el principio que la derrota en la guerra era el medio

más rápido para conseguir que llegase la revolución. Aprovechando la oportunidad, organizó un rápido golpe de Estado en el otoño de 1917 que encontró poca resistencia inmediata.

La «Revolución de Octubre» no tardó en degenerar en un caos sangriento. Cuando los adversarios de los bolcheviques intentaron un contragolpe, el nuevo régimen respondió con una violenta oleada de «terror rojo». Se proscribieron todos los demás partidos. Se estableció una dictadura centralizada bajo la jefatura de Lenin. Un Ejército Rojo recién formado dirigido por León Trotsky se enfrentó en una sangrienta guerra civil a los «blancos», que se proponían restablecer el régimen zarista. Sus esfuerzos no pudieron ayudar al propio zar, al que los bolcheviques ejecutaron rápidamente, junto con su familia. La policía política creada por los bolcheviques, la Cheka, reprimió implacablemente a los adversarios del régimen de todos los sectores del espectro político, desde los socialistas moderados mencheviques, los anarquistas y los socialrevolucionarios campesinos de la izquierda hasta los liberales, los conservadores y los zaristas de la derecha. Miles de ellos fueron torturados, asesinados o brutalmente recluidos en los primeros campos de concentración de lo que habría de convertirse en la década de 1930 en un inmenso sistema de confinamiento.[110]

El régimen de Lenin acabó triunfando, derrotando a los «blancos» y los que les apoyaban e imponiendo su control sobre gran parte del antiguo Imperio zarista. El dirigente bolchevique y sus sucesores pasaron a construir su versión de una sociedad y un Estado comunistas, en que la socialización de la economía instauraba, en teoría al menos, la propiedad común de la riqueza, la abolición de la religión garantizaba una conciencia socialista laica, la confiscación de la propiedad privada creaba una sociedad sin clases y la introducción del «centralismo democrático» y la economía planificada otorgaba poderes dictatoriales sin precedentes a la Administración central de Moscú. Pero todo esto se producía en una sociedad y un Estado que Lenin sabía que estaban económicamente atrasados y que carecían de recursos modernos. Economías más avanzadas, como la de Alemania, tenían en su opinión sistemas sociales más desarrollados, en los que era aún más probable que estallara la revolución

de lo que lo había sido en Rusia. De hecho, Lenin creía que la Revolución rusa difícilmente podría sobrevivir a menos que triunfasen revoluciones del mismo tipo también en otras partes.[111]

Así pues, los bolcheviques crearon una Internacional Comunista («Comintern») para propagar su versión de la revolución en el resto del mundo. Pudieron valerse para ello del hecho de que los movimientos socialistas de muchos países se habían escindido por los problemas planteados por la guerra. En Alemania en particular, el en tiempos monolítico Partido Socialdemócrata, que empezó apoyando la guerra como una operación principalmente defensiva contra la amenaza del Este, se había visto asediado por dudas crecientes cuando empezó a ponerse de manifiesto la escala de las anexiones que proponía el gobierno. En 1916 el partido se escindió en dos facciones, una partidaria de la guerra y otra contraria a ella. La mayoría continuó apoyando, con reservas, el esfuerzo bélico y propugnando reformas moderadas en vez de la revolución total. Pero unos cuantos miembros de la minoría de «socialdemócratas independientes», dirigidos por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, fundaron el Partido Comunista Alemán en diciembre de 1918. Y casi todos los demás que apoyaban a esa minoría acabarían uniéndose a ellos a principios de la década de 1920.[112]

Es fácil imaginar el miedo y el terror que produjeron estos acontecimientos en muchos sectores de la población de la Europa central y occidental. Las clases medias y altas estaban alarmadas por la retórica radical de los comunistas y veían cómo sus homólogos de Rusia perdían sus propiedades y desaparecían en las cámaras de tortura y los campos de concentración de la Cheka. Los socialdemócratas pensaban aterrados que, si los comunistas llegaban al poder en su propio país, les aguardaría el mismo destino que a los socialistas moderados mencheviques y a los socialrevolucionarios de orientación campesina de Moscú y San Petersburgo. Los demócratas de todas partes se dieron cuenta desde el principio de que el comunismo se proponía abolir los derechos humanos, desmantelar las instituciones representativas y suprimir las libertades ciudadanas. El terror les llevó a pensar que había que impedir que triunfase el comunismo en sus propios países, aunque hubiese que recurrir para ello a

medios violentos y a la abrogación de las mismas libertades ciudadanas que habían prometido defender. Para la derecha, comunismo y socialdemocracia eran dos caras de la misma moneda y no parecía menos amenazador el uno que la otra. En Hungría tomó el poder en 1918 un régimen comunista que tuvo corta vida, dirigido por Béla Kun, que intentó abolir la Iglesia y fue derrocado enseguida por los monárquicos, capitaneados por el almirante Miklós Horthy. El régimen contrarrevolucionario procedió a imponer un «terror blanco» en el que miles de bolcheviques y socialistas fueron detenidos, brutalmente maltratados, encarcelados y asesinados. Los acontecimientos de Hungría dieron por primera vez una idea a los centroeuropeos de los nuevos niveles de violencia política y de enfrentamiento que habrían de producirse como consecuencia de las tensiones creadas por la guerra.[113]

En la propia Alemania la amenaza del comunismo aún parecía remota a principios de 1918. Lenin y los bolcheviques negociaron rápidamente un acuerdo de paz muy necesario para disponer del margen de respiro preciso para consolidar un poder recién obtenido. Los alemanes impusieron unas condiciones muy duras, anexionándose grandes sectores de territorio ruso en el Tratado de Brest-Litovsk a principios de 1918. Al poder trasladarse un gran número de efectivos alemanes del frente del Este, donde ya no hacían falta, a reforzar una nueva ofensiva de primavera en el Oeste, la victoria final parecía justo a la vuelta de la esquina. El káiser aseguró en su declaración anual al pueblo alemán de agosto de 1918 que lo peor de la guerra había pasado ya. Era bastante cierto, pero no en el sentido en que él lo decía,[114] porque la inmensa sangría que había causado en el Ejército alemán la ofensiva de primavera de Ludendorff había abierto el camino para que los aliados, reforzados con un gran número de nuevos soldados y suministros norteamericanos, rompiesen las líneas alemanas y avanzasen rápidamente en todo el frente occidental. En el Ejército alemán empezó a cundir el desánimo y un número creciente de soldados comenzaron a desertar o a rendirse a los aliados. Los golpes definitivos llegaron cuando Bulgaria, aliada de los alemanes, pidió la paz y los ejércitos de la monarquía de los Habsburgo empezaron a desintegrarse en el Sur ante los renovados ataques italianos.[115] Hindenburg y Ludendorff no tuvieron más

remedio que informar al káiser a finales de septiembre de que la derrota era inevitable. Un endurecimiento masivo de la censura garantizó que la prensa siguiera manteniendo el pronóstico de una victoria final durante algún tiempo más, a pesar de que esa posibilidad se había esfumado ya. Las ondas de choque que desencadenó la derrota alemana fueron por eso mismo mucho mayores.[116] Habrían de resultar demasiado fuertes para que lo que quedaba del sistema político del imperio que había creado Bismarck en 1871 pudiera sostenerse.

Fue en este caldero de guerra y revolución donde se forjó el nazismo. Sólo quince años separan la derrota de Alemania en 1918 de la llegada del Tercer Reich en 1933. Pero habría muchas vueltas y revueltas a lo largo del camino. El triunfo de Hitler no era inevitable ni mucho menos en 1918, lo mismo que no estaba programado previamente por el curso anterior de la historia alemana. La creación del Reich alemán y su ascenso al poderío económico y a la condición de gran potencia habían hecho albergar a muchos unas expectativas que, por entonces, estaba claro que el Reich y sus instituciones habían sido incapaces de satisfacer. El ejemplo de Bismarck como un caudillo supuestamente duro e inflexible sin miedo a recurrir a la violencia y el engaño para conseguir sus fines, estaba presente en la mente de muchos, y las clases medias protestantes admiraban la decisión con que había actuado para poner coto a la amenaza democratizadora del catolicismo político y del movimiento obrero socialista. La «dictadura silenciosa» de Hindenburg y Ludendorff había puesto en práctica los preceptos del régimen autoritario e inflexible en 1916 en un momento de máxima crisis nacional, creando un precedente amenazador para el futuro.

El legado del pasado alemán fue gravoso en muchos aspectos. Pero no hizo inevitables la ascensión y el triunfo del nazismo. Las sombras que proyectaba Bismarck podrían haber acabado disipándose. Pero cuando la Primera Guerra Mundial llegó a su fin se habían intensificado de forma casi inconmensurable. Los efectos de la guerra agravaron infinitamente los problemas heredados por el sistema político alemán de Bismarck y de sus sucesores; y a esos problemas se sumaron otros que presagiaban más problemas aún en el futuro. Sin la guerra, no habría surgido el nazismo como una fuerza política importante, ni habrían buscado tan

desesperadamente tantos alemanes una alternativa autoritaria a la política civil que tan notoriamente parecía haber fallado cuando Alemania más la necesitaba. Era mucho lo que estaba en juego en 1914-1918; por eso todo el mundo estaba dispuesto, tanto a la derecha como a la izquierda del espectro político, a tomar medidas de un extremismo con el que antes de la guerra sólo soñaban personajes políticos marginales. Las recriminaciones generalizadas por la responsabilidad de la derrota de Alemania no hicieron más que agravar el conflicto político. Los sacrificios, las privaciones, las muertes, a una escala inmensa, dejaron a los alemanes de todas las tendencias políticas buscando amargamente una razón. El gasto económico de la guerra, casi inconcebible, creó una inmensa carga económica que pesó sobre la economía mundial de forma agobiante y que ésta tardó otros treinta años en quitarse de encima. Y esa carga fue especialmente pesada en Alemania. Las orgías de odio nacional a las que se habían entregado todas las naciones combatientes durante la guerra, dejaron una terrible herencia de resentimiento para el futuro. Pero cuando los ejércitos alemanes regresaban a casa y el régimen del káiser se disponía a entregar a regañadientes el poder a un sucesor democrático, parecía aún que estaba todo por decidir.

DESCENSO AL CAOS

I

En noviembre de 1918, la mayoría de los alemanes esperaban que, puesto que la guerra estaba llegando a su fin antes de que los aliados hubiesen pisado suelo alemán, los términos en que se basara la paz serían relativamente equitativos. Durante los cuatro años anteriores se había debatido ardorosamente sobre la extensión de territorio que debería anexionarse Alemania una vez conseguida la victoria. Hasta los objetivos bélicos oficiales del gobierno habían incluido la asignación al Reich de una cuantía sustancial de territorio de Europa oriental y occidental, y la imposición de una hegemonía alemana absoluta sobre el continente. Los grupos de presión de la derecha iban bastante más lejos.[117] Teniendo en cuenta la extensión de lo que los alemanes habían esperado ganar en caso de victoria, sería de esperar que se hubiesen hecho cargo de lo que podrían perder en caso de derrota. Pero nadie estaba preparado para las condiciones de paz que Alemania se vio obligada a aceptar en el armisticio del 11 de noviembre de 1918. Las tropas alemanas fueron obligadas a retirarse al este del Rin, la flota alemana debía rendirse a los aliados, a los que habría que entregar grandes cantidades de equipo militar, había que repudiar el Tratado de Brest-Litovsk y tenía que entregarse a los aliados también la flota alemana de alta mar, junto con todos los submarinos alemanes. Y para garantizar el cumplimiento de esas condiciones, los aliados mantuvieron el bloqueo económico del país, empeorando una situación ya extrema en lo relativo al suministro de alimentos. El bloqueo se mantuvo hasta junio del año siguiente.[118]

Estas condiciones se consideraban casi universalmente en Alemania una humillación nacional injustificada. Y las medidas que se tomaron para aplicarlas, sobre todo las de los franceses, hicieron aumentar muchísimo el

resentimiento. Y había un hecho que hacía que resultase aún más escandalosa la dureza de los términos del armisticio: el de que muchos alemanes se negaban a creer que sus Fuerzas Armadas hubiesen sido en realidad derrotadas. En amplios sectores de la opinión pública del centro y de la derecha del espectro político empezó a circular muy pronto un mito fatídico, instigado y respaldado por los propios altos mandos del Ejército. Muchas personas, tomando como modelo el drama musical de Richard Wagner *El crepúsculo de los dioses*, empezaron a creer que el Ejército había sido derrotado porque había sido apuñalado por la espalda, como el intrépido héroe wagneriano Sigfrido, por sus enemigos del interior. Los jefes militares alemanes Hindenburg y Ludendorff proclamaron poco después de la guerra que el Ejército había sido víctima de una «campaña demagógica, planeada y secreta» que había condenado al fracaso final todos sus esfuerzos heroicos. «Un general inglés dijo correctamente: "El Ejército alemán fue apuñalado por la espalda"».[119] El káiser Guillermo II repitió la frase en sus memorias, escritas en la década de 1920: «Durante treinta años, el Ejército fue mi orgullo. Por él viví, por él trabajé, y ahora, después de cuatro años y medio de guerra tan brillantes, con victorias sin precedentes, fue forzado a rendirse por la puñalada que le asestó por la espalda la daga del revolucionario, precisamente cuando la paz estaba ya al alcance de la mano».[120] Hasta los socialdemócratas contribuyeron a esta leyenda confortante. Cuando los soldados que regresaban entraron en Berlín el 10 de diciembre de 1918, el dirigente del partido Friedrich Ebert les dijo: «¡Ningún enemigo os ha vencido!».[121]

La derrota en la guerra provocó el hundimiento inmediato del sistema político creado por Bismarck hacía casi medio siglo. Después de que la Revolución rusa de febrero de 1917 hubiese acelerado el final del despotismo zarista, Woodrow Wilson y los aliados occidentales habían empezado a proclamar que el principal objetivo de la guerra era conseguir que el mundo fuera más seguro para la democracia. Cuando Ludendorff y los máximos dirigentes del Reich llegaron a la conclusión de que la guerra estaba irremediablemente perdida, propugnaron una democratización del sistema político imperial alemán para poder tener más posibilidades de conseguir unas condiciones de paz razonables e incluso favorables con los

aliados. Ludendorff aceptaba también, como un subproducto en modo alguno incidental, que si las condiciones de paz no eran tan aceptables para el pueblo alemán, la carga de aceptarlas recaería sobre los políticos democráticos del país y no sobre el káiser y sobre la jefatura del Ejército. Aunque se formó un nuevo gobierno presidido por el príncipe liberal Max de Baden, resultó incapaz de controlar a la Marina, cuyos oficiales intentaron hacerse a la mar con el propósito de salvar su honor enfrentándose a la flota británica en una última batalla desesperada. Nada tiene de extraño que los marineros se amotinasen; al cabo de unos días, los levantamientos se habían propagado a la población civil y el káiser y todos los príncipes, desde el rey de Baviera hasta el gran duque de Baden, se vieron obligados a abdicar. El Ejército se desmoronó sin más tras la firma del armisticio del 11 de noviembre, y correspondió a los partidos democráticos, tal como había planeado Ludendorff, negociar, si era ésa la palabra, los términos del Tratado de Versalles.[122]

Como consecuencia del tratado, Alemania perdió una décima parte de su población y un 13 por 100 de su territorio, incluida Alsacia-Lorena, cedida de nuevo a Francia después de casi medio siglo de dominio alemán, junto con los territorios fronterizos de Eupen, Malmédy y Moresnet. El Sarre se desgajó de Alemania y se sometió a un régimen de mandato con la promesa de que se permitiría a sus habitantes decidir si querían convertirse o no en parte de Francia. Se esperaba claramente que lo harían al final, al menos si los franceses tenían algo que ver con el asunto. Para garantizar que las Fuerzas Armadas alemanas no entrasen en la Renania, se estacionó allí un número considerable de tropas inglesas, francesas y, durante un periodo más breve, norteamericanas, a lo largo de buena parte de la década de 1920. Schleswig septentrional pasó a Dinamarca; y, en 1920, Memela Lituania. La creación de un nuevo Estado polaco, que puso fin a las particiones del siglo XVIII, en las que Austria, Prusia y Rusia habían devorado Polonia, significó para Alemania la pérdida de Osen, gran parte de la Prusia Occidental y la Alta Silesia. Danzig se convirtió en una «ciudad libre», bajo el control nominal de la recién fundada Sociedad de Naciones, precursora de la Organización de Naciones Unidas creada después de la Segunda Guerra Mundial. Para dar acceso al mar a la nueva Polonia, el

acuerdo de paz estableció un «pasillo» de tierra que separaba la Prusia Oriental del resto de Alemania. Se confiscaron las colonias ultramarinas alemanas y se redistribuyeron en mandatos de la Sociedad de Naciones.[123]

Igual de significativa, y de sorprendente, fue la negativa de las potencias vencedoras a permitir la unión de Alemania y la Austria de habla alemana, que habría significado la satisfacción de los anhelos radicales de 1848. Como las naciones que formaban el imperio de los Habsburgo se disgregaron al terminar la guerra para formar los Estados nacionales de Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia, o para unirse a Estados nacionales vecinos viejos o nuevos, como Polonia y Rumanía, los aproximadamente seis millones de germanohablantes que quedaban en Austria propiamente dicha, encajonados a lo largo y al lado de los Alpes entre Alemania e Italia, consideraban mayoritariamente que la mejor solución era unirse al Reich alemán. Casi nadie creía que lo que quedaba de Austria pudiese resultar viable ni política ni económicamente. La inmensa mayoría de su población llevaba décadas considerándose el grupo étnico rector de la monarquía multinacional de los Habsburgo, y los que, como Schönerer, habían propugnado la solución de 1848 (separarse del resto y unirse al Reich alemán) habían estado confinados en los márgenes lunáticos del espectro político. Sin embargo, ahora Austria quedaba separada de su entorno, sobre todo de Hungría, de la que tanto había dependido económicamente. Tenía además una capital, Viena, cuya población, sobrecargada por la burocracia civil y militar de los Habsburgo, que ya no tenían ninguna función, constituía más de un tercio del total de los habitantes del nuevo Estado. Lo que había sido anteriormente una excentricidad política parecía tener ahora un sentido político. Hasta los socialistas austriacos pensaban que la unión con el Reich alemán más adelantado permitiría conseguir llegar antes al socialismo que intentar hacerlo solos.[124]

Además, el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, había declarado en sus célebres «Catorce Puntos», por los que quería que trabajasen las potencias aliadas, que cada nación debería poder determinar su propio futuro, sin interferencias ajenas.[125] Si se aplicaba a los polacos, checos y yugoslavos, ¿por qué no iba a aplicarse también a los alemanes? Pero no fue así. ¿Para qué habían estado luchando, se pregutaban los

aliados, si el Reich alemán acababa la guerra con seis millones más de habitantes y una considerable extensión de territorio adicional en el que se incluía una de las ciudades más grandes de Europa? Así que se vetó la unión. De todas las disposiciones territoriales del tratado, ésta parecía la más injusta. Partidarios y críticos de la posición aliada podían discutir los méritos de las otras disposiciones y debatir sobre si eran justos o no los plebiscitos que decidían la cuestión territorial en lugares como la Alta Silesia; pero en el caso austriaco no había nada que discutir. Los austriacos deseaban la unión. Los alemanes estaban dispuestos a aceptarla; el principio de autodeterminación nacional la exigía. El hecho de que los aliados la prohibiesen siguió siendo un motivo constante de resentimiento en Alemania y condenó a la nueva «República de la Austria Alemana», como se la llamaba, a veinte años de existencia plagada de conflictos y asolada por las crisis, en los que pocos de sus ciudadanos llegaron a creer en su legitimidad.[126]

Muchos alemanes comprendieron que los aliados justificaban su prohibición de que Alemania y Austria se unieran, como muchas otras disposiciones del Tratado de Versalles, por el artículo 231, que obligaba a Alemania a aceptar la «culpa exclusiva» de que se hubiese iniciado la guerra en 1914. Otros artículos igualmente ofensivos para los alemanes eran los que ordenaban que se juzgase al káiser y a muchos otros por crímenes de guerra. Los soldados alemanes habían cometido realmente atrocidades enormes durante las invasiones de Bélgica y del norte de Francia en 1914. Pero los pocos juicios que se celebraron en Leipzig ante un tribunal alemán fracasaron casi uniformemente, porque el sistema judicial alemán no aceptó la legitimidad de la mayoría de las acusaciones. De los novecientos presuntos criminales de guerra señalados en principio para comparecer en juicio, sólo setenta acabaron siendo considerados culpables, mientras que diez fueron absueltos y los demás nunca pasaron por un juicio pleno. En Alemania arraigó la idea de que todo el concepto de crímenes de guerra, en realidad toda la idea de las leyes de guerra, era una polémica invención de los victoriosos aliados basada en una propaganda mendaz sobre atrocidades

imaginarias. Esto dejó una herencia funesta que se haría patente en las actitudes y la conducta de las Fuerzas Armadas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial.[127]

Mar del Norte
SCHLESWIG NORTE
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
TERRITORIO DE MEMEL
LITUANIA
Danzig (Ciudad libre de)
Königsberg
PRUSIA ORIENTAL
R. Memel
PRUSIA OCCIDENTAL
Kiel
Hamburgo
Stettin
REINO UNIDO
HOLANDA
Bremen
POSEN
Posen
Hannover
Berlin
POLONIA
R. Oder
El Ruhr
EUPEN-MALMEDY
BÉLGICA
Colonia
Weimar
Breslau
ALTA SILESIA
Oppeln
R. Vistula
Frankfurt
R. Elba
CHECOSLOVAQUIA
Compiègne
LUXEMBURGO
SARRE
Metz
Nuremberg
R. Rin
Versalles
Stuttgart
ALSACIA LORENA
Estrasburgo
R. Danubio
FRANCIA
Munich
SUIZA
AUSTRIA
Frontera del Reich alemán, 1871-1918.
Perdido por Alemania, 1919-1921 (en parte por plebiscito).
Zonas de plebiscito, 1920-1921.
Gobernado por la Sociedad de Naciones hasta el plebiscito (en 15 años).
Ocupado por las fuerzas aliadas de 5 a 15 años.
Fronteras como quedaron definidas a finales de 1919.

Mapa 3. El Tratado de Versalles.

Pero el verdadero propósito del artículo 231 era el de legitimar la imposición por parte de los aliados de indemnizaciones económicas punitivas a Alemania para compensar a los franceses y a los belgas, en especial, por los daños causados en los cuatro años y cuarto de ocupación alemana. Se requisaron más de dos millones de toneladas de barcos mercantes, 5.000 locomotoras ferroviarias y 136.000 vagones, 24 millones de toneladas de carbón y muchas cosas más. Las reparaciones económicas tenían que abonarse en oro durante una serie de años que se prolongaban mucho en el futuro.[128] Por si esto no impedía a Alemania financiar la reconstrucción de su potencial bélico, el tratado obligaba también a que el Ejército quedase reducido a un máximo de 100.000 efectivos y prohibía el uso de tanques y de artillería pesada y el servicio militar obligatorio. Se tuvieron que destruir seis millones de fusiles alemanes, más de 15.000 aviones, más de 130.000 ametralladoras y gran cantidad de equipo militar. La Marina alemana quedó prácticamente desmantelada, se prohibió la construcción de nuevos barcos grandes y no se permitió a Alemania poseer fuerza aérea. Ésas fueron las condiciones de paz que presentaron los aliados occidentales a los alemanes en 1918-1919.[129]

LA HERENCIA DEL PASADO

II

La mayoría de los alemanes recibieron todo esto con incrédulo horror.[130] El sentimiento de indignación y asombro que se propagó entre las clases media y alta alemanas como una onda de choque fue casi universal y afectó también notoriamente a muchos obreros partidarios de los socialdemócratas moderados. La fuerza y el prestigio internacional de Alemania habían ido aumentando desde la unificación de 1871; eso era lo que creían la mayoría de los alemanes. Y ahora, de pronto, se expulsaba brutalmente a Alemania de las filas de las grandes potencias, cubriéndola de lo que ellos consideraban una vergüenza inmerecida. Versalles fue condenado como una

paz dictada, impuesta de forma unilateral sin posibilidad de negociación. El entusiasmo que tantos alemanes de clase media habían demostrado por la guerra de 1914 se convirtió cuatro años más tarde en un ardoroso resentimiento por las condiciones de paz.

En realidad, el acuerdo de paz brindaba nuevas posibilidades a la política exterior alemana en la Europa centrooriental, donde los imperios antes poderosos de los Habsburgo y de los Romanov habían sido sustituidos por un montón de pequeños Estados inestables enfrentados entre sí, como Austria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumanía y Yugoslavia. Las disposiciones territoriales del tratado eran suaves comparadas con lo que habría impuesto Alemania al resto de Europa en caso de victoria, como el plan trazado por el canciller alemán Bethmann Hollweg en septiembre de 1914 y el Tratado de Brest-Litovsk, firmado con los rusos derrotados en la primavera de 1918, habían demostrado gráficamente en la práctica. La victoria alemana habría desembocado también en una cuantiosa factura de indemnizaciones de guerra que debían pagar los aliados derrotados, muy superior sin duda a la que Bismarck les había enviado a los franceses después de la guerra de 1870-1871. Las facturas de reparaciones de guerra que tuvo que pagar Alemania, en concreto a partir de 1919, se correspondían con los recursos de que disponía el país para satisfacerlas y no eran irracionales, considerando la destrucción gratuita que los ejércitos alemanes de ocupación habían causado en Bélgica y en Francia. El acuerdo de paz de 1918-1919 fue, en muchos sentidos, un valeroso intento de casar principios y pragmatismo en un mundo espectacularmente modificado. En otras circunstancias, podría haber tenido cierta posibilidad de éxito, pero en las circunstancias de 1919 los nacionalistas alemanes, que estaban convencidos de que la victoria aliada había sido un engaño injusto, habrían condenado casi cualquier acuerdo de paz.[131] La prolongada ocupación militar aliada de partes de Alemania occidental a lo largo del valle del Rin, desde el final de la guerra hasta casi el final de la década de 1920, provocó asimismo un resentimiento generalizado e intensificó el nacionalismo alemán en las regiones afectadas. Un socialdemócrata nacido en 1888 y anteriormente pacifista informaba más tarde: «Vine a sentir el culatazo del fusil del francés y me convertí de nuevo en patriota».[132] Aunque los

ingleses y los estadounidenses desplegaron tropas en un gran sector de Renania, fueron los franceses, tanto allí como en el Sarre, los que provocaron mayor resentimiento. Causó especial indignación que se prohibiesen las fiestas y las canciones patrióticas alemanas, que se estimulasen los movimientos separatistas de la zona y que se ilegalizasen los grupos nacionalistas radicales. Un minero del Sarre afirmaba que los nuevos propietarios franceses de las minas del estado expresaban su germanofobia tratando con dureza a los trabajadores.[133] La resistencia pasiva, sobre todo entre las capas bajas de funcionarios patriotas (como los empleados ferroviarios, que se negaron a trabajar para las nuevas autoridades francesas), fomentó el odio a los políticos de Berlín que habían aceptado aquella situación y el rechazo de la democracia alemana por no hacer nada al respecto.[134]

Pero si el acuerdo de paz indignó a la mayoría de los alemanes medios, eso no fue nada comparado con el efecto que causó en los apóstoles del nacionalismo radical, sobre todo los panalemanes. Estos últimos habían recibido con entusiasmo el inicio de la guerra en 1914, un entusiasmo que bordeaba el éxtasis. Para individuos como Heinrich Class era la realización de un sueño de toda la vida. Parecía al fin que las cosas seguían la dirección que ellos querían. Los ambiciosos planes de anexión territorial y hegemonía europea trazados por la Liga Panalemana antes de la guerra, parecían tener ahora una posibilidad de hacerse realidad, al plantearse el gobierno dirigido por Bethmann Hollweg una serie de objetivos de guerra que estaban muy próximos a ellos por su alcance y envergadura. Grupos de presión como los industriales, y partidos como los conservadores, clamaban todos por que se añadiesen al Reich alemán después de la victoria nuevos y extensos territorios.[135] Pero la victoria no llegaba y crecía la oposición al anexionismo. Ante esto, Class y los panalemanes empezaron a comprender que necesitaban realizar otro intento serio de ampliar su base de apoyo para poder presionar de nuevo al gobierno. Pero cuando intentaban poner en práctica varios planes de alianza con otros grupos con ese fin, se vieron desbordados bruscamente desde el flanco por un nuevo movimiento, dirigido por Wolfgang Kapp, un antiguo funcionario, terrateniente y socio del magnate financiero y miembro fundador de los panalemanes Alfred

Hugenberg. Para Kapp ningún movimiento nacionalista triunfaría si no disponía de una base de masas. Y en septiembre de 1917 creó el Partido de la Patria Alemana, cuyo programa se centraba en objetivos bélicos anexionistas, cambios constitucionales autoritarios y otras propuestas de la plataforma panalemana. La nueva organización, respaldada por Class, por los industriales, por el antiguo ministro de Marina Alfred von Tirpitz y, en realidad, por todos los grupos anexionistas incluido el Partido Conservador, proclamaba estar por encima de las luchas de la política de partidos, declarándose comprometida sólo con la nación alemana, no con una ideología abstracta. No tardaron en subirse al tren maestros, pastores protestantes, oficiales del Ejército y muchos otros. Al cabo de un año, el Partido de la Patria decía contar ya con nada menos que un cuarto de millón de afiliados.[136]

Pero no todo era lo que parecía. Para empezar, las cifras de afiliados no correspondían a la realidad porque se contaban por partida doble a muchas personas que estaban afiliadas individualmente y que pertenecían al mismo tiempo a organizaciones filiales, de forma que el verdadero número de afiliados no superaba los 445.000, según un memorándum interno de septiembre de 1918. Y luego, Class y los panalemanes fueron rápidamente marginados porque la dirección consideró que su inclusión ahuyentaría a seguidores potenciales de sectores menos radicales del espectro político. El Partido de la Patria despertó gran oposición entre los liberales y una gran desconfianza en el gobierno, que prohibió a oficiales y soldados afiliarse a él y comunicó a los funcionarios que no debían prestarle ayuda alguna. La ambición del partido de reclutar afiliados entre la clase obrera se vio frustrada tanto por los socialdemócratas, que lanzaron críticas mordaces contra su ideología divisiva, como por los heridos de guerra, cuya asistencia (por invitación) a un acto del Partido de la Patria en Berlín en enero de 1918 desembocó en furiosos enfrentamientos con los oradores y concluyó con que los superpatriotas del público les expulsaron y hubo que llamar a la policía para que pusiese fin a la lucha que siguió. Todo esto indicaba que el Partido de la Patria era en realidad otra versión de los movimientos ultranacionalistas anteriores, más dominado incluso que aquéllos por los notables de clase media. No hizo nada nuevo por ganarse el apoyo de la

clase obrera, no tenía ningún orador obrero y, pese a toda su demagogia, carecía del toque popular. Se hallaba firmemente emplazado dentro de los confines de la política respetable, evitaba la violencia y revelaba, más que nada, el fracaso de las ambiciones políticas panalemanas convencionales; un fracaso que se confirmó cuando la Liga Panalemana se mostró incapaz de lidiar con el nuevo mundo político de la Alemania de posguerra y se hundió en la oscuridad sectaria después de 1918.[137]

III

Lo que transformó el escenario nacionalista radical no fue la guerra en sí, sino la experiencia de la derrota, la revolución y el conflicto armado del final de la contienda. Desempeñó un papel muy importante en esto el mito de la «generación del frente» de 1914-1918, los soldados unidos entre sí con un espíritu de camaradería y abnegación luchando por una causa heroica que estaba por encima de todas las diferencias políticas, regionales, sociales y religiosas. Escritores como Ernst Jünger, cuyo libro *Tempestades de acero* se convirtió en un gran éxito de ventas, celebraron la experiencia del combatiente y cultivaron el rápido aumento de la nostalgia de aquella unidad de la época de guerra.[138] Este mito ejerció un poderoso atractivo sobre todo entre las clases medias, para las que las penalidades, tanto materiales como espirituales, compartidas con obreros y campesinos en las trincheras durante la contienda, proporcionaban materia para una celebración literaria nostálgica en los años de posguerra.[139] A muchos soldados les indignó profundamente el estallido de la revolución de 1918. A las unidades que regresaban del frente, las desarmaban y detenían a veces los consejos de obreros y soldados de las poblaciones por las que pasaban.[140] Algunos combatientes se convirtieron al nacionalismo radical cuando los revolucionarios los recibieron a su regreso con insultos en vez de hacerlo con aplausos, y los obligaron a arrancarse las charreteras y a renunciar a la bandera imperial blanca, roja y negra a la que habían jurado mantenerse fieles. Como recordaría más tarde uno de aquellos veteranos:

El 15 de noviembre de 1918, iba del hospital de Bad Nauheim a mi guarnición de Brandeburgo. Cuando me dirigía cojeando, con la ayuda de mi bastón, hacia la estación de Potsdam, en Berlín, me paró un grupo de uniformados con brazaletes rojos y me exigió que les entregara las charreteras y la insignia. Yo alcé el bastón como respuesta. Pero mi rebelión no tardó en verse derrotada. Me tiraron al suelo y me salvó de mi humillante posición la intervención de un ferroviario. A partir de entonces, sentí un odio tremendo hacia los criminales de noviembre. En cuanto mejoré un poco de salud me uní a los grupos que se dedicaban a acabar con la rebelión.[141]

Hubo otros soldados que tuvieron un regreso a casa «ignominioso» y «humillante» en una Alemania que había echado abajo las instituciones por las que ellos habían estado luchando. «¿Era por aquello—se preguntaría más tarde uno de ellos—por lo que la juventud lozana de Alemania había sido segada en centenares de batallas?».[142] Otro veterano, que había perdido una pierna en combate y estaba en un hospital militar el 9 de noviembre de 1918, explicaba:

Nunca olvidaré la escena en que un camarada a quien le faltaba un brazo entró en la habitación y se tiró en la cama llorando. La chusma roja, que nunca había oído silbar una bala, le había atacado y le había arrancado todas sus insignias y medallas. Los dos gritamos de rabia. Ésa era la clase de Alemania por la que habíamos dado nuestra sangre y nuestra salud y nos habíamos enfrentado a todos los tormentos del infierno y a un mundo entero de enemigos durante años.[143]

«¿Quién nos había traicionado?», preguntaba otro. Y la respuesta no se hizo esperar: «Bandidos que querían reducir Alemania a escombros [...], extranjeros malvados».[144]

Estos sentimientos no eran generales entre los soldados y la experiencia de la derrota no convirtió a todos los veteranos en carne de cañón política de la extrema derecha. Gran número de soldados había desertado al final de la guerra, ante la fuerza aplastante de sus adversarios, los aliados, y no habían manifestado deseos de seguir luchando.[145] Millones de soldados de clase obrera regresaron a su entorno político anterior, el de los socialdemócratas, o gravitaron hacia los comunistas.[146] Algunos de los grupos de presión de veteranos insistían enérgicamente en que no querían volver a pasar nunca por las experiencias por las que habían tenido que pasar en 1914-1918, ni que ningún otro tuviera que volver a hacerlo. Pero, a pesar de todo, los ex soldados y sus resentimientos influyeron decisivamente en que se crease, una vez terminada la guerra, un clima de violencia y descontento, y el conflicto que supuso tener que adaptarse a las condiciones en tiempos de paz empujó a muchos a la extrema derecha. Los

que ya estaban políticamente socializados en tradiciones conservadoras y nacionalistas radicalizaron sus ideas en el nuevo marco político de la década de 1920. También en la izquierda hubo una voluntad nueva de utilizar la violencia condicionada por la experiencia, directa o indirecta, de la guerra.[147] A medida que iba quedando atrás el periodo bélico, el mito de la «generación del frente» iba creando un sentimiento generalizado de que aquellos veteranos que tanto se habían sacrificado por la nación durante la guerra merecían un trato mucho mejor que el que en realidad habían recibido, un sentimiento que compartían, como es natural, muchos veteranos.[148]

La asociación de veteranos más importante compartía plenamente estos resentimientos e hizo una enérgica campaña a favor de la restauración del antiguo sistema imperial por el que habían luchado. Esa asociación, llamada los «Cascos de Acero: Liga de Soldados del Frente», la había fundado el 13 de noviembre de 1918 Franz Seldte, propietario de una pequeña fábrica de sifones de Magdeburgo. Nacido en 1882, había sido miembro activo de una sociedad estudiantil de duelos antes de combatir en el frente occidental, donde fue condecorado por su valor. En uno de sus primeros actos públicos, cuando los asistentes dudaron de su entrega a la causa nacionalista, Seldte agitó hacia ellos el muñón del brazo izquierdo, que había perdido en la Batalla del Somme. Instintivamente cauto y conservador, prefirió centrarse en la función primordial de los Cascos de Acero de proporcionar ayuda económica a los veteranos que estaban pasando por momentos difíciles. No tardó en caer bajo la influencia de personalidades más fuertes, sobre todo de aquellos cuyos principios eran más firmes que los suyos. Uno de esos personajes fue su colega en la dirección de los Cascos de Acero, Theodor Duesterberg, otro ex oficial del Ejército que había combatido en el frente occidental y había desempeñado luego una serie de tareas en el Estado Mayor, especialmente como enlace con potencias aliadas como Turquía y Hungría. Nacido en 1875, había estudiado en una academia militar y era un oficial prusiano según el modelo clásico, obsesionado con la disciplina y el orden, firme e inflexible en sus ideas políticas y completamente incapaz, como Seldte, de adaptarse a un mundo sin el káiser. Los dos creían, por tanto, que los Cascos de Acero

debían situarse «por encima de la política», y eso significaba en la práctica que querían estar por encima de las divisiones de partido y restaurar el espíritu patriótico de 1914. El manifiesto de Berlín de la organización, de 1927 proclamaba: «Los Cascos de Acero declaran la guerra a toda esa docilidad y esa cobardía, con las que se pretende debilitar y destruir la conciencia del honor del pueblo alemán mediante la renuncia al derecho de defensa y a la voluntad de defenderse». Rechazaba el Tratado de Versalles y exigía su abrogación, pedía la restauración de la bandera nacional blanca, roja y negra del Reich bismarckiano y atribuía los problemas económicos de Alemania a «la insuficiencia de espacio vital y de territorio en el que trabajar». Para llevar a la práctica este programa hacía falta una jefatura fuerte. El espíritu de camaradería nacido en la guerra tenía que proporcionar la base para una unidad nacional que superase las diferencias partidistas que existían. A mediados de la década de 1920, los Cascos de Acero se ufanaban de contar con 300.000 afiliados. Eran una presencia formidable y decididamente militarista en las calles cuando realizaban sus desfiles y concentraciones; en 1927, por ejemplo, participaron en un desfile en Berlín para manifestar su lealtad al antiguo régimen 132.000 de ellos con uniformes militares.[149]

Para la mayoría de los alemanes, como para los Cascos de Acero, el trauma de la Primera Guerra Mundial, y sobre todo la conmoción provocada por la inesperada derrota, eran heridas que se resistían a cicatrizar. Cuando los alemanes hablaban del «periodo de paz» después de 1918, no se referían al que estaban viviendo, sino al anterior al inicio de la Gran Guerra. Alemania no consiguió efectuar la transición de la época de guerra a la de paz después de 1918. En vez de eso, siguió sumida en una situación de guerra continuada; guerra consigo misma y guerra con el resto del mundo, cuando la conmoción del Tratado de Versalles unió prácticamente a todo el espectro político en la amarga resolución de no aceptar sus disposiciones básicas, recuperar los territorios perdidos, poner fin al pago de las indemnizaciones y conseguir que Alemania volviese a ser la potencia dominante en la Europa central.[150] Los modelos castrenses de conducta habían sido algo generalizado en la cultura y la sociedad alemanas antes de 1914, pero después de la guerra se hicieron omnipresentes. El

lenguaje de la política estaba impregnado de metáforas del periodo bélico, el partido rival era un enemigo al que había que aplastar, y lucha, terror y violencia se convirtieron en armas ampliamente aceptadas y perfectamente legítimas en la contienda política. Había uniformes por todas partes. La política, invirtiendo un famoso adagio del teórico militar de principios del siglo XIX Carl von Clausewitz, se convirtió en una continuación de la guerra utilizando otros medios.[151]

La Primera Guerra Mundial legitimó la violencia hasta un grado que no habían llegado a alcanzar las guerras de unificación de Bismarck en 1864-1870. Antes de la guerra, los alemanes, incluso los de creencias políticas muy distintas y antagónicas, habían sido capaces de discutir sus diferencias sin recurrir a la violencia.[152] Pero, después de 1918, las cosas pasaron a ser completamente distintas. El cambio de talante podía apreciarse ya en los debates parlamentarios. Habían mantenido un decoro relativo durante el imperio, pero después de 1918 degeneraron con demasiada frecuencia en enfrentamientos impropios a gritos, en que cada bando demostraba un desprecio manifiesto por el otro, y el moderador era incapaz de mantener el orden. Pero la situación era mucho peor en las calles, donde todos los bandos armaban escuadras de matones y las escaramuzas, los enfrentamientos eran frecuentes y se recurría de forma generalizada a las palizas y los asesinatos. Los que realizaban estos actos de violencia no eran sólo antiguos soldados, sino que también había entre ellos jóvenes que rondaban los veinte años y que no habían tenido edad suficiente para luchar en la guerra, y entre quienes la violencia civil se convirtió en un medio de legitimarse frente al poderoso mito de la generación más vieja de soldados que habían luchado en el frente.[153] La experiencia del joven Raimund Pretzel es bastante característica. Hijo de un alto funcionario acomodado, recordaría más tarde que sus condiscípulos y él jugaban constantemente entre 1914 y 1918 a juegos de guerra y seguían con avidez los informes de los combates, y, como toda su generación, habían «experimentado la guerra como un gran juego emocionante y fascinante entre naciones, que proporcionaba una emoción y una satisfacción emotiva muy superiores a cualquier cosa que pudiese ofrecer la paz; y que—añadía en la década de 1930—se ha convertido ahora en la

visión subyacente del nazismo».[154] Para ellos, la guerra, el conflicto, la violencia y la muerte solían ser conceptos abstractos; y matar, algo sobre lo que habían leído y que habían procesado en sus mentes adolescentes bajo la influencia de una propaganda que lo presentaba como un acto heroico, necesario y patriótico.[155]

Los partidos políticos no tardaron mucho en asociarse con escuadras armadas y uniformadas, tropas paramilitares cuya tarea consistía en proporcionar guardias para los actos públicos, impresionar a la gente desfilando en formación militar por las calles e intimidar, pegar y a veces matar a miembros de las unidades paramilitares vinculadas a otros partidos políticos. La relación entre los políticos y los paramilitares solía estar cargada de tensiones y las organizaciones paramilitares siempre mantenían un cierto grado de autonomía. Aun así, su tonalidad política solía estar bastante clara. Los Cascos de Acero, que en principio sólo eran una asociación de veteranos, no dejaban duda alguna sobre sus funciones paramilitares cuando desfilaban por las calles o se enzarzaban en peleas con grupos rivales. Sus afinidades con la derecha dura se hicieron más estrechas a partir de mediados de la década de 1920, en que adoptaron una posición más radical, prohibiendo el ingreso en su organización a los judíos pese al hecho de que su finalidad era agrupar a todos los veteranos del frente y había muchos veteranos judíos que necesitaban tanto apoyo como los demás. Los nacionalistas también fundaron sus propias «ligas de combatientes», a las que tenían más posibilidades de controlar para sus fines que las que tenían con los confusos y divididos Cascos de Acero. En 1924, los socialdemócratas desempeñaron un papel destacado en la creación de la Reichsbanner (‘Bandera del Reich’) Negra, Roja y Oro, que proclamaba su fidelidad a la República incorporando a su nombre los colores de su bandera, aunque unidos a la idea mucho más ambivalente del Reich. Los comunistas crearon la Liga de Combatientes del Frente Rojo, en la que el término «Frente Rojo» era una elocuente incorporación de una métafora militar a la lucha política.[156] En la extrema derecha había otras «ligas de combate» más pequeñas, que se difuminaban en grupos conspiratorios ilegales como la Organización Escherich, estrechamente vinculada a los Cascos de Acero, y la Organización Cónsul, que pertenecía

a un turbio mundo de asesinatos y venganzas políticas. Las bandas de hombres uniformados que desfilaban por las calles y se enfrentaban entre ellos en brutales escaramuzas se convirtieron en hechos frecuentes en la República de Weimar, intensificando la atmósfera general de violencia y agresividad de la vida política.[157]

La revolución alemana de 1918-1919 no resolvió los conflictos que habían estado bullendo en el país en la fase final de la guerra. Pocos fueron los que se sintieron plenamente satisfechos con los resultados de la revolución. En la extrema izquierda, los revolucionarios dirigidos por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo vieron en los acontecimientos de noviembre de 1918 la oportunidad de crear un Estado socialista dirigido por los consejos de obreros y soldados que habían brotado por todo el país al desintegrarse el viejo sistema imperial. Con el modelo de la Revolución bolchevique de Lenin en Rusia ante sus ojos, siguieron presionando con planes de una segunda revolución que completase su obra. Los socialdemócratas de la mayoría, por su parte, ante la posibilidad de que los revolucionarios llegasen a instaurar el tipo de «terror rojo» que imperaba por entonces en Rusia, temiendo por sus vidas y convencidos de que había que impedir que el país se sumiera en una completa anarquía, aprobaron el reclutamiento de bandas militares fuertemente armadas, formadas por una mezcla de veteranos de guerra y hombres más jóvenes, y conocidas como «Cuerpos Libres», para aplastar los posibles alzamientos revolucionarios.

En los primeros meses de 1919, cuando la extrema izquierda inició un alzamiento mal organizado en Berlín, los Cuerpos Libres, incitados por los socialdemócratas de la mayoría, reaccionaron con una violencia y una brutalidad sin precedentes. Liebknecht y Rosa Luxemburgo fueron asesinados y los revolucionarios, abatidos o ejecutados sumariamente en las ciudades alemanas donde se habían hecho con el control o parecían constituir una amenaza. Estos acontecimientos dejaron una herencia de odio y rencor en la izquierda política, que se agudizaron aún más con otro brote importante de violencia política que se produjo en la primavera de 1920. Un ejército rojo de trabajadores, formado inicialmente por comunistas y socialdemócratas de izquierda para defender las libertades ciudadanas en la región industrial del Ruhr frente a un intento de golpe de derechas en

Berlín, empezó a plantear medidas políticas más radicales. Una vez derrotado el intento de golpe por una huelga general, unidades de Cuerpos Libres, respaldadas por los socialdemócratas de la mayoría y apoyadas por el Ejército regular aplastaron al ejército rojo en lo que equivalió en realidad a una guerra civil regional. Murieron en ella bastante más de mil miembros del ejército rojo, la mayoría prisioneros a quienes se aplicó la llamada «ley de fugas», es decir, se había tenido supuestamente que disparar contra ellos porque «intentaban escapar».[158]

Estos acontecimientos condenaron al fracaso desde el principio cualquier tipo de cooperación entre socialdemócratas y comunistas. El miedo mutuo, las recriminaciones mutuas y el odio mutuo entre los dos partidos pesaban mucho más que cualquier posible objetivo que pudiesen compartir. La herencia de la revolución de 1918 no era menos inquietante para la derecha. Los socialdemócratas moderados habían legitimado, e incluso estimulado, la violencia extrema contra la izquierda; pero eso no les eximió en modo alguno de convertirse ellos mismos en un objetivo, cuando los Cuerpos Libres se volvieron contra sus amos. Muchos de los mandos de los Cuerpos Libres eran antiguos oficiales del Ejército cuya creencia en el mito de la «puñalada por la espalda» era inquebrantable. La intensidad del odio de los Cuerpos Libres a la revolución y a los que la respaldaban era casi ilimitada. El lenguaje de su propaganda, sus memorias, sus representaciones de ficción de las operaciones militares en las que tomaron parte, transpiraban un ánimo rabioso de agresividad y de venganza que bordeaba a menudo lo patológico. Los «rojos», creían ellos, eran una masa inhumana, eran como una manada de ratas, como una marea venenosa que inundaba Alemania y que exigía medidas de violencia extrema si se le quería poner coto.[159]

Compartían sus sentimientos en mayor o menor medida gran número de oficiales del Ejército regular y la inmensa mayoría de los políticos de derechas. Se incorporaron a sus filas muchos jóvenes estudiantes y otros que se habían perdido la guerra. Para esta gente, los socialistas y demócratas de todas las tendencias eran, ni más ni menos, traidores, eran los «criminales de noviembre» o los «traidores de noviembre», como los calificaban a menudo, eran los que primero habían apuñalado por la espalda

al Ejército, cometiendo luego, en noviembre de 1918, el doble crimen de derrocar al káiser y de firmar el armisticio. De hecho, para algunos políticos democráticos, firmar el Tratado de Versalles equivalió a firmar su sentencia de muerte, pues miembros de los Cuerpos Libres formaron escuadras asesinas para matar a los que consideraban traidores a la patria, entre los que se incluían el político demócrata Walther Rathenau, el dirigente socialista Hugo Haase y el destacado diputado del Partido del Centro Matthias Erzberger.[160] La violencia política alcanzó un nuevo punto álgido en 1923, un año caracterizado no sólo por la sangrienta represión de un levantamiento comunista fallido en Hamburgo, sino también por batallas a tiros entre grupos políticos rivales en Munich y choques armados con separatistas respaldados por los franceses en la Renania. A principios de la década de 1920 miembros de la extrema izquierda como Karl Plättner y Max Hölz realizaron campañas de atracos y «expropiaciones» que no cesaron hasta que fueron detenidos y condenados a largas penas de cárcel.[161]

Fue en esta atmósfera de trauma nacional, extremismo político, conflicto violento y agitación revolucionaria en la que nació el nazismo. La mayoría de los elementos que se integraron en su ideología ecléctica estaban ya presentes en Alemania antes de 1914 y se habían hecho aún más familiares entre la población durante la guerra. El hundimiento espectacular del país en el caos político hacia finales de 1918, un caos que se prolongó hasta varios años después de acabada la guerra, proporcionó el acicate para traducir las ideas radicales en acción violenta. La mezcla embriagadora de odio, miedo y ambición que había enajenado a un pequeño número de extremistas panalemanes obtuvo de pronto un elemento extra crucial: el deseo, la resolución incluso, de utilizar la fuerza física. La humillación nacional, el hundimiento del Imperio bismarckiano, el triunfo de la socialdemocracia, la amenaza del comunismo..., todo esto les parecía a muchos que justificaba el uso de la violencia y el asesinato para poner en práctica las medidas que panalemanes, antisemitas, eugenesistas y ultranacionalistas llevaban propugnando desde antes del cambio de siglo para que la nación alemana pudiese revivir.

Pero esas ideas aún seguían siendo las de una minoría incluso después de 1918, y el uso de la violencia física para aplicarlas seguía estando limitado a un pequeño sector extremista. La política y la sociedad alemanas se polarizaron en puntos extremos con el hundimiento de 1918-1919, no se entregaron a un entusiasmo general por el nacionalismo radical. Y, un hecho crucial, el espacio político del centro aún lo ocupaba gente y partidos comprometidos con la creación de una democracia parlamentaria estable y eficaz, con la reforma social, con la libertad cultural y con oportunidades económicas para todos. El hundimiento del Reich guillermino era también su oportunidad y la aprovecharon diligentemente. Para que el ultranacionalismo pudiese irrumpir en la corriente política general tendría que romper las barreras creadas por la primera democracia de Alemania, la de la República de Weimar.

2

EL FRACASO DE LA DEMOCRACIA

LOS PUNTOS DÉBILES DE WEIMAR

I

El miedo y el odio imperaban en Alemania al final de la Primera Guerra Mundial. Tiroteos, asesinatos, disturbios, matanzas y agitación social negaban a los alemanes la estabilidad en la que podía florecer un nuevo orden democrático. Pero alguien tenía que tomar las riendas del gobierno tras la abdicación del káiser y el desmoronamiento del Reich creado por Bismarck. Asumieron esa tarea los socialdemócratas. De la confusión de primeros de noviembre de 1918 surgió un grupo de personajes destacados del movimiento obrero que formó un Consejo Revolucionario de Delegados del Pueblo. Figuraban en él unidas, por un breve periodo al menos, las dos alas del movimiento socialdemócrata (la de la mayoría, que había apoyado la guerra, y la de los independientes, que se había opuesto a ella), y lo presidía Friedrich Ebert, un veterano funcionario del Partido Socialdemócrata. Ebert había nacido en 1871, era hijo de un sastre, se había hecho guarnicionero de oficio y había entrado en la política a través de las actividades sindicales. Había trabajado en el equipo editorial del periódico socialdemócrata de Bremen y luego, en 1893, había abierto un bar en la ciudad, que funcionaba, como tantas otras instituciones de su género, como centro de organizaciones obreras locales. En 1900 participaba ya activamente en la política municipal de Bremen y, como dirigente de los socialdemócratas locales, hizo mucho por mejorar el funcionamiento del partido. En 1905 fue elegido secretario del comité central de Berlín, y en 1912 entró en el Reichstag.

Ebert no se ganó el respeto de su partido como gran orador o dirigente carismático, sino como negociador tranquilo, paciente y sutil que siempre parecía capaz de unir a las diferentes facciones del movimiento obrero. Era el típico pragmático de la segunda generación de dirigentes

socialdemócratas, que aceptaba la ideología marxista del partido pero concentraba sus esfuerzos en la mejora progresiva del nivel de vida de la clase obrera valiéndose de sus conocimientos en campos como el del derecho laboral y el de la seguridad social. Gracias sobre todo a su trabajo denodado, consiguió remodelar y mejorar el funcionamiento de la maquinaria electoral y la administración del partido antes de la guerra, y le correspondió también gran parte del mérito por la célebre victoria socialdemócrata en las elecciones al Reichstag de 1912. Cuando en 1913 murió August Bebel, que había sido durante tanto tiempo jefe del partido, fue elegido Ebert para dirigirlo, junto con el más radical Hugo Haase. Como muchos otros organizadores socialdemócratas, Ebert ponía la fidelidad al partido por encima de casi todo lo demás, y su indignación ante la negativa de Haase y de otros adversarios de la guerra a acatar las decisiones de la mayoría influyó decisivamente en que decidiera proponer su expulsión. Los disidentes, dirigidos por Haase, formaron el grupo de los socialdemócratas independientes en 1917 y trabajaron desde diversas posiciones para poner fin a la guerra. Ebert creía en la disciplina y el orden, el acuerdo y la reforma, y se esforzó por lograr una cooperación con el Partido del Centro y los liberales de izquierdas durante la guerra, con la finalidad de conseguir que el gobierno del káiser aceptara el parlamentarismo. Su principal objetivo en 1918-1919 estaba formulado con la preocupación característica del administrador sobrio: mantener en funcionamiento los principales servicios, impedir que la economía se desmoronase y restablecer la ley y el orden. No se convenció de que el káiser debía abdicar hasta que comprendió que si no lo hacía estallaría una revolución social, y en su conversación con el último canciller del káiser, el príncipe Max de Baden, añadió: «Yo no quiero eso, en realidad lo aborrezco como al pecado».[1]

Ebert no quería la revolución, sino la democracia parlamentaria. En colaboración con el Partido del Centro y los liberales del ala izquierda, rebautizados ahora como «demócratas», él y sus partidarios del Consejo de Delegados del Pueblo organizaron unas elecciones de ámbito nacional para una Asamblea Constituyente a principios de 1919, con la oposición de los elementos más radicales, que querían que los consejos de obreros y

soldados formasen la base de un tipo de gobierno de estilo soviético. Para muchos electores alemanes, fuesen cuales fuesen sus tendencias políticas, votar a los tres partidos democráticos les pareció el mejor medio de evitar que se crease un soviet alemán y de ahuyentar la amenaza de una revolución bolchevique. No es sorprendente, por tanto, que los socialdemócratas, los demócratas liberales de izquierdas y el Partido del Centro ganasen por una amplia mayoría las elecciones para la Asamblea Constituyente. Ésta se reunió a principios de 1919 en la ciudad de Weimar, en la Alemania central, asociada desde hacía mucho con la vida y la obra del poeta, novelista y dramaturgo alemán del siglo XVIII y principios del XIX Johann Wolfgang von Goethe.[2] La Constitución que aprobó esa asamblea el 31 de julio de 1919 era básicamente una versión modificada de la que había propuesto Bismarck para su nuevo Reich casi medio siglo antes.[3] En lugar del káiser figuraba el presidente del Reich, que debía ser elegido por votación popular, como el presidente de Estados Unidos. Esto no sólo le daba una legitimidad independiente en sus relaciones con el legislativo, sino que favorecía que pudiese hacer uso de amplios poderes excepcionales al amparo del artículo 48 de la Constitución. En situaciones críticas podía gobernar por decreto y utilizar el Ejército para restaurar la ley y el orden en cualquier estado de la federación si consideraba que estaban amenazados.

El poder de gobernar por decreto sólo estaba previsto para emergencias excepcionales. Pero Ebert, como primer presidente de la República, hizo muy amplio uso de él, ejerciéndolo en más de 136 ocasiones distintas. Depuso gobiernos legítimamente elegidos en Sajonia y Turingia considerando que amenazaban con fomentar el desorden. Y algo más peligroso aún: durante la guerra civil de 1920 en el Ruhr recurrió a un decreto para poder aplicar con carácter retroactivo la pena de muerte a delitos de orden público y legitimó a posteriori muchas de las ejecuciones sumarias de miembros del ejército rojo que habían perpetrado ya las unidades de los Cuerpos Libres y el Ejército regular.[4] Fue significativo que en ambas ocasiones se utilizasen estos poderes para reprimir lo que se consideraban amenazas a la República desde la izquierda, mientras que casi no se usaran contra las de la derecha, que eran, en opinión de muchos, bastante más peligrosas. No había prácticamente salvaguardia alguna contra

posibles usos abusivos del artículo 48, ya que el presidente podía valerse del poder que le otorgaba el artículo 25 para disolver el Reichstag en caso de que rechazase un decreto presidencial. Además, se podían utilizar en cualquier caso decretos para crear un hecho consumado o para provocar una situación en la que el Reichstag no tuviese casi más opción que aprobarlos (por ejemplo, se podían utilizar, aunque no llegase nunca a hacerse, para intimidar y reprimir la oposición al gobierno en el poder). Es indudable que en algunas circunstancias probablemente hubiese pocas alternativas a algún tipo de gobierno por decreto. Pero el artículo 48 no incluía ninguna disposición adecuada para la ratificación final del poder por parte del legislativo en esa eventualidad; y Ebert recurrió a ello no sólo en situaciones de emergencia, sino también en otras que no tenían ese carácter pero en las que le habría resultado demasiado difícil conseguir que el Reichstag aprobase la legislación que él quería introducir. Al final, el uso excesivo que Ebert hizo de ese artículo, y los casos en que llegó a hacer incluso un uso abusivo de éste, ampliaron su aplicación hasta el punto de que se convirtió en una amenaza potencial para las instituciones democráticas.[5]

Es indiscutible el mérito de Ebert en la tarea de dar vida a la República de Weimar. Sin embargo, llegó a muchos acuerdos precipitados cuyas consecuencias habrían de volver a asediar más tarde a la República de diversos modos. Los esfuerzos que hizo para conseguir una transición suave de la guerra a la paz lo llevaron a colaborar estrechamente con el Ejército sin pedir ningún cambio en su cuerpo de oficiales ferozmente monárquico y ultraconservador, cosa que estaba sin duda en condiciones de hacer en 1918-1919. Pero esa voluntad de Ebert de llegar a acuerdos con el viejo orden no contribuyó lo más mínimo a granjearle el afecto de los que lamentaban su desaparición. Estuvo sometido, durante los años de su presidencia, a una campaña implacable de vilipendio en la prensa de derechas. La amplia difusión de una foto de prensa del presidente del Reich, achaparrado y gordinflón, de vacaciones en la playa con un par de amigos y ataviado sólo con un bañador, le exponía a la burla y al desprecio de los que consideraban que el jefe del Estado debía poseer una dignidad olímpica y distante, ajena a la ordinariez de la vida cotidiana. Otros adversarios de la

prensa sensacionalista de derechas intentaron mancillar su imagen vinculándolo a escándalos financieros. Ebert, quizás neciamente, respondió interponiendo nada menos que 173 denuncias por calumnia contra los responsables, sin obtener satisfación ni siquiera en una sola de ellas.[6] En 1924, en un proceso penal en el que se acusaba al procesado de haber calificado a Ebert de traidor a la patria, el tribunal le impuso en concepto de multa una suma simbólica de diez marcos, porque, según razonaba la sentencia, Ebert había demostrado en realidad ser un traidor al mantener contactos con obreros de las fábricas de municiones en huelga de Berlín en el último año de la guerra (aunque en realidad lo había hecho para conseguir que la huelga cesase rápidamente a través de un acuerdo negociado).[7] La marea interminable de odio que la extrema derecha vertía sobre Ebert tuvo sus efectos, llegando no sólo a minar su posición, sino también a agotarlo tanto mental como físicamente. Obsesionado con la idea de limpiar su nombre de todas aquellas calumnias, descuidó una apendicitis que podría haber resuelto fácilmente la ciencia médica de la época, y de la que murió el 28 de febrero de 1925, a los 54 años de edad.[8]

Las elecciones para el cargo de presidente que se convocaron a continuación fueron desastrosas para las perspectivas democráticas de la República de Weimar. La funesta influencia de la fragmentación política y la falta de legitimidad se hicieron patentes y ninguno de los candidatos pareció ganar en la primera vuelta, por lo que la derecha recurrió a la renuente figura del mariscal de campo Paul von Hindenburg para intentar unir en torno a él a sus divididos seguidores. En la segunda vuelta, si los comunistas o el ala bávara autónoma del Partido del Centro hubiesen votado por el adversario de Hindenburg mejor situado, el político católico Wilhelm Marx, el mariscal de campo podría haber sido derrotado. Pero, debido sobre todo al egoísmo de los bávaros, fue elegido por una clara mayoría. Hindenburg, símbolo por excelencia del viejo orden imperial y militar, era un individuo corpulento, físicamente imponente, cuya apariencia estatuaria, cuyo uniforme militar, cuyas medallas y cuya legendaria reputación bélica (inmerecida en su mayor parte) por su victoria en la Batalla de Tannenberg y por dirigir luego el destino militar de Alemania, le convertían en una figura decorativa muy respetada, sobre todo por la

derecha, que consideró su triunfo electoral el símbolo de una restauración. «El 12/5—informaba el profesor universitario conservador Victor Klemperer (un observador alarmado y no favorable) en su diario—, cuando se tomó juramento a Hindenburg, hubo banderas negras, blancas y rojas en todas partes. La bandera del Reich sólo ondeó en edificios oficiales». Ocho de cada diez banderas imperiales que vio Klemperer en esa ocasión eran, decía, de las pequeñas, del tipo de las que utilizaban los niños.[9] Para muchos, la elección de Hindenburg significaba alejarse un gran trecho de la democracia de Weimar en la dirección de la restauración del viejo orden monárquico. Corrió el rumor, como era previsible, de que Hindenburg había considerado necesario pedir permiso al ex káiser Guillermo, que estaba por entonces exiliado en Holanda, antes de tomar posesión del cargo de presidente. No era verdad, pero que se diera por cierto decía mucho sobre la reputación de Hindenburg.[10]

Una vez en el cargo, e influido por su fuerte sentido del deber, Hindenburg se atuvo, para sorpresa de muchos, a la letra de la Constitución; pero, a medida que fue transcurriendo su periodo de siete años en el cargo y que iba convirtiéndose en un octogenario, fue también aumentando progresivamente su impaciencia por las complejidades de los acontecimientos políticos y haciéndose cada vez más susceptible al influjo de su camarilla de consejeros, todos los cuales compartían su creencia instintiva en que el único poder soberano legítimo del Reich alemán era la monarquía. Persuadido por el ejemplo de su predecesor de que era legítimo y correcto utilizar los poderes presidenciales de excepción, Hindenburg empezó a pensar que una dictadura conservadora que actuase en su nombre era el único medio de superar la crisis que a principios de la década de 1930 aquejaba a la República. Así que, por mucho que la elección de Hindenburg pudiese haber contribuido a poner de acuerdo a los adversarios de la República para aceptar su existencia a corto plazo, esa elección fue un desastre absoluto a largo plazo para la democracia de Weimar. En 1930, como muy tarde, estaba ya claro que el poder presidencial se hallaba en manos de un hombre que no tenía ninguna fe en las instituciones democráticas y ninguna intención de defenderlas de sus enemigos.[11]

II

Además del cargo de presidente del Reich, la Constitución de Weimar preveía la existencia de un cuerpo legislativo nacional llamado, como antes, Reichstag, pero elegido ahora no sólo por todos los varones adultos sino también por todas las mujeres, y a través de una forma más directa de representación proporcional que la que se había utilizado antes de 1918. En efecto, los electores votaban por el partido de su elección, y cada partido tenía asignado un número de escaños en el Reichstag que se correspondía exactamente con el porcentaje de votos obtenidos en las elecciones. Así, al partido que obtenía el 30 por 100 de los votos se le asignaba el 30 por 100 de los escaños, y (algo un poco más preocupante) al partido que obtenía el 1 por 100 de los votos se le asignaba un 1 por 100 de los escaños. Se ha dicho a menudo que un sistema de este tipo favorecía a los partidos pequeños y a los grupos marginales, y era sin duda cierto. Sin embargo, los partidos marginales nunca consiguieron reunir en total más del 15 por 100 de los votos, de manera que, en la práctica, los partidos grandes raras veces tuvieron necesidad de tenerlos en cuenta a la hora de formar gobierno. Donde la representación proporcional sí influyó fue en la equiparación de las posibilidades de los grandes partidos en su lucha por los votos, pues si se hubiese tratado de un sistema de elección por mayoría relativa, los partidos de mayor tamaño habrían tenido más posibilidades y podría haber habido gobiernos de coalición más estables con menor número de participantes, y tal vez así se hubiese convencido más gente de las virtudes del parlamentarismo.[12]

Lo cierto es que, tal como estaban las cosas, los cambios de gobierno en la República de Weimar fueron muy frecuentes. Entre el 13 de febrero de 1919 y el 30 de enero de 1933 hubo nada menos que veinte gobiernos distintos, que duraron cada uno de ellos una media de 239 días, o algo menos de ocho meses. Solía decirse que los gobiernos de coalición eran gobiernos inestables, porque los diferentes partidos estaban constantemente enzarzados en disputas por cuestiones políticas y personales. También solían ser gobiernos débiles, ya que sólo llegaban a ponerse de acuerdo en el mínimo común denominador y la línea de menor resistencia. Sin

embargo, el gobierno de coalición en Weimar no era sólo producto de una representación proporcional. Surgía también de profundas y persistentes fisuras que existían en el sistema político alemán. Los partidos que habían dominado la escena política en el periodo imperial habían sobrevivido todos ellos en la República de Weimar. Los nacionalistas procedían de la amalgama del viejo Partido Conservador con otros grupos más pequeños. Los liberales no consiguieron superar las diferencias que les separaban y siguieron divididos en izquierda (demócratas) y derecha (Partido del Pueblo). El Partido del Centro se mantuvo básicamente invariable, aunque su ala bávara se escindiese para formar el Partido del Pueblo Bávaro. A la izquierda, los socialdemócratas tuvieron que enfrentarse a un nuevo rival, el Partido Comunista. Pero nada de esto era ni exclusiva ni siquiera principalmente consecuencia de la representación proporcional. Las bases políticas de las que surgieron estos partidos databan ya de los primeros tiempos del Imperio bismarckiano.[13]

Estas bases, con sus periódicos, clubes y sociedades de partido eran de una rigidez y una homogeneidad excepcionales. Eso había tenido como consecuencia, ya antes de 1914, una politización de aspectos enteros de la vida que en otras sociedades estaban mucho más libres de identificaciones ideológicas. Así, por ejemplo, un alemán corriente que quisiese apuntarse a un coro masculino tenía que elegir, en unos sitios, entre un coro católico y uno protestante, y en otros entre un coro socialista y uno nacionalista; pasaba igual con los clubes gimnásticos, los clubes ciclistas, los equipos de fútbol, etcétera. Un miembro del Partido Socialdemócrata antes de la guerra podía desarrollar su vida entera dentro del marco del partido y de sus organizaciones; podía leer un periódico socialdemócrata, ir a un bar o a una taberna socialdemócrata, pertenecer a un sindicato socialdemócrata, sacar libros de una biblioteca socialdemócrata, asistir a las fiestas y representaciones teatrales socialdemócratas, casarse con una mujer que perteneciese a la organización de mujeres socialdemócratas, apuntar a sus hijos al movimiento juvenil socialdemócrata y ser enterrado con ayuda de un fondo funerario socialdemócrata.[14] Podía decirse algo muy parecido del Partido del Centro (que podía apoyarse en su organización de masas, la Asociación Popular para una Alemania Católica, en el movimiento del

Sindicato Católico y en todo tipo de sociedades y clubes de ocio católicos), pero también se podía decir, en cierta medida, del resto de los partidos políticos.[15] Estos entornos político-culturales marcadamente definidos no desaparecieron con la llegada de la República de Weimar.[16] Pero la irrupción del ocio público de masas comercializado, de la «prensa de bulevar», basada en el escándalo y el sensacionalismo, del cine, de las novelas baratas, de los salones de baile y de todo tipo de actividades de ocio empezó a proporcionar en la década de 1920 fuentes alternativas de identificación para los jóvenes, que pasaron a estar así menos implícitamente vinculados a los partidos políticos de lo que lo estaban los mayores.[17] La generación más vieja de militantes políticos tenía una vinculación demasiado estrecha con su ideología política concreta para que le resultase fácil llegar a acuerdos y cooperar con otros militantes y con sus partidos. A diferencia de la situación que se dio después de 1945, no hubo entonces ninguna fusión de partidos políticos importantes en unidades mayores y más eficaces.[18] Así que, al igual que en otras cuestiones, en ésta concreta de la inestabilidad política de los años veinte y principios de los treinta, el que se produjese se debió más a continuidades estructurales con la política de los periodos bismarckiano y guillermino que a las nuevas disposiciones de la Constitución de Weimar.[19]

La representación proporcional no fomentó, como han pretendido algunos, la anarquía política facilitando con ello el crecimiento de la extrema derecha. Un sistema electoral basado en la elección por mayoría relativa, en que el candidato que obtuviese el mayor número de votos en cada distrito electoral ganaba automáticamente el escaño, podría muy bien haber proporcionado al Partido Nazi aún más escaños que los que acabaría obteniendo en las últimas elecciones de la República de Weimar, aunque como las tácticas electorales de los partidos habrían sido distintas con ese sistema, sus posibles efectos benéficos en las primeras fases de la existencia de la República podrían haber reducido más tarde el total del voto nazi, por lo que no se puede decir nada con seguridad.[20] También han solido exagerarse los efectos desestabilizadores de lo que preveía la Constitución sobre referendos o plebiscitos; ha habido otros sistemas políticos que han funcionado perfectamente con esas mismas normas y, en cualquier caso, el

número real de plebiscitos que llegaron a celebrarse fue muy pequeño. La campaña electoral que los acompañó ayudó sin duda alguna a mantener sobrecalentada la atmósfera política de la República hasta el punto de ebullición. Pero los plebiscitos nacionales tuvieron pocos efectos políticos directos, pese a que un plebiscito provincial consiguiese echar abajo a un gobierno democrático en Oldenburg en 1932.[21]

En cualquier caso, la inestabilidad de los gobiernos de Weimar se ha exagerado bastante, ya que los frecuentes cambios de gobierno ocultaban continuidades de ministros concretos. Algunos cargos, sobre todo del Ministerio de Justicia, se utilizaron como bazas en las negociaciones de los partidos para formar coaliciones y tuvieron, debido a ello, una serie de ministros diferentes, lo que sin duda puso más poder de lo habitual en manos de altos funcionarios, que se mantenían en su puesto pese a los cambios de los titulares del Ministerio, aunque su libertad de actuación estuviese mermada por la cesión de muchas funciones de la Administración judicial a los estados federales. Pero otros se convirtieron prácticamente en incentivos adicionales de un político particular a lo largo de todas las caprichosas incidencias de la formación de coaliciones, haciendo que resultase así más fácil formular y aplicar políticas firmes y decisivas. Gustav Stresemann, el personaje principal del Partido del Pueblo, por ejemplo, fue ministro de Asuntos Exteriores en nueve administraciones sucesivas, manteniéndose en el cargo durante un periodo ininterrumpido de más de seis años. Heinrich Brauns, un diputado del Partido del Centro, fue ministro de Trabajo en doce gabinetes sucesivos, desde junio de 1920 hasta junio de 1928. Otto Gessler, un liberal demócrata, fue ministro del Ejército en trece gobiernos seguidos, de marzo de 1920 a enero de 1928. Estos ministros podían desarrollar y aplicar políticas a largo plazo independientemente de los frecuentes cambios de jefatura experimentados por los gobiernos a los que servían. Hubo otros ministerios ocupados también por los mismos políticos durante dos, tres y cuatro gobiernos diferentes.[22] No es casualidad que fuese en esos sectores donde la República consiguió desarrollar sus políticas más firmes y sólidas, sobre todo en los campos de política exterior, trabajo y seguridad social.

La capacidad del gobierno del Reich para actuar con firmeza y decisión estuvo siempre comprometida, sin embargo, por otra norma, la que obligaba a mantener la estructura federal que había impuesto Bismarck al Reich en 1871, en un esfuerzo por dorarles la píldora de la unificación a príncipes alemanes como el rey de Baviera y el gran duque de Baden. Los príncipes habían sido expulsados sin ceremonia alguna en la revolución de 1918, pero sus Estados seguían existiendo. Ahora estaban equipados con instituciones parlamentarias democráticas, pero conservaban aún una notable esfera de autonomía en sectores clave de la política interior. El hecho de que algunos de esos Estados, como Baviera, por ejemplo, tuviesen una historia y una identidad que se remontaban muchos siglos atrás, les impulsaba a bloquear las políticas del gobierno del Reich si no les agradaban. Por otra parte, la fiscalidad directa estaba ahora en manos del gobierno del Reich, y muchos de los estados más pequeños dependían de las dádivas de Berlín cuando tenían problemas económicos. Aunque los intentos de secesión del Reich pudiesen parecer amenazadores, sobre todo en los primeros años de tribulaciones de la República, nunca fueron en realidad lo suficientemente fuertes como para que tuvieran que tomarse demasiado en serio.[23] Podían plantear problemas mucho más graves las tensiones entre Prusia y el Reich, ya que el estado prusiano era mayor que todo el resto de la federación; pero a lo largo de la década de 1920 y principios de la de 1930 Prusia estuvo dirigida por gobiernos moderados y prorrepublicanos que constituyeron un importante contrapeso del extremismo y la inestabilidad de estados como Baviera. Así que, teniendo en cuenta todos estos factores, no parece que el sistema federal, pese a todas las tensiones sin resolver entre el Reich y los estados, fuese un factor importante que socavase la estabilidad y la legitimidad de la República de Weimar.[24]

Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
PRUSIA
R. Memel
Kiel
Lübeck
a OLD
OLDENBURGO
Hamburgo
Bremen
MECKLENBURGO-SCHWERIN
MECKLENBURGO-STRELITZ
Stettin
Las abreviaturas se refieren a pequeñas partes de estados cuyos nombres aparecen también completos en el mapa.
HOLANDA
SCHAUMBURG-LIPPE
LIPPE-DETMOLD
PRUSIA
BRAUNSCHWEIG
Berlin
R. Oder
POLONIA
WALDECK (a Prusia, 1929)
BR.
ANHALT
TH.
Leipzig
Dresde
Breslau
BÉLGICA
Colonia
R. Rin
Weimar
TURINGIA
PR.
SAJONIA
R. Vistula
R. Elba
Frankfurt
a OLD
HESSE
LUXEMBURGO
BAVIERA
SARRE
Nuremberg
CHECOSLOVAQUIA
FRANCIA
Stuttgart
BADEN
WÜRTTEMBERG
PR.
BAVIERA
Munich
R. Danubio
HUNGRÍA
AUSTRIA
SUIZA
Frontera de Alemania, desde 1921.
Fronteras internacionales, desde 1924.
Fronteras de los estados alemanes.

Mapa 4. La República de Weimar.

III

La Constitución de la Alemania de Weimar no era peor que las constituciones de la mayoría de los otros países en la década de 1920, y era bastante más democrática que muchas de ellas. Sus disposiciones más problemáticas podrían no haber importado tanto si las circunstancias hubiesen sido diferentes. Pero la fatídica carencia de legitimidad de que adolecía la República magnificó los fallos de la Constitución y los multiplicó. Había tres partidos políticos que se identificaban con el nuevo régimen: los socialdemócratas, el Partido Democrático Alemán, liberal, y el Partido del Centro. Estos tres partidos, después de obtener una clara mayoría del 76,2 por 100 de los votos en enero de 1919, consiguieron en total sólo el 48 por 100 en junio de 1920, el 43 por 100 en mayo de 1924, el 49,6 por 100 en diciembre de 1924, el 49,9 por 100 en 1928 y el 43 por 100 en septiembre de 1930. De 1920 en adelante, estuvieron, pues, en permanente minoría en el Reichstag, superados en número por diputados cuya fidelidad estaba con los enemigos de la República de la derecha y de la izquierda. El apoyo de estos partidos a la «coalición de Weimar» en favor de la República solía ser, en el mejor de los casos, más retórico que práctico, y, en el peor, equívoco, comprometido o sin ningún valor político.[25]

Muchos consideraban a los socialdemócratas el partido que había creado la República, y también era frecuente que lo dijesen ellos mismos. Pero nunca se sintieron muy felices como partido de gobierno, participaron sólo en ocho de los veinte gabinetes de Weimar y no ocuparon más que en cuatro de éstos el cargo de canciller del Reich.[26] Siguieron encajonados en el modelo ideológico marxista de antes de la guerra, esperando aún que cayese el capitalismo y la burguesía fuese sustituida como clase dirigente por el proletariado. Era indudable que, aunque Alemania seguía siendo, en la década de 1920, una sociedad capitalista, ellos desempeñaban un papel dirigente en el gobierno, y a muchos socialdemócratas les parecía que eso no se compaginaba demasiado bien con el radicalismo verbal de su

ideología. No habituados a la experiencia de gobierno, excluidos de participación política durante dos generaciones antes de la guerra, les resultaba dolorosa la experiencia de tener que colaborar con los políticos «burgueses». No podían desprenderse de su ideología marxista sin perder una gran parte de su apoyo electoral entre la clase obrera; pero, por otra parte, una política más radical, por ejemplo, formar una milicia de un ejército rojo de obreros en vez de apoyarse en los Cuerpos Libres, habría impedido su participación en gobiernos de coalición burgueses y habría hecho caer sobre sus cabezas la cólera del Ejército.

La fuerza principal de los socialdemócratas estaba en Prusia, el estado que comprendía más de la mitad del territorio de la República de Weimar, y que contenía el 57 por 100 de su población. Allí, en una región de mayoría protestante, con grandes ciudades como Berlín y regiones industriales como el Ruhr, dominaban el gobierno. Su política era convertir a Prusia en bastión de la democracia de Weimar, y, aunque no emprendieron reformas con demasiado vigor ni coherencia, apartarlos del poder en el mayor estado de Alemania se convirtió en uno de los principales objetivos de los enemigos de la democracia de Weimar a principios de la década de 1930.[27] Su posición en el Reich era, sin embargo, mucho menos dominante. Su fuerza al principio de la República se debió en buena medida al apoyo de los votantes de clase media que consideraron que un partido socialdemócrata fuerte constituiría la mejor defensa contra el bolchevismo al efectuar una rápida transición a la democracia parlamentaria. Cuando disminuyó la amenaza, disminuyó también su representación en el Reichstag, pasando de 163 escaños en 1919 a 102 en 1920. Pese a una notable recuperación posterior (153 escaños en 1928 y 143 en 1930), los socialdemócratas perdieron de forma permanente casi 2,5 millones de votos y, tras obtener el 38 por 100 en 1919, rondaron el 25 por 100 durante el resto de los años veinte y principios de los treinta. Pero siguió siendo un movimiento político enormemente poderoso y bien organizado que contaba con la fidelidad y la devoción de millones de trabajadores industriales de todo el país. Si hubo algún partido que mereciese el título de baluarte de la democracia en la República de Weimar, ese partido fue el de los socialdemócratas.

El segundo puntal de la «coalición de Weimar», el Partido Democrático Alemán, fue un participante algo más entusiasta en el gobierno, y formó parte de casi todos los gabinetes en la década de 1920. Al fin y al cabo, había pertenecido a ese partido Hugo Preuss, el principal autor de la tan denostada Constitución de Weimar. Pero aunque obtuvieron 75 escaños en las elecciones de enero de 1919, perdieron 36 en las siguientes, las de junio de 1920, y descendieron a 28 escaños en las de mayo de 1924. Víctimas del desplazamiento hacia la derecha de los votantes de clase media, no llegaron nunca a recuperarse.[28] Su reacción ante la pérdida de votos después de las elecciones de 1928 fue desastrosa. Personajes sobresalientes del partido, dirigidos por Erich Koch-Weser, se unieron en julio de 1930 a un vástago paramilitar del movimiento juvenil llamado Orden Juvenil Alemana y a algunos políticos de otros partidos burgueses, para transformar a los demócratas en el Partido del Estado. La idea era crear un bloque centrista fuerte que detuviese el flujo de votos burgueses hacia los nazis. Pero la fusión había sido precipitada y había bloqueado la posibilidad de unirse a otros grupos políticos centristas de mayor tamaño. Algunos, principalmente los demócratas de izquierdas, pusieron objeciones a la operación y dimitieron. En la derecha, la unión con la Orden Juvenil Alemana perdió apoyo entre muchos de sus miembros. No mejoró la suerte electoral del nuevo partido y sólo pudo conseguir catorce diputados en el Reichstag en las elecciones de septiembre de 1930. La fusión significó en la práctica un giro hacia la derecha. La Orden Juvenil Alemana compartía el escepticismo de buena parte del movimiento juvenil respecto al sistema parlamentario, y su ideología estaba bastante impregnada de antisemitismo. El nuevo Partido del Estado siguió manteniendo a flote la coalición con los socialdemócratas en Prusia hasta las elecciones estatales de abril de 1923, pero su objetivo, proclamado por el historiador Friedrich Meinecke, pasó a ser conseguir un cambio en el equilibrio del poder político en el sentido de alejarse del Reichstag y de los estados para conseguir un gobierno del Reich fuerte y unitario. Así que también aquí empujó al partido hacia la derecha una erosión continuada del apoyo electoral; pero la única consecuencia de ello fue que eliminó todo lo que pudiese diferenciarlo de otras organizaciones políticas más eficaces que pedían lo mismo. Los intrincados

esquemas constitucionales del Partido del Estado no indicaban sólo su falta de realismo político, sino también su menguante fidelidad a la democracia de Weimar.[29]

De los tres partidos de la «coalición de Weimar», sólo el Partido del Centro mantuvo continuamente su apoyo electoral, de unos cinco millones de votos y de 85 a 90 escaños en el Reichstag, incluidos los del Partido del Pueblo Bávaro. El Partido del Centro fue también un partido clave en todos los gobiernos de coalición desde junio de 1919 hasta el mismo final, y, con su lucha decidida por una legislación social, probablemente tuviese tanto derecho como los socialdemócratas a considerarse la fuerza impulsora de la creación del sistema público de seguridad social de Weimar. Socialmente conservador, dedicó gran parte de sus esfuerzos a combatir la pornografía, los anticonceptivos y otros males del mundo moderno, y a defender los intereses católicos en el sistema escolar. Su talón de Aquiles era la inevitable influencia que ejercía sobre él el papado romano. A Pío XI, como jefe de la Iglesia católica, le causaban una inquietud creciente los progresos de los socialistas y comunistas ateos en los años veinte. Lo mismo que a su nuncio en Alemania, Eugenio Pacelli, que se convertiría luego en el papa Pío XII, a Pío XI le inspiraba una profunda desconfianza el liberalismo político de muchos políticos católicos y consideraba que un giro hacia una forma de política más autoritaria era el medio más seguro de proteger los intereses de la Iglesia de la sombría amenaza de la izquierda atea. Eso le llevó a firmar un concordato con el régimen fascista de Mussolini en 1929; y llevaría más tarde a la Iglesia a apoyar la dictadura «clerical fascista» de Engelbert Dollfuss en la guerra civil austriaca de 1934 y a los nacionales del general Franco en la Guerra Civil española que comenzó en 1936.[30]

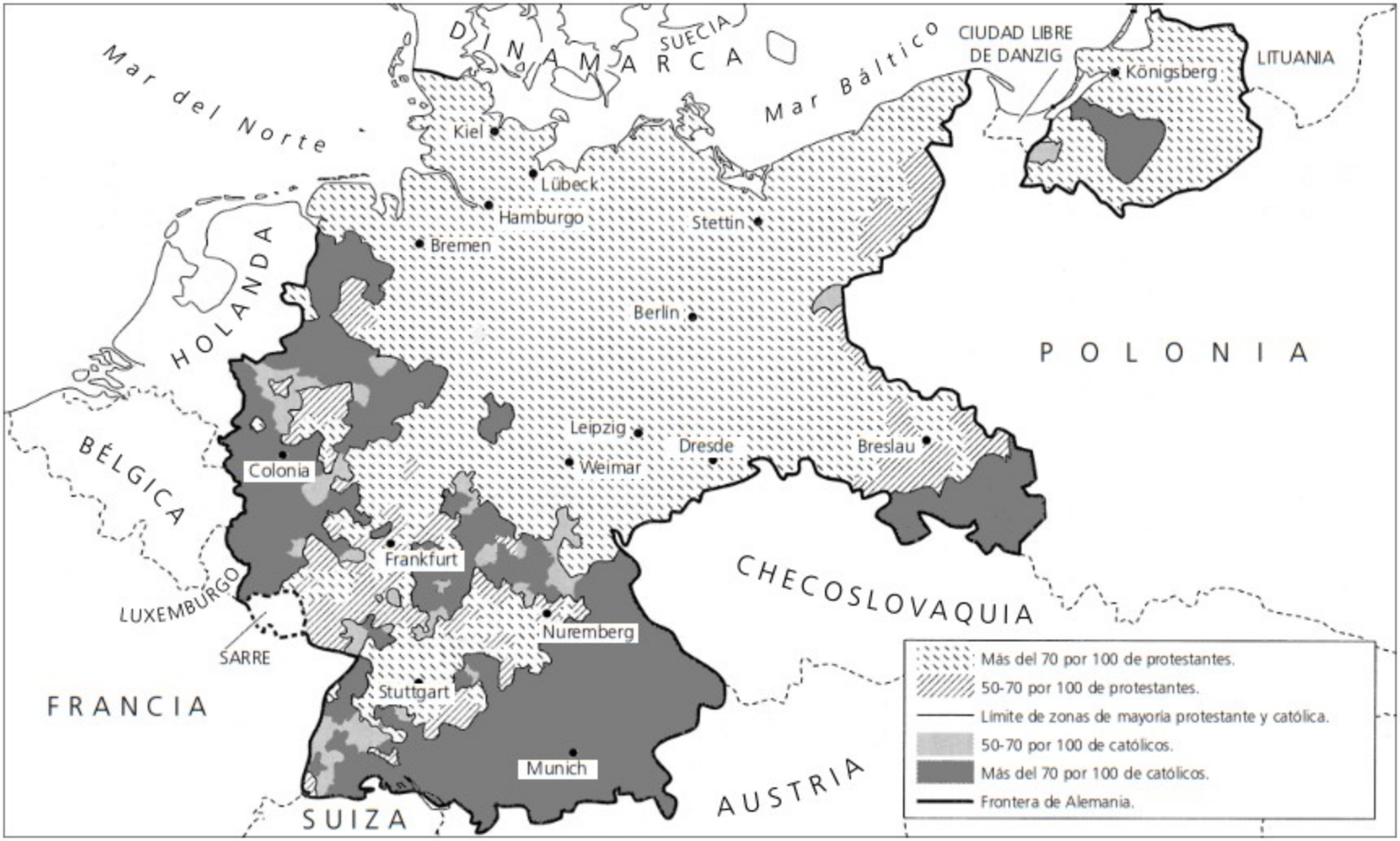
Con estas señales emanando del Vaticano ya en la década de 1920, el catolicismo político no tenía buenas perspectivas en Alemania. Empeoraron aún más en diciembre de 1928, cuando un íntimo colaborador del nuncio papal Pacelli, el prelado Ludwig Kaas, un eclesiástico que era también diputado en el Reichstag alemán, consiguió que le eligiesen jefe del Partido del Centro como candidato de compromiso para solventar un enfrentamiento entre facciones de derecha e izquierda sobre el sucesor del presidente que se retiraba, Wilhelm Marx. Pero Kaas, bajo la influencia de

Pacelli, fue virando cada vez más hacia la derecha, arrastrando consigo a muchos políticos católicos. Cuando el Reich empezó a padecer desórdenes e inestabilidad crecientes en 1930 y 1931, Kaas, que era entonces un asiduo visitante del Vaticano, empezó a trabajar con Pacelli para elaborar un concordato, siguiendo el modelo del acuerdo que se había firmado recientemente con Mussolini. Asegurar la futura existencia de la Iglesia era de vital importancia, dada la situación. Kaas, como tantos otros políticos católicos destacados, consideró que en realidad eso sólo era posible en un Estado autoritario en el que una enérgica represión policial acabase con la amenaza de la izquierda. Kaas proclamó en 1929: «Nunca ha resonado con mayor intensidad e impaciencia en el alma del pueblo alemán la petición de autoridad y jefatura como en los días en que la patria y su cultura han corrido un peligro tal que todos nosotros hemos sentido el alma oprimida».[31] Kaas pedía, entre otras cosas, una independencia del legislativo mucho mayor para el ejecutivo en Alemania. Otro destacado político del Partido del Centro, Eugen Bolz, ministro-presidente de Württemberg, lo expresó con mayor rotundidad cuando le dijo a su esposa a principios de 1930: «He opinado durante mucho tiempo que el Parlamento no puede resolver los graves problemas políticos internos. Si un dictador que estuviese diez años en el cargo fuese una posibilidad, yo lo aprobaría».[32] El Partido del Centro había dejado, mucho antes del 30 de enero de 1933, de ser el bastión de la democracia de Weimar que había sido al principio.[33]

Así pues, hasta los puntales políticos más importantes de la democracia de la República de Weimar se estaban desmoronando a finales de la década de 1930. Tras ellos, el paisaje democrático era aún más desolador. No había otros partidos que prestasen un apoyo serio a la República y a sus instituciones. A la izquierda, la República se enfrentaba al fenómeno de masas de los comunistas. En el periodo revolucionario de 1918 a 1921 constituían un grupo de elite muy unido con escaso apoyo electoral, pero en 1922, cuando los socialdemócratas independientes, privados del factor unificador de su oposición a la Primera Guerra Mundial, se disgregaron, un gran número de ellos se unió a los comunistas, que se convirtieron así en un partido de masas. Las fuerzas sumadas de los

socialdemócratas independientes y los comunistas habían obtenido ya 88 escaños en el Reichstag en 1920. En mayo de 1924, los comunistas obtuvieron 62 escaños y, tras una leve pérdida de votos en las elecciones de finales de ese mismo año, volvieron a obtener 54 en 1928 y 77 en 1930. Tres millones y cuarto de ciudadanos votaron comunista en mayo de 1924, y más de 4,5 millones en septiembre de 1930. Todos eran votos favorables a la destrucción de la República de Weimar.

El Partido Comunista Alemán, a lo largo de todas las vueltas y revueltas políticas por las que pasó en los años veinte, se mantuvo firme en su tesis de que la República era un régimen burgués que se proponía ante todo mantener el orden económico capitalista y la explotación de la clase obrera. Abrigaban la esperanza de que el capitalismo se desmoronaría inevitablemente y la República «burguesa» sería sustituida por un Estado soviético similar al ruso. El deber del Partido Comunista era conseguir que esto se produjese lo antes posible. En los primeros años de la República esto significaba preparar una «Revolución de Octubre» en Alemania mediante una rebelión armada. Pero, tras el fracaso del levantamiento de enero de 1919 y el desmoronamiento aún más catastrófico de los planes para una insurrección en 1923, se dejó a un lado esta idea. Dirigido cada vez más desde Moscú, donde el régimen soviético, bajo la creciente influencia de Stalin, reforzaba su control ideológico y financiero sobre los partidos comunistas de todo el mundo en la segunda mitad de los años veinte, el Partido Comunista Alemán casi no tuvo más opción, a mediados de los años veinte, que adoptar una trayectoria más moderada, sólo para volver a una posición radical «izquierdista» al final de la década. Ello significó no sólo rechazar una unión con los socialdemócratas en defensa de la República, sino incluso colaborar activamente con sus enemigos para derribarla.[34] De hecho, la hostilidad del Partido Comunista hacia la República y sus instituciones le hizo oponerse incluso a reformas que podrían hacer la República más popular entre la clase obrera.[35]


Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE
DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
Kiel
Lübeck
Hamburgo
Stettin
Bremen
HOLANDA
Berlin
POLONIA
BÉLGICA
Leipzig
Dresde
Breslau
Colonia
Weimar
Frankfurt
CHECOSLOVAQUIA
LUXEMBURGO
SARRE
Nuremberg
Stuttgart
FRANCIA
Munich
AUSTRIA
SUIZA
Más del 70 por 100 de protestantes.
50-70 por 100 de protestantes.
Límite de zonas de mayoría protestante y católica.
50-70 por 100 de católicos.
Más del 70 por 100 de católicos.
Frontera de Alemania.

Mapa 5. La divisoria religiosa

Esta implacable oposición de la izquierda a la República se correspondía con una animosidad aún más furibunda de la derecha. La mayor oposición en la derecha a Weimar, y la más importante, era la de los nacionalistas, que obtuvieron 44 escaños en el Reichstag en enero de 1919, 71 en junio de 1920, 95 en mayo de 1924 y 103 en diciembre de 1924. Esto les convertía en el partido que contaba con mayor apoyo después de los socialdemócratas. En las dos elecciones de 1924, consiguieron alrededor del 20 por 100 de los votos. Uno de cada cinco ciudadanos que depositaron su papeleta en estas elecciones votó, pues, a un partido que había proclamado claramente desde el principio que consideraba absolutamente ilegítima la República de Weimar y pedía una restauración del Reich bismarckiano y el regreso del káiser. Esto se expresaba de formas diversas, desde su defensa de la vieja bandera imperial negra, blanca y roja frente a la nueva republicana, negra, roja y oro, a su aprobación tácita, y a veces explícita, de los asesinatos de políticos republicanos clave por grupos de conspiradores armados aliados con los Cuerpos Libres. La propaganda y las posiciones políticas de los nacionalistas contribuyeron de forma notoria a la difusión de las ideas de la derecha radical entre el electorado en la década de 1920 y prepararon el camino para el nazismo.

Durante la década de 1920, los nacionalistas participaron en dos gobiernos de coalición, pero no fue una experiencia feliz. De uno de ellos dimitieron al cabo de diez meses, y cuando entraron en otro hacia la mitad de su periodo en el poder se vieron obligados a llegar a acuerdos que dejaron profundamente insatisfechos a muchos miembros del partido. Las graves pérdidas que sufrieron en las elecciones de octubre de 1928, en que disminuyó su representación en el Reichstag pasando de 103 escaños a 73, convencieron al ala derecha del partido de que era hora de adoptar una actitud más intransigente. El presidente tradicionalista del partido, el conde Westarp, fue desbancado y sustituido por el barón de la prensa, industrial y nacionalista radical Alfred Hugenberg, que había sido una luz guiadora del movimiento panalemán desde su aparición en la década de 1890. El programa del Partido Nacionalista de 1931, redactado bajo la influencia de Hugenberg, era claramente más de derechas que sus predecesores. Pedía,

entre otras cosas, la restauración de la monarquía de los Hohenzollern, servicio militar obligatorio, una política exterior firme dirigida a la revisión del Tratado de Versalles, la recuperación de las colonias ultramarinas perdidas y el fortalecimiento de los lazos con los alemanes que vivían en otras partes de Europa, sobre todo en Austria. El Reichstag debía conservar sólo un papel supervisor y ser una «voz crítica» en la tarea legislativa, y debería unírsele «un cuerpo representativo estructurado de acuerdo con escalas profesionales de las esferas económica y cultural», siguiendo la línea del Estado corporativo que se estaba creando por entonces en la Italia fascista. Y, continuaba el programa, «nos oponemos al espíritu subversivo antialemán en todas sus formas, ya provenga de los judíos o de otros círculos. Nos oponemos rotundamente al predominio de la judeidad en el gobierno y en la vida pública, un predominio que ha ido aumentando constantemente desde la revolución».[36]

Los nacionalistas también se apartaron con Hugenberg de la democracia interna dentro del partido, aproximándose más al «principio de jefatura». El nuevo dirigente se esforzó denodadamente por conseguir que el partido adoptase una política marcada por él y por dirigir en sus votaciones a la delegación del partido en el Reichstag. Una serie de diputados se opusieron y una docena de ellos abandonaron el partido en diciembre de 1929, y otro grupo lo hizo en junio de 1930, uniéndose como protesta a otros grupos marginales de derechas. Hugenberg alió el partido en 1929 con la extrema derecha, en un intento de conseguir que se convocara un referéndum popular sobre el Plan Young, para poder votar en contra de ese acuerdo propuesto por los estadounidenses, que establecía una reprogramación de los pagos de las indemnizaciones de guerra, y que contaba con apoyo internacional. El que fracasase una campaña en la que se luchó denodadamente no hizo más que convencer a Hugenberg de que era necesaria una oposición aún más radical a Weimar y su sustitución por un Estado nacionalista autoritario que evocase los gloriosos tiempos del Imperio bismarckiano. Nada de eso resultó. La pretenciosidad y el elitismo de los nacionalistas les impidió conseguir un apoyo genuino de las masas e hizo a sus seguidores vulnerables a los halagos de la demagogia auténticamente populista que practicaban los nazis.[37]

Menos radical, pero opuesto a la República casi con la misma vehemencia, era el Partido del Pueblo, una organización más pequeña, heredera de los viejos liberales nacionalistas probismarckianos. Obtuvo 65 escaños en las elecciones de 1920 y se estabilizó en torno a los 45-50 durante el resto del decenio, consiguiendo entre 2,7 y 3 millones de votos. La hostilidad de este partido a la República quedaba parcialmente disfrazada por la decisión de su figura principal, Gustav Stresemann, de aceptar provisionalmente las realidades políticas y reconocer su legitimidad, más por necesidad que por convicción. Aunque su partido nunca confió plenamente en él, su capacidad de persuasión era considerable. Gracias en buena medida a sus dotes consumadas de negociador, el Partido del Pueblo participó en casi todos los gobiernos de la República, a diferencia de los nacionalistas, que permanecieron en la oposición durante la mayor parte de los años veinte. Pero esto significó que la mayoría de los gobiernos formados después de la fase inicial de la existencia de la República incluyeron algunos ministros que, como mínimo, dudaban de su legitimidad. Además, Stresemann, que tenía ya problemas con su partido, enfermó y murió en octubre de 1929, desapareciendo así de la dirección del partido la principal influencia moderadora.[38] A partir de entonces, pasó rápidamente a gravitar también hacia la extrema derecha.

Así pues, el sistema político parecía extremadamente frágil, ya a mediados de la década de 1920. En otras circunstancias podría haber sobrevivido. Muchos, en una consideración retrospectiva, han descrito el periodo 1924-1928 como los «años dorados de Weimar». Pero la idea de que la democracia estaba asentándose en Alemania en esta época es una ilusión creada por esa visión retrospectiva. En realidad, no había indicios de que el régimen estuviese afianzándose. Por el contrario, el hecho de que los dos principales partidos burgueses, el Partido del Centro y los nacionalistas, no tardasen en caer en manos de enemigos declarados de la democracia era un mal augurio para el futuro, incluso sin los cataclismos que se producirían. Que la fidelidad del Partido del Pueblo a la República, tal como era, se debiese exclusivamente al hecho de que continuase dirigiéndolo un hombre tan inteligente como Gustav Stresemann, era otro indicio de fragilidad. Ni siquiera en las circunstancias relativamente

favorables de 1918 habían conseguido los partidos de la «coalición de Weimar» obtener una mayoría en el Reichstag. El sentimiento generalizado después de 1923 de que la amenaza de una revolución bolchevique había disminuido hizo que los partidos burgueses no estuviesen ya tan dispuestos a llegar a acuerdos con los socialdemócratas para preservar la República como baluarte contra el comunismo.[39] Y lo que era aún más inquietante: las organizaciones paramilitares como los Cascos de Acero estaban empezando a trasladar su lucha de las calles a la propaganda electoral, en un intento de conseguir mayor apoyo para sus ideas antirrepublicanas. Entretanto, la violencia política, aunque lejos de la guerra civil declarada que caracterizó a gran parte de la primera fase de la República, persistía de forma considerable y alarmante a mediados de la década de 1920.[40] El hecho brutal era que incluso en 1928 la República estaba tan lejos de lograr estabilidad y legitimidad como siempre.

IV

La República de Weimar también estaba debilitada por su incapacidad para ganarse el apoyo sincero del Ejército y del funcionariado, a los que les resultó sumamente difícil adaptarse a la transición del Reich autoritario a la República democrática en 1918. Para los altos mandos del Ejército en particular, la derrota de 1918 constituyó una amenaza alarmante. El Estado Mayor, dirigido por uno de sus oficiales más inteligentes y sensibles, el general Wilhelm Groener, acordó con los socialdemócratas de la mayoría dirigidos por Friedrich Ebert que la mejor forma de mantener a raya la amenaza del Consejo Revolucionario de Obreros y Soldados era trabajar conjuntamente para garantizar una democracia parlamentaria estable. Desde el punto de vista de Groener se trataba de una operación práctica, no de un acto de fe. Garantizaba la preservación del viejo cuerpo de oficiales en las circunstancias limitadas del Ejército alemán después del Tratado de Versalles. Sus efectivos quedaron reducidos a 100.000, se prohibió el uso de tecnología moderna como los tanques, y la gran fuerza militar que proporcionaba el servicio obligatorio tuvo que dejar paso a un pequeño ejército profesional. Groener se enfrentó a la feroz oposición de los

intransigentes del Ejército que no querían llegar a ningún acuerdo con los socialdemócratas, lo mismo que su contrapartida, el especialista militar de los socialdemócratas Gustav Noske, que tuvo que enfrentarse a la crítica feroz de sus camaradas de partido por permitir que el cuerpo de oficiales se mantuviese intacto en vez de sustituirlo por un personal y una estructura más democráticos.[41] Sin embargo, en las circunstancias desesperadas de 1918-1919, acabaron imponiendo ambos sus posiciones.

Pero los consejos de obreros y soldados no tardaron en desaparecer del panorama político, y muchos oficiales destacados consideraron que no era ya tan necesario llegar a acuerdos con las fuerzas democráticas. Esto quedó espectacularmente claro en marzo de 1920, cuando las unidades de los Cuerpos Libres, que protestaban contra su inminente disolución, marcharon sobre Berlín y derribaron al gobierno elegido con el propósito de restablecer un régimen autoritario según el modelo de la antigua monarquía. Dirigidos por el antiguo funcionario panalemán y guía del viejo Partido de la Patria Wolfgang Kapp, los insurrectos contaban también con el apoyo de elementos de las Fuerzas Armadas de una serie de sectores. Cuando el comandante en jefe del Ejército, el general Walther Reinhardt, intentó garantizar la lealtad de las fuerzas al gobierno, fue sustituido por el general Hans von Seeckt, más derechista. Seeckt prohibió inmediatamente a todas las unidades del Ejército oponerse a los conspiradores e hizo la vista gorda con quienes los apoyaban. A continuación, ordenó al Ejército que cooperase en la sangrienta represión de la insurrección armada de los obreros contra el golpe en el Ruhr. En realidad, Seeckt se había mostrado contrario a la República desde el principio. Distante, inabordable y autoritario, con sus credenciales de clase alta proclamadas por el monóculo que llevaba siempre en el ojo izquierdo, ejemplificaba las tradiciones del cuerpo de oficiales prusiano. Pero era también realista y se daba cuenta de que había pocas posibilidades de derribar la República por la fuerza. Se propuso, por tanto, mantener al Ejército unido y libre de controles parlamentarios, a la espera de tiempos mejores. Contó para ello con el pleno apoyo de sus colegas, los demás oficiales.[42]

Bajo la dirección de Seeckt, el Ejército conservó su «bandera de guerra», los antiguos colores imperiales negro, blanco y rojo. Seeckt establecía una clara distinción entre el Estado alemán, que encarnaba el ideal abstracto del Reich, y la República, a la que consideraba una aberración temporal. El general Wilhelm Groener, su mentor, describió el Ejército en 1928 como el «único poder» y un «elemento de poder dentro del Estado que nadie puede desdeñar».[43] Bajo la jefatura de Seeckt, el Ejército distaba mucho de ser una organización neutral que se mantuviese alejada del fragor de la política de partidos, pese a lo que pudiese afirmar él.[44] Seeckt no vaciló en intervenir contra el gobierno elegido cuando creyó que actuaba en contra de los intereses del Reich. Incluso consideró la posibilidad de ocupar él mismo la cancillería en una ocasión, con un programa que propugnaba la centralización del Reich y la limitación de la autonomía prusiana, la abolición de los sindicatos y su sustitución por «cámaras profesionales» (similares a las que introdujo Mussolini más tarde en Italia) y, en general, la «eliminación de todas las tendencias dirigidas contra la existencia del Reich y contra la autoridad legítima del Reich y del Estado, mediante el uso de los instrumentos de poder del Reich».[45] Al final, consiguió derribar el gobierno, pero no pudo convertirse en canciller; eso le correspondería a uno de sus sucesores, el general Kurt von Schleicher, que pertenecía al grupo íntimo de asesores de Seeckt, en los años en que éste era comandante en jefe del Ejército.

El Ejército, una entidad autónoma la mayor parte del tiempo, hizo cuanto pudo durante la década de 1920 para eludir las limitaciones que le había impuesto el Tratado de Versalles. Haciendo causa común entre bastidores con otra gran potencia mermada y resentida, la Unión Soviética, los altos mandos del Ejército acordaron realizar cursos de instrucción clandestinos en Rusia para oficiales deseosos de aprender a manejar tanques y aviones y dispuestos a participar en experimentos con gases asfixiantes.[46] Se establecieron acuerdos secretos para la instrucción de tropas auxiliares, con el propósito de eludir el límite de 100.000 efectivos que imponía el tratado, y el Ejército estaba muy pendiente de los paramilitares como posible fuerza de reserva.[47] Estos subterfugios y otros, incluida la instrucción con tanques imaginarios, indicaba claramente que el Ejército no

tenía la menor intención de acatar los términos del tratado de paz de 1919 y que se libraría de él en cuanto las circunstancias lo permitiesen. Estas infracciones clandestinas del tratado, lejos de estar dirigidas exclusivamente por conservadores prusianos recalcitrantes, estaban organizadas sobre todo por técnicos de mentalidad moderna, a los que impacientaban las restricciones de la política democrática y los acuerdos internacionales.[48] La deslealtad del Ejército y las repetidas intrigas de sus altos mandos contra gobiernos civiles, eran un mal augurio para la viabilidad continuada de la República en una situación de verdadera crisis.[49]

Si la primera democracia de Alemania no podía esperar demasiado apoyo de sus funcionarios militares, tampoco podía esperarlo de unos funcionarios civiles que había heredado también del antiguo Reich. El funcionariado era de enorme importancia, porque cubría un sector muy amplio de la sociedad e incluía no sólo los funcionarios que trabajaban en la Administración central del Reich, sino también todos aquellos empleados de los estados que tenían asegurada la titularidad, el estatus y los emolumentos originalmente previstos para los antiguos administradores. Se incluían entre ellos los funcionarios que trabajaban para los estados de la federación, para empresas públicas como los ferrocarriles y el servicio de correos y para instituciones públicas como escuelas, institutos y universidades, de manera que entraban también en esta categoría los profesores de universidad y de instituto. El número de funcionarios en este sentido amplio era enorme. Por debajo de este nivel relativamente elevado había millones más de empleados públicos que cobraban salarios o sueldos pagados por instituciones del Estado. Los ferrocarriles públicos alemanes, por ejemplo, eran con diferencia la empresa de la República de Weimar que mayor número de puestos de trabajo generaba, con 700.000 empleados trabajando para éstos a finales de los años veinte; le seguía el servicio de correos, con 380.000. Si se añadían los miembros de la familia, otras cargas familiares y los pensionistas, había unos 3 millones de personas cuyo medio de vida eran sólo los ferrocarriles.[50] A finales de la década de 1920 había en total 1,6 millones de funcionarios en Alemania, aproximadamente la mitad, de los cuales trabajaban de forma directa para el Estado y la otra mitad, en servicios públicos como los ferrocarriles. Con un número tan grande de

empleados del Estado, estaba claro que el sector del empleo público era políticamente diverso, con centenares de miles de empleados pertenecientes a sindicatos socialistas, partidos políticos liberales o grupos de presión de tendencias políticas muy variadas. Un millón de funcionarios pertenecían en 1919 a la liberal Liga de Funcionarios Alemanes, aunque 60.000 se escindieron para formar una agrupación más derechista en 1921 y otros 350.000 lo hicieron para formar un sindicato al año siguiente. Así que los funcionarios no eran ni muchos menos uniformemente hostiles a la República en un principio, pese a que se habían formado y socializado en los años del Reich guillermino.[51]

Cuando Friedrich Ebert, como personalidad principal de la Administración revolucionaria del periodo de transición, apeló el 9 de noviembre de 1918 a todos los funcionarios y empleados del Estado para que siguiesen trabajando con el fin de evitar la anarquía,[52] la inmensa mayoría lo hizo. Su estructura profesional y sus deberes no sufrieron modificación alguna. La Constitución de Weimar garantizaba su carácter fijo. Pero, pese a lo que pudiese haber parecido en teoría, en la práctica este paso hizo casi imposible despedirles, dado lo extremadamente difícil que resultaba demostrar legalmente que habían quebrantado el juramento de fidelidad.[53] Los altos niveles del funcionariado en particular, como correspondía a una institución procedente de los Estados burocráticos y autoritarios de finales del siglo XVIII y principios del XIX, mucho antes de la aparición de parlamentos y partidos políticos, llevaban mucho tiempo habituados a considerarse la verdadera casta rectora, sobre todo en Prusia. Hasta 1918, por ejemplo, todos los ministros del gobierno habían sido funcionarios, nombrados por el monarca, no por el Reichstag o las asambleas legislativas de los estados federales. En algunos ministerios del Reich, donde hubo una rápida sucesión de ministros durante la República, el funcionario de mayor categoría podía disponer de un poder enorme, como en el caso de Curt Joël en el Ministerio de Justicia, que se mantuvo en su puesto prácticamente durante toda la República, mientras se iban sucediendo nada menos que diecisiete ministros de Justicia, hasta que acabó convirtiéndose en ministro él mismo en 1930. Para hombres como él, la continuidad administrativa era el dictado supremo del deber, por encima de

cualquier consideración política. Independientemente de lo que pudiesen haber pensado en privado de los golpistas de Kapp en marzo de 1920, los funcionarios de Berlín, incluidos los de las finanzas, siguieron desempeñando sus tareas pese a que los golpistas les habían dado orden de no hacerlo.[54]

La neutralidad de los funcionarios en esta ocasión se debió en gran medida a su insistente puntillosidad característica en el cumplimiento de los deberes que les imponía el juramento de fidelidad. Más tarde, en 1922, el gobierno introdujo una ley destinada a vincular a los funcionarios aún más estrechamente a la República y a imponer sanciones disciplinarias a los que colaborasen con sus enemigos. Pero esta medida fue relativamente inocua. Sólo en Prusia se hizo un esfuerzo serio, dirigido por Carl Severing y Albert Grzesinski, sucesivos ministros del Interior socialdemócratas, por sustituir a los antiguos administradores imperiales, sobre todo en las provincias, por socialdemócratas o por otros leales a la República.[55] Sin embargo, hasta los intentos prusianos de crear un funcionariado leal a los principios de la democracia, además de imbuido de un sentido del deber de servir al gobierno del momento, resultaron al final insuficientes. Como Severing y Grzesinski pensaban que los partidos debían estar representados en los altos niveles del funcionariado más o menos en proporción al lugar que ocupaban en los gabinetes de coalición prusianos, esto significaba que un buen número de puestos importantes los ostentaban hombres de partidos como el Partido del Centro, el Partido del Pueblo y, en cierta medida, el Partido del Estado, cuya fidelidad a la República fue haciéndose cada vez más tenue a partir de finales de la década de 1920. En el resto de Alemania, incluido el sector de los funcionarios del Reich, apenas se intentó siquiera, y no digamos ya se logró, ese grado de reforma, y el funcionariado era mucho más conservador, incluso decididamente hostil a la República en algunas zonas.[56]

Pero el problema no era tanto que los altos niveles del funcionariado estuviesen ayudando activamente a socavar el régimen de Weimar; se trataba más bien de que la República hacía demasiado poco por conseguir que los funcionarios de cualquier nivel estuviesen activamente comprometidos con el orden político democrático y se opusiesen a

cualquier intento de derrocarlo. Y aquellos funcionarios que eran activamente hostiles a la República (probablemente una minoría, considerados en conjunto) consiguieron sobrevivir con relativa impunidad. Así, por ejemplo, un alto funcionario prusiano, nacido en 1885 y miembro del Partido Nacionalista después de 1918, creó una serie de grupos marginales para funcionarios, entre otros, con la finalidad explícita de combatir «el Reichstag, el cuartel general rojo», torpedear la política de los «socialdemócratas traidores y ateos», oponerse al «poder mundial imperialista» de la Iglesia católica y, finalmente, luchar contra «todos los judíos». Su antisemitismo, bastante latente antes de 1918, se hizo explícito después de la revolución. A partir de entonces, recordaría él mismo más tarde, «siempre que un judío se comportó con impertinencia en un [ferrocarril urbano] elevado o en el tren y no aceptaba mi reconvención sin añadir más impertinencias, le amenacé con tirarlo del tren en marcha [...] si no se callaba inmediatamente». En una ocasión amenazó a obreros «marxistas» con un arma. Se trataba, evidentemente, de un caso extremo de funcionario opuesto a la República. Sin embargo, no fue despedido, sólo disciplinado dos veces y se le negó el ascenso, a pesar de habérsele juzgado en una ocasión por alterar el orden. «Yo siempre consideré—escribió—una debilidad de mis enemigos políticos del funcionariado que me dejasen salir tan bien librado todas las veces». Lo máximo que le llegó a pasar durante la República fue que quedaron bloqueadas sus posibilidades de ascenso.[57]

No pueden existir muchas dudas de que, incluso en el bastión republicano de Prusia, la inmensa mayoría de los funcionarios en el fondo no eran muy leales a la Constitución a la que habían jurado ser fieles. Si la República hubiese estado amenazada de destrucción, muy pocos de ellos se habrían planteado siquiera acudir en su ayuda. La devoción al deber les mantuvo trabajando cuando corría peligro el Estado, como en el golpe de Kapp de 1920, pero no les hizo mantenerse también en sus puestos cuando el Estado fue derrocado. Se trataba de otra institución básica que era leal a una concepción abstracta del Reich más que a los principios concretos de la democracia. En esto, como en otros aspectos, Weimar fue débil desde el principio en términos de legitimidad política.[58] El régimen estuvo asediado por problemas insuperables de violencia política, asesinatos y conflictos

irreconciliables sobre su derecho a existir. Sus servidores del Ejército y de la burocracia ni lo amaron ni lo defendieron. Muchos lo culparon de la humillación nacional del Tratado de Versalles. Y hubo de afrontar también enormes problemas económicos, empezando por la gigantesca inflación monetaria que hizo la vida tan difícil para tantos en los años en los que intentaba asentarse.

LA GRAN INFLACIÓN

I

Hasta el reaccionario más recalcitrante podría haber acabado aprendiendo a tolerar la República si ésta hubiese proporcionado un nivel razonable de estabilidad económica y unos ingresos sólidos y decentes a sus ciudadanos. Pero el nuevo régimen se vio asediado desde el principio por problemas económicos de dimensiones sin precedentes en la historia alemana. Nada más iniciarse la Primera Guerra Mundial, el gobierno del Reich había empezado a pedir dinero prestado para pagarla. De 1916 en adelante, los gastos eran notoriamente superiores a los ingresos que había podido conseguir el gobierno con préstamos o, en realidad, de cualquier otra fuente. Esperaba, naturalmente, resarcirse de sus pérdidas anexionándose ricas zonas industriales al Este y al Oeste, obligando a las naciones derrotadas a pagar grandes indemnizaciones e imponiendo un nuevo orden económico bajo dominio alemán a una Europa conquistada.[59] Pero esas expectativas se vieron frustradas. Al final, era Alemania la nación derrotada y la que tenía que pagar la factura. Las cosas pasaron, así, a estar peor que antes. El gobierno había estado imprimiendo moneda sin los recursos económicos necesarios para respaldarla. Antes de la guerra, en Berlín el dólar estaba al cambio sólo a 4 marcos de papel moneda. En diciembre de 1918 hacía falta casi el doble de marcos para comprar un dólar estadounidense. La tasa siguió disminuyendo hasta llegar a más de 12 marcos por dólar en abril de 1919 y a 47 al final de aquel año.[60]

Los sucesivos gobiernos de la República de Weimar se vieron encerrados en una trampa política que era obra suya, al menos en parte. La necesidad de exportar ingresos públicos a otros países en forma de pagos de reparaciones constituyó una sangría de recursos adicional en un periodo en el que aún había que pagar deudas de la época de la guerra, y en que habían

disminuido el mercado interno y los recursos económicos del país. La regiones industriales densamente pobladas de Lorena y Silesia habían quedado excluidas del Reich por el Tratado de Versalles. La producción industrial era en 1919 sólo un 42 por 100 de lo que había sido en 1913, y el país producía menos de la mitad de grano que antes de la guerra. Hacía falta un gasto enorme para financiar el ajuste a la economía en tiempos de paz y para proporcionar ayuda social a ex soldados que buscaban trabajo o que no podían encontrarlo por ser inválidos de guerra. Pero si algún gobierno intentaba cubrir el vacío elevando los impuestos en lo que no fuesen pequeñas cuantías, era acusado de inmediato por sus enemigos de la derecha nacionalista de gravar con impuestos al país para pagar las facturas de las reparaciones impuestas por los vencedores. Casi todos los gobiernos consideraban políticamente más astuto decir a las potencias extranjeras que los problemas monetarios de Alemania se resolverían aboliendo las reparaciones o reprogramándolas al menos en condiciones más aceptables. Los diversos gobiernos alemanes no se adhirieron siempre a esta peligrosa política con la misma energía y determinación, y durante 1920 y 1921 se contuvo en más de una ocasión la caída del marco respecto al dólar. Aun así, en noviembre de 1921 los alemanes que querían comprar un dólar estadounidense tenían que pagar por él 263 marcos, y en julio de 1922 el coste casi se había vuelto a duplicar, llegando a los 493.[61]

La inflación a esta escala tuvo efectos diferentes sobre los diversos agentes de la actividad económica. La posibilidad de tomar dinero prestado para comprar artículos, equipamiento, maquinaria industrial, etc. y devolver el préstamo cuando pasaba a poseer una fracción de su valor original, ayudó a estimular la recuperación industrial después de la guerra. Hasta mediados de 1922 las tasas de crecimiento económico de Alemania fueron altas y el paro, reducido. Sin este telón de fondo de casi pleno empleo, habría sido muchísimo más difícil organizar una huelga general como la que frustró el golpe de Kapp en marzo de 1920. Las tasas fiscales reales eran también lo suficientemente bajas como para estimular la demanda. La economía alemana consiguió efectuar la transición a una fase de paz con mayor eficacia que algunas economías europeas donde la inflación era menos acusada.[62]

Pero la recuperación estaba edificada sobre arena. Porque, pese a unos cuantos breves periodos de respiro, la inflación resultó ser imparable. En agosto de 1922 hacían falta más de 1.000 marcos para comprar un dólar estadounidense; en octubre, 3.000; y 7.000 en diciembre. El proceso de depreciación monetaria estaba adquiriendo vida propia. Las consecuencias fueron catastróficas. El gobierno alemán ya no podía efectuar los pagos de las reparaciones porque tenían que liquidarse en oro, que tenía un precio en el mercado internacional que ya no se podía permitir. Además, a finales de 1922 se había retrasado notoriamente en las entregas de carbón a los franceses, otra parte del programa de indemnizaciones. Así que, en enero de 1923, tropas francesas y belgas ocuparon la principal región industrial de Alemania, el Ruhr, para requisar el carbón que les debían y obligar a los alemanes a cumplir sus obligaciones de acuerdo con el tratado. El gobierno de Berlín proclamó casi inmediatamente una política de resistencia pasiva y no cooperación con los franceses para negar a los ocupantes los medios para recoger ellos mismos los frutos de la producción industrial del Ruhr. La lucha no cesó hasta finales de septiembre. La resistencia pasiva agravó todavía más la situación económica. El que quería comprar un dólar en enero de 1923 tenía que pagar por él 17.000 marcos, en abril 24.000, y en julio, 353.000. Era hiperinflación a una escala verdaderamente aterradora, y la tasa de cambio marco-dólar del resto del año alcanzó cifras más largas que las que puedan figurar en una guía telefónica: 4.621.000 en agosto, 98.860.000 en septiembre, 25.260.000.000 en octubre, 2.193.600 millones en noviembre y 4.200.000 millones en diciembre.[63] Los periódicos empezaron a informar a sus lectores de la nomenclatura de las grandes cifras, que variaban confusamente de un país a otro. Los franceses, explicaba un columnista, llamaban «trillón» a un millón de millones, mientras que, «para nosotros, sin embargo, un trillón es igual a un millón de billones (1.000.000.000.000.000.000), y hemos de tener la esperanza de que Dios quiera que no incurramos en estos valores numéricos ni en otros más altos en nuestras transacciones diarias, sólo para evitar el hacinamiento que acabaría provocando eso en los manicomios».[64]

En su punto culminante, la inflación parecía aterradora. El dinero perdió sentido casi por completo. Las prensas no podían satisfacer la necesidad de producir billetes de banco de valores cada vez más astronómicos, y los ayuntamientos empezaron a imprimir billetes propios de emergencia, utilizando sólo un lado del papel. Los empleados recogían sus sueldos en bolsas de la compra o en carretillas (tantos eran los billetes necesarios para pagarles), y corrían a las tiendas para comprar lo que necesitaban antes de que el constante descenso del valor del dinero las pusiese fuera de su alcance. El estudiante Raimund Pretzel recordaba más tarde que los finales de mes su padre, que era funcionario de alto nivel, en cuanto cobraba el sueldo corría a comprar un abono para el ferrocarril para poder acudir al trabajo durante el mes siguiente, enviaba cheques para cubrir los gastos regulares, llevaba a toda la familia a cortarse el pelo y luego entregaba lo que quedaba a su esposa, que iba con los niños al mercado mayorista local y compraba montones de víveres no perecederos, con los que tenían que alimentarse hasta que llegase el siguiente paquete del sueldo. El resto del mes, la familia no disponía de dinero. Había que enviar las cartas con los últimos billetes pegados al sobre, porque no se podían imprimir sellos postales del valor correspondiente con la suficiente rapidez para cubrir el aumento de precio. El corresponsal alemán del *Daily Mail* inglés informaba el 29 de julio de 1923: «En las tiendas, los precios se mecanografían y se colocan cada hora. Por ejemplo, a las diez de la mañana un gramófono valía cinco milones de marcos, pero a las tres valía doce millones. Un ejemplar del *Daily Mail* costaba ayer en la calle 35.000 marcos, pero hoy cuesta 60.000».[65]

Los efectos más graves y espectaculares eran los relacionados con el precio de los alimentos. Una mujer que se sentase en una cafetería podía tomar un café por 5.000 marcos y, cuando se levantase a pagar al cabo de una hora, el camarero podía pedirle 8.000 por él. Un kilo de pan de centeno, básico en la dieta alemana, costaba 163 marcos el 3 de enero de 1923, más de diez veces ese precio en julio, 9 millones de marcos el 1 de octubre, 78.000 millones de marcos el 5 de noviembre y 233.000 millones de marcos quince días después, el 19 de noviembre.[66] En el punto culminante de la hiperinflación, más del 90 por 100 del gasto de una familia media

correspondía a la alimentación.[67] Las familias que dependían de ingresos fijos empezaron a vender sus propiedades para poder conseguir alimentos. Las tiendas empezaron a almacenarlos en previsión de subidas de precios inmediatas.[68] La población, al no poder cubrir las necesidades básicas, se amotinaba y saqueaba las tiendas de alimentos. Estallaron enfrentamientos a tiros entre grupos de mineros que hacían incursiones en el campo para saquear los cultivos y los campesinos que intentaban proteger sus cosechas y no estaban dispuestos a venderlas por billetes sin valor. El hundimiento del marco hizo que resultase difícil, e incluso imposible, importar artículos del extranjero. La amenaza del hambre, sobre todo en la zona ocupada por los franceses, donde la resistencia pasiva estaba paralizando las redes de transporte, era algo muy real.[69] La desnutrición causó un aumento inmediato de muertes por tuberculosis.[70]

Es bastante característica la experiencia del académico Victor Klemperer, cuyos diarios nos permiten apreciar el panorama más amplio de la historia alemana de ese periodo. Klemperer, que vivía en buena medida a salto de mata con contratos temporales de profesor, era veterano de guerra y recibió muy contento una pequeña gratificación suplementaria por sus servicios en la guerra en febrero de 1920; pero, como decía quejoso, «lo que antes era una pequeña renta, ahora no es más que una propina».[71] Durante los meses siguientes, el diario de Klemperer fue llenándose cada vez más de cálculos económicos, a medida que se aceleraba la inflación. En marzo de 1920, decía ver ya a «gente que hacía incursiones de forrajeo con mochilas» en el tren a los alrededores de Munich.[72] Con el paso del tiempo, Klemperer pasó a pagar facturas cada vez más fantásticas, «con una especie de sordo fatalismo».[73] En 1920 consiguió al fin una plaza permanente de profesor en la Escuela Superior Técnica de Dresde. Pero eso no le proporcionó seguridad económica. Recibía todos los meses un sueldo cada vez más astronómico, con añadidos para compensar la inflación que se había producido desde el pago anterior. A pesar de cobrar un sueldo de casi un millón de marcos a finales de mayo de 1923, ya no podía pagar con él las facturas del gas y los impuestos. Todos sus conocidos andaban exprimiéndose los sesos para conseguir dinero especulado en la Bolsa. Incluso él mismo hizo una tentativa, pero su primera ganancia, 230.000

marcos, resultó casi insignificante en comparación con la de su colega el profesor Förster, «uno de los peores patriotas y agitadores teutónicos antisemitas de la universidad», de quien se decía que ganaba medio millón de marcos diarios jugando en el mercado de valores.[74]

Klemperer, cliente habitual de los cafés, pagó 12.000 marcos por un café y un bollo el 24 de julio. El 3 de agosto comentaba que un café y tres bollos le habían costado 104.000 marcos.[75] El lunes 28 de agosto, Klemperer anota que unas semanas antes había obtenido diez entradas de cine (uno de los mayores placeres de su vida) por 100.000 marcos. «Inmediatamente después, subió el precio inconmensurablemente, y en fechas más recientes nuestra butaca de 10.000 marcos cuesta ya 200.000. Ayer tarde—continuaba—quise comprar una nueva reserva. Las filas del centro del patio de butacas costaban 300.000 marcos»; y no eran las más caras del local, había algunas que eran más caras aún. Y se había anunciado ya para el jueves, tres días después, otro aumento de precio más.[76] Klemperer explicaba el 9 de octubre: «Nuestra salida al cine de ayer costó 104 millones, incluido el transporte».[77] Esta situación le puso al borde de la desesperación, como a muchos otros:

Alemania se está desmoronando paso a paso de forma sobrecogedora [...]. El dólar está a más de 800 millones, cuesta cada día 300 millones más que el anterior. Todo eso no es sólo lo que lees en el periódico, sino que tiene un efecto inmediato sobre tu propia vida. ¿Cuánto tiempo tendremos algo para comer? ¿Hasta dónde podremos seguir apretándonos el cinturón?[78]

Klemperer dedicaba cada vez más tiempo a pensar en el dinero, y escribía el 2 de noviembre:

Ayer estuve esperando el dinero en la oficina del cajero de la universidad toda la mañana, casi hasta las dos, y al final no conseguí nada, ni siquiera lo que faltaba del sueldo de octubre, porque ayer el dólar subió de 65.000 millones a 130.000, así que hoy tendré que pagar las facturas del gas y varias cosas más al doble que ayer. En el caso del gas, es probable que la diferencia sea de unos 150.000 millones.[79]

Klemperer comentaba que se estaban produciendo disturbios por falta de alimentos en Dresde, algunos con un tinte antisemita, y que empezaba a temer que irrumpiesen en su casa en una búsqueda frenética de víveres. Era

imposible trabajar. «La cuestión del dinero absorbe una cantidad muy grande de tiempo y le destroza a uno los nervios».[80]

Alemania se estaba paralizando. Los empresarios y los ayuntamientos ya no podían pagar a sus empleados ni comprar suministros para los servicios públicos. El 7 de septiembre, sesenta de las noventa líneas de tranvía de Berlín habían dejado de funcionar.[81] Era evidente que no podían seguir así las cosas. Lo que impidió que el país se precipitase en el abismo fue una combinación de medidas políticas inteligentes y de hábiles reformas financieras. Gustav Stresemann inició su largo periodo como ministro de Asuntos Exteriores en agosto de 1923, combinando el cargo con la cancillería del Reich durante los primeros meses, e inició una política de «cumplimiento», negociando la retirada de los franceses del Ruhr en septiembre, a cambio de la garantía de que Alemania satisfaría los pagos de las reparaciones, pasase lo que pasase. Como consecuencia, la comunidad internacional accedió a revisar el sistema de reparaciones y un comité presidido por Charles Dawes, experto estadounidense en finanzas, elaboró un plan que se negoció y se aprobó al año siguiente.

El plan de Dawes no ofrecía ninguna posibilidad de poner fin a los pagos, pero introducía al menos una serie de medidas para garantizar que abonarlos fuese una propuesta factible, y durante los cinco años siguientes se abonaron realmente sin demasiados problemas.[82] La política de Stresemann no le proporcionó aplausos de la derecha nacionalista, que se oponía a cualquier concesión al principio de las reparaciones. Pero las dimensiones que por entonces había adquirido la hiperinflación convencieron a la mayoría de que aquélla era la única política realista, algo que no pensaba probablemente un año antes.[83] En el frente económico, el gobierno de Stresemann nombró a Hjalmar Schacht, un astuto financiero con fuertes conexiones políticas, para dirigir el banco central del Estado, el Reichsbank, el 22 de diciembre de 1923. Se había emitido ya una nueva moneda el 15 de noviembre, el Rentenmark, cuyo valor estaba vinculado al precio del oro.[84] Schacht introdujo una serie de medidas para defender la nueva moneda de la especulación, y como dicha moneda, que pasaría a

llamarse pronto Reichsmark, resultaba mucho más asequible, sustituyó a la antigua y consiguió una aceptación general.[85] Había terminado la hiperinflación.

Hubo otros países que también sufrieron inflación en el periodo de posguerra, pero en ninguno fue tan grave como en Alemania. En el punto álgido de la hiperinflación, que varió de unos países a otros, los precios alcanzaron un nivel 14.000 veces superior al de antes de la guerra en Austria; 23.000 veces en Hungría; 2.500.000 veces en Polonia y 4.000 millones en Rusia, aunque en este último país la inflación no era estrictamente comparable a la de otros lugares, porque los bolcheviques habían desvinculado en gran medida la economía soviética del mercado mundial. Estos índices eran bastante malos. Pero en Alemania los precios habían llegado a ser un billón de veces superiores a los de antes de la guerra, algo que ha entrado en los anales de la historia económica como la mayor inflación de todos los tiempos. Fue notable el hecho de que todos estos países no hubiesen combatido en el bando que ganó la guerra. Todos ellos acabaron estabilizando su moneda, pero sin mucha referencia a los demás. No surgió en los años veinte ningún sistema financiero internacional nuevo viable comparable a la compleja serie de instituciones y acuerdos que regirían las finanzas internacionales después de la Segunda Guerra Mundial.[86]

II

Las consecuencias de la hiperinflación y de cómo se le puso fin fueron enormes. No resulta fácil, sin embargo, determinar sus consecuencias a largo plazo en la situación económica de la población alemana. Se creía que había destruido la prosperidad económica de la clase media. Pero la clase media era un grupo muy diverso en términos económicos y financieros. Todo el que había invertido dinero en bonos de guerra o en otros préstamos al Estado lo perdió. Pero los que habían pedido prestada una gran suma de dinero, como una hipoteca para una casa o un piso, era probable que acabasen adquiriendo la propiedad casi por nada. A menudo estas situaciones se daban unidas en un grado u otro en la misma persona. Pero

los resultados fueron ruinosos para quienes dependían de unos ingresos fijos. Los acreedores estaban amargados. La cohesión social y económica de la clase media estaba destrozada, y ganadores y perdedores se enfrentaban entre sí separados por nuevas divisorias sociales. El resultado fue una creciente fragmentación de los partidos políticos de la clase media en la segunda mitad de la década de 1920, lo que los dejó indefensos frente a los ataques demagógicos de la extrema derecha. Y cuando los efectos deflacionistas de la estabilización empezaron a dejarse sentir, todos los grupos sociales sufrieron las consecuencias. El recuerdo popular agrupó los efectos de la inflación, la hiperinflación y la estabilización en una catástrofe económica única en la que prácticamente todos los grupos de la sociedad alemana perdieron.[87] Victor Klemperer fue un caso típico de ese proceso. Cuando llegó la estabilización, el «miedo a la brusca devaluación monetaria y el loco impulso de tener que comprar» desaparecieron, pero ocupó su lugar la «indigencia», pues con la nueva moneda Klemperer no tenía prácticamente nada de valor, y apenas contaba con dinero. Después de todas sus especulaciones, concluía lúgubremente, «mis acciones tienen un valor de apenas 100 marcos, las reservas en efectivo que tengo en casa son aproximadamente de la misma cuantía, y eso es todo; mi seguro de vida está absoluta y totalmente perdido: 150 millones en papel equivalen a 0,015 pfennings».[88]

Como el dinero perdió su valor, lo único que merecía la pena tener eran artículos y objetos valiosos, y una ola inmensa de delincuencia azotó el país. Las condenas por robo, que habían sido 115.000 en 1913, pasaron a 365.000 en 1923. En ese último año, se condenó por comerciar con objetos robados a siete veces más personas que en 1913. Tan desesperados estaban los pobres, incluso en 1921, que un periódico socialdemócrata informaba de que, de los cien hombres enviados a la prisión Plötzensee de Berlín, ochenta no tenían calcetines, sesenta iban descalzos y cincuenta ni siquiera tenían camisa.[89] El robo en los muelles de Hamburgo, donde los trabajadores se apropiaban por tradición de una parte de las mercancías que les pagaban por cargar y descargar, alcanzó niveles sin precedentes. Se decía que los trabajadores se negaban a cargar algunos artículos alegando que no les servían para nada. Los sindicatos informaron de que muchos trabajadores

sólo acudían al muelle para robar, y que si alguien intentaba impedírselo, le pegaban. Los botines preferidos eran café, harina, tocino de hebra y azúcar. De hecho, los trabajadores imponían cada vez más los pagos en especie al disminuir el valor de los salarios en dinero. El fenómeno se generalizó tanto que algunas empresas navieras extranjeras decidieron descargar sus mercancías en otros puertos durante 1922-1923.[90] Una economía similar de robo y trueque empezó también a sustituir a las transacciones monetarias en otras actividades y otros lugares.

La violencia, o la amenaza de violencia, se manifestó a veces de forma espectacular. Bandas de hasta doscientos jóvenes bien armados irrumpían en los graneros en el campo y se llevaban lo que encontraran. Sin embargo, pese a la atmósfera de delincuencia casi incontrolable, las condenas por lesiones disminuyeron, pasando de 113.000 en 1913 a 35.000 en 1923, y se produjo una disminución comparable en otros tipos de delitos no relacionados directamente con el robo. Casi todo el mundo parecía concentrarse en robar pequeñas cantidades de víveres y suministros para poder seguir vivo. Había informes de muchachas que se vendían por paquetes de mantequilla. Y aumentaba la amargura y el resentimiento que causaba esta situación la impresión de que algunas personas obtenían inmensos beneficios con ella, mediante negocios ilícitos con la moneda, contrabando, especulación y transporte ilegal de mercancías. El estraperlista y el especulador se habían convertido en objeto de denuncia por parte de los demagogos populistas antes incluso de que la inflación galopante se convirtiese en hiperinflación. Pasaron ahora a convertirse en personificaciones populares de lo odioso. Había un sentimiento generalizado de que esos especuladores se pasaban la noche divirtiéndose mientras los honrados tenderos y artesanos tenían que vender los muebles de sus casas para comprar una barra de pan. Muchos creían que los valores morales tradicionales se estaban hundiendo al mismo tiempo que los valores monetarios tradicionales.[91] La caída en el caos (económico, social, político y moral) parecía ser total.[92]

El dinero, los ingresos, la solidez financiera, el orden económico, la regularidad y la posibilidad de previsión habían formado parte de la esencia de los valores y de la vida burgueses antes de la guerra. Ahora, todo eso

parecía haber quedado destruido junto con el sistema político también aparentemente sólido del Reich guillermino. Empezó a hacerse patente un cinismo generalizado en la cultura de Weimar, perceptible en películas como *El doctor Mabuse* o en novelas como *Confesiones del estafador Felix Krull*, de Thomas Mann (escrita en 1922, aunque la dejase inconclusa y no la terminase hasta más de treinta años después). Fue debido en gran parte a la inflación que la cultura de Weimar se sintió tan fascinada por los criminales, desfalcadores, jugadores, manipuladores, ladrones y bribones de toda laya. La vida parecía un juego de azar y la supervivencia, el resultado del juego arbitrario de fuerzas económicas incomprensibles. En una atmósfera como ésta empezaron a florecer las teorías de la conspiración. Jugar, en el tapete verde o en el mercado de valores, se convirtió en una metáfora de la vida. Gran parte del cinismo que proporcionó a la cultura de Weimar su tono a mediados de los años veinte e hizo que mucha gente acabase anhelando un retorno del idealismo, la abnegación y la devoción patriótica, nació de los efectos desorientadores de la hiperinflación.[93] Ésta se convirtió en el trauma cuya influencia afectó a la conducta de los alemanes de todas las clases durante mucho tiempo. Se añadió a la sensación que tenían los sectores más conservadores de la población de un mundo patas arriba, primero por la derrota, luego por la revolución y, finalmente, por la economía. Destruyó la fe en la imparcialidad de la ley como regulador social, entre deudores y acreedores, entre ricos y pobres, y socavó las nociones de justicia y equidad que se suponían garantizadas por la ley. Degradó el lenguaje político, empujado ya a la exageración hiperbólica por los acontecimientos de 1918-1919. Prestó nuevo poder a las imágenes fantásticas tradicionales del mal, no sólo el delincuente y el jugador, sino también el especulador y, fatídicamente, el judío manipulador de las finanzas.[94]

III

Entre los grupos que se consideraba en general que se habían beneficiado de los trastornos económicos de los primeros años veinte figuraban los grandes industriales y financieros, un hecho que provocó un resentimiento

generalizado contra «capitalistas» y «especuladores» en muchos sectores de la sociedad alemana. Pero los hombres de negocios alemanes no estaban tan seguros de haber ganado tanto. Muchos miraban con nostalgia hacia atrás, hacia el Reich guillermino, una época en que el Estado, la policía y los tribunales habían mantenido a raya al movimiento obrero y el gobierno había escuchado a los hombres de negocios en los asuntos clave de la política social y económica. Por falsa que pudiese resultar esta visión retrospectiva de color de rosa, era indudable que los grandes empresarios habían disfrutado de una posición privilegiada antes de la guerra, pese a sus esporádicas irritaciones con el Estado por su intromisión en la economía.[95] La rapidez y la escalada de la industrialización que se había producido en el país no sólo lo habían convertido en 1914 en la mayor potencia económica de la Europa continental; habían creado también un sector económico privado notable por la envergadura de sus empresas y por la prominencia pública de sus empresarios y administradores. Individuos como el fabricante de armas Krupp, los magnates siderúrgicos Stumm y Thyssen, el armador Ballin, los jefes de empresas eléctricas Rathenau y Siemens y muchos otros más eran personajes muy conocidos, ricos, poderosos y políticamente influyentes.

Estos individuos tendían a oponerse, con diversos grados de intensidad, a la sindicalización y a la idea de la negociación colectiva. Pero durante la guerra habían suavizado su antagonismo debido a la creciente intervención pública en las relaciones laborales, y el 15 de noviembre de 1918, el empresariado y los sindicatos, representados respectivamente por Hugo Stinnes y Carl Legien, firmaron un pacto que establecía un nuevo marco de negociación colectiva que incluía la aceptación de la jornada de ocho horas. Ambas partes tenían interés en ahuyentar el peligro de una socialización generalizada por parte de la extrema izquierda, y el acuerdo preservaba la estructura empresarial existente, dando al mismo tiempo a los sindicatos una representación igualitaria en una red nacional de comités de negociación conjunta. El empresariado, lo mismo que otros sectores del régimen guillermino, aceptó la República porque le pareció el medio más factible de impedir algo peor.[96]

Así que las cosas no parecían irle demasiado mal al empresariado en los primeros años de la República. En cuanto se dieron cuenta de que la inflación no iba a desaparecer, muchos industriales compraron gran cantidad de maquinaria y pidieron préstamos que, cuando tuvieron que devolverlos, habían perdido su valor. Pero ello no significó, como han pretendido algunos, que fomentasen la inflación porque viesen que tenía ventajas para ellos. Por el contrario, muchos estaban confusos y no sabían qué hacer, sobre todo durante la hiperinflación de 1923, y los beneficios que obtuvieron en todo el proceso no fueron tan espectaculares como se ha dicho a menudo.[97] Además, la deflación aguda, como resultado inevitable de la estabilización de la moneda, planteó graves problemas a la industria, que ya había invertido en muchos casos en más maquinaria de lo que necesitaba. Se multiplicaron las quiebras, se hundió el inmenso imperio industrial y financiero de Hugo Stinnes, y empresas importantes buscaron refugio en una oleada de fusiones y cárteles, en especial Siderúrgicas Unidas, formada en 1924 mediante la unión de una serie de empresas de la industria pesada y la enorme I. G. Farben, el Trust Tintorero Alemán, creado ese mismo año con la unión de las empresas químicas Agfa, BASF, Bayer, Griesheim, Hoechst y Weiler-ter-Meer, para formar la mayor empresa de Europa y la cuarta del mundo después de General Motors, United States Steel y Standard Oil.[98]

Fusiones y cárteles tenían como objetivo no sólo dominar el mercado, sino también reducir costes y aumentar la eficiencia. Las nuevas empresas daban mucha importancia a la racionalización de la producción siguiendo la línea de la supereficiente Ford Motor Company estadounidense. El «fordismo», como se denominaba, automatizaba y mecanizaba la producción todo lo posible en pro de la eficiencia. Iba acompañado de la tendencia a reorganizar el trabajo de acuerdo con los nuevos estudios de tiempo y movimiento estadounidenses, conocidos como «taylorismo», muy debatidos en Alemania durante la segunda mitad de los años veinte.[99] Se estaban consiguiendo introducir cambios espectaculares en esa línea en la industria minera del Ruhr, donde antes de la guerra se extraía manualmente el 98 por 100 del carbón, mientras que en 1929 era ya sólo el 13 por 100. El uso de perforadoras neumáticas para extraer el carbón, y de cintas

transportadoras mecanizadas para trasladarlo al punto de carga, junto con una reorganización de las prácticas de trabajo, permitió aumentar la producción anual de carbón por minero de 255 toneladas en 1925 a 386 toneladas en 1932. Estos progresos en la productividad permitieron a las empresas mineras reducir el tamaño de su fuerza de trabajo muy deprisa, pasando de 545.000 en 1922 a 409.000 en 1925 y a 353.000 en 1929. Se produjeron procesos de racionalización y de mecanización similares en otros sectores de la economía, sobre todo en la industria automovilística, de rápido crecimiento.[100] Pero en otros sectores, como la producción de hierro y acero, se consiguieron los aumentos de eficiencia mediante las fusiones y la formación de monopolios, más que mediante la mecanización y la modernización. Pese a todos los estudios y debates sobre «fordismo», «taylorismo» y cosas similares, gran parte de la industria alemana aún tenía una visión muy tradicional de la cuestión a finales de los años veinte.[101]

Ajustarse a la nueva situación económica después de la estabilización significó en cualquier caso racionalización, reducción de costes y pérdida de puestos de trabajo. La situación empeoró por el hecho de que las cohortes relativamente grandes de los nacidos antes de la guerra se estaban incorporando ya al mercado de trabajo, y eran un número mayor que los muertos en la guerra o debido a la devastadora epidemia de gripe que azotó el mundo inmediatamente después. El censo laboral de 1925 reveló que había 5 millones de personas más en la fuerza de trabajo disponible que en 1907; el censo siguiente, realizado en 1931, indicó que había un millón más como mínimo. A finales de 1925, como consecuencia de la racionalización y del crecimiento demográfico generacional, el paro había alcanzado el nivel del millón de personas; en marzo de 1926, llegaba a los 3 millones.[102] En estas nuevas circunstancias, los empresarios perdieron las ganas de establecer acuerdos con los sindicatos obreros. Con la estabilización los patronos ya no podían trasladar los costes de las subidas salariales aumentando los precios. La estructura organizada de negociación colectiva que se había acordado entre patronal y sindicatos durante la Primera Guerra Mundial se vino abajo. La sustituyeron unas relaciones cada vez más agrias entre empresarios y trabajadores, en las que el margen de maniobra de estos últimos fue disminuyendo progresivamente. La patronal continuó, sin

embargo, sintiéndose frustrada en su intención de reducir costes y mejorar la productividad debido a la fuerza de los sindicatos y a los obstáculos legales e institucionales que el Estado ponía en su camino. El sistema de arbitraje introducido por la República de Weimar cargaba los dados en favor de los sindicatos en los conflictos laborales, o eso pensaban al menos los patronos. Cuando se zanjó una agria disputa salarial en la industria siderúrgica del Ruhr mediante un laudo de obligado cumplimiento en 1928, los empresarios se negaron a abonar el pequeño incremento salarial que se había decidido e iniciaron un cierre patronal que impidió trabajar durante cuatro semanas a 200.000 metalúrgicos. Los trabajadores no sólo contaron con el respaldo del gobierno del Reich, presidido por los socialdemócratas en una gran coalición formada a principios de año, sino que recibieron también una ayuda salarial del Estado. A los patronos empezó a parecerles que toda la estructura de la República de Weimar se alineaba contra ellos.[103]

Las cosas empeoraron aún más a su juicio con las obligaciones financieras que les impuso el Estado. Para conseguir remediar las peores consecuencias que la estabilización tenía para los trabajadores, y para impedir que se repitiese la situación casi de colapso del sistema de seguridad social que se había producido durante la hiperinflación, el gobierno introdujo por etapas un complejo plan de seguro de paro en los años 1926 y 1927. Destinado a proteger a unos 17 millones de trabajadores de las consecuencias de la pérdida de puestos de trabajo, la más sustancial de sus disposiciones, aprobada en 1927, exigía las mismas aportaciones a patronos y asalariados, y creaba un fondo público para hacer frente a crisis importantes en que el número de parados superase la cifra que estaba previsto que cubriese el plan. Como esa cifra era sólo de 800.000, era evidente que el plan entraría en una grave crisis si el número fuese superior. De hecho, ese límite ya se había superado incluso antes de que el plan entrase en vigor.[104] Este régimen de seguridad social representaba, lógicamente, una creciente intervención pública en la economía que no le gustaba nada al empresariado. Aumentaba los costes suplementarios al imponer aportaciones de la empresa a los planes del seguro de paro de los trabajadores y gravaba con una carga fiscal mayor a las empresas y, en

realidad, a los propios empresarios adinerados. Los que con mayor fuerza se oponían eran los empresarios de la industria pesada del Ruhr. Las restricciones legales del horario de trabajo les impedían en muchos casos utilizar sus instalaciones sin interrumpir el proceso de producción estableciendo turnos. Las aportaciones al seguro de paro previstas en el nuevo plan de 1927 se consideraban paralizantes. En 1929 la asociación nacional de los empresarios industriales expuso su opinión de que el país no podía permitirse una cosa así y exigió recortes brutales del gasto público acompañados del cese oficial de la negociación con los trabajadores que había protegido a las grandes empresas durante la revolución de 1918. Lo de que era el nuevo plan de seguridad social y no la situación de la economía internacional la causa de sus problemas constituía, como mínimo, una exageración; pero de todos modos era indiscutible que había un nuevo talante de hostilidad hacia los sindicatos y los socialdemócratas entre muchos empresarios en la segunda mitad de los años veinte.[105]

La gran empresa estaba ya decepcionada con la República de Weimar a finales de los años veinte. La influencia de que había gozado antes de 1914, y más aún durante la guerra y el periodo de inflación de posguerra, parecía haber disminuido drásticamente. Además, su prestigio público, tan elevado en otros tiempos, había sufrido notoriamente a consecuencia de los escándalos financieros y de otro género que habían salido a la luz durante la inflación. Los que habían perdido su fortuna en inversiones dudosas buscaban a alguien a quien echar la culpa. El chivo expiatorio elegido en 1924-1925 fue un personaje llamado Julius Barmat, un empresario judío ruso que había colaborado con destacados socialdemócratas en la importación de suministros de alimentos inmediatamente después de la guerra y luego había invertido los créditos que le habían concedido el banco del estado prusiano y el servicio de correos en especulaciones financieras durante la inflación. Cuando su negocio se hundió, hacia finales de 1924, dejando deudas por valor de 10 millones de Reichsmarks, la extrema derecha aprovechó la oportunidad para lanzar una calumniosa campaña de prensa acusando a socialdemócratas destacados como el antiguo canciller Gustav Bauer de haberse dejado sobornar. Los escándalos financieros de este tipo solía aprovecharlos más la extrema derecha para respaldar

afirmaciones de que la corrupción judía estaba ejerciendo una influencia indeseable sobre el régimen de Weimar y provocando la ruina económica de muchos alemanes de clase media.[106]

¿Qué podía hacer el empresariado para remediar esta situación? Su espacio de maniobra política era limitado. Los empresarios habían procurado desde el principio de la República blindar la industria de interferencias políticas, por una parte, y asegurarse, por otra, una influencia política, o al menos una buena voluntad de los políticos, a través de donativos económicos a los partidos «burgueses», sobre todo a los nacionalistas y al Partido del Pueblo. Los grandes grupos de intereses tenían con frecuencia un control económico de periódicos importantes a través de inversiones, pero esto raras veces se traduciría en un aporte de directrices políticas directas. Cuando el propietario intervenía a menudo en la política editorial, como en el caso de Alfred Hugenberg (cuyo imperio periodístico y mediático creció rápidamente durante la República de Weimar), este hecho tenía con frecuencia poco que ver con los intereses específicos de la empresa en sí. De hecho, a principios de la década de 1930 había muchos grandes empresarios que estaban tan irritados por el radicalismo derechista de Alfred Hugenberg que andaban conspirando para expulsarlo de la dirección del Partido Nacionalista. El empresariado, lejos de hablar con una sola voz en los asuntos que le afectaban, estaba escindido de arriba abajo no sólo por intereses políticos, como en el caso de Hugenberg, sino también económicos. Así, mientras las empresas mineras y siderúrgicas del Ruhr se oponían furiosamente a los planes de seguridad social de la República y al sistema de negociación colectiva, empresas como Siemens o I. G. Farben, los gigantes de los sectores más modernos de la economía, estaban más dispuestas a llegar a acuerdos. Había también algunos conflictos de intereses entre las industrias orientadas hacia la exportación, a las que les fue relativamente bien durante los años de estabilización y racionalización del gasto, ylas que producían principalmente para el mercado interior, entre las que se incluían, una vez más, los magnates siderúrgicos del Ruhr. Pero, incluso entre estos últimos, había importantes diferencias de opinión, como en el caso de Krupp, que se había opuesto en realidad a la postura intransigente adoptada por los demás en el cierre patronal de 1928.[107] A

finales de la década de 1920, la patronal estaba dividida en sus posiciones políticas y constreñida por las limitaciones que le había impuesto el régimen de Weimar. Había perdido gran parte de la influencia política de la que había gozado durante la inflación. Su irritación con la República pronto estallaría en hostilidad declarada por parte de algunos de sus representantes más influyentes.

GUERRAS CULTURALES

I

Los conflictos que desgarraban a la República de Weimar no eran sólo políticos o económicos. Su carácter visceral se debía en gran parte al hecho de que no se desarrollaban exclusivamente en parlamentos y elecciones, sino que impregnaban todos los aspectos de la vida. La indiferencia hacia la política no era en modo alguno una característica de la población alemana en los años que condujeron al Tercer Reich. Podría decirse que la gente padecía de un exceso de participación política y de compromiso político. Podría hallarse una prueba de ello en los índices de participación extremadamente elevados en las elecciones, a las que la mayoría de las veces acudía a depositar su voto el 80 por 100 de los electores como mínimo.[108] Las elecciones no se desarrollaban ni mucho menos con la indiferencia que se considera indicio de una democracia madura. Por el contrario, durante las campañas electorales en muchas zonas de Alemania parecía no quedar ni un centímetro de muros y paredes y de columnas de anuncios que no estuviese cubierto por carteles, colgaban banderas de todas las ventanas y todos los edificios estaban festoneados con los colores de un partido político u otro. Esto excedía con mucho el sentido del deber que, según algunos, llamaba a los votantes a las urnas antes de la guerra. No parecía haber sector de la sociedad ni de la política que fuese inmune a la politización.

En ninguna parte era esto más evidente que en la prensa. Había en Alemania nada menos que 4.700 periódicos en 1932, el 70 por 100 de ellos de carácter diario. Muchos eran locales, con escasa circulación, pero algunos, como el liberal *Frankfurter Zeitung* («Periódico de Frankfurt»), eran periódicos grandes de fama internacional. Estos órganos constituían sólo una pequeña parte de la prensa de orientación política, que era toda ella

aproximadamente una cuarta parte de todos los periódicos que existían. Casi tres cuartas partes de esos periódicos de orientación política eran fieles al Partido del Centro o a su equivalente del Sur, el Partido del Pueblo Bávaro, o a los socialdemócratas.[109] Los partidos políticos daban mucha importancia a sus periódicos diarios. *Vorwärts* («Adelante») para los socialdemócratas y *Rote Fahne* («Bandera Roja») para los comunistas eran piezas clave del aparato propagandístico de sus respectivos partidos, y encabezaban una compleja estructura de semanarios, periódicos locales, revistas ilustradas y publicaciones especializadas. Un organizador de propaganda periodística como el jefe de prensa comunista Willi Münzenberg podía adquirir una reputación casi mítica como creador y manipulador de los medios.[110] En el extremo opuesto del espectro político detentaba un estatus igual de legendario Alfred Hugenberg, que en su calidad de presidente del consejo de administración del fabricante de armas Krupp había adquirido la empresa periodística Scherl en 1916. Dos años después, adquirió también una importante agencia de noticias mediante la cual suministraba reportajes y editoriales a grandes sectores de la prensa durante los años de Weimar. A finales de la década de 1920, Hugenberg se había convertido, además, en propietario de la gran productora cinematográfica UFA. Empleaba su imperio mediático para propagar sus ideas virulentamente nacionalistas alemanas por todo el país y para difundir el mensaje de que ya era hora de restaurar la monarquía. Tal era su reputación que, a finales de los años veinte, se decía de él que era el «rey sin corona» de Alemania y «uno de los hombres más poderosos» del país.[111]

Pero, pensase lo que pensase la gente, este tipo de poder mediático no se traducía de inmediato en poder político. El control de los medios de que disponía Hugenberg no le sirvió para impedir la imparable decadencia de los nacionalistas después de 1924. Los periódicos políticos tenían en general escasa circulación: en 1929, por ejemplo, *Rote Fahne* vendía 28.000 ejemplares diarios; *Vorwärts*, 74.000, y *Der Tag* («El Día»), de Hugenberg, poco más de 70.000. No eran ni mucho menos cifras impresionantes. Además, las ventas de *Rote Fahne* bajaron a 15.000 ejemplares a principios de los años treinta, precisamente cuando el voto comunista empezó a crecer.

La circulación de la prensa abiertamente política descendió sobre todo en casi un tercio entre 1925 y 1932. Los selectos diarios liberales de calidad perdieron también circulación.[112] *Frankfurter Zeitung*, probablemente el más prestigioso de los diarios liberales de calidad, pasó de 100.000 ejemplares en 1915 a 71.000 en 1928. Como comprendieron muy bien los directores de periódicos, muchos lectores de la prensa liberal pro Weimar votaban a partidos que se oponían a Weimar. También aquí parecía limitado el poder político de propietarios y directores.[113]

Lo que estaba minando la prensa política en los años veinte era, sobre todo, la aparición de los llamados «periódicos de bulevar», publicaciones de pequeño formato, populares, baratas y sensacionalistas, que se vendían en las calles, sobre todo por la tarde y por la noche, en vez de depender de suscriptores regulares. Profusamente ilustrados, con muchas noticias de deportes, cine, información local, crímenes, escándalos y sensacionalismo, estos periódicos se centraban en el entretenimiento más que en la información. Pero también podían tener una orientación política, como *Nachtausgabe* («Edición de Noche»), de Hugenberg, cuya circulación pasó de 38.000 en 1925 a 202.000 en 1930, o *Welt am Abend* («Mundo de Noche»), de Münzenberg, que aumentó espectacularmente sus ventas, pasando de 12.000 en 1925 a 220.000 en 1930. A la prensa pro Weimar le resultaba difícil en general competir con estas publicaciones, aunque el imperio periodístico Ullstein, de orientación liberal, publicaba con éxito *Tempo* (145.000 de tirada en 1930) y *Bz am Mittag* («Bz a Mediodía»), 175.000 en el mismo año). Los socialdemócratas no podían competir en este mercado.[114] Era a ese nivel al que la política de la prensa tenía verdadera influencia. Las publicaciones sensacionalistas de chismorreo minaban a la República con sus denuncias escandalosas de fechorías financieras reales o imaginarias por parte de políticos prorrepublicanos; las ilustraciones podían transmitir el contraste con el periodo imperial. La publicidad masiva que daba la prensa popular a los juicios por asesinatos y a las investigaciones policiales creaba la impresión de una sociedad que se ahogaba en una ola de crímenes violentos. En provincias, los periódicos locales en apariencia apolíticos solían proveerse de noticias de las agencias de prensa de derechas y causaban un efecto similar, aunque más atenuado.

El imperio periodístico de Hugenberg tal vez no salvase a los nacionalistas de la decadencia, pero su constante clamor por las iniquidades de la República fue otro factor que contribuyó al debilitamiento de la legitimidad de Weimar y a convencer a la población de que había que hacer algo más al respecto. Así que al final la prensa ejerció cierta influencia en el ánimo de los electores, predisponiéndolos en general, sobre todo, en contra de la democracia de Weimar.[115]

La aparición de la prensa sensacionalista popular sólo fue otro acontecimiento nuevo, e inquietante para muchos, de la escena mediática y cultural de las décadas de 1920 y 1930. La literatura experimental, la «poesía concreta» de los dadaístas, las novelas modernistas de Alfred Döblin, las obras de teatro de crítica social de Bertolt Brecht o el periodismo polémico y cáustico de Kurt Tucholsky y Carl von Ossietzky dividieron a los lectores en una minoría que aceptaba el desafío de lo nuevo y la mayoría que consideraba todo aquello «bolchevismo cultural». Junto a la cultura literaria vibrante y radical de Berlín, existía otro mundo literario, que atraía al sector nacionalista conservador de las clases medias, enraizado en la nostalgia del pasado bismarckiano perdido y que profetizaba su retorno con el ansiado hundimiento de la República de Weimar. Fue especialmente popular *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, que dividía la historia humana en ciclos naturales de primavera, verano, otoño e invierno, y emplazaba la Alemania de principios del siglo XX en la fase invernal, caracterizada por «tendencias a un cosmopolitismo irreligioso y antimetafísico urbano», en que el arte había padecido una «preponderancia de formas artísticas extranjeras».

Según Spengler, el invierno era identificable en la política por el predominio de las masas inorgánicas cosmopolitas y el hundimiento de las formas estatales establecidas. Spengler se ganó muchos seguidores con su afirmación de que esto anunciaba el principio de una transición inminente hacia una nueva primavera, que sería «intuitiva y agrícola» y estaría regida por una «estructura orgánica de existencia política», que conduciría a las «potentes creaciones de un alma soñolienta que despierta».[116] Otros autores asignaron al inminente periodo del resurgir un nombre nuevo que adoptaría pronto con entusiasmo la derecha radical: el Tercer Reich. Popularizó esta

idea el escritor neoconservador Arthur Moeller van den Bruck, cuyo libro con ese título se publicó en 1923. El ideal del Reich había surgido, proclamaba, con Carlomagno, y había resucitado con Bismarck: era lo opuesto al gobierno de los partidos, que caracterizaba a la República de Weimar. De momento, decía, el Tercer Reich era un sueño: haría falta una revolución nacionalista para hacerlo realidad. Los partidos políticos que dividían Alemania serían entonces barridos. Cuando por fin llegase el Tercer Reich, uniría a todas las agrupaciones políticas y sociales en un resurgir nacional. Restauraría la continuidad de la historia alemana, recreando su historia medieval; sería el «último Reich».[117] Otros autores, como el jurista Edgar Jung, adoptaron este concepto y abogaron por una «revolución conservadora» que trajese «el Tercer Reich» en el futuro inmediato.[118]

Por debajo de este nivel de abstracción un tanto enrarecido, había muchos otros autores que ensalzaban de un modo u otro las supuestas virtudes que, en su opinión, la República de Weimar anulaba. El ex oficial del Ejército Ernst Jünger propagó el mito de 1914, y su popular libro *Tempestades de acero* exaltó la imagen de las tropas de primera línea del frente que habían encontrado su verdadero ser sólo en el ejercicio de la violencia y el sufrimiento e infligiendo dolor.[119] Los Cuerpos Libres engendraron todo un canon de novelas que celebraban el odio de los veteranos a los revolucionarios, expresado a menudo en términos escalofriantes, que retrataban el asesinato y el caos como manifestación definitiva de una masculinidad resentida en busca de venganza por el hundimiento de 1918 y la llegada de la revolución y de la democracia.[120] En lugar de los débiles acuerdos de la democracia parlamentaria, autores como éstos y como muchos otros proclamaban que hacía falta una jefatura fuerte, implacable, intransigente, dura, dispuesta a acabar con los enemigos de la nación sin el menor escrúpulo.[121] Otros miraban hacia atrás, hacia un mundo rural idílico donde no existían las complejidades ni la «decadencia» de la vida urbana moderna, como en la novela de Adolf Bartels *Los Dithmarsher*, de la que se habían vendido en 1928 más de 200.000 ejemplares.[122]

Todo esto indicaba una sensación generalizada de crisis cultural, y no sólo entre las elites conservadoras. Por supuesto, muchos aspectos de la cultura moderna y de los medios de información se habían hecho patentes ya antes de la guerra. El arte vanguardista había incidido en la conciencia pública con la obra de expresionistas como Ernst Ludwig Kirchner, August Macke y Emil Nolde, y pintores abstractos como Vasily Kandinsky, de origen ruso pero que vivía en Munich. La música atonal y expresionista procedía de la segunda escuela vienesa de Schonberg, Webern, Berg y Zemlinsky, mientras que el drama sexualmente explícito de obras como *El despertar de la primavera*, de Frank Wedekind, habían causado ya gran escándalo. Había habido debates constantes durante el Reich guillermino sobre los límites de lo correcto y decoroso en la literatura, y sobre el peligro que suponían los libros supuestamente antipatrióticos y subversivos o pornográficos e inmorales, muchos de los cuales se sometieron a prohibiciones impuestas por la policía.[123]

La sensación de crisis cultural que la irrupción de la pintura y el arte modernos generaron entre las clases medias a principios de siglo se mantuvo a raya bajo el régimen guillermino, y en sus formas más extremas permaneció limitado a una pequeña minoría. Pero después de 1918 se extendió mucho más. El cese, o al menos la disminución, de la censura, que había sido tan dura durante la guerra y había estado siempre activa durante el periodo guillermino, animó a los medios a aventurarse en áreas que antes habían sido tabú. El teatro se convirtió en vehículo de experimentación radical y de agitación y propaganda izquierdistas.[124] Al abaratarse las técnicas de reproducción e impresión, resultó más fácil publicar revistas y periódicos ilustrados a bajo precio para el mercado masivo. Provocó gran polémica en particular la Bauhaus de Weimar, obra del arquitecto Walter Gropius, que agrupó la academia de arte y la escuela de artes y oficios de Weimar. Era un centro educativo que intentaba unir el gran arte con el diseño práctico y que incluía en su nómina a Vasily Kandinsky, Oskar Schlemmer, Paul Klee, Theo van Doesberg y László Moholy-Nagy. Sus estudiantes bohemios, tanto masculinos como femeninos, eran impopulares entre la gente de la ciudad, y los políticos locales condenaban sus diseños radicalmente simples, limpios y ultramodernos, considerándolos más

propios de las formas artísticas de razas primitivas que de algo alemán. La financiación pública cesó en 1924, y la Bauhaus se trasladó a Dessau, pero continuó perseguida por la polémica, sobre todo durante el mandato de su nuevo director Hannes Meyer, cuyas simpatías comunistas provocaron su sustitución por el arquitecto Mies van der Rohe en 1930. Mies expulsó a los estudiantes comunistas y sustituyó el espíritu comunitario inicial de la Bauhaus por un régimen más estructurado, autoritario incluso. Pero la mayoría nazi que accedió al consejo municipal en 1931 cerró la institución tras una inspección oficial de Paul Schulze-Naumburg, el autor ultraconservador de un libro titulado *Arte y raza*. La Bauhaus se trasladó luego a una zona fabril de Berlín; pero, a partir de entonces, ya sólo fue una sombra de sí misma. El destino de la Bauhaus ejemplificó lo difícil que era que una cultura de vanguardia recibiese apoyo oficial incluso en la atmósfera culturalmente relajada de la República de Weimar.[125]

Los nuevos medios de comunicación aumentaban la sensación de que los viejos valores culturales estaban amenazados. La radio empezó a ejercer una influencia real como instrumento de cultura popular durante ese periodo: en 1926, se habían contabilizado un millón de radioyentes, y en 1932, otros tres millones. Y las ondas estaban abiertas a una amplia variedad de opiniones, incluidas las de la izquierda. Se habían abierto también cines en las grandes ciudades antes de 1914, y a finales de los años veinte las películas atraían a un público numeroso, que aumentó con la llegada del cine sonoro al final de la década. Películas expresionistas como *El gabinete del doctor Caligari*, con sus célebres tomas en extraños ángulos, y películas de gran carga erótica como *La caja de Pandora*, en que actuaba la actriz norteamericana Louise Brooks, provocaron entre muchos conservadores culturales una sensación de desorientación estética. Una sátira aguda de las convenciones burguesas como *El ángel azul*, basada en un libro de Heinrich Mann, y en la que actuaban Emil Jannings y Marlene Dietrich, tuvo problemas con la productora, la UFA de Hugenberg, sobre todo por su retrato del erotismo cínico y manipulador de su personaje central femenino.[126] La película, basada en la novela de Erich Maria

Remarque, *Sin novedad en el frente* provocó una airada campaña por parte de los ultranacionalistas, que consideraron antipatriótico su mensaje pacifista.[127]

La cultura burguesa presentaba ideales insulsos de belleza, elevación espiritual y pureza artística, de los que parecían burlarse las manifestaciones de Dadá, mientras que la Nueva Objetividad (*Neue Sachlichkeit*, es decir, 'Nueva Realidad' o 'neorealismo') situaba los objetos y acontecimientos cotidianos en el centro de un intento de dar dimensión estética a la vida urbana moderna. Esto no era del gusto de todos. En vez de perderse en pensamientos portentosos inspirados por el mundo mítico del ciclo del *Anillo* de Wagner o del drama musical ritual y religioso de *Parsifal*, los trajeados burgueses que iban a la ópera se enfrentaron entonces con la representación en la Ópera Kroll de *Noticias del día*, de Paul Hindemith, en que una diva desnuda cantaba un aria sentada en una bañera. Junto con el melifluo romanticismo tardío del compositor oficial más destacado de Alemania, Richard Strauss, anteriormente un *enfant terrible* pero ahora compositor de óperas ligeras y emotivamente poco exigentes como *Intermezzo* y *La Helena egipcia*, el público se enfrentaba con la obra maestra expresionista de Alban Berg, *Wozzeck*, que se desarrollaba entre los pobres y oprimidos de principios del siglo XIX e incorporaba música atonal y pautas verbales cotidianas. El compositor conservador Hans Pfitzner expresó lo que muchos sentían cuando atacó esas tendencias como síntomas de degeneración nacional y las atribuyó a las infuencias judías y al bolchevismo cultural. Había que proteger la tradición musical alemana, clamaba, de aquellas amenazas, que se hicieron más agudas cuando en 1925 el gobierno prusiano nombró al atonalista judío austriaco Arnold Schoenberg profesor de composición en la academia de música estatal de Berlín. La vida musical era un elemento básico de la identidad burguesa en Alemania, probablemente más que en ningún otro país europeo: estos acontecimientos la conmovían en su núcleo.[128]

Una amenaza aún mayor según este punto de vista era la que planteaba la influencia norteamericana del jazz, que se abrió paso a través de obras como *La ópera de cuatro cuartos*, con música de Kurt Weill y letra de Bertolt Brecht. Se trataba de una denuncia cáustica de la explotación,

ambientada en un mundo de ladrones y criminales, que conmovió al medio cultural en su primera representación de 1928; causó un efecto similar *Jonny empieza a tocar*, de Ernst Krenek, que se estrenó en febrero de 1927 y que tenía como protagonista a un músico negro. Muchos compositores modernos consideraron el jazz un estímulo para la renovación de su arte. Fue principalmente una forma artística popular, por supuesto, interpretada en diversos estilos en miles de bares y clubes nocturnos, sobre todo de Berlín, semioculta en salones de baile, teatros de revista y hoteles. Grandes orquestas y grupos de coristas como las Tiller Girls animaban la escena de Berlín, mientras que los más audaces podían pasar una noche en un club como Eldorado, «supermercado del erotismo», como lo calificó el popular compositor Friedrich Hollaender, y ver a Anita Berber interpretar bailes pornográficos con nombres como «Cocaína» y «Morfina» ante un público generosamente nutrido de travestidos y homosexuales, hasta su temprana muerte en 1928 a causa del consumo abusivo de drogas. Los espectáculos de cabaret añadían a todo esto un elemento de sátira política mordaz y antiautoritaria, y encolerizaban a los conservadores con sus chistes sobre los «sentimientos y prácticas nacionalistas y religiosos de los cristianos y alemanes», como se quejaba uno de ellos amargamente. La cólera de los moralistas convencionales se encendía con bailes como el tango, el foxtrot y el charlestón, mientras que la retórica racista se dirigía contra los músicos negros (aunque había muy pocos y la mayoría de ellos actuaban principalmente como baterías y bailarines para dar un tono exótico a la actuación).

El crítico musical más destacado, Alfred Einstein, llamaba al jazz «la traición más repugnante a toda la música occidental civilizada», mientras que Hans Pfitzner, en un ataque vitriólico al Conservatorio de Frankfurt por incluir el jazz en su programa de estudios, fustigó su supuesto primitivismo como producto de lo que denominó «sangre de negro», la «expresión musical del americanismo».[129] El jazz y el *swing* parecían ser la cresta de una ola de americanización cultural en la que fenómenos tan notoriamente diversos como las películas de Charlie Chaplin y los métodos industriales modernos del «fordismo» y el «taylorismo» se consideraban, por parte de algunos, un peligro para la supuesta identidad histórica de Alemania. La

producción en serie traía consigo la perspectiva de consumo masivo, con los grandes almacenes ofreciendo una asombrosa variedad de artículos internacionales, mientras que cadenas comerciales de propiedad extranjera como Woolworth ponían al menos algunas de ellas al alcance de la familia obrera normal. Los planes de construcción de urbanizaciones y los diseños para viviendas modernas eran un reto para el ideal conservador de un estilo basado en las tradiciones populares y causa de un ardoroso debate. Para los críticos culturales de la derecha, la influencia de Estados Unidos, símbolo por excelencia de la modernidad, significaba que era necesario y urgente resucitar la forma alemana de vida, las tradiciones alemanas, los vínculos alemanes con la tierra y la sangre.[130]

Los alemanes de más edad se sentían particularmente alienados, sobre todo por la nueva atmósfera de libertad sexual y cultural que siguió al cese de la censura oficial y de los controles policiales en 1918, y que ejemplificaban muchos de los clubes nocturnos de Berlín. Un oficial del Ejército nacido en 1878 recordaba más tarde:

> Al regresar a casa no encontrábamos ya un pueblo alemán honesto, sino una chusma estimulada por sus más bajos instintos. Fuesen cuales fuesen las virtudes que poseían en otros tiempos los alemanes, parecían haberse hundido de una vez por todas en una marea de cieno [...]. La promiscuidad, la desvergüenza y la corrupción imperaban por doquier. Las mujeres alemanas parecían haber olvidado sus modales alemanes. Los hombres parecían haber olvidado su sentido del honor y de la honestidad. Los escritores judíos y la prensa judía podían dedicarse alegremente y con toda impunidad a arrastrarlo todo por el fango.[131]

La impresión de que la revolución había acabado con el orden y con la disciplina y que la degeneración inmoral y sexual se estaba apoderando de la sociedad, no sólo se daba en la derecha, sino también en la izquierda. Socialdemócratas y comunistas adoptaban a menudo una visión bastante puritana de las relaciones personales, poniendo el compromiso político y la abnegación por encima de la realización personal, y a muchos les estremecía la actitud abiertamente hedonista de muchos jóvenes de Berlín y de otros lugares en los «locos años veinte». La comercialización del ocio en el cine, la prensa popular, los salones de baile y la radio estaba apartando a muchos jóvenes de los valores más austeros y más tradicionales de la cultura del movimiento obrero.[132]

La libertad sexual de la que gozaban claramente los jóvenes en las grandes ciudades era algo que desaprobaban en especial los miembros de la generación más vieja. También en esto había habido precursores antes de la guerra. La aparición de un movimiento feminista grande y estridente había acostumbrado al público y a la prensa a mujeres que hablaban claramente de todo tipo de cuestiones, que ocupaban al menos algunos cargos de responsabilidad y que se abrían camino solas en el mundo. Para el Día Internacional de las Mujeres Proletarias, el 8 de marzo, a partir de 1910 todos los años se celebraron en las grandes ciudades manifestaciones por las calles pidiendo el derecho de las mujeres a votar, e incluso feministas de clase media organizaron en 1912 una manifestación, aunque en carruajes. Junto con la campaña en pro del sufragio femenino, que acabó consiguiéndose, se plantearon, aunque sólo por parte de una minoría de feministas, reivindicaciones de una vida sexual plena, igualdad de derechos para las madres solteras y suministro de anticonceptivos gratuitos. Las ideas de Freud, con su tendencia a atribuir motivos sexuales a las acciones y los deseos humanos, habían empezado ya a discutirse antes de la guerra.[133] Berlín en particular, al crecer rápidamente hasta adquirir las dimensiones y el estatus de una metrópolis cosmopolita, se había convertido ya en el centro de una diversidad de subculturas sociales y sexuales, que incluían un floreciente escenario gay y lésbico.[134]

Los críticos vinculaban estas tendencias a lo que consideraban la decadencia inminente de la familia, causada sobre todo por la creciente independencia económica de las mujeres. La rápida aparición de un sector de servicios en la economía, con sus nuevas posibilidades de trabajo para las mujeres, desde puestos de dependientas en los grandes almacenes al secretariado en el mundo en rápido crecimiento de las oficinas (con la poderosa influencia feminizante de la mecanógrafa), creó nuevas formas de explotación, pero proporcionó también, a un número creciente de jóvenes solteras, una independencia económica y social de la que no habían disfrutado antes. Esto se hizo aún más notorio después de 1918, cuando ya había 11,5 millones de mujeres trabajando, que constituían el 36 por 100 por de la población laboral. Aunque no se trataba ni mucho menos de un cambio espectacular respecto a la situación de antes de la guerra, muchas de

ellas realizaban trabajos públicamente visibles como conductoras de tranvías, dependientas de grandes almacenes o incluso, aunque sólo fuese un puñado de ellas, profesiones como el derecho, la enseñanza universitaria y la medicina.[135] El aumento de la competencia femenina en trabajos antes reservados a los hombres, así como un temor más general entre los nacionalistas a que se estuviese minando el vigor de Alemania por la disminución de la tasa de nacimientos que se produjo en torno al cambio de siglo, se fundieron con inquietudes culturales más amplias, causando una reacción violenta que ya estaba empezando a hacerse patente antes de 1914.[136] Había una crisis discernible de la masculinidad en Alemania antes de la guerra, cuando los nacionalistas y los panalemanes empezaron a clamar por el regreso de las mujeres al hogar y a la familia para que cumplieran su misión de engendrar y educar a más hijos para la nación. La intensidad de la reacción al desafío feminista hizo que las feministas se viesen obligadas a ponerse a la defensiva, empezando a marginar a sus seguidoras más radicales y resaltando cada vez más sus credenciales impecablemente nacionalistas y su deseo de no ir demasiado lejos en sus reivindicaciones a favor del cambio.[137]

Después de 1918, las mujeres pasaron a poder votar y a poder presentarse a las elecciones en todos los ámbitos, desde los consejos municipales hasta el Reichstag. Se les otorgó oficialmente el derecho a desempeñar las profesiones importantes, y pasaron a tener un papel mucho más prominente en la vida pública que el que habían tenido antes de la guerra. En consecuencia, la hostilidad de los partidarios de la supremacía masculina que creían que el lugar de las mujeres era el hogar logró mucho mayor apoyo. Dio más peso aún a su desaprobación el despliegue mucho más visible de la sexualidad, ya antes de la guerra, en la atmósfera liberada de las grandes ciudades. Más estremecedor aún para los conservadores fue la campaña pública a favor de los derechos de los homosexuales emprendida por individuos como Magnus Hirschfeld, que fundó en 1897 el Comité Científico-Humanitario, de nombre aparentemente inocuo. En realidad, Hirschfeld era un homosexual declarado y propagaba en numerosas publicaciones la polémica idea de que los homosexuales eran un «tercer sexo» cuya orientación se debía más a factores congénitos que

ambientales. Su comité estaba consagrado a conseguir la abolición del párrafo 175 del Código Penal del Reich, que declaraba ilegal la «actividad indecente» entre varones adultos. Lo que provocó la cólera de los conservadores fue el hecho de que en 1919 el gobierno estatal socialdemócrata de Prusia otorgase a Hirschfeld una cuantiosa subvención para convertir su comité en un Instituto para la Ciencia Sexual con financiación pública, que tenía su sede en el elegante barrio de Tiergarten, en el centro de la capital. El instituto proporcionaba asesoramiento sexual, celebraba para el público en general sesiones de preguntas y respuestas sobre temas como «¿cuál es la mejor forma de tener relaciones sexuales sin peligro de embarazo?» y hacía campaña a favor de la reforma en todas las leyes que regulaban el comportamiento sexual. Hirschfeld estableció rápidamente una amplia gama de relaciones internacionales, dentro de la Liga Mundial para la Reforma Sexual, de la que su instituto fue en la década de 1920 la sede central. Él fue la fuerza impulsora de la difusión del control público y privado de la natalidad y de las clínicas de asesoramiento sexual de la República de Weimar. No es sorprendente, pues, que fuese vilipendiado con insistencia por los nazis, cuyo intento de hacer las leyes aún más restrictivas, con el apoyo del Partido del Centro, resultó derrotado por muy poco con los votos de los comunistas, los socialdemócratas y los demócratas en el Comité de Reforma del Código Penal del Reichstag en 1929.[138]

La hostilidad nacionalista no se debía sólo al tosco conservadurismo moral. Alemania había perdido a dos millones de hombres en la guerra y, sin embargo, la tasa de natalidad aún seguía disminuyendo rápidamente. Entre 1900 y 1925 el número de niños nacidos vivos por cada 1.000 mujeres casadas de menos de 45 años descendió bastante acusadamente, pasando de 280 a 146. Las leyes que restringían la venta de condones se suavizaron en 1927 y a principios de los años treinta había más de 1.600 máquinas expendedoras en lugares públicos, y una sola empresa de Berlín producía 25 millones de condones al año. Se abrieron centros de asesoramiento sexual, que aconsejaban sobre métodos anticonceptivos, y muchos de ellos, como el instituto de Hirschfeld, estaban financiados y, en algunos casos, incluso dirigidos por el gobierno prusiano y por otros

gobiernos regionales, para indignación de los conservadores en el terreno de la moral. El aborto resultaba mucho más polémico, sobre todo debido a los grandes riesgos médicos que entrañaba, pero también aquí se suavizó la ley y en 1927 pasó a considerarse no ya un delito sino una falta. La estruendosa condena del control de la natalidad en la encíclica papal *Casti Connubii* de diciembre de 1930 añadió combustible a las llamas de la polémica, y en 1931 se celebraron unos 1.500 actos y manifestaciones en una masiva campaña comunista contra los males de los abortos clandestinos.[139]

Para muchas personas estas campañas parecían formar parte de una conjura para destruir la fertilidad y la fecundidad de la raza alemana. ¿No era todo ello, preguntaban los conservadores y los nacionalistas radicales, consecuencia de la emancipación de las mujeres y el fomento moralmente subversivo de la sexualidad despojada de toda finalidad procreadora? Para los nacionalistas, las feministas parecían ser prácticamente unas traidoras a la nación por impulsar a las mujeres a trabajar fuera del hogar. Pero las propias feministas estaban casi igual de alarmadas ante la nueva atmósfera de liberación sexual. La mayoría de ellas habían fustigado antes de la guerra una moralidad sexual hipócrita de libertad para los hombres y castidad para las mujeres, y abogaban en vez de eso por una norma única de contención sexual para ambos sexos. Su puritanismo, expresado en campañas contra los libros pornográficos y los cuadros y películas sexualmente explícitos y en críticas a las jóvenes que preferían los salones de baile a los grupos de lectura, les parecía ridículo a muchas de las mujeres de la generación más joven, y a finales de los años veinte las organizaciones feministas tradicionales, privadas ya de su causa principal por la introducción del sufragio femenino, se quejaban de que entre sus afiliadas abundaban las personas de edad madura y escaseaban las jóvenes.[140] El feminismo estaba a la defensiva, y las mujeres de clase media, que eran su soporte principal, desertaban de su medio liberal tradicional para incorporarse a los partidos de la derecha. El movimiento feminista sentía la necesidad de defenderse de las acusaciones de que estaba debilitando la raza alemana al insistir en su apoyo a la revisión nacionalista del Tratado de Versalles, al rearme, a los

valores de la familia y a la contención sexual. Como el tiempo demostraría, el atractivo del extremismo de derechas resultó no ser menos potente entre las mujeres de lo que lo era entre los hombres.[141]

II

Los jóvenes, y especialmente los varones adolescentes, estaban desarrollando ya un estilo cultural distintivo propio antes de la Primera Guerra Mundial. Tuvo un papel clave en esto el «movimiento juvenil», una colección dispar pero en rápido crecimiento de clubes y asociaciones que se centraba en actividades como el excursionismo, el contacto con la naturaleza y los fuegos de campamento, alrededor de las cuales se cantaban canciones populares y se recitaban versos patrióticos. Por supuesto, todos los partidos políticos intentaban reclutar a jóvenes, en especial después de 1918, proporcionándoles organizaciones propias (la Juventud de Bismarck de los nacionalistas, por ejemplo, o la Liga de Windthorst del Partido del Centro), pero lo más sorprendente del movimiento juvenil en general era su independencia de las instituciones políticas oficiales, a lo que se unía a menudo un desprecio por lo que sus personalidades más destacadas consideraban los compromisos morales y las deshonestidades de la vida política adulta. El movimiento fomentó una desconfianza hacia la cultura moderna, la vida urbana y las instituciones políticas oficiales. Muchos grupos juveniles, si no todos, llevaban uniformes paramilitares del tipo de los de los *boy scouts*, y tendían notoriamente al antisemitismo, negándose a menudo a admitir a judíos en sus filas. Algunos proclamaban que era necesario mantener una pureza moral y rechazaban el tabaco, la bebida o las relaciones con chicas. Otros, como hemos visto, eran partidarios de la supremacía del varón. Aunque los historiadores hayan podido exagerar la responsabilidad del movimiento juvenil por preparar el camino al nazismo, la abrumadora mayoría de las organizaciones juveniles independientes seguían siendo hostiles a la República y a sus políticos, nacionalistas en sus puntos de vista y militaristas en su carácter y en sus aspiraciones.[142]

La influencia del movimiento juvenil, que era especialmente fuerte en la clase media protestante, apenas estaba contrarrestada por la influencia del sistema educativo entre los jóvenes alemanes. «Todos los alumnos de secundaria son nacionalistas—informaba Victor Klemperer en 1925—. Lo aprenden de los profesores».[143] Pero la situación era quizás un poco más complicada de lo que él imaginaba. Durante el Reich guillermino, la influencia personal del káiser operaba en favor de eliminar las tradiciones liberales de la educación alemana, basada en modelos clásicos, con lecciones patrióticas que se centraban en la historia y en la lengua alemanas. En 1914 muchos profesores tenían un punto de vista nacionalista, conservador y monárquico, mientras que los libros de texto y las lecciones se atenían en gran medida al mismo tipo de enfoque político. Pero una considerable minoría tenía también una diversidad de opiniones sobre el centro liberal y la izquierda. Además, en la década de 1920, los estados dominados por los socialdemócratas, sobre todo Prusia, hicieron enérgicos esfuerzos por convencer a las escuelas para que educasen a sus alumnos como ciudadanos modelo de las instituciones democráticas de la nueva República, y la atmósfera del sistema escolar cambió correspondientemente. Millones de jóvenes salieron de su sistema escolar como comunistas o socialdemócratas convencidos, o se mostraban partidarios del Partido del Centro, junto con los otros millones que se adherían a puntos de vista conservadores o a la política de la derecha radical. Al final, ni los profesores que eran liberales o socialdemócratas ni los que eran conservadores y monárquicos parecen haber ejercido mucha influencia sobre las ideas políticas de sus alumnos, y los pupilos a su cargo rechazaban muchas de sus ideas políticas considerando que no eran aplicables a lo que ellos consideraban las realidades cotidianas de la vida bajo la República de Weimar. Para los jóvenes que posteriormente se hicieron nazis, los inicios del compromiso político se hallaban a menudo vinculados más a la rebelión política contra las rigideces del sistema escolar que a la inspiración de profesores nazis o protonazis. Un estudiante nacionalista, nacido en 1908, recordaba que chocaba constantemente con sus profesores «porque he odiado desde la infancia la sumisión servil»; confesaba que lo había politizado un profesor nacionalista, pero comentaba

al mismo tiempo que la enseñanza de su ídolo «contrastaba notoriamente con todo lo demás que se enseñaba en la escuela». Otro albergaba un viejo rencor contra su antigua escuela, donde lo habían castigado repetidamente por insultar a condiscípulos judíos.[144]

Donde era más evidente la lealtad política de los jóvenes a la extrema derecha era en las universidades, muchas de ellas centros famosos de enseñanza con tradiciones que se remontaban a la Edad Media. Algunos profesores izquierdistas consiguieron plazas fijas durante la República de Weimar, pero eran pocos en número. Las universidades siguieron siendo después de la guerra instituciones elitistas, y casi todos sus estudiantes procedían de las clases medias. Eran particularmente fuertes en ese medio las hermandades de duelo; conservadores, monárquicos y nacionalistas todos sus miembros. Algunas tuvieron un papel activo en la violencia que acompañó a la represión de los estallidos revolucionarios que se produjeron en 1919-1921. Para neutralizar su influencia, estudiantes de todas las universidades crearon instituciones representativas democráticas de un tipo que se correspondía con la nueva República a principios de 1919, los Sindicatos Generales de Estudiantes. Todos los estudiantes tenían que pertenecer a ellos y tenían derecho a votar a representantes de sus organismos rectores.[145]

Los Sindicatos de Estudiantes formaron una asociación nacional y empezaron a tener cierta influencia en sectores como la ayuda social a los estudiantes y la reforma universitaria. Pero cayeron también bajo la influencia de la extrema derecha. Como consecuencia de los acontecimientos políticos, desde la aceptación final del Tratado de Versalles en 1919 a la invasión francesa del Ruhr en 1923, afluyeron nuevas generaciones de estudiantes a las asociaciones nacionalistas y acudieron en tropel a los cuerpos estudiantiles tradicionales. Pronto empezaron a ser elegidas las listas de candidatos de derechas para todos los Sindicatos de Estudiantes, mientras la decepción de éstos con la nueva democracia de Alemania crecía a medida que la inflación reducía a la nada sus ingresos y el hacinamiento creaba condiciones cada vez más insoportables en las universidades. El número de estudiantes creció rápidamente, pasando de 60.000 en 1914 a 104.000 en 1931, debido sobre todo al cambio

demográfico. Los gobiernos invirtieron dinero en ampliar el acceso y las universidades se convirtieron en una vía significativa de movilidad social ascendente para los hijos de funcionarios de bajo nivel, pequeños comerciantes e incluso, en cierta medida, trabajadores manuales. Los problemas financieros de la República obligaron a muchos estudiantes a trabajar para poder seguir estudiando y crearon aún más resentimiento. Pero en 1924 las posibilidades de que el creciente número de graduados encontrase un puesto en el mercado de trabajo empezaron ya a disminuir; a partir de 1930 eran casi inexistentes.[146]

La inmensa mayoría de los profesores también eran firmemente nacionalistas, como habían demostrado sus declaraciones públicas colectivas de apoyo a los objetivos de guerra alemanes en 1914-1918. Muchos contribuyeron a la atmósfera intelectual derechista fustigando en sus lecciones el acuerdo de paz de 1919. Añadieron a esto resoluciones y decisiones administrativas en que denunciaban la amenaza que, según ellos, significaban los estudiantes judíos «racialmente extranjeros» que llegaban a la universidad procedentes del Este. Muchos escribieron en términos alarmistas sobre la perspectiva amenazadora (que existía principalmente en su imaginación) de áreas temáticas enteras de las universidades que estaban dominadas por profesores judíos, y programaron su política de contrataciones con ese criterio. En 1923 recorrió las universidades alemanas una gran oleada de indignación nacionalista cuando los franceses ocuparon el Ruhr, y grupos de estudiantes participaron activamente fomentando la resistencia. Mucho antes de que concluyese la década de 1920 las universidades se habían convertido en viveros políticos de la extrema derecha. Se estaba formando una generación de licenciados que se consideraba una elite, como aún lo hacían los que poseían un título universitario en una sociedad en que sólo una pequeña parte de la población conseguía acceder a la universidad; pero una elite que, como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, ponía la acción por encima del pensamiento y el orgullo nacional por encima del conocimiento abstracto; una elite para la que el racismo, el antisemitismo y la ideología de la superioridad alemana eran casi una segunda naturaleza; una elite que estaba decidida a combatir los débiles acuerdos de una democracia liberal excesivamente

tolerante con la misma dureza que habían mostrado sus mayores en la Primera Guerra Mundial.[147] A estos jóvenes, la violencia les parecía una respuesta natural a los desastres que se habían abatido sobre Alemania. A los más inteligentes y más cultos, la generación más vieja de ex soldados les parecía demasiado marcada emotivamente, demasiado poco disciplinada: lo que hacía falta era sobriedad, planificación y una actitud absolutamente implacable en favor de la regeneración nacional.[148]

Todas estas influencias eran en último término secundarias por lo que se refería a la mayoría de los contemporáneos de esos estudiantes. Para ellos era mucho más importante la experiencia preponderante de trastorno político, privación económica, guerra, destrucción, conflicto civil, inflación, derrota nacional y ocupación parcial por potencias extranjeras, una experiencia compartida por jóvenes nacidos aproximadamente una década antes de la Primera Guerra Mundial. Un joven empleado, nacido en 1911, escribió más tarde:

> No se nos ahorraba nada. Conocíamos y sentíamos las preocupaciones de la casa. La sombra de la necesidad nunca abandonó nuestra mesa y nos hizo callar. *Se nos sacó brutalmente de la infancia y no se nos enseñó el camino correcto*. La lucha por la vida empezó para nosotros muy pronto. Desgracia, vergüenza, odio, mentiras y guerra civil se grabaron en nuestras almas y nos hicieron madurar muy pronto.[149]

La generación nacida entre el cambio de siglo y el estallido de la Primera Guerra Mundial fue en realidad la generación de los incondicionales, dispuestos a cualquier cosa; habría de tener un papel fatídico, en más de un aspecto, en el Tercer Reich.

III

La cultura radicalmente moderna de Weimar estaba obsesionada, hasta un extremo que mucha gente de clase media debía de considerar malsano, por lo anormal, el asesinato, la atrocidad y el delito. Los gráficos dibujos de un artista como George Grosz estaban llenos de escenas violentas de violación y de asesinatos sexuales en serie, un tema presente también en la obra de otros artistas de la época. Los asesinos eran personajes centrales en películas como *M*, de Fritz Lang, obras como *La ópera de cuatro cuartos* de

Bertolt Brecht, y novelas como la obra maestra modernista *Berlin Alexanderplatz*, de Alfred Döblin. Los juicios de asesinos en serie reales como Fritz Haarmann o Peter Kürten, «el vampiro de Düsseldorf», eran grandes noticias en los medios de comunicación de todo el país. La corrupción se convirtió en un tema central incluso de novelas sobre Berlín escritas por visitantes extranjeros, como *El señor Norris cambia de tren*, de Christopher Isherwood. El criminal se convirtió en objeto de fascinación además de en objeto de temor, alimentando angustias respetables sobre el orden social y aumentando la aversión de la clase media por la inversión de valores que parecía constituir la esencia de la cultura moderna. La inmensa publicidad otorgada a los asesinos en serie convenció a muchos no sólo de que tenía que aplicarse rigurosamente la pena de muerte contra aquellos individuos «monstruosos», sino de que era necesario también volver a imponer la censura para impedir que se les celebrase en la cultura popular y en la prensa de bulevar diaria.[150] Por otra parte, la inflación y el desorden de los años de posguerra habían hecho surgir la delincuencia organizada a una escala que casi rivalizaba con la del Chicago contemporáneo, sobre todo en Berlín, donde las «sociedades del anillo» del creciente submundo de la delincuencia se celebraban en películas como *M*.[151]

La impresión de que la delincuencia estaba fuera de control la compartían ampliamente aquellos cuyo trabajo era defender la ley y el orden que tantos creían ahora amenazados. Todo el sistema judicial del periodo guillermino se transfirió intacto al periodo de Weimar; los códigos civil y penal apenas fueron modificados y los intentos de liberalizarlos, aboliendo por ejemplo la pena de muerte, no salieron nunca adelante.[152] La judicatura era un cuerpo de individuos formados desde el principio para el papel de jueces, no (como, por ejemplo, en Inglaterra) nombrados para ese cargo después de una carrera relativamente larga en el foro. Muchos jueces en activo durante los años veinte llevaban, pues, varias décadas siendo miembros de la judicatura, y habían asimilado sus valores y actitudes fundamentales en la época del káiser Guillermo II. Durante la República se fortaleció su posición, ya que era un principio político básico de la nueva democracia, como de otras, que la judicatura no debía estar sometida al control político, un principio incorporado rápidamente y sin discusión en

los artículos 102 y 104 de la Constitución. Así que, de una forma similar al Ejército, la judicatura pudo operar durante largos periodos sin ninguna interferencia política real.[153]

Los jueces eran además más independientes, porque la inmensa mayoría de ellos consideraban que las leyes promulgadas por asambleas legislativas y no por un monarca elegido por Dios no eran neutrales, sino, según lo expresó el presidente de la Confederación de Jueces Alemanes (que representaba a ocho mil de los aproximadamente diez mil jueces alemanes), «unas leyes de partido, de clase, bastardas [...], leyes de mentiras». «Cuando ejercen el poder varios partidos—se quejaba—el resultado son leyes de compromiso. Un batiburrillo de normas que son expresión de los objetivos contrapuestos de los partidos gobernantes, leyes bastardas. Toda la majestad se ha desplomado. También la majestad de la ley».[154] Había cierta justificación, quizás, en la queja de que los partidos políticos estaban explotando el sistema judicial para sus fines y creando nuevas leyes con un tinte político específico. Los partidos de extrema derecha y de extrema izquierda tenían equipos permanentes dedicados a la cínica tarea de extraer capital político de los juicios, y un grupo de abogados especializados que desarrollaron una batería de técnicas sumamente refinadas y totalmente carentes de escrúpulos para convertir los procesos judiciales en éxitos políticos.[155] Es indudable que esto contribuyó aún más a desacreditar la justicia de Weimar a ojos de muchos. Pero podía considerarse también que los propios jueces, en el contexto alterado de la instauración de la democracia parlamentaria, explotaban los juicios para sus propios fines políticos. Tras años, décadas en realidad, de tratar como delincuentes a los críticos socialdemócratas y liberales de izquierdas del gobierno del káiser, los jueces se resistieron a reajustar sus actitudes cuando cambió la situación política. Ellos habían prometido fidelidad no a la República, sino al mismo ideal abstracto del Reich al que sus homólogos del cuerpo de oficiales seguían fieles; un ideal edificado principalmente sobre recuerdos del sistema autoritario del Reich bismarckiano.[156] Tal vez inevitablemente, en los numerosos juicios políticos derivados de los profundos conflictos políticos de los años de Weimar, se alinearon en una

proporción abrumadora con los acusados de derechas que también decían actuar en nombre de ese ideal, y arremetieron gustosos contra los izquierdistas que no lo hacían.

El estadístico de izquierdas Emil Julius Gumbel publicó a mediados de la década de 1920 cifras que indicaban que los 22 asesinatos políticos cometidos por acusados de izquierdas desde finales de 1919 a mediados de 1922 habían dado lugar a 38 condenas, que incluían diez ejecuciones y penas de cárcel de 15 años de promedio. Sin embargo, los 354 asesinatos políticos que Gumbel consideraba que habían sido cometidos por acusados de derechas en el mismo periodo habían dado lugar a 24 condenas, ninguna ejecución y penas de cárcel de 4 meses de promedio; 23 asesinos de derechas que confesaron sus crímenes fueron en realidad absueltos por los jueces.[157] Por supuesto, estas estadísticas pueden no haber sido totalmente exactas. Y hubo frecuentes amnistías de «presos políticos» acordadas por los partidos radicales en el Reichstag con apoyo suficiente de otras agrupaciones políticas para que pudiesen prosperar, así que muchos condenados en causas políticas salieron en libertad después de cumplir una parte relativamente pequeña de la sentencia. Pero lo que importaba de la conducta de los jueces era el mensaje que transmitía a la ciudadanía, un mensaje reforzado por numerosos procesos de pacifistas, comunistas y otra gente de izquierdas por traición durante el periodo de Weimar. Según Gumbel, mientras que sólo 32 personas habían sido condenadas por traición en las últimas tres décadas del periodo de paz del Reich bismarckiano, se dictaron 10.000 órdenes de detención por ese motivo en los cuatro años (relativamente pacíficos) que van de principios de 1924 a finales de 1927, con el resultado de 1.071 condenas.[158]

Un número sustancial de juicios afectó a gente lo suficientemente valerosa como para denunciar en la prensa el armamento secreto y las maniobras del Ejército. El caso más famoso tal vez fuese el del editor de prensa pacifista y de izquierdas Carl von Ossietzky, que fue condenado en 1931 a dieciocho meses de cárcel por publicar en su revista *Die Weltbühne* («La Escena del mundo»), un artículo en el que se revelaba que el Ejército alemán estaba adiestrándose en el combate aéreo en la Rusia soviética, algo que era ilegal de acuerdo con los términos del Tratado de Versalles.[159] Otro

caso igualmente célebre fue el del periodista de izquierdas Felix Fechenbach. Su delito, cometido en 1919, fue haber publicado documentos bávaros de 1914 relacionados con el estallido de la Primera Guerra Mundial, porque eso (en opinión del tribunal) había sido lesivo para los intereses de Alemania en las negociaciones de paz, al sugerir un elemento de responsabilidad alemana. Fechenbach fue condenado a once años de cárcel en Munich por un llamado Tribunal del Pueblo, un órgano de emergencia creado para impartir justicia sumaria a saqueadores y asesinos durante la Revolución bávara de 1918.[160] Estos tribunales habían sido adaptados para juzgar los casos de «traición» durante la contrarrevolución del año siguiente. No dejaron de actuar hasta 1924 pese a que habían sido declarados ilegales por la Constitución de Weimar cinco años antes. La creación de estos tribunales, que eludían el sistema legal ordinario, incluida la ausencia del derecho de apelar contra sus veredictos, y su atribución implícita de la justicia al «pueblo» en vez de a la ley, sentó un precedente que no auguraba nada bueno para el futuro y que habría de servir de modelo a los nazis en 1933.[161]

Los socialdemócratas consiguieron que se aprobara una ley para la Protección de la República en 1922 a fin de intentar combatir estas tendencias; el Tribunal del Estado que introdujo tenía como finalidad impedir que los reos políticos de derechas fuesen juzgados por jueces demasiado ideológicamente afines a ellos y ponerlos en manos de jueces nombrados por el presidente del Reich. La judicatura no tardó en conseguir neutralizarlo y apenas modificó la pauta global de veredictos.[162] Friedrich Ebert y los socialdemócratas, aunque debían oponerse en teoría a la pena de muerte por cuestión de principios, la incluyeron en la Ley para la Protección de la República y otorgaron su aprobación retrospectiva a las ejecuciones sumarias que se habían producido en los desórdenes civiles del periodo de la inmediata posguerra. Al hacerlo facilitaron que un gobierno futuro pudiese introducir leyes igual de draconianas para la protección del Estado y echar por tierra un principio básico de justicia: que no debería aplicarse ningún castigo retrospectivamente a infracciones a las que no se aplicase en el periodo en que se hubiesen cometido.[163] También esto era un precedente peligroso para el futuro.

Los tribunales regulares hacían poco caso a los principios enunciados por la Ley para la Protección de la República. Se mostraban clementes casi invariablemente con el acusado si decía que había actuado por motivos patrióticos, fuese cual fuese su delito.[164] El golpe de Kapp de 1920, por ejemplo, sólo tuvo como consecuencia la condena de uno de los participantes en lo que había sido una insurrección armada para derribar un gobierno legítimamente elegido, e incluso ese único inculpado fue condenado a un breve periodo de confinamiento en una fortaleza, porque los jueces tuvieron en cuenta el atenuante de su «abnegado patriotismo».[165] En 1923 cuatro hombres ganaron su recurso de apelación al Tribunal del Reich, la vetusta autoridad judicial suprema del país, contra una sentencia de tres meses de cárcel para cada uno por gritar en un acto de la Orden Juvenil Alemana, una agrupación juvenil de derechas, en Gotha, las palabras: «¡No queremos una república judía, abajo la República judía!». El Tribunal del Reich declaraba en su resolución, muy poco convincentemente, que el significado de esas palabras no estaba claro:

> Podían referirse al nuevo orden social y legal de Alemania, en cuya instauración fue muy destacada la participación de los judíos alemanes y de los extranjeros. Podían referirse también al excesivo poder y la excesiva influencia que un número de judíos que es pequeño en relación con el total de población ejerce en realidad en opinión de amplios sectores de la ciudadanía [...]. No se ha establecido siquiera explícitamente que los acusados gritasen frases injuriosas contra la forma de gobierno del Reich constitucionalmente instituida, sólo que gritaron frases injuriosas contra la forma actual de gobierno del Reich. No se excluye, por tanto, la posibilidad de un error legal.[166]

La distinción que el Tribunal del Reich establecía entre los dos tipos de Estado, y que insinuase que la República de Weimar era sólo algún tipo de aberración temporal que no estaba «constitucionalmente instituida», demostraban con demasiada claridad a quién eran fieles en realidad los jueces. Estos veredictos no podían dejar de tener un efecto. Los juicios políticos, y no sólo ésos, eran acontecimientos importantes en la República de Weimar, presenciados por gran número de personas y de los que se informaba por extenso y en algunos casos literalmente en la prensa, y sobre los que se debatía con pasión en las asambleas legislativas, los clubes y las asociaciones. Veredictos como éstos sólo podían confortar a los adversarios de extrema derecha de la República y ayudar a minar la legitimidad de ésta.

La parcialidad derechista y antirrepublicana de la judicatura la compartían también los fiscales. Al considerar los cargos que tenían que presentar contra los infractores de derechas, en las declaraciones, en el examen de los testigos, incluso al preparar sus alegaciones iniciales y finales, los fiscales consideraban rutinariamente atenuantes las creencias e intenciones nacionalistas. Jueces, fiscales, policías, directores de instituciones penitenciarias y guardianes, agentes y todos los empleados de la Administración de justicia en general socavaban así, de diversos modos, la legitimidad de la República al tender a favorecer a los enemigos de ésta. Incluso en el caso de que no se propusiesen deliberadamente sabotear la nueva democracia, aunque la aceptasen por el momento como una necesidad inevitable, la consecuencia de su conducta era que difundían la idea de que, en realidad, no representaba la verdadera esencia del Reich alemán. Pocos de ellos parecen haber sido demócratas convencidos o haber procurado activamente que la República funcionase. Estando la ley y los que la administraban en contra suya, ¿qué posibilidad podía tener?

LOS APTOS Y LOS NO APTOS

I

Si la República de Weimar pudiese reclamar la lealtad y la gratitud de las masas por algo, ese algo habría sido haber creado un nuevo sistema de seguridad social. Alemania no carecía de instituciones de seguridad social antes de 1914, por supuesto. Bismarck había sido precisamente un innovador en este campo, pues había introducido, por ejemplo, el seguro médico y de accidentes y las pensiones de jubilación para intentar apartar a las clases trabajadoras de la socialdemocracia. Los planes de Bismarck, que se perfeccionaron y ampliaron en los años posteriores a su cese en el cargo, constituyeron una innovación en su época, y no pueden desdeñarse simplemente como flecos del autoritarismo gubernamental. Algunos de ellos, sobre todo el sistema de seguro médico, protegían a millones de trabajadores en 1914 e incorporaban un elemento sustancial de autogobierno que otorgaba a muchos de ellos la posibilidad de participación electoral. Pero ninguno de esos planes se aproximó siquiera a las capas más bajas de la escala social, para las que la norma durante todo el periodo guillermino era recurrir a la ayuda a los pobres, administrada por la policía, cuya recepción traía consigo la privación de los derechos ciudadanos, incluido el de sufragio. Aun así, incluso en esto, el funcionamiento del sistema había sido reformado y regularizado en 1914, y la nueva profesión de técnico en trabajo social, que había surgido como consecuencia de las reformas bismarckianas, se ocupaba de la tarea de evaluar y regular a los pobres, los parados y los indigentes, además de al trabajador normal.[167]

Pero la República de Weimar erigió, sobre la base de esta versión moderna del paternalismo burocrático prusiano, una estructura mucho más amplia y elaborada, en la que se combinaban, no sin tensión, las influencias gemelas del catolicismo social y la filantropía protestante, por un lado, y del

igualitarismo socialdemócrata, por otro.[168] La propia Constitución de Weimar estaba plagada de declaraciones de principios de largo alcance sobre la importancia de la vida familiar y la necesidad de que el Estado la apoyase, sobre la obligación que tenía el Estado de proteger de daño a los menores, sobre el derecho del ciudadano a trabajar y sobre el deber que tenía la nación de proporcionar a todo el mundo una vivienda digna.[169] Sobre la base de estos principios el Reichstag aprobó todo un cuerpo de legislación que incluía desde leyes que trataban de la ayuda a la juventud (1922) y los tribunales de menores (1923) a disposiciones que proporcionaban ayuda y formación a los inválidos de guerra (1920), créditos que reemplazaban la ayuda a los pobres por un sistema de seguridad social pública (1924) y, sobre todo, como hemos visto, la aportación reglamentaria de prestaciones de desempleo de 1927. Los planes de seguro médico, pensiones y demás que existían se perfeccionaron aún más y se ampliaron a todos. Se iniciaron grandes proyectos de construcción de viviendas, muchos de ellos socialmente innovadores, que proporcionaron más de 300.000 viviendas nuevas o renovadas sólo entre 1927 y 1930. El número de camas de hospital aumentó en un 50 por 100 respecto al periodo de antes de la guerra, y aumentó también el número de profesionales de la medicina en función de las nuevas necesidades. Las enfermedades infecciosas disminuyeron sensiblemente y una red de clínicas e instituciones sanitarias públicas pasó a atender a los individuos socialmente vulnerables, desde madres solteras a jóvenes que tenían problemas con la policía.[170]

La creación de un sistema de seguridad social amplio y libre al que tenían derecho todos los ciudadanos fue uno de los logros más importantes de la República de Weimar, tal vez el más importante en una consideración retrospectiva. Pero, pese a las mejoras que introdujo, no consiguió al final satisfacer las grandiosas promesas hechas por la Constitución de 1919, y la diferencia entre lo prometido y lo aportado acabó por influir negativamente en la legitimidad de la República a ojos de muchos de sus ciudadanos. Primero, las dificultades económicas que experimentó la República casi desde el principio constituyeron una carga para su sistema de seguridad social que era sencillamente incapaz de sostener. Eran muchas las personas

que necesitaban apoyo como consecuencia de la guerra. Entre 1914 y 1918 sirvieron en las Fuerzas Armadas unos 13 millones de alemanes. Más de dos millones de ellos murieron en la contienda. Según un cálculo, esto era equivalente a un muerto por cada 35 habitantes del Reich. Constituía una proporción de casi el doble de los muertos que había tenido Inglaterra, con un combatiente muerto por cada 66 habitantes, y casi tres veces más que la de Rusia, donde había habido un muerto de guerra por cada 111 habitantes. Al final de las hostilidades, se habían quedado viudas más de medio millón de alemanas y en el país había un millón de niños sin padre. Volvieron de la guerra con heridas, amputaciones e invalideces diversas unos 2,7 millones de hombres, y pasaron a constituir una fuente de descontento cuando las recompensas que los políticos les habían prometido por sus servicios al país no se materializaron a satisfación de todos.

El gobierno aumentó los impuestos a los ricos para intentar cubrir los costes, hasta que la carga fiscal real casi se duplicó como porcentaje de la renta nacional real, pasando del 9 por 100 en 1913 al 17 por 100 en 1925, de acuerdo con un cálculo que no se considera, sin embargo, imparcial.[171] Pero esto no era suficiente ni mucho menos para cubrir el gasto, y los gobiernos no se atrevían a ir más allá por miedo a que les acusasen de aumentar la presión fiscal para pagar las reparaciones y a que quienes pagaban la mayoría de los impuestos se alejasen aún más de ellos. La economía no sólo tuvo que soportar la carga del seguro de paro después de 1927; en 1926 aún se estaban pagando pensiones a casi 800.000 antiguos soldados discapacitados y a 360.000 viudas de guerra, y manteniendo a más de 900.000 huérfanos, a todo lo cual había que sumar el sistema de apoyo público a los ancianos ya existente. El pago de pensiones absorbía una proporción del gasto público superior a todo lo demás, exceptuando las reparaciones de guerra.[172] Por último, el sistema de seguridad social hizo crecer explosivamente una burocracia ya numerosa en el Reich y en los estados federados, que aumentó de tamaño en un 40 por 100 entre 1914 y 1923, con lo que pasó casi a duplicarse el coste de la Administración pública por ciudadano.[173] Este enorme gasto podría haber sido asumible con una economía en expansión, pero en la situación económica de crisis de la República de Weimar no era materialmente posible sin imprimir dinero y

alimentar la inflación, como sucedió entre 1919 y 1923, o, a partir de 1924, recortando pagos, reduciendo el personal de las instituciones de ayuda social e imponiendo a los beneficiarios un sistema de inspección aún más riguroso.

Así que muchos beneficiarios no tardaron en comprobar que el sistema de seguridad social no estaba pagándoles todo lo que necesitaban. Los administradores locales eran especialmente tacaños, porque las autoridades locales soportaban una gran parte de la carga económica de los pagos de la seguridad social. Solían exigir que los beneficiarios entregasen sus ahorros o sus propiedades como condición para recibir el apoyo social. Los inspectores informaban de fuentes de ingresos no declaradas y animaban a los vecinos a denunciar a los defraudadores. Además, las delegaciones de la seguridad social, al no disponer de personal necesario para tramitar con rapidez un gran número de solicitudes, provocaban demoras infinitas en la respuesta a las solicitudes de ayuda cuando tenían que mantener correspondencia con otras delegaciones para ver si los beneficiarios habían recibido anteriormente ayudas, o procuraban desviar hacia otra parte la carga de tener que ayudarles. Así pues, la estructura administrativa de la seguridad social de Weimar no tardó en convertirse en un instrumento de discriminación y control, pues los funcionarios dejaban claro a los solicitantes que sólo recibirían el mínimo que les correspondiera e indagaban intrusivamente en sus circunstancias personales para asegurarse de que tenían realmente derecho a él.

Nada de eso hizo que se sintiesen más próximos a la República aquellos a los que ésta se proponía ayudar. No era raro que se produjesen quejas, riñas, peleas a puñetazos e incluso manifestaciones dentro y fuera de las oficinas de la seguridad social. Una idea muy precisa del tipo de problemas a los que se enfrentaba la seguridad social, y de lo que hacía para resolverlos, nos la proporciona el ejemplo de un guarnicionero y tapicero, Adolf G.[174] Nacido en 1892, había luchado en la guerra de 1914-1918 y sufrido una grave herida, aunque no combatiendo heroicamente contra el enemigo, sino como consecuencia de la patada que le había propinado en el vientre un caballo. Habían tenido que hacerle nada menos que seis operaciones intestinales a principios de los años veinte. Un antiguo

accidente laboral y una familia de seis hijos le daban derecho a percibir otras ayudas de la seguridad social además de la de la herida de guerra. Incapaz de encontrar trabajo después de la contienda, se aplicó a la tarea de conseguir ayuda pública. Pero las autoridades locales de Stuttgart exigieron como condición para seguir pagándole la prestación por el accidente después de 1921 que entregase su aparato de radio con la antena correspondiente, ya que no estaban permitidos en la vivienda municipal en la que vivía. Cuando se negó a hacerlo, le desahuciaron con toda la familia, a lo que él respondió con una vigorosa campaña de cartas a las autoridades, incluido el Ministerio de Trabajo de Berlín. Adquirió una máquina de escribir para que sus cartas resultasen más legibles e intentó conseguir otro tipo de prestaciones que se correspondiesen con su condición de inválido de guerra y padre de una familia numerosa. El conflicto fue creciendo. En 1924 cumplió una condena de mes y medio de cárcel por colaborar en una tentativa de aborto, es de suponer que porque su esposa y él consideraban que, dadas las circunstancias, seis hijos eran suficientes; en 1927 lo multaron por conducta ofensiva; en 1930 le redujeron las prestaciones limitándoselas a ciertos fines como la compra de ropa, mientras que el alquiler de su casa lo abonaba la Administración directamente al casero; en 1931 fue acusado de fraude a la seguridad social por haber estado intentando conseguir un poco de dinero extra como trapero, y en 1933 de nuevo por intentarlo como músico callejero. Acudió a organizaciones políticas de la izquierda y de la derecha para conseguir ayuda. Un intento de convencer a las autoridades de que necesitaba comer tres veces más que un hombre normal porque la herida del estómago le había incapacitado para digerir la mayor parte de lo que comía fue rechazado con pétreo formalismo. En 1931, cuando ya no aguantaba más, escribió al Ministerio de Trabajo de Berlín comparando a los funcionarios de la seguridad social de Stuttgart con los señores feudales ladrones de la Edad Media.[175]

Lo que enfurecía al un tanto obsesivo Adolf G. no era sólo la pobreza en la estaban condenados a vivir él y su familia, sino sobre todo las ofensas que hacía al honor y el buen nombre de las personas, incluso en las capas más bajas de la sociedad alemana, una maquinaria de la seguridad social que parecía decidida a poner en entredicho sus motivaciones y su derecho a

buscar un apoyo al que creía tener derecho. Aquella burocracia anónima apegada a las normas le ofendía como persona. Ese sentimiento distaba mucho de ser excepcional entre los que solicitaban las prestaciones de la seguridad social, sobre todo cuando su derecho a las mismas se basaba en los servicios prestados en la guerra. El abismo que separaba las tan pregonadas promesas de la República de Weimar de un sistema de seguridad social verdaderamente universal basado en la necesidad y el derecho, y la dura realidad de discriminación mezquina, intrusión y ofensas a que se veían expuestos los beneficiarios por parte de las agencias de la institución, no ayudó precisamente a fortalecer la legitimidad de la Constitución en la que esas promesas estaban incluidas.[176]

Pero más inquietante, con mucho, era el hecho de que las agencias de la seguridad social y sanitaria, decididas a crear medios racional y científicamente fundamentados de abordar las penurias sociales, la anomalía y el delito, con el objetivo último de eliminarlos de la sociedad alemana en las generaciones futuras, fomentasen nuevas políticas que empezaron a mermar las libertades ciudadanas de los pobres y los disminuidos. Lo mismo que la Administración de la seguridad social se multiplicó convirtiéndose en una burocracia inmensa, las doctrinas de higiene racial y biología social, ya extendidas entre los profesionales del trabajo social antes de la guerra, empezaron también a ejercer una influencia mayor. La creencia de que la herencia desempeñaba cierto papel en muchos tipos de anomalías sociales, incluyendo no sólo la deficiencia mental y la incapacidad física sino también el alcoholismo crónico, la pequeña delincuencia persistente e incluso la «estupidez moral» en grupos como las prostitutas (muchas de las cuales se veían en realidad empujadas al trabajo sexual por circunstancias económicas), se convirtió en un dogma. Cientificos del ámbito de la medicina y trabajadores sociales empezaron a recopilar complejas fichas de los «asociales», que fue como pasaron a llamarse habitualmente estos individuos anómalos. Los reformadores penales liberales aseguraban que, si bien a algunos de los reclusos de las prisiones estatales se les podía reintegrar en la sociedad mediante el tipo adecuado de programas educativos, un gran número de ellos eran completamente incorregibles, debido principalmente a una degeneración

hereditaria.[177] La policía aportó su contribución, identificando a un gran número de «criminales profesionales» y «delincuentes habituales», a los que había que someter a vigilancia intensiva. Esto se convertía frecuentemente en una profecía que acarreaba su propio cumplimiento, pues la vigilancia y la identificación dejaban a los presos puestos en libertad sin ninguna posibilidad de incorporarse a una actividad honrada. La colección de huellas dactilares llegaba, sólo en Berlín, a más de medio millón de fichas de los diez dedos de ambas manos en 1930.[178]

La difusión de estas ideas en los medios profesionales de la medicina, la Administración de justicia, las instituciones penales y el trabajo social tuvo consecuencias muy reales. Los psicólogos a los que se pedía que valorasen la salud mental de delincuentes convictos empezaron a utilizar criterios biológicos, como en el caso de un vagabundo sin trabajo, Florian Huber, convicto por robo a mano armada y asesinato en Baviera en 1922: «Huber», decía la valoración que hacía un psicólogo del joven, que había sufrido graves heridas en una acción de guerra, por la que le habían concedido la Cruz de Hierro,

> aunque en otros aspectos no se pueda probar que padezca ninguna lesión hereditaria, manifestó ciertos indicios físicos de degeneración; la estructura de su fisonomía es asimétrica hasta el punto de que el ojo derecho está situado marcadamente más abajo que el izquierdo, tiene tendencia a un ensanchamiento del cuello, los lóbulos de las orejas alargados y, sobre todo, ha sido tartamudo desde la juventud.[179]

Ello se consideraba prueba no de que no tuviese capacidad para comparecer en juicio, sino de que era incorregible y debería ser ejecutado por ello, que fue lo que en realidad se hizo. Los funcionarios de la Administración de justicia de muchas partes de Alemania hacían ya un uso generoso de términos como «gusano» o «peste» para describir a delincuentes, lo que indicaba una forma biológica nueva de conceptualizar el orden social como una especie de cuerpo, del que había que eliminar parásitos dañinos y microorganismos extraños para que pudiese florecer. Con la finalidad de buscar medios más precisos y amplios de definir y aplicar esos conceptos, un médico especialista, Theodor Viernstein, fundó un «Centro de Información Biológico-Criminal» en Baviera en 1923, para reunir información sobre todos los delincuentes conocidos, sus familias y sus

antecedentes, e identificar así las cadenas hereditarias de las anomalías. Al final de la década, Viernstein y sus colaboradores habían reunido un enorme índice de casos e iban camino de realizar su sueño. No tardaron en fundarse también centros similares en Turingia, Württemberg y Prusia. Muchos especialistas pensaban que, una vez que esas dinastías de seres humanos «inferiores» hubiesen sido localizadas, el único medio de impedir que siguieran reproduciéndose era someterlas a una esterilización forzosa.[180]

En 1920, dos de esos especialistas, el abogado Karl Binding y el psiquiatra forense Alfred Hoche, dieron un paso decisivo más allá sosteniendo, en un breve libro en el que acuñaron la expresión «una vida indigna de la vida», que lo que ellos llamaban «existencias lastre», gente que no era más que una carga para la comunidad, debían ser simplemente eliminadas. Los enfermos incurables y los retrasados mentales estaban costando millones de marcos y ocupando miles de camas de hospitales que eran muy necesarias, aseguraban. Así que se debía permitir a los médicos que los mataran. Éste era un elemento nuevo e inquietante en el debate sobre lo que había que hacer con los enfermos mentales, los disminuidos, los delincuentes y los que se desviaban de la norma. En la República de Weimar aún se recibió con marcada hostilidad por parte de la mayoría de los médicos. El compromiso básico de la República con la defensa de los derechos individuales impidió incluso que la doctrina de la esterilización obligatoria llegase a tener algún tipo de aprobación oficial, y muchos médicos y funcionarios de la seguridad social dudaban aún de la legitimidad ética o la eficacia social de una política de ese tipo. La influencia muy considerable de la Iglesia católica y de sus instituciones de ayuda social actuaba también directa y firmemente en contra de esa política. Mientras las circunstancias económicas permitieron pensar que las aspiraciones sociales de la República podrían llegar a realizarse un día, el continuo debate sobre la esterilización forzosa y la «eutanasia» involuntaria siguió sin resolverse.[181]

LOS APTOS Y LOS NO APTOS

II

Los alemanes de clase media reaccionaron a la revolución de 1918 y a la República de Weimar de formas muy diversas. Puede que la versión más detallada que tengamos de la reacción de uno de ellos sea la que se expone en los diarios de Victor Klemperer, cuya experiencia de la inflación ya hemos mencionado. Klemperer era en muchos sentidos un alemán de clase media culto típico, que lo único que quería era seguir con su vida y que relegaba a la política una parte relativamente pequeña de ella, aunque votase en las elecciones y se interesase siempre por lo que pasaba en el mundo político. Su carrera no fue ni completamente convencional ni sobresaliente por sus éxitos. Tras ganarse la vida escribiendo para los periódicos, había pasado a concentrarse en el mundo universitario, graduándose poco antes de la guerra con las dos tesis obligatorias, la primera sobre el idioma alemán y la segunda sobre la literatura francesa. Como era un relativo recién llegado a aquel medio y ajeno al mismo, se vio obligado a iniciar su carrera académica con un puesto en la Universidad de Nápoles, desde donde observó con preocupación el deterioro de la situación internacional antes de 1914. Apoyó la declaración alemana de guerra en 1914 y consideró la causa alemana una causa justa. Regresó a Alemania y se incorporó al Ejército, sirvió en el frente occidental y fue dado de baja en 1916, pasando a trabajar en la oficina de censura del Ejército, donde permaneció hasta el final de la guerra.

Klemperer, como otros alemanes de clase media, vio frustradas sus esperanzas de una carrera estable con la derrota de Alemania. Para un hombre de su condición, sólo la vuelta a unas circunstancias de paz y orden podía proporcionar la base para unos ingresos fijos y un trabajo permanente en una institución académica alemana.[182] Los acontecimientos de los dos últimos meses de 1918 fueron inquietantes para él en más de un sentido. Escribió en su diario:

> El periódico trae ahora tanta vergüenza, desastre y derrumbe, cosas anteriormente consideradas imposibles, que yo, lleno hasta reventar de todo ello, me limito a aceptarlo sordamente, apenas leo ya [...]. Después de todo lo que veo y oigo, soy de la opinión de que Alemania entera se irá al diablo si no se acaba pronto con este *No-Consejo* de Obreros y Soldados, esta dictadura de la insensatez y la ignorancia. Tengo puestas mis esperanzas en cualquier general del Ejército que regrese del frente.[183]

Klemperer empezó a trabajar temporalmente en Munich, donde le alarmaron los dislates del gobierno revolucionario a principios de 1919 («hablan entusiásticamente de libertad y su tiranía es cada vez peor») y explicaba como se pasaba horas en las bibliotecas intentando hacer su trabajo académico mientras fuera silbaban las balas de los Cuerpos Libres invasores.[184] Lo que Klemperer necesitaba y quería era normalidad y estabilidad; pero eso era precisamente lo que no se podía tener. En 1920, como hemos visto ya, consiguió un puesto de profesor en la Universidad Técnica de Dresde, donde enseñaba literatura francesa, investigaba y escribía, dirigía una revista y empezaba a sentir una creciente frustración al ver que hombres más jóvenes obtenían puestos más importantes en mejores instituciones. Era en muchos sentidos un conservador moderado típico de su época, patriota, burgués, alemán cien por cien en sus actitudes culturales y en su identidad, y creía en la idea del carácter nacional, que aborda por extenso en su obra histórica sobre la literatura francesa del siglo XVIII.

Pero había un aspecto crucial que lo hacía diferente. Victor Klemperer era judío. Hijo de un predicador de la Sinagoga de la Reforma, extremadamente liberal, de Berlín, se había hecho protestante, uno más del creciente número de judíos alemanes que se aculturaron de ese modo. Se trataba de una decisión social más que religiosa, ya que no parece haber tenido una fe muy fuerte, de ningún tipo. En 1906 aportó otra prueba de su aculturación casándose con una alemana no judía, la pianista Eva Schlemmer, con la que llegó a compartir muchos intereses culturales e intelectuales, sobre todo, quizás, su entusiasmo por el cine. La pareja no tuvo hijos. Pero, a través de todas las vicisitudes de la década de 1920, fue el matrimonio lo que dio estabilidad a su vida, pese a los episodios cada vez más frecuentes de mala salud de la pareja, agudizados quizá por una creciente hipocondría.[185] Vivió a lo largo de los años veinte una vida estable aunque no del todo satisfactoria, pues no tardó en ensombrecerla el miedo a una guerra civil, aunque ésta nunca llegase a materializarse y pareciese menos probable después de 1923.[186] Llenó su diario de informaciones sobre su trabajo, sus vacaciones, sus inversiones, las relaciones con la familia, los amigos y los colegas, y otros aspectos de la rutina diaria. «Me pregunto a menudo—comentaba el 10 de septiembre de

1927—por qué escribo un diario tan extenso», una pregunta para la que no tenía en realidad una respuesta: se trataba simplemente de una compulsión («no puedo evitarlo»).[187] Era bastante dudoso que pudiese llegar a publicar lo que escribía. Así que, ¿qué finalidad tenía? «Sólo registrar la vida. Siempre registrar. Impresiones, conocimientos, lecturas, acontecimientos, todo. Y no preguntar por qué o para qué, y punto».[188]

Klemperer dejaba escapar de cuando en cuando que sentía bloqueada su carrera por el hecho de ser judío. Pese a su producción creciente de obras académicas sobre la historia de la literatura francesa, estaba encajonado en la Universidad Técnica de Dresde sin ninguna perspectiva de poder conseguir un puesto en una institución universitaria importante. «Hay universidades reaccionarias y liberales—comentaba el 26 de diciembre de 1926—: Las reaccionarias no contratan a ningún judío, las liberales ya siempre tienen a dos judíos y no cogen a un tercero».[189] El aumento del antisemitismo en la República de Weimar hacía también que Klemperer se plantease problemas respecto a su posición política. «Estoy dándome cuenta gradualmente—escribía en septiembre de 1919—del obstáculo nuevo e insuperable que significa para mí el antisemitismo. ¡Y fui como voluntario a luchar en la guerra! Y ahora estoy aquí sentado, bautizado y nacionalista, entre todas las aguas».[190] Klemperer era bastante insólito entre los profesionales judíos de clase media por sus puntos de vista conservadores. El creciente y rabioso antisemitismo de los nacionalistas alemanes, con cuya línea política general simpatizaba bastante, le impedía apoyarlos, pese a toda su nostalgia por los tiempos del Reich bismarckiano y guillermino de antes de la guerra. Klemperer, como muchos alemanes, se sentía «apático e indiferente» cuando contemplaba los violentos conflictos de la política de partidos de la República de Weimar.[191] Instintivamente hostil a la izquierda, Klemperer se sintió sin embargo obligado a escribir en marzo de 1920, cuando escuchaba las noticias del golpe de Kapp en Berlín:

> Mi inclinación por la derecha se ha resentido mucho [...] como consecuencia del antisemitismo permanente. Me gustaría mucho ver a los golpistas actuales puestos contra la pared, la verdad es que no puedo sentir ningún entusiasmo por el Ejército, que incumple su juramento, y absolutamente ninguno por esos estudiantes inmaduros y alborotadores; pero tampoco lo puedo sentir por el gobierno «legal» de Ebert y menos aún por la izquierda radical. Me resultan todos ellos desmoralizadores.

«Qué tragicomedia angustiosa—escribía—que entre cinco mil y ocho mil soldados puedan derribar a todo el Reich alemán».[192]

Aunque tal vez resulte sorprendente tratándose de alguien que dedicaba su vida de trabajo al estudio de la literatura francesa, lo cierto es que Klemperer era muy partidario de otra guerra contra los franceses (tal vez a causa de sus experiencias en el frente occidental durante la guerra, y aún más como consecuencia de su visible indignación por el Tratado de Versalles). Pero esto difícilmente parecía posible bajo la República de Weimar. El 20 de abril de 1921 escribía:

> Mi bandera es la monarquía, anhelo el viejo poder alemán, deseo constantemente asestar otro golpe a Francia. ¡Pero qué compañía repugnante serían los racistas alemanes! Y sería más repugnante aún si Austria se uniese a nosotros. Y todo lo que sentimos nosotros ahora lo sintieron con mayor o menor justificación los franceses después del 70. Y yo no habría llegado a ser profesor universitario con Guillermo II, y aun así [...].[193]

En 1925 Klemperer estaba ya considerando la elección de Hindenburg como presidente un desastre potencial, comparable al asesinato del archiduque Francisco Fernando en 1914. «Fascismo por todas partes. Se han olvidado los terrores de la guerra, el terror ruso está empujando a Europa hacia la reacción».[194] Llegó un momento en que a Klemperer le aburría ya la agitación política incesante. En agosto de 1932, cuando la República de Weimar se adentraba en su turbulenta fase final, escribió:

> Además: no necesito escribir la historia de mi época. Y la información que proporciono es insulsa, medio me repele, medio me llena de un miedo al que no quiero rendirme, no siento el menor entusiasmo por ningún partido político. Es todo insensato, indigno, miserable; nadie desempeña un papel por sí mismo, todos son marionetas [...]. Hitler a la puerta; ¿o quién si no? ¿Y qué será de mí, el profesor judío?

En vez de escribir sobre eso, prefería escribir sobre el gatito negro que se les había metido en casa y se había convertido instantáneamente en su animal de compañía.[195] Bajo la influencia no sólo de la amenazadora situación política, sino también de la grave depresión clínica y las frecuentes enfermedades de su esposa, Klemperer escribía cada vez menos y a finales de 1932 parecía estar a punto de abandonar por completo su diario.

Los problemas personales por los que Klemperer estaba pasando influían muchísimo en su pesimismo político. Pero había muchos judíos alemanes liberal-conservadores y patriotas que se sentían a disgusto en medio de los conflictos de la República de Weimar. Además de eso, la repugnancia que le causaban los extremismos políticos y el desasosiego ante la violencia y el fanatismo que le rodeaban eran sin duda característicos de muchos alemanes de clase media, fuesen del origen que fuesen. Su etnicidad judía no sólo le hacía padecer cierta discriminación adversa, sino que le daba también una visión aguda y sardónica de los acontecimientos políticos que, como correctamente preveía, eran un mal presagio para el futuro. Pero no sufrió excesivamente por el antisemitismo, no padeció ninguna violencia, en realidad no reseñó ni un solo caso de ofensa personal en su diario de ese periodo. Desde el punto de vista formal, con la República de Weimar los judíos como Klemperer disfrutaron de más libertad e igualdad que nunca. La República abrió nuevas posibilidades para los judíos en el funcionariado, la política y las profesiones liberales, así como en el gobierno: un ministro de Asuntos Exteriores judío como Walther Rathenau, por ejemplo, habría sido inconcebible en el Reich guillermino. Los sectores de la prensa de propiedad judía, particularmente los periódicos controlados por las empresas judías liberales de Mosse y Ullstein, que producían entre las dos más de la mitad de los periódicos que se vendían en Berlín en la década de 1920, apoyaban con firmeza las instituciones liberales de la República. La flamante liberación de la censura y de la desaprobación oficial elevó a la prominencia a muchos escritores, pintores y músicos judíos como apóstoles de la cultura moderna, en la que se mezclaban sin conflicto con personajes no judíos como el compositor Paul Hindemith, el poeta y dramaturgo Bertolt Brecht o los pintores Max Beckmann y George Grosz. Los judíos indicaban su apoyo a la República votando sobre todo a los demócratas y, en menor medida, a los partidos de la izquierda.[196]

Por otro lado, y en parte como reacción a estos acontecimientos, se produjo también en la década de 1920 una ampliación y una profundización de las corrientes de antisemitismo en la política y en la sociedad alemanas. Antes incluso de la guerra, los panalemanes y otros grupos de la derecha se

habían lanzado a una campaña de propaganda en la que acusaban a los judíos de minar la nación alemana. Altos mandos militares como Ludendorff eran aún más partidarios de este tipo de teoría de la conspiración racista. Teoría que se hizo notoria durante la guerra con el llamado «censo judío» de octubre de 1916, encargado por altos mandos del Ejército que esperaban que les diese apoyo para poder impedir que ingresaran judíos en el cuerpo de oficiales una vez terminada la guerra. El objetivo era poner al descubierto el carácter cobarde y desleal de los judíos demostrando estadísticamente que estaban infrarrepresentados en el Ejército y que los que se habían incorporado estaban hiperrepresentados en las tareas de oficina. En realidad se demostró lo contrario: muchos judíos, como Victor Klemperer, eran nacionalistas convencidos y se identificaban profundamente con el Reich. Estaban sobre y no infrarrepresentados en las Fuerzas Armadas y en el frente. Los resultados del censo, tan contrarios a las expectativas de los oficiales antisemitas, no se hicieron públicos. Pero la noticia de que se había encargado el censo indignó mucho a los judíos alemanes a pesar de que las actitudes que revelaba no fuesen compartidas por la mayor parte de la tropa.[197]

Después de la guerra, la creencia generalizada de la derecha de que el Ejército alemán había sido «apuñalado por la espalda» por los revolucionarios en 1918 se transformó fácilmente en demagogia antisemita. Hombres como Ludendorff es evidente que creían que quienes habían asestado esa puñalada habían sido «los judíos», que dirigían instituciones subversivas como el Partido Comunista, que habían aceptado el Tratado de Versalles y que habían introducido la República de Weimar. Por supuesto, el Ejército alemán había sido derrotado militarmente en 1918. No había habido, como ya hemos visto, ninguna puñalada por la espalda. Los políticos destacados que firmaron el tratado, como Matthias Erzberger, no tenían nada de judíos. Aunque judíos como Rosa Luxemburgo estaban sobrerrepresentados en la dirección del Partido Comunista o, como Eugen Leviné, en los levantamientos revolucionarios de Munich a principios de 1919, no estaban actuando como judíos sino como revolucionarios, junto con muchos no judíos (como Karl Liebknecht, del que muchos derechistas creían instintivamente que tenía que ser judío debido a sus ideas políticas de

ultraizquierda). La mayoría de los judíos alemanes apoyaban a los sólidos partidos liberales del centro, y en menor medida a los socialdemócratas, más que a la izquierda revolucionaria, cuyo activismo violento conmocionaba y sobrecogía a un ciudadano respetable como Klemperer. Sin embargo, los acontecimientos de 1918-1919 hicieron que aumentase notoriamente el antisemitismo en la derecha, convenciendo a muchos que dudaban de que las teorías de la conspiración que acusaban a los judíos eran en realidad ciertas.[198]

Junto con la propaganda de la extrema derecha que convertía a los judíos en chivos expiatorios por las catástrofes de 1918-1919, surgió también una forma más popular de antisemitismo, dirigida particularmente contra los especuladores de la guerra y el pequeño número de financieros que consiguieron hacerse ricos rápidamente en los estertores de la inflación. El antisemitismo había surgido siempre en periodos de crisis económica, y las crisis económicas de la República de Weimar dejaban pequeña cualquier cosa por la que hubiesen podido pasar antes los alemanes. Además, surgió un nuevo motivo de conflicto por el ritmo creciente de refugiados judíos empobrecidos que llegaban a Alemania huyendo de la violencia antisemita y la guerra civil de Rusia. Había unos ochenta mil «judíos orientales» en Alemania antes de la Primera Guerra Mundial, y su llegada, unida al número mucho mayor de trabajadores emigrantes de Polonia y otros lugares, había llevado al gobierno del Reich a introducir en 1913 un tipo prácticamente único de ley de nacionalidad, que sólo permitía solicitarla a los que podían demostrar ascendencia alemana.[199] Después de la guerra se produjo una afluencia renovada al extenderse la Revolución bolchevique por Rusia, provocando que los adversarios zaristas de la revolución desencadenaran pogromos antisemitas y asesinatos a gran escala. Aunque los inmigrantes se aculturaron rápidamente y eran relativamente pocos en número, constituían sin embargo un blanco fácil para los resentimientos populares. En el punto álgido de la hiperinflación, el 6 de noviembre de 1923, un reportaje de prensa comentaba que se habían producido graves disturbios en un barrio de Berlín con una elevada proporción de inmigrantes del Este:

En las calles laterales una multitud aullante que lo ocupa todo. Se producen saqueos al amparo de la oscuridad. Se desvalija una zapatería en la esquina de la calle Dragoon; los restos de los cristales de las lunas están esparcidos por la calle. Se oye de pronto un silbido. Un cordón policial avanza en una larga cadena humana, cubriendo todo el ancho de la calle. «¡Despejen la calle!—grita un oficial—. ¡Entren en sus casas!». La multitud se desplaza lentamente. Se oyen por todas partes los mismos gritos: «¡Hay que matar a los judíos!». Los demagogos han manipulado al pueblo hambriento durante tanto tiempo que se lanzan contra las desdichadas criaturas que tienen un mísero comercio en un sótano de la calle Dragoon [...], es odio racial inflamado, no hambre, lo que les lleva a saquear. Hay jóvenes que siguen inmediatamente a cualquier transeúnte que tenga apariencia de judío, con el propósito de caer sobre él en el momento oportuno.[200]

Un estallido popular de violencia como éste era sintomático de la nueva tendencia de los antisemitas, como de tantos otros grupos marginales de la política alemana, a fomentar o emplear activamente la violencia y el terror para conseguir sus fines, en vez de contentarse, como habían hecho mayoritariamente antes de 1914, con meras palabras. El resultado fue una oleada de incidentes de violencia personal contra los judíos, contra sus propiedades, aún no del todo bien documentados, ataques a sinagogas y actos de profanación en cementerios judíos.[201]

No fue sólo una decisión sin precedentes transformar el prejuicio demente en acción violenta lo que distinguió en términos generales el antisemitismo posterior a 1918 de su homólogo de antes de la guerra. Mientras la abrumadora mayoría de los alemanes aún rechazaba la utilización de la fuerza física contra los judíos durante la República de Weimar, el lenguaje del antisemitismo se introdujo como nunca lo había hecho antes en el discurso político general. La «puñalada por la espalda», los «criminales de noviembre», la «república judía», la «conspiración judeo-bolchevique» para destruir Alemania... todo eso y muchas consignas demagógicas similares podían leerse habitualmente en los periódicos, como expresiones de la opinión editorial o en informaciones sobre incidentes políticos, discursos y juicios. Se podían oír día tras día en las asambleas legislativas, donde la retórica de los nacionalistas, el segundo partido por su tamaño después de los socialdemócratas durante el periodo medio de la República, estaba plagada de frases antisemitas. Éstas eran más extremas y se utilizaban con mayor frecuencia que las de los conservadores antes de la guerra, y las amplificaban grupos escindidos de la derecha que disfrutaban colectivamente de mucho más apoyo que los partidos antisemitas de Ahlwardt, Böckel y los de su ralea. Estrechamente aliada con muchos de

esos grupos estaba la Iglesia protestante alemana, profundamente conservadora y nacionalista por convicción, y también proclive a estallidos de antisemitismo; pero también el antisemitismo católico adquirió nuevo vigor en la década de 1920, fomentado por el miedo a la amenaza del bolchevismo, que había lanzado ya violentos ataques al cristianismo en Hungría y en Rusia al final de la guerra. Había grandes sectores del electorado alemán de la izquierda y del centro que deseaban fervientemente un resurgir de la gloria y el orgullo nacionales de Alemania después de 1918. Estaban en mayor o menor grado convencidos, como consecuencia de ello, de que eso tenía que conseguirse superando el espíritu de subversión «judío» que, presuntamente, había puesto a Alemania de rodillas al final de la guerra.[202] La sensibilidad de muchos alemanes estaba tan embotada por esa oleada de retórica antisemita que no les pareció que tuviese nada de excepcional que un nuevo movimiento político que había surgido al acabar la guerra situase el antisemitismo en el núcleo mismo de sus fanáticas creencias: el Partido Nazi.

3

LA ASCENSIÓN DEL NAZISMO

REVOLUCIONARIOS BOHEMIOS

I

Cuando Kurt Eisner abandonó la celda 70 de la prisión de Stadelheim de Munich gracias a la amnistía de octubre de 1918, había pocos indicios de que fuese a convertirse en uno de los principales revolucionarios de Alemania. Más conocido como crítico de teatro, personificaba el estilo de vida bohemio asociado con el barrio muniqués de Schwabing, próximo al centro de la ciudad.[1] Bajo y muy barbudo, su apariencia proclamaba al bohemio (solía andar ataviado con una capa negra y un inmenso sombrero negro de ala ancha y llevaba sujetas a la nariz unas gafas pequeñas de montura de acero). No era natural de Baviera, sino que procedía de Berlín, donde había nacido en una familia judía de clase media en 1867. Se identificaba con el ala derecha socialdemócrata y había perdido su trabajo en el periódico local del partido a principios de la década de 1900 por su apoyo a los «revisionistas», que querían que los socialdemócratas abandonasen el marxismo. Pero Eisner, como muchos «revisionistas», se oponía a la guerra. Tuvo una actuación destacada en la formación del Partido Socialdemócrata Independiente, contrario a la guerra, y organizó luego una serie de huelgas en enero de 1918 para intentar poner fin al conflicto.[2]

Cuando las cosas empezaron a desmoronarse el 7 de noviembre de 1918, fue Eisner el que, gracias a su habilidad para la retórica y su desprecio por las convenciones políticas, asumió la jefatura en Munich. Cuando los socialdemócratas de la mayoría propusieron un desfile tradicional a través de la capital bávara en una manifestación ordenada a favor de la paz, precedida por una banda de música y portando banderas y pancartas, Eisner saltó al estrado de los oradores y dijo a la multitud que había que ocupar los cuarteles del Ejército y hacerse con el control de la

ciudad. Y, acompañado por un grupo de seguidores, procedió a hacer exactamente eso, sin encontrar resistencia alguna por parte de los soldados. Tras obtener autorización del consejo revolucionario de obreros y soldados local, Eisner proclamó una República en Baviera y formó con socialdemócratas independientes y de la mayoría un gobierno revolucionario cuya jefatura asumió. Pero su gobierno fracasó totalmente en las tareas básicas de asegurar el suministro de alimentos, proporcionar puestos de trabajo, desmovilizar a la tropa y mantener en funcionamiento el sistema de transportes. El campesinado bávaro conservador, indignado por los acontecimientos de Munich, se negó a suministrar alimentos, y los aliados habían requisado la mayoría de las locomotoras ferroviarias. Los obreros empezaron a interrumpir a Eisner en los mítines y a abuchearle. En el gobierno, uno de sus miembros le dijo furioso: «Tú eres un anarquista [...], no eres un estadista, eres un imbécil [...]. Nos está hundiendo la mala administración».[3] Así pues, no tiene nada de sorprendente que en las elecciones celebradas el 12 de enero los socialdemócratas de la mayoría obtuviesen una victoria aplastante y los independientes de Eisner sufriesen una derrota humillante.

Eisner era todo lo que odiaba la derecha radical de Baviera: bohemio, berlinés, judío y periodista, había hecho campaña a favor de la paz durante la guerra y había sido detenido como agitador por su actuación en las huelgas de enero de 1918. Además, con su secretario, el periodista Felix Fechenbach, había llegado incluso a publicar documentos secretos e incriminatorios de los archivos bávaros relacionados con el estallido de la guerra. Era, en suma, el objetivo ideal sobre el que proyectar la leyenda de la «puñalada por la espalda». El 21 de febrero de 1919 el odio de la extrema derecha halló su expresión definitiva cuando un joven estudiante, un aristócrata, el conde Anton von Arco-Valley, le disparó dos tiros a quemarropa cuando iba caminando por la calle hacia el Parlamento bávaro, de los que murió en el acto.[4] Este asesinato desencadenó una tormenta de violencia en la capital bávara. Los guardias de Eisner dispararon inmediatamente sobre Arco-Valley y lo hirieron. No tardó en rodearle una multitud airada y sólo la rápida intervención de Fechenbach pudo evitar que lo lincharan allí mismo. Mientras se encerraba al asesino herido en la

misma celda de la prisión de Stadelheim que había ocupado Eisner el año anterior, uno de los admiradores socialistas de éste entró en el Parlamento poco después, sacó un arma y, a la vista de todos los demás diputados que estaban debatiendo en la cámara, le disparó dos tiros al crítico más severo de Eisner, el jefe de los socialdemócratas de la mayoría Erhard Auer, que sobrevivió a duras penas a las heridas. Entretanto, irónicamente, en el bolsillo de Eisner se descubrió el borrador del documento en el que presentaba su dimisión. El asesinato había sido completamente inútil.

Sin embargo, el Parlamento bávaro, temiendo más violencia, suspendió sus sesiones y, sin que se celebrase una votación, los socialdemócratas de la mayoría se proclamaron a sí mismos el gobierno legítimo. Se formó un gabinete de coalición presidido por un socialdemócrata de la mayoría escasamente conocido, Johannes Hoffmann, pero no fue capaz de restaurar el orden cuando se produjeron grandes manifestaciones después del funeral de Eisner. En el vacío de poder que siguió, se distribuyeron armas y municiones entre los consejos de obreros y soldados. La noticia de que había estallado una revolución comunista en Hungría impulsó súbitamente a la extrema izquierda a proclamar una República de Consejos en la que el Parlamento sería sustituido por un régimen de tipo soviético.[5] Pero el jefe de la República de Consejos bávara no era ningún Lenin. Había salido una vez más a la palestra la bohemia literaria, representada esta vez por un dramaturgo en vez de un crítico, Ernst Toller. De sólo 25 años, se había hecho famoso como poeta y como autor de obras de teatro. Era más anarquista que socialista, y reclutó para su gobierno a hombres de una mentalidad parecida, entre los que se incluían otro dramaturgo, Erich Mühsam, y un escritor anarquista muy conocido, Gustav Landauer. El gabinete de socialdemócratas de la mayoría de Hoffmann, ante el resuelto apoyo de los consejos de obreros y soldados a lo que el ingenio de Schwabing pronto denominaría «el régimen de los anarquistas de café», huyó a Bamberg, en el norte de Baviera. Toller, por su parte, anunció una reforma total de las artes, mientras su gobierno proclamaba que la Universidad de Munich estaba abierta a todos los que solicitaran el ingreso salvo a los que quisiesen estudiar historia, que quedaba abolida por considerarse contraria a la civilización. Otro ministro

proclamó que se pondría fin al capitalismo emitiendo moneda gratuita. Franz Lipp, el comisario de Asuntos Exteriores, telegrafió a Moscú quejándose de que «el fugitivo Hoffmann se ha llevado con él las llaves del lavabo de mi ministerio», y declaró la guerra a Württemberg y a Suiza «porque esos perros no nos han prestado inmediatamente sesenta locomotoras. Estoy seguro—añadía—de que saldremos vencedores».[6]

Un intento del gobierno de Hoffmann de derrocar a la República de Consejos con una fuerza improvisada de voluntarios fue fácilmente desbaratado por el «ejército rojo» reclutado entre los miembros armados de los consejos de obreros y soldados. Pero murieron veinte hombres en los intercambios de disparos, y la situación ya empezó a hacerse claramente mucho más peligrosa. El mismo día en que se produjo ese enfrentamiento, comunistas organizados por los bolcheviques rusos Max Levien y Eugen Leviné desbancaron súbitamente a los «anarquistas de café». Sin esperar la aprobación del Partido Comunista Alemán, instauraron un régimen bolchevique en Munich y establecieron comunicación con Lenin, que preguntó educadamente si habían conseguido ya nacionalizar los bancos. Levien, que se había visto atrapado accidentalmente en Alemania por el estallido de la guerra en 1914 y había sido reclutado por el Ejército alemán, empezó a detener, siguiendo instrucciones de Lenin, a miembros de la aristocracia y de la alta burguesía como rehenes. Mientras la principal iglesia de Munich se convertía en un templo revolucionario presidido por la «diosa Razón», los comunistas se dedicaron a ampliar e instruir a un ejército rojo que no tardó en contar con 20.000 hombres bien armados y bien pagados. Una serie de proclamaciones anunciaron que Baviera iba a ser la punta de lanza de la bolchevización de Europa; los obreros tenían que recibir instrucción militar y todas las armas en manos privadas tenían que entregarse, castigándose con pena de muerte el no hacerlo.[7]

Todo esto asustó al gobierno de Hoffmann mucho más que el régimen de una semana de duración de los «anarquistas de café». Se alzaba el espectro de un eje de regímenes revolucionarios bolcheviques en Budapest, Munich y posiblemente también en Viena. Los socialdemócratas de la mayoría de Bamberg necesitaban claramente disponer de una fuerza de combate seria. Hoffmann reclutó un ejército de 35.000 soldados de los

Cuerpos Libres al mando del coronel bávaro Franz Ritter von Epp, respaldados por unidades del Ejército regular con el añadido de un tren blindado. Fueron equipados con ametralladoras y otro armamento militar serio. Munich estaba ya sumida en el caos, con una huelga general que paralizaba la producción y con los servicios públicos inmovilizados. Se multiplicaban los robos y saqueos por la ciudad, que pasó, además, a quedar bloqueada por los Cuerpos Libres. No se daría cuartel en absoluto, comunicaron; todo aquel al que se encontrase en la ciudad con armas sería inmediatamente ejecutado. Los consejos de obreros y soldados, aterrados, emitieron un voto de censura contra los comunistas, que tuvieron que dimitir, dejando la ciudad sin gobierno. En esta situación, una unidad del ejército rojo, dominada por el pánico, empezó a tomar represalias fusilando a los rehenes encarcelados en una institución educativa local, el Luitpold Gymnasium. Figuraban entre ellos seis miembros de la Sociedad Thule, una secta antisemita y panalemana fundada hacia el final de la guerra. Adoptando el nombre de la supuesta localización de la máxima pureza «aria», Islandia ('Thule'), hacía uso del símbolo de la cruz gamada «aria» para indicar sus prioridades raciales. Tenía su origen en la Orden Germánica, otra asociación conspiratoria de la extrema derecha de antes de la guerra, y estaba dirigida por el supuesto barón Von Sebottendorf, que era en realidad un falsificador convicto fichado por la policía como Adam Glauer. Pertenecían a ésta varios individuos que habrían de destacar en el Tercer Reich.[8] Se sabía que Arco-Valley, el asesino de Kurt Eisner, había estado intentando ingresar en ella. Los soldados del ejército rojo, en un acto de venganza y de desesperación, seleccionaron a diez de los rehenes, los pusieron delante de un pelotón de fusilamiento y los ejecutaron. Entre los muertos se encontraban el príncipe de Thurn y Taxis, la joven condesa Von Westarp y dos aristócratas más, así como un anciano profesor universitario que había sido detenido por hacer un comentario crítico en público sobre un cartel revolucionario. El resto eran prisioneros de los Cuerpos Libres invasores.

La noticia de estos fusilamientos enfureció desmedidamente a los militares. Cuando penetraron en la ciudad, casi sin oposición, su victoria se convirtió en un baño de sangre. Destacados revolucionarios como Eugen

Leviné fueron detenidos y ejecutados sumariamente. Al anarquista Gustav Landauer lo llevaron a la prisión de Stadelheim, donde los soldados le figuraron la cara con las culatas de los fusiles, le pegaron dos tiros y luego le remataron a patadas en el patio, dejando que su cadáver se pudriera durante dos días allí mismo antes de retirarlo. Una unidad de los Cuerpos Libres, cuyos miembros, borrachos, pasaron por delante de donde se celebraba una reunión de una asociación de artesanos católicos el 6 de mayo, engañados por un informador que les dijo que se trataba de revolucionarios, detuvieron a los reunidos y les llevaron a un sótano próximo, donde les pegaron y acabaron matando a un total de 21, tras lo cual registraron los cadáveres para apoderarse de lo que pudiesen llevar encima de valor. Se aplicó la ley de fugas a muchos más, se mató a algunos denunciados como comunistas, a otros por supuesta posesión de armas, y a unos terceros se les sacó a rastras de las casas desde las que supuestamente se habían efectuado disparos y se les ejecutó en el acto. Hasta los cálculos oficiales dieron un total de 600 muertos a manos de los invasores; observadores no oficiales elevaban la cifra a más del doble.[9] Después del baño de sangre, ni siquiera moderados como los socialdemócratas de Hoffmann, pese a haber ordenado la operación, tuvieron ya demasiadas posibilidades en Munich. Acabó haciéndose cargo del poder un gobierno contrarrevolucionario «blanco» que procedió a procesar a los revolucionarios que quedaban, mientras a los miembros de los Cuerpos Libres, unos cuantos de los cuales habían sido declarados culpables de crímenes atroces, se les aplicaban condenas leves. Munich se convirtió en un hervidero de sectas políticas radicales, pues casi todos los grupos políticos y sociales de la ciudad estaban dominados por el resentimiento, el miedo y el ansia de venganza.[10] El orden público casi se había esfumado.

Todo esto era profundamente inquietante para los oficiales que se enfrentaban ahora a la tarea de reconstruir un ejército regular a partir de las ruinas del viejo. No es nada raro, teniendo en cuenta el hecho de que los consejos de obreros y soldados habían gozado de considerable influencia sobre la tropa, que quienes organizaban el nuevo ejército se preocupasen de que los soldados pudiesen recibir el tipo de adoctrinamiento político adecuado, y que los muchos pequeños grupos políticos que surgiesen en

Munich no planteasen ninguna amenaza al nuevo orden político posrevolucionario. Entre los que fueron enviados a recibir adoctrinamiento político en junio de 1919 figuraba un cabo de 30 años que había estado en el Ejército bávaro desde el principio de la guerra y había continuado en él durante todas las vicisitudes de la socialdemocracia, la anarquía y el comunismo, participando en manifestaciones, llevando un brazalete rojo como el resto de sus camaradas, y había desaparecido de escena, como la mayoría de ellos, en las semanas anteriores, cuando le habían dado orden de defender Munich contra las tropas invasoras. Se llamaba Adolf Hitler.[11]

II

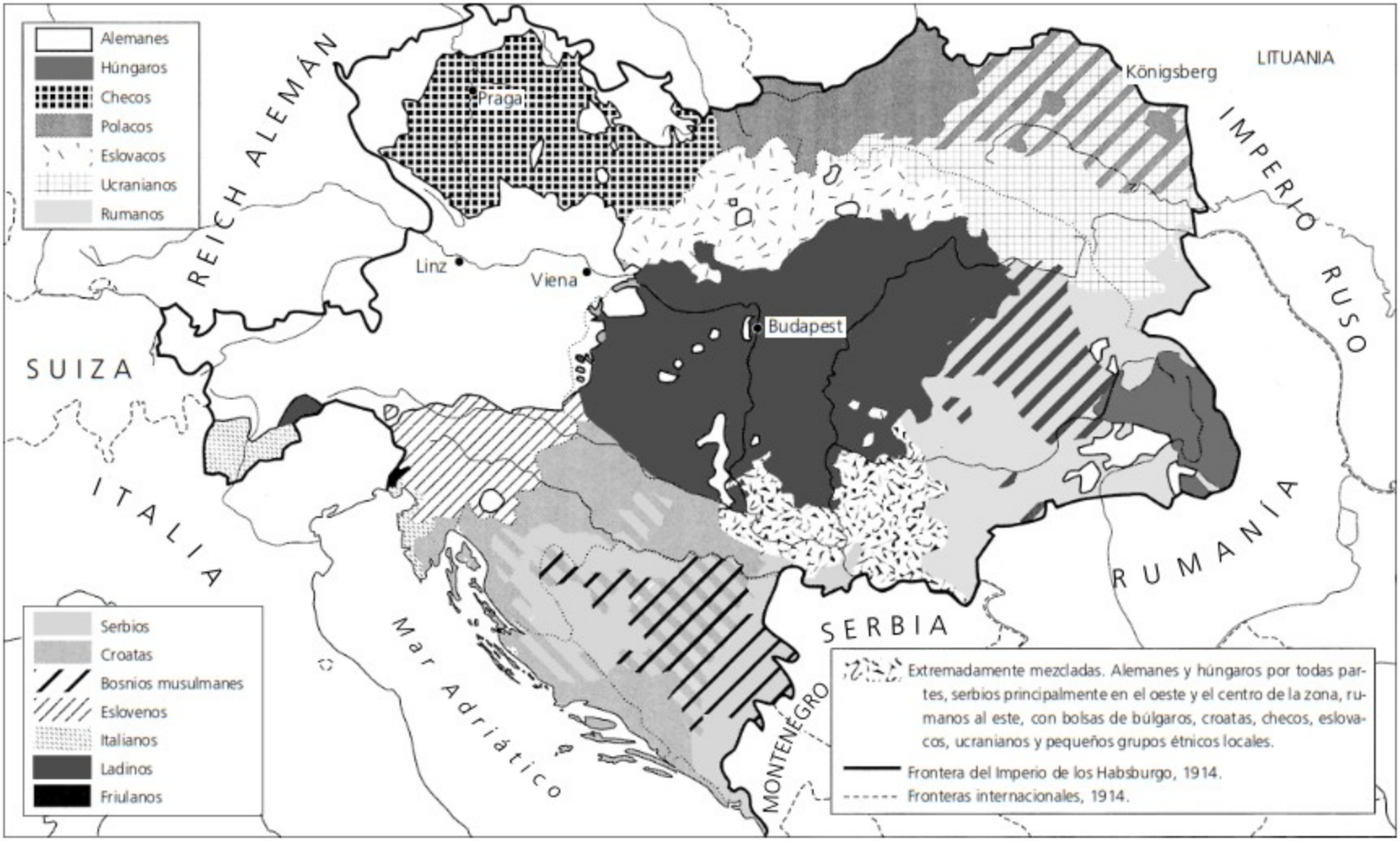
Hitler fue el producto de las circunstancias tanto como de cualquier otra cosa. Si los acontecimientos hubiesen sido distintos, nunca podría haber llegado a adquirir prominencia política. En la época de la Revolución bávara, era un oscuro soldado que no había tenido hasta entonces participación en ningún tipo de actividad política. Nacido el 20 de abril de 1889, era una encarnación viva del concepto étnico y cultural de identidad nacional que defendían los panalemanes; porque no era alemán ni por nacimiento ni por nacionalidad, sino austriaco. Poco se sabe de su infancia, juventud y formación, y mucho de lo que se ha escrito sobre la primera etapa de su vida, tal vez la mayor parte, es sumamente hipotético, distorsionado o fantástico. Sabemos, sin embargo, que su padre, Alois, cambió el apellido que llevaba, que era el de su madre, Maria Schicklgruber, de la que había nacido fuera del matrimonio en 1837, por el de su padrastro, Johann Georg Hiedler o Hitler, en 1876. No hay ninguna prueba de que alguno de los ascendientes de Hitler fuese judío. Johann Georg reconoció libremente como hijo suyo al padre de Hitler. Alois era inspector de aduanas en Braunau del Inn, un funcionario menor pero respetable del gobierno austriaco. Se casó tres veces; Adolf fue el único hijo de su tercer matrimonio que sobrevivió a la infancia aparte de su hermana pequeña Paula. Los «psicohistoriadores» han dado gran importancia a las

posteriores alusiones de Adolf a su padre, frío, duro, rigorista y a veces violento, y a su cálida y muy querida madre, pero sus conclusiones no pueden considerarse más que especulaciones.[12]

Lo que está claro es que la familia de Hitler se movía bastante, pues cambiaron de domicilio varias veces antes de asentarse en 1898 en los arrabales de Linz, la que después Adolf consideraría siempre su ciudad natal. El joven Hitler fue un alumno mediocre en la escuela y no le gustaban sus profesores, pero no parece que destacase por lo demás entre sus condiscípulos. Estaba claro que no servía para la vida regular rutinaria y el trabajo duro del funcionariado, que era lo que su padre tenía previsto para él. Tras el fallecimiento de su padre a principios de 1903 vivió en un piso de Linz, donde estaba al cuidado de su madre, su tía y su hermana pequeña, y soñaba con hacer carrera como pintor, dedicando el tiempo a dibujar, hablar con los amigos, ir a la ópera y leer. Pero en 1907 se produjeron dos acontecimientos que pusieron fin a esta vida ociosa de fantasías. Murió su madre de cáncer de pecho y su solicitud de ingreso en la Academia de Arte de Viena fue rechazada porque no se consideró que sus pinturas y dibujos tuvieran el nivel de calidad adecuado; le iría mejor, le dijeron, como arquitecto. La verdad es que su fuerte era dibujar y pintar edificios. Le impresionaba especialmente la arquitectura pesada, agobiante, opresiva e historicista de los edificios públicos de la Ringstrasse de Viena, construidos como expresiones simbólicas de poder y solidez en una época en que estaban empezando a desmoronarse en realidad los cimientos políticos reales de la monarquía de los Habsburgo.[13] A Hitler los edificios le interesaron desde el principio mismo, principalmente como afirmaciones de poder. Conservó ese interés a lo largo de toda su vida. Pero carecía de la aplicación necesaria para hacerse arquitecto. Intentó de nuevo ingresar en la Academia de Arte y fue rechazado por segunda vez. Decepcionado y sin estímulos emotivos, se trasladó a Viena. Se llevó consigo, con toda probabilidad, dos influencias políticas de Linz. La primera, el panalemanismo de Georg Ritter von Schönerer, cuyos partidarios parece ser que eran especialmente numerosos en la escuela a la que Hitler asistió. Y la segunda era un entusiasmo insaciable por la música de Richard Wagner, a cuyas óperas solía asistir en Linz; le hechizaba su visión romántica de las

leyendas y los mitos germánicos y su descripción de héroes que no conocían el miedo. Armado con estas creencias y confiando en su futuro destino como un gran artista, pasó los cinco años siguientes en la capital austriaca.[14]

La versión que dio posteriormente Hitler de ese periodo le asigna una coherencia retrospectiva que no parece que haya poseído en realidad. Hay, de nuevo, pocas pruebas independientes fidedignas sobre lo que hacía o pensaba. Pero hay unas cuantas cosas que parecen claras. Primero, incapaz de aceptar que había fracasado en su intento de ingresar en la Academia, concibió un odio violento a las convenciones burguesas, al sistema establecido, a normas y regulaciones. En vez de instruirse o incorporarse a algún trabajo regular, vivió una vida bohemia, caótica y ociosa, gastando sus ahorros en ir a las óperas de Wagner. Cuando se le acabó el dinero, se vio obligado a dormir en la calle o en un refugio para vagabundos. Sólo mejoraron un poco las cosas cuando recibió dinero de su tía y empezó a vender pequeños cuadros, copias la mayoría, que le proporcionaban lo necesario para vivir en un albergue masculino, donde alquiló una habitación barata y podía utilizar la biblioteca y la sala de lectura. Estuvo alojado allí tres años, llevando una vida que se emplazaba en los márgenes exteriores de la cultura bohemia.


Alemanes
Húngaros
Checos
Polacos
Eslovacos
Ucranianos
Rumanos
Serbios
Croatas
Bosnios musulmanes
Eslovenos
Italianos
Ladinos
Friulanos
REICH ALEMÁN
Praga
Linz
Viena
Budapest
Königsberg
LITUANIA
IMPERIO RUSO
SUIZA
ITALIA
RUMANIA
SERBIA
MONTENEGRO
Mar Adriático
Extremadamente mezcladas. Alemanes y húngaros por todas partes, serbios principalmente en el oeste y el centro de la zona, rumanos al este, con bolsas de búlgaros, croatas, checos, eslovacos, ucranianos y pequeños grupos étnicos locales.
Frontera del Imperio de los Habsburgo, 1914.
Fronteras internacionales, 1914.

Mapa 6. Nacionalidades en el Imperio de los Habsburgo, 1910.

Las ideas políticas de las que Hitler se había impregnado en Linz se reforzaron cuando se enfrentó con una forma de panalemanismo más directa que la de Schönerer, que tanta influencia había tenido en Linz. Es indiscutible que Hitler destestaba la monarquía de los Habsburgo y su capital, cuyas instituciones le habían negado la posibilidad de realizar sus ambiciones artísticas. Como consecuencia, la exigencia de Schönerer de que las zonas de habla alemana de Austria se incorporasen al Imperio alemán tenía para él un atractivo irresistible. La mezcla racial de Viena le parecía repulsiva; sólo una nación racialmente homogénea podía tener éxito. Pero comprendió que Schönerer era incapaz de ganarse el apoyo de las masas. Eso era, sin embargo, lo que había conseguido el alcalde de Viena, Karl Lueger, cuya demagogia antisemita revelaba, en opinión de Hitler, una auténtica comprensión de los hombres. A Hitler difícilmente pudo pasársele por alto el antisemitismo cotidiano del tipo de periódicos que había disponibles en la sala de lectura del albergue, así como los folletos antisemitas baratos que más tarde explicaría que leyó por entonces. Y su entusiasmo por Wagner, cuyas óperas fue a ver centenares de veces en ese periodo, sólo pudo haber reforzado sus ideas políticas. Prácticamente todos los seguidores de Schönerer, Wagner y Lueger eran antisemitas por entonces, muchos de ellos antisemitas rabiosos además, y no hay ninguna razón por la que Hitler tuviese que ser una excepción. El hecho de que vendiese sus cuadros a comerciantes judíos y pidiese dinero prestado a otros judíos que se hospedaban también en el albergue no significa que no fuese antisemita. Es probable, sin embargo, que su antisemitismo de ese periodo tuviese un carácter abstracto, casi teórico; su odio a los judíos sólo llegó a hacerse visceral y extremado al final de la Primera Guerra Mundial.[15]

Algunas de las páginas más interesantes de la posterior obra autobiográfica de Hitler *Mein Kampf* (*Mi lucha*), describen los sentimientos de emoción que experimentó al ver las manifestaciones de masas socialdemócratas de Viena. El marxismo de los socialdemócratas le parecía aborrecible y consideraba que su propaganda estaba llena de mentiras y calumnias perversas y despreciables. ¿Por qué creían las masas en ella, pues, en vez de creer en las doctrinas de alguien como Schönerer? En su

opinión, todo se debía a que los socialdemócratas eran intolerantes con las ideas ajenas, las reprimían dentro de la clase obrera todo lo que podían, se proyectaban con sencillez y energía y se ganaban a las masas por la fuerza. «La psique de las grandes masas—escribió—no es receptiva a algo que sea débil y esté sentido a medias [...]. Las masas quieren más un comandante que un suplicante». Y añadía: «Conseguí así también darme cuenta de la importancia del terror en el individuo y en las masas [...]. El terror en el lugar de trabajo, en la fábrica, en el lugar de reunión y con ocasión de las manifestaciones de masas tendrá siempre éxito a menos que se le oponga un terror igual». Su conclusión era que los socialdemócratas «mandan a peleles tanto en lo mental como en lo físico. Saben crear la ilusión de que ése es el único medio de preservar la paz, y al mismo tiempo, subrepticia pero firmemente, van conquistando una posición tras otra, a veces mediante el soborno silencioso, a veces mediante un robo directo [...]». Todo esto puede haber sido en cierta medida una racionalización retrospectiva, en la que Hitler proyectase hacia atrás sus sentimientos y objetivos sobre el movimiento de masas de mayor éxito de la Austria de su juventud. Pero es indudable que cualquiera que viviese en Viena antes de 1914 no podía dejar de apreciar el poder que tenían los socialdemócratas sobre las masas, y es razonable suponer que a Hitler le impresionase y que aprendiese de ello aunque rechazase las doctrinas que los socialdemócratas difundían.[16]

Pero la lección política más importante de su época de Viena tal vez fuese un profundo desdén hacia el Estado y las leyes. No hay ninguna razón para dudar de su afirmación posterior de que, como seguidor de Schönerer, consideraba que la monarquía de los Habsburgo era la opresora de la raza germánica, que la había obligado a mezclarse con otras y le había negado la posibilidad de unirse con los alemanes en el Reich. «Si la propia especie corre el peligro de verse oprimida o totalmente eliminada—escribió—la cuestión de la legalidad queda reducida a una norma subordinada». La autopreservación racial era un principio superior a la legalidad, que muchas veces podía no ser más que un disfraz de la tiranía. En esa lucha estaban justificados todos los medios. Además, el «Estado podrido» de los Habsburgo se hallaba totalmente dominado por el parlamentarismo, un sistema político hacia el que Hitler contrajo un desprecio perdurable en el

mucho tiempo que pasó presenciando desde la galería del público las sesiones del Parlamento austriaco, donde partidos de nacionalidades rivales se gritaban unos a otros, cada uno en su propio idioma, sin dejar que se pudiese hacer nada de provecho. Concibió allí un odio especial a los checos, que eran especialmente díscolos. Era un error de Schönerer intentar alcanzar su objetivo a través del Parlamento, pensó. Y la conclusión a la que llegó fue que sólo un caudillo fuerte directamente elegido por el pueblo podía llegar a conseguir hacer algo.[17]

Pero no hay ningún indicio de que Hitler pensase que ese caudillo pudiese ser él mismo antes de 1914, ni en realidad de que se llegase a plantear siquiera una actividad política. Seguía acariciando, en realidad, la idea de convertirse en un artista. Alivió un tanto la abyecta miseria económica a la que su incapacidad para satisfacer esa ambición le había conducido el pago de un legado del testamento de su padre que recibió a los 24 años de edad, el 20 de abril de 1913. Liquidó entonces sus asuntos en Viena y partió hacia Alemania, dando así expresión práctica al panalemanismo de Schönerer. Más tarde describiría, con toda la apariencia de autenticidad, lo feliz que se sintió cuando se trasladó a Munich, dejando atrás el pintoresco cosmopolitismo racial, para él repulsivo, de la capital austriaca y la atmósfera de decadencia y confusión política que caracterizaba al régimen de los Habsburgo. Era un sistema político por el que creía que no valía la pena luchar, y una de las razones principales de que se fuese era la de eludir el servicio militar, al que no tardaría en tener que incorporarse. Ahora estaba en Alemania, se sentía en casa.

Alquiló una habitación en un extremo del barrio de Schwabing y reanudó el tipo de vida que había llevado en Viena, copiando postales de edificios famosos de Munich a la acuarela y vendiendo los suficientes para vivir frugalmente. Como otros bohemios de Schwabing, pasaba mucho tiempo en cafés y cervecerías, pero no estaba integrado ni en el mundo bohemio auténtico ni tampoco en el de la sociedad respetable, pues mientras hombres como Eisner, Toller, Landauer o Mühsam participaban activamente en el teatro, discutían utopías anarquistas o se hacían famosos como poetas o escritores, Hitler prosiguió su existencia anterior sin rumbo, y no hizo ninguna tentativa de adquirir en Munich la formación artística que

se le había negado en Viena. Y mientras el arte oficial establecido se mantenía vedado para él, la vanguardia antioficial que tanta emoción generaba en los cafés más de moda de Schwabing, con pintores como Vasily Kandinsky, Paul Klee, Franz Marc, August Macke y el grupo del Jinete Azul, rompía con las convenciones y se adentraba en el expresionismo y la abstracción. A Hitler la vanguardia sólo le inspiraba repugnancia e incomprensión. Su propia práctica del arte se limitaba a laboriosas reproducciones sin vida de edificios; sus gustos propios en arte nunca fueron más allá del tipo de representaciones convencionales inspiradas en lo clásico, que eran lo habitual en aquella Academia de Viena en la que tanto había deseado ingresar.[18] Pero lo que Hitler compartía con los bohemios de Schwabing era un íntimo desprecio por las normas y convenciones burguesas y la esencia de que el arte podía cambiar el mundo.

A Hitler le salvó de su existencia como bohemio de los márgenes de la vida cultural el estallido de la Primera Guerra Mundial. Existe una fotografía de él entre la multitud que se reunió en el centro de Munich el 2 de agosto para celebrar la declaración de guerra, con la cara resplandeciente de emoción. Tres días después se alistó como voluntario en el Ejército bávaro. En el caos y la confusión de los primeros días de la guerra, cuando un gran número de hombres se enrolaban como voluntarios, nadie parece que pensase en comprobar si era o no ciudadano alemán. Se alistó el 16 de agosto y lo enviaron casi inmediatamente al frente occidental. Eso fue, escribiría más tarde, una «liberación de los dolorosos sentimientos de mi juventud». Por primera vez tenía una misión en la que podía creer y que podía cumplir, un grupo muy unido de camaradas con los que podía identificarse. Su corazón «rebosaba de alegría orgullosa» ante el hecho de que ahora estaba luchando por Alemania.[19] Durante los cuatro años siguientes permaneció con su regimiento, en el que hizo de correo, consiguió el ascenso a cabo y obtuvo dos condecoraciones por su valor, la segunda de ellas la Cruz de Hierro, de Primera Clase, gracias, irónicamente, a la recomendación de un oficial judío. Poco después fue víctima de un ataque de gases asfixiantes, un hecho frecuente en ambos bandos en las últimas etapas de la guerra. Temporalmente privado de la vista, lo enviaron

a recuperarse a un hospital militar de Pasewalk, en Pomerania, al nordeste de Alemania. Allí fue donde se enteró a su debido tiempo de la derrota alemana, el armistico y la revolución.[20]

Hitler describió esto en *Mi lucha* como «la mayor villanía del siglo», la negación de todas sus esperanzas, algo que convertía en inútiles todos sus sacrificios. Cuando le contaron la noticia, «todo se puso negro ante mis ojos», regresó tambaleante a su dormitorio y lloró. No hay ningún motivo para dudar que fuese un trauma terrible para él. El recuerdo de 1918 habría de tener una importancia básica en todo su pensamiento posterior y en su actuación. ¿Cómo había sucedido aquel desastre? Hitler, buscando una explicación, se aferró con avidez a la historia de «la puñalada por la espalda», que se estaba propagando rápidamente. Los judíos, a los que él ya miraba con recelo y disgusto, debían de haber sido los culpables, pensó. Todas las ideas y prejuicios incipientes y confusos que había ido recolectando de Schönerer, Lueger, Wagner y demás encajaban ahora en un esquema coherente, claro y totalmente paranoico. Consideraba la propaganda una vez más el instrumento político primordial: propaganda de guerra del enemigo socavando la voluntad de Alemania desde fuera, propaganda judía, socialista, difundiendo la duda y el derrotismo desde el interior. La propaganda, aprendió en la contemplación del desastre, debe ir dirigida siempre a las masas:

> Toda propaganda debe ser popular y su nivel intelectual debe ajustarse a la inteligencia más limitada que haya entre aquellos a los que se dirige. En consecuencia, cuanto mayor sea la masa a la que se pretende llegar, más bajo habrá de ser el nivel intelectual que deberá tener [...]. La receptividad de las grandes masas es muy limitada, su inteligencia es pequeña, pero su capacidad de olvido es enorme. Como consecuencia de estos hechos, toda propaganda efectiva debe limitarse a muy pocos puntos y debe insistir sobre ellos por medio de consignas hasta que el último miembro del público comprenda lo que quieres que comprenda con tu consigna.

Y había que apelar a las emociones más que a la razón, porque: «La gente, en su aplastante mayoría, es tan femenina por su naturaleza y actitud que el razonamiento sobrio determina sus pensamientos y acciones en mucha menor medida que la emoción y el sentimiento». Finalmente, la propaganda tenía que ser continuada e invariable en su mensaje. Nunca debería admitir ni una sombra de duda en sus afirmaciones, ni atribuir la más leve sombra de razón a las afirmaciones de la otra parte.[21]

Armado con estas ideas (o tal vez al principio con versiones más rudimentarias de ellas), Hitler obedeció las órdenes de su oficial superior y pasó por los cursos de instrucción de junio de 1919 que lo lanzaron a su carrera política. Era el momento adecuado. Munich era un mundo que, en opinión de muchos conservadores, estaba patas arriba, y era el momento de ponerlo otra vez en su sitio. Donde Prusia había fracasado, Baviera podría mostrar el camino. Todo el lenguaje de la política de Munich después del derrocamiento del régimen comunista estaba empapado de consignas nacionalistas, frases antisemitas, palabras clave reaccionarias que casi invitaban a la expresión rabiosa del sentimiento contrarrevolucionario. Hitler habría de demostrar una capacidad excepcional para dominar sus cadencias y movilizar las imágenes estereotípicas de los enemigos del orden en un lenguaje de un extremismo emotivo y violento.[22]

III

Los cursos a los que Hitler asistió estaban destinados a desarraigar los restos de sentimientos socialistas que los soldados del Ejército regular bávaro pudiesen conservar y a adoctrinarlos con las creencias de la extrema derecha. Entre los profesores figuraban Karl Alexander von Müller, un profesor de historia conservador de Munich, y el teórico de la economía panalemán Gottfried Feder, que aplicó un barniz antisemita a las cuestiones económicas acusando a los judíos de destruir, con el uso improductivo del capital, los medios de ganarse la vida de los laboriosos «arios». Hitler se empapó de las ideas de estos hombres con tanta rapidez que fue seleccionado por sus superiores y enviado, en calidad de instructor, a impartir un curso similar en agosto de 1919. Y descubrió entonces por primera vez que poseía talento para hablar ante un público numeroso. Los comentarios de los que asistieron a sus clases mencionaban con admiración su capacidad para comunicarse con hombres corrientes y sencillos. También comentaban la vehemencia de su antisemitismo. En una carta escrita el 16 de septiembre Hitler exponía sus creencias sobre los judíos. Los judíos, escribía, en una metáfora biológica del tipo de aquellas a las que habría de recurrir en muchos discursos y escritos posteriores, provocaban «la

tuberculosis racial de los pueblos». Rechazaba el «antisemitismo apoyado en bases puramente emotivas» que conducía a pogromos, en favor de un «antisemitismo de la razón», que tenía que concentrarse en «combatir y eliminar los privilegios de los judíos de una forma planificada y a través de las leyes». «Su objetivo final debe ser inquebrantablemente la extirpación completa de los propios judíos».[23]

En la atmósfera rabiosamente vengativa y ultranacionalista de los meses que siguieron a la violenta represión de la revolución de Munich por los Cuerpos Libres, estos sentimientos no eran algo excepcional ni mucho menos. Hitler se había convertido por entonces en un agente político de confianza del Ejército, y había sido enviado como tal a investigar a un grupo político de los muchos que habían surgido en Munich en aquel periodo, para comprobar si era peligroso o si podía reclutarse para la causa de la contrarrevolución. Este grupo era el Partido Obrero Alemán, fundado el 5 de enero de 1919 por un tal Anton Drexler, un cerrajero que había pertenecido anteriormente al Partido de la Patria. Drexler insistió en que él era un socialista y un trabajador, se oponía al capital no ganado, a la explotación y a la especulación. Pero se trataba de socialismo con un giro nacionalista. Drexler atribuía los males que combatía a las maquinaciones de los judíos, que habían ideado también la perniciosa ideología del bolchevismo. Dirigía su llamamiento no a los obreros de la industria, sino a los «estamentos productivos», a todos aquellos que vivían de un trabajo honrado.[24] A corto plazo se refería a las clases medias bajas, pero el partido de Drexler a largo plazo pretendía también apartar a la clase obrera del marxismo y ponerla al servicio de la causa panalemana, siguiendo una tradición que se remontaba al movimiento socialcristiano de Adolf Stöcker de la década de 1880, y que recordaba muchas iniciativas nacionalistas similares de Alemania y de Austria de antes y, sobre todo, de después de la guerra.

Aquel partido en ciernes era, en realidad, otra creación de la hiperactiva Sociedad Thule. Ni Drexler ni su pequeño partido tenían nada de insólito en aquel invernadero de la extrema derecha en que se había convertido Munich tras la derrota de la revolución. Lo insólito fue la atención que despertó Hitler cuando asistió a una reunión del partido el 12

de septiembre de 1919 y habló con pasión desde los asientos del público contra un orador que había abogado por la separación de Baviera del Reich. Drexler, impresionado, dio su conformidad cuando Hitler, siguiendo una vez más órdenes de sus superiores del Ejército, solicitó el ingreso en el partido. Aunque diría más tarde que había sido el séptimo que había ingresado en el grupo, se inscribió en realidad como el miembro número 555. Esto era menos impresionante de lo que parecía: siguiendo una costumbre establecida hacía mucho entre los grupos políticos marginales, no se empezaba a contar a los miembros por el número 1 sino por el 501, para aparentar que había centenares de miembros y no eran sólo unos pocos.[25]

Hitler, siguiendo aún instrucciones de sus superiores del Ejército, no tardó en convertirse en el orador estrella del partido. Y consiguió afianzar su éxito e impulsar al partido a celebrar mítines públicos cada vez mayores, sobre todo en cervecerías, anunciados previamente con campañas de carteles chillones, y acompañados a menudo de incidentes y peleas. A finales de marzo de 1920 Hitler, indispensable ya para el partido, había decidido claramente que era allí donde estaba su futuro. La demagogia le había devuelto la identidad que había perdido con la derrota alemana. Dejó el Ejército y se convirtió en agitador político a jornada completa. Era evidente el eco que hallaba el antisemitismo político en el Munich contrarrevolucionario, y que había explotado ya una organización mucho mayor de ideas similares, la Liga Racial Alemana de Defensa y Desafío. Se trataba de otro grupo más de la extrema derecha que utilizaba la cruz gamada como principal símbolo político. La Liga tenía su cuartel general en Hamburgo y se ufanaba de contar con 200.000 miembros en toda Alemania, que eran sobre todo ex miembros del Partido de la Patria, ex soldados descontentos y estudiantes de tendencia nacionalista, maestros, oficinistas y empleados. Contaba con una excelente maquinaria de propaganda que lanzaba millones de panfletos y organizaba actos públicos en que los asistentes se contaban por miles en vez de los pocos centenares que era capaz de reunir el grupo de Drexler.[26] La Liga no era ni mucho menos el único movimiento de extrema derecha de este tipo; otro de ellos, bastante más pequeño, dirigido por el ingeniero Alfred Brunner, el Partido Socialista

Alemán, tenía también delegaciones en una serie de ciudades alemanas, aunque sólo contaba con una décima parte de los miembros de la Liga. Pero ninguno de ellos tenía un orador cuya fuerza de atracción pudiera compararse con la de Hitler.[27]

Mientras que los políticos de derechas convencionales impartían lecciones o hablaban con un estilo que era grandilocuente y pomposo, o plano e insulso, o áspero y tosco, Hitler seguía el modelo de oradores socialdemócratas como Eisner o de los agitadores de izquierdas, de los que más tarde diría que había aprendido mucho en Viena. Y consiguió gran parte de su éxito oratorio diciéndole a su público lo que éste quería oír. Utilizaba un lenguaje sencillo y directo que la gente corriente podía entender, frases cortas, lemas potentes y emotivos. Solía empezar reposadamente, para captar la atención del público, y luego iba subiendo de forma gradual hasta alcanzar un clímax; su voz profunda, más bien ronca, elevaba el tono, remontándose en un *crescendo* hasta llegar a un *finale* furioso y aullante, acompañado de gestos dramáticos cuidadosamente ensayados, con el rostro resplandeciente de sudor, el cabello lacio y oscuro cayendo sobre el rostro mientras arrastraba al público a un frenesí de emoción. No había matizaciones en lo que decía; todo era absoluto, intransigente, irrevocable, unidireccional, inalterable, definitivo. Daba la sensación, como testimoniaron muchos de los que escucharon sus primeros discursos, de que hablaba directamente desde el corazón, y de que expresaba sus deseos y temores más profundos. Transmitía también, cada vez más, la impresión de seguridad en sí mismo, de energía y dinamismo, de fe en el triunfo final de su partido, incluso de un sentimiento de predestinación. Sus discursos solían empezar con una descripción de la etapa inicial de su propia vida asolada por la pobreza, estableciendo un paralelismo implícito entre ella y el estado abatido, oprimido y desesperado de Alemania después de la Primera Guerra Mundial; luego, elevando la voz, describía su propio despertar político e indicaba cómo se correspondía con la recuperación futura de Alemania y de su gloria. Sin necesidad de utilizar un lenguaje abiertamente religioso, Hitler apelaba a arquetipos religiosos de

sufrimiento, humillación, redención y resurrección profundamente arraigados en la psique de sus oyentes, y que hallaban eco propicio en las circunstancias de la Baviera de la posguerra y la posrevolución.[28]

Los discursos de Hitler reducían los complejos problemas políticos, sociales y económicos de Alemania a un sencillo común denominador: las perversas maquinaciones de los judíos. En *Mi lucha*, describiendo cómo, en su opinión, los subversivos judíos habían socavado el esfuerzo bélico alemán en 1918, proclamó:

> Si al principio de la guerra y durante ella, a doce o quince mil de esos hebreos corruptores del pueblo se les hubiesen aplicado gases asfixiantes, como les sucedió a cientos de miles de nuestros mejores trabajadores alemanes en el frente, el sacrificio de millones en la guerra no habría sido en vano. Todo lo contrario: doce mil bribones eliminados a tiempo podrían haber salvado la vida de un millón de verdaderos alemanes, valiosos para el futuro. Pero sucedió simplemente que se correspondía con la línea del «arte de gobernar» burgués el someter sin parpadear a millones a un final sangriento en el campo de batalla, pero, en cambio, considerar a diez o doce mil traidores, especuladores, usureros y estafadores como un sagrado tesoro nacional y proclamar abiertamente su inviolabilidad.[29]

Este radicalismo intransigente proporcionó a los mítines de Hitler un fervor revivalista que a políticos menos demagógicos les resultaba difícil emular. La publicidad que conseguía se realzaba con la táctica de anunciarlos con carteles rojos, para atraer a la izquierda, con el resultado de que las protestas de los oyentes solían degenerar en tumultos y peleas.

En la atmósfera posbélica de contrarrevolución, cavilaciones nacionalistas sobre la «puñalada por la espalda» y obsesión con los especuladores y los que comerciaban con una hiperinflación en acelerado crecimiento, Hitler se concentró especialmente en ataques incendiarios a los comerciantes «judíos» que presuntamente estaban subiendo el precio de los artículos: deberían ser, decía, con gritos de aprobación del público, ahorcados todos ellos.[30] Tal vez para resaltar ese tono anticapitalista y alinearse con grupos similares de Austria y Checoslovaquia, el partido cambió de nombre en febrero de 1920, pasando a llamarse Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán; comentaristas hostiles no tardaron en abreviarlo con en la palabra «nazi», exactamente igual que los enemigos de los socialdemócratas habían abreviado antes el nombre de su partido en «sozi». Pero, a pesar del cambio de nombre, sería un error considerar el nazismo una forma del socialismo o un vástago de éste. Aunque, como han

señalado algunos, utilizase muchas veces una retórica igualitaria, insistiese en que era imprescindible poner las necesidades comunes por encima de las necesidades del individuo, y se declarase a menudo opuesto a la gran empresa y al capital financiero internacional. El antisemitismo fue calificado también en una frase célebre como «el socialismo de los tontos». Pero Hitler se declaró desde el principio implacablemente opuesto a la socialdemocracia e, inicialmente en mucho menor grado, al comunismo: después de todo, los «traidores de noviembre» no habían sido los comunistas, sino los socialdemócratas y sus aliados.[31]

Los «nacionalsocialistas» querían acabar con todas las divisiones de la izquierda y de la derecha con las que los judíos habían manipulado, según ellos, a la nación alemana. La base de esto debía ser la idea de la raza. Esto se hallaba a años luz de la ideología del socialismo, basada en la clase. El nazismo era en algunos sentidos, respecto al socialismo, una contraideología extrema, que tomaba prestado de su retórica desde su autoimagen como un movimiento más que un partido, a su tan pregonado desprecio por las convenciones burguesas y la mojigatería conservadora. La idea de un «partido» sugería fidelidad a la democracia parlamentaria, trabajar constantemente dentro de un régimen político democrático asentado. Pero en general Hitler y sus seguidores preferían hablar, en los discursos y en la propaganda, del «movimiento nacionalsocialista», lo mismo que los socialdemócratas habían hablado del «movimiento de los trabajadores» o, incluso, las feministas del «movimiento de las mujeres» y los apóstoles de la rebelión de los adolescentes de antes de la guerra del «movimiento de la juventud». El término no sólo sugería dinamismo y un avance incesante, sino que afirmaba, más que insinuaba, la existencia de un objetivo final, una meta definitiva hacia la que avanzar que era más grande y absoluta que los compromisos sin fin de la política convencional. Al presentarse como un «movimiento», el nacionalsocialismo proclamaba, como el movimiento obrero, su oposición a la política convencional y su intención de subvertir y, en último término, derrocar el sistema dentro del cual se veía obligado inicialmente a actuar.

Al sustituir clase por raza, y la dictadura del proletariado por la dictadura de un caudillo, el nazismo invertía los términos habituales de la ideología socialista. La síntesis de derecha e izquierda estaba claramente simbolizada en la bandera oficial del partido, diseñada personalmente por Hitler a mediados de 1920: el campo era de un rojo brillante, el color del socialismo, con la cruz gamada, el emblema del nacionalismo racista, perfilada en negro en medio de un círculo blanco en el centro de la bandera, de manera que todo el conjunto constituyese una combinación de negro, blanco y rojo, los colores de la bandera oficial del Imperio bismarckiano. Esto, después de la revolución de 1918, vino a simbolizar el rechazo de la República de Weimar y todo lo que representaba, pero al cambiar el diseño y añadir la cruz gamada, un símbolo utilizado ya por diversos movimientos racistas de extrema derecha y por las unidades de Cuerpos Libres en el periodo de posguerra, los nazis proclamaban también que lo que querían que la sustituyese era un nuevo Estado racial panalemán, no el viejo *statu quo* guillermino.[32]

A finales de 1920 la insistencia inicial de Hitler en el ataque al capitalismo judío se había modificado para introducir el «marxismo», o, en otras palabras, la socialdemocracia, y también el bolchevismo. Las crueldades de la guerra civil y el «terror rojo» de la Rusia de Lenin estaban teniendo gran repercusión, y Hitler podía utilizarlas para dar mayor realce a las ideas que compartía la extrema derecha de que había una supuesta inspiración judía tras los levantamientos revolucionarios de 1918-1919 de Munich. Pero el nazismo también habría sido posible sin la amenaza comunista; el antibolchevismo de Hitler era producto de su antisemitismo y no a la inversa.[33] Sus principales objetivos políticos seguían siendo los socialdemócratas y el espectro más impreciso del «capitalismo judío». Tomando prestados los argumentos habituales del antisemitismo de antes de la guerra, Hitler proclamó en numerosos discursos que los judíos eran una raza de parásitos que sólo podía vivir subvirtiendo a otros pueblos, sobre todo a la más elevada y mejor de todas las razas, los arios. Por eso los dividían y los enfrentaban entre ellos, organizando la explotación capitalista, por un lado, y dirigiendo la lucha contra ella, por otro.[34] Los judíos, decía en un discurso pronunciado el 6 de abril de 1920, debían «ser

exterminados»; el 7 de agosto de ese mismo año dijo a su público que no debían creer «que vais a poder combatir una enfermedad sin matar la causa, sin aniquilar el bacilo, y no creáis que podéis combatir la tuberculosis racial si no os esforzáis por que la gente deje de estar expuesta a la causa de la tuberculosis racial». Aniquilación significaba la eliminación violenta de los judíos de Alemania por cualquier medio. La «solución de la cuestión judía», dijo a sus oyentes en abril de 1921, sólo era posible por la «fuerza bruta». «Sabemos—dijo en enero de 1923—que si ellos llegan al poder, nuestras cabezas rodarán por el polvo, pero sabemos también que cuando alcancemos el poder:"¡Que Dios tenga piedad de vosotros entonces!"».[35]

EL «PUTSCH» DE LA CERVECERÍA

I

Al final de la Primera Guerra Mundial, el general Erich Ludendorff, dictador militar durante los aproximadamente dos últimos meses del conflicto, consideró prudente retirarse de la escena política por un tiempo. Depuesto del cargo el 25 de octubre de 1918 tras un agrio enfrentamiento con el último gobierno liberal recién nombrado del káiser, permaneció durante un tiempo en Berlín y luego, protegido por unas gafas oscuras y unas patillas falsas, cruzó el Báltico y esperó en Suecia a que cesara la revolución. En febrero de 1919 pensó, evidentemente, que ya había pasado lo peor y regresó a Alemania. Tal era el prestigio que había conseguido en la guerra que se convirtió rápidamente en el mascarón de proa de la derecha radical. Anexionista panalemán en 1914-1918, y furibundo adversario del acuerdo de paz, empezó inmediatamente a conspirar para derrocar el nuevo orden republicano. Reunió en torno suyo a un grupo de antiguos ayudantes, prestó su apoyo al efímero *putsch* que organizó contra el gobierno de Berlín Wolfgang Kapp con los Cuerpos Libres en marzo de 1920 y, cuando éste fracasó, buscó la atmósfera más propicia de Munich. No tardaría en entrar en contacto allí con el círculo ultranacionalista que se había agrupado por entonces en torno a un personaje anteriormente desconocido, Adolf Hitler.[36]

Cuando por fin se conocieron, Hitler contaba ya con los primeros miembros del devoto grupo de entusiastas que serían elementos clave, desempeñando una función u otra, en el crecimiento del Partido Nazi y en la edificación del Tercer Reich. El más devoto de todos ellos era el estudiante Rudolf Hess, uno de los alumnos del teórico de la geopolítica Karl Haushofer de la Universidad de Munich. Era hijo de un hombre de negocios autoritario que se había negado a permitirle estudiar antes de la guerra, y parecía estar buscando un caudillo fuerte al que pudiera vincularse

incondicionalmente. Como una serie de nazis destacados posteriores, procedía del exterior del Reich alemán: había nacido en Alejandría en 1894. El servicio en la guerra, que terminó como teniente de aviación, le proporcionó un tipo de autoridad a la que obedecer, y estudiar con Haushofer le proporcionó otro. Ninguno de ellos le dio lo que en realidad quería, ni tampoco lo encontró en los Cuerpos Libres ni en la Sociedad Thule, de la que se había hecho también miembro. Acabaría proporcionándoselo Hitler, al que conoció en 1920. Una pasión compartida era el antisemitismo: Hess denunció a la «pandilla de judíos» que creía que habían traicionado a Alemania en 1918, e incluso antes de conocer a Hitler dirigió expediciones a los barrios obreros de Munich para deslizar por debajo de las puertas de los pisos de los trabajadores miles de panfletos antisemitas.[37] A partir de entonces, Hess dirigió toda la fuerza de su culto al héroe hacia Hitler. Ingenuo, idealista, sin codicia ni ambiciones personales y, según Haushofer, no demasiado inteligente, Hess tenía una tendencia a creer en doctrinas místicas e irracionales como la astrología; su devoción perruna a Hitler era casi religiosa en su fervor; lo consideraba una especie de mesías. A partir de entonces, sería un esclavo silencioso y pasivo que bebía las palabras de su amo en la reunión habitual en el Café Heck, e iría asumiendo gradualmente gran parte de la carga del trabajo rutinario que Hitler tanto odiaba y que procuraba quitarse de encima. Explicó además a Hitler una versión refinada de la teoría panalemana del «espacio vital» (*Lebensraum*), con la que Haushofer justificaba el derecho de Alemania a conquistar Europa oriental, y que el novelista Hans Grimm popularizó con su éxito de ventas *Volk ohne Raum* («Raza sin espacio») en 1926.[38]

Útil para Hitler en otro sentido fue el malogrado poeta y dramaturgo racista Dietrich Eckart, antiguo estudiante de medicina. Eckart participaba ya activamente en los círculos de extrema derecha en diciembre de 1918, cuando empezó a publicar un semanario político, *Auf Gut Deutsch* («En claro alemán»), con respaldo de una serie de hombres de negocios bávaros y también del fondo político del Ejército. Eckart echaba la culpa de que no pudiese estrenar sus obras de teatro a la existencia, según él, de una dominación judía de la cultura. Mantenía relaciones personales con otros racistas y partidarios de la supremacía «aria» como Houston Stewart

Chamberlain, cuya obra contribuyó mucho a popularizar. Como muchos antisemitas, definía como «judío» a cualquiera que fuese «subversivo» o «materialista», incluidos, entre otros, Lenin y el káiser Guillermo II. Bien relacionado y rico, Eckart, como Hess, era miembro de la Sociedad Thule y recaudó fondos entre sus amistades y del Ejército para que el Partido Nazi pudiera comprar el moribundo periódico de la Sociedad, el *Völkischer Beobachter* («Observador racial»), en diciembre de 1920. Se convirtió él mismo en director, aportando una experiencia periodística muy necesaria a sus dos ediciones por semana, que amplió convirtiéndolo en diario a principios de 1923. Más tarde, sin embargo, su relativa independencia y su actitud un tanto paternalista con Hitler provocaron un enfriamiento de las relaciones entre ellos, y fue despedido como director del periódico en marzo de 1923, muriendo poco después, ese mismo año.[39]

Dos compañeros de la Sociedad Thule a los que Eckart llevó también al partido servirían, sin embargo, más fielmente a Hitler y durante bastante más tiempo. El primero de ellos fue el arquitecto alemán báltico Alfred Rosenberg. Acabaría siendo otro nazi destacado de fuera del Reich, pues había nacido en Reval, Estonia, en 1893. Había tenido que huir de la Revolución rusa, lo que había hecho nacer en él un odio intenso hacia el bolchevismo, había llegado a Munich al final de la guerra y había empezado a colaborar allí en la pequeña revista de Eckart. Se había convertido ya en antisemita antes de 1914, después de leer la obra de Houston Stewart Chamberlain a los 16 años de edad. Entusiasta de la falsificación de la policía zarista *Los protocolos de los ancianos de Sión*, que decía aportar pruebas de un complot internacional judío para subvertir la civilización, Rosenberg leyó también a Gobineau y a Nietzsche, y después de la guerra escribió polémicos ensayos en los que atacaba a los judíos y a los masones. Su principal deseo era que lo tomasen en serio como intelectual y teórico de la cultura. En 1930 habría de publicar su *magnum opus*, titulada *El mito del siglo XX* en homenaje a la obra principal de su ídolo, Houston Stewart Chamberlain. Con aquél se proponía proporcionar al Partido Nazi una obra teórica importante. El libro llevaba vendidos un millón de ejemplares en 1945 y algunas de sus ideas llegaron a tener cierta influencia. Pero el propio Hitler aseguraba que nunca había llegado a leer más que una pequeña parte

de éste y le desagradaba lo que en su opinión era un tono pseudorreligioso, y lo más probable es que sólo un puñado de sus lectores más entusiastas consiguiesen abrirse camino a través de sus hectáreas de túrgida prosa y llegar al final. De todos modos, fue probablemente Rosenberg más que ningún otro el que, en sus frecuentes conversaciones en los cafés de Munich, dirigió la atención de Hitler hacia la amenaza del comunismo y su supuesto origen en una conspiración judía, y le alertó de la, según él, frágil naturaleza del régimen de la Rusia soviética. A través de Rosenberg penetró en la ideología nazi a principios de la década de 1920 el antisemitismo ruso, con su teoría extrema de la conspiración y su impulso exterminador. El «judeobolchevismo» pasó a convertirse en un objetivo importante del odio de Hitler.[40]

El otro hombre al que Eckart llevó al Partido Nazi fue Hans Frank. Nacido en Karlsruhe en 1900, era hijo de un abogado y había seguido inicialmente los pasos de su padre. Cuando era aún un estudiante de Derecho, en 1919, ingresó en la Sociedad Thule y sirvió en los Cuerpos Libres de Epp en el ataque a Munich. Cayó enseguida bajo el hechizo de Hitler, aunque nunca llegó a pertenecer al círculo íntimo. Al oírle hablar en enero de 1920, sintió, como muchos otros, que las palabras de Hitler salían directamente del corazón: «Formuló lo que estaba en la conciencia de todos los presentes», diría más tarde. A lo largo de su vida estuvo fascinado por la pornografía de la violencia: admiraba a los hombres de acción brutales, y utilizaba a menudo el lenguaje de la violencia con una franqueza y una agresividad que no era capaz de igualar ningún otro nazi destacado, en un intento de parecerse a ellos; pero su formación jurídica y sus antecedentes le habían inculcado una fe residual en el derecho que a veces se compaginaba mal con su tendencia al lenguaje grosero y su defensa de acciones asesinas. Se licenció en Derecho, doctorándose en 1924, y su experiencia jurídica, aunque limitada, habría de resultarle extremadamente útil al partido. Hasta 1933 lo representó en más de 2.400 procesos emprendidos contra sus miembros, normalmente por actos de violencia de un género u otro. Poco después de que defendiese a unos matones nazis en un juicio por primera vez, un abogado veterano que había sido profesor

suyo dijo: «¡Te ruego que dejes en paz a esa gente! ¡No saldrá nada bueno de ella! ¡Los movimientos políticos que empiezan en los tribunales de justicia acaban siempre en los tribunales de justicia!».[41]

Por la época en que estos hombres y muchos más como ellos se habían convertido en miembros del Partido Nazi, este movimiento en ciernes tenía un programa oficial, redactado por Hitler y Drexler con un poco de ayuda del «economista racial» Gottfried Feder, y aprobado el 24 de febrero de 1920. Entre sus 25 puntos figuraba la exigencia de «la unión de todos los alemanes en una Gran Alemania», la revocación de los tratados de paz de 1919, «tierra y territorio [colonias] para alimentar a nuestro pueblo», la prohibición de la «inmigración no alemana» y la pena de muerte para «delincuentes comunes, usureros, especuladores, etc.». A los judíos se les debían negar los derechos civiles, había que inscribirlos como extranjeros y debía prohibírseles poseer periódicos alemanes y escribir para ellos. Se añadía un elemento pseudosocialista con la petición de que se aboliesen los ingresos no ganados, se confiscasen los beneficios de guerra, se nacionalizasen los *trusts* mercantiles y se introdujese una participación en los beneficios. El programa concluía con la petición de que se crease «un poder estatal central fuerte para el Reich y la sustitución efectiva de los parlamentos de los estados federales por corporaciones basadas en el estamento y la ocupación».[42] Era un documento típico de la extrema derecha de la época. No significaba gran cosa en la práctica y, como el programa de Erfurt de 1891 de los socialdemócratas, se pasaba por alto o se ignoraba a menudo en la lucha política diaria, aunque no tardase en proclamarse «inalterable», con la finalidad de que no se convirtiese en un motivo constante de rivalidad interna.[43]

Hubo, sin embargo, disensión por otras causas, principalmente por los intentos de Drexler de unir el partido con otras organizaciones de extrema derecha de la capital bávara. Drexler tenía puesto el ojo en particular en el Partido Socialista Alemán, un grupo de tamaño similar con objetivos prácticamente idénticos a los de los nazis. A diferencia del Partido Nazi, contaba con partidarios en la Alemania del norte. Una fusión proporcionaría una influencia mayor a los que, como Feder, desaprobaban la vulgaridad de los constantes discursos incendiarios de Hitler. Éste, temiendo verse

sumergido en el nuevo movimiento, puso fin a las negociaciones en abril de 1921 amenazando con dimitir. Estalló otra crisis cuando Hitler estaba con Eckart en Berlín en una misión para recaudar fondos destinados al *Völkischer Beobachter*. Se iniciaron de nuevo conversaciones para una fusión, esta vez con un tercer partido antisemita pequeño, con sede en Augsburg y dirigido por un tal Otto Dickel, cuyas dotes como orador público eran según algunos, comparables a las de Hitler. Éste, incapaz de impedir que el Partido Nazi apoyase el plan de Dickel de crear con esa fusión una «Liga Occidental» (llamada así por su tratado racista un tanto místico *La resurrección de Occidente*), sufrió una rabieta y dimitió del partido. Esto puso punto final a la cuestión, pues Drexler dio marcha atrás y le pidió a Hitler que expusiese las condiciones en las que retiraría su dimisión. Al final, pocos estaban preparados para arreglárselas sin el hombre cuya demagogia había sido la única razón de que el partido creciera en los meses anteriores. Se abandonaron los planes de fusión. Las condiciones intransigentes de Hitler se aceptaron por aclamación en una asamblea general extraordinaria el 29 de julio: culminaban con la exigencia de que se le debía nombrar jefe del partido «con poderes dictatoriales» y que había que purgar el partido de los «elementos extranjeros que se han infiltrado en él».[44]

Hitler, tras haberse asegurado un control absoluto del Partido Nazi, disfrutó del pleno apoyo de éste para la campaña de propaganda que puso en marcha rápidamente. No tardó en pasar de la provocación a la violencia. El 14 de septiembre de 1921 un grupo de jóvenes nazis fueron con Hitler a un mitin de la Liga Bávara, una organización separatista, e invadieron el estrado con la intención de silenciar al orador, Otto Ballerstedt. Alguien apagó todas las luces y, cuando volvieron a encenderse, gritos de «Hitler, Hitler» impidieron a Ballerstedt continuar. Como el público protestaba, jóvenes matones de Hitler se lanzaron sobre el dirigente separatista, le pegaron y lo tiraron violentamente del estrado, cayendo al suelo, donde quedó tendido sangrando abundantemente de una herida en la cabeza. No tardó en aparecer la policía, que puso fin al acto. Ballerstadt insistió en procesar a Hitler, que hubo de cumplir un mes de cárcel en la prisión muniquesa de Stadelheim. La policía le advirtió de que si continuaba por

ese camino lo mandarían de vuelta a Austria como extranjero. La advertencia tuvo poco efecto. A principios de noviembre de 1921, poco después de salir de la cárcel, Hitler se había metido ya en otra pelea de cervecería, con jarras volando por el local y nazis y socialdemócratas intercambiando golpes. Los nazis no tardaron en armarse con puños de hierro, porras de goma, pistolas e incluso granadas. En el verano de 1922 un grupo de nazis abucheó, silbó y escupió a Ebert, el presidente del Reich, que estaba de visita en Munich. Una excursión a una concentración nacionalista que se celebraba en Coburg, en octubre de 1922, culminó en una batalla campal con socialdemócratas en la que los nazis acabaron expulsando a sus adversarios de las calles con sus porras de goma.[45] El Partido Nazi no tardó, como es natural, en quedar prohibido en la mayoría de los estados alemanes, sobre todo después del asesinato del ministro de Asuntos Exteriores Rathenau en junio de 1922, cuando el gobierno de Berlín se planteó tomar medidas drásticas contra los radicales de la extrema derecha, hubiesen participado o no en el asesinato. Pero no en la derechista Baviera.[46]

El nuevo factor de la violencia física de la campaña nazi se debía en gran parte al crecimiento del ala paramilitar del partido, creada a principios de 1920 como un grupo de «protección del local», que no tardó en pasar a llamarse Sección de Gimnasia y Deporte. Sus miembros, con pantalones de montar, botas altas y gorras (un uniforme que no adquirió su forma definitiva hasta 1924),[47] pronto se convirtieron en un espectáculo familiar en las calles de Munich: pegaban a sus adversarios en plena vía pública y atacaban a cualquiera que les pareciese que tenía aspecto de judío. Lo que hizo que pasasen de ser un pequeño grupo de matones a convertirse en un importante movimiento paramilitar fue una serie de acontecimientos que tenían poco que ver con Hitler. La relativa inmunidad de la que disfrutaban con la policía se debía en primer lugar al hecho de que el gobierno bávaro, presidido por Gustav Ritter von Kahr, llevaba mucho tiempo favoreciendo los movimientos paramilitares de la extrema derecha, como parte del «terror blanco» contrarrevolucionario de 1919-1920. En esta atmósfera, el capitán Hermann Ehrhardt, antiguo comandante de una brigada de los Cuerpos Libres, había creado una compleja red de brigadas asesinas que habían

perpetrado asesinatos políticos por toda Alemania, entre ellos los de varios destacados políticos republicanos, así como de algunos de sus propios miembros, de los que sospechaban que eran agentes dobles.[48] El propio Kahr consideraba la República una creación prusiana, a la que había que contrarrestar manteniendo Baviera como un centro de «orden» antirrepublicano, y, con ese fin, mantenía una gran Fuerza de Defensa de los Ciudadanos, creada inmediatamente después del aplastamiento de la República de Consejos comunista en la primavera de 1919. Estaba fuertemente armada y equipada militarmente, en una clara violación de los términos del Tratado de Versalles, por lo que hubo de disolverse a principios de 1921. Su desaparición fue la señal para una reorganización de la derecha radical de Baviera y un acusado aumento de los actos de violencia, cuando sus miembros se reagruparon en una inmensa variedad de bandas armadas, muchas de ellas de orientación separatista bávara y todas ellas antisemitas.[49]

Ehrhardt incorporó a sus veteranos de los Cuerpos Libres a la Sección de Gimnasia y Deportes de los nazis en agosto de 1921; eran graduados endurecidos en choques violentos con los polacos y con otros grupos en Silesia, donde el acuerdo de paz había creado un gran resentimiento entre los alemanes, porque se había segregado territorio que estaba en manos alemanas antes de la guerra para cedérselo al recién refundado Estado polaco. El acuerdo con Ehrhardt fue cosa de Ernst Röhm, otro veterano de los Cuerpos Libres, que había participado en el asalto a Munich de principios de la primavera de 1919. Nacido en 1887, hijo de un funcionario de los ferrocarriles bávaros, Röhm había ingresado en el Ejército en 1906 y había ascendido a oficial dos años después. Había servido en el frente durante la guerra hasta que la metralla le destrozó parte de la nariz y del resto de la cara y resultó gravemente herido en Verdún, por lo que había pasado a trabajar en el Ministerio de la Guerra de Baviera, donde estaba al cargo del suministro de armas, primero para la Fuerza de Defensa de Ciudadanos de Kahr y luego para los grupos fragmentados que la sucedieron. Conocido entre esta gente como «el rey de la ametralladora», Röhm se ufanaba de una inmensa gama de contactos en la extrema derecha. Era, entre otras cosas, oficial del Estado Mayor, estaba muy bien

considerado en el Ejército y actuaba como oficial de enlace con los paramilitares. Era evidente que poseía un talento especial para la organización. Pero lo que le interesaba en realidad no era la política. Ernst Röhm era el epítome de una generación del frente que había acabado creyéndose su propio mito.[50]

Lo que atraía a Röhm era la violencia insensata, no la conspiración política. Un estudioso de sus escritos ha mostrado que utilizaba palabras como «prudente», «acuerdo», «intelectual», «burgués» o «clase media» casi invariablemente en un sentido peyorativo; sus expresiones positivas y admirativas incluían «fornido», «temerario», «implacable» y «fiel». Las primeras palabras de su autobiografía, publicada en Munich en 1928, eran: «Soy un soldado». Se describía como «contrario» y se quejaba: «Los alemanes han olvidado cómo se odia. La queja femenina ha ocupado el lugar del odio masculino».[51] «Como soy una persona inmadura y malvada —escribía con franqueza característica—, me atraen más la guerra y la agitación que el orden burgués bien educado».[52] No le interesaban nada las ideas y glorificaba el estilo de vida tosco y brutal del soldado en sus actos además de en su credo. Sólo sentía desprecio por los civiles, y disfrutaba con el desorden de la vida en tiempos de guerra. Beber e ir de parranda, las riñas y las peleas unían a la banda de hermanos entre los que buscaba su sitio; a las mujeres se las trataba con desdén, los ajenos a la vida militar no tenían espacio en su mundo.

Röhm vio en Hitler, cuya propia inclinación por el uso de la violencia física para alcanzar sus fines era ya más que evidente, un vehículo natural para sus deseos, y asumió la tarea de organizar el movimiento del ala paramilitar del partido, que pasó a llamarse «Sección de Asalto» (*Sturmabteilung*, oSA) en octubre de 1921. Sus relaciones con la jerarquía del Ejército, con los altos niveles de la política bávara y con los paramilitares fueron de valor incalculable para aquella organización incipiente. Pero Röhm mantuvo siempre, al mismo tiempo, cierto grado de independencia respecto a Hitler, sin llegar a caer nunca en su hechizo, y procuró utilizar su movimiento como un vehículo para su propio culto al activismo violento incesante en vez de poner incondicionalmente las tropas de asalto a disposición del partido. Las SA se mantuvieron por tanto como

una organización oficialmente diferenciada, y en sus relaciones con el jefe del Partido Nazi hubo siempre un trasfondo de inquietud e inseguridad. Con Röhm al mando, las fuerzas de asalto pronto empezaron a aumentar en número. Sin embargo, en agosto de 1922 no contaban aún más que con 800 miembros en sus filas, mientras que otros movimientos paramilitares hace mucho olvidados, como la Bandera de Guerra del Reich o la Liga de Baviera y del Reich, que tenían nada menos que 30.000 miembros, todos ellos armados, eran mucho más prominentes. Se necesitaba mucho más que la influencia de Ehrhardt y Röhm y la demagogia de Hitler para que los nazis y su movimiento paramilitar pudiesen llegar a tomar la iniciativa en la política bávara.[53]

II

En 1922 las esperanzas de los nazis aumentaron notoriamente al llegar la noticia de la «Marcha sobre Roma» de Benito Mussolini el 28 de octubre, que había tenido como consecuencia inmediata que se nombrase al dirigente fascista primer ministro de Italia. Si los italianos habían triunfado, ¿cómo iban a poder quedarse atrás sus homólogos alemanes? Como sucedería con tanta frecuencia en el caso de Mussolini, la imagen era más que la realidad. Nacido en 1883 y destacado periodista socialista en la primera etapa de su vida, Mussolini había cambiado espectacularmente de política durante su campaña a favor de la participación de Italia en la guerra, y una vez terminado el conflicto se había convertido en portavoz de los sentimientos italianos de orgullo herido cuando el acuerdo de paz no había proporcionado al país los beneficios que esperaba. En 1919 fundó su movimiento fascista, que utilizó tácticas violentas de terrorismo e intimidación contra sus adversarios de izquierdas, que estaban alarmando a los industriales, los empresarios y los hombres de negocios con acciones como la ocupación de fábricas en apoyo de su demanda de la propiedad en común de los medios de producción. El desasosiego rural llevó también a los terratenientes a apoyarse en las escuadras fascistas, y, al deteriorarse la situación a lo largo de 1920 y 1921, el dinamismo de su movimiento arrastró a Mussolini. Su ascensión a la prominencia indicaba que el

conflicto de posguerra, el enfrentamiento civil, los asesinatos y la guerra no eran algo exclusivo de Alemania. Se estaba extendiendo por toda la Europa oriental, central y meridional. Incluía la guerra ruso-polaca, que no terminó hasta 1921, los conflictos armados irredentistas de muchos de los Estados sucesores del Imperio de los Habsburgo y la creación de dictaduras de corta duración en España y en Grecia.

El ejemplo de Mussolini influyó en el Partido Nazi de varios modos, sobre todo en su adopción, a finales de 1922 y principios de 1923, del título de «Caudillo» (*Duce* en italiano, *Führer* en alemán) para indicar la autoridad indiscutible del hombre que estaba a la cabeza del movimiento. El creciente culto a la personalidad de Hitler en el Partido Nazi, alimentado por el precedente italiano, ayudó también a convencer al propio Hitler de que era él, y no otro personaje que habría de llegar, el que estaba destinado a conducir a Alemania a un futuro renacer nacional, una convicción que quedó indeleblemente confirmada con los acontecimientos del otoño de 1923.[54] Por entonces los nazis habían empezado también a copiar de los fascistas italianos el saludo con el brazo derecho rígido y estirado con el que saludaban ritualmente a su jefe en una imitación de las ceremonias de la Roma imperial; el jefe respondía alzando la mano derecha, pero echada atrás por el codo, con la palma abierta hacia arriba en un gesto de aceptación. El uso por el Partido Nazi de normas complejas en el manejo de sus banderas procedía también de la práctica de los fascistas italianos. La principal influencia práctica de Mussolini sobre Hitler en este periodo fue, sin embargo, convencerle de que la táctica de una marcha sobre la capital era el camino más rápido hacia el poder. Cuando las escuadras fascistas empezaron a hacerse con el control de pueblos y ciudades importantes del norte italiano, Mussolini, basándose en el ejemplo famoso del revolucionario Giuseppe Garibaldi durante la unificación de Italia más de sesenta años antes, proclamó que las utilizaría como base para una «marcha sobre Roma». El monarca italiano y los principales políticos capitularon para evitar un baño de sangre y le nombraron primer ministro, un cargo que utilizó de una forma cada vez más implacable hasta entronizar un régimen dictatorial de partido único al final de la década.[55]

El movimiento fascista de Mussolini compartía muchas características clave no sólo con el nazismo, sino también con otros movimientos extremistas de la derecha, por ejemplo de Hungría, donde Gyula Gömbös se autocalificaba «nacionalsocialista» ya en 1919. El fascismo italiano era violento, incesantemente activo, despreciaba las instituciones parlamentarias, se declaraba militarista y glorificaba el conflicto y la guerra. Se oponía radicalmente no sólo al comunismo sino también, algo aún más importante, al socialismo y al liberalismo. Era partidario de una visión orgánica de la sociedad, en la que los intereses de clase y la representación popular se sustituirían por instituciones nombradas que trascendiesen las clases y uniesen a la nación. Era masculinista y antifeminista, partidario de un Estado en el que los hombres gobernasen y las mujeres estuviesen reducidas principalmente a las funciones de engendrar y criar hijos. Elevaba al caudillo a una posición de autoridad visible. Profesaba un culto a la juventud, proclamando su intención de barrer a un lado las viejas instituciones y las viejas tradiciones y crear una nueva forma de ser humano, duro, antiintelectual, moderno, secular y sobre todo fanáticamente entregado a la causa de su propia nación y de su propia raza.[56] Y todos estos elementos proporcionaron un modelo y un paralelo al incipiente Partido Nazi.

El primitivo nazismo, por tanto, como los numerosos movimientos rivales de la extrema derecha de los años inmediatos de posguerra, se incluía claramente en este contexto más amplio de la aparición del fascismo europeo. Hitler, durante mucho tiempo, observó con admiración a Mussolini como ejemplo que se debía seguir. La «marcha sobre Roma» electrizó a los incipientes movimientos fascistas de Europa de una forma muy parecida a como la marcha de Garibaldi sobre Roma y la subsiguiente unificación de Italia habían electrizado a los movimientos nacionalistas de Europa unos sesenta años atrás. La marea de la historia parecía estar moviéndose en la dirección de Hitler; los días de la democracia estaban contados. Mientras la situación empezaba a deteriorarse en Alemania con una rapidez creciente a lo largo de 1922 y 1923, Hitler empezó a pensar que podría hacer lo mismo en Alemania que Mussolini había hecho en Italia. Cuando el gobierno alemán dejó de efectuar los pagos de las reparaciones y

tropas francesas ocuparon el Ruhr, entre los nacionalistas de Alemania hubo una explosión de cólera por la humillación. La pérdida de legitimidad de la República fue inmensa; el gobierno tenía que demostrar que estaba haciendo algo para oponerse a la ocupación. Una campaña generalizada de desobediencia civil, estimulada por el gobierno alemán, provocó más represalias por parte de los franceses, con detenciones, encarcelamientos y expulsiones. Entre otros muchos ejemplos de la represión francesa, los nacionalistas recordaban a un veterano de guerra y obrero ferroviario que había sido despedido y deportado con su familia por pronunciar un discurso proalemán ante un monumento a los caídos en la contienda; otro hombre, un maestro, sufrió la misma suerte por hacer volver la espalda a sus alumnos cuando pasaban desfilando soldados franceses.[57] Bandas de escolares afeitaron la cabeza a mujeres que se consideraba que estaban «confraternizando desvergonzadamente con los franceses», mientras que otros demostraban menos espectacularmente su patriotismo caminando kilómetros para ir a la escuela antes que viajar en el ferrocarril conducido por los franceses. Unos cuantos trabajadores intentaron sabotear activamente la ocupación; uno de ellos, Albert Leo Schlageter, antiguo soldado de los Cuerpos Libres, fue ejecutado por sus actividades, y la derecha nacionalista, dirigida por los nazis, presentó rápidamente el incidente como un ejemplo de la brutalidad de los franceses y la debilidad del gobierno de Berlín, convirtiendo a Schlageter al mismo tiempo en un mártir nacionalista muy pregonado. Se paralizó la industria, agudizándose con ello aún más los ya terribles problemas económicos del país.[58]

Los nacionalistas tenían un arma de propaganda potente con la presencia de tropas coloniales francesas negras entre las fuerzas de ocupación. El racismo era endémico en todas las sociedades europeas en el periodo de entreguerras, como lo era también en Estados Unidos y en otras partes del mundo. La mayoría de los europeos consideraban a la gente de piel oscura seres humanos inferiores, salvajes a los que el hombre blanco tenía la misión de domesticar.[59] La utilización de tropas coloniales por los ingleses y los franceses durante la Primera Guerra Mundial había provocado bastantes comentarios hostiles en Alemania. Pero lo que abrió realmente las puertas de la propaganda racista morbosa fue su presencia en

el propio territorio alemán, en principio en la parte ocupada de Renania y luego, en 1923, durante la breve invasión francesa, en el Ruhr. Muchos alemanes que vivían en Renania y en el Sarre se sentían humillados por el hecho de que, como explicaba uno de ellos más tarde, «siameses, senegaleses y árabes se hiciesen los dueños de nuestra tierra».[60] Los caricaturistas no tardaron en estimular los sentimientos racistas y nacionalistas dibujando toscos esbozos semipornográficos de bestiales soldados negros arrastrando a inocentes y blancas alemanas a un destino peor que la muerte. En la derecha esto se convirtió en un potente símbolo de la humillación nacional de Alemania durante los años de Weimar, y el mito de la violación generalizada de mujeres alemanas por soldados coloniales franceses llegó a ser tan fuerte que los pocos cientos de niños mestizos que había en Alemania a principios de la década de 1930 eran casi universalmente considerados fruto de esos incidentes. En realidad, la mayoría abrumadora de ellos parece ser que eran consecuencia de uniones consensuadas, muchas de ellas entre colonos alemanes y africanas indígenas de las colonias alemanas antes de la guerra o durante ésta.[61]

Mientras los nazis y muchos más que pensaban como ellos explotaban a fondo estos temores y resentimientos, el gobierno de Berlín parecía impotente para hacer algo al respecto. Empezaron a multiplicarse los planes y las conspiraciones. Hitler no era la única persona que estaba pensando en una marcha sobre Berlín: el «nacionalbolchevique» Hans von Hentig, que habría de convertirse en el criminólogo más prestigioso de Alemania después de 1945, también estaba empezando a reunir tropas y armas en un casquivano plan en el que se proponía utilizar como aliado al Partido Comunista en una toma violenta del poder con el objetivo de que Alemania repudiase el Tratado de Versalles.[62] No era una idea muy realista, fuese quien fuese el que intentase materializarla; tanto la estructura federal del país como su constitución hacían extremadamente improbable una repetición de lo que había sucedido en Italia. Sin embargo, la idea arraigó rápidamente. Hitler se lanzó a una gran ofensiva propagandística, fustigando a los «asesinos de noviembre» de Berlín por su debilidad y entregándose a un *crescendo* de manifestaciones públicas contra los franceses.

Sus perspectivas mejoraron notablemente en este periodo por la incorporación al movimiento nazi de otro grupo de nuevos seguidores de gran utilidad. Figuraba entre ellos Ernst «Putzi» Hanfstaengl, un miembro de la buena sociedad, alto, estadounidense en parte y procedente de una familia acaudalada del mundo del comercio de arte y de la publicidad, al que su pretenciosidad no llegaría a permitirle nunca caer del todo bajo el hechizo de Hitler. Aun así, Hanfstaengl pensaba que la simplicidad pequeñoburguesa de Hitler (su horrible gusto en arte, su ignorancia en cuestión de vinos, sus torpes modales en la mesa) no hacían más que resaltar su evidente sinceridad. La falta de refinamiento era una condición previa de su asombrosa capacidad para conectar con las masas. Hanfstaengl, como muchos otros admiradores de Hitler, tuvo su primer contacto con él cuando acudió a escuchar uno de sus discursos; Hitler, por su parte, quedó abrumado por el refinamiento de salón de Hanfstaengl; disfrutaba escuchándole interpretar a Wagner al piano y andando por el salón dirigiendo con los brazos mientras brotaban las notas del maestro. En otra vertiente más seria, Hanfstaengl pudo presentar a Hitler a gente influyente de la alta sociedad de Munich, incluidos editores, hombres de negocios y oficiales del Ejército. En esos círculos les parecía divertido recibirle, les parecía gracioso que apareciese en sus elegantes fiestas vistiendo una guerrera militar y empuñando una fusta, y compartían lo bastante sus puntos de vista como para avalar sus préstamos (como hizo la esposa del fabricante de pianos Bechstein) y para apoyarle de varias formas más. Pero sólo los más convencidos, como el hombre de negocios Kurt Lüdecke, le dieron a Hitler dinero en cantidades apreciables. Por lo demás, el Partido Nazi tenía que depender de sus amigos que ocupaban altos cargos, como el antiguo diplomático Max Erwin von Scheubner-Richter, para conseguir desviar en su dirección una pequeña parte de los fondos que empresarios y hombres de negocios aportaban para Ludendorff, y seguir obteniendo de momento la mayor parte de sus ingresos de las cuotas que abonaban sus miembros.[63]

Un tipo de respaldo muy diferente lo proporcionó en octubre de 1922 el ingreso en el Partido Nazi, con sus seguidores de Nuremberg, de Julius Streicher, otro ex soldado, condecorado, como Hitler, con la Cruz de Hierro,

y miembro fundador del Partido Socialista Alemán después de la guerra. Streicher, impresionado por los progresos de Hitler, aportó tantos seguidores al Partido Nazi que prácticamente duplicó sus efectivos de la noche a la mañana. La Franconia protestante era una zona de reclutamiento ideal para el nazismo, con su campesinado resentido, su tendencia al antisemitismo y la ausencia en la zona de un partido político asentado dominante. El ingreso de Streicher amplió la influencia del partido significativamente hacia el norte. Pero, con él, el partido incorporó también en sus filas a un antisemita furibundo cuyo odio extremo a los judíos era comparable incluso con el de Hitler, y era tan violento que llevaba un grueso látigo en público y pegaba personalmente a sus desvalidos adversarios después de que hubiese conseguido una posición de poder. En 1923 fundó un periódico popular sensacionalista, *Der Stürmer* («El que ataca»), que se convirtió enseguida en la publicación en la que chillones titulares encabezaban los más rabiosos ataques a los judíos, llenos de insinuaciones sexuales, caricaturas racistas, acusaciones inventadas de asesinato ritual y excitantes relatos semipornográficos de judíos que seducían a inocentes muchachas alemanas. Tan extremado era el periódico y tan evidentemente obsesivo era su director, de cabeza afeitada y aspecto brutal, que nunca llegaría a conseguir tener mucha influencia dentro del movimiento, cuyos dirigentes le miraban con repugnancia, y el periódico estuvo prohibido durante un periodo bajo el Tercer Reich.

Pero Streicher no era sólo un matón. Había sido maestro de escuela, era también un poeta cuya lírica había sido descrita como «muy atractiva» y, como Hitler, pintaba acuarelas, aunque en su caso sólo por afición. También él se consideraba un artista; no carecía de cultura, era un periodista profesional y era también, por ello, en parte, un bohemio como Hitler. Sus ideas, aunque expresadas de una forma extrema, no eran particularmente insólitas en los círculos de derechas de la época, y debían muchísimo, como él mismo reconocía, a la influencia del antisemitismo alemán de antes de la guerra, sobre todo a Theodor Fritsch. Además, el antisemitismo de Streicher no correspondía ni mucho menos a un sector marginal del movimiento nazi. De hecho, Hitler comentaría más tarde que Streicher, en cierto modo, «*idealizaba* al judío. El judío es más vil, más feroz, más diabólico que

como le pintaba Streicher». Puede que no fuese muy eficaz como administrador, admitía Hitler, y que su apetito sexual lo metiese en líos de todo tipo, pero Hitler siempre fue leal con él. A veces, cuando era importante para el nazismo presentar un rostro respetable, *Der Stürmer* podía resultar embarazoso; pero sólo era una cuestión de táctica, nunca de principios o de creencias.[64]

EL «PUTSCH» DE LA CERVECERÍA

III

En 1923 Hitler y el Partido Nazi no sentían ninguna necesidad especial de parecer respetables. La vía evidente para llegar al poder era la violencia. El gobierno bávaro de extrema derecha de Gustav Ritter von Kahr, que simpatizaba con los paramilitares, había caído en septiembre de 1921. Desde entonces Kahr y sus amigos habían estado enredados en intrigas contra el gobierno dirigido por Eugen von Knilling y su Partido del Pueblo Bávaro. Como habrían de hacer más tarde muchos conservadores moderados, Knilling y sus aliados creían que los nazis eran una amenaza y detestaban su violencia, pero consideraban que tenían el corazón en su sitio y que lo único que hacía falta era utilizar su idealismo de un modo más productivo y saludable. Así que también ellos eran relativamente tolerantes con sus actividades. Además, en la única ocasión en que intentaron meterlos en cintura prohibiendo una de sus concentraciones a finales de enero de 1923, por miedo a que degenerase en violencia, Röhm se puso en contacto con el comandante del Ejército de Baviera, el general Hermann von Lossow, y éste accedió a respaldar el derecho de Hitler a celebrar la concentración siempre que diese garantías de que sería pacífica. Kahr, por entonces gobernador regional de la Alta Baviera, lo apoyó y el gobierno bávaro tuvo que dar marcha atrás.[65]

Los acontecimientos se sucedieron ya rápidamente hasta alcanzar un clímax. Eran muchas las veces que escapaban al control de Hitler. Ernst Röhm, en especial, con total independencia de él, consiguió agrupar las principales organizaciones paramilitares de Baviera en una Comunidad de

Acción de Ligas Combatientes Patrióticas, en la que se incluían algunos grupos que eran mucho mayores que los camisas pardas nazis. Estos grupos entregaron sus armas al Ejército regular, cuyas unidades bávaras al mando del general Von Lossow estaban preparándose claramente para la tan pregonada marcha sobre Berlín y para un enfrentamiento armado con los franceses en el Ruhr, y empezaron a reclutar a paramilitares como auxiliares y a proporcionarles instrucción militar. A esta pócima brujeril de conspiración paramilitar se unió entonces el general Ludendorff. Un intento de Hitler de hacerse con la iniciativa exigiendo que el Ejército devolviese las armas a los camisas pardas recibió un frío rechazo. Se vio obligado a ceder a Ludendorff la condición de mascarón de proa de la conspiración cuando los paramilitares se concentraron en Nuremberg y efectuaron un desfile multitudinario a principios de septiembre, en el que participaron hasta 100.000 hombres uniformados. Hitler fue nombrado jefe político de los paramilitares, pero, lejos de disponer del control de la situación, eran los acontecimientos los que estaban arrastrándole.[66]

El papel de Röhm en la reorganización del movimiento paramilitar era crucial, y dimitió como jefe de la pequeña organización de tropas de asalto nazi para concentrarse en esa tarea. Le sucedió un hombre que habría de tener una participación decisiva en el posterior desarrollo del movimiento nazi y del Tercer Reich: Hermann Göring. Nacido en 1893 en Rosenheim, Baviera, Göring era otro hombre de acción, pero de un género muy distinto a Röhm. Procedía de la alta burguesía bávara; su padre había tenido un papel clave en la colonización alemana de Namibia antes de la guerra y era un imperialista alemán convencido. De 1905 a 1911 Göring había seguido la carrera militar, al final en Berlín, y después siempre se consideró un soldado prusiano más que uno bávaro. Durante la guerra se convirtió en un famoso as de la aviación, terminando el conflicto como comandante de la escuadrilla de cazas creada por el Baron Rojo, Von Richthofen. Había sido condecorado por sus hazañas como piloto con la máxima condecoración militar, la *Pour le mérite*, y había adquirido una reputación de aventurero temerario. Los pilotos de cazas eran generalmente considerados una especie de caballeros medievales, cuyas proezas contrastaban espectacularmente con la carnicería sorda y mecanizada de las trincheras; a Göring se le

trataba como a un personaje importante en los círculos aristocráticos, y había reforzado sus relaciones sociales con la flor y nata casándose en febrero de 1922 con una baronesa sueca, Karin von Kantzow. Como muchos otros que habían luchado en la guerra, siguió buscando una vida de acción después del conflicto. Perteneció a uno de los Cuerpos Libres, luego se convirtió en piloto de exhibición en Escandinavia y finalmente, a través de la influencia de su esposa, se incorporó al movimiento de Hitler hacia finales de 1922. Así que por entonces Göring era un personaje romántico, apuesto y elegante, cuyas hazañas se celebraban en numerosos artículos de revistas y libros populares adulatorios.

Göring pudo satisfacer plenamente su ansia de acción en el movimiento nazi. Inflexible, dinámico y extremadamente pagado de sí mismo, Göring cayó, sin embargo, bajo el hechizo de Hitler desde el principio. La lealtad y la fidelidad eran para él las más altas virtudes. Consideraba también, al igual que Röhm, la política como una guerra, una forma de combate armado en la que no tenían función alguna la moral y la justicia; el fuerte vencía, el débil perecía, las leyes eran una masa de normas «legalistas» que había que quebrantar si resultaba preciso hacerlo. Para él el fin siempre justificaba los medios, y el fin era siempre lo que él consideraba que era el interés nacional de Alemania, que estaba convencido de que había sido traicionada por los judíos, los demócratas y los revolucionarios en 1918. Sus relaciones con la aristocracia, su exquisita buena presencia, su dominio cosmopolita del francés, el italiano y el sueco, y su fama como piloto de guerra caballeroso persuadieron a muchos de que era un moderado, incluso un diplomático; Hindenburg y muchos como él lo consideraron la cara aceptable del nazismo, un conservador autoritario como ellos. La apariencia era engañosa, era tan implacable, tan violento y tan extremista como cualquiera de los dirigentes nazis. Todas estas características, junto con su rápido y creciente sometimiento a la voluntad a Hitler, le convirtieron en la elección ideal como nuevo jefe de las fuerzas de asalto en lugar de Röhm a principios de 1923.[67]

Con Göring al mando, podía esperarse ya que las fuerzas de asalto volvieran a acatar la disciplina nazi. Los preparativos siguieron adelante, en coordinación con el movimiento paramilitar más amplio, que dirigía Röhm

en la medida en que era capaz de hacerlo, para un levantamiento en la primavera o a principios del verano de 1923. La crisis llegó al fin cuando el gobierno del Reich de Berlín se vio obligado a dimitir el 13 de agosto. Su sucesor, una amplia coalición que incluía a los socialdemócratas, estaba dirigido por Gustav Stresemann, un nacionalista liberal de derechas que en los años siguientes iba a convertirse en el político más dotado, más sutil y más realista de la República. Stresemann se dio cuenta de que la campaña de resistencia pasiva a la ocupación francesa del Ruhr tenía que cesar y que había que conseguir controlar la hiperinflación galopante. Inició para ello una política de «cumplimiento», en la que Alemania respetaría las condiciones del acuerdo de paz, incluidos los pagos de las reparaciones, mientras presionaba entre bastidores para que se modificasen. Su política tuvo un notable éxito durante los seis años siguientes, en los que desempeñó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores del Reich. Pero para los nacionalistas radicales no era más que una traición al país. Comprendiendo que era probable que organizasen una insurrección, el gobierno bávaro nombró a Kahr comisario general del estado con plenos poderes para mantener el orden. Kahr, respaldado por Lossow y por el jefe de policía, Hans Ritter von Seisser, prohibió una serie de mítines que los nazis tenían previstos para el 27 de septiembre mientras ellos continuaban con sus propios planes para derrocar al gobierno de Berlín. Crecía en todas partes la presión para que se pusiese en marcha la operación; entre las filas de los paramilitares, como se previno insistentemente a Hitler, se estaba haciendo casi incontenible.[68]

En Berlín, el jefe del Ejército, el general Hans von Seeckt, se negó a secundar los planes de Lossow, Seisser y Kahr. Prefería derribar el gobierno de Stresemann intrigando solapadamente; acabó consiguiéndolo, pero le sucedió otra coalición en la que Stresemann siguió siendo ministro de Asuntos Exteriores. En Munich hubo negociaciones febriles que no consiguieron que se acordase una unidad de acción entre el Ejército bávaro al mando de Lossow, la policía dirigida por Seisser y los paramilitares, cuyo representante político era, por supuesto, Hitler. Este último, dándose cuenta de que perdería el apoyo de los paramilitares si seguía titubeando, y preocupado por la posibilidad de que Kahr estuviese pensando en actuar por

su cuenta, decidió dar un golpe, apoyado ahora por Ludendorff. El gobierno bávaro sería detenido y se obligaría a Kahr y a sus aliados a unirse a los paramilitares en una marcha sobre Berlín. Se decidió que se daría el golpe el 9 de noviembre, el aniversario del estallido de la revolución de 1918 que había derrocado al régimen del káiser, más por la presión de los acontecimientos que porque se buscase una fecha simbólica. La noche del día 8 Hitler y un grupo de guardias de asalto fuertemente armados irrumpieron en un mitin en el que hablaba Kahr y que se celebraba en la Bürgerbraükeller, una cervecería situada bastante cerca del centro de Munich. Hitler ordenó a uno de sus hombres que efectuase un disparo de pistola dirigido al techo para silenciar a la multitud y luego comunicó que el local estaba rodeado. El gobierno bávaro, proclamó, quedaba depuesto. Mientras Göring calmaba al público, Hitler llevó a Kahr, Lossow y Seisser a una habitación contigua y les explicó que iniciaría la marcha sobre Berlín y se pondría a la cabeza del nuevo gobierno del Reich; Ludendorff se haría cargo del Ejército nacional. Ellos serían recompensados por su apoyo con cargos importantes. Luego Hitler volvió al local del mitin para dirigirse al público, al que se ganó con un dramático llamamiento para que respaldara lo que él llamó su acción contra «los criminales de noviembre de 1918». Kahr y sus compañeros no tuvieron más opción que volver al estrado y, acompañados ya por Ludendorff, expresar su apoyo.[69]

Pero transformar manifestaciones histriónicas en poder político no era tan fácil. Los planes de los nazis para un golpe estaban mal concebidos. Röhm ocupó el cuartel general del Ejército de Munich y unidades nazis se apoderaron también del cuartel general de la policía, pero otros edificios, incluido algo tan esencial como los cuarteles del Ejército, siguieron en manos del gobierno, y mientras Hitler iba a la ciudad para intentar organizar las cosas, Ludendorff dejó en libertad a Kahr y al resto de los prisioneros, que se volvieron inmediatamente atrás en su apoyo forzado a la conjura y se pusieron enseguida en contacto con el Ejército, la policía y los medios de comunicación para repudiar la actuación de Hitler. Éste, que había regresado a la cervecería, decidió con Ludendorff dirigirse al centro de la ciudad. Reunieron a unos dos mil partidarios armados, a cada uno de los cuales se le habían pagado 2 billones de marcos (que aquel día en concreto

equivalían a poco más de tres dólares) del botín de más de 14.000 billones «confiscados» a dos supuestos impresores de billetes judíos en incursiones efectuadas por escuadras de camisas pardas por orden de Hitler. La columna se puso en marcha a mediodía del 9 de noviembre y, alentada por los vítores de sus partidarios, avanzó por el centro de la ciudad en dirección al Ministerio de la Guerra. Al final de la calle se encontraron con un cordón de policías armados. Según el informe oficial, les pusieron las pistolas sin el seguro en el pecho a los policías, les escupieron y apuntaron en su dirección con las bayonetas caladas. Luego alguien de uno u otro bando (las versiones se contradecían) hizo un disparo. El aire se llenó durante medio minuto de los silbidos de las balas mientras ambos bandos huían. Göring cayó, herido de un tiro en una pierna; Hitler cayó al suelo, o le empujaron, y se dislocó un hombro. Scheubner-Richter, el amigo diplomático de Hitler y su contacto con patrocinadores de alto nivel, resultó muerto. Murieron en total catorce manifestantes y cuatro policías. Cuando la policía procedió a detener a Ludendorff, Streicher, Röhm y muchos otros, Göring consiguió escapar, huyendo primero a Austria y luego a Italia, y se estableció finalmente en Suecia; fue entonces cuando se hizo adicto a la morfina, que había estado inyectándose para aliviar el dolor de la herida. A Hitler se lo llevaron a la casa de campo de Hanfstaengl con el brazo en cabestrillo y fue detenido allí el 11 de noviembre. El golpe llegaba así a su ignominioso final.[70]

LA RECONSTRUCCIÓN DEL MOVIMIENTO

I

Hitler no tardó en recobrar el ánimo después de los acontecimientos del 9 de noviembre de 1923. Sabía que podía implicar a gran número de destacados políticos bávaros en el intento de golpe y poner al descubierto la participación del Ejército en la instrucción militar de los paramilitares para la marcha sobre Berlín. El gobierno bávaro, consciente de esa amenaza, que había aflorado ya durante el interrogatorio de Hitler, se las arregló para convencer a las autoridades de Berlín de que se celebrase el juicio no ante el Tribunal del Reich de Leipzig, sino ante un «Tribunal del Pueblo» especialmente constituido en Munich, donde podían controlar mejor las cosas.[71] Parece probable que ofrecieran a Hitler una condena leve a cambio de que accediese a cargar con la culpa. Como juez eligieron a Georg Neithardt, un nacionalista bien conocido que había sido nombrado por el reaccionario ministro de Justicia de Baviera, Franz Gürtner, en 1919 y había presidido el juicio anterior de Hitler, a principios de 1922. Cuando se inició el proceso, el 26 de febrero de 1924, se permitió a Hitler comparecer con ropa de civil, llevando la Cruz de Hierro, y dirigirse al tribunal y discursear sin interrupciones. Neithardt le dejó intimidar e insultar a los testigos de la acusación y el fiscal no citó a una serie de personajes clave cuyo testimonio habría resultado perjudicial para la defensa. El tribunal silenció las pruebas de la participación de Ludendorff y rechazó la petición de Hitler de que se le deportase como ciudadano austriaco, porque había servido en el Ejército alemán y había demostrado ser un patriota alemán.[72] Hitler asumió personalmente toda la responsabilidad, declarando que servir a los intereses de Alemania no podía ser alta traición. El «eterno Tribunal de la Historia —proclamó—nos juzgará [...] como alemanes que querían lo mejor para su pueblo y para su patria».[73]

Pese al hecho de que los autores del golpe habían matado a cuatro policías y organizado una rebelión armada contra un gobierno estatal legítimamente constituido, algo considerado (en cualquier sistema jurídico razonable) traición, delitos ambos castigados con la muerte, el tribunal condenó a Hitler a sólo cinco años de prisión por alta traición, y a los demás a penas similares o aún más livianas. Ludendorff, como se esperaba, fue absuelto. El tribunal basó su indulgencia en el hecho de que, como declaró, a los que habían participado en el golpe «les había movido a actuar un puro espíritu patriótico y la más noble voluntad». Fue un juicio escandaloso incluso para los criterios parciales de la judicatura de Weimar. Fue ampliamente condenado, incluso por la derecha. A Hitler lo enviaron a una antigua fortaleza de Landsberg am Lech, al oeste de Munich, donde ocupó la celda que había albergado hasta entonces al conde Arco-Valley, el asesino de Kurt Eisner. Era lo que se llamaba «encarcelamiento en fortaleza», una forma suave de prisión para reos que se consideraba que habían actuado por motivos honorables, como por ejemplo, antes de la guerra, hombres de honor que habían matado a su adversario en un duelo. La celda de Hitler era grande y estaba bien ventilada y confortablemente amueblada. Los visitantes tenían libre acceso. Acudieron quinientos durante su estancia allí. Le llevaban regalos, flores, cartas y telegramas de apoyo del exterior. Podía leer (en realidad tenía poco más que hacer) cuando no recibía visitas, y se abrió camino a través de numerosos libros de autores como Friedrich Nietzsche y Houston Stewart Chamberlain, buscando en ellos principalmente confirmación a sus propias ideas. Y algo más importante: a sugerencia del editor nazi Max Amann, empezó a dictar una crónica de su vida y sus opiniones hasta entonces a dos de sus compañeros de prisión, su chófer Emil Maurice y su factótum Rudolf Hess, una crónica que se publicaría al año siguiente con el título de *Mi lucha*, un título probablemente propuesto por Amann.[74]

Mi lucha ha sido considerado por algunos historiadores una especie de proyecto para las futuras actuaciones de Hitler, un libro peligroso y diabólico que fue desgraciadamente ignorado por los que deberían haberlo tenido en cuenta. No es nada de ese género. Profusamente corregido por Amann, Hanfstaengl y otros con el fin de hacerlo más literario y menos

incoherente que el laberíntico primer borrador, no era, sin embargo, menos ampuloso y aburrido, y se vendió sólo un modesto número de ejemplares antes de que los nazis consiguiesen su gran triunfo electoral de 1930. Después de eso se convirtió en un éxito de ventas, sobre todo durante el Tercer Reich, en que no tener un ejemplar era casi un acto de traición. Aquellas personas que lo leyeron, probablemente una proporción relativamente pequeña de los que lo compraron, debieron de encontrar difícil extraer algo coherente de su confusa mezcolanza de reminiscencias autobiográficas y embrolladas arengas políticas. El talento de Hitler para ganarse los corazones y las mentes residía en su oratoria pública, no en su escritura. Aun así, a nadie que leyese el libro podría haberle cabido duda alguna de que Hitler consideraba que el conflicto racial era el motor, la esencia de la historia, y que los judíos eran el enemigo jurado de la raza alemana, cuya misión histórica era destruir, guiada por el Partido Nazi, su poder internacional y aniquilarlos por completo. «La nacionalización de nuestras masas—proclamaba—sólo se conseguirá cuando, además de toda la lucha positiva por el alma de nuestro pueblo, sean exterminados sus envenenadores internacionales».[75]

Los judíos estaban ahora indisolublemente vinculados en la mente de Hitler con el «bolchevismo» y el «marxismo», que tenían mucha mayor prominencia en *Mi lucha* que el capitalismo financiero que tanto le había obsesionado durante el periodo de inflación monetaria. Y es que era en Rusia donde se efectuaría la conquista de «espacio vital» de Alemania al mismo tiempo que la eliminación de los «judeobolcheviques» que, según él, gobernaban el Estado soviético. Estas ideas se exponían con mayor detalle en el segundo volumen del libro, escrito en 1925 y publicado al año siguiente; a partir de entonces serían elementos básicos de la ideología de Hitler. «Las fronteras del año 1914 no significan nada en absoluto para el futuro alemán», proclamaba. Estableciendo una comparación con las grandes conquistas orientales de Alejandro Magno, anunciaba que «el final del dominio judío de Rusia será también el final de Rusia como Estado». El territorio ocupado entonces por «Rusia y sus Estados fronterizos vasallos» se entregaría en el futuro al «trabajo industrioso del arado alemán».[76]

Las creencias de Hitler estaban claramente expuestas en *Mi lucha*, para que todos viesen lo que quería. Nadie familiarizado con el texto podría haber terminado su lectura con la idea de que lo único que Hitler quería era la revisión del Tratado de Versalles, la restauración de las fronteras alemanas de 1914 o la autodeterminación de las minorías de habla alemana de Europa central. Y nadie podría haber dudado del carácter visceral, fanático, realmente asesino, de su antisemitismo. Pero creencias e intenciones no son lo mismo que planes y programas. Cuando pasaba a exponer cómo se podían materializar esas ideas, el texto de Hitler reflejaba, como es natural, la política del periodo concreto en el que estaba escrito. En ese momento, los franceses eran el enemigo, hacía muy poco que se habían retirado del Ruhr. Los ingleses, sin embargo, parecían un posible aliado en la lucha contra el bolchevismo, pues habían prestado apoyo a las fuerzas «blancas» en la guerra civil rusa unos años antes. Poco después, cuando Hitler escribió otra obra similar, que permaneció inédita durante su vida, en la agenda internacional figuraba el choque entre Italia y Alemania por el Tirol meridional, por lo que se concentraba en ello.[77] Pero lo que continuó siendo básico a través de todas estas vueltas y revueltas tácticas fue el propósito a largo plazo de obtener «espacio vital» en el Este y el deseo feroz de aniquilar a los judíos. Esto tampoco podía hacerse inmediatamente, y es evidente que Hitler no tenía ninguna idea clara en esa etapa de cómo se conseguiría y cuándo. También aquí habría maniobras tácticas a lo largo del camino, y se darían diversas soluciones provisionales. Pero nada de esto modificaba el carácter genocida del odio de Hitler a los judíos, ni su convicción paranoica de que eran responsables de todos los males de Alemania y que la única solución a largo plazo era su completa aniquilación como entidad biológica; una convicción fácilmente apreciable no sólo en el lenguaje de *Mi lucha*, sino también en las palabras y las frases que utilizaba en sus discursos y la atmósfera de intolerancia revivalista en que se pronunciaban.[78] Los judíos eran una «pestilencia», «peor que la peste negra», un «gusano en el cuerpo en descomposición de Alemania», y serían privados de lo que, según él, eran sus posiciones de poder y luego expulsados del país, por la fuerza en caso necesario. Lo que pasaría con los

judíos de Europa oriental después de que Alemania hubiese adquirido su espacio vital allí, no podía decirlo, pero la violencia asesina de su lenguaje no dejaba lugar a dudas de que no sería un destino agradable.[79]

La publicación del libro, la enorme publicidad que le proporcionó el juicio y la adulación que le prodigó la derecha nacionalista tras el golpe fallido, fueron todos ellos factores que ayudaron a Hitler a convencerse, si es que no se había convencido ya antes, de que era el hombre que debía hacer realidad aquellas ideas. El golpe fracasado le había enseñado también que no conseguiría dar ni siquiera el primer paso (conseguir el poder supremo en la propia Alemania) basándose únicamente en la violencia paramilitar. En Alemania estaba descartada una «marcha sobre Roma». Era esencial conseguir el apoyo de la opinión pública, a través de la propaganda y de campañas de discursos públicos que Hitler sabía que eran su fuerte. La conquista revolucionaria del poder, aún defendida por Röhm, no funcionaría en ningún caso si se emprendía sin el apoyo del Ejército, que tan notoriamente ausente había estado en noviembre de 1923. Hitler no se embarcó en una vía de «legalidad» a raíz del golpe fallido, como se diría a veces más tarde, incluso por él mismo. Pero comprendió que para derribar el «sistema» de Weimar haría falta algo más que unos cuantos disparos mal dirigidos, incluso en un año de crisis suprema como 1923. Era evidente que para llegar al poder había que contar con la colaboración de elementos clave del orden establecido, y aunque había contado con cierto apoyo en 1923, no había resultado suficiente. En la próxima crisis, que habría de producirse menos de una década después, se aseguró de que tenía al Ejército y a las instituciones clave del Estado, o bien neutralizadas, o bien trabajando activamente para él, a diferencia de lo que había sucedido en 1923.[80]

Pero, mientras tanto, la situación del Partido Nazi parecía casi insalvable tras la detención y el encarcelamiento de Hitler. Los grupos paramilitares se dispersaron desordenadamente, y el gobierno les confiscó las armas. Kahr, Lossow y Seisser, muy comprometidos con el golpe, fueron sustituidos por un nuevo gabinete presidido por el jefe del Partido del Pueblo, Heinrich Held. El separatismo bávaro y las conspiraciones ultranacionalistas dejaron paso a una política regional más convencional. La

situación se apaciguó al cesar la hiperinflación y la política de «cumplimiento» se afianzó en Berlín, dando frutos casi inmediatamente al reprogramarse el pago de las reparaciones de acuerdo con el Plan Dawes. Los nazis, privados de su jefe, volvieron a escindirse en pequeñas facciones enfrentadas. Röhm siguió intentando reunir los fragmentos que quedaban de los paramilitares, guardando fidelidad a Ludendorff. Hitler puso a Alfred Rosenberg al frente del Partido Nazi como prácticamente el único personaje destacado que quedaba en el país que aún estaba en libertad. Pero Rosenberg demostró ser completamente incapaz de imponer su autoridad al movimiento.[81]

Tanto el Partido Nazi como los camisas pardas eran ahora organizaciones ilegales. No estaban preparados para la existencia clandestina. Había opiniones muy diferentes sobre qué tácticas debían utilizarse en el futuro (paramilitares o parlamentarias), y las rivalidades entre personajes como Streicher y Ludendorff, además de los numerosos grupos ultranacionalistas que surgieron intentando proclamarse sucesores de los nazis, eran tentativas paralizadoras de resucitar el movimiento. Hitler se lavó más o menos las manos ante todos esos enfrentamientos, comunicando que se retiraba de la política para escribir su libro. Las cosas no mejoraron mucho cuando salió en libertad condicional por una decisión del Tribunal Supremo bávaro, pese a la opinión contraria de la Fiscalía del Estado, el 20 de diciembre de 1924. Aún le quedaban casi cuatro años de prisión para cumplir la condena, periodo durante el cual tenía que procurar no quebrantar las condiciones de la libertad condicional. No le estuvo permitido hablar en público en la mayor parte de Alemania hasta 1927; esa prohibición continuó vigente hasta 1928 en Prusia, que ocupaba más de la mitad del territorio de la República de Weimar y contenía la mayoría de su población. La derecha ultranacionalista obtuvo unos resultados humillantes en las elecciones nacionales de 1924. El único rayo de luz en la oscuridad lo proporcionó el gobierno austriaco, que rechazó las tentativas oficiales de repatriar a Hitler negándose a aceptarlo.[82]

Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
R. Memel
Kiel
Lübeck
Hamburgo
Bremen
Stettin
HOLANDA
Berlín
Hannover
Magdeburgo
R. Oder
POLONIA
BÉLGICA
Colonia
R. Rin
Leipzig
Weimar
Dresde
Breslau
R. Vistula
R. Elba
Frankfurt
LUXEMBURGO
SARRE
Nuremberg
CHECOSLOVAQUIA
FRANCIA
Stuttgart
Munich
R. Danubio
AUSTRIA
SUIZA
HUNGRÍA
Votaron nazi menos del 10 por 100.
Votaron nazi el 10-19,9 por 100.
Frontera distrito electoral.
Frontera de Alemania.

Mapa 7. Los nazis en las segundas elecciones al Reichstag de 1924.

II

Pero Hitler aún tenía unos cuantos amigos que ocupaban altos cargos. Un personaje clave fue el ministro de Justicia bávaro Franz Gürtner, que simpatizaba con las ideas nacionalistas. Gürtner accedió a levantar la prohibición que pesaba sobre el Partido Nazi y sobre su periódico, el *Völkischer Beobachter*, cuando cesó por fin el 16 de febrero de 1925 el estado de excepción en Baviera.[83] Hitler, armado con el nuevo prestigio que se había ganado y la nueva seguridad en sí mismo como el héroe nacionalista del golpe y del juicio subsiguiente, se apresuró a refundar el Partido Nazi, llamando a sus antiguos seguidores a incorporarse a él y (nuevo punto clave) a someterse incondicionalmente a su jefatura. Julius Streicher, Gottfried Feder, el periodista y propagandista del partido Hermann Esser y otros enterraron públicamente sus diferencias en una muestra de solidaridad. Hitler pasó luego a desterrar a sus rivales más serios a los márgenes de la vida política. En primer lugar, en cuanto se pudo reconstituir legalmente la organización de los camisas pardas, insistió en que estuviese subordinada al partido y cortó sus vínculos con los otros grupos paramilitares; Ernst Röhm, que rechazó esto, fue expulsado, abandonó la política y se vio obligado a convertirse en vendedor y luego en obrero fabril hasta que aceptó una invitación para ir a Bolivia a instruir a las tropas del país en las técnicas de la guerra europea.[84] Y, en segundo lugar, Hitler trabajó denodadamente para minar el prestigio que seguía teniendo Ludendorff, que no sólo era un serio rival sino que pasó rápidamente a hacerse más extremista en sus ideas. Bajo la influencia de Mathilde von Kemnitz, con la que se había casado en 1926, fundó la Liga de Tannenberg, que publicó literatura de la teoría de la conspiración en la que se atacaba no sólo a los judíos, sino también a los jesuitas y a la Iglesia católica, una receta segura para el desastre electoral en Baviera y en otras zonas piadosas de la Alemania meridional. El destino de Ludendorff quedó sellado cuando se presentó como candidato a la presidencia en las elecciones de 1925 en representación del Partido Nazi y obtuvo un irrisorio 1,1 por 100 de los

votos. Hay ciertas pruebas de que el propio Hitler le convenció para que lo hiciera sabiendo que su reputación quedaría irreparablemente dañada por ello.[85] Desde entonces hasta 1937, año en que murió, Ludendorff y su Liga de Tannenberg permanecieron en los márgenes de la vida política, condenados a una absoluta irrelevancia y sin ningún tipo de apoyo popular. Esto demostró con mayor claridad que ninguna otra cosa el cambio que se había producido en el nacionalismo radical en Alemania: el todopoderoso dictador militar de la Primera Guerra Mundial había sido desbancado a los márgenes de la vida política por el político nazi en ascenso; el general había sido desplazado por el cabo.

Con Ludendorff definitivamente desbancado, Hitler no tenía ya ningún rival serio en la extrema derecha. Podía concentrarse ahora en hacer entrar en vereda al resto del movimiento ultranacionalista. Mientras los grupos dispares del Sur gravitaban en la órbita del Partido Nazi, las diversas delegaciones del partido de la Alemania septentrional y occidental estaban experimentando una especie de resurrección. El principal responsable de ello era otro bávaro, Gregor Strasser, un farmacéutico de Landshut. Había nacido en 1892 y era hijo de un abogado que tenía actividades políticas; era una persona educada y culta, y su educación burguesa y sus modales lo convertían en un personaje atractivo para muchos simpatizantes potenciales del movimiento nazi. Al mismo tiempo, como muchos alemanes burgueses de su generación, estaba marcado por la experiencia de 1914, el espíritu de unidad entre todos los alemanes que él creía que hacía falta recuperar. Después de terminar el servicio militar como teniente, intentó revivir esa experiencia y corregir lo que creía que eran los males de los alemanes. Luchó con los Cuerpos Libres en Munich al final de la guerra y luego creó su propio grupo paramilitar, lo que le puso en contacto con Hitler. Para Strasser, era la causa más que el caudillo lo que importaba. El 9 de noviembre de 1923 condujo a su unidad de camisas pardas a Munich para tomar un puente clave sobre el río, tal como se había planeado, y al fracasar el golpe regresó con su unidad a Landshut, donde fue detenido.[86]

Pero al final su participación bastante periférica en el golpe a las autoridades no les pareció merecedora de un tratamiento demasiado duro. Así que Strasser permaneció en libertad mientras los demás dirigentes nazis

huían o acababan en la cárcel. En abril de 1924 fue elegido para el Parlamento bávaro. Demostró ser un administrador de talento, que consiguió agrupar muchos de los fragmentos de la dispersa ultraderecha. Cuando el Partido Nazi volvió a la legalidad, Hitler, reconociendo su valía, lo envió a reorganizarlo en la Alemania septentrional. A finales de 1925 la labor incansable de reclutamiento de Strasser había casi cuadruplicado el número de delegaciones, insistiendo sobre todo en los aspectos «socialistas» de la ideología nazi para intentar ganarse a la clase obrera industrial en zonas como el Ruhr. Strasser despreciaba a los otros grupos ultraderechistas que pensaban que «la solución primitiva del antisemitismo era adecuada». En julio de 1925 le dijo a Oswald Spengler que el nazismo era diferente porque buscaba «una revolución alemana» a través de una forma alemana de socialismo.[87] Pero su idea del socialismo, aunque incluía que el Estado se hiciese cargo del 51 por 100 de las acciones de las industrias importantes y el 49 por 100 de todos los demás negocios, incluía también una resurrección de los gremios y el pago de salarios en especie en vez de en dinero. Este tipo de ideas «socialistas» las elaboró Strasser junto con una serie de dirigentes nazis en las nuevas delegaciones del partido de diversas zonas del norte de Alemania. Estas delegaciones del partido debían poco o nada a la jefatura de Hitler durante ese periodo; en gran medida el partido se estaba reconstituyendo él mismo, como si dijésemos, independientemente del cuartel general de Munich. Strasser y sus aliados no tardarían, algo quizás inevitable, en manifestar su recelo ante lo que consideraban la camarilla corrupta y dictatorial de Hermann Esser, que estaba dirigiendo la oficina de Munich del partido mientras Hitler escribía el segundo volumen de *Mi lucha*. Muchos de ellos ni siquiera conocían personalmente a Hitler y no habían caído aún bajo el hechizo de su creciente carisma personal. Rechazaban en especial el programa existente del partido y proclamaban su intención de sustituirlo por otro más acorde con sus propias ideas.[88]

Destacó también en estos acontecimientos otro nuevo miembro del partido, el joven ideólogo Joseph Goebbels. Nacido en 1897 en la población industrial de Rheydt, en el Bajo Rin, hijo de un empleado, había recibido una buena educación secundaria y había estudiado luego Filología Clásica,

Alemán e Historia en la Universidad de Bonn, doctorándose en Literatura Romántica en la Universidad de Heidelberg en 1921, lo que le daba derecho a que se dirigieran a él, como siempre se haría después, como el «doctor Goebbels». Pero, a pesar de su doctorado, Goebbels no estaba destinado a la vida académica. También él era una especie de bohemio, que empleaba ya su tiempo libre en la época de estudiante en escribir obras de teatro y soñar con un futuro artístico. Durante la década de 1920 escribió y reescribió la novela que acabaría publicando en 1929 con el título de *Michael: Un destino alemán en las páginas de un diario*. La novela era principalmente un vehículo para las confusas y vagas ideas del propio Goebbels sobre una resurrección nacional, basada en una fe fanática en el futuro, por la que el héroe de la novela acababa sacrificándose. Goebbels pretendía dar sentido a una vida dominada por el defecto físico evidente que padecía: un pie deforme, que le hacía cojear. Eso le había expuesto a burlas implacables en su época de estudiante, y en realidad a lo largo de toda su vida, y le había impedido hacer el servicio militar en la Primera Guerra Mundial. Tal vez como compensación, llegó a convencerse de que estaba destinado a grandes cosas; llevaba un diario, le atraían mucho las mujeres, buscaba las relaciones amorosas con gran afán y con sorprendente éxito y despreciaba cualquier medio ordinario de ganarse la vida. Se dedicaba, en vez de a eso, a leer ávidamente a Dostoievsky, Nietzsche, Spengler y sobre todo a Houston Stewart Chamberlain, que le convenció de que el renacimiento de Occidente profetizado por Spengler sólo podía lograrse con la eliminación de los judíos.[89]

Goebbels era distinto en algunos sentidos de los demás dirigentes nazis destacados. Su inteligencia y su temperamento se han descrito a menudo como «latinos», tal vez porque evitaba la vaga declamación retórica y filosófica y, en vez de eso, hablaba y escribía con una franqueza y una claridad notables, acompañadas a veces de un humor sarcástico.[90] Pero le había conmovido profundamente, como a muchos otros, la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial. Pasó el semestre de invierno de 1919-1920 en Munich (era frecuente que los estudiantes alemanes cambiasen de universidad una vez al menos durante sus estudios) y debido a ello, además de estar sumergido en la atmósfera de extrema derecha de la

vida estudiantil, se impregnó de la atmósfera furibundamente nacionalista de la contrarrevolución que imperaba en la ciudad durante aquellos meses. Aunque simpatizaba con hombres como el conde Arco-Valley, cuyo encarcelamiento por el asesinato de Kurt Eisner le disgustó profundamente, Goebbels no descubrió su vocación política, ni sus dotes para la política, hasta 1924, año en que, después de establecer contacto con una serie de grupos ultranacionalistas, un viejo compañero de estudios lo introdujo en el Partido Nazi.

Cuando se abría camino en el partido conoció a Erich Koch, un nazi renano que había sido miembro del ala violenta de la resistencia contra los franceses. Conoció también a Julius Streicher, al que describió en privado como un «Berserker» y «quizás un poco patológico».[91] Y le impresionó Ludendorff, al que había admirado ya como el gran general de la Primera Guerra Mundial. Goebbels no tardó en convertirse en el organizador del partido en Renania. Se transformó en un eficaz orador, tal vez el más eficaz de todos los oradores nazis aparte del propio Hitler, lúcido, popular y con un vivo ingenio para responder a los que le interrumpían. Empezó así a encauzar sus dotes literarias hacia la política en artículos para la prensa del partido, dándole un giro pseudosocialista al credo nazi. Había encontrado al fin su *métier*. Al cabo de unos meses era uno de los oradores más populares de Renania y atrajo la atención de personajes destacados del partido en la región, empezando a tener una participación significativa en la tarea de decidir su política. Fue Joseph Goebbels, tanto como Gregor Strasser, quien estuvo detrás del desafío de los alemanes del Norte a la dirección del partido de Munich en 1925. Pero también empezó a caer pronto bajo el hechizo de Hitler, entusiasmado con la lectura de *Mi lucha* («¿Quién es este hombre?—escribió—: Mitad plebeyo, mitad Dios»).[92] Cuando se reunió con él por segunda vez, el 6 de noviembre de 1925, quedó impresionado por sus «grandes ojos azules. Como estrellas». Hitler era, pensó después de escucharle hablar, «el tribuno del pueblo nato, el próximo dictador».[93]

Goebbels y Hitler no coincidían en muchas cuestiones básicas. Alertado por la creciente firmeza de los alemanes del Norte, Hitler los convocó a una reunión el 14 de febrero de 1926 en Bamberg, Franconia, donde Julius Streicher le había reclutado gran número de seguidores. El

dirigente nazi habló durante dos horas, rechazando los puntos de vista de los norteños y reafirmando su creencia en que lo que más importaba para el futuro de la política exterior alemana era la conquista de «espacio vital» en Europa oriental. Mientras que Strasser y Goebbels habían instado a los nazis a unirse a la campaña a favor de la expropiación de las propiedades de los príncipes alemanes, que habían conservado sus extensas posesiones en el campo después de la revolución de 1918, Hitler condenó esa campaña como un ataque a la propiedad privada. «¡Horroroso!—escribió Goebbels en su diario—: Probablemente una de las mayores desilusiones de mi vida. Ya no creo plenamente en Hitler».[94] Pero, aunque Goebbels se preguntase ahora si Hitler era un reaccionario, no le planteó ninguna oposición abierta en la reunión. Strasser, impresionado por la actitud dura de Hitler, capituló completamente y retiró sus propuestas. Hitler, a cambio, apaciguó a los alemanes del Norte destituyendo a Hermann Esser, cuya corrupción tanto les había indignado, del cargo que ocupaba en Munich.[95]

En abril de 1926 Hitler llevó a Goebbels a Munich a pronunciar un discurso, proporcionándole un coche y tratándole espléndidamente. En la sede central del partido se enfrentó con él y con sus dos codirigentes del partido de la región de Westfalia, Franz Pfeffer von Salomon, otro destacado nazi del Norte que, como tantos nazis importantes, había sido miembro de los Cuerpos Libres, y Karl Kaufmann, que se había hecho célebre organizando la resistencia violenta contra los franceses durante la ocupación del Ruhr. Hitler los reprendió por seguir un camino propio en cuestiones ideológicas, los adoctrinó sobre sus propios puntos de vista sobre la política del partido y luego propuso considerar pasado lo pasado si se sometían incondicionalmente a su jefatura. Goebbels se convirtió en el acto. Hitler, confió a su diario, era «brillante». «Adolf Hitler—escribió, pensando en el golpe de 1923—, te amo porque eres a la vez grande y sencillo. Lo que se llama un genio».[96] A partir de entonces estuvo totalmente bajo el hechizo de Hitler; a diferencia de algunos otros dirigentes nazis, habría de mantenerse fiel hasta el final. Hitler lo recompensó poniéndolo al cargo del Partido Nazi de Berlín, minúsculo y aquejado de divisiones internas, como jefe regional, o *Gauleiter*. Pfeffer von Salomon fue nombrado jefe de los paramilitares, los camisas pardas, y Gregor Strasser se convirtió en jefe de

propaganda del partido para todo el Reich. Por otra parte, la asamblea anual del partido ratificó el programa de 1920 y confirmó el dominio absoluto del movimiento por parte de Hitler, poniendo en sus manos todos los nombramientos clave, y en particular los de los jefes regionales.[97]

La asamblea era obligatoria por ley, y, cumpliendo los requerimientos legales, reeligió diligentemente a Hitler como jefe del partido. La verdadera naturaleza del funcionamiento interno de este partido quedó demostrada, sin embargo, en una concentración que se celebró en julio de 1926 y a la que asistieron hasta 8.000 camisas pardas y miembros del partido. Se dedicó casi todo el tiempo a rituales de obediencia a Hitler, al juramento de promesas personales de lealtad a su persona y a grandes marchas y despliegues, incluida la exhibición de la «bandera de la sangre» que había ondeado sobre la desdichada marcha sobre Munich en noviembre de 1923.[98] Todo ello estableció el tono, de forma modesta, de las concentraciones del partido, mucho más grandiosas, de años posteriores. Pero por entonces, aunque ya unidos todos sus miembros y disciplinados bajo la jefatura indiscutible de Hitler, el Partido Nazi aún era muy pequeño. Los acontecimientos de los tres años siguientes, hasta finales de 1929, habrían de sentar las bases de su éxito posterior. Pero haría falta algo más que jefatura y organización para conseguir el respaldo popular que buscaba ahora Hitler.[99]

III

En los años 1927-1928 se produjo la creación de una nueva estructura básica del Partido Nazi para todo el país. En 1928 las delegaciones regionales del partido se reorganizaron siguiendo las fronteras de las circunscripciones electorales del Reichstag (sólo 35, todas muy grandes, para adaptarse al sistema de representación proporcional por lista de partido de Weimar), para indicar la primacía de sus funciones electorales. Aproximadamente un año después de esto, se había creado ya una nueva capa organizativa intermedia de distritos (*Kreise*) entre las regiones y las delegaciones locales. A esos niveles tenía una actuación destacada una nueva generación de activistas nazis más jóvenes. Ellos desbancaron a la

generación de las organizaciones conspirativas y panalemanas que quedaban de antes de la guerra y superaban en número a los que habían participado activamente en los Cuerpos Libres, la Sociedad Thule y grupos similares. Pero conviene recordar que hasta los miembros de la generación más vieja de nazis destacados eran jóvenes, sobre todo comparados con los canosos políticos de edad madura que dirigían los partidos políticos oficiales. En 1929 Hitler sólo tenía 40 años, Goebbels, 32, Göring, 36, hess, 35 y Gregor Strasser, 37. Su papel seguía siendo crucial, sobre todo aportando jefatura e inspiración a la generación más joven.

Goebbels, por ejemplo, se dio a conocer sobre todo como jefe regional de Berlín, donde sus feroces discursos, su incesante actividad, sus ofensivas provocaciones a los adversarios del partido y su calculada puesta en escena de peleas callejeras y broncas de cervecería para llamar la atención proporcionaron gran número de nuevos miembros a la organización. Proporcionaron también más publicidad las campañas agresivas y extremadamente difamatorias de la delegación de Berlín contra personajes como el subjefe de policía de la ciudad, Bernhard Weiss, sobre cuya ascendencia judía llamaba la atención Goebbels designándolo con el mote de «Isidor», un nombre totalmente inventado que solían utilizar los antisemitas para denominar a los judíos, y que había tomado prestado en esta ocasión, irónicamente, de la prensa comunista.[100] El Partido Nazi de Berlín se ganó, con la violencia y el extremismo de Goebbels, una prohibición de once meses decidida por las autoridades socialdemócratas de la ciudad en 1927-1928; pero se ganó también la fidelidad y la admiración de activistas más jóvenes como Horst Wessel, de 19 años, hijo de un pastor protestante, que había abandonado sus estudios universitarios de Derecho por el mundo de los paramilitares y, más recientemente, de los camisas pardas. «Lo que este hombre ha demostrado en dotes oratorias y talento para la organización—escribió sobre «nuestro Goebbels» en 1929—es único [...]. Las SA se habrían dejado hacer pedazos por él».[101]

Una gran parte de la lucha interna se producía por puestos clave en la organización del partido a nivel local y regional. Pero, en conjunto, como le dijo Max Amann a un activista local hacia finales de 1925, Hitler

adopta en principio el punto de vista de que no es tarea de la dirección del partido «instalar» a los jefes de delegación. Herr Hitler adopta el punto de vista, hoy más que nunca, de que el combatiente más eficaz del movimiento nacionalsocialista es el hombre que se abre camino a partir de sus logros como dirigente. Si tú mismo escribes que gozas de la confianza de casi todos los miembros del partido de Hannover, ¿por qué no vas a ocupar la jefatura de esa delegación?[102]

Hitler pensaba que de ese modo ascenderían a las posiciones de poder dentro del movimiento los más dinámicos, los más implacables y los más eficientes. Habría de aplicar más tarde el mismo principio cuando dirigiese el Tercer Reich. Eso ayudaba a garantizar que el Partido Nazi fuese incesantemente activo en todos los ámbitos, que estuviese constantemente en marcha, luchando, manifestándose, movilizándose. Sin embargo, esto no aportó beneficios inmediatos. A finales de 1927 el partido aún tenía sólo unos 75.000 miembros y nada más que 7 escaños en el Reichstag. Las esperanzas de hombres como Strasser y Goebbels de que sería capaz de ganarse a la clase obrera industrial habían demostrado ser ilusorios.[103]

Los nazis, dándose cuenta de las dificultades que había para penetrar en el territorio de los socialdemócratas y de los comunistas, dirigieron sus esfuerzos hacia la sociedad rural de la Alemania del Norte protestante, donde el creciente descontento de los campesinos estaba derivando en manifestaciones y campañas de protesta. Los efectos contradictorios de la inflación y de la estabilización sobre la comunidad agrícola se habían sumado en una crisis general de la agricultura a finales de la década de 1920. Mientras que los grandes terratenientes y granjeros habían comprado maquinaria a plazos y así habían podido modernizarse a muy bajo coste real para ellos, el pequeño propietario tendía a guardar el dinero, con lo que lo perdía, o a gastarlo en artículos domésticos sin aportar ningún beneficio a sus explotaciones. Después de la inflación, las medidas que tomó el gobierno para compensar las limitaciones de los créditos a la agricultura y ayudar a la recuperación, no hicieron más que empeorar las cosas, porque los campesinos pidieron mucho prestado para compensar las pérdidas, esperando una nueva ronda de inflación, y se encontraron luego con que no podían devolver el dinero porque los precios estaban bajando en vez de subir. Las quiebras y las ejecuciones de hipotecas estaban ya aumentando hacia finales de la década de 1920, y los pequeños campesinos, en su desesperación, miraban hacia la extrema derecha.[104] Los que tenían

propiedades grandes y los grandes terratenientes estaban sufriendo la caída de los precios agrícolas y no podían pagar lo que consideraban unos impuestos excesivamente altos para sostener el sistema de seguridad social de Weimar.[105] Tanto el gobierno prusiano como el del Reich habían intentado paliar la situación mediante aranceles, subsidios, controles sobre la importación y cosas parecidas, pero todas esas medidas demostraron ser totalmente inadecuadas para resolver el problema.[106] Campesinos de todo tipo se habían modernizado, mecanizado y racionalizado para intentar paliar la depresión agrícola desde principios de la década de 1920, pero no era suficiente. La presión a favor de aranceles más elevados a la importación de productos alimenticios se hizo más insistente cuando la comunidad agrícola empezó a considerar que ésa era la única forma de proteger sus ingresos. En esta situación, la promesa de los nazis de una Alemania «autárquica» autosuficiente, con las importaciones de alimentos más o menos prohibidas, resultaba cada vez más atractiva.[107]

Los nazis, al darse cuenta de que estaban ganando apoyo en zonas rurales del Norte protestante sin esforzarse siquiera, aceleraron el desplazamiento de su propaganda de la clase obrera urbana a otros sectores de la población. El partido pasó a dirigir su atención hacia las zonas rurales y empezó a hacer campañas serias de reclutamiento en regiones como Schleswig-Holstein y Oldenburg.[108] Hitler se distanció aún más de la orientación «socialista» del partido en la Alemania del Norte, y hasta «aclaró», o, dicho de otro modo, enmendó el punto 17 del programa del partido el 13 de abril de 1928, con el fin de ratificar a los pequeños campesinos que su compromiso con «la expropiación de tierra con finalidades comunitarias sin compensación» se refería sólo a «empresas judías que especulan con la tierra».[109] Los nazis perdieron 100.000 votos en las elecciones al Reichstag de mayo de 1928, y con sólo el 2,6 por 100 de los votos no pudieron conseguir más que 12 diputados para el órgano legislativo, entre ellos Gottfried Feder, Joseph Goebbels, Hermann Göring y Gregor Strasser. Aun así, en algunas zonas rurales del Norte protestante les fue mucho mejor. Mientras que sólo pudieron conseguir el 1,4 por 100 en Berlín y el 1,3 por 100 en el Ruhr, por ejemplo, consiguieron más del 18,1 por 100 y el 17,7 por 100 respectivamente en dos distritos de Schleswig-

Holstein. Otro 8,1 por 100 de los votos en otra zona habitada por pequeños campesinos descontentos, en Franconia, reforzó la impresión de que, como decía el periódico del partido el 31 de mayo, «los resultados de las elecciones de las zonas rurales en particular han demostrado que con un gasto de energía, tiempo y dinero más pequeño se pueden obtener mejores resultados allí que en las grandes ciudades».[110]

El partido no tardó en poner al día su propaganda dirigida a la comunidad campesina, proponiendo una institución especial para ésta en el Tercer Reich. Se crearía una «corporación» en la que trabajarían todos juntos en armonía y con pleno respaldo del Estado. A los jornaleros rebeldes, muchos de los cuales militaban en el Partido Socialdemócrata, se les metería en cintura y los costes laborales serían sometidos por fin a un control rígido. Los campesinos de Schleswig-Holstein, tras años de protestas infructuosas y a veces violentas, pasaron a apoyar en masa al Partido Nazi. No perjudicó precisamente a la causa de éste que estuviese dirigido localmente por miembros de la propia comunidad campesina, ni que sostuviese claramente una ideología de «sangre y tierra» en la que el campesino sería el núcleo de la identidad nacional. Los nazis consiguieron convencer incluso a algunos de los grandes terratenientes, que se identificaban tradicionalmente con los nacionalistas. El apoyo al partido entre los pequeños propietarios campesinos y los intermedios se disparó. Los hijos de los campesinos no tardarían en proporcionar los efectivos de unidades de las fuerzas de asalto enviadas a las grandes ciudades para combatir a los comunistas.[111]

Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
R. Memel
Kiel
Lübeck
Hamburgo
Bremen
Stettin
HOLANDA
Berlín
Hannover
Magdeburgo
R. Oder
POLONIA
BÉLGICA
Colonia
R. Rin
Leipzig
Dresde
Weimar
Breslau
R. Vistula
R. Elba
Frankfurt
LUXEMBURGO
SARRE
Nuremberg
CHECOSLOVAQUIA
FRANCIA
Stuttgart
R. Danubio
Munich
SUIZA
AUSTRIA
HUNGRÍA
Votaron nazi menos del 10 por 100.
Frontera distrito electoral.
Frontera de Alemania.

Mapa 8. Los nazis en las elecciones al Reichstag de 1928.

Así que pronto empezó a dar fruto la nueva estrategia. El número de miembros del partido aumentó de 100.000 en octubre de 1928 a 150.000 un año después. Y empezó a obtener más votos en las elecciones locales y estatales, consiguiendo el 5 por 100 en Sajonia, el 4 por 100 en Mecklenburgo y el 7 por 100 en Baden. En algunas zonas rurales de la Sajonia protestante casi duplicó el porcentaje de votos, pasando, por ejemplo, del 5,9 por 100 en el distrito de Schwarzenberg en 1928 al 11,4 por 100 en 1929.[112] En junio de 1929 el Partido Nazi consiguió su primera municipalidad, la ciudad de Coburgo, en la Franconia. Consiguió allí 13 de los 25 concejales del Consejo Municipal tras una campaña en la que logró echar abajo al consejo anterior que había despedido a un dirigente nazi local, que era empleado municipal, por hacer discursos antisemitas. La victoria fue consecuencia en parte del inmenso esfuerzo que hizo el partido en las elecciones, en las que importantes oradores como Hermann Göring e incluso el propio Hitler participaron en la campaña. Pero demostró también que había capital electoral que ganar en la política local, donde el partido pasó ahora a ser mucho más activo que antes.[113]

Y en el otoño de 1929 el partido consiguió otro avance electoral a través de la campaña contra el Plan Young (que introducía una reducción y reprogramación de los pagos de reparaciones de guerra, pero que no las abolía), organizada por los nacionalistas. Su jefe, Alfred Hugenberg, consiguió el apoyo de los nazis y de otros grupos de la ultraderecha en sus esfuerzos por conseguir que se sometiese a referéndum su propuesta de una ley que rechazase el plan y procesase a cualquier ministro del gobierno que lo aceptase. Los nazis no sólo consiguieron publicidad en esa campaña, sino también cierto grado de respetabilidad dentro de la derecha oficial a través de la presencia de Hitler en el comité organizador, junto con incondicionales del partido como Heinrich Class y los dirigentes de los Cascos de Acero Franz Seldte y Theodor Duesterberg. El referéndum en sí fue un fracaso, con sólo 5,8 millones de votos a favor. Pero la campaña había revelado a muchos seguidores de los nacionalistas que los nazis de camisa parda y botas altas eran mucho más dinámicos que los dirigentes de levita y chistera de su propio partido.[114]

Hitler, por otra parte, no tardaría en despertar de nuevo el entusiasmo popular, con su carisma reforzado ahora por el culto a la jefatura que se había creado en torno a él dentro del partido. Una expresión simbólica importante en este sentido fue el uso del «saludo alemán», «Heil Hitler!», con el brazo derecho extendido, estuviese presente o no Hitler. Declarado obligatorio en el movimiento en 1926, se empezó a utilizar cada vez más como expresión de despedida en la correspondencia. Estas costumbres reforzaron la dependencia total del movimiento respecto de Hitler, y fueron entusiásticamente propagadas por el segundo nivel de dirigentes que se agruparon entonces en torno a él, ya por razones tácticas, para cimentar la unidad del partido, como en el caso de Gregor Strasser, o como en el de Rudolf Hess, por una fe religiosa ciega en la persona del «Caudillo», como se le denominaba ahora generalmente.[115] En la concentración del partido celebrada en Nuremberg en agosto de 1929, y que era la primera desde 1927, quedaron demostradas una seguridad y una coherencia nuevas en un inmenso despliegue propagandístico, al que asistieron, según la policía, hasta 40.000 personas, todas unidas en la adulación al Caudillo.[116]

El Partido Nazi se había convertido ya por entonces en una organización formidable, con sus niveles regionales, de distrito y locales provistos de funcionarios dinámicos y fieles, muchos de ellos con una buena educación y administrativamente competentes, con su propaganda canalizada a través de una red de instituciones especializadas dirigida a sectores concretos del electorado.[117] A pesar de la repetida insistencia de Hitler en que la política era cosa de hombres, había ahora una organización de mujeres nazis, la autodenominada Orden de Mujeres Alemanas, fundada por Elsbeth Zander en 1923 e integrada como filial del Partido Nazi en 1928. La policía calculaba que había llegado a los 4.000 efectivos a finales de la década, casi la mitad del total de 7.625 mujeres que había en el partido. La Orden de Mujeres Alemanas era una de aquellas paradójicas organizaciones de mujeres que hacían campaña en público activamente por la retirada de las mujeres de la vida pública; era militantemente antisocialista, antifeminista y antisemita. Entre sus actividades prácticas figuraban los comedores para camisas pardas, la ayuda en las campañas de propaganda, esconder armas y equipo de los paramilitares nazis cuando los

buscaba la policía y proporcionar servicios de enfermería a los activistas heridos a través de su organización subsidiaria, la Cruz Gamada Roja, una versión nazi de la Cruz Roja.[118]

Zander era una oradora eficaz según todas las versiones, pero no era en modo alguno una gran organizadora, y a principios de 1931 su Organización de Mujeres Alemanas se desmoronó en medio de un aluvión de acusaciones y contraacusaciones, de las que la más grave era la de corrupción económica. La Orden estaba tan profundamente endeudada que la propia Zander, como responsable oficial, se enfrentaba a la quiebra personal. Además, había informes insidiosos de que Zander tenía una relación amorosa con el chófer de la Orden, y que a algunas de sus reuniones asistían camisas pardas vestidos con ropa de mujer. Gregor Strasser, que se había hecho cargo de la organización del partido, reaccionó disolviendo todas sus filiales femeninas, deponiendo considerada pero resueltamente a Zander de su puesto de autoridad, y sustituyéndolas el 6 de julio de 1931 por la Organización de Mujeres Nacionalsocialistas (*NS-Frauenschaft*), que era, inicialmente al menos, un organismo descentralizado con sus asociaciones regionales controladas por los jefes regionales. Pero pronto tuvo el éxito suficiente como para adquirir una identidad de dimensión nacional, con una revista propia para mujeres y no sólo un mayor grado de autonomía para sus propias dirigentes regionales, sino también un mayor grado de coordinación entre ellas.[119] El problema fundamental de las mujeres nazis era, sin embargo, el machismo insuperable del partido, el convencimiento de que el papel de las mujeres no era participar en la política, sino quedarse en casa y tener hijos. De momento, había que contemporizar con el fin de ganarse los votos de las mujeres, pero a la larga, si los nazis llegaban alguna vez al poder, sus activistas antifeministas parecían condenadas a convencerse a sí mismas de que no debían desempeñar ningún papel.

Además de las organizaciones dirigidas a las mujeres, había también una dirigida a jóvenes de edades comprendidas entre los 14 y los 18 años, fundada en 1922. Ésta había tenido inicialmente el nombre bastante engorroso de Liga Juvenil del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán; pero en 1926 pasó a llamarse Juventudes Hitlerianas. Empezó como una

agencia de reclutamiento de los camisas pardas y se reorganizó en 1929 bajo la dirección de Kurt Gruber como una rival de las numerosas agrupaciones juveniles informales que existían en el escenario de Weimar, la mayoría de ellas opuestas a la República. También esta organización tuvo poco éxito al principio; en enero de 1932 aún no tenía más que un millar de miembros en toda la región de Berlín.[120] La respaldaba una Liga de Escolares Nacionalsocialistas, fundada en 1929, y una Liga de Muchachas Alemanas, creada al año siguiente.[121] Todas estas organizaciones quedaron pronto empequeñecidas en cuanto a tamaño y significación por la Liga de Estudiantes Alemanes Nacionalsocialistas, fundada en 1926 por Wilhelm Tempel. También ésta hizo relativamente poco hasta 1928, cuando se hizo cargo de ella Baldur von Schirach, que acabaría siendo una presencia constante y de importancia creciente en el movimiento nazi. Nacido en 1907 en Berlín, era hijo de un director de teatro ex militar y tradicionalista de Weimar que estaba casado con una acaudalada estadounidense. Schirach estudió en un internado cuyo director ponía la formación del carácter por encima de la formación académica. En el joven Schirach influyó profundamente el suicidio de su hermano mayor en octubre de 1919, comunicado en una carta a la familia, como reacción ante el «infortunio de Alemania». A mediados de los años veinte estaba ya leyendo a Houston Stewart Chamberlain, y cuando descubrió *Mi lucha* se convirtió al nazismo, transformando su compromiso en un culto al héroe real cuando escuchó hablar a Hitler en la ciudad en 1925. No tardó en atraer la atención del Caudillo con una producción que parecía interminable de poemas que glorificaban el movimiento y a su jefe. Se han descrito como «superiores a la producción de otros versificadores racistas» y se publicaron todos en un solo volumen en 1929.[122]

Cuando estaba estudiando en Munich (unos estudios que nunca terminó) ingresó en la Liga de Estudiantes Alemanes Nacionalsocialistas, ascendiendo rápidamente a la cúspide de la delegación de la Universidad de Munich, que era donde Hitler le había aconsejado estudiar. Fue su éxito en ese puesto el que le propulsó hasta la jefatura nacional de la Liga en 1928, en la que sustituyó a Wilhelm Tempel. Schirach purgó la Liga de sus elementos socialrevolucionarios y la dirigió en una campaña

extremadamente vigorosa para obtener representantes en los sindicatos de estudiantes de ciertas universidades. La Liga desplazó a las sociedades y hermandades de duelo tradicionales, bastante acartonadas, se labró una reputación por sus acciones provocadoras e hizo campaña sobre temas como la reducción del hacinamiento en las clases (imponiendo un límite al número de estudiantes judíos), la expulsión de los profesores pacifistas, la creación de nuevas cátedras de materias como «estudios raciales» o «ciencia militar», y la subordinación de las universidades a los intereses nacionales, prescindiendo de la búsqueda de conocimiento como un fin en sí mismo. En el verano de 1932 ya habían obtenido un éxito muy pregonado en combinación con políticos locales y profesores de derechas al conseguir obligar a abandonar su cátedra de Heidelberg a Emil Julius Gumbel, un personaje especialmente odiado como judío, socialista, pacifista y por su campaña contra la parcialidad de la judicatura en favor de la derecha, lo que hizo que una revista de Frankfurt proclamase que «Heidelberg ha abierto así la era del Tercer Reich en la esfera académica».[123]

Schirach, evitando cuidadosamente enfrentarse a las hermandades, consiguió aumentar el apoyo en las elecciones estudiantiles a la Liga, que, en julio de 1931, consiguió el control de la organización nacional de los Sindicatos Generales de Estudiantes con la ayuda de otros grupos afines de derechas. En 1932 los estudiantes votaron a favor del «principio de jefatura» a través del Sindicato Nacional, aboliendo por completo las elecciones. Aunque los miembros de la Liga de Estudiantes Nazis no llegaron nunca a ser ni siquiera un 10 por 100 del total de los miembros de las hermandades nacionales, los nazis se habían hecho con la representación estudiantil en Alemania. Hitler, impresionado por ese éxito, eligió a Schirach para la jefatura de las Juventudes Hitlerianas el 3 de octubre de 1931.[124]

No sólo se crearon organizaciones específicas para las mujeres, los jóvenes, los estudiantes y los escolares, sino también para muchos otros sectores de la sociedad alemana a finales de los años veinte. Había agrupaciones para funcionarios, para heridos de guerra, para los campesinos y para muchos otros electores potenciales, a cada una de las cuales se dirigía un tipo particular y específico de propaganda. Había incluso una

especie de movimiento sindical, designado con el engorroso nombre de Organización de Células de Fábrica Nacionalsocialistas, que cosechó una notoria falta de éxito en su intento de atraer a los obreros de la industria, que estaban organizados ya en sindicatos de orientación socialista, católica o comunista, o sin trabajo, por lo que ya no necesitaban un sindicato.[125] Pero los nazis aún tenían por entonces un atractivo especial para las clases medias bajas, para los artesanos, tenderos y trabajadores autónomos. Era frecuente que arrebatasen a miembros de esos grupos sociales a otros movimientos similares. El Sindicato Nacionalista Alemán de Empleados de Comercio, por ejemplo, tuvo una actuación clave en la politización de muchos jóvenes encauzándolos hacia el nazismo.[126] Fundado en el periodo guillermino, articuló los resentimientos de muchos empleados varones en un mundo en el que las mujeres estaban empezando a ocupar puestos de trabajo secretariales y otros parecidos cada vez en mayor número, y los grandes patronos de los bancos, las corporaciones financieras, las compañías de seguros y demás solían considerarse judíos por religión, origen étnico o, simplemente, carácter. Bastante antes de la guerra, ese sindicato había lanzado ataques furiosos contra los judíos como los arquitectos de la proletarización de sus miembros.[127] Un joven funcionario, nacido en 1886, ingresó en el sindicato en 1912 y comentó más tarde que creía que el gobierno estaba dominado por los judíos incluso en la época del káiser. Cuando dejó por fin a los nacionalistas por los nazis en 1923, después de asistir a una concentración del partido, comentó que «esto es lo que yo había estado buscando desde 1912».[128] Lo mismo debió de pasar con muchos nazis mayores procedentes del mismo medio.

Strasser fomentó la creación de esta estructura extremadamente compleja de subdivisiones dentro del movimiento, aunque muchas de las diferentes ramas, como las Juventudes Hitlerianas o la Organización de Células de Fábrica, tuviesen pocos miembros y no pareciese que fuesen a ser demasiado útiles a corto plazo. Los objetivos que él se planteaba eran a largo plazo. El propósito era que todo ello formara la base para la creación de una sociedad regida por instituciones sociales nazificadas una vez que Hitler llegase al poder. Strasser dedicó una gran cantidad de energía y de diplomacia a la creación de este orden social nazi embrionario. A corto

plazo ayudó al partido a dirigir su mensaje electoral hacia casi todos los grupos de posibles votantes de la sociedad alemana, contribuyendo a politizar instituciones sociales que se habían considerado anteriormente ellas mismas más o menos apolíticas por su naturaleza. Eso significó que el partido dispondría de la posibilidad de expandirse con facilidad si experimentaba de pronto un rápido ingreso de nuevos miembros. Y toda la estructura se mantenía unida por la lealtad incondicional a un caudillo cuyo poder era ya absoluto, y cuyo carisma se nutría a diario de la adulación de su grupo inmediato de subordinados.[129]

LAS RAÍCES DEL COMPROMISO

I

El movimiento nazi, tal como se había desarrollado a finales de la década de 1920, se basaba en la energía y el fanatismo de sus miembros activos. Sin ellos, habría sido sólo otro partido político más. El Tercer Reich lo crearon en igual medida los miembros ordinarios de los camisas pardas en la calle que el Partido Nazi. ¿Qué era, pues, lo que vinculaba a los jóvenes al movimiento nazi con un sentimiento de compromiso tan inquebrantable y tan terrible? ¿De dónde brotaba la violencia de los camisas pardas? Es evidente que el carisma de Hitler tuvo su importancia; pero gran número de miembros del partido, sobre todo en el norte de Alemania, ingresaron en él casi sin conocerle. El dinamismo del movimiento tenía raíces más hondas. Las autobiografías y diarios de una serie de nazis destacados aportan algunas claves. Y hay una excelente fuente contemporánea que nos proporciona algunos atisbos excepcionales de la mentalidad del activista nazi. En 1934 el sociólogo Theodore Abel, un profesor de la Universidad de Columbia, de Nueva York, consiguió que el partido se prestara a colaborar en un concurso de redacciones en el que se pedía a individuos que habían ingresado en él o en los camisas pardas antes del 1 de marzo de 1933 que redactasen breves testimonios. Le fueron enviados varios centenares, y aunque tanto el partido como los participantes consideraron el concurso una oportunidad para convencer a los estadounidenses de la sinceridad y la entrega de su movimiento, la insistencia de Abel en que se daría el premio a la versión más sincera y digna de confianza parece que garantizó un grado razonable de exactitud, al menos en la medida en que la autenticidad de los testimonios podía verificarse.[130]

Para el activista de base las teorías complejas de hombres como Rosenberg, Chamberlain, Spengler y otros intelectuales eran un libro cerrado. Incluso escritores populares como Lagarde y Langbehn atraían principalmente a las clases medias ilustradas. Eran mucho más importantes vetustos propagandistas antisemitas populares como Theodor Fritsch, cuyo *Manual sobre la cuestión judía*, publicado en 1888, alcanzó las cuarenta ediciones en 1933. La editorial de Fritsch, Hammer Verlag, sobrevivió a la Primera Guerra Mundial y siguió publicando gran cantidad de libros y folletos populares que eran muy leídos entre los nazis de base.[131] Como escribió en 1934 un miembro de las Fuerzas de Asalto:

> Después de la guerra empecé a interesarme mucho por la política y leía con mucho interés los periódicos de todos los matices políticos. En 1920 leí por primera vez en un periódico de derechas un anuncio de una publicación antisemita, y así fue como me hice suscriptor de *Hammer*, de Theodor Fritsch. Con la ayuda de esa publicación pude enterarme de la influencia devastadora de los judíos sobre el pueblo, el Estado y la economía. He de decir, además, que esa publicación fue para mí el puente hacia el gran movimiento de Adolf Hitler.[132]

Más significativa aún fue, sin embargo, la inspiración proporcionada por los elementos básicos de la propaganda nazi: los discursos de Hitler y Goebbels, los desfiles, las banderas y las marchas. En este ámbito, era más probable que se asimilasen las ideas a través de órganos como la prensa nazi, la propaganda electoral y los carteles que a través de ensayos ideológicos serios. Entre los militantes de base del partido de la década de 1920 y principios de la de 1930, el aspecto más importante de la ideología nazi era su insistencia en la solidaridad social (la idea de la comunidad racial orgánica de todos los alemanes), seguida a cierta distancia por el nacionalismo extremo y el culto a Hitler. El antisemitismo, sin embargo, era significativo sólo para una minoría, y para una buena proporción de éstos era sólo una cosa secundaria. Cuanto más jóvenes eran los individuos, menos importante era la ideología y más significativos elementos como la insistencia en la cultura alemana y en la figura de Hitler como caudillo. El antisemitismo ideológico era, sin embargo, más fuerte entre la generación de nazis de más edad, lo que atestiguaba el influjo latente de grupos antisemitas activos antes de la guerra, así como de las familias nacionalistas en las que muchos de ellos se habían criado.[133]

Los hombres solían acudir al ala paramilitar del Partido Nazi después de haber servido en el frente en 1914-1918, yde pasar luego a organizaciones de extrema derecha como la Sociedad Thule o los Cuerpos Libres.[134] El joven Rudolf Höss, por ejemplo, futuro comandante de Auschwitz, llegó al partido por esa vía. Nacido en 1901 en Baden-Baden, se crió en el suroeste de Alemania en una familia católica. Su padre, un vendedor, quería que se hiciese sacerdote y, según Höss, le inculcó un fuerte sentido del deber y de la obediencia; pero lo obnubiló también con historias del periodo que había pasado como soldado en África y la abnegación y el heroísmo de los misioneros. Höss perdió la fe, según escribió más tarde, al descubrir que su confesor había revelado un secreto que él le había confiado. Cuando estalló la guerra, se enroló en la Cruz Roja y luego, en 1916, en el antiguo regimiento de su padre, con el que sirvió en Oriente Próximo. Al final de la contienda, con sus padres ya muertos, se alistó en una unidad de Cuerpos Libres en el Báltico, donde tuvo una experiencia personal y directa de la brutalidad de la guerra civil.

Cuando regresó a Alemania, se enroló en una organización clandestina sucesora de los Cuerpos Libres, y en 1922 participó en el brutal asesinato de un hombre al que él y sus camaradas creían un espía comunista infiltrado en sus filas, al que dejaron convertido en una masa sanguinolenta con las porras, degollaron con un cuchillo y acabaron rematando con un tiro de revólver. Höss fue detenido y encarcelado en la prisión de Brandeburgo, donde se convenció, como explicaría más tarde, de la naturaleza incorregible de la mente criminal. Le sorprendió profundamente el «lenguaje obsceno e insolente» de sus compañeros de prisión, y le sobrecogió comprobar que ésta se había convertido en una escuela de delincuentes en vez de un lugar para reformarlos. Höss, limpio, aseado, ordenado y habituado a la disciplina, se convirtió muy pronto en un preso modelo. La corrupción y el matonismo burdos de algunos de los carceleros le hizo pensar que un trato más honesto y más humano de los presos podría haber tenido efectos positivos. Pero llegó a la conclusión de que, entre sus compañeros de cárcel, había muchos a los que era completamente imposible redimir.[135] Unos meses después de su detención había ingresado en el Partido Nazi. Aunque aún habría de pasar en la cárcel la mayor parte del

resto de la década de 1920, como muchos otros que estaban en su situación, salió en libertad mucho antes de completar la condena en virtud de un acuerdo entre los diputados de extrema izquierda y de extrema derecha del Reichstag, que votaron a favor de una amnistía general para los presos políticos.[136] Pero es evidente que, al salir de la cárcel, el Partido Nazi le proporcionaría la disciplina, el orden y el compromiso que tan obviamente necesitaba en la vida.

Uno de los cómplices de Höss en el asesinato era otro miembro de los Cuerpos Libres de Rossbach, Martin Bormann, nacido en 1900, hijo de un empleado de correos y que había estudiado técnicas agrícolas. Durante la guerra se alistó en el Ejército, pero lo destinaron a una guarnición y no participó en ningún servicio activo. Sin embargo, le resultó imposible, como a Höss, adaptarse a la vida civil. Entró en contacto con los Cuerpos Libres cuando les proporcionó una base en la finca donde trabajaba en Mecklenburgo. Además de incorporarse a éstos, ingresó también en la llamada «Asociación contra la Arrogancia de los Judíos», otro grupo marginal de la extrema derecha, diminuto e insignificante por lo demás. Bormann no estuvo tan directamente implicado en el asesinato como Höss, y sólo tuvo que cumplir un año de cárcel. Salió en libertad en febrero de 1925, ya finales de 1926 se había convertido en un empleado a jornada completa del Partido Nazi, desempeñando una infinidad de tareas administrativas, primero en Weimar y luego en Munich. Absolutamente incompetente como orador, no se sentía inclinado, a diferencia de Höss, a la violencia física por naturaleza, y se convirtió en un especialista en seguros al servicio del partido y de sus miembros, organizó ayuda financiera y de otro tipo para camisas pardas con problemas y empezó poco a poco a hacerse indispensable para el movimiento. Pero el hecho de que fuese sobre todo un administrador no puede ocultar el carácter fanático de su compromiso político. Como Höss y como tantos otros, reaccionó a la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial entregándose a las formas más extremas de nacionalismo resentido, antisemitismo rabioso y odio a la democracia parlamentaria. Entró muy pronto en contacto con Hitler, cayó totalmente bajo su hechizo y no tardó en impresionar al caudillo nazi por su lealtad y su admiración ilimitadas e incondicionales.

Ante otros miembros de la jerarquía del partido, especialmente los de los niveles más bajos, podía mostrar una parte de sí mismo completamente distinta, revelando al hacerlo una ambición vital que habría de acabar convirtiéndolo en uno de los personajes clave del Tercer Reich, sobre todo en las etapas finales de la guerra.[137]

Con hombres como éstos, y aún más con personajes un poco mayores que habían adquirido su experiencia militar en el servicio activo en los principales campos de batalla de la guerra, estaba claro que los Cuerpos Libres eran realmente, tal como se ha dicho, la «vanguardia del nazismo», pues aportaron buena parte de sus cuadros dirigentes a mediados de la década de 1920.[138] Pero por entonces estaba ingresando ya en el partido una generación más joven, la generación de posguerra, ávida de emular las hazañas ya legendarias de los que habían combatido en el frente. Había un puñado de ellos que procedían del Partido Comunista y a los que había atraído el extremismo político, el activismo y la violencia, independientemente de la ideología. «Yo abandoné el partido en 1929— informaba uno— porque ya no podía estar de acuerdo con las órdenes de la Unión Soviética». Pero para este activista concreto la violencia era una forma de vida. Siguió asistiendo a todo tipo de actos del partido y participando en la lucha callejera al lado de sus viejos camaradas hasta que un dirigente nazi local le ofreció un cargo.[139] Para hombres como éste la violencia era como una droga, lo mismo que lo era claramente también para Rudolf Höss. En muchos casos no tenían la menor idea de por qué estaban luchando. Un joven nazi decía que, presenciando cómo unos adversarios de los nazis intentaban torpedear un mitin de éstos, «me hice instintivamente nacionalsocialista», antes incluso de saber cuáles eran los objetivos del partido.[140] Otro, que se incorporó al movimiento nazi en 1923, vivió una vida de activismo violento casi incesante, sufriendo palizas, puñaladas y detenciones durante la mayor parte de un decenio, como explicaba detalladamente en su texto autobiográfico; estos enfrentamientos, más que las ideas concretas del movimiento, eran lo que daba sentido a su vida. Para un joven nacido en 1906 en una familia socialdemócrata la hostilidad hacia los comunistas fue una de las razones básicas de su ingreso en el Partido Nazi. Sus experiencias en la unidad de los camisas pardas conocida como la

«escuadra de los asesinos» fueron, diría más tarde, «demasiado maravillosas y tal vez también demasiado duras para que pueda escribir sobre ellas».[141]

Una crónica particularmente gráfica, aunque en absoluto excepcional, de las actividades de los camisas pardas la aportó un maestro nacido en 1898 que había luchado en la guerra y que, después de participar en actividades de extrema derecha a principios de la década de 1920, se unió a los nazis en 1929. Una noche encargaron a su grupo la misión de impedir que los «rojos» reventaran un mitin nazi en una población cercana:

> Nos juntamos todos a la entrada de la población y nos pusimos brazaletes blancos, y luego empezó a oírse el paso atronador de nuestra columna, de unos 250 hombres, que iniciaba la marcha. Sin armas, sin palos, pero con los puños cerrados, desfilamos en perfecto orden y con una férrea disciplina entre los gritos y los insultos de la multitud que había delante del local del mitin. Ellos empuñaban palos y tablas de vallas. Eran las diez de la noche. Con unas cuantas maniobras en el centro de la calle, empujamos a la multitud contra las paredes para despejar el camino. Justo en ese momento, pasó un carpintero en una camioneta que llevaba un ataúd negro. Cuando pasaba, uno de nosotros dijo: «Bueno, a ver a quién podemos meter ahí dentro». Los gritos, chillidos, silbidos y aullidos eran cada vez más fuertes.
>
> Las dos filas de nuestra columna se mantenían inmóviles, cargadas de energía. Una señal y seguimos avanzando hacia el local, donde unos cuantos cientos de saboteadores estaban intentando hacer callar a nuestro orador. Llegamos justo a tiempo, marcando el paso, y nos fuimos situando en las paredes hasta que los tuvimos rodeados, dejando sólo una abertura en la entrada. Suena un silbato. Fuimos cerrando el círculo. Al cabo de diez minutos [...] les habíamos echado a la calle. El mitin continúa mientras fuera se desata el infierno. Luego escoltamos al orador hasta la salida, abriéndonos paso una vez más a través de una multitud arremolinada en formación cerrada.

Para el guardia de asalto, los «marxistas» eran el enemigo, lo mismo que lo eran para muchos ex combatientes que luchaban animados por lo que él llamaba «el espíritu de la camaradería del frente, que se eleva del humo de las vasijas sacrificiales de la guerra y se abre camino hasta los corazones del pueblo alemán que ha despertado».[142]

II

Los «viejos luchadores» como éstos enumeraban con orgullo las heridas y las ofensas que les habían infligido sus enemigos. «La persecución, el acoso, las burlas y el ridículo» que habían padecido no hacían más que

fortalecer su resolución.[143] En un mitin que se celebraba en Idar-Oberstein, según un militante del partido, nacido en 1905, aparecieron cuatrocientos miembros de los camisas pardas, entre los que figuraba él:

> Nuestros cuatro oradores dijeron uno tras otro lo que tenían que decir, interrumpidos por silbidos y abucheos furiosos. Pero cuando, en el debate que siguió, se reprendió a un interlocutor por decir: «No queremos a la peste parda en nuestra hermosa ciudad», entonces empezó el jaleo. Se inició una batalla con jarras de cerveza, sillas y cosas así, y en dos minutos el local quedó destrozado y se había largado todo el mundo. Tuvimos que volver con siete camaradas gravemente heridos aquel día, y nos tiraron piedras y hubo algunas agresiones más a pesar de la protección de la policía.[144]

Pero la intensidad del odio y el resentimiento de los miembros de las unidades de asalto nazis hacia los socialdemócratas y también hacia los comunistas sólo puede entenderse teniendo en cuenta su impresión de que estaban sometidos a ataques constantes no sólo de la organización paramilitar de los socialdemócratas, la Reichsbanner, sino también, en muchas zonas, de la policía, que en Prusia al menos estaba controlada por ministros socialdemócratas, como Carl Severing y Albert Grzesinski. «El terrorismo que utilizaban contra nosotros la policía y el gobierno», como decía un miembro de las tropas de asalto, era otro motivo de resentimiento contra la República.[145]

Esos hombres se indignaban porque los detenían por pegar y matar a individuos a los que consideraban enemigos de Alemania, y culpaban de las penas de cárcel que a veces tenían que cumplir a las «autoridades judiciales marxistas» y a la «corrupción» de la República de Weimar.[146] Su odio a los «rojos» era casi inconmensurable. Un joven nazi todavía arremetía en 1934 contra «la marea roja [...], hordas de mercenarios rojos, acechando en la oscuridad», o como decía otro camisa parda, la «chusma asesina roja [...], las hordas aullantes y vociferantes [...], rostros llenos de odio, furiosos, dignos de que los estudiase un criminólogo».[147] Su odio estaba alimentado por innumerables enfrentamientos, que llegaban a convertirse en incidentes terribles, como una batalla a tiros tristemente célebre que estalló en un tren de la línea Berlín-Lichtenfels el 27 de marzo de 1927. Los camisas pardas comparaban la criminalidad comunista con lo que consideraban su propio abnegado idealismo. Un miembro de los grupos de asalto informaba con orgullo de que la lucha de finales de la década de 1920 «exigía sacrificios

económicos, además de psicológicos, de todos los camaradas. Noche tras noche, había que repartir octavillas que teníamos que pagar nosotros mismos. Había una concentración al mes [...] que siempre dejaba a nuestra pequeña delegación local de 5-10 miembros 60 marcos de deudas porque nadie nos quería alquilar un local si no pagábamos por adelantado».[148] La afirmación tan a menudo repetida de que muchos camisas pardas sólo ingresaban en la organización porque les ofrecía comida, bebida, ropa y alojamiento gratis, no menciona esos tipos de diversión emocionantes y brutales, hace escasa justicia al fanatismo, que era la motivación de muchos de ellos. Sólo los militantes más viejos ingresaban con la esperanza de conseguir un trabajo o de recibir apoyo económico. Para los jóvenes eso no importaba tanto.[149] Los dirigentes estudiantiles nazis contraían a menudo cuantiosas deudas pagando de su bolsillo carteles y panfletos.[150] Y debía de pasarles lo mismo a muchos otros.

Por supuesto, testimonios como éstos, dirigidos a un sociólogo estadounidense, era natural que destacasen la abnegación y la entrega de sus autores.[151] Sin embargo, es difícil captar todas las dimensiones del fanatismo y el odio de los miembros de los grupos de asalto a menos que aceptemos que solían creer que estaban sacrificándose por la causa. Hasta el propio Hitler lo destacaba al explicar, en un discurso pronunciado en enero de 1932, que no había que

> olvidar que es un sacrificio que muchos cientos de miles de hombres del movimiento nacionalsocialista suban todos los días a los camiones, protejan los mítines, realicen marchas, se sacrifiquen noche tras noche y no regresen hasta el amanecer... y que luego vuelvan al taller o a la fábrica o acudan a recoger la limosna que les dan como parados; que compren los uniformes, las camisas, los brazaletes e incluso paguen el transporte sacándolo de lo poco que tienen... ¡Creedme, eso es ya una prueba del poder de un ideal, de un gran ideal![152]

El Partido Nazi dependía de esa entrega de sus militantes; gran parte de su poder y de su dinamismo procedía del hecho de que no dependía de las grandes empresas ni de instituciones burocráticas como los sindicatos para su sostenimiento económico, como dependían los partidos «burgueses» y los socialdemócratas en grados variables, y aún menos de las subvenciones secretas de una potencia extranjera, como en el caso de los comunistas, financiados por Moscú.[153]

A muchas personas las ganó para el nazismo la demagogia de Hitler. Sus discursos, que pronunciaba ahora en concentraciones de masas espectacularmente organizadas y en grandes mítines que se celebraban al aire libre, tenían mayor poder que nunca a finales de la década de 1920. Un joven nacionalista, nacido en 1908, había asistido a mítines de lumbreras de la extrema derecha como Hugenberg y Ludendorff hasta que, finalmente, encontró la inspiración cuando

> escuché hablar en persona a Adolf Hitler. Después de esto, sólo había para mí una cosa, o triunfar con Adolf Hitler o morir por él. La personalidad del Caudillo me hechizó por completo. El que llega a conocer a Adolf Hitler con un corazón puro y sincero se enamora de él con todo su corazón. Le amará no por un motivo materialista, sino por Alemania.[154]

Hay muchos otros testimonios parecidos, desde el de un metalúrgico antisemita, nacido en 1903, que descubrió en un mitin de Hitler en 1927 que «nuestro Caudillo irradia un poder que nos hace fuertes a todos», al de otro miembro de un grupo de asalto, nacido en 1907, que explicaba cómo había caído bajo el hechizo de Hitler en 1929 en Nuremberg: «Cómo brillaban sus ojos azules cuando desfilaban ante él sus tropas de asalto a la luz de las antorchas, un mar interminable de llamas meciéndose por las calles de la antigua capital del Reich».[155]

Gran parte del atractivo de los nazis residía en su promesa de acabar con las divisiones políticas que asolaban a Alemania durante la República de Weimar. Un empleado de 18 años que asistía a los mítines durante unas elecciones regionales en 1929, se quedó impresionado con el orador nazi

> por su entrega sincera a la causa del conjunto del pueblo alemán, cuya mayor desdicha era estar dividido en tantas clases y partidos. ¡Finalmente una propuesta práctica para la renovación del pueblo! ¡Destruir los partidos! ¡Acabar con las clases! ¡Verdadera comunidad nacional! Éstos eran los objetivos a los que yo podía entregarme sin reservas.[156]

Eran relativamente pocos, en realidad, los que se decidían a participar activamente en el movimiento por la lectura de obras políticas o ideológicas. Lo que contaba era lo que se transmitía de viva voz. Aunque no todo el mundo se quedaba hipnotizado con la oratoria de Hitler. Una joven nazi de clase media seria e idealista como Melita Maschmann, por ejemplo, lo admiraba como un «hombre del pueblo» que se había elevado saliendo

de la oscuridad, pero, incluso en la concentración anual del partido, estaba tan ocupada, como escribiría más tarde, que «no pude entregarme a la "disipación" del arrebato extático». Los desfiles y espectáculos le parecieron aburridos y absurdos. Para ella el nazismo era un ideal patriótico más que el culto a un dirigente concreto.[157] Para los partidarios del nazismo de clase media, y tal vez sobre todo para las mujeres, la violencia callejera era algo que se toleraba a regañadientes o se procuraba ignorar.

Muchas de esas personas sólo llegaban al nazismo vacilantemente. Y, además, ingresar en el partido significaba a menudo un grado de entrega inferior al de los jóvenes camisas pardas entrevistados por Theodore Abel. Una proporción sustancial de sus miembros lo abandonaban después de permanecer sólo un periodo de tiempo relativamente breve en sus filas. Pero, a principios de la década de 1930, su fuerza de atracción empezaba a actuar ya fuera del ámbito de la clase media baja, que había sido su base principal de reclutamiento desde su fundación. Los funcionarios del partido, siempre deseosos de demostrar que tenían apoyo entre la clase obrera, solían clasificar como trabajadores a miembros que en realidad no lo eran. Investigaciones locales detalladas han demostrado que los informes oficiales del partido sobre sus miembros, basados en su propio censo interno de 1935, atribuían al elemento obrero una presencia de algo más del doble que la que en realidad era, es decir, aproximadamente un 10 por 100 en la segunda ciudad de Alemania, Hamburgo, diez años antes, en 1925.[158] Los asalariados parecen haber sido también el grupo social más proclive a dejar el partido y, por tanto, el que era menos probable que se hiciera notar en las cifras de 1935, en las que se basan la mayoría de los cálculos. Pero Hamburgo era un centro tradicional del movimiento obrero, cuya fuerza hacía que a los nazis les resultase difícil penetrar allí. En zonas de Sajonia, donde el movimiento obrero era más débil e industrias tradicionales de pequeña escala creaban una estructura económica diferente de la de centros industriales modernos y altamente racionalizados como Berlín o el Ruhr, había una proporción más elevada de trabajadores manuales asalariados entre los miembros del partido. Los obreros más jóvenes, que no habían ingresado en un sindicato porque aún no habían empezado a trabajar, eran particularmente susceptibles a la fuerza de atracción del Partido Nazi en

Sajonia. Puede que perteneciesen a la clase obrera en un sentido económico básico hasta un tercio de los miembros del Partido Nazi de la provincia a finales de la década de 1920. La clase media baja de la ciudad y del campo seguía notoriamente hiperrepresentada en relación con su número en el total de la población. Pero a principios de la década de 1930 la proporción de miembros del Partido Nazi de clase media y alta estaba aumentando en Sajonia, a medida que el partido iba haciéndose más respetable. Poco a poco, los nazis estaban alejándose de sus humildes y modestas raíces y empezaban a captar a miembros de las elites sociales alemanas.[159]

III

Entre la nueva generación de dirigentes nazis que se incorporaron al movimiento a mediados de los años veinte, hubo un hombre que habría de tener una actuación particularmente destacada en el Tercer Reich. Pocos habrían considerado a primera vista que Heinrich Himmler, nacido en Munich el 7 de octubre de 1900, estuviese destinado a destacar en algo. Era hijo de un maestro católico de ideas lo suficientemente conservadoras como para que se le considerase durante un tiempo, en la década de 1890, un profesor particular apropiado para un joven miembro de la familia real bávara. Heinrich, procedente de un medio respetable de clase media culta, fue un niño enfermizo y muy miope que pasó por varias instituciones pedagógicas, pero que parece ser que recibió una sólida formación académica en colegios de secundaria de Munich y Landshut. Un condiscípulo suyo, Georg Hallgarten, que se convirtió más tarde en un famoso historiador de izquierdas, dio testimonio de la inteligencia y la capacidad de Himmler. Los informes escolares lo describen como responsable, trabajador, ambicioso, capaz y educado, un alumno modelo en todos los sentidos. Su patriótico padre hizo ímprobos esfuerzos para que ingresara en el Ejército, llegando a manifestar que estaba dispuesto a acortar sus estudios para hacerlo. Los diarios y notas de lectura del joven Heinrich muestran con qué intensidad se impregnó de la mitología de 1914, la idea de la guerra como la cumbre del triunfo del hombre y de la lucha como la fuerza motriz de la historia y de la existencia humanas. Pero lo

máximo que consiguió fue poder recibir instrucción como cadete sin lograr combatir nunca en el frente. Fue un ejemplo particularmente notorio de los miembros de la generación que no llegó a ir al frente y que lamentaron amargamente no haber podido combatir en la guerra y se pasaron gran parte de su vida posterior intentando compensar esa carencia decisiva del primer periodo de su existencia.[160]

Después de aprobar brillantemente sus exámenes finales de secundaria, Himmler pasó a estudiar agricultura en la Escuela Técnica Superior de Munich, siguiendo el consejo de su padre, y sobresalió también allí, licenciándose con excelentes calificaciones en 1922. Ingresó asimismo en una hermandad de duelistas y, después de algunos problemas para encontrar a un espadachín que lo tomase lo suficientemente en serio como para aceptar un desafío, adquirió las cicatrices faciales obligatorias. Pero ingresó, al mismo tiempo, en la Fuerza de Defensa Ciudadana de Kahr y luego cayó bajo la influencia de Ernst Röhm, que le impresionó con su celo militar. El entorno de extrema derecha en el que había pasado a sumergirse le condujo al antisemitismo revolucionario, y en 1924 arremetía ya «contra la hidra de la Internacional negra y roja de los judíos y el ultramontanismo de los masones y los jesuitas, del espíritu comercial y de la burguesía cobarde».[161] Con la cabeza grande, la espalda y los costados cortos, un corte de pelo de budinera, gafas redondas, barbilla huidiza y bigotillo fino, Himmler se parecía mucho al maestro que había sido su padre, y nada en absoluto a un luchador callejero nacionalista fanático. Unos cuantos meses más tarde, con un estandarte en la mano en lugar de una pistola, formaba parte de una unidad del grupo Bandera de Guerra del Reich de Röhm, que ocupó brevemente el Ministerio de la Guerra bávaro en la primera fase del abortado golpe de Munich del 8-9 de noviembre.[162]

Himmler salió bien librado del golpe, pues no lo detuvieron y tuvo así la oportunidad de ascender en el movimiento en un periodo en el que Hitler estaba en la cárcel o tenía prohibido hablar en público y en el Partido Nazi reinaba el desconcierto. Se vinculó (fue un acierto en ese periodo) a un dirigente en ascenso, Gregor Strasser, convirtiéndose primero en su secretario, luego en subjefe regional en dos zonas diferentes y en subjefe de propaganda del Reich. Pero no era un discípulo de Strasser. Había caído ya

por entonces bajo el hechizo de Hitler, más por contacto personal en el desempeño de sus diversas funciones oficiales, que incluían, claro está, la asistencia a sus discursos, que por la lectura de *Mi lucha*, sobre el que escribió varias notas críticas («los primeros capítulos sobre su juventud contienen muchos puntos débiles»). Para el joven Himmler, que entonces tenía sólo veintitantos años y andaba desesperadamente a la deriva en el mar agitado de la política paramilitar del periodo que siguió al golpe fallido, Hitler ofrecía seguridad, un caudillo al que admirar, una causa que seguir. Desde 1925, año en que pasó a formar parte del partido recién reconstituido, Himmler desarrolló un ilimitado culto al héroe centrado en el caudillo nazi; tenía un cuadro de Hitler en la pared de su despacho y hasta se ha dicho que conversaba con él.[163]

En 1926 se casó, y su esposa, que le llevaba siete años, influyó mucho en él, haciéndole interesarse por el ocultismo, las hierbas medicinales, la homeopatía y otras creencias no convencionales, algunas de las cuales habría de intentar más tarde imponer a sus subordinados. Aunque el matrimonio no duró mucho, esas ideas sí. Fue abandonando gradualmente la piedad católica convencional de su juventud y se convirtió en un entusiasta del lema «sangre y tierra», uniéndose a los Artamans, un grupo nacionalista al que había pertenecido Rudolf Höss. Cayó allí bajo la influencia de Walther Darré, un entusiasta de las ideas raciales «nórdicas». Darré había nacido en Argentina en 1895 y había estudiado, un hecho un tanto incongruente, en Wimbledon, Inglaterra, y servido en el Ejército alemán durante la guerra. Luego se había convertido en un especialista en reproducción selectiva de animales, lo que le condujo a la política de «sangre y tierra», aunque no inmediatamente al Partido Nazi. Himmler se imbuyó a través de Darré de una firme creencia en el destino de la raza nórdica, la superioridad de su sangre sobre la de los eslavos, la necesidad de mantener esa sangre pura y la importancia básica de un sólido campesinado alemán como garantía de futuro de la raza alemana. Arrastrado por su obsesión con el campesinado, Himmler se dedicó durante un tiempo a la agricultura, pero no le fue bien, porque dedicaba demasiado tiempo a la actividad política y de todos modos eran malos tiempos para la explotación agrícola.[164]

El 6 de enero de 1929 Hitler nombró al fiel Himmler jefe de su Brigada de Protección Personal, *Schutzstaffel*, que no tardaría en conocerse, por sus iniciales, como las SS. El origen de esta fuerza especial fue una pequeña unidad creada a principios de 1923 para actuar como guardia personal de Hitler y para proteger la sede del partido. Volvió a organizarse en 1925, cuando Hitler comprendió que los camisas pardas al mando de Röhm nunca le mostrarían la lealtad incondicional que necesitaba. Al principio estuvo al mando de Julius Schreck, comandante de la «escuadra de asalto» de los camisas pardas antes de que Hitler ingresara en prisión, y se concibió desde el principio como una formación de elite, a diferencia de la masa heterogénea del movimiento paramilitar de los camisas pardas. En las intrigas intestinas del partido de mediados de la década de 1920 estuvo al cargo de diversos dirigentes, ninguno de los cuales consiguió afirmar su independencia del creciente poder de los camisas pardas, aunque sí consiguieron convertirla en un cuerpo firmemente disciplinado y estrechamente unido. Y donde los demás habían fallado consiguió triunfar Himmler.

Desdeñando a los elementos broncos que habían formado su primer grupo de reclutas, se dedicó a convertirla en una auténtica unidad de elite, integrando en ella a oficiales del Ejército como el aristócrata pomeranio Erich von dem Bach-Zelewski y a veteranos de los Cuerpos Libres como Friedrich Karl, baron Von Eberstein. Himmler heredó una formación de sólo 290 hombres pero a finales de 1929 contaba ya con un millar y un año después, con casi tres mil. A pesar de las objeciones del alto mando de los camisas pardas, Himmler consiguió convencer a Hitler de que la hiciese completamente independiente en 1930, dotándola de un nuevo uniforme, negro en vez de pardo, y de una estructura nueva, estrictamente jerárquica y casi militar. Al surgir un movimiento de descontento e impaciencia en la organización de los camisas pardas y aumentar el peligro de una actuación independiente, Hitler convirtió las SS en una especie de policía interna del partido. Pasó a actuar con mucha mayor reserva y empezó a recoger información confidencial no sólo sobre los enemigos del partido, sino también sobre los dirigentes de los camisas pardas.[165]

Con la creación de las SS se completó la estructura básica del movimiento nazi. A finales de la década de 1920 Hitler se había convertido, en parte por las circunstancias, en parte por sus dotes oratorias y su resolución inflexible y, en parte, por la necesidad desesperada que tenía la extrema derecha de un dirigente fuerte, en el dictador indiscutible del movimiento, objeto de un creciente culto a la personalidad. Aún había tensiones dentro del movimiento; habrían de aflorar espectacularmente en los años siguientes hasta 1934. Aún había gente en puestos de mando, como Strasser y Röhm, que estaba dispuesta a criticar a Hitler y a adoptar una línea diferente de la suya si lo consideraban necesario. Pero Hitler había creado a su alrededor un grupo decisivo de hombres cuya devoción hacia él era absolutamente incondicional, hombres como Goebbels, Göring, Hess, Himmler, Rosenberg, Schirach y Streicher. Bajo esa dirección, y gracias al talento organizador de Strasser, el movimiento nazi se había convertido a mediados de 1929 en un cuerpo político complejo y bien organizado cuyo mensaje se dirigía ya a casi todos los sectores de la población. Su propaganda iba haciéndose rápidamente más refinada. Su ala paramilitar estaba enfrentándose en las calles a los Combatientes del Frente Rojo comunistas y a la Reichsbanner socialdemócrata. Su fuerza policial interna, las SS, estaba en condiciones de actuar contra los disidentes y rebeldes de sus propias filas. Había adquirido, modificado y elaborado una ideología tosca, no original en su mayor parte, pero fanáticamente sostenida, de nacionalismo extremo, antisemitismo impregnado de odio y de desprecio a la democracia de Weimar. Estaba decidido a conseguir el poder basándose en el apoyo popular en las urnas y la violencia desatada en las calles, y luego a romper los tratados de paz de 1919, emprender el rearme, reconquistar los territorios perdidos en el Este y en el Oeste y crear «espacio vital» para la colonización étnica alemana de la Europa centrooriental y oriental.

El culto a la violencia, procedente en gran parte de los Cuerpos Libres, formaba parte de la base misma del movimiento. En 1929 podía verse en acción a diario en las calles. El movimiento nazi despreciaba la legalidad y no se molestaba en ocultar su convencimiento de que la fuerza era la base del derecho. Había ideado también un medio de desviar de la jefatura del

partido la responsabilidad legal por los actos de violencia e ilegalidad cometidos por los camisas pardas y por otros elementos del movimiento. Hitler, Goebbels, los jefes regionales y el resto de los mandos sólo daban órdenes envueltas en retórica que, aunque violentas, eran también vagas: sus subordinados entendían claramente lo que se insinuaba y pasaban inmediatamente a la acción. Esta táctica ayudó a convencer a un número creciente de alemanes de clase media, e incluso de clase alta, de que Hitler y sus subordinados inmediatos no eran en realidad responsables de la sangre que derramaban los camisas pardas en las calles, en las peleas de bar y en los tumultuosos mítines, una impresión reforzada por la repetida insistencia de los mandos de los camisas pardas en que ellos actuaban con independencia de la jefatura del Partido Nazi. En 1929 Hitler había conseguido ya el apoyo, la simpatía y, en cierta medida, incluso el respaldo económico de algunas personas bien relacionadas, sobre todo en Baviera. Y su movimiento había extendido sus actuaciones a todo el país, consiguiendo un respaldo electoral significativo, en especial entre los pequeños propietarios rurales de las zonas protestantes de Franconia y de la Alemania del Norte.

Pero nada de esto podía ocultar el hecho de que, en el otoño de 1929, el Partido Nazi aún seguía estando en gran medida en los márgenes de la política. Con sólo un puñado de representantes en el Reichstag, tenía que competir con una serie de organizaciones marginales más de la derecha, algunas de las cuales, por ejemplo el denominado «Partido de la Economía», eran mayores y tenían más apoyo que él; y todos ellos resultaban casi insignificantes comparados con organizaciones más convencionales de la derecha, como el Partido Nacionalista y los Cascos de Acero. Además, los tres partidos que eran el sostén de la democracia de Weimar, los socialdemócratas, el Partido del Centro y los demócratas, aunque no contasen ya con el apoyo de una mayoría del electorado, todavía estaban en el gobierno, en una «Gran Coalición» que también incluía al partido de Gustav Stresemann, el moderado ministro de Asuntos Exteriores de más éxito y más veterano de Alemania. La República parecía haber sorteado las tormentas de principios de los años veinte (la inflación, la ocupación francesa, los conflictos armados, los trastornos sociales) y

haberse adentrado en aguas más tranquilas. Haría falta una catástrofe de grandes dimensiones para que un partido extremista como el nazi pudiese conseguir un apoyo masivo. Llegaría en 1929, con el súbito colapso de la economía como consecuencia del hundimiento de la Bolsa en Nueva York.

4

HACIA LA TOMA DEL PODER

LA GRAN DEPRESIÓN

I

«Después de mucho vagar sin rumbo de ciudad en ciudad—escribía en el otoño de 1932 un impresor de Essen de 21 años de edad—, llegué al puerto de Hamburgo. ¡Pero qué decepción! Allí había aún más miseria, más paro de lo que yo había pensado, y mis esperanzas de encontrar trabajo se vieron frustradas. ¿Qué debía hacer? Sin familia aquí, no tenía el menor deseo de convertirme en un vagabundo». El joven no se vio obligado al final a unirse a las crecientes hordas de hombres sin techo que vivían en las calles de pueblos y ciudades de Alemania (entre doscientos mil y medio millón, según los cálculos oficiales), acabó encontrando apoyo en un programa de trabajo voluntario dirigido por la Iglesia.[1] Pero había muchos que no tenían tanta suerte. El paro acababa con la autoestima de la gente y minaba su estatus, sobre todo en el caso de los hombres, en una sociedad en la que el prestigio, el reconocimiento y hasta la identidad de éstos dependían sobre todo del trabajo que hacían. Durante principios de la década de 1930 se podía ver a hombres en las esquinas de las calles, con letreros colgados del cuello: «Busco trabajo, del tipo que sea». Los escolares, cuando los sociólogos les preguntaban su opinión sobre el asunto, solían contestar que los parados se degradaban socialmente,

> pues cuanto más tiempo están sin trabajar más perezosos se vuelven, y se sienten más y más humillados, porque están viendo continuamente a otras personas que van decentemente vestidas y se enfadan porque quieren eso también y se convierten en delincuentes [...]. ¡Todavía quieren vivir! Los que son más viejos muchas veces ya no quieren eso siquiera.[2]

Se veía a los niños jugar a «contratar», y cuando un investigador pidió a algunos de ellos que escribiesen redacciones autobiográficas, también apareció en ellas el paro laboral: «Mi padre lleva ya más de tres años sin

trabajo—escribía una escolar de 14 años—: Antes aún creíamos que papá volvería a conseguir trabajo alguna vez, pero ahora hasta los niños hemos perdido la esperanza».[3]

Los efectos del paro prolongado variaban según los individuos. Los jóvenes podían ser más optimistas en lo de encontrar trabajo que los individuos de edad madura. El abatimiento aumentaba cuanto más tiempo se llevaba sin trabajo. Entrevistas realizadas en el verano de 1932 revelaban actitudes mucho más sombrías que en las realizadas dieciocho meses antes. La gente posponía los planes de matrimonio y los casados, el tener hijos. Los jóvenes vagaban sin rumbo por las calles, se quedaban en casa sumidos en la apatía y en la inercia, se pasaban el día jugando a las cartas, vagabundeando por los parques públicos o dando vueltas y vueltas en los trenes eléctricos de la Línea Circular de Berlín.[4] En esa situación, muchas veces parecía preferible la acción a la inactividad; el aburrimiento se convertía en irritación. Muchos parados, incluso chicos y chicas jóvenes, intentaban procurarse un magro sustento como músicos callejeros, en tareas de limpieza, vendiendo en la calle o con cualquier otra de las actividades tradicionales de los marginados. Grupos de niños acechaban junto a la entrada de los locales nocturnos de moda de Berlín ofreciéndose a «cuidar» los coches de la gente rica, una forma primitiva de protección forzada practicada también de una manera menos inocua por los mayores. Clubes excursionistas informales y agrupaciones juveniles de clase obrera se convertían fácilmente en las llamadas «pandillas salvajes», bandas de muchachos que se reunían en edificios abandonados, hurgaban en las basuras buscando restos de comida, robaban para poder sobrevivir, luchaban con bandas rivales y tenían frecuentes choques con la policía. Los índices de delincuencia en sí no aumentaron espectacularmente, como había sucedido durante la inflación, pero hubo un aumento de nada menos que un 24 por 100 en las detenciones por robo en Berlín entre 1929 y 1932. La prostitución, masculina y femenina, se hizo más notoria y más generalizada, como consecuencia tanto de la tolerancia sexual de Weimar como de su fracaso económico, escandalizando a las clases respetables por su franqueza. La venta callejera, en su nivel más bajo, se convertía en mendicidad.[5] La sociedad alemana parecía estar hundiéndose en una

ciénaga de miseria y delincuencia. En esta situación la gente empezó a agarrarse a clavos ardiendo en el campo de la política: cualquier cosa, por muy extrema que fuese, parecía mejor que el desbarajuste desesperado en el que parecía estar sumida.

¿Cómo se había producido aquella situación? El paro había sido ya alto después de las reformas económicas que habían puesto fin a la gran inflación en 1923. Pero a principios de la década de 1930 la situación había empeorado inconmensurablemente. La recuperación de la economía alemana después de la inflación había sido financiada en gran parte por las cuantiosas inversiones de la mayor economía del mundo, Estados Unidos. Las tasas de interés alemanas eran altas y el capital afluía al país; pero en la reinversión adoptó principalmente la forma, y ese hecho fue crucial, de préstamos a corto plazo. La industria alemana pasó a depender en gran medida de esos fondos en su tarea de racionalizar y mecanizar. Empresas como Krupps y Siderúrgicas Unidas tomaron en préstamo grandes sumas de dinero. Empresas estadounidenses invirtieron directamente en Alemania, abriendo fábricas de automóviles Ford en Berlín y en Colonia, y la General Motors compró la fábrica de automóviles Opel de Rüsselsheim, cerca de Frankfurt, en 1929. Los bancos alemanes solicitaron préstamos al exterior para financiar sus propias inversiones en la economía alemana.[6] Esto constituía una situación intrínsecamente precaria para la banca y la industria alemanas, y al final de la década se convirtió en catástrofe.

A lo largo de 1928, todos los países industrializados más destacados empezaron a imponer restricciones monetarias ante la recesión inminente. Estados Unidos empezó a reducir sus préstamos exteriores. Estas medidas eran necesarias para preservar las reservas de oro, que eran la base de la estabilidad financiera en la época del patrón oro, en que el valor de la moneda estaba vinculado en todas partes al valor de ese metal, y también en Alemania desde que se había iniciado la estabilización. Cuando determinados países empezaron a retirar los puentes levadizos monetarios, la industria empezó a sufrir. No hubo prácticamente un crecimiento de la producción industrial en Alemania en 1928-1929 y al final de aquel invierno el paro afectaba ya a casi dos millones y medio de personas. La inversión fue disminuyendo drásticamente, tal vez porque las empresas

estaban gastando demasiado en salarios y en pagos a la seguridad social, pero más probablemente por la simple escasez de capital. Al gobierno alemán le resultaba difícil recaudar dinero emitiendo bonos, porque los inversores sabían lo que había hecho la inflación con los bonos emitidos durante la guerra. Los mercados internacionales tenían muy poca confianza en que el Estado alemán pudiese resolver los problemas económicos del momento. Pronto se hizo evidente que esa falta de confianza estaba plenamente justificada.[7]

El 24 de octubre de 1929, el «jueves negro», las señales inconfundibles de una crisis económica en Estados Unidos provocaron un súbito estallido de pánico vendedor en el mercado de valores neoyorquino. Los precios de las acciones, ya sobrevalorados en opinión de algunos, empezaron a caer en picado. A principios de la semana siguiente, el 29 de octubre, el «martes negro», se produjo de nuevo un pánico vendedor muchísimo peor que el anterior; se vendieron 16, 4 millones de acciones, un récord que no se llegaría a superar en las cuatro décadas siguientes.[8] Mientras vendedores frenéticos pugnaban por vender antes de que las acciones cayeran aún más, se producían escenas de caos en la Bolsa de Nueva York. Pero estos días dramáticos de desastre eran sólo los aspectos más visibles de lo que resultaría ser una depresión continuada y aparentemente inexorable a lo largo de los tres años siguientes. El índice del *New York Times* cayó desde un máximo de 452 puntos en septiembre de 1929 a 58 en julio de 1932. El 29 de octubre, el valor de las empresas estadounidenses más importantes disminuyó en 10 billones de dólares, el doble de todo el dinero que estaba circulando en Estados Unidos en aquel momento y casi tanto como lo que el país había gastado para financiar su participación en la Gran Guerra. Las empresas empezaron a hundirse una tras otra. La demanda estadounidense de importaciones se desplomó. Los bancos entraron en crisis al desaparecer sus inversiones. Y cuando los bancos estadounidenses vieron que sus pérdidas se disparaban, empezaron a reclamar los préstamos a corto plazo con los que una parte tan notable de la industria alemana había estado financiándose los últimos cinco años.[9]

Los bancos estadounidenses empezaron a retirar sus fondos de Alemania en el peor momento posible, precisamente cuando la ya flaqueante economía alemana necesitaba un fuerte estímulo que la reanimase. Los bancos y los empresarios alemanes, al perder fondos, intentaron rehacer el equilibrio con nuevos préstamos a corto plazo. Cuanto más rápido sucedía esto, menos estable empezó a parecer la economía y más accionistas extranjeros y nacionales empezaron a sacar dinero del país.[10] Las empresas, incapaces de financiar la producción, optaron por efectuar drásticos recortes. La producción industrial, que ya estaba estancada, empezó entonces a reducirse a una velocidad vertiginosa. En 1932 su valor había disminuido en un 40 por 100 respecto a su nivel de 1929, un hundimiento sólo igualado por su gravedad por Austria y Polonia entre las economías europeas. En otros lugares la caída fue de sólo un cuarto; en Inglaterra fue del 11 por 100. Con la retirada de fondos y el desplome de la actividad económica, los bancos empezaron a tener problemas. Después de que una serie de bancos pequeños quebrasen en 1929-1930, se fueron a pique los dos mayores bancos austriacos y luego, en julio de 1931, empezaron a verse sometidos a presión los grandes bancos alemanes.[11] Las quiebras se multiplicaron. El intento de crear un mercado interno mayor estableciendo una unión aduanera entre Alemania y Austria fue bloqueado por la intervención internacional, ya que era evidente para todos la motivación política que había tras él (un paso en la dirección de la unión política entre los dos países que había sido prohibida por el Tratado de Versalles). Entregada de nuevo a sus propios recursos, la economía alemana se precipitó en una profunda depresión. Los índices de desempleo aumentaron casi exponencialmente. Con millones de personas en paro en las grandes ciudades, había menos dinero disponible para gastar en la alimentación, con lo que la crisis agrícola, ya grave, se agudizó espectacularmente y los campesinos no pudieron eludir las quiebras y las ejecuciones de hipotecas cuando los bancos reclamaron los préstamos de los que tantos de ellos dependían. Al hundirse las granjas y las fincas, los jornaleros agrícolas se quedaron también sin trabajo, extendiéndose el desempleo al campo además de a las ciudades.[12]

En 1932, estaba apuntado en las listas del paro aproximadamente un trabajador de cada tres en Alemania, con porcentajes aún más altos en algunos centros de la industria pesada como Silesia o el Ruhr. Esto dejaba pequeños todos los índices de desempleo anteriores, incluso los del peor periodo de los recortes de la estabilización. Entre 1928 y 1932, el paro aumentó de 133.000 a 600.000 en el mayor centro industrial de Alemania, Berlín, de 32.000 a 135.000 en la ciudad comercial y marítima de Hamburgo, y de 12.000 a 65.000 en la población industrial de Dortmund, en la zona de Rin-Ruhr. La industria fue evidentemente la más afectada; pero también los oficinistas y empleados perdieron su trabajo y había más de medio millón de ellos en el paro en 1932.[13] El aumento fue de una rapidez estremecedora. En el invierno de 1930-1931 había ya más de 5 millones de desempleados, y hacía poco más de un año que se había iniciado la Depresión; el número llegaba ya a los seis millones un año después. A principios de 1932, se informó de que los parados y las personas a su cargo constituían aproximadamente un quinto del total de la población de Alemania, casi trece millones de personas en total.[14] La cifra verdadera puede haber sido aún mayor, ya que no se solía contabilizar como desempleadas a las mujeres que se quedaban sin trabajo.[15]

Estas cifras terribles sólo explican una parte de la historia. Para empezar, muchos millones de trabajadores más sólo seguían en sus puestos porque aceptaban trabajar menos, pues los patronos introducían un horario reducido para intentar ajustarse al hundimiento de la demanda. Luego muchos aprendices y obreros especializados tenían que aceptar tareas serviles o no especializadas porque los trabajos para los que estaban cualificados habían desaparecido. Éstos aún eran los afortunados. Porque lo que provocaba mayor pesadumbre y desesperación era la larga duración de la crisis, que se inició en octubre de 1929 (un periodo en que el desempleo era ya bastante elevado) y no mostró indicios de disminuir durante los tres años siguientes. Sin embargo, el sistema de seguridad social, introducido unos cuantos años antes, sólo estaba previsto que cubriese un nivel de desempleo muy inferior (un máximo de 800.000 parados frente a los 6 millones que estaban sin trabajo en 1932) y sólo proporcionaba ayuda un máximo de unos cuantos meses, no los tres años completos e incluso más

estipulados antes de la crisis. Empeoró las cosas el hecho de que la drástica disminución de ingresos provocase un hundimiento de la recaudación fiscal. Muchas autoridades locales empezaron a tener también problemas porque habían financiado su propia seguridad social y otros planes solicitando préstamos estadounidenses, y había que devolverlos también ahora. Pero bajo el sistema de seguro de desempleo, la carga de sostener a los parados de larga duración después del periodo cubierto por el sistema recayó primero sobre el gobierno central en la forma de «prestaciones de crisis», y luego, tras un periodo más, volvió a recaer sobre las autoridades locales en la forma de «apoyo al desempleo de la ayuda social». El gobierno central no estaba dispuesto a tomar las medidas impopulares que serían necesarias para salvar el vacío. Los patronos consideraban que no podían aumentar las aportaciones cuando sus negocios estaban en crisis. Los sindicatos y trabajadores no querían saber nada de recortes de las prestaciones. Los problemas parecían insolubles. Y los que padecían eran los parados, que veían como se reducían una y otra vez sus prestaciones o cesaban del todo.[16]

II

Al agudizarse la Depresión, podían verse rondando por las calles, las plazas y los parques de poblaciones y ciudades alemanas a grupos de hombres y pandillas de muchachos holgazaneando amenazadoramente (eso les parecía a los hombres y mujeres burgueses que no estaban acostumbrados a aquel espectáculo), una señal de delincuencia y de violencia potenciales siempre en el aire. Más amenazadores incluso eran los intentos, que solían tener éxito, de los comunistas de movilizar a los parados para sus propios fines políticos. El comunista era el partido por excelencia de los desempleados. Agitadores comunistas reclutaban a los jóvenes semidelincuentes de las «bandas salvajes»; organizaban huelgas de alquileres en los barrios obreros donde la gente apenas podía pagar la renta; declaraban algunos distritos «zona roja», como el barrio proletario berlinés de Wedding, lo que inspiraba temor a los no comunistas que se atrevían a aventurarse por allí, y a los que pegaban a veces o amenazaban con armas de fuego si sabían que estaban

relacionados con los camisas pardas; señalaban ciertos bares y tabernas como propios; hacían proselitismo entre los niños de las escuelas de la clase obrera, politizaban las asociaciones de padres y alarmaban a los maestros de clase media, e incluso a los de ideología izquierdista. Para los comunistas la lucha de clases fue pasando del lugar de trabajo a la calle y al barrio a medida que iba aumentando el número de los que se quedaban sin trabajo. Defender un bastión proletario, por métodos violentos si era necesario, se convirtió en una alta prioridad de la organización paramilitar comunista, la Liga de Combatientes del Frente Rojo.[17]

Los comunistas inspiraban miedo a las clases medias a principios de la década de 1930 no sólo porque hacían políticamente explícita la amenaza social que planteaban en las calles los parados, sino también porque su número crecía rápidamente. El número de miembros del partido pasó de 117.000 en 1929 a 360.000 en 1932 y su apoyo electoral iba aumentando de comicio en comicio. En 1932, en una zona como el litoral alemán del noroeste, incluida Hamburgo y su puerto prusiano adyacente de Altona, eran menos del 10 por 100 los miembros del partido que tenían trabajo.[18] El partido creaba «comités de parados» y organizaba desfiles, manifestaciones, «marchas del hambre» y otros actos callejeros a un ritmo casi diario, actos que solían acabar en enfrentamientos prolongados con la policía. Se aprovechaban todas las oportunidades de aumentar la temperatura política en lo que la mayoría de los dirigentes del partido consideraban cada vez más una crisis final del sistema capitalista.[19]

Estos acontecimientos fueron abriendo una brecha cada vez más profunda entre los comunistas y los socialdemócratas en los últimos años de la República. Había una herencia de odio y amargura legado de los sucesos de 1918-1919, en que miembros de los Cuerpos Libres al servicio del ministro socialdemócrata Gustav Noske habían asesinado a destacados dirigentes comunistas, entre los que figuraban Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Esos asesinatos se recordaban públicamente en todas las ceremonias organizadas por el Partido Comunista en su memoria. A esto se añadía ahora la influencia divisoria del paro, pues los comunistas sin trabajo clamaban contra los socialdemócratas y los sindicalistas que aún lo tenían, y los socialdemócratas estaban cada vez más alarmados por los elementos

violentos y alborotadores que estaban incorporándose a las filas de los comunistas. Creaba aún más resentimientos la costumbre que tenían los dirigentes de los sindicatos socialdemócratas de identificar a los comunistas ante los patronos para que los despidieran, y la de estos últimos de echar a los obreros jóvenes y solteros antes que a los de más edad y casados, lo que significaba también en muchos casos que los que perdían su puesto de trabajo eran los miembros del Partido Comunista. La ambivalencia de los comunistas de base respecto a las raíces socialdemócratas del movimiento obrero condujo a una relación de amor-odio con el «hermano mayor» del partido en la que los comunistas consideraban que siempre era deseable hacer causa común, pero sólo de acuerdo con sus propios criterios.[20]

Las raíces del extremismo comunista eran profundas. Los obreros jóvenes y radicales eran los que más traicionados se sentían por los socialdemócratas; su esperanza de una revolución profunda (alimentada por la generación más vieja de militantes socialdemócratas) se truncaba justo cuando parecía a punto de materializarse. La creciente influencia del modelo ruso de una organización estrechamente unida de carácter conspiratorio ayudó a consolidar un espíritu de solidaridad y de actividad incesante entre los más entregados. Una crónica gráfica de la vida del militante comunista comprometido durante la República de Weimar la aportaron más tarde las memorias de Richard Krebs, un marinero nacido en Bremen en 1904 en la familia de un hombre de mar socialdemócrata. Siendo adolescente Krebs fue testigo de la revolución de 1918-1919 en su ciudad natal y presenció la brutalidad de su represión por los Cuerpos Libres. En Hamburgo, participó luego en disturbios provocados por el hambre y entró en contacto con algunos comunistas en el puerto. Los enfrentamientos con la policía agudizaron su odio hacia ella y sus jefes, los gobernantes socialdemócratas de la ciudad. Krebs explicaría más tarde que los comunistas militantes asistían a las manifestaciones callejeras con trozos de tubería de plomo en el cinturón y piedras en los bolsillos, con la intención de tirárselos a la policía. Cuando la policía a caballo cargaba contra ellos, los jóvenes militantes de la Liga de Combatientes del Frente Rojo acuchillaban en las patas a los caballos, haciéndolos caer. En esta atmósfera de enfrentamientos y de violencia, un joven duro como Krebs se

sentía en su elemento, e ingresó en el Partido Comunista en mayo de 1923, dedicándose a repartir panfletos y octavillas en el puerto durante el día y asistiendo luego a cursos de educación política básica.[21]

Su dominio de la teoría marxista-leninista era, sin embargo, mínimo:

> Yo tenía conciencia de clase porque la conciencia de clase había sido una tradición familiar. Estaba orgulloso de ser un trabajador y despreciaba al burgués. Mi actitud hacia la respetabilidad convencional era despectiva. Tenía un sentimiento unilateral profundo de justicia que me arrastraba a un odio demente contra los que consideraba responsables de la opresión y el sufrimiento de las masas. Los policías eran enemigos. Dios era una mentira inventada por los ricos para hacer que los pobres se contentaran con su suerte, y sólo los cobardes recurrían a la oración. Los patronos eran todos hienas con forma humana, malintencionados, sempiternamente insaciables, desleales y despiadados. Yo creía que un hombre que luchase solo nunca podría ganar; los hombres debían mantenerse unidos, luchar juntos y mejorar las condiciones de vida de todos los que se dedicaban a un trabajo útil. Y había que luchar con todos los medios disponibles, sin arredrarse ante ningún acto ilegal siempre que fuese beneficioso para la causa, sin dar cuartel hasta que hubiese triunfado la revolución.[22]

Imbuido de este espíritu de entrega exaltada, Krebs dirigió un destacamento armado de combatientes del Frente Rojo en la fallida revolución de Hamburgo de octubre de 1923, en que los comunistas asaltaron una comisaría de policía y alzaron barricadas.[23] Consideró necesario luego, como es natural, huir de allí después del fracaso del levantamiento y reanudar su vida de hombre de mar. Se fue a Holanda y luego a Bélgica, donde estableció contactos con los comunistas locales. Su conocimiento del inglés hizo que uno de los agentes secretos soviéticos que estaban presentes en muchas delegaciones del partido (aunque probablemente no fuesen tan numerosos como se diría después) le encargara la misión de distribuir propaganda comunista en California. Allí, agentes del partido local le ordenaron que matase a un renegado al que creían traidor a la causa. Krebs fracasó en el intento (adrede, según él) y fue detenido y encarcelado en San Quintín. Cuando le pusieron en libertad a principios de la década de 1930, se convirtió en funcionario a sueldo de la sección de marineros de la Comintern, la organización internacional de los partidos comunistas de todo mundo, dirigida desde Moscú, y empezó a actuar como correo para el partido, llevando dinero, folletos, octavillas y muchas cosas más de un país a otro, y luego de una parte de Alemania a otra.[24]

Las memorias de Richard Krebs, que se leen como una novela de intriga, describen un Partido Comunista unido por vínculos de acero de disciplina y entrega, cuyos movimientos estaban dictados en su totalidad por los agentes de la policía secreta soviética, la GPU, sucesora de la Cheka, que dirigían entre bastidores todas las organizaciones nacionales. La sensación de que la Comintern estaba detrás de huelgas, manifestaciones y tentativas de revolución en muchas partes del mundo atemorizaba a muchos alemanes de clase media, incluso a pesar de que esas actividades fracasasen en casi todos los casos. La estructura conspiratoria de la Comintern, y la indudable presencia de agentes soviéticos en el partido alemán desde los tiempos de Karl Radek en adelante, alimentó sin duda alguna las angustias de la burguesía. Pero Krebs pintó un cuadro demasiado suave de las actividades de la Comintern. En realidad, las huelgas, la agitación laboral, incluso las peleas y los disturbios, solían deberse más al talante de los combatientes del Frente Rojo sobre el terreno que a planes trazados por Moscú y sus agentes. Y hombres como Krebs eran excepcionales. La renovación en las filas del Partido Comunista fue de más del 50 por 100 sólo en 1932, lo que significaba que cientos de miles de parados habían estado lo suficientemente próximos al partido como para pertenecer a él al menos durante un tiempo, pero también que el partido solía ser capaz de mantener la lealtad de la mayoría de sus miembros durante más de unos cuantos meses seguidos. Los miembros permanentes como Krebs constituían un núcleo de activistas firme y disciplinado pero relativamente pequeño, y la Liga de Combatientes del Frente Rojo se convirtió en una fuerza crecientemente militarizada.[25] Las palabras contaban mucho en tales circunstancias. La retórica comunista se había hecho bastante más violenta desde que se había iniciado el «tercer periodo» de la jefatura de la Comintern en Moscú en 1928. En adelante, el partido dirigió su veneno principalmente contra los socialdemócratas. En su opinión, todo el gobierno alemán era «fascista»; el fascismo era la expresión política del capitalismo; y los socialdemócratas eran «socialfascistas» porque eran el principal apoyo del capitalismo, apartaban a los trabajadores del compromiso revolucionario y los reconciliaban con el sistema político «fascista» de Weimar. Cualquiera

de la dirección del partido que intentaste poner en entredicho esta línea era depuesto de su cargo. Todo lo que ayudase a derribar el Estado «fascista» y a los socialdemócratas que lo apoyaban era bien recibido.[26]

El jefe del Partido Comunista de Alemania en ese periodo era el funcionario sindical de Hamburgo Ernst Thälmann. No podían ponerse en duda sus credenciales de clase obrera. Nacido en 1886, desempeñó una serie de trabajos de corta duración, incluidos uno en una fábrica de harina de pescado y el de conducir carros para una lavandería, hasta que fue llamado a filas, combatiendo en el frente occidental en la Primera Guerra Mundial. Socialdemócrata desde 1903, gravitó hacia el ala izquierda del partido durante la guerra y se lanzó al activismo político durante la revolución de 1918, incorporándose a los «enlaces sindicales revolucionarios» y convirtiéndose en jefe de los socialdemócratas independientes de Hamburgo en 1919. Elegido ese mismo año para el Parlamento de la ciudad, se unió a los comunistas cuando los socialdemócratas independientes se escindieron en 1922, y se convirtió en miembro del Comité Central Nacional. Durante ese periodo siguió trabajando como obrero en duros oficios como el de desguazador. Sin estudios, musculoso, un revolucionario instintivo, Thälmann representaba el ideal comunista del obrero revolucionario. Era cualquier cosa menos un intelectual; se ganaba la simpatía de su público proletario sobre todo por lo evidente que era lo mucho que le costaba dominar la complicada terminología marxista; sus discursos eran apasionados más que rigurosamente argumentados, pero su público tenía la sensación de que demostraban su honradez y su sinceridad. Como dirigente del partido y político profesional en el periodo de mediados y finales de la década de 1920 y principios de la de 1930, Thälmann se veía obligado a menudo a ponerse corbata; pero se convirtió en un rasgo típico de sus discursos el que en determinado momento se la quitase, con aplausos generales y entusiastas, convirtiéndose de nuevo en un simple trabajador. Su odio a los generales y a los jefes era palpable, y su desconfianza hacia los socialdemócratas, evidente.

Thälmann, como muchos comunistas de base, seguía la línea del partido trazada por la Comintern de Moscú cuando cambiaba de dirección en un sentido o en otro, generalmente en función de las necesidades tácticas de Stalin en su lucha por marginar a sus rivales dentro del partido en la propia Unión Soviética. La fe de Thälmann en la revolución era absoluta, y en consecuencia lo era también su fe en el único Estado revolucionario del mundo, la Unión Soviética. En la dirección del partido podía haber otros que fuesen más sutiles, más implacables y más inteligentes, como el jefe del partido de Berlín Walter Ulbricht; y el Politburó y el Comité Central, con la Comintern de Moscú, puede que fuesen los árbitros de la estrategia y de la política del partido. Pero la apostura personal y las dotes retóricas de Thälmann hacían que fuese un valor indispensable para el partido, que lo presentó por dos veces como candidato en las elecciones para el cargo de presidente del Reich, en 1925 y en 1932. A principios de la década de 1930, por tanto, era uno de los políticos más famosos (y para las clases media y alta, uno de los más temidos) del país. Era algo más que un simple mascarón de proa, pero sin que quizás llegase a ser un verdadero caudillo. De todos modos, siguió siendo la encarnación personal del comunismo alemán, con toda su intransigencia y ambición, decidido a guiar al partido en la creación de una «Alemania soviética».[27]

El Partido Comunista, dirigido por un hombre como Thälmann, parecía, pues, un peligro acechante de dimensiones insólitas para muchos alemanes de clase media a principios de la década de 1930. No parecía imposible, ni mucho menos, una revolución comunista. Incluso un conservador moderado, sobrio e inteligente como Victor Klemperer podía preguntarse en julio de 1931: «¿Va a caer el gobierno? ¿Va a venir a continuación Hitler o el comunismo?».[28] Pero, en muchos sentidos, el poder de los comunistas era una ilusión. Su animadversión ideológica a los socialdemócratas condenaba al Partido Comunista a la impotencia. Su hostilidad a la República de Weimar, con su condena extremista de todos sus gobiernos, incluso de la Gran Coalición dirigida por Hermann Müller, considerándolos «fascistas», le impidió ver la amenaza que significaba el nazismo para el sistema político de Weimar. Su optimismo respecto a un inminente, total y definitivo hundimiento del capitalismo tenía cierta

justificación en las atroces circunstancias económicas de 1932. Pero en una visión retrospectiva podemos ver que era completamente infundado. Además, un partido compuesto principalmente por parados adolecía inevitablemente de escasez de recursos y lo debilitaban la pobreza y la inconstancia de sus miembros. Tan escasos de fondos estaban los miembros del Partido Comunista que, durante la Depresión, los bares y tabernas comunistas acabaron teniendo que cerrar uno tras otro o pasaron a manos de los nazis. Entre 1929 y 1933, el consumo de cerveza per cápita disminuyó en Alemania un 43 por 100 y en esas circunstancias tenían todas las ventajas los camisas pardas, que estaban mejor financiados. Lo que un historiador ha denominado una «casi guerra de guerrillas» se desarrolló en los barrios más pobres de las grandes ciudades alemanas, y la brutal y constante presión de la violencia de los camisas pardas fue lentamente arrinconando a los comunistas en sus territorios de los barrios pobres. En este conflicto las simpatías burguesas estaban en general del lado de los nazis, que, después de todo, no amenazaban con acabar con el capitalismo si llegaban al poder, ni con crear una «Alemania soviética».[29]

III

Aunque el paro era sobre todo un fenómeno de la clase obrera, las dificultades económicas habían estado minando también la moral de otros grupos sociales. Mucho antes de que se iniciase la Depresión, por ejemplo, el plan destinado a reducir el gasto público en el proceso de racionalización de costes en que tenía que basarse la estabilización monetaria después de 1923 había producido una oleada de despidos en el sector público. Entre el 1 de octubre de 1923 y el 31 de marzo de 1924, habían sido despedidos 135.000 de los 826.000 funcionarios que existían, la mayoría de ellos del sistema ferroviario público, el servicio de correos, de telégrafos y los servicios de impresión del Reich, junto con 30.000 de los 61.000 oficinistas y empleados y 232.000 de los 706.000 trabajadores manuales del Estado.[30] Después de 1929 hubo otra oleada de recortes con una reducción acumulativa de los salarios del funcionariado de entre el 19 y el 23 por 100 entre diciembre de 1930 y diciembre de 1932. Muchos funcionarios de

todos los rangos se sintieron decepcionados por la incapacidad de sus representantes sindicales para impedir estos recortes. Su hostilidad hacia el gobierno era evidente. Algunos ingresaron en el Partido Nazi, y muchos otros no lo hicieron porque los nazis habían amenazado explícitamente con una purga en el funcionariado si llegaban al poder. De todos modos, la angustia y la decepción con la República se generalizaron entre los funcionarios a consecuencia de los recortes salariales.[31]

Muchos otros sectores de clase media sintieron amenazada su posición económica y social durante la República de Weimar. Oficinistas y empleados perdieron sus puestos de trabajo, o temieron poder perderlos, cuando los bancos y las entidades financieras empezaron a tener problemas. Las agencias turísticas, los restaurantes, el comercio al por menor o las empresas de venta por correo, una inmensa variedad de negocios del sector servicios, empezaron a tener problemas también al disminuir el poder de compra de los consumidores. El Partido Nazi, equipado ya con su compleja estructura de divisiones especializadas, se dio cuenta de ello y empezó a dirigir su propaganda hacia las clases medias de propietarios y profesionales. Todo esto era anatema para aquellos nazis que, como Otto Strasser, hermano de Gregor, el organizador del partido, seguían insistiendo en el aspecto «socialista» del nacionalsocialismo y consideraban que Hitler estaba traicionando sus ideales. Hitler, enfurecido por el apoyo proporcionado por Otto Strasser y su editorial a causas de izquierdas como las huelgas, convocó a los principales dirigentes del partido a una reunión en abril de 1930 y arremetió contra las tesis de Strasser. Como un medio de intentar neutralizar la influencia de Otto Strasser, nombró entonces jefe de propaganda del partido para todo el Reich a Goebbels. Pero, para enojo de éste, Hitler pospuso repetidamente la acción decisiva, con la esperanza de que la maquinaria de propaganda de Otto Strasser fuese aún de alguna utilidad en las elecciones generales que se celebrarían en junio de 1930. Sólo después de esto y de que Strasser publicara una versión nada halagadora de su conflicto con Hitler ese mismo año, decidió expulsarle del partido junto con sus seguidores, que se adelantaron a esa acción dimitiendo el 4 de julio de 1930. Era una escisión grave. Los observadores contenían la respiración para ver si el partido sobrevivía a ese éxodo de su ala izquierda.

Pero las cosas habían cambiado notoriamente desde los tiempos en que Goebbels y sus amigos habían hecho revivir el partido en el Ruhr con lemas socialistas. La marcha de los disidentes reveló que Strasser y sus ideas tenían poco apoyo dentro del partido; hasta su hermano Gregor le abandonó. Otto Strasser desapareció de la política seria, para pasar el resto de su vida creando, primero en Alemania y más tarde en el exilio, pequeñas organizaciones sectarias para propagar sus ideas a reducidos grupos de mentalidad similar.[32]

Hitler, una vez eliminados los últimos vestigios de «socialismo», pasó a tender más puentes hacia la derecha conservadora. En el otoño de 1931 ingresó con los nacionalistas en el llamado «Frente de Harzburg», emitiendo una declaración conjunta con Hugenberg en Bad Harzburg el 11 de octubre, en la que se declaraban dispuestos a unirse para gobernar Prusia y el Reich. Aunque los nazis insistían en que seguían manteniendo su independencia (Hitler se negó, por ejemplo, a asistir a un desfile de los Cascos de Acero), esto constituyó una ampliación significativa de la colaboración que se había producido en 1929, al principio de la campaña contra el Plan Young. Al mismo tiempo, Hitler dio pasos serios para convencer a los industriales de que su partido no constituía ningún peligro para ellos. En el discurso que pronunció ante unos 650 empresarios y hombres de negocios en el Club de la Industria de Düsseldorf en enero de 1932 apeló a su público denunciando al marxismo como el origen de los males de Alemania (no hizo alusión a los judíos en ese discurso ni siquiera una vez) e insistió en su convencimiento de la importancia de la propiedad privada, el trabajo firme y las recompensas adecuadas para los capaces y emprendedores. Sin embargo, la solución de los problemas económicos del momento, dijo, era principalmente política. El idealismo, el patriotismo y la unidad nacional crearían la base de la recuperación económica. Y lo que aportaría ese idealismo, ese patriotismo y esa unidad nacional sería el movimiento nacionalsocialista, cuyos miembros sacrificaban su tiempo y su dinero y arriesgaban la vida día y noche en la lucha contra la amenaza comunista.[33]

Estos comentarios, vertidos en un discurso de dos horas y media, eran extremadamente generales y no ofrecían absolutamente nada concreto en forma de políticas económicas. Revelaban la visión basada en el darwinismo social que tenía Hitler de la economía, según la cual la lucha era el camino del triunfo. Esto no pudo haber impresionado gran cosa a un público informado como aquél. Los grandes industriales se sintieron decepcionados. Los nazis proclamaron más tarde que Hitler se había ganado al fin a los grandes empresarios, pero había pocas pruebas concretas que mostraran que hubiese sido así. Ni Hitler ni ningún otro emprendieron a continuación una campaña de recaudación de fondos entre los magnates de la industria. En realidad, sectores de la prensa nazi siguieron atacando a *trusts* y monopolios después del acontecimiento, mientras que otros nazis intentaban ganar votos en otro sector defendiendo los derechos de los trabajadores. Cuando los periódicos del Partido Comunista describieron el encuentro con un enfoque conspiratorio, como una demostración de que el nazismo no era más que una criatura de los grandes negocios, los nazis salieron a la palestra para desmentirlo, publicando partes del discurso como prueba de la independencia de Hitler respecto al capital.

El resultado de todo ello fue que el empresariado no se mostró mucho más dispuesto a financiar al Partido Nazi de lo que había demostrado estarlo anteriormente. Es cierto que unos cuantos, por ejemplo Franz Thyssen, se mostraron entusiastas y aportaron fondos para subvencionar los gustos extravagantes de nazis eminentes como Hermann Göring y Gregor Strasser. Y, en términos generales, el discurso fue tranquilizador. Cuando llegó el momento, hizo que resultase mucho más fácil para los grandes empresarios acudir en apoyo del Partido Nazi. Pero en enero de 1932 esto aún quedaba a cierta distancia en el futuro. Por el momento, el partido continuó financiando como antes sus actividades a través principalmente de las aportaciones voluntarias de sus miembros, a través de los pagos de las entradas a sus mítines, a través de los ingresos de su prensa y de sus publicaciones, y a través de donaciones de pequeñas empresas y pequeños negocios más que de los grandes. El antisemitismo que Hitler se había olvidado notoriamente de mencionar cuando se había dirigido a representantes de grandes empresas industriales era mucho más probable

que resultase atractivo en sectores como éstos.[34] Sin embargo, el nazismo tenía ya un rostro respetable además del áspero y brutal, y estaba ganando amigos entre las elites conservadoras y nacionalistas. A medida que Alemania se iba hundiendo más en la Depresión, un número creciente de ciudadanos de clase media empezaba a ver en el dinamismo juvenil del Partido Nazi una posible salida a la situación. Todo dependía de si las frágiles estructuras democráticas de la República de Weimar aguantaban la tensión a la que se veían sometidas y de si el gobierno del Reich podía dar con la política adecuada para impedir que se desmoronasen del todo.

LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA

I

La primera víctima política de la Depresión fue el gobierno de la Gran Coalición dirigido por el socialdemócrata Hermann Müller, uno de los gobiernos más estables y duraderos de la República, en el poder desde las elecciones de 1928. La Gran Coalición fue un raro intento de acuerdo entre los intereses sociales e ideológicos de los socialdemócratas y de los partidos «burgueses», a excepción de los nacionalistas. Se mantuvo en pie principalmente por los esfuerzos que hicieron todos ellos para que se cumpliera el Plan Young, esfuerzos a los que se enfrentaba la agria oposición de los nacionalistas y de la extrema derecha. Una vez aceptado el plan hacia finales de 1929, quedaba poco que uniese entre sí a los miembros de la coalición, que no se pusieron de acuerdo, después de que se iniciase la Depresión en octubre de 1929, sobre el modo de afrontar el problema del paro, que se estaba agudizando rápidamente. El Partido del Pueblo, privado de la influencia moderadora de su antiguo jefe Gustav Stresemann, que murió precisamente en octubre de 1929, rompió la coalición al negarse los socialdemócratas a recortar las prestaciones del paro, y el gobierno se vio obligado a presentar la dimisión el 27 de marzo de 1930.[35]

Aunque pocos se dieran cuenta por entonces, eso iba a significar el principio del fin de la democracia de Weimar. A partir de entonces, ningún gobierno contaría con el apoyo de una mayoría parlamentaria en el Reichstag. De hecho, los que gozaban de la confianza del presidente Hindenburg vieron en la caída de la Gran Coalición una oportunidad para introducir un régimen autoritario valiéndose del uso del poder presidencial para gobernar por decreto. Influyó especialmente en este sentido el Ejército alemán, representado por el ministro de Defensa, el general Wilhelm Groener. Su nombramiento en enero de 1928 para sustituir al político

demócrata Otto Gessler había significado liberar al Ejército de todo tipo de control político, un hecho consolidado por el derecho del jefe del Ejército a informar directamente al presidente en vez de tener que hacerlo a través del gabinete. A pesar de las limitaciones impuestas por el Tratado de Versalles sobre el número de efectivos y el equipamiento de que podía disponer, el Ejército siguió siendo la fuerza armada más poderosa y más disciplinada de Alemania. Mientras que las instituciones civiles de un género u otro, desde los partidos políticos a la propia asamblea legislativa, se desmoronaban, el Ejército se mantenía unido. Durante la mayor parte de la década de 1920, desde el desastre del golpe de Kapp, se había mantenido tranquilo, centrando su atención en la acumulación de equipamiento ilegal y de efectivos, pero en la crisis de principios de la década de 1930 vio su oportunidad. El rearme y la reconstrucción de Alemania como una gran potencia podrían conseguirse ahora, en opinión de hombres como el asesor político de Groener, el coronel, y luego general, Kurt von Schleicher, librando al Estado de los grilletes de las coaliciones parlamentarias. Y cuanto más se hundiese Alemania en el caos político y en la violencia extremista, más decisiva sería la posición del Ejército. Groener podía decir a sus oficiales en el otoño de 1930: «Ya no se puede mover un ladrillo más en el proceso político de Alemania sin que figure decisivamente en la balanza la opinión del Ejército».[36]

El Ejército utilizó inicialmente su influencia en el proceso político con la finalidad de protegerse de recortes presupuestarios, cosa que consiguió hacer con éxito. Mientras que a su alrededor las demás instituciones públicas sufrían recortes en sus presupuestos, el Ejército no sufrió ninguno. Pero en general aún se mantenía distante del Partido Nazi. Los oficiales de más edad, educados en las tradiciones rigurosas de la monarquía prusiana, eran en su mayoría contrarios a la propaganda populista de la política nacionalista radical. Pero, aun así, había algunos que se inclinaban abiertamente por los nazis, como el coronel Ludwig Beck.[37] Y los oficiales más jóvenes eran mucho más susceptibles a la propaganda nazi. Un grupo de ellos participaba ya en 1929 en discusiones con los nazis y debatía las posibilidades de una «revolución nacional». El alto mando del Ejército, con Groener y Schleicher a la cabeza, combatió vigorosamente esas tendencias,

iniciando una campaña de propaganda en su contra y haciendo detener y juzgar a los tres organizadores de los debates en 1930 por preparar un acto de alta traición. Su juicio indignó a otros oficiales jóvenes, incluso a los que no se sentían inclinados a colaborar con los nazis. La jefatura del Ejército, escribía uno de ellos, había cedido ante los «novembristas» y había juzgado a hombres cuya única motivación era «el amor abnegado a la patria». El 90 por 100 de los oficiales, añadía, pensaban del mismo modo.[38]

El juicio fue la ocasión para un discurso que pronunció Hitler desde el banco de los testigos, convocado por Hans Frank, el abogado nazi que defendía a uno de los acusados, un discurso que recibió amplia publicidad. El Partido Nazi, proclamó Hitler, no tenía la menor intención de cometer alta traición ni de subvertir al Ejército desde su interior. Su intención era llegar al poder por medios legales, y él había expulsado a los que, como Otto Strasser, le habían urgido a emprender una revolución. El partido obtendría una mayoría en unas elecciones y formaría un gobierno legítimamente constituido. En ese momento, dijo, con vítores de los bancos del público, los verdaderos traidores, los «criminales de noviembre» de 1918, serían juzgados y «rodarán cabezas». Pero, hasta entonces, el partido se mantendría dentro de la ley. El tribunal hizo jurar a Hitler que era veraz en su testimonio. «Ahora somos estrictamente legales», se dice que aseguró Goebbels. Putzi Hanfstaengl, que se había hecho cargo recientemente de las relaciones de Hitler con la prensa extranjera, se aseguró de que el discurso se difundiera por todo el mundo. Vendió tres artículos de Hitler, en los que éste esbozaba los objetivos y los métodos del Partido Nazi, en una versión convenientemente expurgada, a William Randolph Hearst, el jerifalte de la prensa estadounidense, por 1.000 Reichsmarks cada uno. El dinero permitió a Hitler utilizar el Hotel Kaiserhof, en el centro de Berlín, como cuartel general durante sus estancias en la capital a partir de entonces. En la propia Alemania, las promesas de Hitler disiparon los temores de muchos alemanes de clase media sobre las intenciones del Partido Nazi.[39]

El tribunal no se dejó impresionar por el discurso de Hitler, al que reprendió por abusar de su condición de testigo, y condenó a los jóvenes oficiales a 18 meses de prisión, expulsando a dos de ellos del Ejército.[40] Era casi obligado que el conservadurismo de la judicatura pusiese al tribunal del

lado del Ejército. De todos modos, las condenas no hicieron que los jóvenes oficiales dejasen de flirtear con el nazismo. Los intentos de Schleicher de contrarrestar tales ideas, poner coto al radicalismo de los oficiales más jóvenes y disciplinar la vida política en el Ejército, no fueron demasiado eficaces, sobre todo porque él mismo confesó abiertamente al cuerpo de oficiales que simpatizaba con la «parte nacional» del programa de los nazis, y en especial con «la oleada de indignación suscitada por el movimiento nacionalsocialista contra el bolchevismo, la traición, la inmundicia, etcétera. En eso—decía—es indudable que la campaña nacionalsocialista tiene algunos efectos muy estimulantes».[41] Simpatizar con los nazis significaba cooperar con ellos, pero la arrogancia y el engreimiento de los altos mandos del Ejército eran tales que aún creían que podían someter a los nazis a su voluntad y reclutarlos como auxiliares políticos y militares, lo mismo que habían hecho con otros grupos paramilitares a principios de la década de 1920. El tiempo demostraría lo errónea que era en realidad esa política.

Que el Ejército volvía a ocupar una posición política relevante se hizo patente con el nombramiento por Hindenburg, actuando sobre todo por consejo de altos mandos militares, Schleicher entre ellos, del sucesor de Müller como canciller. No se hizo intento alguno de nombrar un gobierno que se basase en el apoyo democrático de los partidos representados en el Reichstag. Se eligió, en vez de eso, un «gabinete de expertos», con la intención de eludir al Reichstag valiéndose de que Hindenburg tenía la prerrogativa de poder gobernar mediante decreto extraordinario. Por supuesto, el ámbito del gobierno por decreto era limitado, y muchas medidas, sobre todo el presupuesto, seguía teniendo que aprobarlas el Reichstag. Se dieron pasos para garantizar que esto no pareciera la entronización de un régimen autoritario. El nuevo gabinete incluyó a políticos del Reichstag tan conocidos como Joseph Wirth, antiguo canciller del Reich, por el Partido del Centro, Hermann Dietrich, por los demócratas (que habían pasado a llamarse Partido del Estado en julio de 1930), Martin Schiele, por los nacionalistas, Julius Curtius, por el Partido del Pueblo, y Viktor Bredt, por el pequeño Partido de la Economía. Pero no incluía a los socialdemócratas, a los que Hindenburg y sus asesores no estaban

dispuestos a otorgar el poder de gobernar por decreto. Sin los socialdemócratas, el nuevo gobierno no disponía de mayoría parlamentaria. Pero eso parecía no importar ya.

El nuevo gobierno estaba dirigido por un hombre cuyo nombramiento como canciller del Reich se demostraría más tarde que fue una elección fatal. Que el presidente nombrase a Heinrich Brüning, nacido en 1885, canciller del Reich era en apariencia defendible en términos democráticos. Como jefe de los diputados del Partido del Centro en el Reichstag, representaba la fuerza política que había sido, más que ninguna otra, el pilar de la democracia parlamentaria en la República de Weimar. Pero el Partido del Centro, bajo la influencia de su nuevo dirigente, el prelado Ludwig Kaas, estaba desplazándose ya, en el periodo de su nombramiento, hacia una posición más autoritaria, más preocupado por defender estrictamente los intereses de la Iglesia católica. Además, el propio Brüning era como máximo un amigo de la democracia de Weimar al estilo de esos que son leales cuando van bien las cosas. Antiguo oficial del Ejército, le había conmocionado la Revolución de noviembre y continuó siendo un monárquico incondicional toda su vida. De hecho, en sus memorias explica que su objetivo principal al convertirse en canciller había sido la restauración de la monarquía. Pero, al decir eso, probablemente estaba atribuyendo una coherencia retrospectiva a una carrera política que estuvo dominada, como la de tantos políticos, por planteamientos a más corto plazo.[42] Pese a su convicción íntima de que una restauración del sistema bismarckiano sería lo mejor para todos, no tenía ningún plan detallado para restaurar la monarquía, y no digamos ya para entronizar de nuevo al káiser. Pero sus instintos eran en el fondo autoritarios.[43] Tenía previsto reformar la Constitución para reducir el poder del Reichstag y concentrar en su propia persona los cargos de canciller del Reich y ministro-presidente de Prusia, privando así a los socialdemócratas del control del estado más grande de Alemania. Brüning no tuvo suficiente respaldo de Hindenburg para poner en práctica este plan, pero éste siguió sobre la mesa, listo para que alguien lo utilizase. Brüning empezó también a limitar los derechos democráticos y las libertades ciudadanas.[44] En marzo de 1931, por ejemplo, introdujo notorias limitaciones en la libertad de prensa, sobre todo cuando criticaba

sus decisiones políticas. A mediados de julio el rotativo liberal *Berliner Tageblatt* («Diario de Berlín»), calculaba que se estaban prohibiendo mensualmente en todo el país más de un centenar de ediciones de periódicos. En 1932 se estaba prohibiendo el periódico comunista *Rote Fahne* más de un día de cada tres. La libertad de prensa corría ya grave peligro mucho antes de que los nazis llegaran al poder.[45]

En efecto, Brüning empezó así a desmantelar las libertades civiles y democráticas, una tarea que con tanto vigor habrían de continuar los nazis. De hecho, algunos han asegurado que con su política económica durante la crisis, tan criticada, Brüning se proponía en parte debilitar a los sindicatos y a los socialdemócratas, dos de las principales fuerzas que mantenían a flote la democracia de Weimar.[46] Brüning, ciertamente, no era un dictador, y su nombramiento no señaló el final de la democracia de Weimar. No habría llegado a ostentar el cargo que detentaba en el Partido del Centro si no fuese ducho en los cálculos y tejemanejes políticos, o habilidoso en la construcción de alianzas y coaliciones políticas. Había logrado una reputación considerable como especialista en finanzas e impuestos, y en 1930 era evidente que hacía falta que tomase el timón un hombre capaz de desenvolverse en esos sectores a menudo bastante técnicos. Pero el margen de maniobra fue reduciéndose rápidamente después de 1930, debido en gran parte a sus propios errores catastróficos de cálculo político. Y ni siquiera sus defensores más incondicionales han sostenido nunca que fuese un dirigente carismático o inspirador. Austero en la apariencia, reservado, inescrutable, dado a tomar decisiones sin suficientes consultas, carente del don de la retórica, no era el hombre capaz de ganarse el apoyo masivo de un electorado cada vez más asustado ante un caos económico y una violencia política que estaban precipitando al país en una crisis cuyas dimensiones dejaban pequeñas incluso las de 1923.[47]

II

La tarea más importante de Brüning era enfrentarse a una situación económica que se deterioraba rápidamente. Eligió para esto medidas radicalmente deflacionistas, sobre todo la reducción del gasto público. Los

ingresos del Estado estaban disminuyendo muy deprisa y las posibilidades que tenía de pedir préstamos para cumplir sus obligaciones eran prácticamente inexistentes. Además, mientras que la moneda alemana se había mantenido estable después de la gran inflación de 1923 vinculada al valor del oro, no estaba nada claro que se hubiese estabilizado al nivel adecuado. Sin embargo, los valores a los que se había llegado se consideraban sacrosantos, de manera que el único medio de tratar con una moneda que se llegase a sobrevalorar, debido a que sus reservas estuviesen disminuyendo por un déficit de la balanza de pagos, era reducir los precios y salarios y elevar los tipos de interés en el interior.[48] Por último, la economía alemana aún seguía teniendo que hacer frente a los pagos de las reparaciones, aunque en la práctica se hubiesen reprogramado y reducido sustancialmente con el Plan Young en el verano de 1930. Brüning esperaba poder reducir los precios interiores reduciendo la demanda, y haciendo así más competitivas en el mercado internacional las exportaciones del país, una política que aceptaba de buena gana el sector exportador, que era uno de sus más firmes apoyos.[49] No era una política muy realista en un momento en que la demanda mundial había disminuido a cotas insólitas.

Lo que vino primero fueron los recortes del gasto público. Una serie de medidas, que culminaron en los decretos de urgencia promulgados el 5 de junio y el 6 de octubre de 1931, redujeron las prestaciones de desempleo de diversos modos, limitaron el periodo en el que podían percibirse e impusieron nuevos instrumentos de inspección en un número creciente de casos. Los desempleados de larga duración vieron así reducido su nivel de vida cuando pasaron de percibir las prestaciones del seguro de paro a obtener las previstas para situaciones críticas, de financiación pública, luego a las de ayuda social de las autoridades locales y, finalmente, a no recibir prestación alguna. A finales de 1932 sólo quedaban 618.000 personas que percibían las prestaciones del seguro de paro, 1.230.000 que percibían las prestaciones por situación de crisis, 2.500.000 que percibían el auxilio social y más de un millón cuyo periodo de paro había excedido el límite establecido por el sistema y no percibían ya, por tanto, ningún tipo de ingreso regular.[50] Fuesen cuales fuesen los objetivos más amplios que Brüning pudiese haberse planteado, la pobreza creciente hacía que la

situación económica empeorase más aún. La gente que apenas podía ya cubrir sus necesidades básicas y las de su familia difícilmente iba a gastar dinero suficiente para estimular la industria y el sector servicios para que pudieran recuperarse. Además, el miedo a la inflación era tal que incluso sin los acuerdos internacionales (como el Plan Young), que se basaban en el matenimiento del valor del Reichsmark, la devaluación (el medio más efectivo de conseguir un rápido aumento de las exportaciones) habría sido extremadamente arriesgada desde el punto de vista político. El asunto es que Brüning se negó a devaluar, porque quería demostrarle a la comunidad internacional que las reparaciones estaban provocando en el país un sufrimiento y una miseria reales.[51]

Pero en el verano de 1931 cambió la situación. Una nueva crisis golpeó la economía al alcanzar nuevos máximos la fuga de capitales, lo que provocó, el 13 de julio, el hundimiento del Banco Darmstadt y Nacional (Danat), que dependía abrumadoramente de préstamos exteriores, y la amenaza de un hundimiento del crédito más generalizado.[52] La imposibilidad de sacar de apuros al gobierno alemán con préstamos exteriores había quedado notoriamente clara de todos modos: un cálculo estimaba que la cantidad necesaria para cubrir el déficit presupuestario del país sería mayor que todas las reservas de oro de Estados Unidos. La cooperación financiera internacional había pasado a hacerse imposible debido a las rigideces impuestas por el patrón oro. Brüning y sus asesores no vieron más alternativa que poner fin a la convertibilidad del Reichsmark, un paso que se habían resistido a dar hasta entonces por miedo a que provocase inflación. Así que, a partir de ese momento, ya no podría cambiarse el Reichsmark por moneda extranjera.[53]

Esto hizo que el patrón oro dejara de tener sentido en el caso de Alemania, lo que permitió abordar de un modo más flexible la política monetaria y una ampliación del suministro de moneda, que podía aliviar, teóricamente al menos, la situación financiera del Estado y permitir que el gobierno empezase a reflotar la economía mediante planes de creación de empleo.[54] Pero, desgraciadamente, Brüning se negó a dar ese paso, porque temía que emitir moneda que no estuviese vinculada al valor del oro provocaría inflación. De todas las consecuencias a largo plazo de la

inflación alemana, probablemente fuese ésta la más desastrosa. Pero no fue la razón de que Brüning persistiese en su política deflacionista mucho después de que tuviese a su disposición alternativas factibles. Porque se daba la circunstancia crucial de que también tenía la esperanza de aprovechar el mantenimiento de una tasa elevada de paro para completar el desmantelamiento del sistema de seguridad social de Weimar, reducir la influencia de la clase obrera y debilitar así a los que se oponían a los planes que estaba ya tramando de reformar la Constitución en una dirección autoritaria y restauracionista.[55]

La crisis bancaria puso en manos de Brüning otra carta que él no estaba dispuesto a usar. En vista de la fuga de fondos extranjeros de la economía alemana en la primavera y principios del verano de 1931, se suspendieron los pagos de las reparaciones, además de otros movimientos internacionales de capital, en virtud de la Moratoria Hoover, del 20 de junio de 1931. Esto eliminó otra restricción política que paralizaba la capacidad de maniobra del gobierno alemán. Hasta entonces, casi con cualquier política económica que hubiese emprendido (como aumentar la presión fiscal o aumentar los ingresos del Estado de cualquier otro modo) habría corrido el peligro de que la extrema derecha le acusase de contribuir a los pagos de las odiadas reparaciones de guerra. Eso ya no era posible. Pero para Brüning no bastaba con eso. Aún cabía la posibilidad, pensaba, de que, una vez superada la crisis, cesara la moratoria y hubiese que volver a hacer frente a los pagos de las reparaciones.[56] Así que no hizo nada, a pesar de que la solución estaba allí y empezaban ya a alzarse voces en público pidiendo que se estimulase la demanda con programas de creación de empleo de financiación pública.[57]

No fue posible hacer abandonar a Brüning su política deflacionista. Los acontecimientos de 1931 agravaron aún más la Depresión. Y no mostraba indicios de acabar. El propio Brüning dijo que esperaba que durase hasta 1935. Era una perspectiva que a muchos, y no sólo entre los parados y los indigentes, les parecía demasiado atroz para considerarla siquiera.[58] Brüning, que no tardaría en emitir otro decreto extraordinario el 8 de diciembre que exigía una reducción de los salarios al nivel que tenían en 1927 y ordenaba una disminución de diversos precios, no tardaría en

pasar a llamarse el «canciller del hambre».[59] Los humoristas lo comparaban con el asesino múltiple de principios de la década de 1920 Fritz Haarmann, cuya costumbre de despedazar los cadáveres de sus víctimas había dado origen a una canción que se utilizaba para asustar a los niños pequeños, y que aún se canta hoy en Alemania:

> *Espera un poco y verás*,
> *Vendrá Brüning a buscarte*
> *Con el noveno decreto*
> *Y te hará papilla al instante*.[60]

Nunca llegó a haber un noveno decreto de emergencia; pero incluso después de emitir sólo cuatro, Brüning se convirtió en el canciller más impopular que había habido en todo el periodo de la República de Weimar.[61]

III

Brüning, que, como muchos conservadores tradicionales, quería poner freno o neutralizar el radicalismo furibundo de la extrema derecha, mostró a veces cierto valor al intentar hacerlo. Pero subestimó también, como ellos, su poder e influencia. Su adhesión a lo que consideraba las virtudes prusianas de piedad, objetividad, imparcialidad y abnegación en el servicio al Estado, procedía en gran medida de las tradiciones patrióticas del Partido del Centro desde que Bismarck había arremetido contra los católicos por su supuesta deslealtad a la nación en la década de 1870. Eso le infundió una desconfianza perdurable hacia los partidos políticos y una fe instintiva en la fiabilidad de un icono político prusiano como el presidente Hindenburg... fe que resultó al final completamente injustificada.[62] Y no fue ése el único error de cálculo fatal de Brüning. Utilizó desde el principio la amenaza de valerse del poder que otorgaba a Hindenburg el artículo 25 de la Constitución de convocar nuevas elecciones al Reichstag para meter en vereda a los socialdemócratas, la principal fuerza opositora. Cuando se unieron con los nacionalistas y los comunistas negándose a aprobar un

presupuesto absolutamente deflacionista, no vaciló en hacer efectiva su amenaza y disolvió el Reichstag. Los socialdemócratas no tuvieron en cuenta que las elecciones locales y regionales habían proporcionado a los nazis grandes avances electorales. Suponían que los votantes seguirían el camino trillado y estaban convencidos de que obtendrían un resultado que proporcionaría apoyo suficiente a sus propuestas. A Brüning y a sus adversarios políticos de la izquierda aún les parecía imposible, como a muchos otros alemanes, que las tácticas matonescas en la calle y la retórica extremista de los nazis fuesen algo más que una prueba de su inevitable marginalidad política. No se atenían a las reglas aceptadas de la política, así que no podía esperarse que tuvieran éxito.[63]

La campaña electoral se desarrolló en una atmósfera de nerviosismo febril sin precedentes. Goebbels y la organización del Partido Nazi hicieron uso de todos los recursos posibles. Hitler arremetió, en un discurso tras otro, ante multitudes de hasta 20.000 personas en las grandes ciudades, contra las iniquidades de la República de Weimar, sus funestas divisiones internas, su multiplicidad de facciones enfrentadas y de partidos con intereses propios, su fracaso económico y su sometimiento a la humillación nacional. En lugar de todo eso, gritaba, se vencería a la democracia, se reafirmaría la autoridad de la personalidad individual. Los revolucionarios de 1918, los especuladores de 1923, los traidores que apoyaban el Plan Young, aquellos a los que los socialdemócratas habían introducido en el funcionariado («parásitos revolucionarios»), serían todos purgados. Hitler y su partido ofrecían una visión vaga pero retóricamente potente de una Alemania fuerte y unida, un movimiento que trascendía las fronteras sociales y superaba el conflicto social, una comunidad racial de todos los alemanes trabajando juntos, un nuevo Reich que recuperaría el potencial económico y volvería a situar la nación en el lugar que le correspondía en el mundo. Era un mensaje que tenía un poderoso atractivo para muchos que miraban nostálgicamente hacia atrás, hacia el Reich creado por Bismarck, y soñaban con un nuevo caudillo que resucitase la gloria perdida de Alemania. Era un mensaje que resumía todo lo que muchas personas creían que estaba mal en la

República, y les daba la oportunidad de manifestar lo mucho que ésta les había decepcionado, votando por un movimiento que era lo contrario en todos los aspectos.

Por debajo de este nivel muy general, el aparato de propaganda nazi se dirigía habilidosamente a grupos concretos del electorado alemán, instruyendo a los que participaban en la campaña sobre cómo debían dirigirse a los diferentes tipos de público, anunciando ampliamente los mítines por adelantado, aportando temas para sectores concretos y eligiendo al orador adecuado para cada ocasión. A veces compartían el estrado con el principal orador nazi personajes locales que no eran nazis y simpatizantes destacados de antecedentes conservadores. La compleja organización de las subdivisiones del partido tenía en cuenta las crecientes divisiones de la sociedad alemana en grupos de intereses que competían entre sí durante el periodo de la Depresión y se adaptaba el mensaje al electorado en concreto. Se recurría a los lemas antisemitas cuando la propaganda se dirigía a grupos para los que pudiese tener un atractivo; donde estaba claro que no funcionaban, no se utilizaban. Los nazis se adaptaban a la reacción que percibían; prestaban mucha atención a su público, elaborando toda una gama de carteles, folletos y octavillas destinados a ganarse diversos sectores del electorado. Se valían de películas, concentraciones, canciones, bandas de música, manifestaciones y desfiles. El cerebro de la campaña era el jefe de propaganda del Reich, Joseph Goebbels. De su cuartel general de Munich fluía una corriente constante de directrices a las secciones locales y regionales del partido, que solían proporcionar lemas nuevos y material nuevo para la campaña. Cuando ésta llegó a su punto culminante, los nazis, impulsados por un grado de entrega mayor incluso que el de los comunistas, superaron a los demás partidos por su activismo constante y frenético y por la intensidad de su esfuerzo propagandístico.[64]

Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
PRUSIA ORIENTAL
20,8 %
R. Memel
Kiel
Lübeck
NORDMARK
19,4 %
POMERANIA
24,0 %
Stettin
Hamburgo
Bremen
BAJA SAJONIA
27,0 %
34,2 %
Berlín
BRANDEBURGO
Hannover
Magdeburgo
HOLANDA
WESTFALIA
35,1 %
29,2 %
ALEMANIA CENTRAL
Leipzig
R. Oder
34,5 %
POLONIA
BÉLGICA
Colonia
RENANIA
R. Rin
30,3 %
HESSE
Weimar
SAJONIA
33,4 %
Breslau
SILESIA
R. Vístula
R. Elba
Frankfurt
36,3 %
LUXEMBURGO
BAVIERA
Nuremberg
CHECOSLOVAQUIA
SARRE
19,3 %
Stuttgart
FRANCIA
ALEMANIA SUROCCIDENTAL
BAVIERA
25,7 %
R. Danubio
Munich
AUSTRIA
SUIZA
Menos del 24 por 100.
24-33,9 por 100.
Más del 34 por 100 de parados como porcentaje de los que consta que trabajaban; con cifras.
Frontera zona oficina de empleo estatal.
Frontera de Alemania.

Mapa 9. El paro en 1932.

Los resultados de las elecciones al Reichstag de septiembre de 1930 fueron una conmoción para casi todo el mundo y asestaron un golpe sísmico, y en muchos aspectos decisivo, al sistema político de la República de Weimar. Ciertamente, el Partido del Centro, la fuerza electoral más importante que había tras el gobierno de Brüning, podía sentirse moderadamente complacido al pasar de 3,7 millones de votos a 4,1 millones, aumentando su número de escaños en el Reichstag de 62 a 68. Los principales adversarios de Brüning, los socialdemócratas, perdieron 10 escaños, bajando de 153 a 143, pero seguían siendo el partido con mayor representación en la asamblea legislativa. En ese aspecto las elecciones proporcionaban a Brüning un estímulo muy moderado. Pero los partidos de la derecha y el centro, con los que tal vez podría albergar la esperanza de formar gobierno, sufrieron pérdidas catastróficas, bajando los nacionalistas de 73 escaños a 41, el Partido del Pueblo de 45 a 31, el Partido de la Economía (una agrupación de clase media de fundación reciente que defendía intereses específicos) de 31 a 23, y el Partido del Estado de 25 a 20. Los partidos representados en el primer gobierno de Brüning perdieron así 53 escaños de los 236 que tenían antes, pasando a tener sólo 183. Y ni siquiera todos ellos respaldaban sólidamente al canciller: el Partido del Pueblo estaba profundamente dividido respecto a si debía apoyarle o no, y el dirigente nacionalista Alfred Hugenberg se mostraba agriamente crítico con el gobierno de Brüning y obligó a abandonar su partido a los diputados moderados del Reichstag que aún querían darle una oportunidad. Después de septiembre de 1930 Hindenburg no encontró casi oposición entre los nacionalistas a su política de cooperar con los nacionalsocialistas para intentar hacer caer la República y sustituir al canciller del Reich por alguien que estuviese aún más a la derecha.[65]

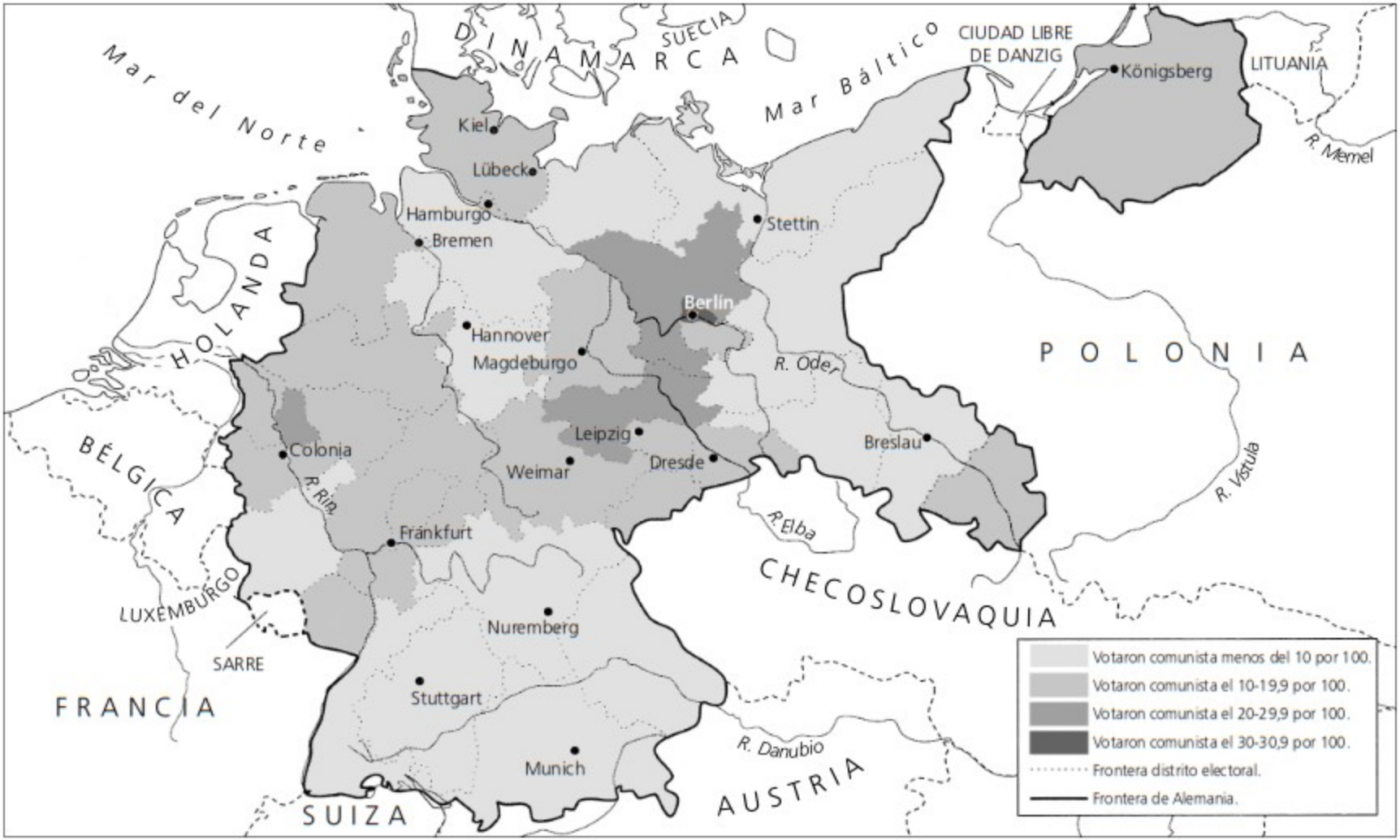
Como esto indica, las fuerzas políticas que se podría esperar que mostrasen una oposición incesante y sin tregua al gobierno de Brüning y a todos sus actos, convencidas de que así aceleraría la defunción de la República, recibieron un apoyo sustancial en las elecciones de 1930. Los comunistas, gracias a su popularidad entre los parados, pasaron de 54 escaños a 77. Pero la mayor conmoción fue el crecimiento del voto nazi. En

las elecciones de 1928 sólo habían apoyado a los nacionalsocialistas 800.000 votantes, proporcionándoles únicamente 12 escaños en el Reichstag. Ahora, en septiembre de 1930, sus votos habían pasado a ser 6, 4 millones, haciéndose con escaños en el Reichstag nada menos que 107 nazis. «Fantástico—se regodeaba Joseph Goebbels en su diario el 15 de septiembre de 1930—, [...] un avance increíble [...]. Yo no había esperado eso».[66] Los periódicos favorables calificaron los resultados de una «sensación mundial» que anunciaba una nueva fase de la historia de Alemania. Sólo los comunistas lo desdeñaron como flor de un día («lo que vendrá después sólo puede ser disminución y desaparición»).[67]

Pero las ganancias de los nazis reflejaban angustias profundamente arraigadas de muchos sectores del electorado. En algunas circunscripciones rurales del Norte el voto nazi equivalía a una victoria aplastante: un 68 por 100 en Wiefelstede, de la circunscripción de Weser-Ems, un 57 por 100 en Brünen, de la circunscripción de Düsseldorf Oeste, y un 62 por 100 en Schwesing, de la de Schleswig-Holstein.[68] Brüning podría haber previsto esto, en cierta medida, ya que en las elecciones a los cuerpos legislativos de los estados y a los consejos municipales de toda Alemania se había registrado un fuerte aumento del voto nazi desde 1928. Las posibilidades que tenía de conseguir lo que quería en las elecciones de 1930 eran, por tanto, muy pequeñas ya antes de que se iniciase la campaña. Pero el triunfo de los nazis en las elecciones al Reichstag fue mucho mayor de lo que nadie había previsto. En realidad, hubo muchos sitios en que no pudo deberse a la influencia de la propaganda nazi, pues el partido obtuvo del 25 al 28 por 100 de los votos en zonas rurales remotas del Norte protestante en las que apenas había penetrado su aparato propagandístico.[69]

¿Cómo puede explicarse este éxito espectacular? A los nazis se les consideraba, especialmente entre marxistas de diversas tendencias, los representantes de la clase media baja, pero en estas elecciones habían desbordado claramente los límites de ese electorado concreto y habían conseguido ganarse el apoyo no sólo de administrativos y empleados, tenderos, pequeños empresarios, campesinos y grupos afines, sino también de muchos votantes de sectores más altos de la escala social, de la burguesía mercantil e industrial y de los profesionales.[70] Fueron sobre todo los nazis

los que se beneficiaron del recalentamiento creciente de la atmósfera política de principios de la década de 1930, cuando empezaron a acudir a las urnas cada vez más ciudadanos que antes no habían votado. Aproximadamente un cuarto de los que votaron a los nazis en 1930 no habían votado antes. Muchos eran jóvenes que votaban por primera vez, que pertenecían a las cohortes de los nacidos antes de 1914. Sin embargo, estos votantes no parece que votasen desproporcionadamente a los nazis; el partido atraía sobre todo, en realidad, a la generación de más edad, que evidentemente no consideraba ya que los nacionalistas tuviesen el vigor suficiente para destruir la República odiada. Aproximadamente un tercio de los que apoyaron a los nacionalistas en 1928 votaron en 1930 a los nazis, y lo mismo hicieron un cuarto de los votantes del Partido del Pueblo y del Partido Democrático, e incluso la décima parte de los votantes socialdemócratas.[71]


Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
R. Memel
Kiel
Lübeck
Hamburgo
Bremen
Stettin
HOLANDA
Berlín
Hannover
Magdeburgo
R. Oder
POLONIA
BÉLGICA
Colonia
R. Rin
Leipzig
Weimar
Dresde
Breslau
R. Vístula
R. Elba
Fránkfurt
CHECOSLOVAQUIA
LUXEMBURGO
SARRE
Nuremberg
Stuttgart
FRANCIA
Munich
R. Danubio
SUIZA
AUSTRIA
Votaron comunista menos del 10 por 100.
Votaron comunista el 10-19,9 por 100.
Votaron comunista el 20-29,9 por 100.
Votaron comunista el 30-30,9 por 100.
Frontera distrito electoral.
Frontera de Alemania.

Mapa 10. Los comunistas en las elecciones al Reichstag de 1930.

Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
R. Memel
Kiel
Lübeck
Hamburgo
Bremen
Stettin
HOLANDA
Berlin
Hannover
Magdeburgo
R. Oder
POLONIA
BÉLGICA
Colonia
Leipzig
Dresde
Breslau
Weimar
R. Rin
R. Vistula
R. Elba
Frankfurt
LUXEMBURGO
SARRE
CHECOSLOVAQUIA
Nuremberg
FRANCIA
Stuttgart
R. Danubio
Munich
SUIZA
AUSTRIA
HUNGRÍA
Votaron nazi menos del 10 por 100.
Votaron nazi el 10-19,9 por 100.
Votaron nazi el 20-29,9 por 100.
Frontera distrito electoral.
Frontera de Alemania.

Mapa 11. Los nazis en las elecciones al Reichstag de 1930.

A los nazis les fue especialmente bien entre las mujeres, cuya tendencia anterior a mantenerse alejadas de las urnas disminuyó notoriamente en 1930, un cambio importante porque había mucho más voto femenino que masculino debido a las bajas militares de la Primera Guerra Mundial y por la tendencia creciente de las mujeres a vivir más que los hombres. En la ciudad de Colonia, por ejemplo, el porcentaje del voto femenino saltó de una media del 53 por 100 en 1924 al 69 por 100 en 1930;en el municipio de Ragnitz, en Prusia Oriental, pasó del 62 al 73 por 100. Desapareció su tendencia a no apoyar a partidos radicales como los nazis, aunque se mantuvo en general el apoyo mayoritario al Partido del Centro. Pese a todas las especulaciones de los contemporáneos, y de algunos historiadores más tarde, sobre las razones concretas por las que las mujeres podrían haber votado a los nazis (que iban desde su presunta mayor susceptibilidad al atractivo sentimental de la propaganda del partido a su supuesta decepción con la República por no proporcionarles la igualdad), el hecho es que no hay ningún indicio de que votasen por razones distintas de las que indujeron a los hombres a apoyar al partido. Pero lo cierto es que entonces lo hicieron.[72]

Fuesen sus votantes hombres o mujeres, jóvenes o ancianos, al Partido Nazi le fue especialmente bien en la Alemania del Norte protestante, al este del Elba, y mucho menos bien en el Oeste y el Sur católicos. Atrajo a los votantes del campo, pero no en el mismo grado a los de las zonas industriales urbanas. En algunas partes de Schleswig-Holstein y Oldenburg, zonas profundamente rurales del Norte protestante, obtuvo más del 50 por 100 de los votos. Pero, en contra de una opinión contemporánea generalizada, a los nazis no les fue mejor en las poblaciones pequeñas que en las grandes en términos globales; la influencia del credo religioso, que hacía el doble de probable que un protestante apoyase a los nazis que el que los apoyase un católico, fue mucho más importante en las zonas rurales, tal vez porque la influencia del clero fue mayor en el campo y el laicismo hizo mayores progresos en las ciudades, fuesen del tamaño que fuesen. Algunos católicos votaron a los nazis, pero en 1930 la gran mayoría se mantuvo leal

al Partido del Centro, encerrado en su entorno cultural y distanciado de la derecha radical por la notoria hostilidad que por entonces suscitaba en ésta la democracia, los judíos y el mundo moderno.[73]

También los socialdemócratas, como hemos visto, junto con los comunistas, se mantuvieron relativamente firmes frente al reto electoral nazi de 1930. Pero eso no significa que los nazis fracasaran completamente en su propósito de conseguir votos entre la clase obrera. Los trabajadores manuales asalariados y sus esposas constituían casi la mitad del electorado de Alemania, una de las sociedades industriales más avanzadas del mundo, mientras que los dos partidos obreros solían obtener en total casi un tercio de los votos en las elecciones de Weimar, así que un número significativo de los trabajadores y de sus esposas debían de votar habitualmente a otros partidos. En un grupo social tan grande y diverso, se incluían muchos trabajadores católicos, otros de pequeñas empresas que solían estar dirigidas de una forma paternalista, trabajadores manuales del sector público (los ferrocarriles, el servicio de correos, etcétera) y empleados que no estaban sindicados (sobre todo trabajadoras manuales). Los trabajadores rurales de las zonas protestantes, con una proporción relativamente pequeña de trabajadores manuales, resultaban particularmente susceptibles a la propaganda nazi, aunque los de las grandes fincas tendían a mantenerse fieles a los socialdemócratas. De hecho, el esfuerzo propagandístico nazi estaba dirigido en especial a los trabajadores, tomando prestados lemas e imágenes de los socialdemócratas, atacando a la «reacción» además del «marxismo» y presentando el partido como heredero de la tradición socialista alemana. No consiguió mucho más que arañar una pequeña parte del voto socialdemócrata y comunista, pero, aun así, ejerció una influencia lo suficientemente fuerte como para que trabajadores antes no comprometidos garantizasen que un 27 por 100 de los que votaron a los nazis en septiembre de 1930 fuesen trabajadores manuales.[74]

Puesto que, como hemos visto, la clase obrera constituía casi la mitad del electorado y el Partido Nazi obtuvo poco más del 18 por 100 de los votos, esto significaba aún que el partido era menos atractivo para los obreros que para los miembros de otras clases sociales, y que la gran mayoría de los votantes de clase obrera apoyaban a otros partidos. Donde la

tradición comunista o socialdemócrata era fuerte, la sindicación, alta y la cultura del movimiento obrero, activa y con bastante apoyo, el poder cohesivo del medio socialista se resistía bien a la propaganda nazi.[75] Los nazis, dicho de otro modo, llegaban a sectores de la clase obrera a los que no llegaban los partidos tradicionales de izquierdas.[76] El atractivo de su propaganda se explicaba por factores culturales y sociales más que económicos; los parados votaban a los comunistas, no a los nazis. Trabajadores que aún tenían trabajo en septiembre de 1930 tenían miedo al futuro, y si no estaban protegidos por un entorno de movimiento obrero fuerte, recurrían a menudo a los nazis para defenderse de la amenaza acechante del Partido Comunista.[77]

Aunque los nazis dirigían su propaganda con preferencia a los obreros, menospreciaban sorprendentemente a los empleados y administrativos, a los que es muy posible que les sentasen mal los ataques nazis a muchas de las instituciones para las que trabajaban, desde las entidades financieras a los grandes almacenes. Muchas empleadas con trabajos mal pagados pertenecían al medio político de la clase obrera por origen o matrimonio y votaban por ello a los socialdemócratas, lo mismo que una buena porción de empleados y administrativos varones, y no sólo los que estaban trabajando para los sindicatos y para otras instituciones del movimiento obrero. Los trabajadores no manuales del sector privado eran también uno de los grupos menos afectados por la Depresión. Así que, pese a la creencia contemporánea generalizada de que pasaba lo contrario, los trabajadores no manuales, lo mismo que los manuales, estuvieron un tanto infrarrepresentados entre las filas de los que votaron a los nazis en 1930. Los funcionarios, sin embargo, estuvieron sobrerrepresentados, lo que tal vez reflejase el hecho de que los recortes del gobierno habían dejado sin trabajo a cientos de miles de ellos y habían reducido el ingreso de muchos más al nivel del de un obrero especializado o menos aún. Entre los autónomos, sobre todo en las zonas rurales protestantes, era mayor aún el influjo de la propaganda nazi; muchos de ellos eran, claro, pequeños propietarios rurales.[78]

En septiembre de 1930 el Partido Nazi se había convertido, con una brusquedad sorprendente en una especie de cajón de sastre como partido de protesta social que apelaba, en mayor o menor grado, a prácticamente todos los grupos sociales del país. Consiguió trascender las barreras sociales, aún más que el Partido del Centro, y unir a grupos sociales muy dispares sobre la base de una ideología común, sobre todo, pero no exclusivamente, dentro de la comunidad de mayoría protestante, como no había conseguido hacerlo antes ningún otro partido en Alemania. Los partidos burgueses, liberales y conservadores, debilitados ya en el periodo que siguió a la inflación, se mostraron incapaces de retener su apoyo electoral en medio de la catástrofe económica que se había abatido sobre Alemania hacia finales de 1929. Los votantes de clase media, a los que aún les repugnaban la violencia y el extremismo nazis, pasaron a apoyar a grupos escindidos de la derecha en una proporción todavía mayor de lo que los habían apoyado ya en 1924 y 1928, haciendo que su representación en el Reichstag aumentase de 20 escaños a 55, pero un número sustancial de ellos se pasó a los nazis en septiembre de 1930, uniéndose a miembros de otros grupos sociales, incluidos campesinos, diversos tipos de obreros, funcionarios, electores que votaban por primera vez (incluidas muchas mujeres) y grupos de edad mayores, aumentando enormemente el voto nazi en una vigorosa expresión de su descontento, su resentimiento y su miedo.[79]

En la situación cada vez más desesperada de 1930, los nazis consiguieron proyectar una imagen de acción decisiva y firme, dinamismo, energía y juventud que superó totalmente los esfuerzos propagandísticos de los demás partidos políticos, con la excepción parcial de los comunistas. El culto a la jefatura que crearon en torno a Hitler no podía equipararse con los esfuerzos comparables de otros partidos de proyectar a sus dirigentes como los Bismarck del futuro. Todo eso se logró a través de imágenes y lemas sencillos y potentes, actividad frenética y maníaca, marchas, concentraciones, manifestaciones, discursos, carteles, letreros, etcétera, que destacaban la afirmación nazi de que eran mucho más que un partido político: eran un *movimiento*, que arrastraba al pueblo alemán y lo llevaba inconteniblemente hacia un futuro mejor. Lo que los nazis no ofrecían, sin embargo, eran soluciones concretas a los problemas de Alemania, sobre

todo en el sector en el que más falta hacían, en la economía y en la sociedad. Algo más sorprendente aún era que el desorden público que tan grande les parecía a las clases medias respetables en 1930, y al que los nazis prometían poner fin a través de la creación de un Estado fuerte y autoritario, era, en una cuantía considerable, creación suya. Evidentemente, muchas personas no se daban cuenta de eso, y echaban la culpa a los comunistas, considerando la violencia callejera de las escuadras de asalto nazis de uniforme pardo una reacción justificada, o al menos comprensible, ante la violencia y las agresiones de la Liga de Combatientes del Frente Rojo.

Los votantes no pretendían en realidad algo muy concreto del Partido Nazi en 1930. Lo que estaban haciendo era protestar por el fracaso de la República de Weimar. Es posible también que muchos de ellos, sobre todo de zonas rurales, poblaciones pequeñas, talleres pequeños, familias culturalmente conservadoras, grupos de edad avanzada o del entorno político nacionalista de clase media, expresasen así su distanciamiento de la modernidad cultural y política representada por la República, pese a la imagen moderna que proyectaban en muchos aspectos los nazis. La vaguedad de su programa, su mezcla simbólica de lo nuevo y lo viejo, su carácter ecléctico y a menudo incoherente, permitieron en gran medida que la gente leyese en éste lo que quería y prescindiese de lo que pudiese parecerle inquietante. Muchos votantes de clase media aceptaron la violencia y el matonismo nazis en las calles considerándolos producto de una energía y una fogosidad juvenil excesivas. Pero era mucho más que eso, como podrían comprobar muy pronto.[80]

EL TRIUNFO DE LA VIOLENCIA

I

El joven activista de los camisas pardas Horst Wessel se había ganado el odio de los paramilitares comunistas de Berlín en 1930. Idealista, inteligente y culto, había atraído la atención de Joseph Goebbels, que lo había enviado a estudiar el bien organizado movimiento juvenil nazi de Viena en la primera mitad de 1928. De regreso en Berlín, Wessel había ascendido rápidamente a un cargo localmente importante en la organización de los camisas pardas del barrio de Friedrichshain, donde dirigía una «escuadra de asalto», o delegación de los paramilitares nazis. Procedió desde éste a lanzar una campaña particularmente enérgica y provocadora en las calles, que incluyó un ataque de los camisas pardas a la sede local del Partido Comunista, en el que resultaron gravemente heridos cuatro obreros comunistas. Heinz Neumann, conocido como «el Goebbels del Partido Comunista» y director en Berlín del diario comunista *Rote Fahne*, respondió con una nueva consigna transmitida a los cuadros del partido: «¡Pegad a los fascistas siempre que os encontréis con ellos!».[81]

Y en medio de este ambiente, la casera de Wessel, viuda de un comunista, fue a una taberna de la zona el 14 de enero de 1930 a pedir que la ayudaran a resolver el problema que tenía con un vecino que, según decía, no sólo se había negado a pagar el alquiler por su novia, que vivía con él, sino que además había respondido a sus reclamaciones amenazándola con recurrir a la violencia si insistía en ellas. Si eso era cierto o no es ya otra cuestión, pero había pruebas de que la verdadera causa de la disputa es que la casera intentaba subirle el alquiler a Wessel. Tenía miedo de que, si la novia de Wessel no se iba, ella perdería su derecho legal al piso, del que no era propietaria, sino también inquilina, sobre todo porque dicha novia era una prostituta (si seguía o no ejerciendo como tal se

convirtió luego en tema de debate acalorado y algo lascivo). El factor clave aquí fue la relación con el Partido Comunista. Los comunistas, a pesar de que habían desaprobado la insistencia de la casera al morir su marido en hacerle un funeral religioso, decidieron ayudarla a resolver aquel problema con su inquilino. Precisamente el día anterior, aseguraron, los camisas pardas le habían pegado un tiro a un comunista local en un enfrentamiento que habían tenido. Dándose cuenta de que era probable que Wessel estuviese armado, enviaron a buscar a una taberna próxima a un famoso matón local, Ali Höhler, del que se sabía que tenía un arma, para que aportase la fuerza necesaria para una expedición punitiva al piso de Wessel. Höhler no sólo era miembro de la delegación del barrio de la Liga de Combatientes del Frente Rojo, sino que había sido condenado también por pequeños delitos, perjurio y proxenetismo. Miembro de uno de los sindicatos del delito organizado de Berlín, ejemplificaba las relaciones entre comunismo y delincuencia, que probablemente se forjasen en una época en que el partido tenía su base en los barrios pobres y las «zonas de delincuencia» de las grandes ciudades de Alemania. Höhler, junto con el comunista Erwin Rückert, subió las escaleras hasta el piso de Wessel, mientras los demás se quedaban vigilando en la calle. Cuando Wessel abrió la puerta, Höhler abrió fuego. Wessel cayó, malherido en la cabeza, y sobrevivió unas cuantas semanas en el hospital, hasta que falleció finalmente el 23 de febrero.[82]

Los comunistas organizaron rápidamente una campaña de propaganda en la que describían a Wessel como un proxeneta y el acto de Höhler, como parte de una disputa entre delincuentes sin relación con la Liga de Combatientes del Frente Rojo. Goebbels se puso a trabajar a toda marcha para presentar al difunto como un mártir político. Entrevistó a la madre de Wessel y consiguió que describiera a su hijo como un idealista que había salvado a su novia de una vida de prostitución y se había sacrificado con celo misionero por la causa patriótica. En cambio, los comunistas, clamaba Goebbels, habían mostrado su verdadero carácter al aceptar a un delincuente común como Höhler en sus filas. Antes de que a Höhler le diera tiempo a enfriarse en la tumba, Goebbels empezó a trabajar para ensalzar su memoria hasta la altura de un culto a gran escala. Innumerables artículos de

la prensa nazi de todo el país lo alabaron como un «mártir del Tercer Reich». Se organizó una procesión fúnebre solemne (habría sido mucho mayor, pero la policía puso restricciones a su tamaño), contemplada, según Goebbels, por más de treinta mil personas que se alineaban en las calles en la ruta hacia la iglesia. Cantos, ataques e intentos de reventar el acto por parte de la Liga de Combatientes del Frente Rojo provocaron escenas salvajes y violentas en las proximidades de la ceremonia. En el cementerio, mientras Göring, el príncipe Augusto Guillermo de Prusia y varias personalidades más miraban, Goebbels ensalzó a Wessel con palabras que recordaban intencionadamente el sacrificio de Cristo por la humanidad («A la redención a través del sacrificio»). «¡Dondequiera que esté Alemania—proclamó—, tú estás también, Horst Wessel!». Luego un coro de camisas pardas cantó unos versos que había escrito unos meses antes el propio Wessel:

¡La bandera sostenida en alto! ¡Prietas las filas!
¡Los hombres de las SA marchan con paso firme y valeroso.
A nuestro lado van, en nuestras filas, en espíritu,
Los camaradas a los que mataron los del Frente Rojo y de la Reacción!

¡Dejad libres las calles a las escuadras pardas,
Dejadlas libres para el hombre de la Sección de Asalto!
¡Contemplan ya millones la cruz gamada llenos de esperanza
El día del pan y de la libertad está ya próximo!

¡Es la última vez que suena la llamada a las armas!
¡Todos estamos preparados al fin para la lucha!
Pronto ondearán en todas las calles las banderas de Hitler.
¡Pronto habrá acabado nuestra servidumbre![83]

La canción había conseguido ya cierta difusión dentro del movimiento, pero Goebbels le dio entonces amplia publicidad, profetizando que no tardarían en cantarla los escolares, los obreros, los soldados, todo el mundo. Tenía razón. Antes de que terminase el año, había sido publicada, grabada en

disco de gramófono y convertida en himno oficial del Partido Nazi. Después de 1933 se convirtió en la práctica en himno oficial de combate del Tercer Reich, junto con el tradicional *Deutschland, Deutschland über Alles* ('Alemania, Alemania por encima de todo').[84] Wessel se convirtió en objeto de una especie de culto religioso laico propagado por los nazis, celebrado en el cine y conmemorado en innumerables ceremonias, monumentos y lugares de peregrinaje.

Que una glorificación tan franca de la fuerza física bruta pudiese convertirse en el himno de combate del Partido Nazi indica muy a las claras la importancia básica que tenía la violencia en su camino hacia el poder. Cínicamente explotado con propósitos publicitarios por propagandistas manipuladores como Goebbels, se convirtió en una forma de vida para el joven camisa parda corriente como Wessel, como lo era para los jóvenes obreros en paro de la Liga de Combatientes del Frente Rojo. Había otras canciones que eran más explícitas aún, como la popular «Canción de las Columnas de Asalto», que cantaban en sus marchas por las calles de Berlín los camisas pardas de 1928 en adelante:

> *¡Somos las columnas de asalto, nos enfrentamos a todo,*
> *Somos los de la primera línea, valientes en la lucha,*
> *Con la frente sudorosa del trabajo, sin nada en el estómago!*
> *Con manos callosas y tiznadas empuñamos firmemente los fusiles.*
>
> *Así estamos las columnas de asalto, preparadas para el combate racial.*
> *Sólo cuando corra la sangre judía estaremos liberados.*
> *No más negociaciones; no valen nada, ni un poco siquiera:*
> *Con nuestro Adolf Hitler luchamos con valor.*
>
> *¡Viva nuestro Adolf Hitler! Ya estamos en marcha.*
> *Vamos al asalto en nombre de la revolución alemana.*
> *¡Saltemos a las barricadas! Sólo la muerte nos podrá vencer.*
> *Somos las columnas de asalto de la dictadura personal de Hitler.*[85]

Este tipo de agresividad hallaba desahogo en choques constantes en las calles con paramilitares rivales. En el periodo intermedio de la República, a partir de 1924, todos los bandos habían abandonado la violencia política a la escala de la insurrección de enero de 1919, de la guerra civil del Ruhr de 1920 o de los múltiples conflictos de 1923, pero si se retiraron las ametralladoras fue sólo para sustituirlas por las porras de goma y los puños de hierro. Incluso en los años relativamente estables de 1924-1929, se aseguraba que 29 militantes nazis habían sido asesinados por los comunistas, mientras que éstos, por su parte, informaban de que habían muerto 92 «trabajadores» en choques con los «fascistas» de 1924 a 1930. Se decía que habían caído 26 miembros de los Cascos de Acero en la lucha contra el comunismo y 18 miembros de la Reichsbanner en diversos incidentes de violencia política de 1924 a 1928.[86] Éstas eran sólo las consecuencias más graves de los constantes enfrentamientos entre grupos paramilitares rivales; las mismas fuentes contaban por miles las heridas sufridas en esos enfrentamientos, muchas de ellas bastante más graves que unos simples cardenales o un hueso roto.

En 1930 las cifras aumentaron espectacularmente, afirmando los nazis haber tenido 17 muertos, que se elevaron a 42 en 1931 y 84 en 1932. También en 1932 los nazis informaron de que casi 10.000 de sus militantes de base habían resultado heridos en choques con sus adversarios. Los comunistas informaron de 44 muertes en luchas con los nazis en 1930, 52 en 1931 y 75 sólo en los seis primeros meses de 1932, mientras que más de 50 miembros de la Reichsbanner murieron en combates con los nazis en las calles de 1929 a 1933.[87] Fuentes oficiales corroboraron ampliamente estos datos, con un cálculo en el Reichstag, no discutido por nadie, que situaba el número de muertos en el año, hasta marzo de 1931, en un mínimo de 300.[88] Los comunistas actuaron con tanto vigor como los nazis. Cuando el marinero Richard Krebs, jefe de un destacamento de un centenar de miembros de la Liga de Combatientes del Frente Rojo, recibió instrucciones de reventar un mitin nazi en Bremen en el que iba a hablar Hermann Göring, por ejemplo, se aseguró de que «cada hombre estuviese armado con una porra o con puños de hierro». Cuando se levantó a hablar, Göring dio

orden de que lo expulsasen, sin que hubiese podido pronunciar más que unas cuantas palabras; los camisas pardas que estaban alineados junto a las paredes avanzaron hacia el centro del local, y

lo que siguió fue una gresca terrible. Porras, puños de hierro, garrotes, cinturones con gruesas hebillas, vasos y botellas eran las armas utilizadas. Volaban sobre las cabezas del público trozos de cristal y sillas. Hombres de ambos bandos arrancaban las patas de las sillas y las utilizaban como porras. Las mujeres se desmayaban en medio del estruendo y el griterío de la batalla. Chorreaban sangre ya docenas de rostros y cabezas, se rasgaban las ropas mientras los combatientes se debatían en medio de las masas de aterrados pero impotentes espectadores. Los miembros de la Sección de Asalto lucharon como leones. Nos fueron empujando sistemáticamente hacia la salida principal. La banda entonó una melodía marcial. Hermann Göring seguía plantado tranquilamente en el estrado, con los puños en las caderas.[89]

Escenas como ésta se daban en toda Alemania a principios de la década de 1930. La violencia era especialmente grave en los periodos de elecciones; de los 155 muertos en enfrentamientos políticos que hubo en Prusia a lo largo de 1932, 105 como mínimo murieron en los meses de elecciones de junio y julio, y la policía contabilizó 461 disturbios políticos con 400 heridos y 82 muertos en las siete primeras semanas de campaña.[90] La tarea de poner coto a la violencia política no se vio favorecida por el hecho de que los partidos políticos más implicados en ella se reuniesen de cuando en cuando y se pusiesen de acuerdo para que se decretase una amnistía para los presos políticos, liberándolos con ello de la cárcel para que se enfrentasen en una nueva tanda de palizas y muertes. La última de esas amnistías entró en vigor el 20 de enero de 1933.[91]

EL TRIUNFO DE LA VIOLENCIA

II

Enfrentándose a esta situación de desorden en rápido aumento había una fuerza policial cuya escasa lealtad a la democracia de Weimar era un hecho notorio. A diferencia del Ejército, siguió estando descentralizada después de 1918. El gobierno prusiano de Berlín, dominado por los socialdemócratas, no fue capaz, sin embargo, de aprovechar la oportunidad para crear una nueva fuerza de orden público que fuese la servidora leal de la Administración de justicia republicana. La policía reclutaba

inevitablemente sus miembros de entre las filas de los ex soldados, porque una elevada proporción del grupo de edad correspondiente había sido reclutada durante la guerra. Y los que dirigían la nueva fuerza eran ex oficiales, antiguos militares profesionales y combatientes de los Cuerpos Libres. Éstos establecieron un tono militar desde el principio y no eran en modo alguno partidarios entusiastas del nuevo orden político.[92] Estaban respaldados por la policía política, que tenía una larga tradición en Prusia, como en otros estados alemanes y europeos, de concentrar sus esfuerzos en el control, la localización y a veces la represión de socialistas y revolucionarios.[93] Sus agentes, como los de otros departamentos de policía, se consideraban por encima de los partidos políticos. De una forma bastante parecida al Ejército, servían a una noción abstracta del «Estado» o del Reich, más que a las instituciones democráticas específicas de aquella República recién fundada. No tiene nada de sorprendente, pues, que siguiesen organizando operaciones de vigilancia no sólo de los sectores más radicales del ámbito político, sino también de los socialdemócratas, el partido del gobierno en Prusia y, en cierto modo, su patrono. Aún persistía, pues, la vieja tradición de buscar subversivos primordialmente en el ala izquierda del espectro político.[94]

La parcialidad de la policía y de la judicatura fue especialmente notoria en el caso de un socialdemócrata como el diputado del Reichstag Otto Buchwitz, de Silesia, que recordaría más tarde con considerable amargura como los miembros de las secciones de asalto empezaron a reventar sus discursos a partir de diciembre de 1931. Ocupaban los asientos en sus mítines, le lanzaban insultos y en una ocasión le dispararon un tiro, provocando un pánico general entre los asistentes y un enfrentamiento en el que los camisas pardas y los hombres de la Reichsbanner efectuaron más disparos. Varios nazis y socialdemócratas tuvieron que ser hospitalizados y no quedó ni una sola mesa ni silla intacta en el local. Después de eso, bandas de ocho a diez camisas pardas acosaron a Buchwitz a la salida de su casa cuando salía para ir a trabajar por la mañana, veinte o más de ellos se amontonaban a su alrededor cuando volvía a la oficina después de comer y entre cien y doscientos lo asediaban en el camino a casa, cantando una canción compuesta especialmente para el caso en la que decían: «¡Cuando

se disparen los revólveres, Buchwitz recibirá todas las balas!». Las manifestaciones nazis se detenían siempre delante de su casa y cantaban: «¡Muera Buchwitz!». No sólo se desoyeron sus quejas a la policía y sus peticiones de protección, sino que, cuando perdió la inmunidad parlamentaria al disolverse el Reichstag en 1932, fue llevado ante los tribunales por posesión ilegal de un arma en la riña de diciembre de 1931 y condenado a tres meses de cárcel. Ni uno solo de los nazis que habían participado en los hechos fue procesado. Cuando Buchwitz salió en libertad se le negó la autorización para llevar un arma, pero de todos modos siempre llevaba una encima y retiraba el seguro ostentosamente si los camisas pardas se acercaban demasiado a él. Su queja al ministro del Interior socialdemócrata de Prusia, Carl Severing, obtuvo como respuesta la advertencia de que no debería haber empezado él enredándose en un enfrentamiento a tiros. La sensación de Buchwitz de que la jefatura socialdemócrata le había traicionado quedó aún más justificada cuando un gran contingente de militantes comunistas de base se presentó ante él antes de que fuese a pronunciar un discurso en el funeral de un miembro de la Reichsbanner al que habían matado los nazis, y le explicaron que estaban allí para protegerle de los camisas pardas, que tenían planeado matarle. Ni la policía ni la Reichsbanner habían hecho acto de presencia.[95]

Por otra parte, la policía consideraba que los miembros de la Liga de Combatientes del Frente Rojo eran delincuentes. Esto no sólo se correspondía con una larga tradición policial de amalgamar delincuencia y revolución, sino que reflejaba también el hecho de que los bastiones comunistas tendían a estar localizados en los barrios bajos pobres, que eran los centros del delito organizado. Para la policía, los combatientes del Frente Rojo eran rufianes que sólo buscaban beneficios materiales. Para los comunistas, la policía era el puño de hierro del orden capitalista, al que había que aplastar, y elegían a menudo a policías para actos de agresión física que llegaban incluso al asesinato. Eso significaba que en los choques con los comunistas, la fuerza policial, cansada, nerviosa y con miedo, era demasiado proclive a hacer uso de las pistolas con las que habitualmente iba armada. Los prolongados enfrentamientos que se produjeron en Berlín en 1929 se hicieron famosos como el «mayo sangriento», y en ellos

murieron 31 personas, entre las que se incluían transeúntes inocentes, sobre todo como consecuencia de los disparos de la policía; hubo más de doscientos heridos y más de mil detenidos en el curso de las manifestaciones comunistas que tuvieron lugar en el barrio obrero de Wedding. Las informaciones de que los periodistas que cubrían los acontecimientos habían sido agredidos por la policía sólo hicieron que los comentarios de la prensa fuesen aún más críticos, mientras que la policía, por su parte, reaccionó con un desprecio apenas disimulado hacia un orden político democrático que no la había defendido de ofensas y agravios.[96]

Los policías, distanciados de la República por los continuos enfrentamientos con los comunistas y por los intentos socialdemócratas de poner freno a sus poderes, estaban también descontentos por la lentitud de los ascensos, y muchos de los más jóvenes tenían la sensación de que sus carreras estaban bloqueadas.[97] La profesionalización había dado grandes pasos entre los agentes investigadores en Alemania, lo mismo que en otros países, considerándose las huellas dactilares, la fotografía y la ciencia forense ayudas nuevas y asombrosamente eficaces para las tareas de investigación. Detectives concretos como el famoso Ernst Gennat, jefe de la sección de homicidios de Berlín, se hicieron célebres por derecho propio, y la fuerza policial logró algunos índices impresionantes de solución de casos graves a mediados de la década de 1920. Sin embargo, la policía provocaba comentarios predominantemente hostiles en la prensa y en los otros medios de comunicación por no ser capaz de detener a asesinos en serie, como Fritz Haarmann, de Hannover, o Peter Kürten, de Düsseldorf, hasta después de haber causado gran número de víctimas. La policía, por su parte, consideraba que, debido al desorden y a la violencia política imperantes, se veía obligada a desviar valiosos recursos que no podía dedicar a la persecución de otros delitos.[98] No es sorprendente, pues, que los policías empezasen a simpatizar con los ataques de los nazis a la República de Weimar. En 1935 un informe aseguraba que 700 policías uniformados habían sido miembros del partido antes de 1933, mientras que en Hamburgo 27 agentes de 240 habían ingresado en éste en 1932.[99]

El canciller del Reich Brüning decidió, sin embargo, utilizar a la policía para frenar la violencia política tanto de la derecha como de la izquierda, porque el caos que imperaba en las calles estaba impidiendo que los bancos extranjeros concediesen préstamos a Alemania.[100] Fortalecieron su resolución dos graves incidentes que se produjeron en 1931. En abril, el dirigente de los camisas pardas del nordeste de Alemania, Walther Stennes, tuvo una disputa con el cuartel general del partido y ocupó brevemente las oficinas centrales de los nazis de Berlín, agrediendo a los guardias de las SS apostados allí y obligando a Goebbels a huir a Munich. Stennes denunció el despilfarro al que se entregaban los jefes del partido y su traición a los principios socialistas. Pero, aunque expresaba sin duda los sentimientos de algunos camisas pardas, tenía poco apoyo real. De hecho, hay ciertos indicios de que estaba subvencionándolo secretamente el gobierno de Brüning con la finalidad de crear divisiones dentro del movimiento. Hitler expulsó al dirigente de los camisas pardas Franz Pfeffer von Salomon, que no había sido capaz de impedir aquel desbarajuste, llamó a Ernst Röhm para que regresara de su exilio boliviano y se hiciese cargo de la organización, y obligó a todos los camisas pardas a hacer un juramento personal de lealtad a él. Stennes fue expulsado, con la consecuencia incidental de que muchos hombres de negocios conservadores y mandos militares pasaron a convencerse de que el movimiento nazi había perdido gran parte de sus tendencias subversivas.[101] Sin embargo, persistían tensiones muy reales entre el activismo incesante de las secciones de asalto y el cálculo político de los dirigentes del partido, tensiones que habrían de aflorar repetidamente en el futuro.[102] Y otro aspecto más serio: la revuelta de Stennes indicaba que muchos camisas pardas estaban deseosos de desencadenar la violencia revolucionaria a una escala considerable, una lección que no pasó inadvertida al nervioso gobierno del Reich.

Estas sospechas quedaron confirmadas con el descubrimiento de los llamados «documentos de Boxheim» en noviembre de 1931. Documentos nazis requisados por la policía en Hesse indicaban que las SA estaban planeando un golpe de Estado violento, que iría seguido del racionamiento de los alimentos, la abolición del dinero, trabajo obligatorio para todos y pena de muerte por desobedecer a las autoridades. La realidad no llegaba

tan lejos como afirmaba la policía, ya que los documentos sólo tenían un significado regional, y los había redactado, sin conocimiento de sus superiores, un joven funcionario del partido de Hesse, Werner Best, como guía política del partido en caso de que los comunistas intentasen un levantamiento allí. Hitler se distanció rápidamente del asunto y se dio orden a todos los comandantes de las SA de que no hiciesen más planes como aquél para situaciones de emergencia. El proceso penal iniciado acabó sobreseyéndose por falta de pruebas claras de traición por parte de Best.[103] Pero el daño ya estaba hecho. Brüning consiguió que se aprobase un decreto el 7 de diciembre por el que se prohibía el uso de uniformes políticos, y lo respaldó con un enérgico ataque a la ilegalidad nazi. Refiriéndose a las garantías constantemente reiteradas por Hitler de que su propósito era llegar al poder legalmente, decía: «Si se proclama que, tras llegar al poder por medios legales, se quebrantarán las limitaciones que establece la ley, eso no es legalidad».[104]

La prohibición de los uniformes tuvo poco efecto, ya que los camisas pardas siguieron con sus marchas, sólo que vistiendo camisas blancas, y la violencia continuó durante el invierno. Los rumores de una inminente insurrección comunista, junto con la presión de Schleicher, contuvieron a Brüning durante ese periodo, pero los retrocesos electorales comunistas en Hamburgo, Hesse y Oldenburg le convencieron en la primavera de 1932 de que había llegado el momento de prohibir del todo las secciones de asalto. Sometido a una intensa presión por los demás partidos políticos, sobre todo por los socialdemócratas, y con el apoyo de los preocupados militares, Brüning y el general Groener (a cuyas responsabilidades como ministro de Defensa había añadido las de ministro del Interior en octubre de 1931) convencieron al renuente Hindenburg para que emitiera un decreto ilegalizando las secciones de asalto el 13 de abril de 1932. La policía irrumpió en los locales de los camisas pardas de toda Alemania, confiscando insignias y equipamiento militar. Hitler se puso furioso, pero nada podía hacer. De todos modos, a pesar de la prohibición, en muchas zonas siguieron aumentando clandestinamente los ingresos en las secciones de asalto. En la Alta y la Baja Silesia, por ejemplo, había 17.500 camisas pardas en diciembre de 1931 y nada menos que 34.500 en julio del año

siguiente. La ilegalización de los camisas pardas sólo redujo muy ligeramente el grado de violencia política, y la presencia de simpatizantes de los nazis en los niveles inferiores de la policía otorgó a los paramilitares nazis un notable margen de posibilidades de continuar con sus acciones.[105] Así que no tendría sentido decir que el Partido Nazi y su ala paramilitar habrían dejado prácticamente de existir si se hubiese mantenido la prohibición un año o más.[106]

La nueva situación que se inició tras el gran avance electoral de los nazis no sólo aumentó notoriamente el nivel de violencia en las calles, sino que modificó también radicalmente la naturaleza de las actividades del Reichstag. Bastante bronco y caótico ya antes de septiembre de 1930, pasó ahora a hacerse incontrolable, al incorporarse 107 diputados nazis de camisa parda y uniformados a los 77 comunistas disciplinados y bien organizados que planteaban sin cesar cuestiones de orden, cantaban, gritaban, interrumpían y demostraban en todo momento su absoluto desprecio por el órgano legislativo. El Reichstag iba perdiendo poder con una rapidez escalofriante, las sesiones acababan tumultuosamente y parecía cada vez más inútil convocarlas. A partir de septiembre de 1930 sólo fueron posibles mayorías negativas. En febrero de 1931 se suspendieron las sesiones por seis meses, reconociendo así que era imposible continuar, cuando los sectores de extrema derecha y extrema izquierda abandonaron los escaños en un debate después de que las enmiendas introducidas en el reglamento parlamentario hiciesen que les resultase más difícil obstruir su funcionamiento. Los diputados no volvieron hasta octubre.[107] El Reichstag se reunió una media de cien días al año de 1920 a 1930. Celebró sesiones cincuenta días entre octubre de 1930 y marzo de 1931; después sólo se reunió veinticuatro días más hasta las elecciones de julio de 1932. De julio de 1932 a febrero de 1933 se reunió sólo tres días en seis meses.[108]

Así que en 1931 las decisiones no se tomaban ya en el Reichstag. El poder político se había trasladado a otro lugar, al círculo que rodeaba a Hindenburg, que era quien tenía poder para firmar decretos y nombrar gobiernos, y a las calles, donde seguía aumentando la violencia, y donde la miseria, la pobreza y el desorden crecientes planteaban al Estado la necesidad cada vez más urgente de actuar. Ambos procesos reforzaron

notoriamente el peso del Ejército. Sólo en circunstancias como aquéllas podía alguien como su representante político más importante, el general Kurt von Schleicher, convertirse en uno de los actores clave del drama que siguió. Schleicher, hombre ambicioso, de vivo ingenio, parlanchín y demasiado afecto a la intriga política para su propio bien, era un personaje relativamente desconocido antes de que aflorara de pronto a la notoriedad en 1929, cuando se creó un nuevo cargo para él, la Oficina Ministerial, que tenía la función de representar a las Fuerzas Armadas en sus relaciones con el gobierno. Estrecho colaborador de Groener durante muchos años y discípulo del destacado general de principios de la década de 1920 Hans von Seeckt, Schleicher había establecido muchas conexiones políticas mientras dirigía una serie de oficinas en las que se interrelacionaban asuntos militares y políticos, la última de ellas, poco antes, la sección del Ejército del Ministerio de Defensa. El disidente comunista ruso Lev Trotsky le describió como «un signo de interrogación con charreteras de general»; para un periodista contemporáneo era como una «esfinge en uniforme». Pero los objetivos y las ideas de Schleicher estaban en su mayor parte bastante claros: pensaba, como muchos conservadores alemanes en 1923, que podía darse legitimidad a un régimen autoritario utilizando y domesticando el poder popular de los nacionalsocialistas. De ese modo, el Ejército alemán, en cuyo nombre hablaba Schleicher, y con el que seguía manteniendo contactos muy estrechos, conseguiría lo que deseaba en cuanto al rearme.[109]

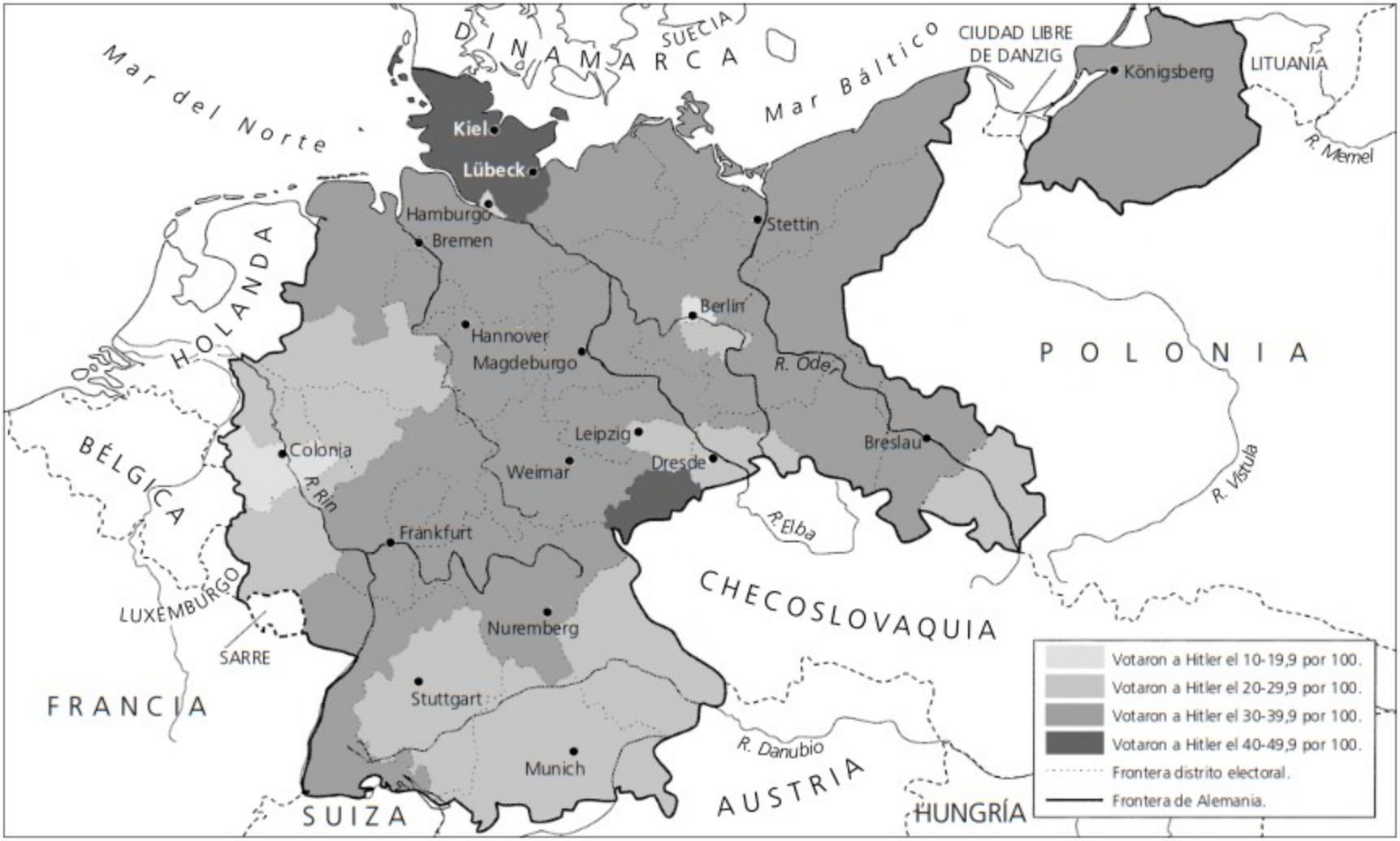
Después de las elecciones de septiembre de 1930 el gobierno de Brüning empezó a tener cada vez más problemas con Schleicher y con el círculo que rodeaba al presidente Hindenburg. Con los comunistas y los nazis pidiendo su cuello, los nacionalistas intentando desbancarlo y los grupos marginales de extrema derecha divididos respecto a si lo respaldaban o no, Brüning no tenía más opción que apoyarse en los socialdemócratas. Los dirigentes del que aún era el partido con mayor representación en el Reichstag estaban, por su parte, lo suficientemente afectados por los resultados de las elecciones como para prometer que no repetirían su rechazo anterior del presupuesto. La dependencia de Brüning de la tolerancia tácita dispensada por los socialdemócratas a sus medidas

políticas no le otorgó el menor crédito entre el círculo que rodeaba a Hindenburg, dirigido por su hijo Oskar y su ministro de Asuntos Exteriores, que consideraban esto una vergonzosa concesión a la izquierda.[110] Las principales prioridades del canciller se hallaban ahora en el campo de la política exterior, donde se hicieron algunos progresos en la tarea de garantizar el fin de las reparaciones, abrogadas por la Moratoria Hoover el 20 de junio de 1931 y definitivamente abolidas en julio de 1932 por la Conferencia de Lausana, para la que Brüning había hecho mucho trabajo preparatorio. Y aunque no llegase a conseguir la creación de una Unión Aduanera Austriacoalemana, emprendió con éxito negociaciones en Ginebra para el reconocimiento internacional de la igualdad de derechos alemana en cuestiones de desarme, un principio que acabó reconociéndose en diciembre de 1932. Pero nada de eso fortaleció la posición política del canciller. Tras muchos meses en el cargo, no había conseguido ganarse a los nacionalistas y aún dependía de los socialdemócratas. Esto significaba que cualquier plan que, bien el propio Brüning, o bien la camarilla que rodeaba a Hindenburg, pudiesen haber tenido para modificar decisivamente la Constitución en una dirección más autoritaria en realidad había quedado bloqueado, ya que eso era lo único a lo que los socialdemócratas nunca iban a dar su asentimiento. Para hombres como Schleicher, el que el gobierno cambiase el apoyo que le prestaban los socialdemócratas por el de los nazis parecía cada vez más la mejor opción.[111]

III

Al iniciarse 1932, ya iba acercándose a su fin el periodo de siete años en el cargo de presidente del venerable Paul von Hindenburg. Debido a su avanzada edad (tenía 84 años), Hindenburg se resistía a presentarse de nuevo a unas elecciones, pero había dejado que se supiese que estaría dispuesto a seguir en el cargo si su titularidad simplemente pudiera prolongarse sin acudir a las urnas. Las negociaciones sobre una renovación automática de la presidencia de Hindenburg no prosperaron por la negativa de los nazis a votar en el Reichstag el cambio constitucional necesario sin la simultánea destitución de Brüning y la convocatoria de unas nuevas

elecciones generales en las que esperaban, claro está, lograr avances mucho mayores aún.[112] Hindenburg se vio obligado así a pasar por la indignidad de ofrecerse de nuevo al electorado. Pero en esta ocasión las cosas eran muy distintas de la primera vez, la de 1925. Por los comunistas volvía a presentarse, por supuesto, Thälmann. Pero ahora a Hindenburg lo habían desbordado notoriamente por el flanco derecho; todo el espectro político se había desplazado, en realidad, en esa dirección desde el gran triunfo electoral de los nazis de septiembre de 1930. Una vez anunciadas las elecciones, Hitler difícilmente podía evitar presentarse él mismo como candidato. Se pasó, sin embargo, varias semanas titubeando, temeroso de las consecuencias que podía tener hacer campaña contra un icono nacionalista como el héroe de Tannenberg. Además, técnicamente, ni siquiera le estaba permitido presentarse, porque no había adquirido aún la nacionalidad alemana. Se hicieron arreglos rápidos para que se le nombrase funcionario en Braunschweig, lo que le otorgó automáticamente la condición de ciudadano alemán, confirmada el 26 de febrero de 1932, día en que hizo el juramento de fidelidad (a la Constitución de Weimar, como tenían que hacer todos los funcionarios).[113] Su candidatura transformó las elecciones en un enfrentamiento entre la izquierda y la derecha en la que Hitler era sin discusión el candidato de la derecha, lo que convirtió a Hindenburg, e increíblemente, en el candidato de la izquierda.


Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
R. Memel
Kiel
Lübeck
Hamburgo
Bremen
Stettin
HOLANDA
Berlin
Hannover
Magdeburgo
R. Oder
POLONIA
BÉLGICA
Colonia
Leipzig
Dresde
Breslau
Weimar
R. Rin
R. Vístula
R. Elba
Frankfurt
LUXEMBURGO
SARRE
CHECOSLOVAQUIA
Nuremberg
FRANCIA
Stuttgart
R. Danubio
Munich
SUIZA
AUSTRIA
HUNGRÍA
Votaron a Hitler el 10-19,9 por 100.
Votaron a Hitler el 20-29,9 por 100.
Votaron a Hitler el 30-39,9 por 100.
Votaron a Hitler el 40-49,9 por 100.
Frontera distrito electoral.
Frontera de Alemania.

Mapa 12. Las elecciones presidenciales de 1932. Primera vuelta.

El Partido del Centro y los liberales apoyaron a Hindenburg, pero lo que resultó particularmente asombroso fue el grado de apoyo que recibió de los socialdemócratas. Y no sólo porque el partido lo consideraba el único hombre que podía parar a Hitler (algo que la propaganda del partido repitió insistentemente durante la campaña electoral), sino también por razones positivas. Los dirigentes del partido deseaban desesperadamente la reelección de Hindenburg porque pensaban que mantendría a Brüning en el cargo como la última posibilidad de una vuelta a la normalidad democrática.[114] Hindenburg, proclamó Otto Braun, el ministro-presidente socialdemócrata de Prusia, era la «encarnación de la calma y la constancia, de la lealtad varonil y la devoción al deber para todo el pueblo», un «hombre sobre cuyo trabajo uno puede edificar, un hombre de voluntad pura y de juicio sereno».[115] Los socialdemócratas habían empezado ya por entonces, como demostraban esas frases asombrosas, a perder contacto con la realidad política. Dieciocho meses tolerando los recortes de Brüning con el argumento de impedir así algo peor les habían relegado a los márgenes del espectro político y los habían arrebatado la capacidad de decisión. A pesar de la defección y la desilusión que cundían entre sus miembros, la maquinaria disciplinada del partido entregó diligentemente ocho millones de votos al hombre que habría de desmantelar la República desde arriba, en un esfuerzo por mantener en el cargo a un canciller que a Hindenburg no le agradaba y en el que no confiaba, y cuyas medidas políticas habían estado rebajando el nivel de vida y destruyendo los puestos de trabajo precisamente de aquellos a los que los socialdemócratas representaban.[116]

El peligro de una victoria nazi era bastante real. El aparato de propaganda de Goebbels dio con un medio de combatir a Hindenburg sin ofenderlo: había hecho un gran servicio a la nación, pero ya era hora de que se hiciera por fin a un lado y diese paso a un hombre más joven, porque si no el país seguiría hundiéndose en el caos económico y en la anarquía política. Los nazis lanzaron una gran campaña de concentraciones, marchas, desfiles y mítines, respaldados por carteles, octavillas e incesantes exhortaciones en la prensa. Pero no fue suficiente. En la primera vuelta Hitler no consiguió más que el 30 por 100 de los votos. Aun así, pese a los

esfuerzos de los socialdemócratas y la fuerza electoral del Partido del Centro, Hindenburg no llegó a conseguir la mayoría absoluta necesaria. Consiguió sólo el 49, 6 por 100 de los votos, torturantemente cerca de lo que necesitaba. Thälmann ofrecía otra alternativa a la izquierda. En la derecha, a Hindenburg no sólo le había desbordado por el flanco Hitler, sino también Theodor Duesterberg, el candidato propuesto por los Cascos de Acero, que obtuvo el 6, 8 por 100 de los votos en la primera vuelta, lo que habría sido más que suficiente para haber hecho superar a Hindenburg el porcentaje que necesitaba para lograr el triunfo.[117]

Para la segunda vuelta, entre Hitler, Hindenburg y Thälmann, los nazis recurrieron a todos los medios posibles. Hitler alquiló un aeroplano y voló de ciudad en ciudad por toda Alemania, pronunciando 46 discursos a lo largo y ancho del país. Los efectos de este hecho sin precedentes, anunciado como el «vuelo de Hitler sobre Alemania», fue electrizante. El esfuerzo dio fruto. Thälmann quedó reducido a un marginal 10 por 100, pero Hitler consiguió más de 13 millones de votos, logrando un 37 por 100. Hindenburg, con las fuerzas agrupadas de todos los partidos importantes respaldándolo, salvo los comunistas y los nazis, sólo consiguió llegar hasta el 53 por 100. Por supuesto, a pesar del tropezón de la primera vuelta, su reelección era algo previsto desde el principio. Lo que realmente importaba era el avance triunfal de los nazis. Hitler no había sido elegido, pero su partido había conseguido más votos que nunca. Estaba empezando a parecer imparable.[118] En 1932, mejor organizado y mejor financiado que en 1930, el Partido Nazi había hecho una campaña presidencial de estilo norteamericano centrada en la persona de Hitler como representante de la totalidad de Alemania. No había concentrado tanto sus esfuerzos en ganarse a los obreros, un sector en el que su campaña de 1930 había fracasado mayoritariamente, sino en conseguir los votos de la clase media que anteriormente se habían ido a partidos fruto de escisiones y los del electorado protestante liberal y conservador. Dieciocho meses de paro creciente y crisis económica habían agudizado aún más la decepción de esos votantes con la República de Weimar, que, después de todo, Hindenburg había estado presidiendo durante los últimos siete años. El aparato de propaganda de Goebbels se dirigió con mucha mayor precisión

de lo que lo había hecho hasta entonces a grupos específicos de votantes, sobre todo a las mujeres. En el campo protestante había aumentado el descontento rural hasta el punto de que Hitler derrotó a Hindenburg en la segunda vuelta en Pomerania, Schleswig-Holstein y Hannover Oriental.[119] Y la nueva condición del movimiento nazi como el partido político más popular de Alemania quedó ratificada con nuevas victorias en las elecciones estatales que se celebraron después, en primavera: 36,6 por 100 en Prusia, 32,5 por 100 en Baviera, 31,2 por 100 en Hamburgo, 26,4 por 100 en Württemberg y, sobre todo, 40,9 por 100 en Sajonia-Anhalt, un resultado que les dio derecho a formar un gobierno estatal. Hitler había echado a volar de nuevo, pronunciando 25 discursos en rápida sucesión. La maquinaria de propaganda nazi había demostrado una vez más su eficacia y su dinamismo.

Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
R. Memel
Kiel
Lübeck
Hamburgo
Bremen
Stettin
HOLANDA
Berlin
Hannover
Magdeburgo
R. Oder
POLONIA
BÉLGICA
Colonia
R. Rin
Leipzig
Weimar
Dresde
Breslau
R. Vistula
R. Elba
Frankfurt
CHECOSLOVAQUIA
LUXEMBURGO
SARRE
Nuremberg
Stuttgart
FRANCIA
Munich
R. Danubio
AUSTRIA
HUNGRÍA
SUIZA
Votaron a Hitler el 20-29,9 por 100.
Votaron a Hitler el 30-39,9 por 100.
Votaron a Hitler el 40-49,9 por 100.
Votaron a Hitler el 50-59,9 por 100.
Frontera distrito electoral.
Frontera de Alemania.

Mapa 13. Las elecciones presidenciales de 1932. Segunda vuelta.

Era evidente que los intentos de Brüning de frenar el ascenso del Partido Nazi habían fracasado. A muchos de los miembros de la camarilla del presidente Hindenburg les parecía que era el momento adecuado para cambiar de táctica. Hindenburg, a pesar de su triunfo electoral, no estaba satisfecho ni mucho menos con el resultado. El hecho de que se hubiese encontrado con una oposición tan fuerte era sumamente insatisfactorio para un hombre que consideraba cada vez más su cargo como el del káiser no electo a cuyo servicio había estado en otros tiempos. El pecado cardinal de Brüning había sido no haber sabido convencer a los nacionalistas de que debían apoyar la reelección de Hindenburg. Cuando se hizo evidente que estaban respaldando a Hitler, los días de Brüning estaban contados. A pesar de la incansable campaña a favor suyo del canciller del Reich, el viejo mariscal de campo, que encarnaba para muchos las tradiciones prusianas de la monarquía y el conservadurismo protestante, estaba profundamente resentido por su dependencia de los votos de los socialdemócratas y del Partido del Centro, que le hacían parecer un candidato de la izquierda y de los clericales, como de hecho era en el fondo. Además, el Ejército estaba impacientándose por los efectos paralizadores de las políticas económicas de Brüning sobre la industria armamentista, y consideraba que su prohibición de los camisas pardas constituía un obstáculo para su propósito de reclutarlos como tropas auxiliares, una perspectiva que ganaba atractivo a medida que aumentaba su número. Por último, a Hindenburg le inquietaba un moderado plan de reforma agraria que proponía el gobierno en el Este, de acuerdo con el cual las fincas en quiebra se dividirían y se entregarían como pequeñas propiedades a los parados. Como representante que era de los intereses de los terratenientes, y como propietario además de una finca, Hindenburg estaba convencido de que aquello olía que apestaba a socialismo.[120] En una atmósfera como aquélla, llena de intrigas entre bastidores, con Schleicher minando la posición de Groener en el Ejército y Hitler prometiendo tolerar un nuevo gobierno si levantaba la prohibición que pesaba sobre los camisas pardas y convocaba nuevas elecciones al Reichstag, Brüning no tardó en quedarse más aislado. Y cuando Groener se vio obligado a dimitir el 11 de mayo de 1932, su posición era ya

completamente insostenible. Minado sin cesar por las intrigas de la camarilla de Hindenburg, no vio otra alternativa que presentar la dimisión, cosa que hizo el 30 de mayo 1932.[121]

IV

El hombre al que Hindenburg nombró nuevo canciller del Reich era un viejo amigo suyo, Franz von Papen. Se trataba de un aristócrata terrateniente cuya posición en el Partido del Centro, del que era un oscuro y no muy activo diputado en el Parlamento de Prusia, estaba aún más a la derecha que la del propio Brüning. Durante la Primera Guerra Mundial había sido expulsado de Estados Unidos, donde era agregado militar de la Embajada alemana, por espionaje o «actividades incompatibles con su condición», como rezaba la frase diplomática convencional, y se había incorporado al Estado Mayor del Ejército alemán. Durante la década de 1920 utilizó la fortuna que le había proporcionado su matrimonio con la hija de un rico industrial para comprar una participación mayoritaria en el periódico del Partido del Centro, *Germania*. Estableció así estrechos contactos con algunas de las fuerzas políticas y sociales clave de la República de Weimar, entre las que se incluían la aristocracia terrateniente, el Ministerio de Asuntos Exteriores, el Ejército, los industriales, la Iglesia católica y la prensa. De hecho, había sido Schleicher quien se lo había recomendado a Hindenburg como alguien favorable a los intereses del Ejército. Representaba, aún más que Brüning, una forma de autoritarismo político católico presente en toda Europa a principios de la década de 1930. Papen hacía mucho que estaba en desacuerdo con su partido y había defendido abiertamente a Hindenburg frente a Marx, el candidato del Partido del Centro en las elecciones presidenciales de 1925. El Partido del Centro lo repudió y él, por su parte, hizo entrega de su carnet de miembro, proclamando que buscaba una «síntesis de todas las fuerzas verdaderamente nacionalistas, vengan del campo que vengan, no como hombre de partido sino como alemán».[122] Se trataba ya de una ruptura total.[123]

Estos acontecimientos señalaron, de forma explícita además de retrospectiva, el final de la democracia parlamentaria en Alemania. La mayoría de los miembros del nuevo gabinete no estaban afiliados a ningún partido, salvo un par de ellos que eran, nominalmente al menos, miembros del Partido Nacionalista. Papen y sus compañeros de ideología, incluido Schleicher, consideraban que estaban creando un Nuevo Estado, por encima de los partidos, oponiéndose en realidad al principio básico de un sistema multipartidista, con los poderes de las asambleas elegidas aún más limitados de lo que lo habían estado en el planteamiento más modesto de Brüning. El tipo de Estado en el que ellos pensaban lo explicó el ministro del Interior de Papen, Wilhelm Freiherr von Gayl, que había ayudado a crear un régimen militar, autoritario y racista en la zona cedida a Alemania en el Tratado de Brest-Litovsk de 1918.[124] Entre las propuestas de Gayl figuraban la limitación del derecho de sufragio a una minoría y una reducción drástica de los poderes parlamentarios.[125] La tarea que Papen se había propuesto era dar marcha atrás a la historia, no sólo a la democracia de Weimar sino a todo lo que había sucedido en la política europea desde la Revolución francesa, y reconstruir, en lugar de la lucha de clases moderna, las bases jerárquicas de la sociedad del Antiguo Régimen.[126] Como un signo, pequeño pero poderoso, de ese propósito, abolió el uso del símbolo clásico de la Revolución francesa en las ejecuciones, la guillotina, en zonas de Prusia donde había sido introducida en el siglo XIX, y la sustituyó por el instrumento prusiano tradicional, el hacha.[127] Por otra parte, en un terreno más inmediato y práctico, el gobierno de Papen empezó a extender también las limitaciones impuestas por su predecesor a la prensa radical también a los periódicos democráticos, prohibiendo publicaciones populares de la izquierda liberal como el diario socialdemócrata *Vorwärts* dos veces en unas cuantas semanas, proscribiendo periódicos populares de la izquierda liberal como el *Berliner Volkszeitung* (‘Periódico del Pueblo de Berlín’), en dos ocasiones y convenciendo a los comentaristas liberales de que la libertad de prensa había sido finalmente abolida.[128]

El conservadurismo utópico de Papen tenía poco que ver con las realidades políticas de 1932. Su gobierno estaba formado por hombres con relativamente poca experiencia. Había entre ellos tantos aristócratas

desconocidos que se le conocía como el «gobierno de los barones». En la discusión que precedió a la dimisión de Brüning, Papen y Schleicher habían coincidido en que necesitaban ganarse a los nazis para lograr el apoyo de las masas a la política antidemocrática del nuevo gobierno. Consiguieron el visto bueno de Hindenburg a la disolución del Reichstag y la convocatoria de nuevas elecciones, que Hitler había estado pidiendo con la esperanza de que en éstas hubiese un nuevo aumento del voto nazi. Se acordó que las elecciones se celebrarían a finales de julio de 1932. Y accedieron también a la petición de Hitler de que se levantase la prohibición que pesaba sobre los camisas pardas. Schleicher pensaba que eso moderaría el extremismo nazi y, entre otras cosas, convencería a los camisas pardas para actuar como un ejército auxiliar con el que se podrían eludir decisivamente las limitaciones en el número de efectivos impuestas a las Fuerzas Armadas alemanas por el Tratado de Versalles.[129] Pero ello resultó ser otro desastroso error de cálculo. Masas de camisas pardas volvieron a inundar triunfalmente las calles, y las palizas, las batallas campales, los muertos y heridos, nunca del todo ausentes, ni siquiera durante el periodo de la prohibición, alcanzaron enseguida nuevas cotas máximas. Aun así, la opinión pública se quedó sobrecogida cuando el 17 de julio de 1932 una marcha organizada por miles de miembros de las secciones de asalto nazis a través del bastión comunista de Altona, un municipio obrero de la parte prusiana de la frontera estatal de Hamburgo, chocó con la violenta resistencia de miles de Combatientes del Frente Rojo fuertemente armados. Richard Krebs, al mando de ochocientos obreros portuarios y marineros comunistas dispuestos a echar a los nazis del puerto, explicaría más tarde que los combatientes del Frente Rojo tenían órdenes de atacar a los nazis en las calles. Piedras, basura y toda clase de proyectiles llovieron sobre los que formaban parte de la marcha. De acuerdo con algunos informes, había tiradores de elite comunistas en los tejados, dispuestos a liquidar a los camisas pardas de abajo. Alguien, nadie estaba seguro de quién, efectuó un disparo. Inmediatamente la policía, en un ataque de pánico, abrió fuego con todas sus armas, rociando la zona de balas y provocando el pánico y una fuga en todas direcciones. Los comunistas fueron dispersados con todos los demás. Su intento de impedir la marcha de los camisas pardas por su territorio había sido un lamentable

fracaso.[130] Hubo dieciocho muertos y más de cien heridos. La mayoría de las muertes fueron causadas, según revelaron los informes de las autopsias, por las balas disparadas por los revólveres de los policías. La intensidad de la violencia provocada por los enfrentamientos políticos en el país exigía ya claramente una actuación del gobierno.[131]

Pero Papen, lejos de prohibir de nuevo los grupos paramilitares, aprovechó los acontecimientos del «domingo sangriento» de Altona para deponer el gobierno del estado de Prusia, que estaba presidido por los socialdemócratas Otto Braun y Carl Severing, basándose en que ya no era capaz de mantener la ley y el orden. Era el golpe decisivo contra los socialdemócratas y se había elegido precisamente a Papen para darlo. Podía alegar en cierto modo, como precedente, la deposición de Ebert del gobierno de los estados de Sajonia y Turingia en 1923, pero Prusia, que cubría más de la mitad del territorio del Reich, con una población mayor que la de Francia, era un blanco mucho más significativo. La posición central del Ejército en la conflictiva situación política de 1932 quedó gráficamente ilustrada cuando fuerzas de combate fuertemente armadas ocuparon las calles de Berlín y se declaró el estado de emergencia militar en toda la ciudad. A las fuerzas de policía, controladas por los socialdemócratas, se las dejó simplemente a un lado; cualquier intento del gobierno prusiano de utilizarlas para hacer frente a la fuerza armada de los militares sólo habría provocado confusión. Sus efectivos eran demasiado escasos y sus mandos altos y medios, o estaban decepcionados con la República, o simpatizaban con Papen o se los habían ganado los nazis.[132]

Si Papen y Schleicher temían una insurrección de los obreros, se equivocaban. Muchos miembros de base de la Reichsbanner estaban dispuestos a tomar las armas, y se habían almacenado ametralladoras, pistolas y carabinas para defender el cuartel general del partido en caso de un golpe de Estado hasta que llegase allí la policía, que, suponía el partido (erróneamente, como se demostró), se opondría a cualquier intento de derribar la República. Un aumento reciente del número de miembros había hecho que el número de efectivos de las Unidades de Defensa Republicana de la Reichsbanner se elevase a más de 200.000. Pero los superaban en número con mucho las fuerzas unidas de unos tres cuartos de millón de

camisas pardas y cascos de acero, que con toda seguridad se habrían movilizado contra ellos si hubiesen organizado un levantamiento. Estaban deficientemente adiestrados y mal preparados, y no habrían sido rival para las fuerzas bien equipadas del Ejército alemán. Los comunistas, que tenían mejores reservas de armas, no iban a empuñarlas, por supuesto, para defender a los socialdemócratas.[133]

En la situación de julio de 1932, en que Hindenburg, los jefes del Ejército y los conservadores estaban todos extremadamente deseosos de evitar que estallase una guerra civil en Alemania, una insurrección armada de la Reichsbanner podría haber hecho dar marcha atrás a Papen o haber hecho intervenir al presidente del Reich. Quién sabe. La llamada a la resistencia nunca llegó. Las tradiciones de respeto a la ley de los socialdemócratas les impulsaron a prohibir cualquier resistencia armada a un acto que estaba sancionado por el jefe del Estado y el gobierno legalmente constituido, respaldado por las Fuerzas Armadas y al que no se oponía la policía.[134] La única opción que les quedó a Braun y a Severing fue la protesta retórica y los procesos judiciales que iniciaron contra Papen basándose en que había quebrantado la Constitución. El 10 de octubre de 1932 el Tribunal Supremo del Estado dio la razón, al menos en parte, al gobierno Braun, que continuó siendo por ello una espina clavada en la carne del gobierno del Reich al seguir representando a Prusia en el Consejo del Reich, la cámara alta del órgano legislativo de la nación.[135] Entretanto, Papen consiguió que el presidente lo nombrase comisario del Reich para ocuparse del asunto del gobierno de Prusia, mientras que funcionarios puntillosos vacilaban y suspendían su actividad hasta que se aclarase la situación legal.[136]

El golpe de Papen resultó mortal para la República de Weimar. Destruyó el principio federal y abrió el camino para la centralización total del Estado. Pasase lo que pasase, era improbable ya que se produjera una restauración plena de la democracia parlamentaria. Después del 20 de julio de 1932 las únicas alternativas realistas eran una dictadura nazi o un régimen conservador autoritario respaldado por el Ejército. Que no ofreciesen ninguna resistencia seria los socialdemócratas, que eran los principales defensores que quedaban de la democracia, fue un hecho

decisivo. Convenció tanto a los conservadores como a los nacionalsocialistas de que se podía acabar, sin ninguna oposición seria, con las instituciones democráticas. Los socialdemócratas habían recibido abundantes advertencias previas del golpe. Sin embargo, no habían hecho nada. Estaban paralizados no sólo por el respaldo que había dado al golpe el hombre al que tan recientemente habían apoyado en la campaña para las elecciones presidenciales, Paul von Hindenburg, sino también por su catastrófica derrota en las elecciones al Parlamento prusiano de abril de 1932. Mientras que los nazis habían aumentado su representación en la asamblea legislativa prusiana pasando de 9 escaños a 162 y los comunistas, de 48 a 57, los socialdemócratas habían perdido un tercio de sus escaños, pasando de 137 a 94. Ningún partido tenía ya una mayoría, y el gobierno existente, dirigido por Braun y Severing, actuaba como un gobierno de minoría con una legitimidad política correspondientemente debilitada. Además de esto, se había difundido también en la dirección del partido un sentimiento de impotencia durante los largos meses de tolerancia pasiva de la brutal política de recortes de Brüning. Los sindicatos no tenían posibilidad de hacer nada contra el golpe porque el paro masivo había hecho imposible una huelga general; millones de individuos desesperados sin trabajo no habrían tenido prácticamente más elección que aceptar uno como rompehuelgas, y lo sabían. Era impensable una repetición de la actuación de un movimiento obrero unido que había desbaratado el golpe de Kapp en 1920. Los nazis estaban jubilosos. «No tienes más que enseñarles los dientes a los rojos para que pasen por el aro», escribía el jefe de propaganda nazi Joseph Goebbels en su diario el 20 de julio: los socialdemócratas y los sindicatos, comentaba con satisfacción, «no levantan un dedo». «Los rojos—escribía no mucho después—han perdido su gran oportunidad. No volverá a presentarse nunca».[137]

DECISIONES FATÍDICAS

I

El golpe de Papen se produjo en medio de la campaña electoral más frenética y más violenta que había habido en Alemania, una campaña electoral que se desarrollaba en una atmósfera aún menos racional y más atroz que la de dos años antes. Hitler voló de nuevo por toda Alemania, de circunscripción en circunscripción, hablando ante multitudes inmensas en más de cincuenta mítines importantes, denunciando las divisiones, humillaciones y fracasos de Weimar y ofreciendo la promesa, vaga pero potente, de una nación mejor y más unida en el futuro. Por otra parte, los comunistas predicaban la revolución y anunciaban el hundimiento inminente del sistema capitalista, los socialdemócratas llamaban a los electores a movilizarse contra la amenaza del fascismo y los partidos burgueses abogaban por una unidad restauradora que eran claramente incapaces de proporcionar.[138] La decadencia de la política parlamentaria quedó gráficamente ilustrada por el tipo de propaganda cada vez más emotiva de los partidos, incluso de los socialdemócratas. Rodeada de manifestaciones y choques callejeros cada vez más violentos, la lucha política quedó reducida a lo que los socialdemócratas llamaron (sin la menor sombra de crítica) «una guerra de símbolos». Los socialdemócratas, que contrataron a un psicólogo (Sergei Chajotin, un discípulo ruso radical de Pavlov, el descubridor del reflejo condicionado) para que los ayudase en la campaña electoral durante 1931, se daban cuenta de que no bastaba con apelar a la razón. «Tenemos que trabajar con los sentimientos, las almas y las emociones para que la razón consiga la victoria». En la práctica se dejó la razón muy atrás. En las elecciones de julio de 1932 los socialdemócratas ordenaron a todas sus agrupaciones locales que se aseguraran de que los miembros del partido llevasen un brazalete del partido, utilizasen el saludo

con el puño cerrado cuando se encontrasen y gritasen la consigna «¡Libertad!» en las situaciones apropiadas. Los comunistas, dentro del mismo espíritu, hacía mucho que utilizaban el símbolo de la hoz y el martillo y diversas consignas, lemas y formas de saludo. Al adoptar este estilo, los partidos estaban situándose en el mismo terreno que los nazis, con cuyo símbolo de la cruz gamada, cuyo saludo de «Heil Hitler!» y cuyos lemas sencillos y potentes les resultaba difícil competir.[139]

En busca de una imagen que fuese lo suficientemente dinámica como para contrarrestar el atractivo de los nazis, los socialdemócratas, la Reichsbanner, los sindicatos y diversas organizaciones obreras más relacionadas con los socialistas se unieron el 16 de diciembre de 1931 y formaron el Frente de Acero para luchar contra la amenaza «fascista». El nuevo movimiento tomaba mucho prestado del arsenal de métodos propagandísticos de los comunistas y los nacionalsocialistas. Los discursos largos y aburridos debían sustituirse por consignas breves e incisivas. La insistencia tradicional del movimiento obrero en la educación, la razón y la ciencia debía dejar paso a una insistencia nueva en el estímulo de las emociones de las masas a través de desfiles callejeros, marchas uniformadas y manifestaciones colectivas de voluntad. El nuevo estilo de propaganda de los socialdemócratas llegó al extremo de inventar un símbolo para contrarrestar el de la cruz gamada y el de la hoz y el martillo: tres flechas paralelas, que representaban las tres armas principales del Frente de Acero. Nada de eso hizo gran cosa por ayudar al movimiento obrero tradicional, muchos de cuyos miembros, incluso de los que ocupaban cargos dirigentes en el Reichstag, se mantuvieron escépticos o demostraron ser incapaces de adaptarse al nuevo modo de presentar su propuesta política. El nuevo estilo de propaganda situó a los socialdemócratas en el mismo terreno que los nazis; pero carecían del dinamismo, el vigor juvenil o el extremismo necesarios para llegar a ser unos rivales eficaces. Los símbolos, las marchas y los uniformes no consiguieron atraer mayor apoyo al Frente de Acero, porque siguió manteniendo el control el acartonado aparato organizativo del partido. Por otra parte, no atenuó los temores de los votantes de clase media sobre las intenciones del movimiento obrero.[140]

Los carteles electorales utilizados por los partidos en las campañas de principios de la década de 1930 eran aún más reveladores. Una característica común a casi todos ellos era que estaban dominados por la figura de un obrero gigante semidesnudo que a finales de los años veinte había venido a simbolizar al pueblo alemán, sustituyendo la figurita irónicamente modesta del «Buen Miguel» con su gorro de dormir o la personificación femenina menos frecuente de Germania, que representaba anteriormente a la nación. Los carteles nazis mostraban al obrero gigante cerniéndose sobre un banco con un letrero que decía ALTAS FINANZAS INTERNACIONALES, al que destruía con grandes golpes de un compresor con la enseña de la cruz gamada; los carteles de los socialdemócratas retrataban al obrero gigante apartando con el codo a nazis y comunistas; el Partido del Centro incluía en su cartel una caricatura del obrero gigante, tal vez menos escaso de ropa, pero de todos modos remangado, expulsando por la fuerza a pequeños nazis y comunistas del edificio del Parlamento; el Partido del Pueblo pintaba al obrero gigante, vestido sólo con un taparrabos, echando a un lado a políticos sobriamente vestidos de todas las otras facciones que participaban en la campaña de julio de 1932, en una inversión casi exacta de lo que iba a suceder en realidad en las elecciones; y hasta el sobrio Partido Nacionalista utilizó en sus carteles a un obrero gigante, aunque éste no hiciese más que sostener la bandera negra, blanca y roja del viejo Reich bismarckiano.[141] Los electores se enfrentaban por toda Alemania con imágenes violentas de obreros gigantes que hacían pedazos a sus adversarios, los quitaban de en medio a patadas, los sacaban a rastras del Parlamento o se cernían amenazadoramente sobre políticos de frac y chistera a los que se retrataba casi universalmente como pigmeos insignificantes y pendencieros. La masculinidad exuberante barría a un lado a las facciones políticas enfrentadas, ineficaces y feminizadas. Fuese cual fuese la intención, el mensaje subliminal era que había llegado ya el momento de acabar con la política parlamentaria: un mensaje que se hacía explícito en los choques diarios de los grupos paramilitares en las calles, en la omnipresencia de los uniformes en la campaña y en la violencia y el caos incesantes de los mítines electorales.

Ninguno de los otros partidos podía competir con los nazis en ese campo. Goebbels podría haberse quejado de que «ahora nos están robando nuestros métodos», pero las tres flechas no tenían ninguna resonancia política profunda, a diferencia de la conocida cruz gamada. Para que los socialdemócratas pudiesen haber tenido una oportunidad de derrotar a los nazis en su propio terreno, tendrían que haber empezado antes.[142] Goebbels no centró el debate electoral en la actuación del gobierno de Papen, sino en la de la República de Weimar. Los principales objetivos de la propaganda nazi esta vez fueron, por tanto, los votantes del Partido del Centro y de los socialdemócratas. Una marea de carteles, letreros, folletos, octavillas, películas y discursos dirigidos en términos apocalípticos a concentraciones multitudinarias al aire libre transmitieron una gráfica imagen de la «guerra civil roja en Alemania», en la que los electores se veían enfrentados a una escueta alternativa: o las viejas fuerzas de la traición y la corrupción, o el resurgir nacional hacia un futuro glorioso. Goebbels y su equipo de propaganda se propusieron abrumar al electorado bombardeando sus sentidos con una descarga incesante. La propaganda de saturación debía contar no sólo con publicidad masiva, sino también con una campaña concertada de panfletos y visitas domiciliarias. Micrófonos y altavoces atronaban con discursos nazis en todos los espacios públicos disponibles. Las imágenes visuales, transmitidas no sólo con carteles e ilustraciones de revistas, sino también a través de manifestaciones de masas y marchas por las calles, desbancaban el discurso racional y la argumentación verbal en favor de estereotipos fáciles de asimilar que movilizaban toda una gama de sentimientos, desde el resentimiento y la agresividad a la necesidad de seguridad y redención. Las columnas en marcha de camisas pardas, los saludos envarados y las poses militares de los dirigentes nazis transmitían orden y seriedad además de resolución inflexible. Estandartes y banderas transmitían la impresión de idealismo y activismo incesante. El lenguaje agresivo de la propaganda nazi creó imágenes estereotípicas infinitamente repetidas de sus adversarios: los «criminales de noviembre», los «jefes rojos», «los manipuladores judíos», la «pandilla de asesinos rojos». Sin embargo, dada la necesidad que tenían los nazis de tranquilizar a las clases medias, al obrero gigante se le retrataba ya algunas veces en una actitud

benévola, no ya fiero y agresivo, sino con la camisa puesta y entregando las herramientas de trabajo a los parados en vez de esgrimirlas como armas para destruir a sus adversarios; los nazis estaban dispuestos a gobernar de un modo responsable.[143]

Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
R. Memel
Kiel
Lübeck
Hamburgo
Bremen
Stettin
HOLANDA
Berlín
Hannover
Magdeburgo
R. Oder
POLONIA
BÉLGICA
Colonia
R. Rin
Leipzig
Weimar
Dresde
Breslau
R. Vístula
R. Elba
Frankfurt
CHECOSLOVAQUIA
LUXEMBURGO
SARRE
Nuremberg
Stuttgart
FRANCIA
Munich
R. Danubio
AUSTRIA
SUIZA
HUNGRÍA
Votaron nazi el 20-29,9 por 100.
Votaron nazi el 30-39,9 por 100.
Votaron nazi el 40-49,9 por 100.
Votaron nazi el 50-59,9 por 100.
Frontera distrito electoral.
Frontera de Alemania.

Mapa 14. Los nazis en las elecciones al Reichstag de julio de 1932.

Esta propaganda electoral, de una intensidad sin precedentes, no tardó en dar los frutos deseados. El 31 de julio de 1932 las elecciones al Reichstag revelaron la necedad de las tácticas de Papen. Lejos de hacer a Hitler y a los nazis más controlables, las elecciones les habían proporcionado un aumento masivo de poder, dándoles más del doble de votos, que pasaron de 6,4 millones a 13,1 millones, y convirtiéndolos en el partido con mayor representación con mucho en el Reichstag, ahora contaban con 230 escaños, casi 100 más que el partido siguiente, los socialdemócratas, que consiguieron que sus pérdidas fuesen de sólo 10 escaños más y enviaron a la nueva asamblea legislativa a 133 diputados. El porcentaje del 18,1 por 100 de los votos que habían obtenido los nazis en septiembre de 1930 también fue superado en más del doble, llegando al 37,4 por 100. La polarización progresiva del escenario político quedó demostrada con otro aumento del voto de los comunistas, que ahora enviaba a 89 diputados al Reichstag en vez de 77. Y mientras que el Partido del Centro conseguía también aumentar sus votos y obtenía 75 escaños en el nuevo Parlamento, el Partido Nacionalista registraba nuevas pérdidas, pasando de 41 representantes a 37, de modo que quedó reducido casi a la condición de un partido marginal. Pero lo más sorprendente fue sin duda la aniquilación casi total de los partidos del centro. El Partido del Pueblo perdió 24 de sus 31 escaños, el Partido de la Economía, 21 de sus 23 y el Partido del Estado, anteriormente de los demócratas, 16 de los 20 que tenía. La serie de agrupaciones de extrema derecha fruto de escisiones, que habían conseguido un fuerte apoyo de la clase media en 1930, se desmoronaron, conservando sólo 9 de sus 55 escaños anteriores. La izquierda y la derecha se enfrentaban ahora en el Reichstag con un centro reducido a la insignificancia: había 13,4 millones de votos de los comunistas y los socialdemócratas unidos frente a 13,8 millones de votos nazis, mientras que el resto de los partidos juntos sólo sumaban 9,8 millones de votos.[144]

Las razones del éxito de los nazis en las urnas en julio de 1932 fueron en gran parte las mismas que habían sido en septiembre de 1930; casi dos años más de profundización acusada de la crisis social, política y económica habían agudizado aún más que antes esos factores. Las

elecciones confirmaron la condición de los nazis como una coalición heterogénea de los descontentos, con un atractivo mucho mayor esta vez para las clases medias, que era evidente que habían superado las dudas que habían mostrado dos años antes, cuando se habían inclinado por los grupos escindidos de la derecha. Los votantes de los partidos de la clase media habían ido incorporándose casi todos a las filas de votantes del Partido Nazi. La mitad de los que habían votado a los grupos escindidos en septiembre de 1930 pasaron ahora a votarles a ellos, así como uno de cada tres de los que habían votado al Partido Nacionalista, al Partido del Pueblo y al Partido del Estado. Uno de cada cinco de los que en las elecciones anteriores no habían acudido a las urnas lo hicieron ahora votando por los nazis (sobre todo mujeres). Hasta uno de cada siete de los que habían votado anteriormente a los socialdemócratas votaron ahora a los nazis. El 30 por 100 de los nuevos votos del partido procedían de los partidos escindidos. Entre estos votantes figuraban muchos que habían votado a los nacionalistas en 1924 y 1928. Hasta un pequeño número de votantes de los comunistas y de los católicos del Partido del Centro cambiaron, aunque esto quedase más o menos compensado por los que hicieron un cambio en el otro sentido. El Partido Nazi continuó atrayendo sobre todo a los protestantes, apoyándolo sólo un 14 por 100 de los votantes católicos frente a un 40 por 100 de los no católicos. El 60 por 100 de los votos nazis procedían en esta ocasión de las clases medias, ampliamente definidas; el 40 por 100 eran trabajadores manuales asalariados y los que dependían de ellos, aunque, como antes, se trataba predominantemente de trabajadores que, por diversas razones, habían tenido siempre una relación débil con el movimiento obrero. La correlación negativa entre el número de votos nazis en todas las circunscripciones y el índice de desempleo era tan fuerte como siempre. Los nazis seguían siendo un partido cajón de sastre de la protesta social, con apoyo especialmente fuerte entre las clases medias y apoyo relativamente débil en la clase obrera industrial tradicional y en la comunidad católica, sobre todo donde había una base institucional y económica fuerte del movimiento obrero o de las asociaciones voluntarias católicas.[145]

Pero si bien julio de 1932 proporcionó al Partido Nazi un fuerte aumento de escaños en el Reichstag, hubo, de todos modos, una cierta decepción entre sus dirigentes. Para ellos, el factor clave del resultado no era que hubiese mejorado respecto a las anteriores elecciones al Reichstag, sino que no habían mejorado en los resultados de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales del mes de marzo anterior ni en las elecciones prusianas del abril anterior. Existía por ello la impresión de que el voto nazi había tocado finalmente techo. En concreto, a pesar de un esfuerzo masivo, el partido sólo había conseguido un éxito limitado en su objetivo primordial de arrebatar votos a los socialdemócratas y al Partido del Centro. Así que no hubo ninguna repetición del júbilo con que los nazis habían celebrado su victoria electoral de septiembre de 1930. Goebbels confiaba a su diario el sentimiento de que «hemos ganado un poquito», nada más. «De este modo no conseguiremos una mayoría absoluta», concluía. Las elecciones infundieron, por tanto, una nueva sensación de urgencia al sentimiento de que, como decía Goebbels, «tiene que pasar algo. El tiempo de la oposición se ha acabado. ¡Ahora hechos!».[146] Había llegado el momento de tomar el poder, añadía al día siguiente, y comentaba que Hitler estaba de acuerdo con su punto de vista. Por otra parte, si se atenían a la ruta parlamentaria hacia el poder, el estancamiento de su fuerza electoral indicaba que la situación podría empezar a escapárseles de las manos. Sin embargo, Hitler rechazó la opción de entrar en un gobierno de coalición dirigido por otro partido, como en realidad tenía derecho a hacer, considerando que su propio partido disponía ya del mayor número de escaños, con diferencia, en la asamblea legislativa nacional. Así que, inmediatamente después de las elecciones, Hitler insistió en que sólo entraría en un gobierno como canciller del Reich. Ése era el único cargo que preservaría la mística de su carisma entre sus seguidores. A diferencia de un cargo de gobierno subordinado, le proporcionaría también una buena oportunidad de convertir el control del gabinete en una dictadura nacional, utilizando todas las fuerzas del Estado, que estarían entonces a su disposición.

II

Cómo se podrían utilizar esas fuerzas quedó gráficamente ilustrado por un incidente que se produjo a principios de agosto de 1932. Papen, en un intento de hacerse con el control de la situación, había impuesto una prohibición de los mítines políticos públicos el 29 de julio. Ello sólo tuvo como consecuencia privar a los militantes de un medio legítimo de dar salida a sus inflamadas pasiones políticas. Fomentó, por tanto, aún más la violencia en las calles. Debido a ello, Papen promulgó el 9 de agosto otro decreto presidencial de urgencia imponiendo la pena de muerte a todo aquel que matase a un adversario político movido por la cólera o el odio. Su propósito era aplicar tal medida sobre todo a los comunistas. Pero a altas horas de la noche siguiente, un grupo de camisas pardas borrachos, armados con porras de goma, pistolas y tacos de billar rotos, irrumpieron en una granja de Potempa, una aldea de la Alta Silesia, y atacaron a uno de sus habitantes, Konrad Pietzuch, simpatizante de los comunistas. Le pegaron en la cara con un taco de billar, siguieron pegándole hasta dejarlo sin sentido, luego continuaron dándole patadas en el suelo y acabaron rematándolo de un tiro. Pietzuch era polaco, lo que convertía el incidente en racial además de político, y algunos de los camisas pardas tenían rencillas personales contra él. Sin embargo, se trataba claramente de un crimen político de acuerdo con los términos del decreto, y cinco de los camisas pardas fueron detenidos, juzgados y condenados a muerte en la cercana población de Beuthen. Tan pronto como se comunicó el veredicto, miembros de las secciones de asalto nazis irrumpieron en las calles de esa población, destrozando las tiendas judías y las oficinas de los periódicos liberales y de izquierdas. Hitler condenó personal y públicamente la injusticia de «este sangriento y monstruoso veredicto», y Hermann Göring envió un mensaje abierto de solidaridad a los condenados manifestando «una indignación y una amargura sin límites ante este juicio terrorista de que habéis sido objeto».[147]

Este crimen pasó a convertirse en uno de los temas de las negociaciones entre Hitler, Papen y Hindenburg para la participación nazi en el gobierno. Irónicamente, el presidente Hindenburg se mostraba de

todos modos reacio a aceptar a Hitler como canciller, porque nombrar un gobierno dirigido por el jefe del partido que había ganado las elecciones parecería ahora volver a un sistema de gobierno parlamentario. Además, estaba consternado por el crimen de Potempa. «No he tenido la menor duda sobre vuestro amor a la Patria—le dijo en tono paternalista a Hitler el 13 de agosto de 1933—. Contra posibles actos de terrorismo y violencia—añadió, sin embargo—, como han sido cometidos también, lamentablemente, por miembros de las divisiones de las SA, tendré que intervenir con toda la severidad posible». Tampoco Papen estaba dispuesto a permitir que Hitler dirigiese el gabinete. Una vez rotas las negociaciones, Hitler proclamó:

> ¡Camaradas raciales alemanes! Cualquiera de vosotros que sienta que es necesario luchar para defender el honor y la libertad de la nación comprenderá por qué me niego a entrar en este gobierno. La justicia de Herr Von Papen condenará al final a muerte a tal vez miles de nacionalsocialistas. ¿Cree alguien que iba a poder apoyar también con mi nombre esta acción ciegamente agresiva, este desafío a todo el pueblo? ¡Esos caballeros están equivocados! ¡Herr Von Papen, ahora sé lo que es vuestra «objetividad» manchada de sangre! Yo quiero la victoria para una Alemania nacionalista y la aniquilación de sus corruptores y destructores marxistas. ¡Yo no sirvo para ser el verdugo de los que luchan por la libertad nacional del pueblo alemán![148]

El apoyo de Hitler a la violencia brutal de los camisas pardas no podría haber sido más claro. Fue suficiente para intimidar a Papen, que nunca había pretendido que su decreto se aplicase a los nazis, y que conmutó la pena de los condenados por la de cadena perpetua el 2 de septiembre, con la esperanza de aplacar a los dirigentes nazis.[149] Poco después del incidente, Hitler había dado a los camisas pardas quince días de permiso, temiendo otra prohibición. No tenía por qué haberse molestado.[150]

Sin embargo, los nazis, que habían olido el poder después de las elecciones de julio, estaban agriamente decepcionados por el hecho de que la dirección del partido no hubiese querido entrar en el gobierno. La ruptura de las negociaciones con Hitler dejó también a Papen y a Hindenburg con el problema de tener que conseguir una legitimidad popular. Parecía haber llegado el momento de destruir el sistema parlamentario, pero ¿cómo iban a hacerlo? Papen, con respaldo de Hindenburg, decidió disolver el nuevo Reichstag en cuanto se reuniese. Haría uso (sería abuso más bien) del poder presidencial para comunicar por decreto que no habría más elecciones. Sin embargo, cuando por fin se reunió el Reichstag en septiembre, en medio de

escenas caóticas, Hermann Göring, que presidía la sesión, de acuerdo con la tradición, como representante del partido más votado, hizo deliberadamente caso omiso de los intentos de Papen de proclamar la disolución y permitió que prosperase una moción de censura comunista contra el gobierno. La moción logró el apoyo de 512 diputados, y sólo hubo 42 votos en contra y 5 abstenciones. El resultado fue tan humillante, demostró con tanta claridad la falta de apoyo de Papen, que éste abandonó su plan de abolir las elecciones. En sustitución, el gobierno no vio prácticamente más alternativa que atenerse a la Constitución y convocar nuevas elecciones al Reichstag en noviembre.[151]

Hitler, enfurecido por las tácticas de Papen, lanzó un ataque furioso contra el gobierno en la nueva campaña electoral. Un gabinete de aristócratas reaccionarios nunca contaría con la colaboración de un hombre del pueblo como él, proclamó. La prensa nazi pregonó a bombo y platillo otro recorrido triunfal más del «Caudillo» por los estados alemanes; pero todos estos alardes de una victoria masiva y un entusiasmo desbocado por la oratoria de Hitler no podían ocultar, para la dirección del partido al menos, el hecho de que muchos de los locales donde hablaba Hitler estaban ahora semivacíos, y que las muchas campañas del año no habían dejado al partido en condiciones económicas que permitiesen una campaña de propaganda al nivel de la de las elecciones anteriores. Además, los ataques populistas de Hitler a Papen ahuyentaban a votantes de clase media, quienes creían ver que afloraba de nuevo el carácter «socialista» de los nazis. La participación en una huelga enconada de los trabajadores del transporte de Berlín junto con los comunistas en el periodo previo a las elecciones no ayudó a mejorar la imagen del partido entre el proletariado berlinés, que había sido el objetivo de Goebbels, y ahuyentó además los votos rurales y provocó el rechazo de algunos votantes de clase media. Los métodos de propaganda del partido, antes novedosos, habían pasado a ser familiares para todos. Goebbels no tenía ya ningún as en la manga con el que sorprender al electorado. Los dirigentes nazis se resignaban a la perspectiva de grandes pérdidas el día de las elecciones.[152]

El estado de ánimo de grandes sectores de las clases medias protestantes nos lo muestra el diario de Louise Solmitz, una antigua maestra de escuela que vivía en Hamburgo. Nacida en 1899 y casada con un ex oficial, había sido durante mucho tiempo una admiradora de Hindenburg y de Hugenberg, había considerado a Brüning, con el desdén protestante característico, un «jesuitilla» y se quejaba a menudo en su diario de la violencia nazi.[153] Pero en abril de 1932 había ido a escuchar hablar a Hitler en un mitin que se celebraba en un barrio de Hamburgo, y el ambiente que se respiraba en el acto y el público, de todos los sectores sociales, la habían entusiasmado tanto como el discurso.[154] «El espíritu de Hitler te arrastra—escribió—, es alemán y tiene razón».[155] Las amistades de clase media de su familia no tardaron mucho en apoyar todas a Hitler y era casi seguro que votarían por él en julio. Pero luego les desagradó la actitud altanera de Göring en el Reichstag cuando se reunió, y también lo que consideraron un desplazamiento de los nazis hacia la izquierda en la campaña electoral de noviembre. Ahora se inclinaban más bien por Papen, aunque nunca con mucho entusiasmo, porque era católico. «Habría votado otra vez a Hitler—decía un viejo amigo, un ex soldado—, pero ya no». «Es triste lo de Hitler—decía otro conocido—: No puedo seguir con él». Louise Solmitz pensaba que el respaldo de Hitler a la huelga de los trabajadores del transporte de Berlín le costaría miles de votos. Su conclusión pesimista era que a Hitler no le interesaba Alemania, sino sólo el poder. «¿Por qué nos ha abandonado, después de mostrarnos un futuro al que uno podía decir que sí?», se preguntaba. Los Solmitz votaron en noviembre a los nacionalistas.[156]

No es sorprendente, ante este tipo de decepción, que a los nazis les fuese mal. Las elecciones, con una participación muy inferior a la de julio, reflejaron un descenso acusado del apoyo electoral al partido, de 13,7 millones de votos a 11,7, con lo que su representación en el Reichstag pasó de 230 escaños a 196. Los nazis aún eran con mucho el partido más votado. Pero ahora tenían menos escaños que el total de los dos partidos «marxistas».[157] «Hitler pierde apoyo», proclamaba el socialdemócrata *Vorwärts*.[158] «Hemos sufrido un retroceso», confiaba Joseph Goebbels a su diario.[159] Por otra parte, las elecciones proporcionaron un cierto avance

electoral al gobierno. Los nacionalistas mejoraron su representación pasando de 37 escaños a 51, y el Partido del Pueblo pasó de 7 representantes a 11. Muchos de sus votantes habían regresado tras su exilio temporal en el Partido Nazi. Pero se trataba, de todos modos, de cifras ridículamente bajas, poco más de un tercio que las que habían conseguido los dos partidos en su periodo culminante de 1924. La decadencia patética de los antiguos demócratas, el Partido del Estado, continuó, descendiendo su representación de 4 escaños a 2. Los socialdemócratas perdieron otros 12 escaños, lo que les hizo bajar a 121, su cota más baja desde 1924. Por otra parte, los comunistas, aún el tercer partido más votado, siguieron mejorando de posición al obtener 11 escaños más, lo que les daba un total de 100, no muy por detrás de los socialdemócratas. Para muchos alemanes de clase media, era un resultado que indicaba una eficacia aterradora que amenazaba con la posibilidad de una revolución comunista en un futuro no demasiado lejano. El Partido del Centro experimentó, por su parte, un pequeño descenso, pasando de 75 escaños a 70, yendo algunos de estos votos a los nazis, como en el caso de su ala bávara, el Partido del Pueblo Bávaro.[160]

El Reichstag era, en general, aún menos manejable que antes. Se enfrentaban ahora un centenar de comunistas a 196 nazis, decididos unos y otros a destruir un sistema parlamentario que odiaban y despreciaban. Como consecuencia del ataque retórico del gobierno contra ellos durante la campaña, el Partido del Centro y los socialdemócratas eran más hostiles que nunca a Papen. Éste había fracasado por completo en su propósito de invertir los resultados humillantes de las elecciones al Reichstag del 12 de septiembre. Aún se enfrentaba a una mayoría abrumadora contraria a su gabinete en la nueva asamblea legislativa. Consideró la posibilidad de cortar el nudo gordiano ilegalizando tanto a los nazis como a los comunistas y utilizar el Ejército para imponer un régimen presidencial, dejando completamente de lado al Reichstag. Pero ésa no era una posibilidad práctica, porque por entonces, fatalmente, había perdido también la confianza del Ejército y de sus altos mandos. Anteriormente, en ese mismo año, la alta jerarquía del Ejército había hecho deponer al ministro de Defensa, el general Wilhelm Groener, considerando que su propósito de llegar a un acuerdo con la República de Weimar y sus instituciones no era

ya apropiado, dadas las nuevas circunstancias. Le sustituyó Schleicher, cuyas ideas estaban ya más en sintonía con las de los altos mandos. A Schleicher, por su parte, le ofendió que el canciller hubiese tenido el descaro de desarrollar planes e ideas propios para un régimen autoritario en lugar de seguir las instrucciones del hombre que tanto había hecho, precisamente, por ponerlo en el poder, es decir, él mismo. Papen había fracasado también notoriamente en la tarea de proporcionar la mayoría parlamentaria que habían estado buscando Schleicher y el Ejército, formada principalmente por los nazis y el Partido del Centro. Era hora de una nueva iniciativa. Schleicher informó tranquilamente a Papen de que el Ejército no estaba dispuesto a arriesgarse a una guerra civil y que no le daría más apoyo. El gabinete se mostró de acuerdo y Papen, que se enfrentaba a la violencia incontrolable en las calles y que no tenía medios de impedir que aumentase aún más, se vio obligado a comunicar su intención de dimitir.[161]

Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
R. Memel
Kiel
Lübeck
Hamburgo
Bremen
Stettin
HOLANDA
Berlín
Hannover
Magdeburgo
R. Oder
POLONIA
BÉLGICA
Colonia
R. Rin
Leipzig
Weimar
Dresde
Breslau
R. Vístula
R. Elba
Frankfurt
LUXEMBURGO
SARRE
CHECOSLOVAQUIA
Nuremberg
Stuttgart
FRANCIA
Munich
R. Danubio
AUSTRIA
SUIZA
HUNGRÍA
Votaron nazi el 10-19,9 por 100.
Votaron nazi el 20-29,9 por 100.
Votaron nazi el 30-39,9 por 100.
Votaron nazi el 40-49,9 por 100.
Frontera distrito electoral.
Frontera de Alemania.

Mapa 15. Los nazis en las elecciones al Reichstag de noviembre de 1932.

III

Siguieron a esta situación dos semanas de complicadas negociaciones, dirigidas por Hindenburg y su entorno. Por entonces, la Constitución había vuelto a ser en realidad lo que había sido en el Reich bismarckiano, con gobiernos nombrados por el jefe de Estado, sin consulta alguna a mayorías parlamentarias o asambleas legislativas. Se había marginado del todo al Reichstag como factor político. Ya no era necesario, en realidad, ni para aprobar leyes. Persistía, sin embargo, el problema de que cualquier gobierno que intentase cambiar la Constitución en una dirección autoritaria sin la legitimidad aportada por el respaldo de una mayoría de la asamblea legislativa, correría el grave riesgo de desencadenar una guerra civil. Por ello se siguió buscando respaldo parlamentario. Como los nazis no colaboraban, Schleicher se vio obligado a asumir él la cancillería el 3 de diciembre. Su gestión estaba condenada desde el principio. Hindenburg no le perdonaba que hubiese derrocado a Papen, quien le agradaba y en quien confiaba, y muchas de cuyas ideas compartía. Durante unas cuantas semanas Schleicher, menos odiado que Papen por el Partido del Centro y por los socialdemócratas, se ganó un respiro evitando incurrir en la retórica autoritaria de su predecesor. Seguía albergando la esperanza de que los nazis se aviniesen. Las elecciones de noviembre los habían debilitado y estaban divididos respecto a qué había que hacer a continuación. Además, a principios de diciembre, en las elecciones locales celebradas en Turingia, sus votos cayeron en picado, 40 por 100 respecto al máximo nacional del julio anterior. Un año de agotadora actividad electoral había dejado, además, al partido prácticamente en la quiebra. Todo parecía favorecer a Schleicher.[162]

Dentro del Partido Nazi, empezaron a oírse voces que criticaban a Hitler por no querer entrar en un gobierno de coalición si no lo dirigía. La principal de esas voces era la de Gregor Strasser, jefe de organización del partido, que tenía muy clara conciencia del precario estado al que, como pensaba cada vez más, Hitler había reducido la organización del partido, tan

trabajosamente construida durante los años anteriores. Strasser empezó a cultivar tanto a los representantes de los grandes negocios, con vistas a reponer los fondos del partido, como a los sindicatos, a los que quería convencer para que participaran en una coalición nacional de amplia base. Pero sus enemigos en la jefatura nazi, sobre todo Joseph Goebbels, sabiendo cuáles eran sus ideas, empezaron a intrigar a sus espaldas y a acusarle de intentar sabotear la marcha del partido hacia el poder.[163] El asunto llegó a su punto culminante cuando Schleicher, intentando presionar a Hitler para que entrara en el gobierno, decidió iniciar negociaciones independientes con Strasser sobre un posible cargo en el gobierno. Pero Hitler estaba decidido a que los nazis no entrasen en un gobierno que no dirigiesen ellos. En una tensa reunión con Hitler, Strasser defendió en vano su punto de vista. Ante un nuevo rechazo, y en un arrebato de orgullo herido, dimitió de todos sus cargos en el partido el 8 de diciembre.

Hitler actuó rápidamente para impedir una escisión en el partido, destituyendo a conocidos seguidores de su antigua mano derecha y apelando en persona a los que titubeaban. En un viaje relámpago por el país, Hitler se dirigió a un grupo tras otro de funcionarios del partido y los convenció de lo acertado de su posición, asignando a Strasser el papel de traidor, de forma parecida a como estaba asignando Stalin a Trotsky el papel de traidor en la Unión Soviética por ese mismo periodo más o menos. El peligro de una escisión había sido real; desde luego, Hitler y Goebbels se lo tomaron muy en serio. Strasser no representaba en ningún sentido una visión de futuro alternativa a la de Hitler; su posición ideológica era muy similar a la de su jefe, y había dado pleno apoyo a la expulsión en 1930 de su hermano Otto, cuyas opiniones habían estado realmente muy a la izquierda de la corriente general del partido. Tampoco había planteado Gregor Strasser ningún tipo de lucha en diciembre de 1932. Si hubiese hecho campaña defendiendo su punto de vista, es muy probable que le hubiese seguido una parte sustancial del partido, que habría quedado con ello fatalmente dañado. Pero, en vez de eso, no hizo nada. Se fue de vacaciones a Italia inmediatamente después de presentar la dimisión y, aunque no llegó a ser expulsado oficialmente del partido, no volvió a ocupar ningún cargo en él y abandonó prácticamente la actividad política.

Hitler se nombró él mismo jefe de organización del Partido Nazi y desmanteló la estructura centralizada de la administración del partido creada por Strasser para evitar que algún otro pudiese hacerse con ella. Quedaba superada la crisis del partido. Hitler y la dirección podían respirar de nuevo.[164]

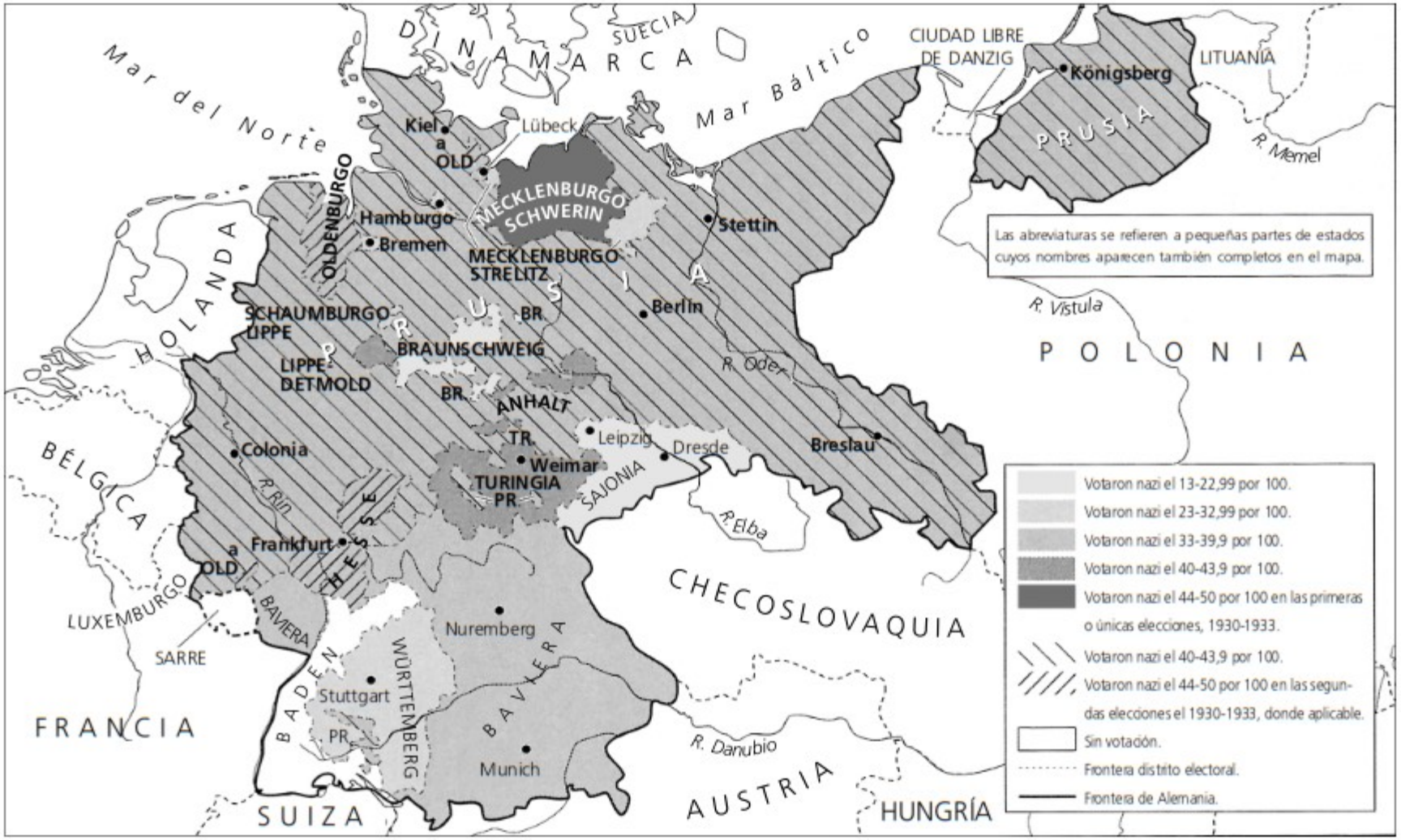
Que Schleicher no consiguiese ganarse a los nazis habría de resultar decisivo. Sus perspectivas en el cambio de año no parecían, superficialmente, demasiado malas. El Partido Nazi estaba perdiendo apoyo; ni siquiera los buenos resultados en las elecciones generales del pequeño estado de Lippe del 15 de enero, en las que obtuvo el 39,5 por 100 parecían de los votos, consiguieron convencer a muchos, dado que el número total de posibles votantes era de sólo 100.000. Ni siquiera un gran esfuerzo propagandístico y una campaña de intensidad sin precedentes habían conseguido aumentar el voto nazi en julio de 1932. Hitler y Goebbels consiguieron reavivar los ánimos flaqueantes de los nazis y fortalecer la resolución del partido pregonando a los cuatro vientos el resultado como un triunfo, pero la mayoría de las personalidades destacadas del mundo político sabían que no era así.[165] También en otros aspectos los nazis parecían estar retrocediendo. Su porcentaje de votos en las elecciones de los sindicatos de estudiantes disminuyó, pasando del 48 por 100 en 1932 al 43 por 100 a principios de 1933.[166] Entretanto, la situación económica mundial estaba empezando por fin a mejorar, parecía que la Depresión había tocado fondo, y Schleicher, apreciando las posibilidades que brindaba el hecho de que Alemania hubiese abandonado el patrón oro dieciocho meses antes, estaba preparando un programa de creación de empleo de grandes dimensiones a través de la puesta en marcha de grandes proyectos de obras públicas por parte del Estado. Eso era un mal augurio para los nazis, cuya ascensión al predominio electoral había sido producto sobre todo de la Depresión. Habían alcanzado también su techo electoral en las elecciones regionales y todo el mundo lo sabía.

Pero el retroceso de los nazis y la reanimación de la economía sólo era probable que se convirtiesen en factores importantes al cabo de meses o incluso de años. Schleicher no disponía de meses ni de años con los que contar, sólo de semanas. Para Hindenburg y sus consejeros, sobre todo su

hijo Oskar, el ministro de Exteriores Meissner y el ex canciller Franz von Papen, parecía más urgente que nunca en ese punto domesticar a los nazis introduciéndolos en el gobierno. Con sus recientes pérdidas electorales y sus divisiones, parecían estar en una posición en la que sería más fácil hacerlo. Pero si su retroceso continuaba, en un futuro previsible, con una recuperación económica en perspectiva, parecía posible que los viejos partidos pudiesen reponerse y volver el gobierno parlamentario, tal vez incluso los socialdemócratas. Alfred Hugenberg también estaba alarmado por esa perspectiva. Algunos de los programas económicos de Schleicher, que incluían una posible nacionalización de la industria siderúrgica y su rechazo, en diciembre, de los recortes de salarios y beneficios impuestos por Papen el septiembre anterior, también causaron preocupación entre elementos del mundo de los negocios cuyos intereses Papen, Hindenburg y Hugenberg se tomaban muy en serio. Hindenburg, como propietario de una gran finca, era, además, contrario a las propuestas de Schleicher de una reforma agraria al este del Elba consistente en distribuir entre los campesinos las tierras de los *junkers* en quiebra. Empezó a formarse en torno a Hindenburg una coalición de fuerzas conservadoras con el objetivo de librarse de Schleicher, cuyo anuncio de que no se inclinaba a favor ni del capitalismo ni del socialismo les parecía sumamente inquietante.[167]

Los conspiradores se aseguraron el respaldo de los Cascos de Acero y de sus dirigentes Franz Seldte y Theodor Duesterberg a un plan para deponer a Schleicher y sustituirlo por un canciller del Reich que les resultase más aceptable. Los Cascos de Acero, que contaban con medio millón de efectivos, eran una fuerza de combate verdaderamente formidable. Pero estaban profundamente divididos, sus dirigentes Seldte y Duesterberg estaban enfrentados a muerte y adolecían de una incapacidad crónica para decidir si unían su suerte a la de los nazis o a la de los conservadores. Su principio de estar «por encima» de los partidos era un motivo constante de disputas internas en vez de ser el lema unificador que se pretendía que fuese. En esta situación muchos personajes destacados de esa organización de veteranos presionaron con cierto éxito para que volviese a sus actividades de ayuda social, instrucción militar, «protección» de las fronteras orientales de Alemania a través de una fuerte presencia

paramilitar y tareas prácticas similares. Los Cascos de Acero se consideraban a sí mismos ante todo un ejército de reserva, al que se podía convocar en caso necesario para reforzar las fuerzas militares oficiales, cuyos efectivos eran de poco más que un quinto de los suyos, debido a las limitaciones impuestas por el Tratado de Versalles. Los desastrosos resultados de Duesterberg en las elecciones presidenciales habían convencido a muchos de que era aconsejable una retirada del campo de batalla político. Sus antecedentes de oficial prusiano le hacían desconfiar de los nazis y considerarlos demasiado vulgares e indisciplinados para aceptarlos como unos compañeros dignos. Pero la posición del propio Duesterberg se había debilitado con la revelación, estremecedora para muchos miembros de los Cascos de Acero, de que tenía ascendencia judía. Fue, por tanto, Seldte quien participó en nombre de los Cascos de Acero en la conspiración de principios de 1933 para deponer a Schleicher.[168]


Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
PRUSIA
R. Memel
Kiel
a
OLD
Lübeck
MECKLENBURGO SCHWERIN
Hamburgo
Bremen
OLDENBURGO
Stettin
MECKLENBURGO STRELITZ
Las abreviaturas se refieren a pequeñas partes de estados cuyos nombres aparecen también completos en el mapa.
HOLANDA
SCHAUMBURGO LIPPE
BR.
Berlin
R. Vistula
POLONIA
LIPPE DETMOLD
BRAUNSCHWEIG
R. Oder
BR.
ANHALT
TR.
Leipzig
Dresde
Breslau
BÉLGICA
Colonia
Weimar
TURINGIA
PR.
SAJONIA
R. Rin
R. Elba
Frankfurt
a
OLD
HESE
CHECOSLOVAQUIA
LUXEMBURGO
BAVIERA
Nuremberg
SARRE
BADEN
WÜRTTEMBERG
Stuttgart
PR.
BAVIERA
FRANCIA
R. Danubio
Munich
SUIZA
AUSTRIA
HUNGRÍA
Votaron nazi el 13-22,99 por 100.
Votaron nazi el 23-32,99 por 100.
Votaron nazi el 33-39,9 por 100.
Votaron nazi el 40-43,9 por 100.
Votaron nazi el 44-50 por 100 en las primeras o únicas elecciones, 1930-1933.
Votaron nazi el 40-43,9 por 100.
Votaron nazi el 44-50 por 100 en las segundas elecciones el 1930-1933, donde aplicable.
Sin votación.
Frontera distrito electoral.
Frontera de Alemania.

Mapa 16. Elecciones regionales, 1931-1933.

En cuanto a Papen, aunque metido de lleno en la conspiración, estaba claro que no era un candidato a la cancillería, ya que en los meses anteriores había ido perdiendo el apoyo de todos salvo la camarilla del entorno de Hindenburg y carecía de respaldo popular en el país. Frenéticas negociaciones condujeron finalmente a un plan para nombrar a Hitler canciller con una mayoría de colegas de gabinete conservadores que lo mantuviesen a raya. Imprimieron una mayor urgencia a este plan los rumores de que Schleicher estaba preparando un contragolpe, en colaboración con el jefe del alto mando del Ejército, el general Kurt von Hammerstein. Parece que el propósito era instaurar un régimen corporativo autoritario, eliminar el Reichstag mediante un decreto presidencial, hacerse con el control del Ejército y acabar con los nazis, así como con los comunistas. «Si no se ha formado un nuevo gobierno a las once en punto—le dijo Papen a Hugenberg y a los dirigentes de los Cascos de Acero el 30 de enero—, el Ejército se pondrá en marcha. Se está fraguando una dictadura militar con Schleicher y Hammerstein».[169]

Tal como se sabía en los círculos políticos, circulaba el rumor que Schleicher, al no haber conseguido asegurarse apoyo parlamentario, no tenía más opción que solicitar al presidente que le concediera amplios poderes, anticonstitucionales en la práctica, para superar la crisis. Cuando acudió a Hindenburg con esa petición, el anciano presidente y su camarilla lo consideraron una oportunidad de librarse de aquel intrigante, irritante e indigno de confianza, y se negaron. Algunos esperaban que Schleicher y el Ejército, al verse rechazados, decidiesen cortar por lo sano y hacerse con los poderes que querían de todos modos. Pero Schleicher y el Ejército sólo habían llegado a considerar un golpe de Estado en el caso de que Papen volviese a la cancillería del Reich, y eso únicamente porque creían que el nombramiento de Papen podría provocar el estallido de una guerra civil. Deseoso de evitar que se plantease esa eventualidad, Schleicher veía ahora, sin embargo, una cancillería de Hitler como una solución bienvenida, por lo que se refería al Ejército. «Si Hitler quiere instaurar una dictadura en el Reich—dijo confiadamente—, entonces el Ejército será la dictadura dentro de la dictadura».[170] Al negarle el presidente la autorización para gobernar

inconstitucionalmente, a Schleicher no le quedaba más opción que dimitir. Ya se habían iniciado negociaciones hacía tiempo dentro de la camarilla que rodeaba a Hindenburg para nombrar a Hitler en su lugar. Finalmente, hacia las once y media de la mañana del 30 de enero de 1933, Hitler prestó juramento como canciller del Reich. El gobierno que iba a dirigir estaba dominado numéricamente por Papen y sus colegas conservadores. Figuraba en él el ala radical del empequeñecido Partido Nacionalista, haciéndose cargo Alfred Hugenberg del Ministerio de Economía y del de Alimentación. Konstantin Freiherr von Neurath, que ya había sido ministro de Exteriores en los gobiernos de Papen y de Schleicher, siguió ocupando el cargo, lo mismo que Lutz Graf Schwerin von Krosigk el de ministro de Finanzas y, poco después, el nacionalista Franz Gürtner el de ministro de Justicia. Del Ministerio del Ejército se hizo cargo Werner von Blomberg. Franz Seldte pasó a dirigir, en representación de los Cascos de Acero, el Ministerio de Trabajo.

Sólo dos cargos importantes del Estado fueron a parar a manos de los nazis, pero los dos eran cargos clave en los que Hitler había insistido como condición para aceptar el acuerdo: el Ministerio del Interior, que pasó a ocupar Wilhelm Frick, y la propia cancillería del Reich, ocupada por Hitler. Hermann Göring fue nombrado ministro sin cartera del Reich y ministro del Interior prusiano en funciones, lo que le daba un control directo sobre la policía de la mayor parte de Alemania. Los nazis podían así manipular todo el ámbito de la ley y el orden en beneficio propio. Si actuaban aunque sólo fuese con un poco de habilidad, no tardaría en quedar despejado el camino para que los camisas pardas desencadenasen una nueva fase de violencia total contra sus adversarios en las calles. Franz von Papen se convirtió en vicecanciller y siguió gobernando Prusia como comisario del Reich, nominalmente el superior de Göring. Rodeados de amigos de Papen, que gozaban todos ellos de la confianza suprema del presidente del Reich Hindenburg, Hitler y los nazis (vulgares, sin refinamiento, sin experiencia de gobierno) serían sin duda alguna bastante fáciles de controlar. «Te equivocas—le dijo Papen altivamente a un colega escéptico que le había expuesto sus temores—: Somos nosotros los que lo hemos utilizado a

él».[171] «Dentro de dos meses—explicó confidencialmente Papen a un conservador conocido suyo que también estaba preocupado—habremos arrinconado tanto a Hitler que chillará».[172]

5

LA CREACIÓN DEL TERCER REICH

COMIENZA EL TERROR

I

Que el nombramiento de Hitler como canciller del Reich no era un cambio de gobierno normal quedó inmediatamente claro cuando Goebbels organizó un desfile a la luz de las antorchas de camisas pardas, cascos de acero y miembros de las SS en Berlín, que se inició a las siete de la tarde el 30 de enero de 1933 y se prolongó hasta bien pasada la medianoche. Un periódico pronazi, arrastrado por el entusiasmo, elevaba el número de los participantes en la marcha a 700.000.[1] Más verosímil que esta cifra completamente fantástica era el reportaje de otro periódico que describía favorablemente los desfiles como «una experiencia inolvidable», y que decía que habían participado 18.000 camisas pardas y miembros de las SS, 3.000 cascos de acero y 40.000 civiles no uniformados, con un total de 61.000; un tercer cálculo de una fuente más hostil calculaba el número de participantes uniformados en no más de 20.000. En las calles se alineaban, para contemplar el desfile, multitudes de espectadores curiosos. Muchos de ellos vitoreaban al paso de los paramilitares. El espectáculo era característico del tipo de dirección escénica que Goebbels habría de perfeccionar durante los años siguientes. El joven Hans-Joachim Heldenbrand, que estaba viendo el desfile en una calle de Berlín, se hallaba casualmente en el lugar en el que se detuvieron los camisas pardas para cambiar sus antorchas casi gastadas por otras nuevas recién encendidas. Al examinar sus rostros a medida que transcurría el desfile, empezó a darse cuenta de que aparecían delante de él una y otra vez los mismos hombres. «Ya ves—le dijo su padre—donde está el truco. Están dando vueltas en círculo continuamente para que parezca que hay 100.000».[2]

Cuando las columnas de paramilitares uniformados pasaron desfilando, el anciano Hindenburg salió a la ventana del primer piso de su residencia oficial para presidir el acto. Goebbels, para simbolizar las posiciones relativas de los nacionalistas y los nazis en el nuevo gobierno, había dispuesto que las SA encabezasen la marcha y los Cascos de Acero la siguiesen. Hindenburg, después de aguantar rígidamente en pie unas cuantas horas, empezó a distraerse y el pensamiento lo llevó de nuevo a los días gloriosos del principio de la Primera Guerra Mundial. Uno de los miembros de su camarilla le contó más tarde al escritor británico John Wheeler-Bennett:

> Los camisas pardas desfilaron con paso torpe, les siguieron las filas color gris campaña de los Cascos de Acero, que desfilaban con una precisión nacida de la disciplina. El viejo mariscal los observaba desde la ventana como en un sueño, y los que estaban detrás de él le vieron que hacía señas por encima del hombro. «Ludendorf—dijo el anciano volviendo a utilizar su áspera voz de mando—, ¡qué bien están desfilando tus hombres, y cuántos prisioneros han capturado!».[3]

La prensa nacionalista presentó a Hindenburg, ofuscado o no, como la personalidad central de la celebración, y las marchas como un «tributo a Hindenburg» de «su pueblo».[4]La policía desempeño su papel, acompañando, y participando en la práctica, en la celebración general e iluminando con un foco la ventana donde estaba el presidente, para que todos pudieran verlo recibiendo los vítores de los que desfilaban ante él.[5] Había banderas con los colores negro, blanco y rojo por todas partes. Hermann Göring comparó en la radio las multitudes con las que se habían reunido para celebrar que había estallado la Primera Guerra Mundial. El «estado de ánimo—decía—, sólo podía compararse con el de agosto de 1914, cuando la nación se levantó también para defender todo lo que poseía». La «vergüenza y la desgracia de los últimos 14 años» habían quedado barridas. Había revivido el espíritu de 1914.[6] Éstos eran sentimientos con los que podía estar de acuerdo todo nacionalista. Alemania, como proclamaba un periódico nacionalista, estaba presenciando un «segundo milagro de agosto».[7] Unos cuantos días después, Louise Solmitz, viendo a los que desfilaban por las calles entre la multitud, hizo la misma comparación: «Era como en 1914, todo el mundo podría haber abrazado a todo el mundo en nombre de Hitler. Embriaguez sin vino».[8] Es

posible que no recordase en ese momento que el espíritu de 1914 presagiaba guerra: la movilización de un pueblo entero como base para desencadenar un conflicto armado, la eliminación de la discrepancia interna como preparativo para la agresión internacional. Pero eso era lo que se proponían ahora los nazis, como indicaba Göring implícitamente. A partir del 30 de enero habría que poner lo antes posible en pie de guerra permanente a la sociedad alemana.[9]

Goebbels estaba entusiasmado con la celebración. Había conseguido organizar ya un comentario en directo en la radio estatal, a pesar de no tener aún ningún cargo oficial en el nuevo gabinete. Los resultados superaron sobradamente sus expectativas:

> Gran celebración. Allá abajo la gente está organizando un alboroto [...]. Llegan las antorchas. Empieza a las siete en punto. Interminable. Hasta las diez. Al Kaiserhof. Luego la Cancillería del Reich. Participan un millón de personas. El anciano recibe el saludo al pasar. Hitler en la casa de al lado. ¡Despertar! Explosión espontánea de la gente. Indescriptible. Siempre nuevas masas. Hitler está en éxtasis. Su pueblo le aclama [...]. Frenesí desatado de entusiasmo. Se prepara la campaña electoral. La última. Ganaremos sin problema.[10]

Los compases del himno nacional se alternaban con la canción de Horst Wessel mientras desfilaban las columnas uniformadas, que atravesaban la Puerta de Brandeburgo y pasaban ante los edificios del gobierno.[11]

Muchas personas se veían atrapadas en medio de las manifestaciones entusiastas. Los desfiles con antorchas no sólo se produjeron en Berlín, sino que se repitieron durante los días siguientes en muchos otros pueblos y ciudades.[12] En Berlín, la tarde del 31 de enero, la Liga de Estudiantes Alemanes Nacionalsocialistas organizó un desfile propio que terminó delante del edificio de la Bolsa («La Meca de la judería alemana», como diría un periódico de derechas). Los agentes de bolsa que salían eran saludados por los estudiantes con cantos de «¡Perezca Judá!».[13] Louise Solmitz estaba presenciando otro desfile con antorchas en Hamburgo el 6 de febrero, «ebria de entusiasmo, cegada por la luz de las antorchas, que nos daba justamente en la cara, y envuelta siempre en su vapor como en una dulce nube de incienso». Los Solmitz, como muchas otras familias burguesas respetables, llevaron a sus hijos a presenciar aquellas escenas extraordinarias: «Hasta entonces, las impresiones que ellos habían tenido de

la política—comentaba Solmitz—habían sido tan deplorables que ahora debían de tener una impresión realmente fuerte de nacionalidad, como tuvimos en tiempos nosotros, y conservarla como un recuerdo. Y eso hicieron». A partir de las diez de la noche, informaba:

> Veinte mil camisas pardas unos tras otros como olas en el mar, con sus rostros resplandecientes de entusiasmo a la luz de las antorchas. «¡Para nuestro Caudillo, nuestro canciller del Reich, Adolf Hitler, un triple *Heil*!». Cantaban «La República es una mierda» [...]. Junto a nosotros, un niño de 3 años de edad alzaba una y otra vez su manecita: «¡*Heil* Hitler, *Heil* Hitler!». También se gritaba a veces «Mueran los judíos» y cantaban que la sangre de los judíos chorrearía de sus cuchillos.

«¿Quién se iba a tomar eso en serio entonces?», añadiría más tarde a su diario.[14]

A la joven Melita Maschmann la llevaron sus padres conservadores a presenciar el desfile con antorchas el 30 de enero, y evocaba la escena vívidamente muchos años después, recordando no sólo el entusiasmo, sino también el trasfondo amenazador de violencia y agresividad que acompañó el desfile, incluidos

> el estruendo de las pisadas, la pompa sombría de las banderas rojinegras, la luz oscilante de las antorchas en los rostros y las canciones con melodías que eran al mismo tiempo explosivas y sentimentales.
>
> Las columnas desfilaban durante horas. Veíamos entre ellas una y otra vez a grupos de chicos y chicas muy poco mayores que nosotros [...]. En determinado momento alguien salió fuera de las filas de los que desfilaban y le pegó a un hombre que estaba a sólo unos pasos de distancia de nosotros. Tal vez hubiese hecho un comentario hostil. Lo vi caer al suelo con la cara chorreando sangre y le oí chillar. Nuestros padres nos apartaron rápidamente de la escaramuza, pero no habían podido impedirnos ver cómo sangraba aquel hombre. Su imagen estuvo persiguiéndome durante varios días.
>
> El horror que me inspiró estaba casi imperceptiblemente sazonado con una alegría embriagadora. «Queremos morir por la bandera», habían cantado los de las antorchas [...]. Me dominaba un deseo ardiente de pertenecer a aquella gente para la que se trataba de una cuestión de vida o muerte [...]. Quería escapar de mi vida estrecha e infantil y quería vincularme a algo que era grande y fundamental.[15]

Para esa gente respetable de clase media la violencia que acompañaba a las marchas era incidental y no resultaba demasiado amenazadora. Pero, para otros, el nombramiento de Hitler presagiaba ya el desastre. Cuando el cuerpo de prensa extranjera contemplaba el paso del desfile desde una ventana de la Oficina de Prensa del Reich, se oyó comentar a un periodista que estaban siendo testigos del equivalente a la toma del poder por Mussolini en Italia de once años antes: «La marcha sobre Roma a la alemana».[16]

Los comunistas, en particular, sabían que era probable que el gobierno de Hitler tomase medidas especialmente enérgicas para acabar con sus actividades. La noche del 30 de enero la prensa de la derecha estaba ya pidiendo que se prohibiese el partido después de que se efectuaran varios disparos desde una casa de Charlottenburg contra una columna de camisas pardas que desfilaban con antorchas, a consecuencia de los cuales resultaron muertos un policía y un camisa parda.[17] Se prohibió *Rote Fahne*, se confiscaron sus ejemplares y la policía efectuó más de sesenta detenciones tras producirse un tiroteo entre nazis y comunistas en Spandau.[18] Hubo choques parecidos, aunque menos espectaculares, en Düsseldorf, Halle, Hamburgo y Mannheim, mientras que en otras partes la policía prohibió inmediatamente todas las manifestaciones comunistas. En Altona, Chemnitz, Müncheberg, Munich y Worms, y en varios distritos obreros de Berlín los comunistas organizaron manifestaciones públicas contra el nuevo gobierno. Se informó de que en Weissenfels habían participado cinco mil trabajadores en una manifestación contra el nuevo gobierno, y que había habido manifestaciones similares, aunque más pequeñas, en otros lugares.[19] En una de las más notables, en Mössingen, una pequeña población de Württemberg, donde los comunistas habían obtenido casi un tercio de los votos en las elecciones de 1932, hubo una huelga general. Con unas 800 personas de una población total de sólo 4.000 desfilando por las calles contra el nuevo gobierno, los habitantes de ese pequeño centro industrial no tardaron en enterarse de cuál era en realidad la situación, pues la policía se movilizó y empezó deteniendo a los identificados como los cabecillas, y luego detuvo a unos 80 participantes, 71 de los cuales fueron juzgados y considerados culpables de traición. A cargo de la operación policial estaba el gobierno católico conservador del presidente del estado de Württemberg, Eugen Bolz, que es evidente que temía una insurrección general comunista. Considerando estos hechos muchos años después, uno de los participantes decía orgullosamente que, si todos los demás hubiesen seguido el ejemplo de Mössingen, los nazis nunca habrían triunfado. Para otro era un motivo similar de orgullo el hecho de que, como decía con disculpable exageración: «No pasó nada, en ninguna parte, salvo aquí».[20]

En una serie de pueblos y ciudades hubo muchos preparativos por parte de los miembros de base de los partidos obreros para colaborar frente a la amenaza nazi. Pero ni los comunistas ni los socialdemócratas hicieron nada por coordinar medidas de protesta a una escala más amplia. Aunque el Partido Comunista instó inmediatamente a una huelga general, sabía que las posibilidades de que se produjese eran inexistentes sin la cooperación de los sindicatos y de los socialdemócratas, que no estaban dispuestos a dejarse manipular de ese modo. Para la Comintern, el nombramiento del gobierno de Hitler demostraba que el capital monopolista había conseguido reclutar a los nazis para sus planes de instaurar una dictadura fascista desbaratando la oposición del proletariado. Según ese punto de vista, el personaje clave en el gabinete era, pues, Hugenberg, el representante de la industria y de los grandes latifundios. Hitler sólo era su instrumento.[21] Había socialdemócratas del ala izquierda, entre ellos Kurt Schumacher, uno de los diputados del Reichstag más destacados del partido, que compartían ese punto de vista. Los comunistas temían también que la «dictadura fascista» significase una violenta ofensiva contra el movimiento obrero, un aumento de la explotación de los trabajadores, y el precipitarse de cabeza en una «guerra imperialista».[22] El 1 de febrero de 1933 la prensa comunista estaba ya informando de una «oleada de órdenes de prohibición en el Reich» y una «tormenta sobre Alemania» en la que «bandas terroristas nazis» estaban asesinando a trabajadores y destrozando locales de los sindicatos y oficinas del Partido Comunista. Era seguro que llegarían cosas peores.[23]

Había otros que no estaban tan seguros de lo que significaba el nuevo gabinete. Tantos gobiernos, tantos cancilleres del Reich habían llegado y se habían ido durante los últimos años, que muchas personas pensaban sin duda que el nuevo no sería muy distinto, que sería tan efímero como sus predecesores. Hasta la entusiasta Louise Solmitz escribía en su diario:

¡¡¡Y qué gobierno!!! Como no nos atrevíamos a soñar en julio. ¡¡¡Hitler, Hugenberg, Seldte, Papen!!! De cada uno de ellos depende una gran parte de mi esperanza alemana. Impulso nacionalsocialista, razón nacionalista alemana. Los antipolíticos Cascos de Acero y Papen, a los que no hemos olvidado. Es tan indescriptiblemente bello que estoy escribiéndolo a toda prisa, antes de que suene la primera nota discordante [...].[24]

A muchos lectores de los periódicos que informaban del nombramiento de Hitler, el júbilo de los camisas pardas debió de parecerles exagerado. El rasgo clave del nuevo gobierno, simbolizado por la participación de los Cascos de Acero en el desfile, era sin duda el notorio predominio numérico de los conservadores. «Nada de gobierno nacionalista ni revolucionario, aunque lleve el nombre de Hitler—confiaba a su diario un diplomático checo residente en Berlín—: Nada de Tercer Reich, ni siquiera uno que sea el Segundo y Medio».[25] Un comentario mucho más alarmista era el del embajador frances André François-Poncet. Este perspicaz diplomático comentaba que los conservadores tenían razón al esperar que Hitler estuviese de acuerdo con su programa de «aplastar a la izquierda, purgar la burocracia, asimilación de Prusia y del Reich, reorganización del Ejército restablecimiento del servicio militar». Habían puesto a Hitler en la cancillería con la finalidad de desacreditarlo, comentaba: «Se han creído muy ingeniosos librándose del lobo por el procedimiento de introducirlo en el redil».[26]

COMIENZA EL TERROR

II

El convencimiento complaciente de Franz von Papen y sus amigos de que tenían a Hitler donde lo querían tener no duró mucho tiempo. Los nazis sólo ocupaban tres puestos en el gabinete, pero la autoridad que emanaba del de Hitler como canciller del Reich era considerable. Igual de importante era el hecho de que los nazis controlaran el Ministerio del Interior del Reich y el de Prusia. Con ellos disponían de amplios poderes en el campo de la ley y el orden. Que Göring en concreto ocupase el ministerio prusiano le daba el control sobre la policía en la mayor parte del territorio del Reich. Papen podría ser nominalmente su superior como comisario del Reich, pero no le sería fácil interferir en la marcha diaria del ministerio en cuestiones como el mantenimiento del orden. Además, el nuevo ministro de Defensa, el general Werner von Blomberg, nombrado a instancias del Ejército un día antes de que Hitler tomase posesión de su cargo, sentía muchas más simpatías por

los nazis de lo que Papen o Hindenburg suponían. Hombre enérgico e impulsivo, Blomberg se había ganado una reputación formidable como planificador del Estado Mayor en la Primera Guerra Mundial y se había convertido después en jefe del Estado Mayor General. Era en gran medida el hombre del Ejército en el gobierno. Pero era también fácilmente influenciable por impresiones fuertes. Estando de visita en la Unión Soviética para inspeccionar las instalaciones militares alemanas allí, le había impresionado tanto el Ejército Rojo que había considerado seriamente el ingreso en el Partido Comunista, ignorando por completo las espeluznantes implicaciones políticas de una decisión semejante. Con una visión estrechamente militarista y con una ignorancia casi absoluta de la política, era maleable como la masilla en manos de alguien como Hitler.[27]

Blomberg prohibió a los oficiales ingresar en el Partido Nazi y preservó celosamente la independencia del Ejército. Su lealtad a Hitler hacía que pareciese innecesario para los nazis socavar el Ejército desde dentro. Aun así, tenían que estar seguros de que no interferiría en la violencia que estaban considerando desencadenar ahora en el país. Hitler subrayó su respeto a la neutralidad del Ejército en una alocución a los oficiales de alto rango el 3 de febrero de 1933. Se ganó su apoyo prometiéndoles restaurar el servicio militar obligatorio, acabar con el marxismo y oponerse al Tratado de Versalles. Los altos mandos militares presentes no hicieron ninguna objeción cuando les expuso la embriagadora perspectiva a largo plazo de invadir Europa del Este y «germanizarla» expulsando a los millones de eslavos que vivían allí. La neutralidad del Ejército significaba, por supuesto, su no intromisión, y Hitler se esforzó por explicar a los oficiales que la «lucha interna» no era asunto suyo. Le ayudó en sus propósitos de neutralizar el Ejército el nombramiento como ayudante principal de Blomberg, por indicación del propio Blomberg, del coronel Walther von Reichenau, un oficial del Estado Mayor enérgico, ambicioso y muy condecorado. Reichenau era otro admirador de Hitler y tenía buenas relaciones personales con él. Junto con Blomberg, se puso en movimiento rápidamente para aislar al comandante en jefe del Ejército, el general Kurt von Hammerstein, un aristócrata conservador que nunca intentó ocultar el desprecio que le inspiraban los nazis. En febrero de 1933 Hammerstein

prohibió a los oficiales invitar a políticos a acontecimientos sociales, como un medio de intentar reducir al mínimo las relaciones con dirigentes nazis como Göring, al que siempre se refería pretenciosamente atribuyéndole el rango de la época prenazi, «capitán (retirado)», salvo cuando lo llamaba por su mote, el «piloto que se volvió loco». Hammerstein era una verdadera amenaza potencial porque informaba directamente al presidente. Pero Blomberg consiguió, en muy poco tiempo, limitar el acceso de Hammerstein a Hindenburg en las cuestiones estrictamente militares. El 4 de abril de 1933 Blomberg se convirtió en miembro del recien creado Consejo de Defensa del Reich, un cuerpo político que eludía en la práctica la jefatura del Ejército y ponía la política militar en manos de Hitler, que lo presidía, y de un pequeño grupo de ministros destacados. Mediante estos procedimientos, se consiguió que Hammerstein y los que lo apoyaban quedaran eficazmente neutralizados. De todos modos, Hammerstein era demasiado olímpico, demasiado recatado para enredarse en la intriga política seria. Con Schleicher definitivamente desbancado, ni él ni ninguno de los otros jefes del Ejército eran capaces de movilizar una oposición a los nazis en la primera mitad de 1933.[28]

Con Frick y Göring al timón y el Ejército relegado a una posición marginal, las posibilidades de poner freno a la violencia nazi eran ahora peores que nunca. Casi inmediatamente, los nazis capitalizaron esta situación cuidadosamente preparada y desencadenaron una campaña de violencia política y terror que dejaba pequeño todo lo que pudiese haberse visto hasta entonces. Los desfiles y marchas triunfales de las SA y de las SS habían demostrado ya el 30 y el 31 de enero su nueva seguridad y el dominio que tenían sobre sus enemigos en las calles. Estos actos habían estado acompañados, además, de incidentes de violencia y antisemitismo. Ahora esos incidentes empezaron a multiplicarse rápidamente. Bandas de camisas pardas iniciaron ataques contra oficinas comunistas y sindicales y contra los domicilios de izquierdistas destacados. Les ayudó el 4 de febrero un decreto que permitía la detención hasta por tres meses de los participantes en violaciones armadas de la paz o actos de traición, un decreto que era evidente que no iba a aplicarse a los miembros de las secciones de asalto de Hitler.[29]

La intensidad de la violencia aumentó considerablemente cuando Göring, actuando como ministro del Interior de Prusia, ordenó a la policía prusiana que entre los días 15 y 17 de febrero dejase de vigilar a los nazis y a otras organizaciones paramilitares relacionadas y apoyase lo que hiciesen en la medida en que pudiesen hacerlo. El 22 de febrero fue un paso más allá y organizó una fuerza de «policía auxiliar» compuesta por miembros de las SA, las SS y los Cascos de Acero, estos últimos claramente como socios subordinados. Esto dio a las secciones de asalto luz verde para continuar con sus saqueos y destrozos sin ninguna interferencia seria de los guardianes oficiales de la ley y el orden del estado. Mientras la policía, purgada de socialdemócratas después del golpe de Papen, perseguía a los comunistas y disolvía sus manifestaciones, la nueva fuerza, con el asentimiento de la policía, irrumpía en las oficinas del partido y de los sindicatos, destruía documentos y expulsaba por la fuerza a los ocupantes. El grueso de la violencia lo sufrieron indiscutiblemente el Partido Comunista y sus miembros. Habían estado ya sometidos a una estrecha vigilancia policial durante la República de Weimar. El gobierno socialdemócrata de Prusia aseguró a principios de los años treinta, por ejemplo, que le habían llegado informes confidenciales sobre sesiones secretas del comité central del Partido Comunista a las pocas horas de que esas sesiones se celebrasen. Había espías de la policía actuando a todos los niveles de la jerarquía del partido. Los frecuentes choques con la Liga de Combatientes del Frente Rojo, en que resultaban heridos agentes de policía, a veces de muerte, habían puesto en marcha investigaciones que incluían registros de los locales del partido. Documentos confiscados en 1931-1932 incluían listas de direcciones de funcionarios y de miembros activos del Partido Comunista. La policía estaba por tanto extremadamente bien informada sobre el partido, lo consideraba un enemigo después de la experiencia de innumerables enfrentamientos armados, y a partir del 30 de enero puso su información a disposición del nuevo gobierno. Éste no vaciló en utilizarla.[30]

Los socialdemócratas y los sindicatos sufrieron casi tanto como los comunistas la creciente represión nazi de la segunda mitad de febrero de 1933. El gobierno podía apoyarse en un amplio grado de consenso público

entre los votantes de clase media para su represión de los comunistas, a los que siempre se había considerado una amenaza para el orden público y para la propiedad privada. El hecho de que el apoyo electoral a los comunistas hubiese ido aumentando sin cesar, hasta el punto de que a principios de 1933 tenían 100 escaños en el Reichstag, era extremadamente alarmante para muchos que temían que repetirían la violencia, los asesinatos y las torturas que habían sido el distintivo del «terror rojo» en Rusia en 1918-1921, si alguna vez llegaban al poder en Alemania. Pero las cosas eran muy distintas en lo referente a los socialdemócratas. Ellos eran, después de todo, la fuerza política que había sido el sostén de la República de Weimar durante muchos años. Tenían 121 escaños en el Reichstag frente a los 196 de los nazis. Habían sido un elemento clave en muchos de sus gobiernos. Habían suministrado cancilleres del Reich y ministros-presidentes prusianos, además del primer jefe del Estado de la República, Friedrich Ebert. Tenían el apoyo a largo plazo de millones de votantes de la clase obrera, relativamente pocos de los cuales los habían abandonado por los nazis o por los comunistas, y habían gozado del apoyo, o al menos del respeto, aunque fuese condicional y a regañadientes, de muchos alemanes en diversos momentos. En 1930 su partido contaba con más de un millón de afiliados.[31]

Algunas unidades de los socialdemócratas y de su afiliada paramilitar, la Reichsbanner, estaban dispuestas a actuar; unos pocos habían conseguido reunir armas y municiones, y otros organizaron manifestaciones el 30 de enero y al día siguiente. Socialdemócratas y sindicalistas destacados se reunieron en Berlín el 31 de enero para planear una huelga general a escala nacional. Pero mientras las organizaciones locales esperaban, la dirección nacional titubeaba, consciente de las dificultades de preparar una huelga en mitad de la peor crisis de paro que había sufrido el país. Los sindicatos temían que los camisas pardas nazis ocupasen las fábricas en una situación semejante. ¿Y cómo podía justificar el partido una acción ilegal en defensa de la legalidad? «Los socialdemócratas y todo el Frente de Acero—proclamó el diario del partido *Vorwärts* el 30 de enero de 1933—están situándose, en relación con este gobierno y su amenaza de golpe de Estado, con ambos pies firmemente asentados en el terreno de la Constitución y de

la legalidad. Ellos *no* darán el primer paso para abandonar ese terreno». En las semanas siguientes hubo algunas acciones aisladas. Miles de socialistas organizaron una concentración en Berlín el 7 de febrero, mientras que el 19 del mismo mes hubo una concentración de 15.000 trabajadores en Lübeck para celebrar la puesta en libertad de un destacado socialdemócrata local en prisión preventiva, Julius Leber, después de una breve huelga general en la ciudad. Pero no se planteó ninguna política general de resistencia.[32]

El terror patrocinado por el Estado al que estaban sometidos los socialdemócratas iba aumentando día tras día. A principios de febrero de 1933 las autoridades locales y regionales, actuando bajo la presión de Wilhelm Frick, el ministro del Interior nazi del Reich de Berlín, y su homólogo de Prusia, Hermann Göring, habían empezado ya a imponer prohibiciones de ediciones concretas de periódicos socialdemócratas. La reacción de los socialdemócratas fue la característica, iniciar acciones legales ante el tribunal del Reich de Leipzig para obligar a Frick y a Göring a permitir la publicación de los periódicos, una táctica que tuvo escaso éxito.[33] Según iba transcurriendo el mes, sin embargo, bandas de camisas pardas empezaron a reventar los mítines de los socialdemócratas, agrediendo a los oradores y al público. El 24 de febrero Albert Grzesinski, el socialdemócrata que había sido anteriormente ministro prusiano del Interior, se quejaba de que «varios de mis mítines han sido reventados y a un número sustancial de los presentes hubieron de llevárselos con lesiones graves». El comité ejecutivo del partido reaccionó reduciendo drásticamente el número de actos para evitar más bajas. La protección policial de la que habrían podido disponer para mítines y reuniones antes del 30 de enero había sido retirada por orden del ministro del Interior.[34] Los miembros de las secciones de asalto ahora podían pegar y asesinar a comunistas y socialdemócratas con impunidad. El 5 de febrero de 1933, en un incidente particularmente horroroso, un joven nazi mató de un tiro al alcalde socialdemócrata de Stassfurt. Pocos días después, cuando el diario oficial socialdemócrata *Vorwärts* condenó el asesinato de un comunista por camisas pardas en una batalla callejera en Eisleben, el presidente de la policía de Berlín prohibió el periódico durante una semana.[35]

Unos meses después del golpe de Papen del 20 de julio de 1932, las posibilidades de un levantamiento de los obreros habían disminuido espectacularmente. No haberse resistido a Papen había intensificado la sensación de impotencia en el movimiento obrero ya creada por el apoyo pasivo a Brüning y el respaldo activo a Hindenburg. La policía y el Ejército ya no intentaban mantenerse neutrales entre paramilitares de la derecha y de la izquierda. Estimulados por los conservadores que rodeaban a Hindenburg y a Seldte, habían pasado claramente a apoyar a los primeros. En esta situación, una insurrección armada del movimiento obrero habría sido suicida. Además, pese a toda una gama de iniciativas locales diversas, negociaciones de base y propuestas oficiales y extraoficiales a todos los niveles, los socialdemócratas y los comunistas seguían sin estar dispuestos a trabajar juntos en una defensa desesperada de la democracia. Y aunque lo hubiesen hecho, sus fuerzas unidas nunca podrían haber albergado la esperanza de igualar en efectivos, armamento y equipamiento al Ejército, los camisas pardas, los Cascos de Acero y las SS. Si se hubiese intentado una insurrección, habría corrido sin duda la misma suerte que el levantamiento obrero que se produjo en Viena un año después contra el golpe de Estado que entronizó a la dictadura «clerical-fascista» de Engelbert Dollfuss, en la que los socialistas, bien equipados y bien armados, fueron aplastados por el Ejército austriaco en unos cuantos días.[36] Lo que no quería de ninguna manera la dirección socialdemócrata era que corriese la sangre de los trabajadores, y aún menos en colaboración con los comunistas, de los que pensaban correctamente que explotarían sin piedad cualquier situación violenta en beneficio propio.[37] Así que, a lo largo de los primeros meses de 1933, se atuvieron rígidamente a un enfoque legalista y evitaron cualquier cosa que pudiese empujar a los nazis a una actuación aún más violenta contra ellos.

III

En febrero de 1933 Alemania volvía a estar sumida en la fiebre electoral. Los partidos hacían campaña furiosamente para las elecciones al Reichstag, que había sido una de las condiciones de Hitler para aceptar el cargo de

canciller del Reich el 30 de enero. Se había fijado como fecha el 5 de marzo. Hitler había proclamado en muchas ocasiones durante la campaña electoral que el principal enemigo del movimiento nazi era el «marxismo». «Nunca, nunca cejaré en la tarea de aplastar al marxismo [...]. Sólo puede haber un vencedor: ¡o el marxismo o el pueblo alemán! ¡Y Alemania vencerá!». Con eso se refería, claro, a los comunistas y a los socialdemócratas. El lenguaje beligerante de Hitler, en las circunstancias de principios de 1933, era un estímulo a sus secciones de asalto para que se tomaran la justicia por su mano. Pero su agresividad se extendió mucho más allá de la izquierda, pasando a amenazar a otros que también apoyaban, o habían apoyado, la democracia de Weimar. El movimiento, dijo el 10 de febrero de 1933, sería «intolerante con todo aquel que peque contra la nación».[38] «Repito—proclamó Hitler el 15 de febrero—que nuestra lucha contra el marxismo será implacable, y que todo movimiento que se alinee con el marxismo acabará corriendo la misma suerte».[39]

Formuló esa amenaza en Stuttgart, en un discurso en el que lanzó un furibundo ataque contra el presidente del estado de Württemberg, Eugen Bolz, que había declarado que el nuevo gobierno del Reich era enemigo de la libertad. Bolz, se quejaba Hitler, no había salido en defensa de la libertad del Partido Nazi cuando había sido perseguido en su estado durante la década de 1920. Y continuaba:

> Los que no hicieron mención alguna de nuestra libertad durante catorce años no tienen derecho a hablar hoy de ella. Como canciller no tengo más que utilizar una ley para la protección del Estado nacional, lo mismo que hicieron ellos una ley para la protección de la República por aquel entonces, para hacerles entender que no todo lo que llamaban ellos «libertad» era digno de ese nombre.[40]

El Partido del Centro, como los comunistas y los socialdemócratas, había demostrado ser relativamente inmune a los avances electorales de los nazis, y era por tanto otro blanco primordial para la intimidación durante la campaña electoral. No tardaría en sentir el peso del terrorismo de Estado lo mismo que estaban sintiéndolo los socialdemócratas. A mediados de febrero habían sido prohibidos ya veinte periódicos del Partido del Centro por criticar al nuevo gobierno, se habían prohibido todos sus actos públicos en una serie de localidades por las autoridades y se había iniciado una oleada de despidos o suspensiones de funcionarios y administradores de los que se

sabía que eran del Partido del Centro, entre los que se incluían el jefe de policía de Oberhausen y el director de un departamento del Ministerio del Interior prusiano. Un discurso de Heinrich Brüning condenando esos despidos provocó agresiones de los camisas pardas en los mítines electorales del Partido del Centro en Westfalia. Al antiguo ministro del Reich Adam Stegerwald le dieron una paliza unos camisas pardas en un mitin del Partido del Centro en Krefeld el 22 de febrero. Los periódicos locales del partido fueron prohibidos uno tras otro y sus oficinas fueron destrozadas por bandas de camisas pardas. Fueron atacadas las sedes locales del partido y requisados los carteles electorales almacenados en ellas, no sólo por hombres de las SA, sino también por la policía política. Los obispos rezaron por la paz, mientras el partido apelaba a la Constitución y, en un patético indicio de su quiebra política, instaba al electorado a votar por la restauración del gobierno, hacía mucho desacreditado, de Brüning.[41]

Hitler se proclamó alarmado por esos incidentes y el 22 de febrero, después de que el Partido del Centro hubiese protestado con vehemencia por estos hechos, proclamó: «Elementos provocadores están intentando, bajo el disfraz del partido, desacreditar al movimiento nacionalsocialista saboteando y reventando mítines, sobre todo del Partido del Centro. Espero —decía con severidad—que todos los nacionalsocialistas se distancien de esos planes con la máxima disciplina. ¡El enemigo al que hay que derribar el 5 de marzo es el marxismo!». Pero a esto se unía también una amenaza a la que «se arriesga el Partido del Centro» si apoyaba al «marxismo» en las elecciones, y que, unido al ataque feroz de Hitler a Bolz menos de quince días antes, era suficiente para garantizar la continuidad de la violencia.[42] Y mientras los camisas pardas desplegaban su campaña de agresiones sobre el terreno, Hitler y los dirigentes nazis estaban dejando claro en los momentos en que bajaban la guardia que las próximas elecciones serían las últimas, y que, pasase lo que pasase, Hitler no dimitiría como canciller. «Si nosotros llegamos a conseguir el poder algún día—había proclamado en un discurso público pronunciado el 17 de octubre de 1932—, nos mantendremos en él, con la ayuda de Dios. No les permitiremos que vuelvan a quitárnoslo».[43] Los resultados de las elecciones, dijo en febrero de 1933, no afectarían lo

más mínimo al programa de su gobierno. «No nos detendrá que el pueblo alemán nos abandone en esa hora. Recurriremos a lo que sea preciso para impedir la degeneración de Alemania».[44]

En otras ocasiones, de una forma más circunspecta pero menos verosímil, Hitler proclamó que sólo necesitaba cuatro años para desarrollar su programa y luego, en 1937, cuando estaba previsto que se celebrasen las elecciones al Reichstag, el pueblo alemán podría juzgar si el programa había sido bueno o no. Su contenido lo esbozó en un largo discurso que pronunció ante un numeroso público en el Palacio de Deportes de Berlín el 10 de febrero, en una atmósfera de adulación arrebatada. Contando ya con todos los recursos del Estado a su disposición, el partido dispuso que el recinto se engalanase con banderas con el símbolo de la cruz gamada y pancartas con consignas antimarxistas. Los micrófonos de la radio transmitían las palabras de Hitler a toda la nación. Precedieron al discurso las notas del himno nacional, los gritos de «Heil!» y los vítores y exclamaciones entusiastas, que se elevaron en un *crescendo* cuando apareció Hitler. A continuación, éste, empezando, como solía hacer, despacio y quedo, como para asegurarse la atención extasiada de su enorme público, recorrió la historia del Partido Nazi y enumeró los supuestos crímenes de la República de Weimar desde 1919: la inflación, el empobrecimiento de los campesinos, el aumento del paro, la ruina de la nación. ¿Qué haría su gobierno para cambiar esa situación calamitosa? Su respuesta eludió totalmente cualquier compromiso concreto. Dijo grandilocuentemente que él no iba a hacer «promesas baratas». En vez de eso, proclamó que su programa era reconstruir la nación alemana sin ayuda extranjera, «de acuerdo con leyes eternas válidas para todos los tiempos», sobre la base del pueblo y la tierra, no de acuerdo con ideas de clase. Expuso una vez más la visión embriagadora de una Alemania unida en una nueva sociedad que superaría las divisiones de clase y de credo que la habían desgarrado durante los catorce años anteriores. Se liberaría a los trabajadores, proclamó, de la ideología extranjera del marxismo y se los volvería a conducir a la comunidad nacional de toda la raza alemana. Se trataba de un «programa de resurrección nacional en todos los sectores de la vida».

Concluía con una apelación casi religiosa a su público del Palacio de Deportes y de toda la nación:

> Durante catorce años los partidos de la desintegración, de la Revolución de noviembre, han seducido al pueblo alemán y han abusado de él. Durante catorce años se entregaron a la destrucción, la infiltración y la disolución. Considerando esto, no es presuntuoso por mi parte presentarme ante la nación hoy y pedirle: pueblo alemán, danos cuatro años de tiempo y júzganos después. Pueblo alemán, danos cuatro años y yo te juro que, lo mismo que hemos, lo mismo que he asumido este cargo, así lo dejaré. No lo he hecho ni por un sueldo ni por enriquecerme; ¡lo he hecho por ti! [...]. Porque no puedo desprenderme de mi fe en mi pueblo, no puedo disociarme del convencimiento de que esta nación volverá a levantarse un día, no puedo divorciarme de mi amor por él, por mi pueblo, y albergo la firme convicción de que llegará al fin la hora en que los millones que nos desprecian hoy estarán a nuestro lado y aclamarán con nosotros el nuevo Reich alemán duramente ganado y dolorosamente adquirido que habremos creado juntos, el nuevo reino alemán de la grandeza, el poder, la gloria y la justicia. Amén.[45]

Lo que Hitler estaba prometiendo a Alemania era, por tanto, en primer lugar la eliminación del comunismo y, además, de los otros partidos de Weimar, principalmente de los socialdemócratas y del Partido del Centro. Aparte de eso no tenía nada demasiado concreto que ofrecer. Pero muchos lo consideraron una virtud. «Estoy encantada de que Hitler no tenga un programa—escribía Louise Solmitz en su diario—. Porque un programa es o mentiras o debilidad o algo proyectado para cazar pájaros bobos. El hombre fuerte actúa a partir de la necesidad de hacerlo que crea una situación grave y no puede permitirse estar limitado». Una conocida suya, a la que antes el nazismo dejaba indiferente, le dijo que iba a votar a Hitler precisamente porque no tenía ningún programa para Alemania.[46] La afirmación teatral y emotiva de que lo único que necesitaba eran cuatro años estaba destinada a estimular en sus oyentes el sentimiento de que estaba entregado como Cristo a un peregrinaje de autosacrificio. Estas consideraciones se repitieron en posteriores discursos de otros actos públicos de los días siguientes, ante un público poseído por un entusiasmo similar.

Hitler contó en su campaña electoral con el respaldo de una afluencia de fondos nueva, sin precedentes en realidad, procedente de la industria. El 11 de febrero inauguró una exposición internacional del motor en Berlín y anunció un ambicioso programa de construcción de carreteras y reducciones fiscales para ayudar a los fabricantes de automóviles.[47] El 20 de febrero un gran grupo de destacados industriales se reunieron en la residencia oficial

de Göring y se les unió Hitler, quien proclamó una vez más que la democracia era incompatible con los intereses empresariales y que había que acabar con el marxismo. Las elecciones que iban a celebrarse eran decisivas en esa lucha. Si el gobierno no las ganaba, se vería obligado a utilizar la fuerza para conseguir sus fines, amenazó. Lo último que el mundo de los negocios podía querer era una guerra civil. El mensaje estaba claro: tenían que hacer todo cuanto pudiesen por asegurar la victoria de la coalición... una coalición respecto a la que algunos hombres de negocios importantes era evidente que aún pensaban que Papen y los conservadores seguían siendo los elementos clave. Cuando se fue Hitler, Göring recordó a los reunidos que después de las próximas elecciones no habría más, no sólo en los cuatro años siguientes, sino probablemente en los próximos cien. Hjalmar Schacht, financiero con buenas conexiones políticas que había sido el artífice del programa de estabilización posinflación de 1923-1924, comunicó luego que se esperaba que el mundo de los negocios aportase tres millones de Reichsmarks al fondo de la campaña electoral del gobierno. Algunos de los presentes insistieron aún en que una parte del dinero debía ser para los socios de la coalición conservadora de los nazis. Pero aportaron el dinero de todos modos.[48] Los nuevos fondos significaron un cambio real en la capacidad del Partido Nazi para desarrollar la campaña, a diferencia de la falta de recursos que tanto le había condicionado en las últimas elecciones de noviembre. Ese dinero permitió a Goebbels organizar un nuevo tipo de campaña, en que presentó a Hitler como el hombre que estaba reconstruyendo Alemania y acabando con la amenaza marxista, como todo el mundo podía ver en las calles. Se utilizaron nuevos recursos, sobre todo la radio, en apoyo de los nazis, y, con fondos mucho más abundantes, esta vez Goebbels pudo saturar al electorado de propaganda.[49]

La campaña nazi no fue, sin embargo, una marcha triunfal hacia la ratificación del poder. El partido sabía muy bien que su popularidad había disminuido en la segunda mitad de 1932, mientras que había ido aumentando la de los comunistas. Éstos eran, de todos sus adversarios, a los que los nazis temían y odiaban más. En innumerables batallas callejeras y choques en mítines, los comunistas habían demostrado que podían devolver golpe por golpe y disparo por disparo a los camisas pardas. Por eso resultó

aún más desconcertante para la jefatura nazi que, tras las manifestaciones comunistas iniciales que se produjeron inmediatamente después del 30 de enero de 1933, la Liga de Combatientes del Frente Rojo no hubiese mostrado inclinación alguna a pagar a los nazis con la misma moneda tras la oleada de violencia que se había abatido sobre su partido, en especial después de que se reclutase como policía auxiliar el 22 de febrero a los camisas pardas y éstos pudiesen actuar a su gusto, sin impedimentos, y desahogar el odio acumulado contra sus detestados enemigos. Siguieron produciéndose peleas e incidentes aislados, y no es que la Liga de Combatientes del Frente Rojo se quedase cruzada de brazos ante ese ataque a escala nacional, pero no hubo un aumento apreciable de la violencia comunista, ni indicio alguno de que se estuviese organizando una respuesta concertada siguiendo órdenes del Politburó del partido.

La relativa inactividad de los comunistas se debía sobre todo a que la dirección del partido estaba convencida de que el nuevo gobierno (el último suspiro violento y agónico de un capitalismo moribundo) no duraría más que unos cuantos meses y luego se desmoronaría. Los comunistas alemanes, que se daban cuenta de que se corría el peligro de que se prohibiese el partido, habían hecho amplios preparativos para un periodo prolongado de existencia ilegal o semilegal, y habían almacenado sin duda una cantidad de armas todo lo sustancial que les había sido posible. Sabían también que la Liga de Combatientes del Frente Rojo no obtendría ningún apoyo de la organización paramilitar de los socialdemócratas, la Reichsbanner, con la que había tenido repetidos enfrentamientos a lo largo de los años anteriores. Las peticiones constantemente reiteradas por el partido de un «frente unido» con los socialdemócratas no tenían ninguna posibilidad de hacerse realidad, ya que sólo estaba dispuesto a entrar en él si los «socialfascistas», como les llamaba, renunciaban del todo a su independencia política y se sometían, prácticamente, a la jefatura comunista. El partido se atenía rígidamente a la doctrina de que el gobierno de Hitler constituía el triunfo temporal de los grandes empresarios y del «capitalismo monopolista» e insistían en que anunciaba la llegada

inminente del «octubre alemán». Incluso el 1 de abril de 1933, una fecha simbólica apropiada para tal proclamación, el comité ejecutivo de la Comintern decidió lo siguiente:

> Pese al terror fascista, el proceso revolucionario proseguirá en Alemania inexorablemente. La resistencia de las masas contra el fascismo crecerá inexorablemente. La instauración de una dictadura abiertamente fascista, que ha destruido cualquier ilusión democrática engañosa en las masas y está liberándolas de la influencia de los socialdemócratas, acelerando el avance de Alemania hacia la revolución proletaria.[50]

El comité central del Partido Comunista Alemán todavía proclamaba en junio de 1933 que el gobierno de Hitler no tardaría en desmoronarse bajo el peso de sus contradicciones internas, a lo que seguiría inmediatamente la victoria del bolchevismo en Alemania.[51] La inactividad comunista era, pues, el producto de un exceso de confianza y de la fatídica y engañosa ilusión de que la nueva situación no planteaba ninguna amenaza grave para el partido.

Pero para los dirigentes nazis sugería algo más siniestro: los comunistas se estaban preparando en secreto para una insurrección a escala nacional. El miedo a una guerra civil que había pesado sobre la política alemana a finales de 1932 y principios de 1933 no se esfumó de la noche a la mañana. Después de todo, los comunistas proclamaban continuamente que la llegada de un gobierno fascista era el preludio para una revolución proletaria inminente e imparable que reemplazaría la democracia burguesa por una Alemania soviética. Pero los comunistas se negaron incluso a reaccionar ante una provocación evidente como la redada masiva en su sede central de la Casa Karl Liebknecht de Berlín que se produjo el 23 de febrero, y que reveló supuestamente planes para una insurrección revolucionaria. Cuanto más esperaban los comunistas, más nerviosos se ponían los nazis. Era indudable que iba a pasar algo muy pronto.[52] El esteta Harry Graf Kessler informaba de rumores entre sus amigos bien relacionados de que los nazis estaban planeando un falso intento de asesinato de Hitler para justificar un «baño de sangre» en el que liquidarían a sus enemigos. Corrían rumores similares en la última semana de febrero. La tensión empezaba a hacerse insoportable. No tardaría en hallar un desahogo espectacular.[53]

FUEGO EN EL REICHSTAG

I

En febrero de 1931 el joven trabajador de la construcción holandés Marinus van der Lubbe inició un largo recorrido a través de Europa central, con la intención de llegar a la Unión Soviética, un Estado que admiraba mucho. Había nacido el 13 de enero de 1909 en Leiden y se había criado en la pobreza más extrema. Su padre, alcohólico, había abandonado a la familia poco después de nacer Marinus, que había perdido además a su madre a los 12 años. A esa edad empezó a trabajar como aprendiz de albañil, entró en contacto con el movimiento obrero e ingresó en el movimiento juvenil comunista. Pero no tardó en desagradarle el estricto código de disciplina del partido y su estructura autoritaria, y lo abandonó en 1931 para unirse a una organización anarcosindicalista radical que elevaba la «propaganda por el hecho» a la condición de su principal forma de actuación. Con la vista gravemente dañada por un accidente laboral, le resultaba difícil encontrar trabajo y se alojaba principalmente en albergues para pobres y pajares en su viaje hacia Rusia. Pero sólo llegó hasta Polonia, donde decidió volver atrás, llegando a Berlín el 18 de febrero de 1933. Allí se encontró con una situación política que consideraba cada vez más desesperada y le parecía incomprensible la pasividad de los principales partidos obreros. Mientras los nazis podían hacer lo que querían, la izquierda estaba siendo eliminada implacablemente. Así que le pareció que era hora de que los parados, abandonados por todos los bandos, asestasen un golpe por el pan y por la libertad. Partidario de la acción directa desde su época anarcosindicalista, decidió protestar contra el Estado burgués y su creciente represión del movimiento obrero. Descubrió en sus visitas a las oficinas de empleo que

los propios parados estaban profundamente sumidos en la apatía, que eran incapaces de organizar una protesta propia. Alguien tenía que hacerlo por ellos.[54]

El método que eligió fue el incendio provocado. Pensó que causando daños espectaculares en las instituciones del Estado, o más bien en los edificios que las albergaban, demostraría que no eran invulnerables ni mucho menos e impulsaría a los parados a emprender también acciones espontáneas de masas. Un tribunal de Leiden ya le había considerado culpable de daños a la propiedad y no era el primer acto de protesta impulsivo y no planeado que realizaba; en realidad, su predilección por ellos había sido la causa principal de su ruptura con los comunistas holandeses. Ahora iba a hacer lo mismo en Alemania. Empezó con los símbolos de la opresión de los parados por parte del Estado y el predominio, en su opinión, del viejo orden. El 25 de febrero Van der Lubbe intentó incendiar una oficina de empleo del distrito berlinés de Neukölln, y luego, con más ambición, el ayuntamiento y el antiguo palacio real. Todos esos intentos quedaron frustrados por su descubrimiento inmediato y apenas tuvieron eco en la prensa. Era evidente que hacía falta algo más espectacular y mejor preparado. Buscando el símbolo supremo del orden político burgués, que consideraba responsable de que su vida y la de tantos otros jóvenes parados fuese tan desdichada, decidió incendiar el Reichstag.[55]

La mañana del 27 de febrero Van der Lubbe gastó el último dinero que le quedaba en cerillas y teas. Tras estudiar el edificio para ver cuál era el mejor medio de entrar, esperó a que cayera la noche y entonces penetró en el edificio vacío y a oscuras del Reichstag. Eran las nueve. Con los sentidos aguzados en la oscuridad por la larga práctica que le había proporcionado su deficiencia visual, primero intentó prender fuego a los muebles del restaurante y luego, al no conseguirlo, se dirigió a la cámara de sesiones, donde las cortinas resultaron ser de fácil combustión. Los paneles de madera no tardaron en arder y el fuego, en adquirir intensidad suficiente para que la cúpula de la cámara actuase como una especie de chimenea, avivando las llamas al crear una corriente ascendente. Entretanto, Van der Lubbe fue recorriendo el resto del edificio intentando iniciar más incendios.

Finalmente lo localizaron y capturaron empleados del Reichstag. Cuando lo detuvieron el edificio estaba en llamas y los bomberos, pese a que llegaron enseguida allí, no pudieron hacer nada más que humedecer las ruinas de la cámara de sesiones principal y esforzarse todo lo posible por salvar el resto.

Enfrente del edificio en llamas estaba Putzi Hanfstaengl, el íntimo de Hitler, que se alojaba temporalmente en la residencia oficial de Göring. Lo despertó el encargado de la casa, que le mostró las llamas a través de la ventana. Hanfstaengl telefoneó inmediatamente a Goebbels, que creyó al principio que Putzi, con fama de frívolo, estaba bromeando. Pero Putzi insistió en que no bromeaba. Goebbels decidió comprobar la veracidad de la información... y descubrió que era cierta. Avisó enseguida a Hitler.[56] Los dirigentes nazis, Hitler, Goebbels y Göring acudieron al lugar de los hechos. Rudolf Diels, el jefe (no nazi) de la policía política prusiana, y uno de los primeros personajes importantes que llegó, se encontró con que sus agentes ya estaban sometiendo a Van der Lubbe a un interrogatorio:

> Con la parte superior del cuerpo desnuda, sudando y manchado de suciedad, estaba sentado delante de ellos, respirando pesadamente. Jadeaba como si acabase de hacer una tarea ingente. En los ojos de aquel joven rostro demacrado ardía una mirada de triunfo. Yo estuve sentado frente a él varias veces más aquella noche en la jefatura de policía y escuché sus confusas historias. Leí los panfletos comunistas que llevaba en el bolsillo del pantalón. Eran de los que se estaban distribuyendo públicamente por todas partes en aquellos días [...].
>
> Las confesiones sinceras de Marinus van der Lubbe no pudieron de ningún modo hacerme pensar que un incendiario de poca monta como él, que tan bien conocía su oficio demente, necesitase ayuda. ¿No habría bastado una simple cerilla para prender fuego a la pompa fría e inflamable del salón de plenos, el viejo mobiliario tapizado y los pesados cortinajes y el esplendor de la madera seca como hueso de los paneles? Sin embargo, aquel especialista utilizó una mochila llena de artilugios incendiarios.[57]

La investigación subsiguiente proporcionó numerosas pruebas documentales que confirmaban su declaración de que había actuado solo.[58]

Diels, convocado para que informara al grupo de dirigentes nazis reunidos en un balcón desde el que se dominaba la Cámara, se encontró con una escena de histeria aterradora. En su evocación de aquellos acontecimientos después de la guerra continuaba diciendo:

> Hitler estaba apoyado en el antepecho de piedra del balcón con ambos brazos y miraba silenciosamente el mar rojo de llamas. Cuando entré, Göring vino hacia mí. Había en su voz toda la emotividad sombría de aquella hora dramática: «¡Éste es el inicio de una insurrección comunista! ¡Es ahora cuando van a atacar! ¡No hay que perder ni un minuto!».

Göring no pudo continuar. Hitler se volvió a los reunidos. Entonces vi que tenía la cara de un rojo encendido por la excitación y por el calor que estaba acumulándose en la cúpula. Gritó como si quisiese estallar, de una forma incontrolada, que era una experiencia que nunca había tenido con él: «Ya no habrá piedad; todo el que se interponga en nuestro camino será eliminado. El pueblo alemán no tendrá ninguna comprensión para la indulgencia. A los funcionarios comunistas se les pegará un tiro en el acto allí donde se les encuentre. A los diputados comunistas se les ahorcará esta misma noche. A todos los que estén de acuerdo con los comunistas hay que detenerlos. ¡Tampoco habrá más piedad con los socialdemócratas y la Reichsbanner!».

Informé de los resultados de los primeros interrogatorios de Marinus van der Lubbe: que se trataba, en mi opinión, de un loco. Pero Hitler no era el hombre apropiado para decirle eso. Se burló de mi credulidad infantil: «Es una cosa preparada hace mucho, con mucha inteligencia. Estos criminales lo han organizado muy bien, pero se han equivocado en sus cálculos, ¡verdad que sí, camaradas de partido! Estos subhumanos no tienen la menor idea de hasta qué punto está el pueblo de nuestra parte. Metidos en sus toperas, de las que quieren salir ahora, no tienen noticia de la alegría de las masas». Y así sucesivamente.

Intenté hacer un aparte con Göring, pero no me dejó hablar. Situación de emergencia máxima para la policía, uso implacable de armas de fuego y de todo lo que sea necesario en una situación como aquélla de grave alarma militar».[59]

Era, le explicó Diels a un subordinado, un «manicomio». Pero, de todos modos, había llegado la hora de actuar contra los comunistas.[60]

Unas cuantas horas después del incendio del Reichstag, brigadas de la policía empezaron a desenterrar listas de comunistas preparadas meses o incluso años atrás por si se decretaba una prohibición del partido, y salieron en coches y camionetas a sacarlos de la cama. Los comunistas tenían un centenar de diputados en el Reichstag y miles de representantes en otros cuerpos legislativos, funcionarios, burócratas, organizadores y militantes. Muchas de las listas estaban desfasadas, pero el carácter precipitado y sin planear de la operación hizo caer en la red a un buen número de detenidos que de otro modo podrían haber escapado, y también pasó por alto a muchos a los que simplemente no se pudo encontrar. Fueron detenidos cuatro mil en total. Diels y la polícía no hicieron caso de la orden de Göring de que debían pegarles un tiro.[61] Mientras se estaba desarrollando esta gran operación, intervino Ludwig Grauert, asesor de Göring. Era el antiguo jefe de la Asociación de Empresarios Siderúrgicos Alemanes del Noroeste, y acababa de ser nombrado jefe del departamento de policía del Ministerio del Interior prusiano. De tendencias políticas nacionalistas, propuso un decreto extraordinario que proporcionase cobertura legal a las detenciones y a las actuaciones que pudiesen hacer necesarias otros actos de violencia de los comunistas. Ya antes del incendio, el 27 de febrero, había propuesto una ley al gabinete el ministro de Justicia archiconservador Franz Gürtner, que,

como el resto de los conservadores del gabinete, apoyaba entusiásticamente medidas draconianas para la represión de los desórdenes públicos, que achacaban por entero a los comunistas y los socialdemócratas. Gürtner proponía graves limitaciones de las libertades ciudadanas para impedir que los comunistas convocasen una huelga general. La publicación de peticiones de que se actuase en ese sentido debían considerarse alta traición, que era punible con la muerte.[62] Pero esa propuesta había quedado ya superada por la nueva situación.

El ministro del Interior del Reich, el nazi Wilhelm Frick, vio en la propuesta de Grauert la oportunidad de ampliar su poder sobre los estados federados e introdujo una nueva cláusula 2 decisiva que permitía intervenir al gobierno, en lugar de al presidente, de una forma muy parecida a como lo había hecho Papen en Prusia en 1932. Además de esto, la propuesta, basándose en discusiones internas sobre legislación para situaciones de emergencia de principios de los años veinte, dejaba en suspenso varias secciones de la Constitución de Weimar, especialmente las relativas a la libertad de expresión, la libertad de prensa y la libertad de reunión y de asociación. Permitía a la policía detener en custodia preventiva indefinidamente y sin una orden judicial, a diferencia de los decretos y leyes anteriores, que habían establecido límites estrictos antes de que se produjese la intervención judicial. La mayoría de las medidas habían sido consideradas antes en varias ocasiones y habían tenido un elevado nivel de apoyo entre el funcionariado superior. Pero iban mucho más allá que todo lo anterior. Hitler, que presentó el decreto al gabinete a las once de la mañana del 28 de febrero, recordó a sus colegas conservadores que la coalición se había propuesto desde el principio acabar con los comunistas: «El momento psicológicamente correcto para el enfrentamiento ha llegado ya. No tiene objeto esperar más por él».[63]

Hitler dejó clara su intención de actuar implacablemente y sin hacer mucho caso a los formalismos legales. La lucha contra los comunistas, dijo, «no debe hacerse que dependa de consideraciones judiciales». Y expuso a sus colegas de gabinete la perspectiva tentadora de una gran victoria en las próximas elecciones sobre la base de la ilegalización de los comunistas, el tercer partido de Alemania por su tamaño, junto con la alarma provocada

entre el público general por el incendio intencionado.[64] Luego habló Göring, quien aseguró que se había visto a Van der Lubbe con dirigentes comunistas importantes, como Ernst Torgler, poco antes de que entrase en el Reichstag. Los comunistas, dijo, estaban planeando no sólo la destrucción de edificios públicos, sino también «envenenar los alimentos de los comedores públicos» y raptar a las esposas y los hijos de los ministros del gobierno. No tardaría en decir que tenía pruebas detalladas de que los comunistas habían estado almacenando explosivos para lanzar una campaña de sabotajes contra las instalaciones eléctricas, los ferrocarriles, «así como todos los demás grandes servicios importantes para el mantenimiento de la vida».[65]

El gabinete, pasando por alto las objeciones de Papen a la cláusula 2, accedió a presentar el decreto a Hindenburg, que lo firmó pese al hecho de que en él cedía una parte significativa de sus poderes al gobierno de Hitler. Entró en vigor inmediatamente. El párrafo 1 suspendía artículos clave de la Constitución de Weimar y proclamaba:

> Son admisibles así, más allá de los límites legales que puedan establecer otras normas, restricciones a la libertad personal, al derecho de libre expresión de opiniones, incluida la libertad de prensa, el derecho de reunión, de asociación, la inviolabilidad de las comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas, y la necesidad de orden judicial para los registros domiciliarios y las confiscaciones, así como los derechos de propiedad.

El segundo párrafo permitiría al gobierno hacerse cargo de los estados federados si estaba amenazado el orden público. Estos dos párrafos, válidos «hasta nueva orden», proporcionaron cobertura legal para todo lo que habría de seguir en los meses siguientes.[66] Podía ponerse en marcha así ya, con toda firmeza, la toma nazi del poder.

II

El decreto del incendio del Reichstag se emitió en medio de un alud de propaganda en el que Göring y la jefatura nazi pintaron un cuadro espectacular de una inminente «revolución bolchevique alemana», acompañada de todo género de tropelías y atrocidades. La propaganda tuvo su efecto. Ciudadanos de clase media normales como Louise Solmitz

temblaban al pensar en el destino del que Alemania se había librado por tan poco, y estaban impresionados por las pruebas del ruin complot comunista que aportó Göring «a toneladas».[67] Al Ministerio de Justicia llegaron más de doscientos telegramas de agrupaciones locales nazis de todo el país, exigiendo que los «subhumanos» cuyos «diabólicos planes de aniquilación» amenazaban con convertir «nuestra Patria en una extensión de escombros empapados de sangre», debían ser liquidados a tiros o estrangulados públicamente delante del edificio del Reichstag. «Aniquilación de la pandilla roja de criminales hasta el último hombre» era la petición que llegaba de muchos lugares; algunas autoridades locales nazis manifestaban su temor a que se produjeran desórdenes públicos si no se ejecutaba inmediatamente a los culpables.[68] La propaganda de Goebbels daba ahora rienda suelta a la furia acumulada de los camisas pardas contra sus adversarios comunistas. Los miembros de las secciones de asalto, que se creían prácticamente inmunes a toda acción legal por su reclutamiento previo como policía auxiliar, habían liberado ya parte de su tensión en actos de violencia generalizados, pero ahora había llegado el momento que tanto habían estado esperando. Uno de ellos escribió después de las secuelas del 28 de febrero de 1933:

> Estábamos preparados; conocíamos las intenciones de nuestros enemigos. Yo había reunido una pequeña «escuadra móvil» de mi sección, eligiendo a los más valientes de los valientes. Hacíamos guardia noche tras noche. ¿Quién iba a asestar el primer golpe? Y entonces llegó. El faro de Berlín, señales de fuego por todo el país. Por fin el alivio de la orden: «¡Adelante!». ¡Y allá fuimos! No se trataba sólo del puramente humano «tú o yo», «vosotros o nosotros», se trataba de borrar para siempre la sonrisa indecente de las caras odiosas y asesinas de los bolcheviques y de proteger Alemania del terror sanguinario de unas hordas desenfrenadas.[69]

Pero eran los camisas pardas los que desencadenaban por toda Alemania «el terror sanguinario de unas hordas desenfrenadas» contra sus enemigos. Su violencia era la expresión de un odio alimentado durante mucho tiempo, sus acciones iban dirigidas contra comunistas y «marxistas» concretos a los que a menudo conocían personalmente. No había ningún plan coordinado ni tenían más ambición que la de infligir una terrible agresión física a hombres y mujeres a los que temían y odiaban.[70]

Los camisas pardas y la policía podrían haber estado preparados, pero sus adversarios comunistas no lo estaban en aspectos cruciales. A la jefatura del Partido Comunista la cogieron desprevenida los acontecimientos del 27-28 de febrero. Creía que se estaba iniciando otro periodo de represión relativamente suave como el de 1923 y 1924, al que habían sobrevivido con éxito. Pero esta vez las cosas fueron muy distintas. A la policía la respaldaba toda la ferocidad de los camisas pardas. El jefe del partido y antiguo candidato a la presidencia del Reich Ernst Thälmann y sus ayudantes fueron detenidos el 3 de marzo en su cuartel general secreto de Berlín-Charlottenburg. Ernst Torgler, jefe de los representantes comunistas en el Reichstag, se entregó a la policía el 28 de febrero con el fin de refutar la acusación del gobierno de que él y la jefatura del partido habían dado orden de que se quemara el edificio del Reichstag. De las personalidades más destacadas del partido, Wilhelm Pieck abandonó Alemania en la primavera y Walter Ulbricht, jefe del partido en Berlín, en el otoño. Se hicieron ímprobos esfuerzos para sacar del país a otros miembros del Politburó, pero muchos de ellos fueron detenidos antes de que puedieran escapar. Las organizaciones del partido fueron aplastadas en todo el país, las oficinas, ocupadas y los militantes, detenidos. Los camisas pardas solían llevarse todos los fondos a los que podían echar mano, y saqueaban las casas de los miembros del Partido Comunista llevándose dinero y objetos de valor a la vista de la policía. El número de detenciones no tardó en llegar a ser varias veces superior a lo previsto. El 15 de marzo habían sido ya detenidos diez mil comunistas. Los registros oficiales indicaban que habían sido detenidos ocho mil comunistas en el distrito del Rin y el Ruhr sólo en marzo y abril de 1933. Los funcionarios del partido fueron presionados para que confesaran que se habían visto obligados a efectuar una «retirada», pero insistían en que era una «retirada ordenada». En realidad, como admitió Pieck, en unos cuantos meses la mayoría de los funcionarios locales ya no actuaban, y muchos de los militantes de base habían sido silenciados por el terror.[71]

Era evidente que Hitler temía que hubiese una reacción violenta si conseguía un decreto que ilegalizase del todo el Partido Comunista. En vez de eso prefería tratar como delincuentes a comunistas individuales que

habían planeado actos ilegales e iban a pagar ahora las consecuencias. De ese modo se podía conseguir que la mayoría de los alemanes tolerasen e incluso apoyasen la oleada de detenciones que siguió al incendio del Reichstag y que no temiesen que se ilegalizasen a continuación los otros partidos políticos. Fue por esa razón por lo que pudo presentarse el Partido Comunista a las elecciones del 5 de marzo de 1933, pese al hecho de que gran número de sus candidatos estaban detenidos o habían huido del país, y no hubiese la menor posibilidad de que los 81 diputados que resultaron elegidos pudiesen llegar a ocupar sus escaños; de hecho, fueron detenidos en cuanto la policía consiguió localizarlos. Hitler y sus ministros tenían también la esperanza de que dejando que el Partido Comunista presentase candidatos a las elecciones debilitarían a los socialdemócratas, a los que podrían haber votado muchos de los que no habrían podido hacerlo por esos candidatos. Los socialdemócratas quedaron privados así de ese posible apoyo. A finales de mayo todavía no se atrevía el gobierno a decretar una prohibición oficial del Partido Comunista. Sin embargo, los funcionarios comunistas, además de ser asesinados, maltratados o encerrados en prisiones y centros improvisados de tortura de los camisas pardas, fueron, sobre todo si habían sido detenidos por la policía, juzgados en gran número por los tribunales oficiales de justicia.

La mera pertenencia al partido no era ilegal en sí. Pero los funcionarios de policía, jueces y fiscales eran abrumadoramente conservadores. Hacía tiempo que consideraban el Partido Comunista una organización peligrosa de traidores y revolucionarios, sobre todo tras los acontecimientos de los primeros años de Weimar, desde la insurrección espartaquista de Berlín al «terror rojo» y los fusilamientos de rehenes de Munich. Su creencia había quedado ampliamente confirmada por la violencia callejera de la Liga de Combatientes del Frente Rojo y ahora, pensaban muchos, por el incendio del Reichstag. Los comunistas habían quemado el Reichstag, así que debía considerarse a todos los comunistas culpables de traición. A veces se utilizaba un razonamiento aún más tortuoso. Por ejemplo, en algunos casos, los tribunales alegaban que, puesto que el Partido Comunista no podía ya continuar con su política de cambiar la Constitución alemana por la vía parlamentaria, debía de estar intentando cambiarla por la fuerza, lo que

constituía ya un delito de traición, de manera que todo el que perteneciera a ese partido debía estar haciendo lo mismo. Así pues, los tribunales, después del 30 de enero de 1933, a veces antes incluso de esa fecha, consideraron cada vez más la pertenencia al partido una traición. El Partido Comunista quedó ilegalizado en la práctica, aunque no oficialmente, a partir del 28 de febrero de 1933, y del todo a partir del 6 de marzo, al día siguiente de las elecciones.[72]

Las secciones de asalto de Hitler, tras expulsar de las calles a los comunistas después del 28 de febrero, pasaron a controlar las ciudades, exhibiendo en marchas y desfiles su supremacía recién obtenida de la forma más obvia e intimidatoria. Como explicaría más tarde el jefe de la policía política prusiana, Rudolf Diels, las SA, a diferencia del partido, estaban preparadas para tomar el poder:

> No necesitaban una jefatura unificada; el «Estado Mayor del grupo» daba ejemplo pero no daba ninguna orden. Sin embargo, las escuadras de asalto de las SA tenían planes en firme para operaciones en los barrios comunistas de la ciudad. En aquellos días de marzo todos los miembros de las SA estaban «pisándole los talones al enemigo», todos ellos sabían lo que tenían que hacer. Las escuadras de asalto hicieron una limpieza en los barrios. No sólo sabían dónde vivían sus enemigos, habían descubierto además, hacía mucho, sus escondites y lugares de reunión [...]. No se trataba sólo de los comunistas, sino que estaba en peligro todo el que hubiese dicho algo alguna vez contra el movimiento de Hitler.[73]

Escuadras de camisas pardas robaban coches y camionetas de los judíos, de los socialdemócratas y de los sindicatos, o eran obsequiados con vehículos por hombres de negocios nerviosos con la esperanza de protección. Pasaban atronando en éstos por las calles principales de Berlín, con las armas a la vista y las banderas desplegadas, comunicando a todos quién mandaba ya. Podían verse escenas similares en pueblos y ciudades de todo el país. Hitler, Goebbels, Göring y los demás dirigentes nazis no tenían ningún control directo sobre aquellos acontecimientos. Pero los habían puesto en marcha, enrolando a los miembros de las secciones de asalto junto con las SS y los Cascos de Acero como policía auxiliar el 22 de febrero, y dando su aprobación general, más que implícita, con la constante y repetida violencia de sus ataques retóricos contra todo tipo de «marxistas».

Estaba de nuevo en marcha un proceso dialéctico, forjado en los tiempos en que los nazis solían enfrentarse a la hostilidad policial y a procesos penales por su violencia: la jefatura proclamó en términos radicales pero imprecisos que había que actuar, y los escalones más bajos del partido y sus organizaciones paramilitares tradujeron eso, según sus criterios, como acción violenta y específica. Este tipo de actuación, por una simple indicación, se había convertido ya en costumbre en la década de 1920, como comentaría luego un documento interno del Partido Nazi. Por entonces los militantes de base se habían habituado ya a leer en las órdenes de sus dirigentes bastante más de lo que las palabras concretas de sus dirigentes formulaban. «Por el interés del partido—continuaba el documento—también es, en muchos casos, costumbre de la persona que formula la orden (concretamente en casos de manifestaciones políticas ilegales) no decirlo todo y sólo insinuar lo que se quiere conseguir con la orden».[74] La diferencia era ahora que la jefatura tenía a su disposición los recursos del Estado. Por lo general podía convencer a funcionarios, policías y empleados de las instituciones penitenciarias y de la Administración de justicia (nacionalistas conservadores casi todos ellos) de que estaba justificada la eliminación por la fuerza del movimiento obrero. Lo que les convencía de que no deberían limitarse a hacerse a un lado cuando intervenían los camisas pardas sino ayudarlos activamente en su tarea de destrucción. Esta pauta de toma y ejecución de decisiones habría de repetirse posteriormente en muchas ocasiones, sobre todo en la política de los nazis hacia los judíos.

III

La campaña de los nazis para las elecciones al Reichstag del 5 de marzo de 1933 consiguió una cobertura de saturación por toda Alemania.[75] Los recursos del gran capital y del Estado respaldaban ahora sus esfuerzos, y, como consecuencia, se modificó todo el carácter de las elecciones. En la pequeña población de Northeim, al norte de Alemania, por ejemplo, se celebraron en una atmósfera de terror palpable. La policía local había tomado posiciones en la estación de ferrocarril, los puentes y otras

instalaciones clave, propagando la afirmación del régimen de que esos lugares eran vulnerables a ataques terroristas de los comunistas. A los camisas pardas locales se les autorizó a llevar armas de fuego cargadas a partir del 28 de febrero y quedaron reclutados como policía auxiliar el 1 de marzo, tras lo cual empezaron a organizar ostentosamente patrullas en las calles y a irrumpir en las casas de los socialdemócratas y los comunistas locales, acusando a ambos de estar conspirando contra los ciudadanos honrados y preparando un baño de sangre. El periódico nazi local informó de que había sido detenido un trabajador por distribuir un folleto de propaganda electoral socialdemócrata; esas actividades en favor de los socialdemócratas y de los comunistas estaban prohibidas, se comunicó. Una vez silenciada la principal oposición, los nazis instalaron altavoces de radio en la plaza del mercado y en la calle principal, y todos los días al final de la jornada, del 1 al 4 de marzo, se emitían, amplificados, discursos de Hitler que se oían en todo el centro de la población. La víspera del día de la votación seiscientos camisas pardas, miembros de las SS, de los Cascos de Acero y de las Juventudes Hitlerianas hicieron un desfile con antorchas por la población que terminó en el parque, donde los altavoces atronaban con la transmisión radiada de un discurso de Hitler que además se emitía al público en otros cuatro emplazamientos públicos importantes del centro. Las calles estaban adornadas con banderas con los colores negro, blanco y rojo y estandartes con la cruz gamada, que estaban también presentes en tiendas y almacenes. No se veía por ninguna parte propaganda de la oposición. El día de las elecciones (un domingo) los camisas pardas y las SS patrullaron y desfilaron amenazadoramente por las calles, mientras el partido y los Cascos de Acero organizaban el transporte motorizado para llevar gente a los centros electorales. En todas las demás comunidades, grandes y pequeñas, del país se llevó a cabo la misma combinación de terror, represión y propaganda.[76]

Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
R. Memel
Kiel
Lübeck
Hamburgo
Bremen
Stettin
HOLANDA
Berlin
Hannover
Magdeburgo
POLONIA
R. Oder
Leipzig
Colonia
Dresde
Breslau
BÉLGICA
Weimar
R. Rin
R. Vístula
R. Elba
Frankfurt
LUXEMBURGO
CHECOSLOVAQUIA
Nuremberg
SARRE
FRANCIA
Stuttgart
R. Danubio
Munich
AUSTRIA
SUIZA
HUNGRÍA
Votaron nazi el 30-39,9 por 100.
Votaron nazi el 40-49,9 por 100.
Votaron nazi el 50-59,9 por 100.
Frontera distrito electoral.
Frontera de Alemania.

Mapa 17. Los nazis en las elecciones al Reichstag de marzo de 1933.

Cuando se conocieron los resultados de las elecciones al Reichstag, pareció que esas tácticas habían dado fruto. Los partidos de la coalición, nazis y nacionalistas, obtuvieron el 51,9 por 100 de los votos. «Cifras increíbles—escribió Goebbels triunfalmente en su diario privado el 5 de marzo de 1933—: da la impresión de que estamos en la cumbre».[77] En algunas circunscripciones de la Franconia central el voto nazi llegó a más del 80 por 100, y en unos cuantos distritos de Schleswig-Holstein el partido obtuvo todos los votos depositados. Pero el júbilo de los jefes nazis no estaba justificado. Pese a la violencia y la intimidación masivas, los propios nazis sólo habían conseguido el 43,9 por 100 de los votos. Los comunistas, que no habían podido hacer campaña, con sus candidatos escondidos o detenidos, aún consiguieron el 12,3 por 100, una disminución de apoyo más pequeña de lo que podría haberse esperado, mientras que los socialdemócratas, que sufrieron también intimidaciones e interferencias generalizadas en su campaña, obtuvieron unos resultados sólo marginalmente inferiores a los de noviembre de 1932, un 18,3 por 100. El Partido del Centro mantuvo más o menos sus resultados anteriores con el 11,2 por 100, pese a pérdidas en favor de los nazis en algunas partes del Sur, y los otros partidos, menores ya, repitieron sus resultados del noviembre anterior, con sólo pequeñas variaciones.[78]

Diecisiete millones de personas votaron a los nazis y otros tres millones, a los nacionalistas. Pero había casi 45 millones de electores. Casi 5 millones de votos comunistas, más de 7 millones socialdemócratas y 5,5 del Partido del Centro atestiguaban el completo fracaso de los nazis, incluso en condiciones de semidictadura, en su pretensión de conseguir el apoyo de una mayoría del electorado.[79] En realidad, en ningún momento desde su ascensión a la preponderancia electoral a finales de la década de 1920 habían conseguido obtener una mayoría absoluta propia ni en el Reich ni en ninguno de los estados federados. Además, la mayoría que obtuvieron junto con sus socios de coalición, los nacionalistas, en marzo de 1933 no llegó ni mucho menos a los dos tercios necesarios para asegurar la aprobación de una enmienda a la Constitución en el Reichstag. Lo que dejaron claro, sin embargo, las elecciones fue que casi dos tercios de los votantes habían

prestado su apoyo a partidos (los nazis, los nacionalistas y los comunistas) que eran enemigos declarados de la democracia de Weimar. Muchos más habían votado a partidos, principalmente al Partido del Centro y su socio meridional, el Partido del Pueblo Bávaro, cuya fidelidad a la República casi se había esfumado y cuyo apoyo entre su electorado se veía ahora gravemente erosionado. En 1919 habían respaldado a los partidos de la coalición de Weimar tres cuartos de los votantes. Habían bastado catorce breves años para que esa situación prácticamente se invirtiese.[80]

La violencia alcanzó nuevas cotas después de las elecciones del 5 de marzo. En Königsberg, en Prusia Oriental, por ejemplo, las SA invadieron la sede central de los socialdemócratas la noche de las elecciones, destruyeron las instalaciones y convirtieron el local en un centro de tortura improvisado, donde se propinaron palizas tan severas que el diputado comunista del Reichstag Walter Schütz murió de las lesiones que le causaron. Fueron saqueadas oficinas sindicales, con robo de máquinas de escribir y dinero, destrozo de mobiliario y quema de documentos.[81] En Wuppertal un destacamento de camisas pardas sacó de su casa a un obrero, Heinrich B., ex comunista; su cadáver fue encontrado en un huerto al día siguiente. El 1 de abril, en el mismo distrito, ocho camisas pardas tendieron una emboscada a un obrero de 62 años, August K., que había sido director de la banda de música comunista local, y la emprendieron a tiros con él cuando se dirigía a su casa, dejándole herido de muerte.[82] También los socialdemócratas sufrieron graves agresiones. El 9 de marzo Wilhelm Sollmann, diputado del Reichstag socialdemócrata y personalidad destacada del partido en Colonia, fue atacado en su casa por camisas pardas y miembros de las SS que le pegaron, lo llevaron a la sede del Partido Nazi, estuvieron dos horas torturándolo y le hicieron beber aceite de ricino y orina, hasta que llegó la policía y lo trasladó a un hospital-prisión para curarle las heridas. El 13 de marzo los camisas pardas de Braunschweig empezaron a forzar a los diputados y consejeros socialdemócratas del Parlamento estatal a dimitir «voluntariamente» de sus cargos, matando a uno de ellos de una paliza porque se negó. Por entonces los nazis estaban empezando también a irrumpir en las oficinas del partido de los socialdemócratas en busca de dinero y cosas de valor. Al jefe de prensa

socialdemócrata de Chemnitz, Georg Landgraf, le mataron a tiros el 13 de marzo después de que se negara a revelar a una banda de camisas pardas dónde estaban los fondos del partido. Era difícil, y hasta imposible, protestar por tales acciones, porque los periódicos socialdemócratas habían sido prohibidos durante catorce días desde principios de marzo, una orden que fue ampliada por otros catorce días cuando expiró, y así sucesivamente hasta que se convirtió en permanente.[83]

El saqueo no les pasó desapercibido a los funcionarios más honrados del cuerpo de policía. El 19 de abril de 1933, por ejemplo, el comisario de policía de Hesse envió una circular a las comisarías y delegaciones locales condenando la confiscación ilegal de propiedades de las organizaciones marxistas durante las redadas, incluida la requisa de instrumentos musicales, equipamiento gimnástico e incluso camas, todo claramente destinado al uso particular de los saqueadores.[84] Posteriormente se hicieron intentos de regularizar la situación y de crear instituciones adecuadas para la administración de los bienes de los partidos y sindicatos ilegalizados, sobre todo porque entre ellos se incluían fondos utilizados para ayudar a antiguos miembros en paro; pero por entonces gran parte del dinero y de los bienes habían desaparecido en manos de algunos camisas pardas. Acabó aprobándose una ley el 26 de mayo de 1933 que asignaba las propiedades del (aún técnicamente legal) Partido Comunista a los estados federados.[85] En medio de todo ese caos muchos camisas pardas aprovecharon la oportunidad para saldar viejas cuentas personales. Por ejemplo, en Wuppertal, un grupo de ellos a las órdenes del jefe de la Sección de Asalto, Puppe, sacaron de la cama a las cuatro de la mañana a Friedrich D. Su cadáver fue hallado dos días después. Había sido asesinado porque tenía relaciones con una hermana de Puppe a la que éste hacía tiempo que llevaba queriendo poner fin. Puppe no fue procesado por este acto criminal de venganza. Ni siquiera los propios camisas pardas eran inmunes: Karl W., un nazi veterano, fue detenido, maltratado y encarcelado después de que acusara al jefe de la organización de Wuppertal de desfalco y corrupción, y ése no fue el único incidente de este género del que se informó en la época. Lo que sucedió en Wuppertal debió de repetirse varios cientos de veces más en otras partes del país.[86]

Esta campaña de violencia, desencadenada por una organización, la de los camisas pardas, cuyo número iba creciendo día tras día, hasta llegar a tener más de dos millones de miembros en el verano de 1933, aportó un marco esencial para la coordinación de los estados federados siguiendo las directrices aplicadas ya por Papen en su absorción de Prusia del verano anterior.[87] El Tribunal del Estado había dictaminado que esa absorción era parcialmente ilegal, y el gobierno socialdemócrata desbancado por Papen había tenido un cierto éxito en la utilización del Consejo Federal, que representaba a los estados, para bloquear medidas del gobierno del Reich. El gabinete de Hitler había conseguido un decreto de emergencia el 6 de febrero de 1933 que había puesto fin a esa situación. Pero el Consejo Federal rechazó la legitimidad de los nuevos representantes nazis de Prusia en éste cuando se reunió el 16 de febrero en espera de una decisión del Tribunal del Estado. Pero decidió aplazar la reunión hasta que se aclarase la situación legal, y en el paréntesis resultante, las organizaciones regionales de los camisas pardas y del Partido Nazi pasaron a coordinar desde abajo los gobiernos estatales. La mayoría de los estados federados estaban gobernados por gobiernos minoritarios, un reflejo del bloqueo casi total de los cuerpos legislativos por entonces, y carecían de la legitimidad necesaria para ofrecer algo más que una resistencia simbólica. En el periodo comprendido entre el 6 y el 15 de marzo de 1933, agentes de policía nazis y unidades de «policía auxiliar» de las SA y las SS izaron la cruz gamada en los edificios oficiales de todas partes. Este gesto fuertemente simbólico fue tolerado o aprobado por la mayoría de los ministros del gobierno del Estado, a los que se intimidó con manifestaciones simultáneas de grandes columnas de camisas pardas delante de los edificios oficiales. Los ministros que pusieron objeciones, o bien dimitieron, o bien fueron puestos bajo arresto domiciliario por destacamentos de camisas pardas. El ministro del Interior del Reich, Frick, instaló luego a comisarios de Estado que procedieron a destituir a los jefes de policía existentes y a nombrar a nazis en su lugar, y a reemplazar a ministros del gobierno elegidos por sus propios candidatos. Sólo en Hamburgo, Württemberg y Hesse nombraron los Parlamentos estatales, con los diputados comunistas ausentes y con la abstención de los socialdemócratas, nuevos gobiernos de coalición en los

que todos los ministerios quedaron en manos de nazis y nacionalistas. En tales circunstancias, las elecciones estatales, celebradas a principios de marzo (de las que las más importantes eran las del 12 de marzo en Prusia), carecían mayoritariamente de sentido.[88]

La organización paramilitar vinculada al Frente de Acero socialdemócrata, la Reichsbanner, ya había quedado paralizada por la ocupación policial de sus oficinas en febrero; a principios de marzo, inmediatamente después de las elecciones, los gobiernos de los estados empezaron a emitir órdenes de prohibición y a detener a los funcionarios destacados, de manera que empezaron a disolverse una delegación tras otra para evitar que continuara la persecución. En esta atmósfera, una serie de socialdemócratas destacados, como Otto Braun y Albert Grzesinski, huyeron al campo para evitar la detención o algo peor.[89] El dirigente de la Reichsbanner, Karl Höltermann, se había ido ya el 2 de mayo. Un intento de dirigentes socialdemócratas de convencer a Göring para que levantase la prohibición de los periódicos de su partido recibió la respuesta de que continuaría hasta que los periódicos socialistas extranjeros cesasen en su «campaña» contra el gobierno del Reich. Era un indicio de lo poco que los socialdemócratas comprendían aún los métodos de los nazis el que destacados dirigentes suyos llegasen realmente a trasladarse a otros países europeos para intentar explicar la situación. La Internacional Socialista reaccionó con una enérgica condena pública del terror nazi («las abominables e indescriptibles tropelías que cometen día tras día los déspotas de Alemania»). Apelaba luego a una actuación conjunta con los comunistas. El dirigente de los socialdemócratas alemanes Otto Wels, en un intento inútil de aplacar a Göring, dimitió inmediatamente de su cargo en la comisión ejecutiva de la Internacional.[90] Como era de prever esas concesiones tácticas no hicieron nada para frenar la ofensiva del régimen para acabar con la izquierda.[91]

Los comunistas y los socialdemócratas representaban, considerados en conjunto, casi un tercio del electorado. Sin embargo, se desmoronaron prácticamente sin resistencia. El gobierno consiguió actuar contra ellos a escala nacional porque el decreto del incendio del Reichstag le permitió hacer caso omiso de la soberanía de los estados federados para ejecutar la

operación, valiéndose del precedente de la destitución llevada a cabo por Papen del gobierno socialdemócrata de minoría en Prusia el verano anterior. En una fecha anterior aún, en 1923, Ebert había hecho lo mismo como presidente del Reich con los gobiernos estatales de izquierdas de Sajonia y Turingia. La presunta amenaza comunista que justificó la operación no era particularmente grave ni en 1923 ni diez años más tarde. En 1933 la alteración del orden público, que proporcionó el motivo para declarar el estado de emergencia, fue, de forma abrumadora, algo creado por los propios nazis. La finalidad de esa rápida coordinación de los estados federados era, ante todo, superar las vacilaciones de gobiernos estatales anteriores en el uso de poderes de emergencia para aplastar a los partidos de la izquierda con la rotundidad que la jefatura nazi de Berlín exigía.

IV

Esta serie de acontecimientos tuvo consecuencias particularmente siniestras en Baviera. Allí el gobierno conservador del estado, en el poder a partir del 28 de febrero, siguió los pasos del gobierno del Reich prohibiendo las reuniones y clausurando la prensa de los comunistas. Detuvo también a quienes consideró las principales personalidades del partido en la región. Pero eso no fue suficiente para los nazis y, por ello, el 9 de marzo de 1933 Frick nombró a Adolf Wagner, el jefe regional nazi de la Alta Baviera, comisario de estado del Ministerio del Interior bávaro. Y no sucedió sólo eso, sino algo más amenazador aún: Heinrich Himmler, el dirigente de las SS con sede en Munich, fue nombrado inmediatamente también presidente provisional de la policía. Himmler ordenó efectuar una redada a gran escala de personalidades de la oposición que pronto empezó a incluir también a enemigos del régimen no comunistas. Tal fue la escala de la represión que las prisiones del estado y las celdas de la policía resultaban completamente insuficientes. Había que hallar nuevos medios de albergar a los adversarios políticos de los nazis de Baviera. Así que el 20 de marzo Himmler comunicó a la prensa que se abriría en Dachau, en las afueras de Munich,

«un campo de concentración para presos políticos». Iba a ser el primer campo de concentración de Alemania y sentaba un sombrío precedente para el futuro.

El campo estaba previsto para el encarcelamiento en «detención preventiva» de «todos los funcionarios comunistas y, en caso necesario, de la Reichsbanner y socialdemócratas», según informaba la prensa nazi al día siguiente. El 22 de marzo de 1933 cuatro camiones de la policía trasladaron a unos doscientos presos de las cárceles del estado de Stadelheim y Landsberg al emplazamiento del campo, construido alrededor de una fábrica abandonada de los arrabales de la ciudad. Los ciudadanos de Dachau se congregaron en las calles y junto a las puertas de la fábrica para verlos pasar. El campo, del que se hizo cargo inicialmente un destacamento de policía, se puso en manos de las SS a principios de abril, con el tristemente célebre Hilmar Wäckerle como comandante. Éste impuso allí, a instancias de Himmler, un régimen de violencia y terror. El 11 de abril los nuevos guardianes de las SS sacaron fuera de las instalaciones a cuatro judíos y los fusilaron en campo abierto, alegando que habían intentado huir. Uno de ellos logró sobrevivir y fue hospitalizado en Munich, donde murió; pero antes proporcionó a los médicos detalles tan atroces de la brutalidad que reinaba en el campo que éstos comunicaron el hecho a la fiscalía. A finales de mayo habían sido asesinados o habían muerto a consecuencia de torturas doce de los internos. Cundían la corrupción, la extorsión y el pillaje entre los guardianes, y los presos estaban expuestos a actos arbitrarios de crueldad y de sadismo en un mundo sin normas ni reglas.[92]

La actuación de Himmler sentó un precedente ampliamente imitado. No tardarían en abrirse campos de concentración por todo el país, ampliaciones de las cárceles y centros de tortura improvisados en los sótanos de las oficinas sindicales recientemente requisadas por los camisas pardas. Se dio amplia publicidad a su fundación, para garantizar que todo el mundo supiese lo que les pasaría a los que se atreviesen a oponerse a la «revolución nacional». La idea de crear campos para encerrar a enemigos reales o supuestos del Estado no era nueva en sí, claro está. Los ingleses habían utilizado ese tipo de instalaciones para civiles del bando contrario en la Guerra de los Bóers, en las que las condiciones solían ser muy duras y los

índices de mortalidad de los internados, altos. Poco después de eso, el Ejército alemán había concentrado a 14.000 rebeldes hereros en campos en el África Suroriental durante la guerra de 1904-1907, a los que se trató con tanta dureza que se dice que morían 500 al mes en los campos de Swakopmund y Lüderitz Bay. Los campos llegaron a tener un índice de mortalidad del 45 por 100, justificado por el gobierno alemán por la eliminación de «elementos improductivos» de la población indígena.[93] Estos precedentes eran familiares para los nazis; Hitler había declarado ya en 1921 que encerrarían a los judíos en «campos de concentración» del mismo tipo que los utilizados por los ingleses. El párrafo 16 de la Constitución que los nazis habrían introducido si hubiesen conseguido llegar al poder en noviembre de 1923 establecía que los que eran «un peligro para la seguridad y bocas inútiles» serían internados en «campos de agrupamiento» y se les obligaría a trabajar; al que se resistiese se le mataría. En fecha más reciente, en agosto de 1932, la prensa nazi había publicado un artículo que aseguraba que los nazis, en cuanto asumiesen el poder, detendrían y condenarían inmediatamente «a todos los funcionarios comunistas y socialdemócratas», e internarían «a todos los sospechosos e instigadores espirituales en campos de concentración». Esta advertencia la repitió abiertamente el ministro del Interior del Reich, Frick, el 8 de marzo de 1933.[94] Así que Dachau no era la solución improvisada de un problema inesperado de hacinamiento en las cárceles, sino una medida planeada hacía mucho que los nazis habían previsto casi desde el principio mismo. Se le dio amplia publicidad, se informó de ella en la prensa local, regional y nacional, y sirvió como una dura advertencia para cualquiera que pensase ofrecer resistencia al régimen nazi.[95]

Las condiciones que imperaban en los campos de concentración y centros de detención de las SA y las SS en marzo y abril se han descrito válidamente como «una anarquía sádica improvisada».[96] La violencia de las SA y las SS raras veces incluía el tipo de tortura refinada y original que practicaron más tarde las policías secretas de regímenes como las dictaduras militares de Argentina, Chile o Grecia en la década de 1970. A lo que dieron rienda suelta los nazis con sus presos fue, a menudo, a una cólera mal controlada. La tortura no incluía nada mucho más refinado que puñetazos,

patadas y porras de goma. En algunas ocasiones la policía, libre ahora de las limitaciones a las que pudiese considerarse sometida durante la República de Weimar, se incorporó a la tarea, observó o empleó a sus auxiliares camisas pardas para hacer confesar a los detenidos a base de palizas. El obrero comunista Friedrich Schlotterbeck, detenido en 1933, explicaría más tarde cómo fue interrogado en la jefatura central de policía por un grupo de miembros de las SS. Le pegaron puñetazos en la cara, le pegaron con porras de goma, le tuvieron colgado, le pegaron palos en la cabeza, le daban patadas cuando caía al suelo y le echaban agua cuando se desmayaba. En los momentos más tranquilos le hacía preguntas un policía, que sólo intervino cuando uno de los hombres de las SS, furioso por la vigorosa resistencia física de Schlotterbeck, sacó un revólver y amenazó con pegarle un tiro. Como no consiguieron hacerle confesar, volvieron a llevarlo a su celda, maltrecho, cubierto de heridas y magulladuras, chorreando sangre por la cara y sin apenas poder tenerse en pie. Los guardianes lo trataron bien, aunque tuvieron que informarle de que tenían que dejarle la luz de la celda encendida y comprobar cada poco por si intentaba suicidarse. Habría de pasar más de diez años en cárceles y campos de concentración.[97] Una experiencia que compartirían muchos comunistas comprometidos con su causa que se negaron a ceder.

No les fue mejor a los socialdemócratas en manos de los camisas pardas, que no tuvieron en cuenta diferencias de sexo en sus violentas agresiones a los representantes de la izquierda. Una de las muchas socialdemócratas agredidas fue Marie Jankowski, una concejala del distrito de Köpenik de Berlín, a la que detuvieron, pegaron con porras de goma, golpearon en la cara e hicieron firmar un documento en el que se comprometía a no volver a participar en la política.[98] La ausencia de una coordinación central minuciosa de esas actividades, que se extendieron irregularmente por toda Alemania, hace imposible una estimación precisa de su amplitud. Pero las cifras disponibles de detenciones registradas oficialmente demuestran sin lugar a dudas que la violencia alcanzó una escala vasta y sin precedentes. Hubo, según los informes oficiales, 25.000 detenciones como mínimo sólo en Prusia a lo largo de marzo y abril, aunque en esta cifra no se incluía Berlín ni se contabilizaban las

detenciones «incontroladas» de los camisas pardas, de las que no se informaba a las autoridades. Las detenciones efectuadas en Baviera rondaban ya la cifra de 10.000 a finales de abril y la duplicaban a finales de junio. Además, muchos de esos detenidos sólo estaban presos unos días o unas semanas y luego los soltaban: en el campo de Oranienburg, por ejemplo, el 35 por 100 de los internos permanecían allí entre una y cuatro semanas, y eran menos del 0,4 por 100 los que estaban más de un año.[99] Las 27.000 personas registradas a las que se consideraba en situación de detención preventiva en toda Alemania a finales de julio de 1933 no eran pues, en general, las mismas que estaban en detención preventiva tres o cuatro meses antes, así que el número total de personas que pasaron por los campos fue mucho mayor que ése.[100] Además, no se había llevado a los campos a todos los adversarios socialdemócratas y, especialmente, comunistas de los nazis; a muchos miles más los habían encerrado en cárceles del Estado y en celdas policiales de todo el Reich.

La enorme escala de la represión se puede calibrar por el hecho de que la jefatura del Partido Comunista informó de que a finales de 1933 habían sido detenidos y encarcelados 130.000 miembros del partido, y habían sido asesinados 2.500. Estas cifras probablemente fuesen un poco exageradas, pero no eran engañosas en cuanto a la valoración del impacto de la represión en la organización del partido. En la zona del Ruhr, por ejemplo, fueron detenidos casi la mitad de sus miembros. La policía prusiana informaba ya a finales de marzo de que habían sido capturados y encarcelados unos veinte mil comunistas.[101] Hasta la información semioficial más conservadora situaba el número total de detenciones políticas en Alemania en 1930 por encima de los cien mil, y calculaba una cifra de muertos entre los detenidos de casi seiscientos.[102] Eso era violencia y asesinato a una escala aterradora, que no se veía en Alemania desde el periodo inicial de la República de Weimar.

Este ataque generalizado, brutal y asesino contra los adversarios de los nazis fue sancionado oficialmente por el decreto del incendio del Reichstag, que se basaba, sin embargo, en la idea de que los comunistas habían estado intentando realizar un levantamiento revolucionario que no tenía nada que ver con los socialdemócratas. La idea de que los socialdemócratas

simpatizaban con los preparativos de los comunistas para una insurrección, o los apoyaban, era aún más absurda que la afirmación de que los comunistas habían estado preparándola. Pero muchos alemanes de clase media parecen haber aceptado que el régimen estaba justificado en su violenta represión del «marxismo», fuese de la variedad que fuese. Años de palizas, asesinatos y choques en las calles habían habituado a la gente a la violencia política y embotado su sensibilidad. Los que tenían dudas no podían dejar de darse cuenta de lo que la policía y sus auxiliares, los paramilitares nazis, estaban haciendo durante aquellas semanas a los adversarios de los nazis, y es seguro que muchos de ellos debieron pararse a pensar antes de manifestar su inquietud. Cualquiera que se sintiese alarmado por la amplitud del desorden es muy posible que se tranquilizase con la denuncia pública que hizo Hitler, el 10 de marzo de 1933, de hábitos de violencia contra extranjeros, que atribuyó a comunistas infiltrados en las SA, y con su exhortación a los camisas pardas para que dejaran de «acosar a las personas, obstruir el paso de vehículos e interrumpir las actividades normales».

Sin embargo, Hitler continuaba diciendo a los camisas pardas que no debían «dejarse nunca distraer ni por un segundo de vuestro santo y seña que es la destrucción del marxismo». «El levantamiento nacional continuará desarrollándose metódicamente y controlado desde arriba», les decía, y sólo «cuando esas órdenes encuentran resistencia» deberían actuar ellos para garantizar que «esa resistencia sea inmediata y totalmente eliminada». Esta última matización era, por supuesto, licencia suficiente para continuar con la violencia y para aumentarla aún más, en realidad.[103] Cuando un destacado nacionalista se dirigió a Hitler el 10 de marzo protestando por la destrucción del orden legal, protesta a la que siguió una llamada telefónica en el mismo sentido de Papen el 19 de marzo, Hitler les acusó, furioso, de intentar «detener la revolución nacional». Los «criminales de noviembre» de 1918 y los que habían intentado acabar con el Partido Nazi durante el periodo de Weimar habían sido mucho peores, dijo. Y alabó la «disciplina formidable» de los camisas pardas, condenando al mismo tiempo «la

debilidad y la cobardía de nuestro mundo burgués al proceder con guantes de cabritilla en vez de con puño de hierro», y advertía de que no dejaría que nadie le contuviese en la «aniquilación y extirpación del marxismo».[104]

Alemania iba ya camino de convertirse en una dictadura antes incluso del decreto del incendio del Reichstag y de las elecciones del 5 de marzo de 1933. Pero no hay duda de que estos dos acontecimientos aceleraron el proceso y le proporcionaron una apariencia, aunque bastante endeble, de legitimidad jurídica y política. Hitler, después de su victoria electoral, dijo el 7 de marzo al gabinete que buscaría una nueva sanción legal en forma de una enmienda de la Constitución que permitiese al gobierno prescindir del Reichstag y del presidente y promulgar leyes por su cuenta. Esa medida tenía precedentes en algunos aspectos de la legislación de emergencia de la República de Weimar. Sin embargo, iría claramente mucho más allá de todo lo anterior. Hacía mucho que Hitler soñaba con introducirla.[105] Esta Ley de Habilitación acabaría definitivamente con la odiada democracia de la República de Weimar y completaría la obra que habían iniciado los nazis el 30 de enero de 1933 creando un «gobierno de concentración nacionalista». Pronto Goebbels y los otros dirigentes nazis lo rebautizarían como el «gobierno del alzamiento nacional». A primeros de marzo se había convertido simplemente en una «revolución nacional», subrayando que había en ello mucho más que las actuaciones de un mero gobierno de gabinete. Pronto pasaría a ser la revolución nacionalsocialista, y consignaría definitivamente al limbo político a los socios de coalición no nazis de Hitler.[106]

LA DESTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA

I

Retórica revolucionaria y violencia desenfrenada en las calles no eran exactamente lo que Papen y otros miembros del gabinete aliados con Hitler habían esperado cuando habían aceptado que éste se convirtiese en canciller del Reich dos meses antes, pese a su aprobación total de la ofensiva policial contra la izquierda. Lo que ellos habían esperado era que introduciendo a los nazis en el gobierno se pondría fin a todo aquello. Para los preocupados conservadores y tradicionalistas, incluido el presidente del Reich, Hindenburg, que después de todo aún ostentaba por lo menos el poder formal para destituir a Hitler y reemplazarlo por algún otro, los nazis pusieron en escena, pues, una ceremonia tranquilizadora para celebrar la inauguración oficial del Reichstag recién elegido. Como no podía utilizarse el maltrecho edificio incendiado, había que celebrar la ceremonia en otro sitio. Hitler y sus aliados conservadores acordaron hacerlo en la iglesia de la guarnición de Potsdam, sede simbólica de la monarquía prusiana, el 21 de marzo de 1933, aniversario exacto del día en que se había reunido el Reichstag inaugural después de que Bismarck fundase el Segundo Reich. La compleja ceremonia la planeó hasta el último detalle Goebbels como una demostración propagandística de la unidad del viejo Reich con el nuevo. Hindenburg estaba de pie junto al trono vacío del káiser, vistiendo el uniforme de mariscal de campo prusiano, para que le rindiera homenaje Hitler, de levita, que se inclinó ante él y le estrechó la mano. El canciller del Reich pronunció un discurso notable por su moderación estudiada, en el que alabó a Hindenburg por su papel histórico de confiar el destino de Alemania a una nueva generación. Se depositaron coronas de flores en las tumbas de los reyes de Prusia y luego Hindenburg pasó revista a una gran formación de paramilitares y del Ejército.

El ritual fue más importante por las imágenes visuales que transmitió que por los discursos que se pronunciaron. Allí estaba Hitler como un estadista civil, sobriamente vestido, reconociendo humildemente la supremacía de la tradición militar prusiana. Allí estaban las banderas con los colores imperiales, negro, blanco y rojo, que habían sustituido ya al negro, rojo y oro de la República de Weimar el 12 de marzo. Allí estaban los grandes de la aristocracia militar prusiana con sus uniformes, extravagantes algunos de ellos, con fragancia rancia de tradición monárquica. Allí estaba la Iglesia protestante, reafirmando implícitamente su supremacía junto con la del Ejército y el trono. Allí estaba la restauración de la vieja Alemania, borrando de la historia la mancha del recuerdo de la República de Weimar.[107] No tiene nada de sorprendente que los socialdemócratas no aceptaran la invitación a asistir. En otro rasgo simbólico más, Hitler se negó, por su parte, a asistir a un servicio religioso en la iglesia parroquial católica de Potsdam, debido a que los sacerdotes católicos, aún leales al Partido del Centro y críticos con lo que consideraban actitudes impías de los nazis, habían prohibido la administración de los sacramentos a algunos personajes destacados del partido. Esto era una clara advertencia a la Iglesia de que era hora de que acatara su línea política.[108]

Dos días después, en el Teatro de la Ópera Kroll, elegido como sede provisional del Reichstag, Hitler, que vestía ahora, como los demás diputados nazis, el uniforme paramilitar de los camisas pardas, se dirigió a la cámara en una atmósfera muy distinta. De pie bajo un estandarte inmenso con la cruz gamada, introdujo la medida, hacía mucho planeada, que permitiría al canciller del Reich promulgar leyes que se apartasen de la Constitución sin necesidad de la aprobación del Reichstag y sin tener en cuenta al presidente. Esta «Ley de Habilitación» tendría que renovarse al cabo de cuatro años, y no podía afectar a la existencia misma del Reichstag, la cámara alta legislativa que representaba a los estados federados, y la posición del presidente del Reich. Pero lo que eso significaba, sin embargo, era que la Constitución de Weimar se convertiría en letra muerta y el Reichstag quedaría completamente marginado del proceso legislativo. La aprobación de la Ley de Habilitación no estaba asegurada ni mucho menos: 94 de los 120 socialdemócratas elegidos aún podían votar; de los ausentes,

unos estaban en la cárcel, otros, enfermos y algunos, escondidos porque temían por su vida. Hitler sabía que no conseguiría de ninguna manera el apoyo de los socialdemócratas. Una enmienda de la Constitución de Weimar exigía un quórum de dos tercios y una mayoría de dos tercios de los presentes. Hermann Göring, que presidía la sesión, redujo el quórum de 432 a 378 por el procedimiento de no contar a los diputados comunistas, a pesar de que habían sido legalmente elegidos. Se trataba de una decisión arbitraria no legitimada por ninguna norma legal.[109] Pero incluso después de esa maniobra ilegal, los nazis seguían necesitando los votos del Partido del Centro para que la medida pudiera aprobarse.

En ese punto de la historia hacía mucho ya que el Partido del Centro había dejado de ser un apoyo de la democracia. Siguiendo la tendencia general del catolicismo político en la Europa de entreguerras, había pasado a apoyar los principios del autoritarismo y de la dictadura por miedo al bolchevismo y a la revolución. Por supuesto, lo que parecía estar tomando forma en Alemania no era exactamente el tipo de régimen «clerical-fascista» al que los políticos católicos no tardarían en prestar apoyo en Austria y en España. Pero en 1929 la Iglesia católica había salvaguardado su posición en Italia a través de un concordato con Mussolini, y ahora se le presentaba también en Alemania la posibilidad de una solución similar. El terror creciente a que habían estado sometidos desde mediados de febrero los católicos y sus representantes políticos, periódicos, portavoces y funcionarios locales hacía que el Partido del Centro buscase más angustiosamente garantías de la supervivencia de la Iglesia. El partido, bajo una influencia clerical más fuerte que nunca y dirigido por un sacerdote católico, el prelado Ludwig Kaas, recibió garantías, después de dos días de discusiones con Hitler, de que la Ley de Habilitación no afectaría a los intereses de la Iglesia. Las dudas de Heinrich Brüning y de sus asesores quedaron disipadas. Los estados federados, bastiones del catolicismo en el Sur, se mantendrían intactos, pese a su absorción por los comisarios del Reich nombrados desde Berlín, y la judicatura conservaría su independencia. Estas promesas, unidas a una gran presión desde el

Vaticano, fueron suficientes para conseguir que los diputados del Partido del Centro apoyasen una medida que habría de significar a la larga su propia desaparición política.[110]

Los diputados llegaron al Teatro de la Ópera Kroll en una atmósfera cargada de violencia e intimidación. El socialdemócrata Wilhelm Hoegner recordaba:

> Nos recibieron cantos desquiciados: «¡Queremos la Ley de Habilitación!». Jóvenes con la cruz gamada en el pecho nos miraban de arriba abajo descaradamente, casi impidiéndonos el paso. Nos obligaban a soportar el acoso y nos gritaban insultos como «cerdo centrista» y «cerda marxista». En el Teatro de la Ópera Kroll había por todas partes hombres armados de las SA y de las SS [...]. La cámara de debates estaba decorada con cruces gamadas y ornamentos similares [...]. Cuando los socialdemócratas ocupamos nuestros puestos en el extremo izquierdo hombres de las SA y de las SS se colocaron junto a las salidas y alineados en las paredes detrás de nosotros en un semicírculo. Su actitud no presagiaba nada bueno para nosotros.[111]

Hitler inició el discurso con sus diatribas habituales contra los «criminales de noviembre» de 1918 y se ufanó de haber acabado con la amenaza comunista. Repitió su promesa de proteger los intereses de las Iglesias, sobre todo en las escuelas, un importante motivo de polémica durante la República de Weimar. Concluyó, sin embargo, con una amenaza inconfundible de represión violenta si se rechazaba la medida. El «gobierno del alzamiento nacional», proclamó, estaba «decidido y dispuesto a enfrentarse al anuncio de que se ha rechazado la ley y, con ello, que hay una resistencia declarada. Ahora pueden, caballeros, tomar ustedes la decisión de si debe haber paz o guerra». Esto no dejó de tener su efecto sobre diputados del Partido del Centro indecisos como Heinrich Brüning, que entonces decidieron votar a favor de la ley. «Temen—les explicó en privado a los socialdemócratas Joseph Wirth, una de las personalidades más destacadas del partido y que había sido también canciller del Reich—que si se rechaza la ley, estalle la revolución nazi y haya una anarquía sangrienta».[112]

Ante tales amenazas, los socialdemócratas habían decidido que su presidente, Otto Wels, debía adoptar un tono moderado e incluso conciliador en su discurso de oposición, temiendo que si no lo hacía podían pegarle un tiro o darle una paliza los camisas pardas que estaban situados amenazadoramente en el perímetro de la cámara, o detenerle cuando saliera.

Pero lo que tenía que decir era bastante dramático. Defendió las aportaciones de la República de Weimar: la igualdad de oportunidades, un sistema de seguridad social y el retorno de Alemania a la comunidad internacional. «Pueden quitarnos la libertad y la vida, pero no el honor». Wels no estaba exagerando: los nazis habían matado ya a varios socialdemócratas destacados y él mismo llevaba una cápsula de cianuro por si los camisas pardas lo detenían y lo torturaban después de que terminase su discurso. Con la voz ahogada por la emoción, concluyó apelando al futuro:

> En esta hora histórica, nosotros, los socialdemócratas alemanes, proclamamos solemnemente nuestra fidelidad a los principios básicos de humanidad y justicia, libertad y socialismo. Ninguna Ley de Habilitación os da derecho a aniquilar ideas que son eternas e indestructibles. La Ley Antisocialista no aniquiló a los socialdemócratas. La socialdemocracia puede también extraer nueva fuerza de nuevas persecuciones. Saludamos a los oprimidos y perseguidos. Su firmeza y su lealtad son dignas de admiración. El valor de sus convicciones, su confianza inquebrantable, dan fe de un futuro mejor.

La perorata de Wels provocó un tumulto en la cámara, con las risas burlonas y estridentes de los diputados nazis ahogando los aplausos de los socialdemócratas.

La respuesta de Hitler fue despectiva. Los socialdemócratas habían enviado el discurso a la prensa antes de la sesión y el equipo de Hitler había obtenido una copia en la que basar la respuesta del canciller. Éste sabía que no necesitaba sus votos. «¡Creéis que vuestra estrella se elevará de nuevo! —dijo, con aplausos estruendosos de las filas uniformadas de los diputados nazis—. Caballeros, la estrella de Alemania se elevará y la vuestra se hundirá [...]. ¡Alemania será libre pero no a través de vosotros!». Tras breves discursos de los dirigentes de los otros partidos, los diputados votaron, 444 a favor y 94 en contra. Los liberales alemanes, tan orgullosos en otros tiempos, representados ahora por el Partido del Estado Alemán, fueron de los que votaron a favor de la nueva ley. Sólo votaron en contra los socialdemócratas. Tan grande era la mayoría, que se habría aprobado aunque hubiesen estado presentes todos los 120 socialdemócratas y los 81 comunistas, con un total de 647 escaños en vez de 566, y todos hubiesen votado «no».[113]

Con la Ley de Habilitación en vigor podía prescindirse ya del Reichstag. A partir de entonces Hitler y su gabinete gobernaron por decreto, bien con el visto bueno del presidente Hindenburg, o bien prescindiendo por completo de él, como les permitía hacer la ley. Nadie creía que, cuando hubiesen transcurrido los cuatro años de vigencia establecidos, estuviese el Reichstag en condiciones de impedir su renovación, y así fue. En cuanto al decreto del incendio del Reichstag, una norma temporal de emergencia con algunos precedentes limitados en el periodo de Weimar, se convirtió ahora en la base legal o semilegal para la supresión permanente de los derechos ciudadanos y de las libertades democráticas. Renovado en 1937 y luego nuevamente en 1939, adquirió carácter permanente por un decreto de 1943. El terror que imponían los camisas pardas en las calles era ya lo suficientemente generalizado como para que estuviese muy claro lo que iba a pasar. Wels tenía razón al predecir que Alemania no tardaría en convertirse en un Estado de partido único.[114]

II

Con los comunistas definitivamente fuera de juego desde el 28 de febrero y la Ley de Habilitación en vigor, el régimen pasó a centrar la atención en los socialdemócratas y en los sindicalistas. Habían estado ya sometidos a detenciones generalizadas, palizas, intimidación, asesinatos incluso, y a la ocupación de sus locales y la prohibición de sus periódicos. Ahora cayó sobre ellos toda la furia de los nazis. La posibilidad de trabajar juntos con los sindicatos había sido crucial para que los socialdemócratas hubiesen podido desbaratar el golpe de Estado de Kapp en 1920. Pero esa posibilidad no existía ya en la primavera de 1933. Las dos alas del movimiento obrero habían estado unidas en la oposición al nombramiento de Hitler como canciller en enero de 1933. Y ambas habían padecido actos de violencia y represión en los dos meses siguientes, con ocupaciones y destrozos de locales en número creciente por bandas de camisas pardas. Según los propios sindicatos, hasta el 25 de marzo habían sido ocupadas sus sedes por camisas pardas, las SS o unidades policiales en 45 poblaciones distintas de todo el Reich. Esa presión era la amenaza más directa posible a la

existencia continuada de los sindicatos como los representantes funcionales de los trabajadores en la negociación de los salarios y las condiciones con los patronos. Abrió también una brecha, que se amplió rápidamente, entre los sindicatos por una parte, y los socialdemócratas, por otra.

La marginación y la represión política de los socialdemócratas fueron haciéndose enseguida evidentes, y los sindicatos, bajo la dirección de Theodor Leipart, empezaron a intentar preservar su existencia distanciándose de ellos y buscando un acomodo con el nuevo régimen. El 21 de marzo la dirección negó cualquier intención de tener un papel en la política y declaró que estaba dispuesta a desempeñar la función social de los sindicatos «cualquiera que sea el régimen» que estuviese en el poder.[115] Los nazis sabían muy bien, claro está, que tenían poco apoyo entre los sindicalistas; la Organización de Células de Fábrica[116] no era popular y sólo consiguió porcentajes de un dígito en la mayoría de las elecciones sindicales que se celebraron en los primeros meses de 1933. Sólo en muy pocos sectores, como la factoría Krupp, la industria química, algunas empresas siderúrgicas o las minas de carbón del Ruhr, consiguió resultados significativamente mejores, lo que indicaba que algunos trabajadores de algunas ramas importantes de la industria estaban empezando a acomodarse por su cuenta al nuevo régimen.[117] Pero los nazis, alarmados por los resultados generales, impusieron un aplazamiento indefinido del resto de las elecciones de los consejos de fábrica.

A pesar de su enojo por esa interferencia arbitraria en sus derechos democráticos, el dirigente sindical Theodor Leipart y su sucesor previsto, Wilhelm Leuschner, intensificaron sus esfuerzos por garantizar la supervivencia institucional de su movimiento. Les animó en sus esfuerzos por llegar a un acuerdo de compromiso su creencia de que los nazis hablaban en serio cuando se referían a los programas de creación de empleo que habían estado pidiendo durante muchos años. El 28 de abril concluyeron un acuerdo con los sindicatos liberales y cristianos por el que se comprometían a dar el primer paso para la unificación completa de todos los sindicatos en una organización nacional única. «La revolución nacional —comenzaba el documento de unificación—ha creado un nuevo Estado. Este Estado quiere agrupar a toda la nación alemana en una unidad y

asentar su poder». Es evidente que los sindicatos creían que tenían un papel positivo que desempeñar en este proceso y querían hacerlo independientemente. Como un indicio de que lo harían así, acordaron apoyar la declaración pública de Goebbels de que el Primero de Mayo, que era tradicionalmente cuando se organizaban grandes manifestaciones públicas que demostraban la fuerza del movimiento obrero, sería por primera vez una festividad oficial. Se trataba de un deseo que el movimiento obrero llevaba acariciando hacía mucho tiempo. Los sindicatos accedieron a que la festividad se denominase el «Día del Trabajo Nacional». Este acto simbolizaba una vez más la síntesis que hacía el nuevo régimen de tradiciones en apariencia divergentes de nacionalismo y socialismo.[118]

Ese día los locales de los sindicatos fueron engalanados con la vieja bandera nacional, negra, blanca y roja, en un abandono de la tradición del movimiento obrero que a muchos de los trabajadores más veteranos debió de parecerles escandalosa y deprimente. Karl Schrader, presidente del sindicato de los trabajadores textiles, participó en la manifestación de Berlín bajo la enseña de la cruz gamada, y no fue el único funcionario sindical que lo hizo. Pocos fueron en realidad los que participaron en la contramanifestación «relámpago» organizada con rapidez fulgurante en varios lugares por los comunistas, o en la silenciosa conmemoración de la festividad que celebraron a puerta cerrada los socialdemócratas en sus propios lugares de reunión secretos. Cientos de miles de personas, tal vez millones, recorrieron las calles precedidas por bandas de música de paramilitares que interpretaban el «Himno de Horst Wessel» y melodías patrióticas. Se dirigían hacia los grandes puntos de concentración al aire libre, donde escucharon discursos y lecturas de «poetas obreros» nacionalistas. A última hora del día atronó por la radio la voz de Hitler asegurando a todos los trabajadores alemanes que el paro no tardaría en ser cosa del pasado.[119]

El campo berlinés de Tempelhof estaba ocupado totalmente por una inmensa multitud de más de un millón de personas distribuidas, al estilo militar, en doce cuadrados inmensos rodeados por un mar de banderas nazis, con tres estandartes nazis enormes iluminados por focos. Al caer la

noche, se iniciaron los fuegos artificiales, que culminaron al brotar de la oscuridad enormes cruces gamadas resplandecientes iluminando el cielo. Los medios de comunicación proclamaron a los cuatro vientos la celebración de cómo el nuevo régimen se había ganado a los trabajadores. Fue una contrapartida proletaria de la ceremonia celebrada diez días antes por las clases altas en Potsdam.[120] Pero las masas no aparecían en las ceremonias exclusivamente por voluntad propia: y la atmósfera no era ni mucho menos tan entusiasta. Muchos trabajadores, principalmente los que trabajaban para el Estado, habían sido amenazados con el despido si no asistían, mientras que a miles de empleados de la industria de Berlín les habían confiscado la tarjeta registradora al llegar al trabajo, con la promesa de que sólo se la devolverían en el campo del Tempelhof. La atmósfera general de violencia acechante y de intimidación generalizada había sido también determinante para que los dirigentes sindicales acordasen oficialmente participar.[121]

Aunque los dirigentes sindicales habían soñado que preservarían su organización con esos acuerdos, les aguardaba un duro despertar. A principios de abril los nazis habían iniciado ya preparativos secretos para una absorción de todo el movimiento sindical. El 17 de abril Goebbels escribía en su diario:

> El 1 de mayo convertiremos la celebración en una demostración grandiosa de la voluntad del pueblo alemán. El 2 de mayo se ocuparán las oficinas sindicales. Coordinación también en este campo. Tal vez haya conflicto durante unos días, pero acabarán perteneciéndonos. Ya no tenemos por qué ser indulgentes. Sólo estamos haciendo un servicio a los trabajadores al librarles a partir de ahora de una jefatura parasitaria que sólo les ha hecho la vida más difícil. Una vez que los sindicatos estén en nuestras manos, los otros partidos y organizaciones no serán capaces de resistir mucho más tiempo.[122]

El 2 de mayo de 1933 camisas pardas y hombres de las SS irrumpieron en todas las oficinas sindicales de orientación socialdemócrata del país, se apoderaron de todos los periódicos y revistas sindicales y ocuparon todas las delegaciones del banco sindical. Leipart y todos los demás funcionarios sindicales fueron detenidos y puestos en situación de «detención preventiva» en campos de concentración, donde muchos de ellos fueron objeto de malos tratos y de humillaciones brutales, y puestos en libertad al cabo de una o dos semanas. En un incidente particularmente horroroso,

paramilitares nazis mataron de una paliza a cuatro funcionarios sindicales en el sótano del edificio de los sindicatos de Duisburg el 2 de mayo. Toda la administración del movimiento sindical y sus valores se pusieron en manos de la Organización de Células de Fábrica. El 4 de mayo los Sindicatos Cristianos y todas las demás instituciones sindicales se pusieron incondicionalmente bajo la jefatura de Hitler. El «conflicto» predicho por Goebbels nunca se materializó. El movimiento sindical alemán, tan poderoso en tiempos, había desaparecido sin dejar rastro prácticamente de la noche a la mañana.[123] «La revolución continúa», escribió Goebbels en su diario el 13 de mayo. Comentaba con satisfacción las detenciones generalizadas de «capitostes». «Somos los amos de Alemania», se ufanaba en su diario.[124]

El régimen, convencido de que el Partido Socialdemócrata no podría ya recurrir a los sindicatos para un último intento de resistencia que pudiese decidir intentar, inició la tarea final de acabar con él. El 10 de mayo el gobierno se apoderó de sus valores y propiedades mediante una orden judicial, justificada por el fiscal general del Estado de Berlín por el supuesto desfalco de los fondos sindicales por Leipart y otros, una acusación que no tenía ninguna base fáctica. Wels había dispuesto lo necesario para que los fondos y el archivo del partido se sacasen fuera del país, pero el botín que consiguieron los nazis fue, de todos modos, considerable. Esta medida privó al partido de un apoyo que le pudiese permitir resucitar su organización o sus periódicos, revistas y otras publicaciones. Como movimiento político estaba prácticamente liquidado.[125] Sin embargo, asombrosamente, nada de eso impidió a los socialdemócratas prestar su apoyo al gobierno en el Reichstag el 17 de mayo, cuando Hitler presentó ante la asamblea legislativa una resolución redactada en un lenguaje neutro a favor de la igualdad de derechos de Alemania en las negociaciones internacionales de desarme. La declaración no tenía más trascendencia real que esa afirmación de los derechos alemanes, y ningún propósito más que el de conseguir cierto crédito para el régimen en el extranjero después de meses en los que había sido considerablemente criticado en todo el mundo; en realidad el gobierno no tenía intención de participar en ningún proceso de desarme de tipo alguno. Sin embargo, los diputados socialdemócratas, dirigidos por

Paul Löbe, pensaron que serían tildados de antipatrióticos si boicoteaban la sesión, así que quienes pudieron hacerlo aparecieron y se unieron a la aprobación unánime del Reichstag de la resolución, tras un discurso de Hitler hipócritamente moderado y neutro en su formulación, con las notas del himno nacional, gritos de «Heil!» de los nazis y una franca satisfacción de Hermann Göring, que proclamó, en su condición de presidente de la cámara, que el mundo había sido testigo de la unidad del pueblo alemán cuando estaba en juego su destino internacional. La actuación de los diputados causó indignación en el partido, sobre todo entre los dirigentes que estaban ya en el exilio: condenaron la actuación como la negación del voto orgulloso contra la Ley de Habilitación del 23 de marzo. Otto Wels, que había dirigido la oposición al voto, retiró su dimisión de la Internacional Socialista. La dirección exiliada reubicó la sede del partido en Praga. Toni Pfülf, una de las representantes socialdemócratas más destacadas del Reichstag y la adversaria más apasionada de la decisión, avergonzada y desesperada por el hecho de que los otros diputados de su partido no hubiesen sido capaces de darse cuenta de que estaban siendo utilizados como parte de una operación de propaganda nazi, boicoteó la sesión y se suicidó el 10 de junio de 1933. El propio Löbe fue detenido y Wels huyó del país.[126]

El abismo abierto entre la nueva dirección del partido con sede en Praga y los funcionarios y diputados que quedaban en Alemania se hizo rápidamente más profundo. Pero el régimen proclamó que no era capaz de ver ninguna diferencia entre las dos alas del partido; los que se habían ido a Praga eran traidores que difamaban a Alemania desde un país extranjero, y los que no se habían ido eran traidores por ayudarles e instigarles. El 21 de junio de 1933 el ministro del Interior, Wilhelm Frick, comunicó a los gobernadores de los estados de toda Alemania la prohibición del Partido Socialdemócrata basándose en el decreto del incendio del Reichstag. No debía permitirse a ningún diputado socialdemócrata volver a ocupar su escaño en ninguna cámara legislativa. Quedaban prohibidas todas las reuniones socialdemócratas, todos los actos públicos y todas las publicaciones del partido. La pertenencia a éste pasaba a ser incompatible con el desempeño de cargos públicos y con cualquier empleo en el

funcionariado. El 23 de junio de 1933 Goebbels escribió triunfalmente en su diario que el Partido Socialdemócrata había sido «disuelto. ¡Bravo! Ya no tendrá que esperar mucho el Estado totalitario».[127]

Tampoco los socialdemócratas tuvieron que esperar mucho para descubrir lo que iba a significar el Estado totalitario. Cuando se publicaba el decreto de Frick del 21 de junio, fueron detenidos en toda Alemania, gravemente maltratados, torturados y encerrados en cárceles o en campos de concentración 3.000 funcionarios socialdemócratas. En el suburbio berlinés de Köpenick, los paramilitares nazis, al encontrar resistencia armada en una casa, detuvieron a 500 socialdemócratas y estuvieron pegándoles y torturándolos durante varios días, matando a 91 de ellos; este ataque concertado, brutal incluso según los criterios de los camisas pardas, no tardó en conocerse como la «semana sangrienta de Köpenick». Se desencadenó una persecución vengativa particularmente intensa contra todos los relacionados con la izquierda en Munich en el periodo revolucionario de 1918-1919. Felix Fechenbach, que había sido secretario de Kurt Eisner, y que dirigía ahora el periódico socialdemócrata local de Detmold, había sido detenido el 11 de marzo y puesto bajo custodia junto con la mayoría de los socialdemócratas destacados de la provincia de Lippe. El 8 de agosto un destacamento de camisas pardas lo sacó de la prisión estatal y se lo llevó en coche, en apariencia para trasladarlo a Dachau. Pero, en el camino, obligaron a salir del vehículo al policía que los acompañaba. Luego se adentraron en un bosque, donde bajaron del coche a Fechenbach e, internándose con él unos pasos en la espesura, le pegaron un tiro. La prensa nazi informó más tarde de que le habían disparado «cuando intentaba escapar».[128] También fueron objeto de un trato similar personajes menos controvertidos. Al antiguo ministro-presidente socialdemócrata de Mecklenburgo-Schwering, Johannes Stelling, lo trasladaron a un cuartel de camisas pardas, le pegaron y luego lo dejaron semiinconsciente en la calle, donde lo cogió otra pandilla de camisas pardas, que se lo llevó en un coche y lo sometió a torturas que le causaron la muerte. Entonces metieron el cadáver en un saco, lo cosieron, lo lastraron con piedras y lo arrojaron a un

río. Lo sacaron más tarde de allí junto con los cadáveres de otros doce funcionarios socialdemócratas y de la Reichsbanner que habían sido asesinados aquella misma noche.[129]

Se produjeron por toda Alemania actos brutales parecidos contra socialdemócratas. Fue especialmente notorio el campo de concentración improvisado que inauguró el 28 de abril en Dürrgoy, al sur de Breslau, el camisa parda local Edmund Heines. El comandante del campo era un antiguo jefe de los Cuerpos Libres y miembro de una escuadra asesina de extrema derecha, que había sido declarado culpable de asesinato durante la República de Weimar. Entre los presos a su cargo figuraba Hermann Lüdemann, que había sido administrador jefe socialdemócrata del distrito de Breslau, alcalde de la ciudad y director de su diario socialdemócrata. Los presos fueron sometidos a palizas repetidas y torturas. El comandante del campo efectuaba regularmente simulacros de incendio durante la noche y se pegaba a los presos cuando regrasaban a los barracones. Heines hizo desfilar a Lüdemann por las calles de Breslau vestido como un arlequín, con el acompañamiento de burlas e insultos de los camisas pardas. Raptó también de la prisión de Spandau, en la que estaba detenido, al antiguo presidente socialdemócrata del Reichstag Paul Löbe, contra el que tenía rencillas personales; la esposa y los amigos de Löbe presionaron y no tardaron en conseguir una orden de que se le pusiera en libertad, pero él se negó a irse por solidaridad con los otros presos socialdemócratas.[130]

Con una represión como ésta, el partido quedó prácticamente fuera de juego mucho antes de que se decretase contra él, el 14 de julio, la misma prohibición que contra los comunistas. En una visión retrospectiva resulta evidente que sus posibilidades de supervivencia habían ido disminuyendo rápidamente desde hacía casi un año. Fue decisivo en este marco que no fuesen capaces de presentar ninguna oposición eficaz al golpe de Papen del 20 de julio de 1932; si había habido algún momento en el que pudiesen haber defendido la democracia, habría sido ése. Pero es fácil condenar desde fuera su inactividad; en el verano de 1932 pocos podrían haberse dado cuenta de que el gobierno de Franz von Papen, inexperto y bastante ridículo en muchos sentidos, daría paso, poco más de seis meses después, a un régimen cuyo extremismo implacable y cuyo desprecio absoluto por la

ley resultaban difíciles de entender para demócratas honrados y respetuosos de la legalidad. En muchos sentidos, el deseo de evitar la violencia por parte de los dirigentes del movimiento obrero en julio de 1932 fue algo digno de elogio; no tenían por qué saber que su decisión habría de influir decisivamente para que pudiese producirse más tarde una violencia mucho mayor.

Al aplastar el movimiento obrero, los nazis, ayudados por los órganos de la Administración de justicia del Estado y la inactividad favorable de las Fuerzas Armadas, habían eliminado el obstáculo más serio para la instauración de un régimen de partido único. El movimiento obrero había sido sometido, los sindicatos habían sido aplastados, y los partidos socialdemócrata y comunista, cuyos votos sumados habían superado considerablemente los de los nazis en las últimas elecciones plenamente libres al Reichstag de noviembre de 1932, habían sido destruidos en una orgía de violencia. Quedaba, sin embargo, otra fuerza política importante cuyos miembros y votantes se habían mantenido mayoritariamente leales a sus principios y a sus representantes durante los años de Weimar: el Partido del Centro. Su fuerza procedía no sólo de la tradición política y de la herencia cultural, sino sobre todo de su identificación con la Iglesia católica y sus fieles. No se le podía someter al género de brutalidad indiscriminada y desbocada que había barrido de la escena política a los comunistas y a los socialdemócratas. Hacían falta tácticas más sutiles. En mayo de 1933 Hitler y la jefatura nazi se dispusieron a aplicarlas.

LA DESTRUCCIÓN DE LA DEMOCRACIA

III

Clemens August, conde Von Galen, era un sacerdote católico del tipo tradicional. Nacido en 1878 en una familia noble de Westfalia, se educó en un ambiente de piedad aristocrática, alentada por relaciones familiares como la de su tío abuelo, el obispo Von Ketteler, uno de los fundadores del catolicismo social. El undécimo de trece hijos, parecía predestinado al sacerdocio. Sus padres, a los que despertó la conciencia política el intento

de Bismarck de reprimir a la Iglesia católica en la década de 1870, le enseñaron que la conciencia, sobre todo la conciencia religiosa, está por encima de la obediencia a la autoridad. Pero le enseñaron también modestia y sencillez, pues tenían poco dinero y vivían una existencia espartana en un castillo que carecía de agua corriente, servicios sanitarios internos y calefacción en la mayoría de las habitaciones. Se educó en parte en su casa y en parte en un colegio jesuita, y pasó luego a prepararse para el acceso a la universidad en un colegio del estado. En 1904 se hizo sacerdote después de graduarse en teología en Innsbruck. De 1906 a 1929 fue titular de una parroquia de Berlín, una ciudad abrumadoramente protestante con una clase obrera numerosa y mayoritariamente atea. Galen, que medía más de dos metros de estatura, tenía una presencia imponente en más de un sentido, se había hecho famoso por su ascetismo personal y por su capacidad para comunicarse con los pobres. En su actitud hacia la vida había una gran dosis de *noblesse oblige*.[131]

Con tales antecedentes, no tiene nada de extraño que las ideas políticas de Galen se inclinasen a la derecha. Apoyó el esfuerzo bélico alemán en 1914-1918 e intentó, sin éxito, que lo aceptasen como voluntario para servir en el frente. Rechazó la revolución de 1918 porque había derrocado un orden estatal instituido por Dios. Creyó firmemente en el mito de la «puñalada por la espalda» como explicación de la derrota alemana en la guerra, se opuso al compromiso inicial del Partido del Centro con la democracia de Weimar y participó, aunque como una influencia moderadora, en las conversaciones, fallidas, encaminadas a la fundación de un nuevo movimiento político católico situado más a la derecha. Vilipendió la Constitución de Weimar como «impía», haciéndose eco de la condena del cardenal Michael Faulhaber de sus fundamentos laicos, que consideraba «blasfemos». Faulhaber, como muchos otros sacerdotes, recibió favorablemente la promesa de la jefatura nazi de restaurar los fuertes fundamentos cristianos del Estado en 1933. Y, de hecho, Hitler y la mayoría de sus principales colaboradores tenían plena conciencia de lo amplia y profunda que era la fidelidad cristiana de la mayoría de la población, y no querían enfrentarse a ella durante el proceso de eliminación de partidos como el Partido del Centro. Se tuvo, pues, cuidado en los primeros meses

de 1933 de insistir repetidamente en la adhesión del nuevo gobierno a la fe cristiana. Los nuevos gobernantes proclamaron que la «revolución nacional» se proponía poner fin al ateísmo materialista de la izquierda de Weimar y propagar, en vez de eso, un «cristianismo positivo», por encima de los credos y vinculado al espíritu alemán.[132]

Los sacerdotes católicos como Galen estaban en general preocupados por la posición de la Iglesia católica en un país en el que el comunismo ateo parecía una amenaza grave. Pero tenían también intereses y preocupaciones más seculares. Durante la República de Weimar la comunidad católica había logrado una participación sin precedentes en el Estado, el gobierno y los altos cargos del funcionariado. Los obispos alemanes, con vistas al prometido concordato que preservaría, estaban convencidos, todo lo que habían obtenido, dejaron de oponerse al nazismo y emitieron una declaración colectiva de apoyo al régimen en mayo. Empezaron por poner freno a los sacerdotes locales que insistían en seguir criticando al movimiento nazi. Los camisas pardas y miembros católicos del Partido Nazi que no podían asistir a misa porque los obispos les habían prohibido entrar en la iglesia de uniforme, empezaban a acudir a los servicios religiosos protestantes, donde no existía esa prohibición, planteando el alarmante espectáculo de una defección en masa. El cardenal Bertram convenció a los obispos para que levantasen la prohibición.[133] La tolerancia pasiva no tardó en convertirse en apoyo activo. Muchos sacerdotes participaron en las ceremonias públicas que se celebraron con motivo del «Día del Trabajo Nacional» el 1 de mayo. La Conferencia Episcopal de Fulda hizo pública, el 1 de junio de 1933, una carta pastoral dando la bienvenida al «despertar nacional» y al nuevo propósito de establecer una autoridad estatal fuerte, aunque expresó también su preocupación por la insistencia de los nazis en la raza y la amenaza que pesaba sobre instituciones laicas católicas. El vicario general Steinmann fue fotografiado saludando al estilo nazi y declaró que Hitler había sido enviado por Dios al pueblo alemán para que lo dirigiese.[134] Las organizaciones de estudiantes católicos emitieron una declaración de lealtad al nuevo régimen («el único

medio de restaurar el cristianismo en nuestra cultura [...]. Viva nuestro caudillo Adolf Hitler»). Los periódicos católicos dejaron de publicarse o se convirtieron en una especie de órganos de propaganda nazi.[135]

Mientras sucedía todo esto, el jefe del Partido del Centro, el prelado Kaas, hizo una larga visita al Vaticano para ayudar a redactar el concordato. Pronto se hizo evidente que estaba dispuesto a sacrificar el partido a cambio de conseguir la firma del régimen. A principios de mayo dimitió como jefe del partido, alegando mala salud. Le sucedió el antiguo canciller del Reich Heinrich Brüning, que se convirtió inmediatamente en objeto de una pálida imitación del culto al líder que rodeaba a la persona de Hitler. Los periódicos del Partido del Centro pasaron a referirse a Brüning como «el Caudillo» y proclamaban que su «séquito» católico se «sometería» a sus decisiones.[136] Todos los diputados y funcionarios del partido presentaron la dimisión y dieron plenos poderes a Brüning para que los renombrase o buscase sustitutos. Eso incluía a los diputados del Reichstag, que debían su elección al lugar que ocupaban en la lista de candidatos del partido y podían, por tanto, ser sustituidos a capricho de Brüning por otros situados más abajo en la lista. Así que el Partido del Centro reemplazó, de hecho, la idea de un Reichstag elegido por la de uno nombrado. Brüning anunció una reforma general de la estructura del partido y se fue aproximando aún más al régimen nazi, convenciendo a sus diputados de que votasen a favor de la declaración de política exterior del gobierno el 17 de mayo de 1933 y ayudando personalmente a Hitler a redactar el discurso, de tono notablemente moderado, con que la presentó ante la cámara legislativa. La voluntad de compromiso de Brüning no impidió que la policía política controlase su teléfono y abriese su correspondencia, como le explicó al embajador británico, sir Horace Rumbold, a mediados de junio. Según Rumbold, Brüning había pasado a pensar que sólo la restauración de la monarquía podría resolver la situación, una opinión que llevaba, en realidad, sosteniendo hacía varios años.

El antiguo canciller parecía tener poca idea de la amplitud de la represión que se estaba abatiendo ya sobre los miembros de su partido. Sus periódicos estaban siendo prohibidos o le estaban siendo arrebatados. Se estaban cerrando una tras otra sus organizaciones locales y regionales.

Habían sido depuestos de sus cargos todos sus ministros en todos los estados. Sus funcionarios, pese a las constantes seguridades de Hermann Göring, estaban bajo amenaza constante de despido. Sus 200.000 miembros estaban abandonando el partido en número creciente. A partir de mayo, fueron detenidos también destacados políticos, abogados y militantes católicos de organizaciones seculares, periodistas y escritores, sobre todo si habían publicado artículos críticos sobre los nazis o sobre el gobierno. El 26 de junio de 1933 Himmler ordenó, como jefe de policía de Baviera, que no sólo debían ser objeto de «detención preventiva» todos los diputados del Reichstag y de la cámara legislativa estatal del Partido del Pueblo Bávaro, estrechamente vinculado al Partido del Centro, sino también todas «aquellas personas que hayan sido particularmente activas en los partidos políticos».[137] El 19 de junio el presidente del estado de Württemberg, Eugen Bolz, uno de los principales conservadores del Partido del Centro, fue detenido y sometido a graves malos tratos; altos cargos del funcionariado como Helene Weber, que era también diputada del Partido del Centro en el Reichstag, fueron depuestos; y se obligó a autodisolverse a la organización de los sindicatos católicos. Éstos fueron sólo los casos más señalados y que tuvieron mayor eco de toda una nueva serie de detenciones, palizas y destituciones. A escala local, una organización laica católica tras otra fueron sometidas a presión para que cerrasen o se uniesen al Partido Nazi, lo que despertó una preocupación generalizada entre la jerarquía católica. Mientras Papen y Goebbels exigían en público la disolución del Partido del Centro con creciente vehemencia, las negociaciones en Roma, iniciadas hacia finales de mes por el propio Papen, dieron como resultado un acuerdo por el que el partido debía dejar de existir una vez que se hubiese firmado el concordato.[138]

El texto final del concordato, al que se llegó el 1 de julio con la aprobación de Papen y de Kaas, y que fue firmado una semana después, incluía la prohibición de que los sacerdotes participasen en actividades políticas. Diputados del Partido del Centro de las cámaras legislativas de los estados empezaron a abandonar sus escaños o a cedérselos a los nazis, lo mismo que hicieron muchos concejales de Berlín, Frankfurt y otras ciudades. Hasta Brüning comprendió entonces por fin lo que se avecinaba.

El partido se disolvió oficialmente el 5 de julio, y a sus diputados del Reichstag y, de las cámaras legislativas de los estados y a los representantes elegidos locales les dijo que se dirigiesen a sus colegas nazis con el fin de transferirles a ellos su lealtad. Los miembros del partido, proclamó la dirección, tenían ahora la oportunidad de situarse «sin reservas» en el frente nacional dirigido por Hitler. Lo que quedaba de la prensa del partido describió el final como el resultado no de presión exterior, sino de un proceso interno inevitable de integración de la comunidad católica en la nueva Alemania en una transformación histórica de la política nacional. La administración del partido no sólo dio instrucciones a todas las organizaciones dependientes de ésta para que se disolvieran, sino que advirtió también de que estaba colaborando con la policía política en la supervisión del proceso de disolución. Como era de prever, los nazis prefirieron persuadir a los legisladores del partido de que abandonasen sus escaños en vez de buscar un nuevo hogar en las delegaciones del Partido Nazi tal como éstos habían previsto.[139]

El Partido del Centro, junto con el movimiento obrero, había opuesto la única resistencia efectiva a la penetración electoral de los nazis a principios de la década de 1930. La cohesión y la disciplina de estos dos entornos políticos habían sido, entre otras cosas, producto de la persecución que ambos habían sufrido en la época de Bismarck. Pero mientras que a los socialdemócratas y, más tarde, a los comunistas, la experiencia de la represión les había empujado al aislamiento y la oposición permanentes, la reacción de los católicos había sido poner por encima casi de cualquier otro objetivo la reintegración en la comunidad nacional. Destacados políticos católicos como Papen y, en menor grado, Brüning y Bolz, carecían del compromiso con la democracia que había caracterizado a personajes como Wilhelm Marx y Matthias Erzberger en el primer periodo de la República. La Iglesia en su conjunto estaba poniéndose en contra de la democracia parlamentaria en toda Europa ante la amenaza bolchevique. En esta situación, la disolución del partido parecía un pequeño sacrificio en defensa de los intereses de lo que casi todas las personalidades destacadas consideraban la oferta del nuevo régimen de garantías vinculantes de que se

respetaría la autonomía de la Iglesia católica y se permitiría la participación plena de los católicos en el nuevo orden alemán. Hasta qué punto eran vinculantes esas garantías no tardarían los católicos en descubrirlo.

Entretanto, el 28 de octubre de 1933 Clemens August, conde Von Galen, fue consagrado obispo de Münster, el primer obispo al que se nombraba tras la firma del concordato. En su alocución a los fieles, Galen proclamó que consideraba su deber decir la verdad, pronunciarse sobre «la diferencia entre la justicia y la injusticia, entre las buenas y las malas acciones». Había visitado previamente a Hermann Göring, el ministro-presidente prusiano, ante el que, de acuerdo con los términos del concordato, había jurado lealtad al Estado. En un acto simbólico de reciprocidad, funcionarios de los camisas pardas y de los nazis locales, del jefe de distrito para abajo, desfilaron ante él durante la ceremonia de consagración en Münster, saludándolo con el brazo extendido a modo de «saludo alemán». Columnas de guardias de asalto y miembros de las SS con la cruz gamada se alineaban en el trayecto de la procesión episcopal. Esa misma noche desfilaron ante el palacio de Galen en una marcha con antorchas. La reconciliación entre el nazismo y el catolicismo parecía, al menos por el momento, completa.[140]

LA CREACIÓN DEL TERCER REICH

IV

La eliminación de los comunistas, los socialdemócratas y el Partido del Centro fue la parte más difícil del proceso que siguieron los nazis para crear un régimen de partido único. Estos tres partidos representaban, sumados, muchos más votos que los que obtuvo nunca el Partido Nazi en unas elecciones libres. En comparación con el problema que ellos planteaban, librarse de los otros partidos era fácil. La mayoría de éstos habían perdido casi todos los votos y los escaños que habían tenido en tiempos en el Reichstag. Eran ya frutos maduros que podían ir arrancándose uno a uno. A principios de 1933 el único de ellos que había pertenecido a la coalición de partidos que habían apoyado a la República de Weimar desde el principio,

el Partido del Estado (anteriormente los demócratas), andaba desesperadamente a la deriva, a merced de los acontecimientos, reducido a dos escaños en el Reichstag y haciendo patéticas apelaciones a otros partidos para que tomasen a sus diputados bajo sus alas. Seguía declarándose opuesto a los nazis, pero al mismo tiempo abogaba también por la revisión de la Constitución en un sentido inconfundiblemente antidemocrático. No consiguió mejorar sus resultados electorales en marzo de 1933, pero al sumar sus candidatos a la lista, con mucho más apoyo, de los socialdemócratas, aumentó su representación en el Reichstag pasando de 2 escaños a 5. Los diputados del partido, incluido el que sería más tarde presidente de la República Federal Alemana Theodor Heuss, con fuertes reservas pero unánimemente, votaron a favor de la Ley de Habilitación el 23 de marzo de 1933, amedrentados por la amenaza de Hitler de que habría un baño de sangre si la votación era contraria a su propuesta. Sus votos no podían cambiar nada en la práctica, como ellos debían de saber. El jefe del grupo parlamentario del partido, Otto Nuschke, empezó a firmar sus cartas oficiales con el «saludo de la libertad alemán» y urgió a todos a reconocer la legitimidad del gobierno. Los funcionarios, por su parte, que habían sido un elemento importante en el partido, estaban abandonándolo en masa para unirse a los nazis e intentar así conservar sus puestos de trabajo. Desde que el partido había quedado reducido a una situación marginal en las elecciones de 1930, se había discutido mucho la cuestión de si merecía la pena seguir. Los camisas pardas desencadenaron una nueva campaña de terror contra los pocos diputados que quedaban, los funcionarios y los concejales que declaraban abiertamente su fidelidad al partido. Luego el gobierno despojó a sus diputados del Reichstag de sus escaños, basándose en que se habían presentado en la lista socialdemócrata en las elecciones de marzo y eran, por tanto, socialdemócratas. A raíz de eso, la dirección del partido cedió al fin y declaró oficialmente disuelto el Partido del Estado el 28 de junio de 1933.[141]

El Partido del Pueblo, que se había desplazado notoriamente a la derecha tras la muerte en 1929 de su personalidad principal durante la mayor parte del periodo de Weimar, Gustav Stresemann, empezó a desprenderse de su ala liberal en 1931 (por entonces «liberal» significaba

apoyo al gobierno de Brüning, otro indicio más de lo mucho que el espectro político se había desplazado hacia la derecha) y a proponer una coalición general de todas las fuerzas nacionalistas, incluidos los nazis. Pero cuanto más apoyo electoral perdía el partido, más se desintegraba en un caos de facciones enfrentadas. Con ya sólo siete escaños en el Reichstag después de julio de 1932, el Partido del Pueblo había quedado reducido a la marginalidad política. Su jefe por entonces, el abogado Eduard Dingeldey, consideró una buena idea unir fuerzas con los nacionalistas en una lista electoral común en noviembre de 1932. Ello alejó del partido a los liberales que quedaban, no consiguió aportar ningún beneficio real. Dingeldey, alarmado por este nuevo signo de descomposición, abandonó el pacto con los nacionalistas en las elecciones siguientes, con el resultado de que el Partido del Pueblo sólo consiguió obtener dos escaños en marzo de 1933. Eso era todo lo que quedaba de la orgullosa tradición del Partido Liberal Nacionalista de Alemania, que había dominado el Reichstag en la década de 1870 y había hecho tanto por suavizar los ásperos contornos de la creación de Bismarck con una gama amplia de legislación liberal. Mientras Dingeldey se retiraba de la política dos meses por una grave enfermedad, los miembros que quedaban del partido, en especial los funcionarios temerosos de perder sus puestos de trabajo, empezaron a abandonarlo en gran número, mientras otros, dirigidos por el jefe en funciones, instaban al partido a disolverse y a fundirse oficialmente con los nazis. Cuando Dingeldey consiguió impedirlo, el ala derecha del partido le abandonó. Dingeldey intentó hablar con Hitler o con Göring, pero no quisieron recibirle. Temiendo por la seguridad de los restantes diputados y funcionarios del partido, en la atmósfera general de intimidación, Dingeldey comunicó la disolución del Partido del Pueblo el 4 de julio. Como recompensa obtuvo una audiencia con Hitler tres días después y la promesa del Caudillo nazi de que los antiguos miembros del partido no sufrirían ninguna discriminación por su pasado político. Esto no impidió, claro está, que los nazis obligaran a dimitir a los antiguos diputados del Partido del Pueblo de las cámaras legislativas de toda Alemania, ni que se despidiese a

los funcionarios por considerarlos contrarios al movimiento nacionalsocialista. Las protestas de Dingeldey por estos hechos fueron despectivamente ignoradas.[142]

El Partido Nacionalista, dirigido por Alfred Hugenberg, no había tenido más éxito que los dos partidos liberales en cuanto a resultados electorales. Había perdido casi todos sus votos frente a los nazis a principios de la década de 1930. Pero se consideraba el principal socio de coalición de los nazis, a los que había tratado siempre con una cierta prepotencia. Nacionalistas destacados dieron la bienvenida al hecho de que el gabinete de Hitler señalase el final definitivo del sistema parlamentario y el inicio de una dictadura. Hugenberg hizo una vigorosa campaña en las elecciones del 5 de marzo de 1933 en pro de una mayoría absoluta con los nazis que proporcionase legitimidad popular a esta transformación. Pero los principales nacionalistas se sentían incómodos, porque se daban cuenta de que eso los dejaba en una posición extremadamente vulnerable. Advirtieron contra el «socialismo» de los nazis y propusieron un gobierno «no de partido». Por supuesto, los nazis tuvieron cuidado de mantener la ilusión de una auténtica coalición durante la campaña. No fue prohibido ningún periódico nacionalista, no se reventó ningún mitin nacionalista y no se detuvo a ningún político nacionalista. Pero la represión masiva y la violencia generalizada de la campaña se practicaron exclusivamente en favor de los nazis. El 5 de marzo los nazis obtuvieron su recompensa, pasando su representación en el Reichstag de 196 escaños a 288. Los nacionalistas, sin embargo, no consiguieron mejorar significativamente su posición; obtuvieron sólo 52 escaños en vez de 51. Estos escaños, y el 8 por 100 de los votos que representaban, fueron suficientes para aupar a la coalición por encima del 50 por 100. Pero los resultados electorales demostraron palpablemente lo desiguales que eran los socios de coalición. En las calles, las «ligas combatientes» de los paramilitares vinculados a los nacionalistas no podían competir en modo alguno con el poderío de los camisas pardas y de las SS. Y los nacionalistas no habían conseguido ganarse la fidelidad incondicional de los Cascos de Acero, el único grupo paramilitar importante que parecía compartir sus ideas políticas.

El resultado de las elecciones de marzo cambió decisivamente la relación entre los dos partidos. Con los comunistas ya fuera de la cámara legislativa, los nazis no necesitaban a los nacionalistas para tener mayoría absoluta, aunque todavía no llegasen a los dos tercios necesarios para modificar la Constitución. Hitler y Göring empezaron entonces a dejarle brutalmente claro a Hugenberg que eran ellos los que tenían la última palabra. La aprobación de la Ley de Habilitación con el apoyo de los nacionalistas se hizo aceptable para los miembros más conservadores del partido con la inauguración oficial previa del Parlamento en Potsdam, con su clara alusión a las tradiciones bismarckianas a cuya renovación estaban ellos consagrados. Pero una vez aprobada la Ley de Habilitación, Hitler se apresuró a proclamar que no podía plantearse una restauración de lo que para él era una institución fallida, la monarquía. Fue en este punto, finalmente, cuando los nazis empezaron a aplicar a los nacionalistas las mismas presiones que llevaban ya padeciendo los otros partidos desde mediados de febrero. El 29 de marzo se efectuó un registro en el despacho del jefe del grupo de diputados del partido en el Reichstag, Ernst Oberfohren, y al día siguiente un registro en su domicilio. Los nazis revelaron que los documentos hallados allí demostraban que Oberfohren era autor de cartas anónimas contra Hugenberg. Eso bastó para dejar al jefe del partido sin ganas de quejarse. Oberfohren había estado, además, tomándose un sospechoso interés por las circunstancias del incendio del Reichstag, sugiriendo que compartía la idea comunista de que el incendio había sido organizado por los nazis. Oberfohren, avisado del registro en su domicilio, dimitió inmediatamente de su escaño. Mientras tanto, otros nacionalistas destacados empezaron también a sentir la presión. Gunther Gerecke, comisario del Reich para la Creación de Trabajo, fue acusado de desfalco. El jefe de la Liga de la Tierra del Reich, una organización tradicionalmente próxima a los nacionalistas, fue destituido por especulación ilícita en el mercado del grano. Y empezaron a llegar noticias de la destitución de funcionarios que reconocían abiertamente su pertenencia al Partido Nacionalista.[143]

Los nacionalistas habían entrado en la coalición el 30 de enero creyendo que eran ellos los socios principales en una alianza con un movimiento político inmaduro e inexperto al que podrían controlar fácilmente. Dos meses más tarde, todo eso había cambiado. En medio de temores, comentados en privado, por las consecuencias destructivas de una auténtica revolución nazi, reconocían impotentes que era imposible impedir acciones ilegales ahora contra sus propios miembros realizadas por un gobierno del que aún eran un socio oficial. Dada la situación, les pareció prudente adaptarse al nuevo orden posdemocrático. Hugenberg consiguió una reestructuración de la organización del partido que convirtió el «Principio de Jefatura» en el principio básico en todos los ámbitos. De acuerdo con esto, los nacionalistas cambiaron su nombre oficial de Partido del Pueblo Nacionalista Alemán por el de Frente Nacionalista Alemán, para dejar claro que pensaban que los partidos políticos eran una cosa del pasado. Pero tales cambios sólo privaron a Hugenberg de los últimos vestigios de legitimidad democrática, dejándole en una posición aún más vulnerable que antes. Los nazis de Berlín y de todo el país criticaron y presionaron públicamente a instituciones y organizaciones que Hugenberg consideraba que se hallaban bajo su égida, en medio de una campaña de murmuraciones en la que se les acusaba de estar frenando la «revolución nacional».

Los órganos regionales del Partido Nazi empezaron a proclamar que Hugenberg no gozaba ya, como ministro prusiano de Agricultura, de la confianza de los campesinos. Corrían rumores de que estaba a punto de dimitir de sus cargos en Prusia. La reacción de Hugenberg a estos intentos de acabar con él fue amenazar con abandonar el gabinete. Creía que haciéndolo invalidaría la Ley de Habilitación, puesto que sólo era aplicable a lo que denominaba el «actual gobierno». Pero el especialista en teoría constitucional Carl Schmitt, hombre influyente y que apoyaba a los nazis, había declarado ya que con «actual gobierno» la ley no aludía a ningún tipo concreto de ministros titulares cuando se había aprobado, sino al «género de gobierno completamente distinto» que había surgido con el final del sistema político de partidos. Así, el «actual gobierno», y con él la validez de la Ley de Habilitación, no se verían afectados por la dimisión de un ministro u

otro; su naturaleza estaba determinada, ante todo, por su Caudillo.[144] La amenaza de Hugenberg era una amenaza vacía, otro ejemplo de la utilidad del razonamiento legalista frente a la presión nazi. Entretanto, la amenaza de violencia nazi contra los que lo apoyaban empezaba a hacerse cada vez más explícita. El 7 de mayo Ernst Oberfohren, que había sido ya expulsado de su cargo por los nazis, fue encontrado muerto; en la atmósfera imperante de intimidación implacable por parte de los nazis, muchos se negaron, con razón, a creer la versión oficial de que se había suicidado. Llegaban noticias de detenciones de funcionarios nacionalistas y de la prohibición de algunos mítines nacionalistas. La presión que se ejercía sobre ellos para que disolviesen sus «ligas de combatientes» de paramilitares era cada vez mayor. Por entonces estos grupos, organizaciones juveniles y de estudiantes principalmente, habían aumentado en número de miembros hasta llegar a los 100.000 después del «alzamiento nacional», por lo que eran lo bastante fuertes como para causar una cierta preocupación a los nazis.

El 30 de mayo de 1933 algunos de los jefes nacionalistas se reunieron con Hitler para quejarse de la creciente presión que se ejercía sobre ellos para que renunciaran a su autonomía. Fueron recibidos con una «explosión histérica de cólera» en la que el caudillo nazi les gritó que dejaría a las «SA abrir fuego y organizar un baño de sangre que dure tres días [...] hasta que no quede nada» si los paramilitares nacionalistas no se disolvían por decisión propia. Esto fue suficiente para hacer flaquear la ya débil resolución de los nacionalistas. Así que, a mediados de junio, Hitler comunicó personalmente la disolución de las organizaciones juveniles y estudiantiles nacionalistas y la confiscación de sus bienes. Nacionalistas destacados relacionados con estos grupos, incluido Herbert von Bismarck, que era también ministro de Exteriores del gobierno prusiano, fueron detenidos e interrogados; Bismarck, enfrentado con presuntas pruebas de la infiltración de supuestos elementos marxistas en los grupos, confesó que él no tenía ni idea de lo mal que estaban las cosas.

Por entonces, nacionalistas destacados como el historiador católico ultraderechista Martin Spahn habían declarado que no podían servir a dos caudillos, y habían empezado a pasarse a los nazis. Las humillaciones diarias que tenía que sufrir el «Caudillo» nacionalista Hugenberg en el

gabinete eran cada vez más notorias. Cuando exigió públicamente, en una conferencia económica internacional, la devolución de las colonias africanas de Alemania sin consultar previamente al gabinete, el gobierno lo desautorizó también públicamente, poniéndole en una situación embarazosa ante todo el mundo. El 23 de junio sus colegas de gabinete conservadores no nazis Papen, Neurath, Schwerin von Krosigk y Schacht condenaron también su conducta apoyando a Hitler. La policía prohibió el discurso que Hugenberg tenía previsto pronunciar en un mitin nacionalista el 26 de junio. Hugenberg, quejándose con amargura de que se le bloqueaba constantemente en sus deberes ministeriales y de que la prensa nazi lo atacaba públicamente, le presentó la dimisión a Hindenburg ese mismo día.

Hugenberg no se proponía en realidad dejar el gobierno. Pero la actitud del anciano presidente no correspondió en absoluto a sus expectativas; en vez de rechazar su carta de dimisión e intervenir ante Hitler como se suponía que debía hacer, no hizo nada. Una reunión con Hitler para intentar resolver el asunto amistosamente no hizo más que provocar que Hitler exigiese, para que se rechazase la dimisión de Hugenberg, la disolución del Frente Nacionalista Alemán. Si no sucedía eso, serían despedidos, dijo, «miles» de funcionarios y empleados públicos nacionalistas. Pero era una alternativa falsa; Hitler no tenía la menor intención de permitir que Hugenberg, el último miembro del gabinete, independiente de cierta talla política que quedaba, retirase su dimisión. Así pues, informó triunfalmente de la retirada de Hugenberg al gabinete y después de eso las otras personalidades destacadas del Frente Nacionalista Alemán se reunieron con él y firmaron un Acuerdo de Amistad en el que accedían a la «autodisolución» del partido.[145] Las condiciones acordadas por los nacionalistas (el socio oficial de coalición de Hitler) eran en apariencia menos leoninas que las acordadas por otros partidos; pero en la práctica los nazis obligaron a todos los diputados electos cuyas ideas no les gustaban, como, por ejemplo, a Herbert von Bismarck, a dimitir de sus escaños, y sólo aceptaron a los que podían estar seguros de que cumplirían sus órdenes sin rechistar. El régimen no consideró vinculantes las garantías que había dado de que los funcionarios nacionalistas no serían represaliados por su pasado político. El Acuerdo de Amistad fue poco más que una rendición abyecta.

Con los partidos disueltos, las iglesias sometidas, los sindicatos abolidos y el Ejército neutralizado, aún había un agente político importante con el que tratar: los Cascos de Acero, la organización paramilitar y ultranacionalista de veteranos. El 26 de abril de 1933, tras prolongadas negociaciones, Franz Seldte, el jefe de los Cascos de Acero, ingresó en el Partido Nazi y puso la organización bajo la jefatura política de Hitler, con la garantía de que seguiría existiendo como una organización autónoma de veteranos de guerra. Los que se opusieron a esta decisión, como el jefe conjunto de la organización, Theodor Duesterberg, fueron sumariamente depuestos. Una rápida expansión numérica hasta quizá la cifra de un millón, incluidos veteranos de guerra procedentes de una diversidad de organizaciones recientemente prohibidas, entre ellas la Reichsbanner, habían diluido aún más el compromiso político de los Cascos de Acero, haciéndolos susceptibles a las críticas de los nazis. Los Cascos de Acero habían prestado apoyo a las actuaciones de las secciones de asalto nazis como policía auxiliar durante los meses anteriores sin tener, por una parte, plena participación y sin intentar, por otra, frenarlas. Su posición era más bien la del Ejército, del que se consideraban en realidad una reserva armada, con experiencia y con plena instrucción militar. Su jefe, Franz Seldte, era miembro del gabinete y demostró ser completamente incapaz de hacer frente a las intimidaciones de Hitler y Göring. En mayo, habían quedado ya completamente neutralizados como fuerza política.[146]

Así que a finales de mayo Hitler dio el paso siguiente, acusando a los Cascos de Acero, con cierto fundamento de que se habían infiltrado en sus filas un número sustancial de ex comunistas y socialdemócratas en busca de un sustituto de sus propias organizaciones paramilitares ahora prohibidas. Fueron incorporados así por la fuerza a las SS, aunque reteniendo un vestigio suficiente de su autonomía previa para que les resultase aceptable. La presencia del jefe de los Cascos de Acero, Franz Seldte, en el gabinete les pareció a la mayoría de ellos que garantizaba que iban a seguir teniendo influencia donde de verdad importaba. Sus funciones como un ejército de reserva y una asociación militar de veteranos se mantuvieron. En 1935, con el nuevo nombre de Liga de Combatientes del Frente Alemán Nacionalsocialista, aún aseguraban que tenían medio millón de miembros.

Era indudable que el objetivo de la organización de destruir la democracia de Weimar para volver a un régimen nacionalista y autoritario, ya estaba conseguido: ¿qué podían alegar para no incorporarse a las filas de los camisas pardas de Ernst Röhm? La fusión provocó durante un tiempo un caos organizativo, pero privó prácticamente a los nacionalistas de su última posibilidad permanente de poder movilizar una oposición en las calles a las secciones de asalto de las SS.[147]

Los grupos paramilitares habían quedado así eliminados con la misma eficacia que los partidos políticos. En el verano de 1933 se había completado prácticamente la creación de un Estado de partido único. Sólo quedaba, como posible obstáculo para llegar al poder absoluto, Hindenburg, un senil cero a la izquierda que no parecía tener ya voluntad propia y cuyo cargo había quedado neutralizado por las disposiciones de la Ley de Habilitación. El Ejército había accedido a mantenerse al margen. El medio empresarial y de las finanzas se había sometido. El 28 de junio de 1933 Joseph Goebbels celebraba ya la destrucción de los partidos, los sindicatos y los paramilitares y su sustitución por el monopolio del poder a manos del Partido Nazi y sus organizaciones filiales: «El camino hacia el Estado total. Nuestra revolución posee un asombroso dinamismo».[148]

METIENDO EN VEREDA A ALEMANIA

I

En la mañana del 6 de mayo de 1933, un grupo de camionetas paró a la entrada del Instituto para la Ciencia Sexual del doctor Magnus Hirschfeld, en el elegante barrio berlinés de Tiergarten. De ellas se bajaron estudiantes de la Escuela de Educación Física de Berlín, miembros de la Liga de Estudiantes Alemanes Nacionalsocialistas. Se colocaron en formación militar y luego, mientras algunos de ellos sacaban sus tubas y trompetas y empezaban a interpretar música patriótica, los otros penetraban en el edificio. Sus intenciones eran claramente hostiles. El instituto de Hirschfeld era bien conocido en Berlín, no sólo porque defendía causas como la legalización de la homosexualidad y del aborto, y por sus populares clases vespertinas de educación sexual, sino también por su gran colección de libros y manuscritos sobre temas sexuales, que su director llevaba reuniendo desde finales del siglo anterior. En 1933 albergaba entre 12.000 y 20.000 libros (los cálculos varían) y una colección aún mayor de fotografías sobre temas sexuales.[149] Los estudiantes nazis que irrumpieron en el instituto el 6 de mayo de 1933 procedieron a verter tinta roja sobre libros y manuscritos, jugaron al fútbol con las fotografías enmarcadas, dejando el suelo cubierto de cristales rotos, y saquearon armarios y cajones, arrojando al suelo su contenido. Cuatro días después, llegaron más camionetas, en esta ocasión con camisas pardas provistos de cestos, en los que amontonaron todos los libros y manuscritos que pudieron y los llevaron a la plaza de la Ópera. Allí formaron con ellos un montón gigantesco y les prendieron fuego. Se dice que se quemaron en esa hoguera unos diez mil libros. Como la hoguera seguía ardiendo después de oscurecer, los estudiantes llevaron un busto del director del instituto a la plaza y lo arrojaron a las llamas. Los camisas pardas, al ser informados de que

Hirschfeld, de 65 años de edad, estaba en el extranjero recuperándose de una enfermedad, dijeron: «Pues mejor que se muera antes de que le cojamos nosotros; así no tendremos que ahorcarle o matarle de una paliza».[150]

Hirschfeld tuvo el buen sentido de no regresar a Alemania. Mientras la prensa nazi informaba inefablemente de la ACCIÓN ENÉRGICA CONTRA UNA TIENDA DE VENENO y anunciaba que «estudiantes alemanes fumigan el Instituto de Ciencia Sexual» dirigido por «el judío Magnus Hirschfeld», el venerable reformador sexual y defensor de los derechos de los homosexuales se quedó en Francia, donde murió repentinamente el 14 de mayo de 1935, el día que cumplía 67 años.[151] La destrucción de su instituto fue sólo una parte, aunque la más espectacular, de un ataque de mucho más amplio alcance a lo que los nazis describían como el movimiento judío para subvertir a la familia alemana. Sexualidad y procreación debían estar indisolublemente vinculadas, al menos para los racialmente autorizados. Los nazis, con la aprobación de conservadores y católicos, iniciaron la liquidación de todas las ramas de la camarilla de pequeños grupos de presión dinámica e intrincadamente interrelacionados de la Alemania de Weimar que defendían la libertad sexual, la reforma de la ley del aborto, la descriminalización de la homosexualidad, la facilitación pública de asesoramiento anticonceptivo y cualquier otra cosa que considerasen que contribuiría a la disminución constante del índice de natalidad del país. Reformadores sexuales como el freudiano Wilhelm Reich o la veterana propulsora de la reforma de la legislación sobre el aborto Helene Stöcker, se vieron obligados a exiliarse y sus organizaciones y clínicas fueron clausuradas o quedaron bajo control nazi. La policía, por su parte, efectuó redadas en centros bien conocidos de reunión de homosexuales que antes había tolerado tácitamente, mientras que en Hamburgo detuvo a cientos de prostitutas en el barrio del puerto, basando su actuación, un tanto estrafalariamente, en el decreto del incendio del Reichstag «para la protección del pueblo y del Estado». Las redadas demostraron como mínimo que se iba a hacer uso del decreto para legitimar casi cualquier tipo de acción represiva de las autoridades. Esta operación de dudosa legalidad quedó ratificada el 26 de mayo de 1933, cuando el gabinete modificó la Ley contra las Enfermedades de Transmisión Sexual de los liberales, aprobada

en 1927. Las enmiendas no sólo volvían a criminalizar la prostitución, legalizada en la práctica en 1927, sino que reintroducían también la prohibición legal sobre publicidad y educación en lo relativo al aborto y a las sustancias abortivas.[152] En muy poco tiempo, los nazis habían desmantelado todo el movimiento de la reforma sexual y ampliado limitaciones legales a la sexualidad, desde leyes punitivas contra relaciones de personas del mismo sexo a otras contra diversos tipos de actividad sexual que no estaban dirigidos a la finalidad de un aumento del índice de natalidad.

El ataque contra la liberación sexual se había anunciado ya en los últimos años de la República de Weimar. En los años 1929-1932 había habido un gran debate público sobre la reforma de las leyes del aborto, planteada por los comunistas y que respondía a la necesidad de muchas parejas de no tener hijos en circunstancias de paro y pobreza extrema. Inmensas manifestaciones, concentraciones, peticiones, películas, campañas de prensa, etcétera, habían atraído la atención hacia los temas del aborto ilegal y el desconocimiento de los métodos anticonceptivos, y la policía había prohibido una serie de reuniones convocadas por reformadores sexuales. El 1 de marzo de 1933 un nuevo decreto sobre seguridad sanitaria había legitimado el cierre de las clínicas de asesoramiento médico de financiación pública en todo el país, una medida que impusieron durante las semanas siguientes bandas de camisas pardas. Se echó a la calle a los médicos y al personal sanitario; muchos, sobre todo si eran judíos, se fueron al exilio. Los nazis alegaron que todo el sistema de medicina social desarrollado por el Estado de Weimar estaba encaminado a impedir la reproducción de los fuertes, por una parte, y a reforzar las familias de los débiles, por otra. La higiene social debía desaparecer; había que introducir en su lugar la higiene racial.[153] Eso significaba, tal como llevaban sosteniendo algunos eugenesistas desde finales del siglo XIX, reducir drásticamente la carga de los débiles que pesaba sobre la sociedad introduciendo un programa para impedirles tener descendencia.

Estas ideas habían alcanzado mayor difusión entre médicos, trabajadores sociales y funcionarios de la seguridad social durante la Depresión. Mucho antes del final de la República de Weimar, algunos

especialistas habían aprovechado la oportunidad que brindaba la crisis económica para sostener que el mejor medio de reducir la carga insostenible de la seguridad social sobre la economía era impedir que la subclase se reprodujese, sometiendo a sus miembros a una esterilización forzosa. En pocos años habría así menos familias indigentes que mantener. También en pocos años el número de alcohólicos, vagos, débiles mentales, individuos de tendencias criminales y físicamente incapacitados se reduciría drásticamente en Alemania (partiendo del supuesto dudoso, claro está, de que todo eso fuese de carácter mayoritariamente hereditario), y el Estado benefactor podría dirigir sus menguados recursos hacia los pobres que se lo mereciesen. Las instituciones de beneficencia protestantes, influidas por doctrinas de predestinación y pecado original, dieron en general la bienvenida a estas ideas; los católicos, estimulados por una dura advertencia del Papa en una encíclica de 1930 de que el matrimonio y la relación sexual tenían como único propósito la procreación y que todos los seres humanos estaban dotados de un alma inmortal, se mostraron firmemente en contra. El atractivo de un enfoque eugenésico, incluso para los reformadores de mentalidad liberal, aumentó por el hecho de que los manicomios empezaron a llenarse rápidamente a partir de 1930, porque las familias no podían ya permitirse cuidar a sus miembros enfermos o incapacitados, mientras que, al mismo tiempo, las autoridades regionales y locales estaban reduciendo drásticamente los presupuestos de los manicomios. En 1932 el Consejo Sanitario Prusiano se reunió para discutir una nueva ley que permitiría la esterilización eugenésica voluntaria. Redactada por el eugenesista Fritz Lenz, que llevaba desde la Primera Guerra Mundial considerando políticas de este tipo, asignaba el poder de asesorar y de aplicar esas disposiciones a los funcionarios médicos y de la seguridad social cuyos argumentos les habría sido difícil refutar a los pobres, los internados y los disminuidos.[154]

Eso era sólo parte de una ofensiva mucho más amplia contra lo que los respetables consideraban diversas formas de desviación social. En el punto álgido de la crisis económica, estaban recibiendo algún tipo de ayuda pública no menos de diez millones de personas. Al desaparecer los partidos democráticos, quedar absorbidas las cámaras legislativas estatales y municipales y convertidas en asambleas de vitoreadores de los jefes nazis

locales, y al quedar los periódicos privados de la capacidad para investigar libremente cuestiones de interés político y social, los organismos de la seguridad social, lo mismo que la policía, quedaron liberados de cualquier tipo de control oficial o inspección pública. Los trabajadores sociales y los funcionarios de la seguridad social hacía mucho ya que tendían a considerar a los usuarios de sus servicios haraganes y parásitos. Ahora, estimulados por sus nuevos jefes, nombrados por las administraciones regionales y locales nazis, podían dar rienda suelta a sus prejuicios. Normas aprobadas en 1924 habían permitido a las autoridades hacer que la percepción de las prestaciones dependiese de que los beneficiarios aceptasen trabajar, «en los casos adecuados», en programas de trabajo comunitario. Estos programas habían sido ya introducidos a una escala limitada antes de 1933. Había 3.500 personas trabajando en programas obligatorios en Duisburg en 1930, y Bremen había estado convirtiendo ese tipo de empleo en una condición para recibir prestaciones desde el año anterior. Pero en la terrible situación económica de principios de la década de 1930 sólo estaba cubierta una pequeña proporción de los parados; en 1932 había, por ejemplo, 6.000 personas de las 200.000 que estaban en el paro en Hamburgo que percibían prestaciones. Desde los primeros meses de 1933 en adelante, sin embargo, el número aumentó rápidamente. Ese trabajo no constituía un empleo en el sentido pleno del término: no incluía seguro médico ni aportaciones para la jubilación, por ejemplo; de hecho ni siquiera se pagaba: lo único que recibían los que participaban en él era su ayuda de la seguridad social, a la que se añadía, a veces, un plus para viajes o una comida gratis.[155]

El trabajo era teóricamente voluntario, y los programas dependían de la iniciativa privada de instituciones caritativas como las asociaciones benéficas de la Iglesia, pero a partir de marzo de 1933 el elemento voluntario pasó a hacerse menos visible. El problema urgente del paro masivo se estaba abordando en primer término a través de la coerción. Un plan típico fue el Programa de Ayuda Agrícola de marzo de 1933, que asumía iniciativas ya lanzadas durante la República de Weimar para ayudar a la economía rural llevando a jóvenes parados de las ciudades a trabajar en el campo a cambio de manutención, alojamiento y una paga nominal. Tampoco eso era un empleo en el verdadero sentido de la palabra, pero en

agosto de 1933 ese programa había sacado a 145.000 personas del registro de desempleo, 33.000 de ellas mujeres. Los administradores locales responsables de los sin techo de Hamburgo llevaban afirmando desde 1931 que estaban poniéndoles las cosas difíciles a los necesitados y obligándoles a buscar ayuda en otra parte. Estas actitudes se generalizaron mucho más en 1933. El número de estancias nocturnas en el albergue de la policía de Hamburgo disminuyó de 403.000 en 1930 a 299.000 en 1933, debido principalmente a esa política de disuasión. Los funcionarios empezaron a decir que había que enviar a los vagabundos y los haraganes a campos de concentración. El 1 de junio de 1933 el ministro del Interior prusiano promulgó un decreto para la eliminación de la mendicidad pública. La pobreza y el desamparo, estigmatizados ya antes de 1933, empezaban ahora también a criminalizarse.[156]

La propia policía, libre de las limitaciones de la inspección democrática, lanzó una serie de redadas de gran envergadura en los clubes y lugares de encuentro de las asociaciones del anillo de Berlín, redes de delincuencia organizada, en mayo y junio de 1933, como parte de una campaña contra los delincuentes profesionales. Locales que se consideraban guaridas de bandas criminales eran también centros de apoyo para los comunistas y los que los respaldaban. Una ofensiva de este tipo sólo fue posible después de que se hubiese aplastado a la Liga de Combatientes del Frente Rojo; constituía también un acto de intimidación más contra la población local. Como los nazis consideraban el delito, y sobre todo el delito organizado, dominado mayoritariamente por judíos, no tuvo nada de sorprendente que la policía irrumpiese también en cincuenta locales del *Scheunenviertel* («Distrito del Granero»), de Berlín el 9 de junio de 1933, un barrio conocido no sólo por su pobreza sino también por su elevada población judía. Ni que decir tiene que la relación existía casi exclusivamente en la mente de los propios nazis.[157] Las asociaciones del anillo fueron aplastadas implacablemente, sus miembros ingresaron en prisión preventiva sin juicio y sus bares y clubes fueron cerrados.[158]

En el sistema penal, donde acabarían al final muchas de estas personas, el problema del rápido crecimiento de la pequeña delincuencia había provocado ya presiones a favor de políticas más duras y disuasorias en las

prisiones del Estado. Penalistas y funcionarios habían coincidido en los últimos años de la República de Weimar en que era necesario el encarcelamiento indefinido o el confinamiento en condiciones de seguridad de los delincuentes habituales cuya degeneración era, supuestamente, hereditaria y, por tanto, incurable. El confinamiento en condiciones de seguridad se consideraba cada vez más la solución a largo plazo para la carga que se decía que estos delincuentes imponían a la comunidad. Según el criminólogo o el director de prisión que efectuase el cálculo, pertenecían a esa categoría, a finales de la década de 1920, entre uno de cada trece y uno de cada dos internos de las prisiones del Estado. El confinamiento en condiciones de seguridad se incluyó en las redacciones finales del Nuevo Código penal propuesto que se estaba preparando en la segunda mitad de la década de 1920. Aunque el proyecto fue víctima de los interminables enfrentamientos de los partidos políticos de Weimar, estas propuestas contaban con un amplio grado de apoyo en los medios penales y judiciales, y estaba claro que no iban a quedar olvidadas.[159] No faltaban los especialistas que pensaban que la esterilización de los individuos genéticamente defectuosos debía ser obligatoria.[160] La seguridad social de Weimar había empezado a recurrir a soluciones autoritarias para esta crisis que constituían un grave ataque a la integridad y a los derechos de los ciudadanos sobre su cuerpo. El Tercer Reich no tardaría en adoptarlas y aplicarlas con una severidad draconiana con la que pocos en el periodo de Weimar habrían soñado siquiera. A una escala más inmediata, los recortes de la financiación pública estaban de todos modos forzando a los funcionarios de los servicios penales y de la seguridad social a establecer diferenciaciones aún más duras entre los que merecían ayuda y los que no, al empeorar las condiciones en las instituciones públicas de un tipo y otro hasta llegar al punto de hacerse cada vez más difícil mantener en ellas a todo el mundo sano y vivo.[161]

LA CREACIÓN DEL TERCER REICH

II

Esta campaña no sólo afectó a los políticamente sospechosos, los anormales y los marginados. Afectó a todos los sectores de la sociedad alemana. Impulsó hacia delante todo el proceso del inmenso estallido de violencia desencadenado por las secciones de asalto, las SS y la policía en la primera mitad de 1933. Aparecían continuamente en la prensa, convenientemente expurgadas, noticias de palizas brutales, torturas y humillación ritual de presos de todos los sectores del espectro social y de todos los matices del espectro político con excepción de los nazis. El terror, lejos de estar dirigido contra minorías determinadas ampliamente impopulares, tenía un alcance generalizado, afectando a todo aquel que expresaba en público discrepancias, en la dirección que fuese, y contra anormales, vagabundos e inconformistas de todo género.[162] La intimidación generalizada de la población proporcionó la condición previa básica para un proceso que estaba en marcha en toda Alemania en el periodo comprendido entre febrero y julio de 1933: el proceso de «coordinación», como lo llamaron los nazis, o, utilizando el término alemán más evocador, *Gleichschaltung*, una metáfora extraída del mundo de la electricidad, que significa que se están poniendo, como si dijésemos, todos los interruptores en el mismo circuito, de manera que puedan activarse todos ellos con un solo interruptor general colocado en el centro. Resultaron afectados casi todos los aspectos de la vida política, social y asociativa, en todos los ámbitos, desde la aldea a la nación.

El que se hubiesen apoderado de los estados federados proporcionó a los nazis un elemento clave en este proceso. Igual de importante fue la «coordinación» del funcionariado, cuya aplicación a partir de febrero de 1933 había presionado al Partido del Centro tan vigorosamente como para obligarle a pasar por el aro. Un par de semanas después del nombramiento de Hitler, se habían nombrado nuevos secretarios de Estado (el máximo cargo del funcionariado) en una serie de ministerios, entre los que se incluía Hans-Heinrich Lammers en la cancillería del Reich. En Prusia, aumentando los efectos de la purga previa realizada por Papen después de julio de 1932, Hermann Göring sustituyó a mediados de febrero a doce presidentes de la policía. A partir de marzo, la violencia de las secciones de asalto estaba forzando rápidamente a abandonar el cargo a funcionarios locales y alcaldes

políticamente inaceptables (500 altos cargos del funcionariado municipal y 70 alcaldes a finales de mayo). Las leyes que acababan con la autonomía de los estados federados y preveían que cada uno de éstos sería dirigido por un comisario del Reich nombrado en Berlín (todos salvo uno fueron jefes regionales del Partido Nazi) hicieron que quedaran ya pocos obstáculos tras la primera semana de abril para la «coordinación», o, dicho de otro modo, la nazificación del funcionariado a todos los niveles. Al mismo tiempo que los gobiernos de los estados estaban siendo depuestos, nazis locales, respaldados por escuadras de camisas pardas y miembros de las SS armados, ocupaban ayuntamientos, aterrorizando a alcaldes y concejales para que dimitieran, y sustituyéndolos por sus propios hombres. Las oficinas del seguro de enfermedad, las oficinas de empleo, los consejos de las aldeas, los hospitales, los tribunales de justicia y todas las demás instituciones públicas y estatales fueron tratadas del mismo modo. Los funcionarios fueron obligados a dimitir de sus cargos o a ingresar en el partido nazi, y si se negaban les pegaban una paliza y luego los llevaban a rastras a la cárcel.[163]

A esta purga masiva se le dio forma legal mediante la promulgación el 7 de abril de uno de los decretos más fundamentales del nuevo régimen, la llamada Ley para la Restauración de un Funcionariado Profesional. Su título apelaba al espíritu corporativo de los funcionarios conservadores y contenía más de una crítica implícita a los intentos del gobierno de Weimar, sobre todo en Prusia, de incorporar a demócratas comprometidos que no pertenecían al funcionariado para ocupar altos cargos. El primer objetivo del nuevo decreto era regularizar e imponer un orden centralizado en la expulsión forzosa y generalizada de funcionarios y empleados de sus oficinas por actuaciones del partido y de los camisas pardas locales y regionales. La ley preveía la expulsión de los empleados sin capacitación nombrados después del 9 de noviembre de 1918, de los funcionarios «no arios» (definidos el 11 de abril como los que tuviesen uno o más abuelos «no arios», dicho de otro modo, judíos, a los que se añadió el 30 de junio cualquier funcionario casado con un cónyuge no ario) y de cualquiera cuya actividad política previa no garantizase su fiabilidad política, o que iba a

actuar en pro de los intereses del Estado nacional, tal como decía la ley. Sólo quedaban exentos los que hubiesen servido en la guerra de 1914-1918.[164]

Hermann Göring criticaba a los «oportunistas» del funcionariado justificando la ley del 25 de abril de 1933:

> Le había repugnado y disgustado ver que en su ministerio, cuyo cuerpo de funcionarios era notorio que estaba formado en un 60 por 100 por seguidores de Severing, estaban ya brotando de la tierra, como hongos, brazaletes con la cruz gamada al cabo de unos cuantos días, y que al cabo de cuatro días eran ya un espectáculo generalizado en los pasillos los taconazos y el alzar el brazo.[165]

Muchos funcionarios se aprestaron realmente a preservar sus puestos de trabajo haciéndose miembros del partido, uniéndose al ejército de los que pasaron a conocerse muy pronto burlonamente como los «caídos de marzo», por los demócratas que perdieron la vida en los disturbios de marzo de la Revolución de 1848. Entre el 30 de enero y el 1 de mayo de 1933, ingresaron en el Partido Nazi 1,6 millones de personas, que dejaron empequeñecidos a los veteranos, una irrupción masiva que fue uno de los mejores ejemplos del grado de oportunismo y de «sálvese quien pueda» que se estaba apoderando de la población alemana. En el verano de 1933, en zonas católicas como Coblenza-Trier y Colonia-Aquisgrán el número de los que habían ingresado en el partido hacía sólo unos meses era de hasta el 80 por 100. Hasta Hitler estaba inquieto por esa afluencia masiva, pensando que podría cambiar el carácter del partido haciéndolo demasiado burgués. Pero a corto plazo, al menos, significó la fidelidad de la mayoría abrumadora de los funcionarios al nuevo régimen.[166] En realidad, fueron despedidos, como consecuencia de la ley, aproximadamente el 12,5 por 100 de los altos cargos del funcionariado de Prusia y en torno al 4,5 por 100 en otros lugares. Cláusulas posteriores permitieron relegar a funcionarios o hacerles jubilarse anticipadamente por razones de eficacia administrativa; el número de los afectados en estos casos fue más o menos similar. La ley afectó en conjunto a entre el 1 y el 2 por 100 de todo el funcionariado profesional. Los despidos y relegaciones tuvieron el efecto incidental, pero en modo alguno involuntario, de reducir el gasto público, además de imponer la uniformidad racial y política. Por otra parte, el 17 de julio de

1933 Göring promulgó un decreto en el que se reservaba el derecho de nombrar él mismo altos cargos del funcionariado, catedráticos universitarios y funcionarios judiciales en Prusia.[167]

Dentro del mundo vasto y diverso de los empleados del Estado eran especialmente importantes los de los servicios judicial y fiscal. Existía un peligro claro de que los asesinatos, las intimidaciones y los actos violentos de los nazis chocasen con la ley. De hecho, abogados que no compartían la visión políticamente instrumental de la justicia del nuevo régimen habían iniciado un gran número de acciones judiciales. Pero ya estaba claro que la mayoría de los jueces y abogados no iban a plantear ningún problema. De los aproximadamente 45.000 jueces, fiscales y funcionarios judiciales que había en Prusia en 1933, sólo fueron despedidos o transferidos a otros destinos por razones políticas unos 300, pese al hecho de que había muy pocos abogados en ese estado que perteneciesen al Partido Nazi cuando Hitler había sido nombrado canciller del Reich el 30 de enero. Si se añaden los jueces y abogados judíos destituidos (independientemente de su posición política) por cuestión de raza tenemos un total de 586. En los otros estados alemanes fue excluida de la profesión legal una pequeña proporción similar. Desde la profesión legal no se plantearon objeciones serias a estas actuaciones. La protesta colectiva pasó a ser, en cualquier caso, prácticamente imposible cuando las asociaciones profesionales de jueces, abogados y notarios se fundieron obligatoriamente con la Liga de Abogados Nacionalsocialistas en el Frente de la Ley Alemana, dirigido por Hans Frank, que fue nombrado comisario del Reich para la Coordinación del Sistema Judicial en los Estados y para la Renovación del Orden Jurídico el 22 de abril. La Liga de Jueces Alemanes había desechado sus reservas después de que Hitler mencionase el «carácter inamovible de los jueces» en un discurso el 23 de marzo, y de que el ministro de Justicia prometiese a los jueces una mejora de los sueldos y una mayor consideración. Los abogados se apresuraron a ingresar en el Partido Nazi en cuanto los ministros de Justicia de los estados empezaron a dejar claro que las posibilidades de promoción y de un futuro profesional podrían verse afectadas si no lo hacían.[168] Entre esta fecha y principios de 1934 se sobreseyeron o

abandonaron 2.250 procesos emprendidos contra miembros de las SS y 420 contra miembros de las SS, en gran medida por presión de las propias bandas de paramilitares locales.[169]

Estas medidas formaban parte de una purga masiva y de gran alcance de las instituciones sociales alemanas que se produjo en la primavera y principios del verano de 1933. Se hizo entrar en vereda rápidamente a grupos económicos de presión y a todo tipo de asociaciones. A pesar de que la agricultura estaba nominalmente en manos del socio de coalición de Hitler Alfred Hugenberg, fue el jefe de la organización de campesinos del Partido Nazi Walther Darré quien tomó la iniciativa aquí, imponiendo la fusión de los grupos de intereses agrícolas en una sola organización nazi mucho antes de que Hugenberg se viese obligado a dimitir de su cargo en el gabinete. Muchos grupos e instituciones reaccionaron intentando adelantarse a esa coordinación forzosa. En el sector de los negocios, las asociaciones de empresarios y grupos de presión como la Asociación del Reich de la Industria Alemana incorporaron a nazis en sus consejos de administración, proclamaron su lealtad al régimen y se fundieron con otros grupos de presión de la industria para formar la Corporación del Reich de la Industria Alemana, de carácter unitario. Los industriales querían evitar, efectuando espontáneamente ese proceso, una mayor intromisión del nuevo régimen. El funcionario nazi Otto Wagener había llegado a ocupar por la fuerza la sede de la Asociación del Reich de la Industria Alemana, con la clara intención de cerrarla. Al producirse la coordinación voluntaria de la asociación por decisión de ésta, fue sustituido como comisario para cuestiones económicas de Hitler por Wilhelm Keppler, un veterano intermediario entre los nazis y los grandes empresarios de la industria que, a diferencia de Wagener, gozaba de la confianza de ambas partes.

El 1 de junio de 1933 el empresariado dio otro paso para intentar afianzar su posición. Corporaciones y empresas destacadas financiaron la Donación Adolf Hitler de la Economía Alemana. Se suponía que esto pondría fin a las frecuentes extorsiones, a veces intimidatorias, de los grupos del partido y de las SS locales a los empresarios al instituir un sistema proporcional y regular de pagos de la industria al Partido Nazi. Aportaría en los doce meses siguientes 300 millones de Reichsmarks a las

arcas del partido. Pero no consiguió su objetivo primario, pues su financiación no sirvió en realidad para impedir que jefes de las SS y del partido siguiesen extorsionando pequeñas sumas a empresarios y hombres de negocios de ámbito local. De todos modos, el empresariado no estaba demasiado preocupado. Hitler se había esforzado el 23 de marzo por garantizar a sus representantes que iba a respetar sus propiedades y sus beneficios, y que no iba a entregarse a ninguno de los experimentos monetarios excéntricos que había planteado el partido bajo la influencia de Gottfried Feder a principios de los años veinte.[170] Con los sindicatos destruidos, el socialismo en todas sus formas fuera de juego y nuevos contratos de armas y municiones perfilándose ya en el horizonte, el empresariado podía sentirse satisfecho y pensar que las concesiones que había hecho al nuevo régimen habían merecido mucho la pena.

La coordinación voluntaria era una opción abierta a toda una diversidad de asociaciones e instituciones siempre que consiguiesen efectuarla con suficiente rapidez. Sin embargo, lo más frecuente era que organizaciones que habían llevado una existencia relativamente segura y sin complicaciones durante décadas se hallasen desconcertadas, divididas y desbordadas por los acontecimientos. Un ejemplo característico fue la Federación de Asociaciones de Mujeres Alemanas, una organización que incluía a las feministas alemanas moderadas, el equivalente alemán de los Consejos Nacionales de Mujeres que existían desde hacía muchos años en otros países. Fundadas casi cuarenta años atrás, eran una confederación vasta y compleja de muchos tipos de asociaciones de mujeres, entre las que se incluían asociaciones profesionales como la de las maestras. La Federación, en la que predominaba abrumadoramente la clase media, estaba profundamente dividida por el triunfo de los nazis, un partido por el que la mayoría de sus miembros llevaba votando probablemente desde 1932. Algunas figuras destacadas querían combatir la «masculinidad borracha de victoria» que les parecía que estaba triunfando en el movimiento nazi, mientras que otras insistían en mantener la tradición de neutralidad de la Federación frente a la política de partidos. Como las discusiones se prolongaron, los nazis resolvieron el problema por ellas.

El 27 de abril de 1933 el capítulo provincial de Baden de la Federación recibió una escueta nota de la jefa de la organización de mujeres nazis de la provincia, Gertrud Scholtz-Klink, informando de que la Federación estaba disuelta. La dirección central de la Federación escribió al ministro del Interior del Reich preguntando, con cierta perplejidad, qué bases legales había para una actuación tan perentoria, y asegurándole que el capítulo de Baden distaba mucho de constituir una amenaza para la seguridad pública. La jefa nacional del Frente de Mujeres Nazis, Lydia Gottschewski, les comunicó con cierta displicencia que el capítulo de Baden había sido disuelto basándose en la ley de la revolución, y adjuntaba un impreso para que la presidenta de la Federación lo firmase, en el que se la invitaba a poner incondicionalmente la Federación bajo la dirección de Adolf Hitler, a expulsar a todas las mujeres judías de sus filas, a elegir a mujeres nazis para los altos cargos y a incorporarse al Frente de Mujeres Nazis el 16 de mayo. De nada valió que la Federación indicase a Gottschewski que apoyaba la «revolución nacional», que daba la bienvenida a las medidas eugenésicas que el régimen proponía y que deseaba desempeñar un papel en el Tercer Reich. El 15 de mayo, la Federación, enfrentada al hecho de que muchas de sus asociaciones habían sido coordinadas ya en una u otra institución nazi, votó oficialmente a favor de su disolución definitiva, ya que sus estatutos le prohibían pertenecer a otra organización.[171]

III

La «coordinación» nazi de la sociedad alemana no se limitó a los partidos políticos, las instituciones del Estado, las autoridades locales y regionales, las profesiones y los grupos de presión económicos. Para indicar lo lejos que llegó, tal vez lo mejor sea que volvamos al ejemplo de la pequeña población de Northeim, al norte de Alemania, que llevaba mucho tiempo dominada por una coalición de liberales y conservadores con un fuerte movimiento socialdemócrata y una sección mucho más pequeña del Partido Comunista en la oposición. Los nazis locales habían conseguido ya manipular las elecciones municipales celebradas el 12 de marzo presentándose como la Lista de Unidad Nacional y dejando fuera a los otros

partidos. El jefe nazi de la población, Ernst Girmann, prometió acabar con la corrupción socialdemócrata y con el parlamentarismo. A pesar de todo ello, los socialdemócratas se mantuvieron firmes en las elecciones locales y regionales, y los nazis, aunque se hicieron con el consejo municipal, no lograron mejores resultados que en julio de 1932. El nuevo consejo celebró una sesión pública, con camisas pardas alineados en las paredes, miembros de las SS ayudando a la policía y gritos de «Heil Hitler!», en una versión local de la intimidación que acompañó a la aprobación de la Ley de Habilitación en el Reichstag. A los cuatro concejales socialdemócratas no se les permitió entrar en ninguno de los comités y no se les permitió hablar. Cuando abandonaron la sesión, los camisas pardas se alinearon para escupirles cuando pasaban. Dos de ellos dimitieron poco después, y los otros dos lo hicieron en junio.

Después de que dimitiera el último socialdemócrata, el consejo municipal de la población se utilizó exclusivamente para anunciar medidas tomadas por Girmann; no había ninguna discusión y los miembros del consejo escuchaban en absoluto silencio. Por entonces habían sido despedidos 45 empleados municipales, la mayoría socialdemócratas, de la fábrica de gas, la destilería, la piscina, la oficina de los servicios sanitarios y otras instituciones locales, en aplicación de la ley del funcionariado del 7 de abril de 1933. Incluyendo a contables y administrativos, constituían aproximadamente una cuarta parte de los empleados del municipio. Expulsar al alcalde de la ciudad, un conservador que había ostentado el cargo desde 1903, resultó más difícil porque se resistió a todos los intentos de convencerle para que se fuera y se mantuvo firme pese al acoso considerable a que fue sometido. Al final, cuando se fue de vacaciones, el consejo municipal nazificado aprobó una moción de censura contra él y proclamó alcalde en su lugar al jefe nazi local, Ernst Girmann.

Por entonces, los comunistas locales más destacados habían sido detenidos, junto con una serie de socialdemócratas, y el principal periódico regional que se leía en la población había empezado a publicar reportajes no sólo sobre el campo de concentración de Dachau, sino también sobre uno que quedaba mucho más cerca de Northeim, en Moringen, en el que había más de trescientos presos a finales de abril, muchos de ellos de otros grupos

políticos, además del grupo principal de detenidos, los comunistas. Dos docenas como mínimo de los guardias del campo de las SS eran de la zona de Northeim, y muchos de los presos fueron puestos en libertad tras pasar un corto periodo en el campo, de manera que entre la gente de la población debía de saberse muy bien lo que estaba pasando allí. El periódico local, que había sido de filiación liberal, informaba ahora a menudo sobre la detención y encarcelamiento de ciudadanos por infracciones triviales como difundir rumores y hacer comentarios ofensivos sobre el nacionalsocialismo. La gente sabía que una oposición más seria sería objeto de una represión más dura. Se aplicaron también otras medidas a los adversarios del régimen; los socialdemócratas activos fueron despedidos de sus puestos de trabajo, sometidos a registros domiciliarios o castigados con palizas si se negaban a hacer el saludo hitleriano. Se presionó a sus caseros para que los echasen de sus casas. Los camisas pardas sometieron a un boicot la tienda del jefe del Partido Socialdemócrata local. Le hicieron objeto de un acoso constante, lo mismo que a otras antiguas personalidades destacadas del movimiento obrero local, aunque se abstuviesen de toda actividad política.

Éstas eran las amenazas implícitas y a veces explícitas que había tras el proceso de «coordinación» en una población pequeña como Northeim, y en miles de otras poblaciones pequeñas, aldeas y ciudades. El proceso se inició en marzo y se aceleró rápidamente durante abril y mayo de 1933. Northeim, como casi todas las poblaciones pequeñas, tenía una rica vida asociativa, gran parte de ella más o menos apolítica, y una parte de ella no. El Partido Nazi local puso todo eso bajo su control por un medio u otro. Algunos clubes y asociaciones fueron clausurados o fusionados y otros, absorbidos. Los trabajadores ferroviarios de la población, un importante nudo de la red ferroviaria nacional, ya habían sido presionados por los nazis que ocupaban cargos importantes en las estaciones clasificadoras para que se incorporaran a la Organización de Células de Fábrica antes incluso de que Hitler se convirtiese en canciller, pero los nazis hicieron menos progresos en sus tratos con otros trabajadores hasta el 4 de mayo, día en que los camisas pardas ocuparon las oficinas sindicales y abolieron definitivamente los sindicatos. Por entonces, Girmann insistía en que todos

los clubes y asociaciones habían de tener una mayoría de nazis o de cascos de acero en su comité ejecutivo. Las asociaciones profesionales debían fundirse en la recién fundada Liga de Médicos Nacionalsocialistas, la Liga de Maestros Nacionalsocialistas y órganos similares, a los que todos los afectados sabían que tenían que incorporarse para poder seguir ejerciendo. La cooperativa de consumidores local, popular y próspera, se puso bajo control nazi, pero era demasiado importante para la economía local como para cerrarla, a pesar de que los nazis la habían tachado anteriormente de institución «roja» que perjudicaba a los comerciantes locales independientes. Los clubes de inválidos de guerra se fundieron en la Asociación de Víctimas de Guerra Nacionalsocialistas, y los Boy Scouts y la Orden Alemana de Jóvenes en las Juventudes Hitlerianas.

La presión inexorable en pro de la nazificación de asociaciones voluntarias fue recibida en la población con reacciones diversas. Los clubes de canto se disolvieron en su mayoría, aunque el coro de trabajadores intentó adaptarse de antemano cortando sus vínculos con la Liga de Canto de los Trabajadores Alemanes. El club de canto de clase alta («Pentagrama Cantor») sobrevivió introduciendo cambios en su comité ejecutivo y consultando al Partido Nazi local antes de modificar su composición. Las asociaciones de tiro, una parte importante de la vida local en muchas zonas de Alemania, eligieron a Girmann como capitán jefe, y éste les dijo que tenían que fomentar el espíritu militar en vez de plantearse sólo fines recreativos, como habían hecho hasta entonces. Sobrevivieron haciendo ondear la cruz gamada, cantando la «Canción de Horst Wessel» y abriendo algunas de sus competiciones de tiro al público en general para contrarrestar la acusación que les había hecho Girmann de exclusivismo social. Todos los clubes deportivos locales, desde la asociación de natación al club de fútbol y las asociaciones gimnásticas, fueron obligados a unirse en un solo Club de Deportes de Northeim bajo dirección nazi, en medio de considerables recriminaciones. Algunos dirigentes sociales de la población se adelantaron para impedir que los nazis confiscaran sus fondos. El Club de Embellecimiento, una asociación adinerada que se dedicaba a la mejora de los bosques y parques de la población, asignó todos sus fondos a la construcción de un pabellón de caza justo fuera del límite de la localidad

antes de disolverse. Y varios de los gremios locales, informados de que tenían que elegir nuevos comités en mayo, organizaron sesiones maratonianas de trasiego de bebidas y dispendiosos banquetes con el fin de gastar los fondos que estaban convencidos de que no tardarían en caer en manos de los nazis.[172]

Este proceso de «coordinación» tuvo lugar en la primavera y el verano de 1933 en todos los ámbitos, en todas las ciudades, pueblos y aldeas de Alemania. La vida social que subsistió quedó reducida a la taberna local o se desarrolló en la intimidad de los hogares. Los individuos se habían quedado aislados, salvo cuando se reunían en una u otra organización nazi. La sociedad había quedado reducida a una masa anónima e indiferenciada y reconstituida luego en una forma nueva en la que todo se hacía en nombre del nazismo. La resistencia y la discrepancia declaradas no eran ya posibles; ni siquiera era factible ya discutir o planear, salvo en secreto. Por supuesto, en la práctica, esa situación siguió siendo un objetivo más que una realidad. El proceso de coordinación no se efectuó de una forma perfecta ni mucho menos, y una adhesión formal al nuevo orden a través, por ejemplo, de añadir «nacionalsocialista» al nombre de un club, una asociación o una organización profesional, no implicaba en modo alguno un compromiso ideológico sincero por parte de los afectados. Sin embargo, la escala y el alcance de la coordinación de la sociedad alemana fueron impresionantes. Y su objetivo no era simplemente eliminar cualquier espacio en el que se pudiera desarrollar una oposición. Al meter en vereda a Alemania, el nuevo régimen quería hacerla susceptible al adoctrinamiento y la reeducación de acuerdo con los principios del nacionalsocialismo.

El abogado Raimund Pretzel, reflexionando sobre este proceso unos cuantos años después, se preguntaba qué había sido del 56 por 100 de los alemanes que habían votado contra los nazis en las elecciones del 5 de marzo de 1933. ¿Cómo fue posible, se preguntaba, que esa mayoría cediese tan rápidamente? ¿Por qué habían caído en manos de los nazis con tan aparente facilidad todas las instituciones sociales, políticas y económicas de Alemania? «La razón más simple y, si se considera más profundamente, casi siempre la más básica—concluía—fue el miedo. Únete a los matones para que no te peguen. Estaba menos clara otra cosa, una especie de

entusiasmo, la embriaguez de la unidad, el magnetismo de las masas». Muchos, pensaba también él, se habían sentido traicionados por la debilidad de sus dirigentes políticos, desde Braun y Severing hasta Hugenberg y Hindenburg, y se unieron a los nazis en un acto perverso de venganza. Algunos estaban impresionados por el hecho de que todo lo que los nazis habían predicho parecía estar cumpliéndose. «Existía también (sobre todo entre los intelectuales) la creencia de que podrían cambiar la cara del Partido Nazi ingresando en sus filas, incluso cambiar su dirección. Luego, claro está, hubo muchos que se subieron al carro por oportunismo, porque querían formar parte de un triunfo visible». En las circunstancias de la Depresión, en que la situación era difícil y el trabajo escaseaba, la gente se aferraba a la rutina mecánica de la vida diaria como la única forma de seguridad: no haberse unido a los nazis habría significado poner en peligro la supervivencia y las perspectivas futuras, haberse resistido podría haber significado arriesgar la vida.[173]

6

LA REVOLUCIÓN CULTURAL DE HITLER

NOTAS DISCORDANTES

I

El 7 de marzo de 1933, dos días después de las elecciones al Reichstag, una banda de sesenta camisas pardas irrumpió en un ensayo de la ópera de Verdi *Rigoletto* en el Teatro de la Ópera de Dresde, que dirigía un director famoso, Fritz Busch. Gritaron e interrumpieron al director y perturbaron el ensayo hasta que el director tuvo que parar. No era la primera vez que se producía ese incidente. En una ocasión anterior, un gran contingente de miembros de las secciones de asalto había comprado casi todas las entradas de uno de los conciertos y, cuando el director había subido al podio, le habían saludado con gritos estentóreos de «¡Abajo Busch!» hasta que se había visto obligado a retirarse. Pero fue el incidente del ensayo el que impulsó al gobierno recién nazificado de Sajonia a despedirlo. Su fama como músico era considerable, pero para las autoridades de Dresde era un engorro. No era judío ni estaba particularmente identificado con la modernidad, la atonalidad ni ninguna de las otras cosas que odiaban los nazis de la música de principios del siglo XX. Tampoco era socialdemócrata, era políticamente de derechas. Se había ganado la hostilidad de los nazis en Sajonia porque se había opuesto con firmeza a sus planes de recortar el presupuesto cultural del Estado como parte de las medidas económicas adoptadas durante la Depresión. Luego, cuando llegaron al poder en Dresde, le acusaron de utilizar a demasiados cantantes judíos, de pasar demasiado tiempo fuera de Dresde y de exigir un sueldo demasiado alto.[1] Busch se fue a Argentina, se nacionalizó argentino en 1936 y nunca regresó.[2]

La interrupción del concierto y del ensayo de Busch proporcionó a los comisarios regionales del Estado el pretexto para prohibir conciertos y óperas basándose en que podrían dar lugar a desórdenes públicos. Los

desórdenes los fomentaban, claro está, los propios nazis, un ejemplo claro de la dialéctica de la toma del poder desde abajo y desde arriba. La música era un objetivo especialmente importante para la coordinación. Los compositores románticos y clásicos centroeuropeos habían proporcionado al mundo durante siglos la columna vertebral del repertorio musical. Las grandes orquestas, como la Filarmónica de Berlín, eran famosas en todo el mundo. Los dramas musicales wagnerianos que se representaban en Bayreuth ocupaban un lugar único en la cultura musical del mundo. Todos los distritos urbanos, todas las poblaciones pequeñas y las aldeas grandes tenían sus clubes musicales, sus coros, su tradición de hacer música como aficionados, que era algo básico no sólo para la vida de las clases medias, sino también para la actividad cultural de las clases trabajadoras. Los nazis no eran el único partido de la derecha que creía que esta gran tradición estaba siendo desplazada por la modernidad musical de la República de Weimar, que atribuían, a su manera tosca, a la «subversión judía». Ahora tenían la oportunidad de poner las cosas en su sitio.

El 16 de marzo, cuando el director principal de la orquesta del Gewandhaus de Leipzig, Bruno Walter, que era judío pero que, como Busch, no era ningún defensor de la música moderna, llegó para un ensayo, se encontró con las puertas cerradas por una orden del comisario del Reich para Sajonia, basada en que no se podía garantizar la seguridad de los músicos. Walter, que tenía que dar un concierto cuatro días después en Berlín, solicitó protección policial, pero le fue negada por orden de Goebbels, quien dejó claro que el concierto sólo podría seguir adelante bajo la batuta de un director no judío. Después de que el principal director de la Filarmónica de Berlín, Wilhelm Furtwängler, se negase a dirigir en su lugar, accedió a ocupar el podio el compositor Richard Strauss, en medio de un estruendo de celebraciones triunfales de la prensa nazi. Poco después, Walter dimitió de su cargo en Leipzig y emigró a Austria. Las tentativas de la prensa nazi de demostrar que tenía simpatías comunistas no es probable que ocultasen a muchos las verdaderas razones de la campaña contra él, que eran exclusivamente raciales.[3]

De los principales directores de orquesta de Alemania, Otto Klemperer era uno de los que más claramente se ajustaban a la caricatura nazi de un músico judío. Primo del profesor de literatura y escritor de diarios Victor Klemperer, no sólo era judío sino que, además, como director desde 1927 a 1930 del vanguardista Teatro de la Ópera Kroll (en cuyo edificio, irónicamente, pasó a reunirse el Reichstag tras el incendio del 27-28 de febrero de 1933), apoyó las tendencias innovadoras y se hizo famoso como defensor de compositores modernos como Stravinsky. El 12 de febrero Klemperer dirigió una polémica representación de la ópera de Wagner *Tannhäuser* en Berlín, que la prensa musical nazi condenó como una «corrupción de Wagner» y una afrenta a la memoria del compositor. A principios de marzo la indignación había obligado a retirar la producción; no tardarían en cancelarse los conciertos de Klemperer por las truculentas razones habituales de que no se podía garantizar la seguridad pública si aparecía él en el podio. Klemperer intentó salvarse insistiendo en que «él estaba completamente de acuerdo con el curso de los acontecimientos en Alemania», pero pronto comprendió que todo era inútil. El 4 de abril abandonó también el país.[4] Poco después, la Ley del Reich para la Restauración de un Funcionariado Profesional permitió despedir no sólo a los directores de orquesta judíos como Jascha Horenstein, de Düsseldorf, sino también a cantantes y administradores de orquestas y de teatros de la ópera. También fueron despedidos de las academias de música del Estado los profesores judíos (entre los que destacaban los compositores Arnold Schoenberg y Franz Schreker, profesores ambos de la Academia Prusiana de las Artes de Berlín). Críticos musicales y musicólogos perdieron sus cargos oficiales y fueron proscritos de la prensa alemana; el más conocido de ellos era Alfred Einstein, probablemente el crítico musical más sobresaliente de su época.[5]

Los músicos judíos vieron cancelados sus contratos en todo el país. El 6 de abril de 1933, por ejemplo, la Sociedad Filarmónica de Hamburgo anunció: «La elección de solistas, que tuvo que hacerse en diciembre del año pasado, será, por supuesto, modificada para que no se incluya a ningún artista judío. Frau Sabine Kalter y Herr Rudolf Serkin serán sustituidos por artistas que sean racialmente alemanes».[6] En junio de 1933 se prohibió

trabajar a los agentes de conciertos judíos. Las asociaciones musicales de todo tipo, desde las corales masculinas de clase obrera de las aldeas mineras a las sociedades musicales de las tranquilas zonas suburbanas de las grandes ciudades, fueron ocupadas por los nazis y purgadas de sus miembros judíos. Estas medidas estuvieron acompañadas de un aluvión de propaganda en la prensa musical donde se atacaba a compositores como Mahler y Mendelssohn por ser supuestamente «antialemanes» y se pregonaba la restauración de una cultura musical auténticamente alemana. El régimen se centró, de forma más directa, en eliminar del repertorio a compositores claramente de vanguardia. El 22 de febrero las manifestaciones de protesta obligaron a interrumpir las representaciones de *El mar de plata*, de KurtWeill, en Hamburgo, y su música, vinculada durante mucho tiempo a las obras del escritor comunista Bertolt Brecht, fue poco después prohibida del todo. Que Weill fuese judío sólo le hacía un objetivo más obvio para los nazis. También él emigró, junto con otros compositores de izquierdas como Hanns Eisler, otro de los colaboradores musicales de Brecht y discípulo del compositor atonal Arnold Schoenberg.[7]

El músico judío que conseguía seguir en su puesto era una rareza extrema. Uno de ellos fue el director Leo Blech una figura popular y fundamental del Teatro de la Ópera del Estado de Berlín, cuya dirección de *El crepúsculo de los dioses* de Wagner recibió una ovación de los espectadores puestos en pie en junio de 1933; Heinz Tietjen, el intendente del Teatro de la Ópera, consiguió convencer a Göring para que le dejase continuar, hasta que se fue a Suecia en 1938. A otros músicos judíos destacados, como el violinista Fritz Kreisel y el pianista Artur Schnabel, que habían vivido en Alemania muchos años, les resultó relativamente fácil irse porque no eran ciudadanos alemanes y, además, eran lo suficientemente famosos como para ganarse la vida en cualquier parte del mundo. La diva operística Lotte Lehmann, una crítica incisiva de la intromisión de Göring en los asuntos del Teatro de la Ópera del Estado de Berlín, era, sin embargo, una ciudadana alemana no judía, pero estaba casada con un judío y se fue a Nueva York como protesta contra la política del régimen. Otros, humildes músicos de orquesta, profesores, administradores y demás, no tenían a su alcance esa opción.[8]

II

La política de coordinación que estaba afectando la vida musical lo mismo que a casi todos los demás sectores de la cultura y la sociedad alemanas no estaba destinada sólo a eliminar alternativas al nazismo y a imponer la vigilancia y el control sobre todos los aspectos de la sociedad alemana. Al mismo tiempo que los camisas pardas pulverizaban a los adversarios del nazismo, Hitler y Goebbels estaban tomando las medidas precisas para que quienes les apoyaban de forma pasiva pasaran a convertirse en participantes activos en la «revolución nacionalsocialista» y los vacilantes y los escépticos adoptaran una actitud más cooperadora. El nuevo gobierno, declaró Goebbels en una conferencia de prensa el 15 de marzo de 1933,

> no se dará por satisfecho sabiendo que tiene un respaldo del 52 por 100 mientras aterroriza al otro 48 por 100 sino que considerará su próxima tarea ganarse a ese otro 48 por 100 [...]. No basta reconciliar a la gente más o menos con nuestro régimen, llevarles hacia una posición de neutralidad hacia nosotros, lo que queremos es trabajar con ellos hasta que se hayan hecho adictos a nosotros [...].[9]

La declaración de Goebbels era tan interesante porque admitía que casi la mitad de la población estaba siendo aterrorizada como por su ambición declarada de ganarse el corazón y la mente de aquellas personas que no habían votado por la coalición en las elecciones del 5 de marzo. Sería una «movilización espiritual» comparable a la movilización militar masiva de 1914. Y con el fin de conseguir esa movilización, el gobierno de Hitler puso en marcha su creación institucional más original, el Ministerio de Propaganda e Ilustración Popular del Reich, creado por un decreto especial el 13 de marzo. El cargo de ministro, con un puesto en el gabinete, se asignó a Joseph Goebbels. Sus campañas propagandísticas originales y sin escrúpulos en Berlín, donde era jefe regional del Partido Nazi, se habrían granjeado la admiración de Hitler, sobre todo durante la campaña electoral que había culminado con la victoria de la coalición el 5 de marzo.[10]

El nuevo ministerio se creó con la oposición de conservadores del gabinete como Alfred Hugenberg, que desconfiaba del radicalismo «socia lista» de Goebbels.[11] Las campañas de propaganda del nuevo ministro durante los años anteriores no habían ahorrado invectivas contra «reaccionarios» y nacionalistas como él. Además, «propaganda», como

confesaba el propio Goebbels, era una palabra «muy difamada» que «siempre tiene un regusto amargo». Se utilizaba a menudo con un sentido peyorativo. Incluir la palabra en el nombre del nuevo ministerio era, por tanto, un paso audaz. Goebbels lo justificó definiendo la propaganda como el arte no de mentir o distorsionar, sino de escuchar el «alma del pueblo» y «hablar a una persona en un idioma que esa persona entienda».[12] Pero no estaba del todo claro, sin embargo, qué áreas de competencia cubrirían «la propaganda y la ilustración del pueblo». En principio, cuando se había hablado por primera vez de crear un ministerio de este tipo, a principios de 1932, Hitler había considerado que abarcaba la educación y la cultura, pero, en la época en que cristalizó la idea, la educación se había reservado, más tradicionalmente, para un ministerio diferenciado, del que se encargaba desde el 30 de enero de 1933 Bernhard Rust.[13] Sin embargo, el objetivo primario del nuevo ministerio de Goebbels, tal como declaró Hitler el 23 de marzo de 1933, era centralizar el control de todos los aspectos de la vida cultural e intelectual. «El gobierno—declaró—se enmarcará en una campaña sistemática para restaurar la salud material y moral de la nación. Todo el sistema educativo, el teatro, el cine, la literatura, la prensa y la radio, todo ello será utilizado como un medio para este fin. Todo ello se aprovechará para ayudar a preservar los valores eternos que son parte de la naturaleza integral de nuestro pueblo».[14]

Sería el propio régimen, por supuesto, el que definiría esos valores. Los nazis partían en sus actuaciones de la premisa de que ellos, y sólo ellos, a través de Hitler, tenían un conocimiento interno del alma alemana y podían entenderla. Los millones de alemanes que se habían negado a apoyar al Partido Nazi (una mayoría, como hemos visto, incluso en las elecciones semidemocráticas del 5 de marzo de 1933) habían sido seducidos, creían ellos, por el marxismo y el bolchevismo «judío», los medios de comunicación y la prensa bajo dominio «judío», la diversión y el arte «judíos» de la cultura de Weimar, y otras fuerzas antialemanas similares que les habían alejado de su alma interior alemana. Así que la tarea del ministro era hacer volver al pueblo alemán a su auténtica naturaleza. El pueblo, proclamó Goebbels, tenía que empezar «a pensar como uno solo, a

reaccionar como uno solo y ponerse al servicio del gobierno con todo su corazón».[15] El fin justificaba los medios, un principio que Goebbels no era ni mucho menos el único dirigente nazi que profesaba:

> No estamos creando aquí un Ministerio de Propaganda que sea algo cerrado y que represente un fin en sí mismo, sino que este Ministerio de Propaganda es un medio para conseguir un fin. Si ese fin se alcanza por este medio, entonces el medio es bueno [...]. El nuevo ministerio no tiene otro objetivo que conseguir que la nación apoye unánimemente la idea de la revolución nacional. Si se alcanzase ese objetivo, aunque pudiesen condenarse de plano mis métodos, no tendría la menor importancia ya que el ministerio, gracias a sus esfuerzos, habría alcanzado por entonces sus objetivos.[16]

Estos métodos, continuaba Goebbels, tenían que ser los más modernos que hubiese. «No hay que permitir que la tecnología se adelante al Reich: el Reich debe mantenerse a la par con la tecnología. Sólo esto último es lo suficientemente bueno».[17]

Con el fin de lograr estas ambiciones, Goebbels eligió para su ministerio a nazis jóvenes y de elevada cultura que no tendrían que lidiar con el conservadurismo arraigado de los funcionarios que imperaba en tantos órganos de alto nivel del Estado. La gran mayoría eran miembros del partido desde antes de 1933; casi 100 de los 350 funcionarios del ministerio ostentaban el brazalete dorado de honor del partido. Su edad media era de poco más de 30 años. Muchos de ellos desempeñaban los mismos cargos, u otros similares, en la oficina de propaganda del partido, que también dirigía Goebbels. El 22 de marzo se instalaron en una sede grandiosa, el Palacio de Leopoldo de la Wilhelmsplatz. Construido en 1737, había sido reformado por el famoso arquitecto del Estado prusiano Karl Friedrich Schinkel a principios del siglo XIX. Los complejos elementos decorativos de estuco y yeso no eran, sin embargo, lo suficientemente modernos para el gusto de Goebbels, y pidió que se eliminasen. Conseguir el permiso para hacerlo resultó ser una pérdida excesiva de tiempo para el nuevo ministro, así que decidió cortar por lo sano, como explica en su diario el 13 de marzo de 1933:

> Dado que todo el mundo está poniendo obstáculos a la tarea de reconstruir y amueblar incluso mi propio despacho, llamé sin más demora a unos trabajadores de la construcción de las SA y les hice eliminar durante la noche todos los adornos de yeso y de madera, y archivos que han estado vegetando en las estanterías desde el año catapún se han tirado por las escaleras con un ruido atronador. Sólo quedan turbias nubes de polvo como testimonio de una pompa burocrática desaparecida.

El ministro, poco después de instalarse, creó departamentos independientes para propaganda, radio, prensa, cine, teatro e «ilustración popular» y se aseguró autoridad absoluta, otorgada el 30 de junio de 1933 por Hitler, que proclamó el nuevo ministerio responsable no sólo de todas esas esferas de actividad, sino también de la representación general en las relaciones públicas del régimen en su conjunto, incluidas las relaciones con la prensa extranjera. Esto otorgó a Goebbels el poder de pasar por alto las objeciones de otros departamentos del Estado que considerasen que el Ministerio de Propaganda estaba inmiscuyéndose en sus propias áreas de actividad. Era un poder que Goebbels habría de necesitar en más de una ocasión en los meses y años siguientes, cuando emprendiese lo que denominó grandilocuentemente la «movilización espiritual de la nación».[18]

El objetivo más inmediato de la política cultural nazi era deshacerse del «bolchevismo cultural» que diversos órganos y representantes del partido habían proclamado que estaba infestando al mundo artístico, musical y literario de la República de Weimar. El procedimiento que siguieron las autoridades nazis para hacerlo proporcionó más ejemplos aún, si fuesen necesarios, de la amplitud y la profundidad del proceso de coordinación que tenía lugar en Alemania como base fundamental de uniformización social, intelectual y cultural obligada sobre la que habría de edificarse el Tercer Reich. Como en otras esferas de la vida, el proceso de coordinación en la esfera cultural incluyó una purga general de judíos de las instituciones culturales y una ofensiva rápida y progresiva contra comunistas, socialdemócratas izquierdistas, liberales y contra cualquiera con mentalidad independiente. La eliminación de los judíos de la vida cultural era una prioridad especial, ya que los nazis afirmaban que habían sido los responsables de socavar los valores culturales alemanes a través de invenciones modernas como la música atonal y la pintura abstracta. En la práctica, por supuesto, estas ecuaciones no se correspondían ni siquiera remotamente con la verdad. No eran los judíos los que sostenían la cultura modernista alemana; muchos de ellos eran en realidad tan culturalmente conservadores como otros alemanes de clase media. Pero en la brutal política de poder de la primera mitad de 1933, eso apenas importaba. Para el nuevo gobierno nazi, respaldado por los nacionalistas, el «bolchevismo

cultural» era una de las creaciones más peligrosas de la Alemania de Weimar y una de las más prominentes. Como había escrito Hitler en *Mi lucha*, «el bolchevismo artístico es la única forma cultural posible y la única expresión espiritual posible del bolchevismo en su conjunto». Entre estas expresiones culturales destacaban el cubismo y el dadaísmo, que Hitler equiparaba, entre otras cosas, con la abstracción. Cuanto más deprisa se sustituyesen esos horrores por una auténtica cultura alemana, mejor. Así que la revolución nazi no sólo se proponía eliminar la oposición; se proponía también transformar la cultura alemana.[19]

III

Las purgas y exilios como los que se podían observar en la escena musical alemana en las primeras semanas que siguieron a la toma nazi del poder no pasaron desapercibidas. El 1 de abril de 1933 un grupo de músicos residentes en Estados Unidos telegrafiaron personalmente a Hitler protestando por ello. El régimen nazi reaccionó de forma característica. La radio oficial alemana prohibió inmediatamente que se retransmitiesen composiciones, conciertos y grabaciones en que participasen los signatarios, entre los que se incluían los directores Koussevitsky, Fritz Reiner y Arturo Toscanini.[20] El crítico interno más sobresaliente de la purga fue Wilhelm Furtwängler. Era un conservador en muchos aspectos. Creía, por ejemplo, que no se debía dar responsabilidades a los judíos en la esfera cultural, que la mayoría de los músicos judíos carecían de una verdadera afinidad interior con la música alemana y que los periodistas judíos debían ser despedidos de sus puestos. Ningún no alemán, escribió una vez, ha escrito nunca una auténtica sinfonía. Desconfiaba de la democracia y de lo que llamaba «éxito judeo-bolchevique» durante la República de Weimar.[21] No ponía ninguna objeción por cuestión de principios a la subida al poder de los nazis y no se creía, por tanto, amenazado en ningún sentido por ella. Su fama internacional era enorme. Había sido director de la Filarmónica de Viena en la década de 1920 y había disfrutado de dos periodos de éxito como director invitado de la Filarmónica de Nueva York. Su carisma personal era tan abrumador que se dice de él que engendró treinta hijos

ilegítimos como mínimo a lo largo de su carrera. Arrogante y seguro de sí, fue otro conservador más cuya valoración de los nazis resultó ser deplorablemente equivocada.[22]

A diferencia de otras orquestas, la Filarmónica de Berlín de Furtwängler no era una corporación de propiedad pública y no estaba, por tanto, sometida a la ley del 7 de abril que imponía el despido de los empleados del Estado judíos. El 11 de abril de 1933 Furtwängler publicó una carta abierta a Goebbels en un diario liberal, en la que declaraba que no estaba dispuesto a rescindir los contratos de los intérpretes judíos de su orquesta. Los términos en los que se expresaba mostraban no sólo su seguridad en sí mismo y su valor, sino también hasta qué punto sus ideas se solapaban con las de los nazis, a cuyas decisiones políticas estaba ahora poniendo objeciones:

> Si la lucha contra la judeidad va dirigida principalmente contra aquellos artistas que carecen de raíces y son destructivos e intentan conseguir un efecto con lo *kitsch*, el virtuosismo a secas y cosas parecidas, entonces está muy bien. La lucha contra ellos y contra el espíritu que encarnan, un espíritu que también tiene, por otra parte, sus representantes alemanes, debe desarrollarse con todo vigor y con toda coherencia. Pero si esa lucha se dirige contra verdaderos artistas, no va en interés de la vida cultural [...]. Hay que decir por tanto, claramente, que hombres como Walter, Klemperer, Reinhardt, etc. en el futuro deben poder dar también su opinión en Alemania.

El despido de tantos buenos músicos judíos, le decía a Goebbels, era incompatible «con la restauración de nuestra dignidad nacional, que todos saludamos ya con tanta gratitud y alegría».[23] Furtwängler continuó así haciendo caso omiso en la práctica, con desdén olímpico, a una vociferante campaña de la prensa nazi para que despidiese a los músicos judíos de su orquesta, la Filarmónica de Berlín, incluidos Szymon Goldberg, su primer violín, y Joseph Schuster, su principal violoncelista.[24]

Goebbels era un político demasiado sutil para reaccionar a la protesta pública de Furtwängler con cólera manifiesta. Su extensa respuesta pública al gran director empezaba dando la bienvenida a la actitud positiva de éste ante la «restauración de la dignidad nacional» por el gobierno de Hitler. Pero le advertía de que la música alemana formaría parte de ese proceso y que el arte por el arte no figuraba ya en el programa. Ciertamente, admitía Goebbels, el arte y la música tenían que ser de la más alta calidad, pero tenían que ser también «conscientes de su responsabilidad, depurados,

próximos al pueblo y llenos de espíritu de lucha». Tergiversando para sus propios fines la frase de Furtwängler, Goebbels estaba de acuerdo en que no debía haber más «experimentos» en música (algo que el director no había dicho) y luego continuaba advirtiéndole:

Sería también, sin embargo, apropiado protestar contra experimentos artísticos en un periodo en que la vida artística alemana está casi totalmente determinada por la manía del experimento por parte de elementos que están alejados del pueblo y que son de una raza extranjera, y menoscaban por ello la reputación artística de Alemania y la comprometen ante el mundo entero.

Que músicos «alemanes» hubiesen contribuido a esa deformación del arte demostraba, en opinión de Goebbels, hasta qué punto había penetrado la influencia judía. Daba la bienvenida a Furtwängler como un aliado en la lucha por eliminarla. A los verdaderos artistas como él siempre se les escucharía en el Tercer Reich. En cuanto a los hombres cuyo silenciamiento tanto había ofendido al director, el ministro de Propaganda del Reich desdeñaba su destitución como una trivialidad, rechazando falazmente al mismo tiempo cualquier responsabilidad por ella:

Quejarse del hecho de que aquí y allá hombres como Walter, Klemperer, Reinhardt, etc. hayan tenido que cancelar conciertos me parece sumamente inadecuado en este momento, teniendo en cuenta el hecho de que, durante los últimos catorce años auténticos artistas alemanes han estado completamente condenados al silencio, y los acontecimientos de las últimas semanas, que no cuentan con nuestra aprobación, sólo representan una reacción natural a este hecho.[25]

No decía quiénes eran aquellos «artistas alemanes auténticos» y, en realidad, no podía decirlo, porque se trataba de una absoluta invención. Pero, dándose cuenta del daño que se haría a la reputación musical internacional de Alemania si actuaba precipitadamente, Goebbels metió en vereda al gran director y a su orquesta no mediante un enfrentamiento directo, sino por medios más solapados. La Depresión había privado a la Filarmónica de la mayoría de sus subvenciones municipales y estatales. El gobierno del Reich se aseguró de que no se le facilitase ninguna ayuda más hasta que la orquesta estuvo al borde de la quiebra. En ese punto, Furtwängler apeló directamente al propio Hitler, que, escandalizado por el hecho de que la orquesta más grande del país estuviese en peligro de tener que dejar de actuar, ordenó que se hiciese cargo de ella el Reich. Así que, a partir del 26 de octubre de 1933, la Filarmónica de Berlín dejó de ser

independiente y Goebbels y su ministerio estuvieron ya en una buena posición para poder hacerla entrar en vereda, lo que finalmente procedieron a hacer.[26]

NOTAS DISCORDANTES

IV

La creación de lo que los nazis consideraban una auténtica cultura musical alemana entrañaba también la eliminación de influencias culturales extranjeras como el jazz, que consideraban producto de una cultura racialmente inferior, la de los afroamericanos. El lenguaje racista, que era una segunda naturaleza para el nazismo, era particularmente ofensivo y agresivo en este contexto. Los críticos y teóricos musicales nazis condenaban la «música de negros» como sexualmente provocadora, inmoral, primitiva, bárbara, antialemana y completamente subversiva. Confirmaba la extendida idea nazi de la degeneración estadounidense, aunque algunos escritores prefiriesen diplomáticamente destacar sus orígenes africanos. Los tonos mareantes del saxofón, de reciente popularidad, también eran objeto de crítica, aunque, cuando las ventas de saxofones empezaron a caer en picado debido a ello, los fabricantes alemanes del instrumento reaccionaron intentando demostrar que su inventor, Adolphe Sax, era alemán (en realidad era belga) y señalando que el venerado compositor alemán Richard Strauss lo había utilizado en algunas de sus composiciones. La prominencia en el mundo del jazz de compositores judíos como Irving Berlin y George Gershwin añadía otra capa de oprobio racial de acuerdo con el criterio de los nazis.[27]

Muchos músicos de jazz, de *swing* y de música de baile de Alemania eran, por supuesto, extranjeros, y abandonaron el país en el clima hostil de 1933. Pero pese a toda la violencia de la polémica nazi, el jazz resultaba casi imposible de definir, y con unos cuantos pellizcos técnicos diestros y una conducta adecuadamente conformista por parte de los intérpretes, los músicos de jazz y de *swing* pudieron continuar tocando sin mucho problema en innumerables clubes, bares, salones de baile y hoteles de Alemania a lo

largo de los años treinta. Los guardias de seguridad de los clubes nocturnos *chic* de Berlín como Roxy, Uhu, Kakadu o Ciro prohibían la entrada a los espías invariablemente mal vestidos que enviaban los nazis, garantizando que su clientela *chic* pudiese seguir disfrutando dentro de la última música de jazz o pseudojazz. Si había que dejar pasar a un espía, el portero no tenía más que tocar un timbre secreto y los músicos cambiaban rápidamente la partitura en sus atriles antes de que llegase al salón de baile.

El escenario social del periodo de Weimar se prolongó así durante 1933, con pocos cambios más que los que le imponían las estrecheces económicas de la Depresión. Hasta los músicos judíos pudieron en su mayoría seguir actuando en los clubes hasta el otoño de 1933, y algunos lograron continuar un tiempo más. En el famoso bar Femina de Berlín, las bandas de *swing* siguieron actuando para más de un millar de bailarines durante la noche mientras un sistema de 225 teléfonos de mesa con instrucciones de uso en alemán y en inglés permitía a los que no tenían pareja telefonear a posibles candidatos a serlo que estuviesen sentados en el local. Puede que el nivel de la música no fuese muy alto, pero eliminar los placeres de cada día (o de cada noche) habría sido contraproducente, incluso en el caso de que los nazis hubiesen podido hacerlo.[28] Sólo donde los cantantes eran abiertamente políticos, como en los famosos cabarets de Berlín, los camisas pardas intervinieron en serio, imponiendo un éxodo masivo de intérpretes judíos y silenciando o eliminando a cantantes y cómicos de filiación comunista, socialdemócrata, liberal o izquierdista en general. Otros purificaron sus actuaciones eliminando la política. Los nazis, por su parte, dándose cuenta de la popularidad del cabaret y de que no había que privar a la gente de todos sus placeres, intentaron fomentar el «cabaret positivo», en el que los chistes eran todos a expensas de sus enemigos. Se contaba que la famosa artista de cabaret Claire Waldoff fue lo suficientemente audaz para cantar una canción que satirizaba a Göring, basada en su sintonía, «Hermann»: «Medallas a la izquierda, medallas a la derecha / Y la barriga que engorda más y más / Es el amo de Prusia / ¡Se llamaba Hermann!». Pronto, siempre que cantaba la versión original de «Hermann», sus oyentes sonreían complacidos porque pensaban en la versión satírica. Pero Waldoff no había escrito esa letra: la historia era

pensamiento voluntarista y, por tanto falsa. No podía ocultar el hecho de que los nazis habían desvirtuado el cabaret a mediados de 1933.[29] Algunos no pudieron soportarlo. Paul Nikolaus, actor cómico de temas políticos del famoso club Kadeko de Berlín («El cabaret de los cómicos»), huyó a Lucerna, donde se suicidó el 30 de marzo de 1933.«Por una vez, no va de broma—escribió—: Me quito la vida. ¿Por qué? Si volviese a Alemania no podría evitar quitármela allí. Ya no puedo trabajar allí, ya no quiero trabajar allí, y sin embargo, por desgracia, me he enamorado de mi Patria. No puedo vivir en estos tiempos».[30]

LA PURGA DE LAS ARTES

I

Los fríos vientos del antisemitismo, el antiliberalismo y el antimarxismo, unidos a un grado de desaprobación moral rancia de la «decadencia», soplaban también por otros sectores de la cultura alemana en los primeros meses de 1933. La industria cinematográfica resultó relativamente fácil de controlar porque, a diferencia del mundo del cabaret o del club, consistía en un pequeño número de grandes empresas, algo tal vez inevitable dado el considerable coste que significaba hacer y distribuir una película. Como en otros sectores, los que comprendieron de qué lado soplaba el viento pronto empezaron a doblegarse a su presión sin que hiciera falta que les dijesen explícitamente lo que tenían que hacer. Los gigantescos estudios UFA, propiedad de Alfred Hugenberg, aún miembro del gabinete de Hitler por entonces, pusieron en marcha, ya en marzo de 1933, una política general de despedir al personal judío y de cortar toda relación con los actores judíos. Los nazis no tardaron en coordinar la Asociación Alemana de Propietarios de Cines. Los trabajadores del sector sindicalizados fueron nazificados y el 14 de julio Goebbels creó la Cámara del Cine del Reich para supervisar toda la industria cinematográfica. A través de estas instituciones, nazis prominentes, en especial Goebbels, entendido y entusiasta en la materia, pudieron controlar la contratación de actores, directores, cámaras y personal técnico auxiliar. Se eliminó gradualmente a los judíos de todas las ramas de la industria a pesar del hecho de que no estaba incluida en el ámbito de la ley del 7 de abril. Actores y directores cuyas ideas políticas eran inaceptables para el régimen dejaron de tener trabajo.[31]

Ante las nuevas condiciones de censura y control, una minoría de personalidades de la industria cinematográfica prefirieron probar fortuna en la atmósfera más libre de Hollywood. Entre los que lo hicieron figuraba el

director Fritz Lang, que se había apuntado una serie de éxitos con películas como *M: El vampiro de Düsseldorf*, *Metrópolis* y *Los nibelungos*, una epopeya que se convirtió en una de las favoritas de Hitler. La película de Lang *El testamento del doctor Mabuse*, una sátira indirecta de los nazis, fue prohibida poco antes de su previsto estreno, en la primavera de 1933. Le siguió al exilio Billy Wilder, cuyas populares películas románticas habían revelado hasta entonces pocos indicios de la audacia que habría de mostrar en sus películas de Hollywood, como *Perdición* y *Días sin huella*. Estos dos directores hicieron algunas de las películas de más éxito de Hollywood en las décadas siguientes. Otros directores de cine emigraron a París, entre ellos G. W. Pabst, checo de nacimiento, director de la película clásica de Weimar *La caja de Pandora* y de una versión cinematográfica de *La ópera de cuatro cuartos* de Bertolt Brecht y Kurt Weill, y Max Ophüls (Max Oppenheimer), nacido en 1902 en Alemania. Algunos directores y actores de cine alemanes, sin embargo, se habían sentido atraídos por el poder magnético de Hollywood mucho antes de que los nazis llegasen al poder. La marcha de Marlene Dietrich, por ejemplo, en 1930, tuvo más que ver con el dinero que con la política. Uno de los pocos que se fueron como consecuencia directa de la llegada del Tercer Reich fue Peter Lorre, húngaro de nacimiento, que había interpretado el papel de un asesino de niñas furtivo y compulsivo en *M: El vampiro de Düsseldorf*, de Fritz Lang; la propaganda nazi intentó más tarde sugerir que el asesino era judío, una insinuación totalmente ausente en la película de Lang.[32] Pero mientras que estos emigrados atraían una merecida atención, la gran mayoría de los que trabajaban en la próspera industria cinematográfica de Alemania se quedaron. De las 75 estrellas de cine enumeradas en la revista *Film Week* en 1932 como las más populares de Alemania (basándose en las cartas de admiradores recibidas), sólo emigraron 13, aunque entre ellos se incluían tres de los cinco primeros: Lilian Harvey y Kaethe von Nagy, que se fueron en 1939, y Gitta Alpar, que se fue en 1933. De los situados más abajo en la lista, Brigitte Helm se fue en 1936 y Conrad Veidt en 1934. Aparte de Alpar, sólo otra estrella, Elisabeth Bergner, que era judía, se fue en 1933; 35 de los 75 aún estaban trabajando en películas alemanas en 1944-1945.[33]

El cine había ido haciéndose cada vez más popular a lo largo de finales de los años veinte y principios de los treinta, sobre todo con la llegada de las películas sonoras. Pero, en una época anterior a la televisión, el medio de comunicación de masas moderno más popular y de más rápido crecimiento era la radio. A diferencia de la industria cinematográfica, la cadena de radio era de propiedad pública; un 51 por 100 de sus acciones pertenecían a la Compañía de Radio del Reich, de alcance nacional, y el otro 49 por 100 a nueve emisoras regionales. Ejercían el control dos comisarios de radio del Reich, uno del Ministerio de Correos y Comunicaciones y el otro del Ministerio del Interior, junto con una serie de comisarios regionales. Goebbels era muy consciente del poder de la radio. Durante la campaña electoral de febrero-marzo de 1933, había conseguido bloquear todos los intentos de partidos que no fueran el nazi y el nacionalista de conseguir que se emitiese su propaganda política. No tardaría en conseguir, además, la sustitución de los dos comisarios de radio del Reich existentes por otros dos nombrados por él y en obtener de Hitler un decreto, el 30 de junio de 1933, que ponía el control de todas las emisiones en manos del Ministro de Propaganda.

Tras eso Goebbels inició inmediatamente una gran purga en las instituciones radiofónicas, con 270 despidos a todos los niveles en los seis primeros meses de 1933. Esto representaba un 13 por 100 del total de empleados. Judíos, liberales, socialdemócratas y otros no queridos por el nuevo régimen fueron despedidos, un proceso facilitado por el hecho de que muchos de ellos tenían contratos a corto plazo. Reporteros y directores de radio identificados con el régimen radiofónico liberal anterior, incluido el fundador de la radio alemana, Hans Bredow, fueron detenidos acusados de corrupción, trasladados al campo de concentración de Oranienburg y condenados en un gran juicio propagandístico que se celebró, tras meses de preparación, en 1934-1935. Pero la mayoría se mostraron dispuestos a continuar con el nuevo régimen. La continuidad estaba asegurada por la presencia de hombres como Hans Fritsche, un antiguo director del departamento de noticias de radio de Hugenberg en la década de 1920 y jefe del Servicio de Radio Alemán, que estaba a cargo de las emisiones de noticias bajo el nuevo régimen. Como muchos otros, dio pasos para afianzar

su posición ingresando en el partido, en su caso el 1 de mayo de 1933. Por entonces la mayoría de las emisoras de radio habían sido eficazmente coordinadas y estaban transmitiendo cantidades crecientes de propaganda nazi. El 30 de marzo un locutor socialdemócrata, Jochen Klepper, cuya esposa era judía, se quejaba ya de que «lo que queda de la emisora es casi como un cuartel nazi: uniformes, uniformes de las formaciones del partido». Sólo dos meses después también él fue despedido.[34]

II

La radio, proclamó Goebbels en un discurso el 25 de marzo de 1993, era «el instrumento más moderno y más importante para influir en las masas que existe». A largo plazo, decía, la radio substituiría incluso a los periódicos. Pero, por el momento, los periódicos seguían siendo de importancia básica para la difusión de noticias y de opinión. Presentaban un obstáculo para la política nazi de coordinación y control mucho más formidable que el que planteaban la industria cinematográfica y la radio. Alemania tenía más periódicos diarios que Inglaterra, Francia e Italia juntas, y muchas más revistas y publicaciones periódicas de todos los tipos imaginables. Había periódicos y revistas independientes a escala nacional, regional y local, que representaban todo el espectro de las ideas políticas, desde la extrema izquierda a la extrema derecha. El intento del Partido Nazi de construir un próspero imperio periodístico propio no había tenido demasiado éxito. Los periódicos políticos estaban en decadencia en el periodo final de la República de Weimar, y la palabra impresa parecía ocupar un segundo plano frente a la hablada en la tarea de conseguir adhesiones a la causa nazi.[35]

En esta situación, Goebbels no tenía más opción que actuar de forma gradual. Fue bastante fácil cerrar la prensa oficial socialdemócrata y comunista; a las prohibiciones repetidas de los primeros meses de 1933 siguió el cierre total en cuanto desaparecieron de escena los partidos. Pero al resto hubo que enfrentarse en una variedad de frentes. Un medio de meter en vereda a la prensa fue la aplicación de la fuerza directa y de medidas policiales. Diarios conservadores como *Münchner Neueste Nachrichten*

(«Últimas noticias de Munich»), estaban igual de expuestos a prohibiciones periódicas que las publicaciones centristas y liberales. El católico *Fränkische Presse* («Periódico de Franconia»), un órgano del Partido del Pueblo Bávaro, fue obligado a incluir una declaración en primera plana el 27 de marzo de 1933 disculpándose por haber publicado mentiras sobre Hitler y los nazis durante años. Ante una presión así, las organizaciones de prensa importantes se convencieron de que no tendrían más remedio que adecuarse al nuevo clima. El 30 de abril de 1933 la Asociación de la Prensa Alemana del Reich, el sindicato de periodistas, se coordinó por iniciativa propia, lo mismo que hicieron muchos otros organismos similares. Se eligió como director al colega de Goebbels Otto Dietrich, quien anunció que en el futuro la inscripción sería obligatoria para todos los periodistas y, al mismo tiempo, que sólo se aceptaría a los racial y políticamente fiables.[36] El 28 de junio de 1933 la Asociación de Editores de Prensa Alemanes se atuvo a la consigna nombrando presidente de la institución al editor del Partido Nazi Max Amann y eligiendo para su consejo a nazis en vez de a miembros que habían pasado a ser ahora políticamente indeseables.[37] Por entonces la prensa estaba ya amedrentada y se había sometido. Los periodistas no nazis sólo podían comunicar sus ideas mediante alusiones e insinuaciones sutiles; los lectores sólo podían espigar lo que querían decir leyendo entre líneas. Goebbels convirtió las conferencias de prensa públicas y regulares del gobierno que se habían celebrado durante la República de Weimar en reuniones secretas en las que el ministro de Propaganda transmitía instrucciones detalladas a periodistas seleccionados sobre asuntos de las noticias, llegando a veces incluso a suministrar artículos para que se publicaran literalmente o se utilizaran como base para informaciones y reportajes. «Debéis saber no sólo lo que está sucediendo—explicó Goebbels a los periodistas que asistieron a su primera conferencia de prensa oficial el 15 de marzo de 1933—, sino también el punto de vista del gobierno sobre ello y cómo podéis transmitir eso al pueblo con mayor eficacia».[38] Lo de que no había que transmitir ningún otro punto de vista no hacía falta decirlo.

Por otra parte, los nazis estaban deteniendo diligentemente a periodistas pacifistas y comunistas con toda la rapidez posible. Las detenciones se habían iniciado en las primeras horas del día 28 de febrero de 1933. Uno de los primeros detenidos fue Carl von Ossietzky, director de *Die Weltbühne*, un órgano intelectual destacado de periodismo generalmente pacifista y de izquierdas. Ossietzky había ganado notoriedad no sólo como un crítico incisivo de los nazis antes de 1933, sino también por haber publicado la revelación de un programa secreto e ilegal de rearme de la industria aeronáutica, un acto por el que había ingresado en prisión tras un juicio que había causado sensación en mayo de 1932. Una gran campaña organizada por escritores de fuera de Alemania no logró que se le pusiera en libertad después de que volviera a ser detenido en 1933. Internado en un campo de concentración improvisado dirigido por los camisas pardas en Sonnenburg, el frágil Ossietzky fue obligado a realizar duros trabajos físicos, incluido el de excavar lo que los guardias le dijeron que era su propia tumba. Nacido en Hamburgo en 1889, no era judío, ni polaco ni ruso, a pesar de su apellido, sino alemán en el pleno sentido del término, tal como lo utilizaban los nazis. Los camisas pardas, haciendo caso omiso de este hecho, acompañaban las patadas y palizas regulares de que le hacían víctima con gritos de «cerdo judío» y «cerdo polaco». Ossietzky, que nunca fue físicamente fuerte, sobrevivió por poco a un ataque al corazón el 12 de abril de 1933. Prisioneros liberados que hablaron discretamente con amigos suyos le describieron como un hombre acabado después de eso.[39]

A Ossietzky le fue sólo un poco mejor que a otro escritor radical de los años veinte, el dramaturgo y poeta anarquista Erich Mühsam, que por su participación en el régimen de los «anarquistas de café» de Munich en 1919, ya había pasado un periodo de cárcel durante la República de Weimar. Detenido después del incendio del Reichstag, fue blanco especial del odio de los camisas pardas porque no sólo era un escritor radical sino también un revolucionario y, además, judío. Sometido a infinitas brutalidades y humillaciones, guardias de las SS del campo de concentración de Oranienburg lo hicieron papilla a golpes cuando se negó a cantar la «Canción de Horst Wessel», y poco después se le encontró ahorcado en la letrina del campo.[40] Su anterior colega en el efímero

gobierno revolucionario de Munich, el anarquista y pacifista Ernst Toller (otro escritor judío), había estado también en la cárcel por su papel en la revolución. Una serie de obras realistas que atacaban las injusticias e iniquidades de la sociedad alemana en la década de 1920 lo mantuvieron presente en el escenario público, incluida una sátira sobre Hitler con el título irónico de *Wotan desatado*. A finales de febrero de 1933 Toller estaba casualmente en Suiza, y el aluvión de detenciones que siguió al incendio del Reichstag lo convenció de que no debía volver a Alemania y emprendió extensas giras de conferencias denunciando el régimen nazi, pero las penalidades del exilio le hicieron imposible continuar su vida como escritor y se suicidó en Nueva York en 1939, sumido en la desesperación ante la perspectiva inminente de una nueva guerra mundial.[41]

Hubo algunos que consiguieron adaptarse al mundo literario fuera de Alemania, sobre todo el poeta y dramaturgo comunista Bertolt Brecht, que dejó Alemania por Suiza, y luego Dinamarca, en 1933, y que acabó encontrando trabajo en Hollywood. Uno de los exiliados de más éxito fue el novelista Erich Maria Remarque, autor de *Sin novedad en el frente*, que, pese a su nombre y a las insistentes insinuaciones de los nazis, no era francés sino alemán (también alegaban que era judío y que había invertido el orden de las letras de su apellido original, Remark, que según ellos decían, sin ningún motivo que lo justificase, era en realidad Kramer). Siguió escribiendo en el exilio y se ganó la vida lo suficientemente bien con la venta de los derechos cinematográficos de una serie de obras suyas como para que se le adjudicase una imagen de ocioso vividor en Hollywood y en otros lugares a finales de la década de 1930, disfrutando de aventuras amorosas, con una sucesión de actrices de Hollywood a las que se dio mucha publicidad.[42] Más famoso aún era el novelista Thomas Mann, cuyas novelas *Los Buddenbrook* y *La montaña mágica*, así como novelas cortas como *Muerte en Venecia*, le habían convertido en uno de los gigantes literarios del mundo y proporcionado el Premio Nobel de Literatura en 1929. Mann se había convertido en uno de los principales defensores literarios de la democracia de Weimar y recorrió Alemania y el mundo incesantemente dando conferencias en las que hablaba de que era necesario sostenerla. Los nazis no lo amenazaron directamente con actos de violencia

ni con encarcelarlo, pero a partir de febrero de 1933 se quedó en Suiza a pesar de las propuestas del régimen para que volviese. «No puedo imaginar la vida en Alemania tal como es hoy», escribió en junio de 1933, y unos meses después de que lo hubiesen expulsado en medio de un chaparrón de retórica hostil de la Academia Prusiana de las Artes, junto con otros autores democráticos como la poeta y novelista Ricarda Huch, reafirmó aún más su compromiso, diciéndole a un amigo: «Por lo que a mí respecta personalmente, la acusación de que me fui de Alemania no es aplicable. Fui expulsado. Agredido, puesto en la picota y despojado por los conquistadores extranjeros de *mi* país, pues yo soy un alemán más viejo y mejor que ellos».[43]

El hermano de Thomas Mann, Heinrich, autor de sátiras incisivas sobre las costumbres de la burguesía alemana como *Hombres de paja* y *El ángel azul*, fue tratado con más dureza por el régimen, al que había ofendido por su crítica abierta a los nazis en numerosas alocuciones y ensayos. En 1933 fue despojado de su cargo de presidente de la sección literaria de la Academia Prusiana de las Artes y se fue a vivir a Francia. Se le unió allí en agosto de 1933 el novelista Alfred Döblin, que había sido un exponente destacado de la modernidad literaria en novelas como *Berlin Alexanderplatz*, que se desarrollaba en el mundo de los bajos fondos y de la delincuencia de la capital alemana en los años de posguerra. Judío y antiguo socialdemócrata, fue prácticamente proscrito por los nazis. El mismo destino se abatió sobre otro novelista famoso, Lion Feuchtwanger, también judío, cuyas novelas *Éxito* y *Los Oppenheim*, publicadas en 1930 y 1933 respectivamente, eran agudamente críticas con las corrientes conservadoras y antisemitas de la política y de la sociedad alemanas; Feuchtwanger estaba en California cuando se enteró de que sus obras habían sido prohibidas y no regresó a Alemania. El novelista Arnold Zweig huyó a Checoslovaquia en 1933 y luego a Palestina; también a él lo había proscrito el régimen como judío, y no podía conseguir ya que sus obras se publicasen en Alemania.[44]

En unas circunstancias de censura y control nazis en rápido aumento, pocos escritores podían seguir produciendo obras de cierta calidad en Alemania después de 1933. Hasta escritores conservadores se distanciaron del régimen de una forma u otra. El poeta Stefan George, que había

agrupado en torno suyo un círculo de acólitos consagrados a revivir una «Alemania secreta» que acabase con el materialismo de Weimar, ofreció su «colaboración espiritual» al «nuevo movimiento nacional» en 1933, pero se negó a ingresar en las organizaciones culturales o literarias nazificadas; varios de sus discípulos eran judíos. George murió en diciembre de 1933, pero otro destacado escritor radical-conservador, Ernst Jünger, que había estado próximo a los nazis en la década de 1920, llegó a vivir hasta el mismo final del siglo XX, con más de 100 años. Muy admirado por Hitler por su glorificación de la vida del soldado en *Tempestades de acero*, su novela de la Primera Guerra Mundial, descubrió que el terrorismo del Tercer Reich no era en absoluto de su gusto y se retiró a lo que muchos llamarían posteriormente «exilio interior». Como otros que siguieron este curso, escribió novelas sin un claro marco contemporáneo (un buen número de escritores se inclinaron por la Edad Media) y, aunque en ellas se expresase cautamente a veces alguna crítica al terror o a la dictadura en un sentido general, seguían publicándose, distribuyéndose y reseñándose siempre que no atacasen al régimen de una forma explícita.[45]

Los personajes destacados, como el escritor expresionista anteriormente apolítico Gottfried Benn, que se convirtieron en campeones entusiastas del nuevo régimen, fueron relativamente raros. A finales de 1933 apenas había escritores de cierto talento o fama que siguiesen en Alemania. El dramaturgo Gerhart Hauptmann, que había ganado el Premio Nobel de Literatura en 1912, fue quizás una excepción. Pero tenía más de 70 años cuando Hitler se convirtió en canciller y había dejado ya bastante atrás el periodo culminante de su capacidad creadora, el periodo en que se había hecho famoso por sus dramas conmovedores sobre la pobreza y la explotación. Continuó escribiendo y procuró mostrar conformidad exterior haciendo el saludo nazi y uniéndose a las demás voces cuando se cantaba la «Canción de Horst Wessel». Pero no se convirtió en un nacionalsocialista y sus obras naturalistas eran frecuentemente atacadas por los nazis por sus actitudes supuestamente negativas. A un escritor húngaro que se encontró con él en Rapallo en 1938 le enumeró un largo catálogo de quejas sobre Hitler. Le dijo con amargura que había arruinado a Alemania y que pronto

arruinaría el mundo. Por qué, entonces, no había abandonado el país, le preguntó el húngaro. «Porque soy un cobarde, ¿comprendes?—gritó furioso—, soy un cobarde, ¿comprendes? Soy un cobarde».[46]

III

La pérdida de tantos escritores destacados de un género y de otro se vio acompañada por un éxodo similar entre artistas y pintores. Hubo aquí también un paralelismo con la oleada de persecución que barrió el mundo musical alemán al mismo tiempo. Pero en el mundo del arte estuvo, además, alimentada por la fuerte antipatía personal hacia la modernidad de Hitler, que en el fondo se consideraba un artista. Había proclamado en *Mi lucha* que el arte moderno era el producto de subversivos judíos y «las excrecencias mórbidas de hombres dementes y degenerados». Estas ideas suyas las compartía también Alfred Rosenberg, que tenía una visión decididamente tradicionalista de la naturaleza y la función de la pintura y de la escultura. Mientras que la música alemana de la década de 1920 no era ya la fuerza dominante que había sido en los siglos XVIII y XIX, la pintura alemana, liberada por el expresionismo, la abstracción y otros movimientos modernos, había experimentado un notable resurgir en las tres primeras décadas del siglo XX, dejando atrás incluso la literatura como la más destacada y de más éxito internacional de todas las artes. Esto era lo que los nazis, con Alfred Rosenberg a la cabeza, se proponían ahora destruir, siguiendo el precepto del punto 25 del programa del Partido Nazi de 1920, que afirmaba: «Pedimos que se actúe judicialmente contra todas las tendencias del arte y la literatura que sea probable, por su naturaleza, que desintegren nuestra vida como nación».[47]

Hacía mucho que había estallado la polémica sobre la obra de pintores como George Grosz, Emil Nolde, Max Beckmann, Paul Klee, Ernst Ludwig Kirchner, Otto Dix y muchos otros. Tanto los conservadores como los nazis destestaban sus cuadros. Había causado gran escándalo el uso de motivos religiosos para la caricatura política por parte de Grosz, que ya había tenido que enfrentarse a dos denuncias (sobreseídas) por blasfemia antes de que los nazis llegasen al poder.[48] En julio, Alfred Rosenberg vilipendió los

cuadros de Emil Nolde como «negroides, blasfemos y toscos», y el monumento a los caídos en la guerra de Magdeburgo de Ernst Barlach como una ofensa a la memoria de los muertos, a los que el artista retrataba, según Rosenberg, como «medio idiotas». Las representaciones implacables de los horrores de las trincheras en la Primera Guerra Mundial de Otto Dix fueron también objeto de agudas críticas por parte de los archipatriotas nazis. Todo lo que no fuese obvia y servilmente representativo era susceptible de comentarios hostiles. El arte, según los nazis, tenía que surgir, como todo lo demás, del alma del pueblo, de manera que «cualquier hombre sano de las SA» era tan capaz de llegar a una conclusión justa sobre su valor como cualquier crítico de arte.[49] No sólo fueron objeto de graves ataques los artistas alemanes, sino también los extranjeros. Los museos y galerías de arte de Alemania habían comprado muchos cuadros de impresionistas y posimpresionistas franceses a lo largo de los años, y los nacionalistas consideraban que habría sido preferible gastar ese dinero en fomentar el arte alemán, sobre todo teniendo en cuenta la conducta de los franceses en Renania y en el Ruhr durante la República de Weimar.[50]

Algunos artistas, como Grosz, miembro del Partido Comunista, vieron lo que se avecinaba incluso antes del 30 de enero de 1933 y abandonaron el país.[51] La política del gobierno estatal nazi de Turingia a partir de 1930 había transmitido una clara advertencia de lo que iba a venir. Había eliminado obras de pintores como Klee, Nolde y Oskar Kokoschka del museo estatal de Weimar y había ordenado que se destruyesen los frescos de Oskar Schlemmer de la escalera de la Bauhaus de Dessau, poco antes de que se cerrase la propia Bauhaus. Todo eso debería haber dejado claro que era probable que los militantes nazis organizasen un grave ataque contra la modernidad artística. Pero parecía brindar un cierto margen de maniobra el hecho de que hubiese algunos centros del partido que veían con buenos ojos el expresionismo, incluido el Sindicato de Estudiantes nazi de Berlín, que llegó incluso a organizar una exposición de arte alemán en julio de 1933 que incluía obras de Barlach, Macke, Franz Marc, Nolde, Christian Rohlfs y Karl Schmidt-Rottluff. Los jefes locales del partido obligaron a cerrar la exposición al cabo de tres días. A Hitler le parecía especialmente odiosa la obra de Nolde, que Goebbels, cuyos gustos eran más católicos, admiraba

bastante; cuando el caudillo nazi inspeccionó la nueva casa del ministro de Propaganda en Berlín en el verano de 1933, se quedó horrorizado al ver cuadros «insólitos» de él en las paredes y ordenó que se retirasen inmediatamente. Nolde fue expulsado de la Academia Prusiana de las Artes, lo que le causó un pesar considerable, puesto que había sido miembro del Partido Nazi prácticamente desde su fundación en 1920. A lo largo de 1933, jefes del partido locales y regionales despidieron a 27 conservadores de museos y galerías de arte, sustituyéndolos por fieles del partido que hicieron retirar inmediatamente las obras modernas e incluso, en algunos casos, las exhibieron separadamente como «Imágenes del bolchevismo cultural» en una «Cámara de los horrores artísticos».[52] Otros directores y su personal se inclinaron ante el nuevo poder, ingresaron en el Partido Nazi o se atuvieron a su política.[53]

Lo mismo que en otras esferas de la vida cultural, la purga de los artistas judíos, fuesen modernos o tradicionales, se aceleró rápidamente en la primavera de 1933. La «coordinación» de la Academia Prusiana de las Artes se inició con la dimisión forzada del que había sido su presidente, y aún lo era honorífico, el anciano de 86 años Max Liebermann, el pintor impresionista más destacado de Alemania. Liebermann declaró que siempre había creído que el arte no tenía nada que ver con la política, una idea por la que fue rotundamente condenado en la prensa nazi. Cuando le preguntaron cómo se sentía a tan avanzada edad, el artista contestó: «No puede uno tragar tanto como le gustaría vomitar». Cuando murió dos años después, sólo asistieron al funeral del que había sido en tiempos un pintor célebre en todo el país tres artistas no judíos. Uno de ellos, Käthe Kollwitz, célebre por sus retratos francos pero no abiertamente políticos de la pobreza, había sido obligada a dimitir de la Academia Prusiana; el escultor Ernst Barlach dimitió como protesta por esa expulsión y la de otros artistas, pero se quedó en Alemania, a pesar de que sus obras fueron prohibidas, como las de Schmidt-Rottluff.[54]

Paul Klee, uno de los blancos favoritos de la polémica cultural nazi por su supuesto arte «negroide», fue expulsado de su cátedra de Düsseldorf y salió casi inmediatamente para Suiza, su país natal. Pero otros artistas modernos no judíos decidieron esperar a ver cómo evolucionaban las cosas,

con la esperanza de que a la antimodernidad de Hitler y de Rosenberg se impusiesen personajes más favorables del régimen, como Goebbels. Max Beckmann, que había estado viviendo en Frankfurt, se trasladó a Berlín en 1933 con la esperanza de poder influir en la política en beneficio propio. Tenía, como muchos de estos otros artistas, fama internacional, pero a diferencia de Grosz y de Dix nunca había hecho obras directamente políticas, y a diferencia de Kandinsky y de Klee ni siquiera había tendido nunca a la abstracción. Sin embargo, sus cuadros fueron retirados de las paredes de la Galería Nacional de Berlín y el artista fue despedido de su puesto de profesor en Frankfurt el 15 de abril de 1933. Amigos marchantes consiguieron que pudiese seguir ganándose la vida por su cuenta mientras aguardaba a ver cuál sería su destino final. Kirchner, sin embargo, accedió a dimitir de la Academia, pero indicó que no era judío y que nunca había tenido actividades políticas. No sólo Oskar Schlemmer, sino incluso el inventor ruso de la pintura abstracta, Vasily Kandinsky, que había vivido durante décadas en Alemania, pensaba también que el ataque al arte moderno no duraría mucho y decidió seguir en el país.[55]

La purga prusiana estuvo acompañada de purgas similares en otras partes de Alemania. Otto Dix fue expulsado de la Academia de Dresde pero siguió trabajando en privado, a pesar de que se estaban retirando sus cuadros de galerías y museos. El arquitecto Mies van der Rohe se negó a dimitir como miembro de la Academia y fue expulsado. Había intentado brevemente recrear la Bauhaus en una fábrica abandonada de Berlín, hasta que irrumpió la policía y clausuró el local en abril de 1933. Protestó, sin embargo, asegurando que se trataba de una institución completamente apolítica. Walter Gropius, el fundador de la Bauhaus, se quejó de que, como veterano de guerra y patriota, sólo se había propuesto recrear una cultura alemana viva y auténtica en la arquitectura y el diseño. No pretendía que fuese política, y aún menos una afirmación de oposición a los nazis. Pero en la Alemania de esa época el arte era cualquier cosa menos apolítico, pues los movimientos modernos radicales de los años de Weimar, desde el dadaísmo a la propia Bauhaus, habían difundido la idea de que el arte era un medio de transformar el mundo; los nazis sólo estaban adaptando ese imperativo político-cultural a sus propios fines. Además, depositar las

esperanzas propias en Joseph Goebbels era siempre una empresa arriesgada. Las que tenían estos artistas de que acabaría reivindicándolos acabarían viéndose frustradas de la forma más espectacular posible.[56]

IV

Se ha calculado que emigraron de Alemania después de 1933 unas dos mil personas dedicadas a actividades artísticas.[57] Entre esas personas se incluían muchos de los escritores y artistas más brillantes y de mayor fama internacional de la época. No ayudó precisamente a mejorar su situación la decisión que tomó Goebbels de privarles de la nacionalidad alemana. Para muchos de ellos la condición de apátrida podía significar una penuria considerable, dificultades para desplazarse de un país a otro y problemas para encontrar trabajo. Sin documentos, la burocracia solía negarse a reconocer su existencia. El régimen publicó una serie de listas de aquellos a los que se había privado de la nacionalidad alemana y retirado la documentación y el pasaporte, empezando el 23 de agosto de 1933 con escritores como Lion Feuchtwanger, Heinrich Mann, Ernst Toller y Kurt Tucholsky; se publicaron tres listas más poco después, en las que figuraban la mayoría de los otros emigrados importantes. A Thomas Mann no sólo se le privó de la nacionalidad, sino que se le despojó también del título honorífico que le había concedido la Universidad de Bonn; su carta abierta de protesta al rector no tardó en convertirse en objeto de culto entre los emigrados.[58] El daño que se hizo a la vida cultural alemana fue enorme. Apenas quedaron escritores, artistas o pintores de talla internacional. Toda una galaxia de directores de orquesta y de músicos destacados se habían visto obligados a partir, y la mayoría de los directores de cine de más talento también se habían ido del país. Los hubo que prosperaron en el exilio y los hubo que no; todos se dieron cuenta de que las dificultades a las que se enfrentaban la cultura y las artes bajo el Tercer Reich iban a ser mayores que las que la mayoría de ellos podían encontrar en el extranjero.

Lo que les aguardaba a los amantes del arte y de la cultura que se quedaron en Alemania después de 1933 quedó gráficamente demostrado por una nueva obra, dedicada a Hitler a petición propia, y que se estrenó en el

Teatro del Estado de Berlín el 20 de abril de 1933, día de su cumpleaños. Formaban parte del público Hitler y otros nazis destacados, incluido Goebbels. En escena, los papeles principales los interpretaban Veit Harlan, que no tardaría en convertirse en uno de los puntales del cine alemán del Tercer Reich, el popular actor Albert Bassermann, que había aceptado su papel sólo tras una petición personal de Goebbels que no había sido capaz de rechazar, y Emmy Sonnemann, una joven actriz por la que Hermann Göring sentía un interés más que pasajero, ya que la convirtió en su segunda esposa no mucho después. Al final del drama patriótico, no hubo ningún aplauso; el público, en vez de aplaudir, se puso en pie al unísono y cantó la «Canción de Horst Wessel». Sólo después de eso se iniciaron los aplausos, con todos los actores haciendo repetidamente el saludo nazi, a excepción de Bassermann, que se quedó con los brazos cruzados sobre el pecho y se inclinó en la forma característica de los actores de teatro; casado con la actriz judía Else Schiff y vástago de una familia famosa de políticos liberales, se sentía a disgusto con el nuevo régimen, y emigró con su esposa a Estados Unidos al año siguiente. La obra era *Schlageter*, una versión teatral de la historia del levantamiento nacionalista contra los franceses en la Baja Renania a principios de la década de 1920. El autor era Hanns Johst, un veterano de guerra que se había hecho famoso como dramaturgo expresionista. Había gravitado hacia el Partido Nazi a finales de los años veinte. Su método expresionista adoptaba un giro nuevo en la última escena, cuando el pelotón de fusilamiento se disponía a disparar contra la figura atada de Schlageter desde el fondo del escenario, pues los fogonazos de las armas atravesaban su corazón y se dirigían luego hacia los espectadores, invitando así al público a identificarse con su encarnación de los temas nazis de sangre y sacrificio, y a convertirse con él en víctima de la opresión francesa.[59]

Pero la obra se hizo rápidamente famosa por una razón que no tenía nada que ver con el bombo y el oropel nazis de su estreno. Gracias a toda la publicidad que obtuvo, se consideró por regla general que simbolizaba la actitud nazi hacia la cultura. La gente se fijó, bien al ver la obra o bien al leer sobre ella en la prensa, en que uno de los personajes principales, Friedrich Thiemann, interpretado por Veit Harlan, rechazaba todos los

conceptos e ideas culturales e intelectuales, argumentando, en una serie de escenas en que hablaba con el estudiante Schlageter, que deberían ser sustituidas por la sangre, la raza y el sacrificio por el bien de la nación. En una de estas discusiones, ese personaje proclamaba: «¡Yo, cuando oigo "cultura", retiro el seguro de la Browning!».[60] Para muchos alemanes cultos, esto parecía resumir la actitud de los nazis hacia las artes, y la frase se difundió con gran rapidez, quedando totalmente desplazada de su contexto original. No tardó en atribuirse a varios nazis destacados, pero sobre todo a Hermann Göring, simplificándose en el proceso en una frase más pegadiza, totalmente apócrifa, pero muy repetida: «¡Yo, cuando oigo la palabra "cultura", echo mano a la pistola!».[61]

«CONTRA EL ESPÍRITU ANTIALEMÁN»

I

El filósofo más famoso de Alemania en los últimos años de la República de Weimar, Martin Heidegger, había adquirido su formidable reputación como pensador debido sobre todo a la publicación en 1927 de su voluminosa obra *Ser y tiempo*, un tratado sobre cuestiones filosóficas fundamentales como el sentido de la existencia y la naturaleza de la humanidad. Difícil de entender y expuesto a menudo en un lenguaje repelentemente abstracto, aplicaba el método «fenomenológico» de su maestro y predecesor en la cátedra de filosofía de la Universidad de Friburgo, Edmund Husserl, a cuestiones que habían atribulado a los filósofos desde la Antigua Grecia. Se consideró inmediatamente un clásico. En años futuros, el pensamiento de Heidegger habría de tener una influencia significativa en los existencialistas franceses y en sus seguidores. Pero, de una forma más inmediata, su enfoque pesimista reflejaba la gradual emancipación del filósofo del catolicismo, en el que se había educado desde su nacimiento en 1889, y su paso a una forma de pensar más influida por la mentalidad protestante. Heidegger, a finales del periodo de Weimar, había llegado a creer en concreto que era necesario renovar la vida y el pensamiento alemanes, y que debía llegar una nueva era de unidad espiritual y de redención nacional. A principios de la década de 1930 estaba empezando a pensar que había hallado la respuesta a lo que estaba buscando en el nacionalsocialismo.[62]

Heidegger había establecido ya contactos entre bastidores con figuras destacadas de la Liga de Estudiantes Alemanes Nacionalsocialistas de Friburgo en 1932. No tenía ninguna experiencia en la administración de la universidad, pero, para el reducido grupo de nazis que había entre los profesores, él era el hombre adecuado para el cargo de rector cuando los nazis llegaron al poder. Poseía el prestigio académico y, al mismo tiempo, la

convicción política que le hacían aceptable como sustituto del profesor liberal Wilhelm von Möllendorff, que debía tomar posesión en abril de 1933. Heidegger, deseoso de desempeñar la tarea, empezó hablando con el recién nazificado Ministerio de Educación de Baden, mientras se convencía a Möllendorff mediante el vilipendio personal en la prensa regional y local de que debía hacerse a un lado. Los profesores nazis propusieron a Heidegger y, con presiones del interior de la universidad y de fuera de ella, acabó siendo elegido rector el 21 de abril de 1933, como estaba previsto, con una votación favorable casi unánime del profesorado. De hecho, el único cuerpo sustancial de opinión profesoral que no le apoyó fueron los 12, de un total de 93, catedráticos de Friburgo que eran judíos. Pero a ellos no se les permitió depositar su voto, porque habían sido expulsados de sus cargos como «no arios» en aplicación de la ley del 7 de abril por el comisario del Reich de Baden y jefe regional del partido, Robert Wagner.[63]

El 27 de mayo Heidegger pronunció su discurso inaugural como rector. Dirigiéndose a los dignatarios nazis de camisa parda y a los profesores que habían acudido, proclamó que «la "libertad académica" ya no será la base de la vida en la universidad alemana, porque esa libertad no es auténtica, sino sólo negativa. Significa una falta de interés, una arbitrariedad de puntos de vista e inclinaciones, una falta de anclaje en hacer cosas o no hacerlas». Era hora, dijo, de que las universidades buscasen su fundamento en la nación alemana y que participasen en la misión histórica que se estaba cumpliendo en aquel momento. Los estudiantes alemanes estaban mostrando el camino. El lenguaje de Heidegger estaba repleto del nuevo lenguaje del principio de jefatura. Ya en la primera frase le decía a su público que había asumido la «jefatura espiritual de esta universidad» y utilizaba el término semifeudal de «comitiva» para referirse a los estudiantes y al personal docente, de una forma muy parecida a como estaban haciendo por entonces dirigentes nazis en la esfera general del empleo y de las relaciones laborales. Con conceptos como éstos utilizados por el nuevo rector de la universidad, estaba claro que la libertad académica, se definiera como se definiese, era definitivamente una cosa del pasado.[64] Para dar énfasis simbólico a esto al final de la ceremonia los profesores e invitados asistentes cantaron la «Canción de Horst Wessel»,

cuyo texto estaba servicialmente impreso en la parte posterior del programa, junto con instrucciones de que había que levantar la mano derecha en el cuarto verso y que la interpretación debería concluir con un grito de «¡Por la victoria!» («Sieg Heil!»).[65]

Heidegger no tardó en meter en vereda a su universidad. Ingresó oficialmente en el Partido Nazi en medio de un derroche de publicidad el 1 de mayo, «Día del Trabajo Nacional», e introdujo entonces el principio de jefatura en el gobierno de la universidad, eludiendo o silenciando los órganos colegiados democráticos y representativos, y echando una mano en la redacción de una nueva ley de Baden que convertía al rector en el «jefe» no electo de la universidad por un periodo ilimitado. Pronto informó al ministro de Educación de Baden de que «ahora debemos concentrar nuestras fuerzas en la conquista del mundo de los hombres ilustrados y los estudiosos para el nuevo espíritu político nacional. No será un combate fácil. ¡Por la victoria!».[66] Heidegger denunció a un colega, el químico Hermann Staudinger, a las autoridades del estado basándose en acusaciones falsas, y ayudó a la policía política en sus investigaciones sobre él, aunque al final la policía no llegó a dejarse convencer y Staudinger conservó su puesto alegando la importancia de su trabajo para la nación. Heidegger también aplicó sin el menor escrúpulo la norma relativa a la expulsión de los judíos del personal docente de la universidad, solicitando una excepción sólo en los casos del filólogo de renombre internacional Eduard Fraenkel, que fue despedido de todos modos, y del profesor de química Georg von Hevesy, un hombre con importantes conexiones internacionales y que recibía cuantiosos fondos para investigación de la Fundación Rockefeller, y que continuó en su puesto hasta el año siguiente, en que se fue a Dinamarca. Entre los judíos obligados a romper su relación con la universidad figuraban el propio ayudante de Heidegger, Werner Brock, y su mentor Edmund Husserl, aunque carece de todo fundamento la historia, tan a menudo repetida, de que emitió personalmente una orden prohibiendo el acceso de este último a la biblioteca de la universidad. Husserl, un nacionalista patriota que había perdido a su hijo en el campo de batalla en la Primera Guerra Mundial, se consideraba un amigo personal de Heidegger y le afectó profundamente la actitud de éste. «Sólo el futuro juzgará lo que

era la verdadera Alemania en 1933—escribió el 4 de mayo—y quiénes eran los verdaderos alemanes, los que suscriben los prejuicios raciales más o menos mítico-materialistas del momento, o aquellos alemanes puros de corazón y de pensamiento, herederos de los grandes alemanes del pasado, cuya tradición reverencian y perpetúan».[67] Cuando murió Husserl en 1938, Heidegger no asistió al funeral.[68]

Uniéndose al culto generalizado a Hitler, en rápido crecimiento, Heidegger explicó a sus estudiantes: «El Führer mismo y sólo él *es* la realidad alemana, presente y futura, y su ley. Estudiad para saber: de ahora en adelante, todas las cosas exigen decisión y toda acción, responsabilidad. *Heil Hitler*!».[69] Su ambición se extendió incluso a intentar asumir, en colaboración con otros rectores universitarios de mentalidad parecida, un papel dirigente en todo el sistema universitario nacional. En un discurso que pronunció el 30 de junio de 1933, se quejó de que la «revolución nacional» aún no hubiese llegado a la mayoría de las universidades, instando a los estudiantes nazis de Heidelberg a lanzar una campaña decidida para deponer al rector, el historiador conservador Willy Andreas, que fue sustituido por el candidato nazi Wilhelm Groh el 8 de julio, una semana después.[70] Pero Heidegger era completamente inexperto en política, y no tardó en quedar empantanado en las luchas internas habituales de la universidad por los nombramientos, en las que los burócratas del Ministerio de Educación de Baden eran mucho más hábiles que él, y los estudiantes de uniforme pardo, que lo consideraban sólo un soñador, le ridiculizaban.

A principios de 1934, se decía en Berlín que Heidegger se había convertido en «el filósofo del nacionalsocialismo». Pero a los otros pensadores nazis la filosofía de Heidegger les parecía demasiado abstracta, demasiado difícil, para que pudiera ser de mucha utilidad. Había conseguido amplia influencia entre sus colegas abogando por una concatenación voluntaria de la vida universitaria alemana con la vida de la nación a través de una concentración renovada en los valores fundamentales del conocimiento y la verdad. Todo eso resultaba muy grandioso. Pero, aunque muchos nazis dieron la bienvenida a su intervención, tales ideas, en un examen más detenido, no parecían en realidad hallarse en conexión con la ideología del partido. No es sorprendente que sus enemigos pudiesen

reclutar el apoyo de Alfred Rosenberg, cuya ambición era ser él el filósofo del nazismo. Al negársele un papel a escala nacional y sintiéndose cada vez más irritado con las minucias de la política universitaria (que le parecía que mostraba una triste carencia del nuevo espíritu que él había tenido la esperanza de que impregnaría las universidades), Heidegger dimitió de su cargo en abril de 1934, aunque siguió apoyando al Tercer Reich y se negó coherentemente a reconsiderar sus acciones de 1933-1934 o a disculparse por éstas hasta su muerte, en 1976.[71]

II

La jefatura nazi tuvo relativamente pocos problemas con las universidades porque, a diferencia de lo que sucedía en otros países, en Alemania estaban todas financiadas por el Estado y su personal pertenecía en su totalidad al funcionariado. Les afectaba por tanto directamente la ley del 7 de abril de 1933, que preveía la destitución de los funcionarios y empleados del Estado que no fuesen políticamente de fiar. A principios del año académico 1933-1934, habían sido despedidos 313 catedráticos, parte de un total de 1.145 de los 7.758 profesores universitarios fijos, o el 15 por 100 del total. En Berlín y Frankfurt la proporción llegó casi a un tercio. En 1934 habían sido obligados a abandonar sus puestos unos 1.600 profesores universitarios de un total de 5.000. La mayoría de los profesores universitarios despedidos perdieron sus puestos por razones políticas; aproximadamente un tercio de ellos lo perdieron porque fueron clasificados como judíos.[72] Se produjo así un éxodo masivo de académicos; el 15,5 por 100 de los profesores universitarios de física emigraron, y en la Universidad de Gotinga fueron tantos los físicos y matemáticos que abandonaron sus puestos o fueron expulsados que la docencia se vio gravemente perturbada.[73] Además, los que se marchaban eran en general mejores que los que se quedaban; un estudio sobre los biólogos universitarios ha demostrado que los 45 que abandonaron sus puestos y sobrevivieron a la guerra tenían un promedio de 130 citas cada uno en el índice oficial de citas de artículos científicos entre 1945 y 1954, mientras que la cifra comparable de los supervivientes de los 292 que se quedaron era sólo de 42.[74]

Científicos de fama mundial fueron despedidos de sus puestos en las universidades alemanas y en los institutos de investigación por ser judíos o por tener esposas judías o por ser críticos declarados de los nazis. Se incluían entre ellos veinte antiguos o futuros laureados con el Premio Nobel, entre ellos Albert Einstein, Gustav Hertz, Erwin Schrödinger, Max Born, Fritz Haber y Hans Krebs. Einstein, cuya teoría de la relatividad había revolucionado la física moderna, llevaba veinte años viviendo en Berlín. En una visita a Estados Unidos en enero y febrero de 1933, denunció la violencia brutal de los nazis después del incendio del Reichstag. En represalia, el gobierno requisó sus propiedades y el ministro de Educación ordenó su expulsión de la Academia Prusiana de la Ciencia. Einstein se adelantó dimitiendo antes y provocando un conflicto público en el que la Academia le acusó de haber difundido historias de atrocidades en el extranjero. Se fue de nuevo a Estados Unidos y pasó el resto de su vida en Princeton.[75] «¿Sabes?, yo creo—le escribió el 30 de mayo a su colega Max Born, que también se exilió—que nunca tuve una opinión particularmente favorable de los alemanes (moral y políticamente hablando). Pero debo confesar que su grado de brutalidad y cobardía han sido en cierto modo una sorpresa para mí».[76]

El químico Fritz Haber no compartía los instintos pacifistas e internacionalistas de Einstein; en realidad, había sido responsable en gran medida del desarrollo del gas asfixiante como instrumento de guerra en 1914-1918 y, aunque era judío, quedaba excluido del despido por sus servicios de guerra; pero la expulsión de numerosos colegas judíos de su instituto le hizo dimitir el 30 de abril de 1933, declarando abiertamente que no permitiría que le dijesen a quién tenía que escoger como colaborador suyo y a quién no. Se fue a la Universidad de Cambridge, donde no se sentía a gusto, y murió al año siguiente.[77] La pérdida de figuras famosas como éstas resultó profundamente alarmante para muchos miembros de la comunidad científica alemana. En mayo, el no judío Max Planck, que era también un famoso científico y por entonces se había convertido en presidente de la institución de investigación científica más importante de Alemania, la Sociedad Kaiser Wilhelm, fue a ver personalmente a Hitler para protestar. La respuesta fue, como recordaría más tarde, una afirmación

taxativa de que era imposible hacer distinciones entre judíos: «Los judíos son todos comunistas y ésos son mis enemigos [...]. Los judíos se pegan todos unos a otros como erizos. Donde hay un judío, empiezan a juntarse inmediatamente otros judíos de todos los tipos».[78]

Algunos científicos judíos, incluido el premio Nobel James Franck, físico experimental de la Universidad de Göttingen, protestaron públicamente, como Haber, por el trato que se dispensaba a otros científicos judíos y dimitieron, a pesar de que podrían haber seguido en su puesto gracias a la exención otorgada a los veteranos de guerra judíos. Acusado de sabotaje en una carta colectiva firmada por 42 colegas de la universidad (sólo uno de ellos del campo de la física y de las matemáticas), Franck se fue a regañadientes a ocupar un puesto en Estados Unidos. La reacción del cuerpo docente de la Facultad de Medicina de Heidelberg ante el despido de colegas judíos fue notable precisamente por lo insólito: en una declaración oficial enviada al ministro de Educación de Baden el 5 de abril de 1933, el presidente, Richard Siebeck, señalaba las aportaciones que habían hecho los judíos a la ciencia médica y criticaba la «violencia abusiva» que hacía caso omiso de la autonomía y de las responsabilidades de la universidad.[79] Su ejemplo y el del cuerpo docente de su facultad tuvieron pocos imitadores en otras partes. La mayoría de los científicos no judíos que se quedaron, con Max Planck a la cabeza, intentaron preservar la integridad y la neutralidad política de la investigación científica rindiendo aparente pleitesía al régimen. Planck empezó a utilizar en las reuniones de la Sociedad Kaiser Wilhelm el saludo nazi y el «Heil Hitler!» con la finalidad de evitar más purgas. Werner Heisenberg, un físico galardonado con el Premio Nobel por su desarrollo de la mecánica cuántica, argumentaba que era importante seguir en Alemania para mantener intactos los valores científicos. Pero con el tiempo se demostraría que estaban librando una batalla perdida.[80]

La inmensa mayoría de los docentes universitarios alemanes permanecieron en sus puestos. Abrumadoramente conservadores en la orientación política, compartían en términos generales la idea de los socios de coalición nacionalistas de Hitler de que la democracia de Weimar había sido un desastre y que hacía tiempo que era necesaria una restauración de las antiguas estructuras y jerarquías. Muchos, sin embargo, fueron más allá

de esto y dieron positivamente la bienvenida al Estado nacionalsocialista, sobre todo si enseñaban Humanidades y Ciencias Sociales. El 3 de marzo, unos trescientos profesores universitarios hicieron un llamamiento a los votantes para que apoyasen a los nazis, y en mayo nada menos que setecientos firmaron un escrito en apoyo de Hitler y del Estado nacionalsocialista. En la Universidad de Heidelberg, el sociólogo Arnold Bergsträsser justificó la unidad creada por el régimen entre el Estado y la sociedad como un medio de superar el evidente fracaso de la democracia, mientras que el abogado Walter Jellinek defendía la «revolución» de 1933 como antiliberal pero no antidemocrática y proclamaba que los ciudadanos obtenían la dignidad de ser plenamente humanos sólo a través de su subordinación al Estado. Jellinek, miembro del Partido del Pueblo Alemán y firme adversario derechista de la República de Weimar, estaba de acuerdo con que las medidas antijudías del régimen eran necesarias por el excesivo número de docentes que había en la enseñanza universitaria. Pensaba también (presagiando la idea de historiadores posteriores) que el poder de Hitler estaría limitado por la existencia de otros centros de poder en el Reich. Pero, aunque eso podría haber sido cierto en otras cosas, no lo era en el caso de la política del régimen hacia los que eran judíos, como el propio Jellinek, que fue despojado de su cátedra en el curso de la revolución nacionalista a la que tan cálidamente había dado la bienvenida. Otros catedráticos de la misma universidad exigieron que la ley debería ser la expresión del alma del pueblo y que los jueces debían emitir veredictos que estuviesen de acuerdo con la ideología nazi. El catedrático de Alemán proclamó que la revolución nazi había dado un nuevo sentido al estudio de la lengua alemana y condenó el «pensamiento judío» y la «literatura judía» por minar la «voluntad de vivir» de Alemania.[81]

Los ministerios de Educación recién nazificados no tardaron en convertir en principios básicos los criterios políticos no sólo para los nombramientos, sino también para la enseñanza y la investigación. El ministro de Educación del Reich, Bernhard Rust, se reservó amplios poderes en este campo. El ministro de Cultura bávaro dijo en una reunión de profesores en Munich en 1933: «A partir de ahora no se trata de que ustedes decidan si algo es verdad o no, sino si se corresponde con los

intereses de la revolución nacionalsocialista».[82] A los dirigentes nazis les importaba muy poco la libertad tradicional de enseñanza e investigación o los valores de la universidad tradicional. No les preocupaba gran cosa, en realidad, la propia ciencia. Cuando el presidente del consejo de dirección de I. G. Farben, el químico ganador del Premio Nobel Carl Bosch, se entrevistó con Hitler en el verano de 1933 para quejarse por el perjuicio que se causaba a los intereses científicos de Alemania con la destitución de los profesores judíos, tuvo una acogida dura. La proporción de expulsiones era especialmente alta en física, dijo, donde el 26 por 100 del cuerpo docente universitario había sido despedido, incluidos 11 ganadores del Premio Nobel, y en química, donde la cifra era del 13 por 100. Eso estaba minando gravemente la ciencia alemana. Hitler, interrumpiendo bruscamente al anciano científico, dijo que él no sabía nada de aquello y que Alemania podría arreglárselas perfectamente otros cien años sin física ni química; luego llamó a su ayudante y le dijo que el señor Bosch quería irse ya.[83]

III

Fueron sobre todo los estudiantes los que impulsaron el proceso de coordinación en las universidades. Ellos organizaron campañas contra profesores no deseados en los periódicos locales, prepararon interrupciones tumultuosas de sus clases y dirigieron destacamentos de camisas pardas en registros domiciliarios e incursiones. Otra táctica fue destacar la poca fiabilidad política de algunos profesores organizando conferencias de personajes políticamente correctos como Heidegger, que podía confiarse en que diesen el apoyo entusiasta al régimen que otros a veces se abstenían de dar. En la Universidad de Heidelberg un militante nazi saboteó el trabajo del físico Walter Bothe realizando prolongadas sesiones de instrucción militar para miembros de las SS en la terraza de su instituto, directamente encima de su despacho.[84] En una universidad tras otra, rectores y altos cargos de la Administración respetados fueron desbancados para dejar sitio a personajes a menudo mediocres cuyo único mérito para aspirar al cargo era ser nazis y gozar del apoyo de la organización de estudiantes nazis. Un ejemplo característico fue Ernst Krieck, un teórico nazi convencido de la

supremacía masculina que se convirtió en rector de la Universidad de Frankfurt en 1933; hasta su súbito ascenso había sido un humilde profesor de pedagogía en el centro de capacitación de maestros de la ciudad.[85] En la Universidad Técnica de Darmstadt, el profesor adjunto Karl Lieser, que ingresó en el partido a principios de 1933, provocó la cólera de sus colegas del Departamento de Arquitectura al denunciar a muchos de ellos al Ministerio de Educación de Hesse en mayo; la junta de gobierno de la universidad, indignada, privó a Lieser de su derecho a enseñar, pidió al ministerio que le despidiese y cerró temporalmente la universidad como protesta. Sin embargo, al día siguiente, los estudiantes volvieron a abrir los edificios y los ocuparon, mientras el ministro nombraba al alcalde de Darmstadt rector provisional. Ante esta presión los docentes cedieron. Lieser ocupó de nuevo su puesto y se convirtió también en catedrático en 1934. En 1938 había pasado a ser rector. Estos acontecimientos, que se repetían en todas las universidades de Alemania, constituyeron una acusada disminución del poder tradicional del profesorado. «Compañeros, tenemos ya la universidad en nuestras manos—proclamaba un dirigente estudiantil nazi de Leipzig, Eduard Klemt—, y podemos hacer con ella lo que queramos».[86]

Los sindicatos de estudiantes no se dieron por satisfechos con impulsar la nazificación del profesorado. Exigieron también participación oficial en los nombramientos de profesores y representación en los comités disciplinarios. Sin embargo, eso era ir demasiado lejos. La participación del cuerpo estudiantil en estas cuestiones chocaba claramente con el principio de jefatura. En el verano de 1933, las autoridades universitarias y los ministerios de educación nazificados ya estaban empezando a poner freno al desorden estudiantil, prohibiendo a los estudiantes retirar y destruir libros censurables de las bibliotecas, y rechazando un plan del sindicato nacional de estudiantes de instalar una picota en todas las ciudades universitarias, en la que se clavasen las publicaciones de profesores «antialemanes». No se castigó en realidad a ningún estudiante por conducta desordenada de carácter político en los primeros seis meses de 1933, a pesar de las algaradas tumultuosas y la violencia que paralizaron prácticamente la vida universitaria durante aquel periodo. Pero el mensaje era ya claro: como

declaró el ministro de Educación prusiano, los sindicatos estudiantiles tenían el deber de «imponer a todos sus miembros orden y disciplina».[87] Pero antes de que sucediese eso, los estudiantes asestaron su golpe más espectacular y más tristemente célebre a la libertad intelectual y a la autonomía académica, un acto que reverberaría en el mundo entero y que aún se recuerda hoy cuando se piensa en el nazismo.

El 10 de mayo de 1933, estudiantes alemanes organizaron un «acto contra el espíritu antialemán» en diecinueve ciudades universitarias de todo el país. Confeccionaron una lista de libros «antialemanes», los retiraron de todas las bibliotecas en que pudieron encontrarlos, los amontonaron en las plazas públicas y les prendieron fuego. En Berlín el acto de la quema de libros contó con la presencia, a petición de los estudiantes, de Joseph Goebbels. Éste les dijo que estaban «haciendo lo que había que hacer al entregar el espíritu del mal del pasado a las llamas», en lo que calificó de un «acto fuerte, grande y simbólico».[88] Los libros fueron arrojados uno tras otro a la pira funeraria del intelecto, con el acompañamiento de consignas como: «Contra la lucha de clases y el materialismo, por la comunidad nacional y por una visión idealista: Marx, Kautsky. Contra la decadencia y la corrupción moral, por la disciplina y la moralidad en la familia y en el Estado: Heinrich Mann, Ernst Glaeser, Erich Kästner». Las obras de Freud fueron entregadas a las llamas por su «degradante exageración de la naturaleza animal del hombre»; los libros del popular historiador y biógrafo Emil Ludwig fueron quemados por «denigrar» a las «grandes figuras» de la historia alemana; los escritos de los periodistas pacifistas radicales Kurt Tucholsky y Carl von Ossietzky fueron destruidos por su «arrogancia y presunción». Se reservó una categoría particular y exclusiva para Erich Maria Remarque, cuya novela crítica *Sin novedad en el frente* fue arrojada al fuego con esta consigna: «Contra la traición literaria a los soldados de la Guerra Mundial, y por la educación del país en el espíritu de preparación militar». Se arrojaron a las piras muchos otros libros además de los incluidos en esas proclamaciones conjuradoras. La organización nacional de estudiantes emitió «doce tesis contra el espíritu antialemán» como

acompañamiento de esta acción, en las que se exigía la introducción de la censura, que se purgasen las bibliotecas y se proclamaba: «Nuestro adversario es el judío y cualquiera que se someta a él».[89]

Mar del Norte
DINAMARCA
SUECIA
Mar Báltico
CIUDAD LIBRE
DE DANZIG
Königsberg
LITUANIA
R. Memel
Kiel
Rostock
Greifswald
Hamburgo
HOLANDA
Berlin
Münster
POLONIA
R. Oder
Gotinga
Halle-Wittenburg
Leipzig
Breslau
BÉLGICA
Colonia
Marburgo
Jena
R. Rin
Giessen
R. Vistula
R. Elba
Frankfurt
Würzburg
Erlangen
CHECOSLOVAQUIA
LUXEMBURGO
Heidelberg
SARRE
Tubinga
R. Danubio
FRANCIA
Friburgo
Munich
AUSTRIA
HUNGRÍA
SUIZA
Universidad.
Frontera de Alemania.

Mapa 18. Universidades alemanas en 1933.

El 12 de marzo, en un preludio de esta acción, los camisas pardas habían saqueado ya la biblioteca del centro sindical de Heidelberg y retirado libros, que quemaron en una pequeña hoguera a la salida. Un acontecimiento similar se había producido, como hemos visto, en la entrada del Instituto de Investigación Sexual de Magnus Hirschfeld en Berlín el 6 de mayo. Pero la quema de libros del 10 de mayo alcanzó una escala mucho mayor y estuvo mucho mejor preparada. Los estudiantes llevaban recorriendo bibliotecas y librerías para preparar el acto desde mediados de abril. Algunos libreros se negaron valerosamente a colocar los carteles que anunciaban el acontecimiento en sus escaparates, pero muchos otros cedieron ante las amenazas con las que los estudiantes acompañaban su actuación. En Heidelberg, donde la quema de libros se efectuó el 17 de mayo, los estudiantes desfilaron con antorchas encendidas, acompañados por miembros de las SA, las SS y los Cascos de Acero y de las hermandades de duelistas, y arrojaron a las llamas, además de libros, enseñas comunistas y socialdemócratas. El acontecimiento estuvo acompañado por el canto de la «Canción de Horst Wessel» y el himno nacional. Se pronunciaron discursos en que se calificó la acción como un golpe contra el «espíritu antialemán» representado por escritores como Emil Julius Gumbel, el estadístico de los asesinatos derechistas de los años de Weimar, obligado a abandonar su cátedra en el verano de 1932. La República de Weimar había encarnado ese espíritu «judeosubversivo»; ahora quedaba definitivamente consignado a la historia.[90]

Todo esto constituía la culminación de una acción generalizada «contra el espíritu antialemán» puesta en marcha semanas antes por el Ministerio de Propaganda.[91] Como tantas veces en la historia del Tercer Reich, la acción aparentemente espontánea estaba en realidad coordinada desde un punto central, aunque no por Goebbels, sino por el sindicato nacional de estudiantes. El funcionario nazi encargado de expurgar las bibliotecas públicas de Berlín proporcionó servicialmente una lista de los libros que había que quemar, y la oficina central del sindicato nacional de estudiantes distribuyó las consignas que había que utilizar en la ceremonia. De este modo, la organización de estudiantes nazis garantizó que la quema de libros

siguiese un curso más o menos similar en todas las ciudades universitarias donde se realizaba.[92] Y el ejemplo de los estudiantes fue seguido por otros en localidades de todo el país. En una celebración del solsticio de verano de 1933 en la pequeña población de Neu-Isenburg, por ejemplo, una gran multitud contempló como se quemaba literatura «marxista» en una pira inmensa en un espacio abierto situado detrás del parque de bomberos. Mientras mujeres del club gimnástico femenino local bailaban alrededor de la hoguera, el jefe local del partido pronunció un discurso, al que siguió la «Canción de Horst Wessel», cantada por todo el público que allí se había reunido. La quema de libros no fue ni mucho menos una práctica limitada a las gentes de elevada cultura.[93]

La quema de libros nazi se hacía eco conscientemente de un ritual anterior, realizado en el festival de Wartburg de Turingia el 18 de octubre de 1817 por estudiantes nacionalistas radicales en la celebración del tricentenario del inicio de la Reforma de Martín Lutero con la publicación de sus tesis en las que atacaba a la Iglesia católica. Al término de las celebraciones del día, los estudiantes habían arrojado a una hoguera, como en una ejecución simbólica, los símbolos de autoridad y libros «antialemanes» como el *Código Napoleónico*. Esta acción puede haber proporcionado un precedente en el canon de manifestaciones nacionalistas de Alemania, pero en realidad tuvo poco en común con su posterior imitación de 1933, dado que uno de los principales objetivos del Festival de Wartburg era manifestar la solidaridad con Polonia y apoyar la libertad de la prensa alemana, constreñida por la aplastante censura del régimen policial del príncipe Metternich. Aun así, mientras las llamas se elevaban hacia el cielo en los antiguos centros culturales de Alemania el 10 de mayo de 1933, avivadas o toleradas por las autoridades universitarias recién nazificadas, tuvo que haber muchos que recordasen el comentario del poeta Heinrich Heine en torno a ese acontecimiento anterior, de más de un siglo atrás: «Donde se queman libros, al final se quemará también a la gente».[94]

IV

En medio de toda la violencia, la intimidación y la brutalidad del ataque nazi a la sociedad civil de los primeros meses de 1933, se reservó para volcar sobre él un grado particularmente intenso de odio y hostilidad a un grupito determinado de alemanes: los judíos alemanes. No se hizo eso porque fuesen adversarios decididos del nazismo, como los comunistas y los socialdemócratas, o porque no se les pudiese intimidar y hacer entrar en vereda como a otros grupos sociales y políticos y a otras instituciones en la rápida campaña nazi para la instauración de un Estado dictatorial de partido único. El ataque nazi a los judíos era de un carácter completamente distinto. Como demostró espectacularmente la expulsión de judíos de instituciones culturales clave como la Academia Prusiana de las Artes, las orquestas importantes o los museos y escuelas de arte, los nazis veían a los judíos sobre todo como los depositarios de un espíritu antialemán, extranjero, y su eliminación como parte de la revolución cultural que devolvería a Alemania su «germanidad». El antisemitismo siempre había tenido una relación muy tenue e indirecta con el papel real y la posición en la sociedad alemana de los judíos, la mayoría de los cuales vivían vidas sin tacha, convencionales y políticamente bastante conservadoras en general. Pero, desde el principio mismo de la toma del poder por los nazis, los judíos sintieron toda la fuerza del odio acumulado de los camisas pardas. De hecho, los camisas pardas habían realizado ya en el otoño de 1932 una serie de ataques con bombas a tiendas y negocios, sinagogas y otros locales judíos. En las semanas que siguieron al nombramiento de Hitler como canciller del Reich, los camisas pardas irrumpieron en las sinagogas y profanaron el mobiliario religioso, destrozaron los escaparates de tiendas y empresas judías y sometieron a judíos a actos de humillación al azar, afeitándoles la barba u obligándoles, en una imitación de un castigo ideado por los fascistas italianos, a beber grandes cantidades de aceite de ricino.[95] La violencia alcanzó nuevas cotas tras las elecciones del 5 de marzo. Al día siguiente de las elecciones, bandas de camisas pardas irrumpieron en la Kurfürstendamm, una calle comercial elegante de Berlín, que muchos nazis consideraban una zona donde tendían a congregarse judíos, y se dedicaron a perseguirlos y maltratarlos. En Breslau una pandilla de camisas pardas secuestró al director del teatro, que era judío, y le propinaron una paliza con porras de goma y fustas que lo

dejó al borde de la muerte. En Königsberg, en Prusia Oriental, fue incendiada una sinagoga y un hombre de negocios judío fue secuestrado y sometido a malos tratos tan despiadados que murió más tarde de las lesiones. Bandas de camisas pardas pintarrajearon y bloquearon tiendas judías en varias localidades.[96]

En Breslau los camisas pardas agredieron a jueces y abogados judíos en los juzgados el 11 de marzo. Los juzgados suspendieron su actividad durante tres días y, cuando la reanudaron, el presidente del tribunal, presionado por los camisas pardas, decretó que a partir de entonces sólo 17 de los 364 abogados judíos que habían ejercido en Breslau podrían tener acceso a los juzgados. Otros camisas pardas irrumpieron en juzgados de toda Alemania y sacaron a rastras a jueces y abogados judíos a los que maltrataron, y dijeron que no volviesen a aparecer por allí. La perturbación causada por todo esto fue excesiva incluso para Hitler, que pidió el 10 de marzo que cesasen las «acciones individuales» de este tipo si perturbaban los asuntos oficiales o perjudicaban a la economía (un problema por el que ya había recibido quejas de círculos financieros y empresariales influyentes, desde el Reichsbank para abajo). Hitler también obligó personalmente a los jefes del partido de Leipzig a desconvocar una acción prevista en la sede del Tribunal del Reich para expulsar de allí a los abogados judíos.[97] Pero los tribunales de los niveles más bajos de la jerarquía eran una cuestión distinta en la que él no intervenía. La prensa nazi continuó publicando incitaciones rabiosas a purgar de judíos la abogacía y la judicatura, respaldadas por un aluvión de peticiones dirigidas al ministro de Justicia del Reich por grupos «nacionalistas» de abogados en el mismo sentido. El hecho era que, mientras que los ataques a tiendas y empresas judías eran perturbadores para los socios de coalición nacionalistas de Hitler, los ataques a los abogados y jueces judíos no lo eran en general. En el mundo del foro los ataques no encontraron más que escasa o nula resistencia, incluso entre aquellos que los desaprobaban. El juez en prácticas Raimund Pretzel estaba sentado en la biblioteca de los juzgados de Berlín cuando irrumpieron en el edificio los camisas pardas, expulsando ruidosamente a todos los judíos. «Se acercó un camisa parda y se plantó delante de la mesa en la que estaba trabajando—recordaría después—. “¿Eres ario?”. Antes de que tuviera la

posibilidad de pensar, había dicho: “Sí”. Me miró detenidamente a la nariz... y se retiró. Se me subió la sangre a la cara. Sentí, demasiado tarde, por un instante, la vergüenza, la derrota [...]. ¡Qué triste es tener que comprar con una respuesta el derecho a que me dejen trabajar en paz con mis documentos!».[98]

La intervención de Hitler sólo provocó un cese temporal en la secuencia de incidentes violentos y no consiguió en absoluto frenarlos del todo. Poco más de quince días después, se habían iniciado de nuevo. El 25 de marzo de 1933, treinta camisas pardas de fuera de la población irrumpieron en hogares judíos de Niederstetten, en el suroeste del país, y se llevaron a rastras a los hombres al ayuntamiento, donde los maltrataron con un salvajismo apenas controlado; esa misma mañana, en la población próxima de Creglingen, un incidente similar provocó la muerte de dos de los dieciocho judíos varones sometidos a ese trato. Grupos de jóvenes destrozaron los escaparates de las tiendas judías en Wiesbaden. El administrador regional de la Baja Baviera informó el 30 de marzo:

A primera hora de la mañana del día 15 de este mes, hacia las seis, llegó un camión que llevaba a hombres vestidos con uniformes oscuros, paró delante de la casa del comerciante judío Otto Selz, en Straubing. Esos hombres uniformados lo sacaron de su casa vestido aún con la camisa de dormir y se lo llevaron en el camión. Hacia las 9:30 se le halló en un bosque cerca de Weng, distrito de Landshut, muerto a tiros [...]. Varios campesinos afirman haber visto que algunos de los hombres del camión llevaban brazaletes rojos con la cruz gamada.[99]

Como sugería la intervención de Hitler, estos incidentes no formaban parte de ningún plan preconcebido. Expresaban más bien la violencia, la furia y el odio antisemita que había en el corazón del nazismo en todos sus ámbitos. La brutalidad de los camisas pardas había ido dirigida hasta entonces principalmente contra la Reichsbanner y la Liga de Combatientes del Frente Rojo, pero ahora, con la victoria electoral nazi, se liberaba en todas direcciones. Sin el freno de la intervención de la policía ni de la amenaza seria de un proceso judicial, se desahogaba especialmente en ataques a judíos. Los dirigentes nazis, pese a su deseo de controlar la violencia, la alimentaban constantemente en la práctica con su retórica y con las constantes diatribas antisemitas de la prensa nazi, a cuya cabeza se

hallaba *Der Stürmer*, de Julius Streicher.[100] Según un cálculo, incompleto sin duda, los camisas pardas nazis habían asesinado a 43 judíos a finales de junio de 1933.[101]

Estos incidentes no pasaron inadvertidos fuera de Alemania. Los corresponsales de prensa extranjeros en Berlín informaron de que habían visto a judíos con la cara cubierta de sangre tirados en las calles de la ciudad después de que los hubiesen dejado sin sentido mediante una paliza. Empezaron a aparecer reportajes críticos en la prensa inglesa, francesa y estadounidense.[102] El 26 de marzo Von Neurath, el ministro de Asuntos Exteriores conservador le dijo al periodista estadounidense Louis P. Lochner que aquella «propaganda de atrocidades», que explicó que le recordaba los mitos belgas sobre atrocidades cometidas por soldados alemanes en 1914, formaba muy probablemente parte de una campaña organizada de desinformación contra el gobierno alemán; era inevitable que las revoluciones estuviesen acompañadas de «ciertos excesos». El propio Hitler, a diferencia de Neurath, describió los reportajes abiertamente como «calumnias de atrocidades judías». En una reunión que mantuvo con Goebbels, Himmler y Streicher en Berchtesgaden el mismo día, Hitler decidió actuar para canalizar en una acción concertada las energías antisemitas de las bases. El 28 de marzo ordenó al partido que preparase a todos los niveles un boicot de las tiendas y empresas judías para el 1 de abril. El gabinete aprobó la acción al día siguiente.[103] Lejos de tratarse de una reacción rápida a la «propaganda de atrocidades» del extranjero y fruto del momento, el boicot era algo que llevaba mucho tiempo considerándose en los círculos nazis, sobre todo en aquellos que eran más hostiles a negocios «judíos» de grandes dimensiones, como los grandes almacenes y los establecimientos financieros. Los dirigentes nazis consideraron, y no por primera ni por última vez, que había una relación conspiratoria, que sencillamente no existía, incluso entre los judíos de Europa y los de Estados Unidos. Era necesario demostrarles a los judíos, escribió Goebbels en la versión publicada de su diario, «que uno está decidido a no detenerse ante nada».[104]

Lo irreal de estas creencias quedó ejemplificado cuando la Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de Religión Judía cablegrafió al Comité Judío Americano de Nueva York para pedirle que desconvocara «manifestaciones hostiles a Alemania», sólo para que se le contestase con un incisivo rechazo pese a que en la comunidad judía estadounidense no había una posición unánime. A las manifestaciones de protesta que se produjeron en una serie de ciudades de Estados Unidos el 27 de marzo les siguió una campaña de boicot a los productos alemanes que contó con un creciente éxito en los meses que siguieron al 1 de abril.[105] Eso sólo sirvió para confirmar a Goebbels en su idea de que el boicot debía llevarse a cabo «con la máxima dureza». «Si las calumnias del extranjero cesan, entonces se parará—añadía—, en caso contrario comenzará una lucha a muerte. Ahora los judíos alemanes deben influir en sus camaradas raciales del mundo para no tener que pagar por ello aquí». Mientras recorría Berlín en coche el 11 de abril para ver cómo iba el boicot, Goebbels se proclamó más que satisfecho: «Todas las tiendas judías están cerradas. En las entradas hay apostados centinelas de las SA. El público ha proclamado su solidaridad. El resultado es una disciplina ejemplar. ¡Un espectáculo impresionante!». Para que todo resultase más espectacular aún, hubo una manifestación de masas de «150.000 trabajadores de Berlín» contra las «calumnias extranjeras» por la tarde y un desfile de 100.000 miembros de las Juventudes Hitlerianas al final del día. «Hay—informaba Goebbels con satisfacción—un talante indescriptible de cólera hirviente [...]. El boicot es una gran victoria moral para Alemania». Fue tan grande, de hecho, que ya podía informar triunfalmente al día siguiente: «Los países extranjeros están recuperando de forma gradual el sentido».[106]

Pero los alemanes que leyesen la versión de Goebbels cuando se publicó unos meses después sabían que hacía una descripción optimista de los acontecimientos del 1 de abril desde el punto de vista nazi. Hubo sin duda alguna mucha actividad de los camisas pardas, que colocaron carteles chillones por todas partes que decían a la gente: «¡No compres nada en los grandes almacenes y las tiendas de los judíos!». Les ordenaban también no utilizar los servicios de médicos ni abogados judíos y les informaban de la supuesta razón de todo ello: «El judío nos está calumniando en el

extranjero». Camiones engalanados con carteles similares llenos de camisas pardas recorrían las calles, y unidades de los Cascos de Acero y de las SA montaban guardia amenazadoramente a la puerta de las tiendas judías, exigiendo el documento de identidad a cualquier comprador que entrase. Muchas tiendas no judías colocaron letreros en los que se decía que eran «negocios cristianos alemanes reconocidos», para que no hubiese malentendidos. Y por lo que se refería a los camisas pardas, la jefatura nazi había hecho una precisión importante: esta acción contra los judíos debía estar coordinada desde un centro, y no debían cometerse actos individuales de violencia. La mayoría de los camisas pardas que impusieron el boicot el 1 de abril procuraron evitar alteraciones graves del orden público y no sobrepasaron el nivel de las amenazas y la intimidación. Parece ser que hubo pocos daños materiales en las tiendas ese día, aunque en muchos sitios los camisas pardas pintarrajearon consignas en los escaparates, y en unas cuantas localidades no pudieron resistir la tentación de romper el cristal, apoderarse de lo que había en el escaparate, detener a los que ponían objeciones o llevarse a los propietarios judíos, pasearlos por las calles y hacerles levantarse a golpes cuando se desplomaban por el agotamiento.[107]

La gente se paraba a ver lo que pasaba y se quedaba a la entrada de las tiendas boicoteadas. Sin embargo, en contra de lo que decía la prensa nazi, no mostraban su cólera contra los judíos, sino que permanecían en su mayoría pasivos y silenciosos. En algunos lugares, incluidos dos grandes almacenes de Munich, hubo incluso pequeñas contramanifestaciones de ciudadanos, algunos de los cuales llevaban la insignia del partido, que intentaron pasar sin hacer caso de los camisas pardas que montaban guardia a la puerta. En Hannover, compradores decididos intentaron entrar por la fuerza en las tiendas judías. Pero en la mayoría de los lugares fueron pocos los que lo hicieron. En este sentido, al menos, el boicot fue un éxito. Por otra parte, algunas poblaciones pequeñas no hicieron ningún tipo de boicot. De todos modos, numerosos tenderos judíos cerraron, en todas partes, para evitar situaciones desagradables. Muchas personas, prevenidas de antemano del boicot, se apresuraron a hacer sus compras en las tiendas judías el día antes, para irritación de la prensa nazi. La noche antes del boicot se oyó a un joven soldado y a su novia discutir en un cine sobre lo que deberían

hacer. «En realidad no habría que comprar nada a los judíos», dijo él. «Pero venden muy barato», contestó ella. «Luego es malo y no dura», contestó él. «No es verdad—replicó ella—, es igual de bueno y dura lo mismo, en realidad es lo mismo que en las tiendas cristianas... y es muchísimo más barato».[108]

Sólo los establecimientos y negocios pequeños se vieron afectados por el boicot; las empresas judías más grandes, que habían soportado a lo largo de los años el grueso de los ataques verbales de los nazis, quedaron exentas debido a su importancia para la economía nacional y debido a que eran patronos importantes que se verían obligados a despedir trabajadores si el boicot llegaba a tener realmente consecuencias graves en su posición económica. La cadena de grandes almacenes Tietz tenía ella sola 14.000 empleados. La organización de empleados nazi de la inmensa empresa editorial Ullstein comentó que, si bien la empresa había quedado exenta del boicot, la prohibición de muchas de sus publicaciones estaba conduciendo al despido de muchos «buenos camaradas nacionales», ejemplificando así los peligros económicos de la política del régimen.[109] Todo esto hizo que el boicot fuese bastante menos impresionante de lo que pretendía Goebbels. La ausencia general de oposición pública a la acción era sorprendente, pero también lo era la ausencia general de entusiasmo público hacia ésta; una combinación que habría de repetirse más de una vez en años posteriores cuando el gobierno tomase medidas antisemitas de un tipo u otro. Dándose cuenta de los problemas que causaba el boicot, tanto para la economía como para la reputación del régimen en el extranjero, y admitiendo en privado que no había tenido demasiado éxito, Hitler y el partido abandonaron silenciosamente la idea de continuarlo a escala nacional, pese al hecho de que los periódicos estadounidenses siguieron publicando «reportajes de atrocidades» sobre la violencia nazi contra los judíos en las semanas y meses siguientes. Pero la idea de un boicot arraigó en el movimiento nazi. En los meses siguientes, muchos periódicos locales instaron repetidamente a sus lectores a no comprar en tiendas judías, mientras que militantes del partido de muchos lugares colocaron repetidas veces «centinelas» en la

entrada de los establecimientos judíos, y organizaron campañas de cartas dirigidas a los clientes que se atrevían a entrar en éstos para reprenderlos y amonestarlos.[110]

V

Un objetivo importante del boicot había sido comunicar a las bases nazis que la política antisemita tenía que coordinarse y aplicarse a través de una dirección centralizada, como Hitler había escrito muchos años antes, de una manera «racional» y no con actos de violencia y pogromos espontáneos. El boicot preparó así el camino para que la política nazi hacia los judíos emprendiese un curso legal o semilegal, de acuerdo con la afirmación del programa del partido de que los judíos no podían ser ciudadanos alemanes plenos y por tanto no podían, evidentemente, gozar de derechos ciudadanos plenos. Una semana después del boicot, el 7 de abril de 1933, la Ley para la Restauración de un Funcionariado Profesional añadió los judíos a los comunistas y a otros individuos que no eran políticamente de fiar como objetivo del despido entre los empleados del Estado. Los funcionarios «no arios», definidos en una ley suplementaria del 11 de abril como aquellos que tuviesen uno o más abuelos «no arios, particularmente judíos», debían ser despedidos, a menos que (por insistencia explícita de Hindenburg) fuesen veteranos de guerra o hubiesen perdido a un padre o a un hijo en combate, o hubiesen estado en las Fuerzas Armadas antes de la Primera Guerra Mundial. Esta legislación, propuesta por Wilhelm Frick, ministro del Interior nazi del Reich, que había propuesto ya una ley similar cuando era un humilde diputado del Reichstag, en 1925, coordinaba, según la tónica nazi característica, medidas ya en marcha de ámbito regional y local, donde hacía ya algunas semanas que se estaban produciendo despidos de funcionarios judíos. Se estaban aplicando al mismo tiempo medidas similares a los abogados judíos, elaboradas por el Ministerio de Justicia e incorporadas en una ley independiente aprobada el mismo día. Un decreto del 25 de abril «Contra el hacinamiento en las universidades y escuelas alemanas» redujo drásticamente la afluencia de alemanes judíos cualificados a las profesiones liberales, imponiendo una cuota de un 5 por

100 de alumnos judíos en todas las escuelas superiores y universidades y un 1,5 por 100 de nuevos ingresos por año. Las exenciones significaron que muchos judíos pudieron seguir trabajando, 336 de un total de 717 jueces y fiscales judíos, por ejemplo, y 3.167 de un total de 4.585 abogados judíos.[111] Los judíos de Europa oriental que habían emigrado a Alemania durante el periodo de la República de Weimar perdieron la nacionalidad por una ley del 14 de julio de 1933, una medida ya contemplada por el gobierno de Franz von Papen en 1932. Esta colección de medidas diversas significó el final de la igualdad civil de los judíos, que existía en Alemania desde 1871.[112]

Los judíos que siguieron desempeñando sus trabajos lo hicieron en una atmósfera de hostilidad y recelo constantes y crecientes. Los decretos desencadenaron una oleada de denuncias, motivadas tanto por razones personales como políticas, y muchos abogados, funcionarios y empleados del Estado se vieron obligados a investigar su ascendencia, o incluso a someterse a examen médico para poder determinar su presunta condición racial. Ministros y jefes de departamentos del funcionariado se mostraron abrumadoramente hostiles a cualquier presencia judía continuada en las instituciones que dirigían. Conservadores como Herbert von Bismarck, secretario de estado del Ministerio del Interior prusiano, eran partidarios de medidas antijudías tan entusiastas como sus colegas nazis. Las normas para restringir los derechos ciudadanos de los judíos habían formado parte, después de todo, del programa del Partido Conservador, más tarde Nacionalista, desde principios de la década de 1890. Hitler tomó buena nota del sentimiento de esos hombres en cuanto a que las políticas antisemitas no debían ir demasiado lejos, vetando una propuesta para que se prohibiese ejercer a los médicos judíos el 7 de abril, por ejemplo, e intentando garantizar que la purga no tuviese repercusiones adversas en los negocios y en la economía. Pero seguía en pie el hecho de que, en la tendencia básica de su política de exclusión en ese momento, sus colegas nacionalistas lo secundaban.[113]

Pronto hubo otras instituciones que siguieron el mismo camino que seguía el Estado. Un elemento básico de todo el proceso de coordinación en todos los ámbitos fue la exclusión de los judíos de las instituciones recién

nazificadas que resultaron de él, desde la Asociación Alemana de Boxeo, que excluyó a los boxeadores judíos el 4 de abril de 1933, a la Liga Gimnástica Alemana, que se «arianizó» el 24 de mayo. Los ayuntamientos empezaron a prohibir el acceso de judíos a servicios públicos como los campos de deportes.[114] En la pequeña población de Northeim, en el norte de Alemania, donde sólo había 120 judíos practicantes en 1932, el boicot del 1 de abril de 1933 fue tibio, sólo duró unas cuantas horas y no se aplicó en absoluto a algunos negocios. Allí, como en muchas otras comunidades, la población judía local había sido generalmente aceptada, y el antisemitismo nazi se consideraba retórica abstracta que no era concretamente aplicable a los judíos que todo el mundo conocía. Ahora el boicot hacía presente de pronto la realidad de la situación a todos los sectores de la sociedad. Los ingresos del médico judío local de Northeim empezaron a disminuir al dejarle los pacientes, mientras que asociaciones voluntarias locales, incluidos no sólo el club de tiro sino hasta el club de veteranos, prescindieron de sus miembros judíos, a menudo por «no asistencia», ya que los judíos locales pronto empezaron a mostrarse reacios a seguir participando en la vida asociativa de la población; muchos dimitieron antes de que les pidiesen que se fueran. Por cada viejo socialdemócrata que siguió comprando ostentosamente en tiendas judías, había varios camisas pardas locales que compraban artículos allí a crédito y luego se negaban a pagar. A finales del verano de 1933, en medio de un aluvión constante de propaganda antisemita de los dirigentes políticos del Reich a todos los niveles, de los periódicos y los medios de comunicación, los judíos de Northeim habían quedado prácticamente excluidos de la vida social de la población. Y lo que sucedió en Northeim sucedió también en el resto de Alemania.[115]

Algunos judíos creyeron que la oleada antisemita pasaría pronto, la racionalizaron o hicieron lo posible por ignorarla. Pero había muchos que se hallaban en un estado de conmoción y de desesperación. Pese a lo generalizada que había estado la violencia política antes del 30 de enero de 1933, el hecho de que ahora estuviese sancionada por el gobierno y dirigida tan abiertamente contra la población judía de Alemania, creó una situación que a muchos les parecía completamente nueva. El resultado fue que los

judíos empezaron a emigrar de Alemania, tal como se proponían los nazis que hicieran. Sólo en 1933 se fueron 37.000. La población judía de Alemania pasó de 525.000 en enero a menos de 500.000 a finales de junio; y eso era sólo la disminución correspondiente a aquellos que estaban registrados como seguidores de la religión judía. Seguirían el mismo camino muchos más en los años siguientes. Pero muchos decidieron también quedarse, sobre todo si eran ya mayores.[116] Para la generación más vieja, encontrar un trabajo en el extranjero era difícil, y hasta imposible, sobre todo porque la mayoría de los países aún se hallaban profundamente afectados por la Depresión. Preferían, pues, probar fortuna en el país que había sido siempre su hogar. Otros albergaban la ilusión de que las cosas mejorarían una vez que se hubiese asentado el régimen nazi. La energía juvenil de los camisas pardas se domesticaría sin duda, pronto acabarían los excesos de la Revolución nacionalsocialista.

Un ciudadano judío que no se hacía ilusiones era Victor Klemperer. Ya había empezado a quejarse en su diario del «terror derechista» antes de las elecciones del 5 de marzo, cuando era relativamente limitado en comparación con lo que habría de venir. Se sentía incapaz de aceptar lo que decían sus amigos que hablaban a favor de los nacionalistas y apoyaban la prohibición del Partido Comunista. A Klemperer le deprimía que no se diesen cuenta de la «auténtica distribución del poder» en el gabinete de Hitler. El terror preelectoral, escribía el 10 de marzo, no era más que un «suave preludio». La violencia y la propaganda le recordaban la revolución de 1918, sólo que esta vez bajo el signo de la cruz gamada. Se preguntaba ya cuánto tiempo seguiría en su puesto en la universidad. Una semana más tarde escribía: «La derrota de 1918 no me deprimió tan profundamente como la situación actual. Es realmente estremecedor cómo día tras día la fuerza desnuda, las violaciones de la legalidad, la hipocresía más terrible, una mentalidad bárbara, se expresan como decretos sin ocultamiento alguno». La atmósfera, comentaba con desesperación el 30 de marzo, dos días antes del boicot, era

como la del periodo que precedía a un pogromo en las profundidades de la Edad Media o en lo más profundo de la Rusia zarista [...]. Somos rehenes [...]. «Nosotros», la comunidad amenazada de los judíos. En realidad, me siento más avergonzado que asustado. Avergonzado de Alemania. La verdad

es que siempre me he considerado un alemán. Y he supuesto siempre que el siglo XX y la Europa central eran algo distinto del siglo XIV y Rumania. ¡Estaba equivocado!

Klemperer, como muchos alemanes judíos conservadores, que simpatizaban con la mayoría de lo que creían los nacionalistas prescindiendo de su antisemitismo, insistían primero y ante todo en su identidad alemana. Su lealtad habría de ponerse muy seriamente a prueba en los meses y años siguientes.

A Alemania, escribía Klemperer el 20 de marzo de 1933, no iba a salvarla el gobierno de Hitler, que parecía estar dirigiéndose rápidamente hacia una catástrofe. «Aparte de eso—añadía—, yo creo que nunca podrá borrar la ignominia de haber caído presa de él». Klemperer comentaba uno tras otro los despidos de amigos y conocidos judíos de sus trabajos. Se sintió culpable cuando la ley del 7 de abril le permitió continuar en su puesto porque había combatido en el frente en 1914-1918. El egoísmo, la indefensión y la cobardía de la gente le decepcionaron, y aún más el antisemitismo abierto y los letreros antijudíos ofensivos de los estudiantes de su universidad. Su esposa estaba enferma y padecía de los nervios, él estaba preocupado con el corazón. Lo que le mantenía en movimiento era la tarea de comprar y arreglar una parcela en Döltzschen, en las afueras de Dresde, para construir en ella un chalé para él y su esposa, y sus escritos académicos; eso y una simpatía humana y una curiosidad intelectual insaciables. En junio estaba empezando ya a compilar un diccionario privado de terminología nazi. La primera entrada que reseñó, el 30 de junio de 1933, fue «prisión preventiva».[117]

¿UNA «REVOLUCIÓN DE LA DESTRUCCIÓN»?

I

El ataque nazi a los judíos de los primeros meses de 1933 fue el primer paso de un proceso a mucho más largo plazo encaminado a hacerlos desaparecer de la sociedad alemana. En el verano de 1933 este proceso hacía tiempo que ya se había iniciado. Era el núcleo de la revolución cultural de Hitler, la clave, en el pensamiento nazi, para una transformación cultural más amplia de Alemania consistente en purgar el espíritu alemán de influencias «extranjeras» como el comunismo, el marxismo, el socialismo, el liberalismo, el pacifismo, el conservadurismo, la experimentación artística, la libertad sexual y muchas cosas más. Los nazis atribuían todas esas influencias al influjo perverso de los judíos, a pesar de abundantes pruebas de lo contrario. Así pues, excluir a los judíos de la economía, de los medios de comunicación, del empleo público y de las profesiones liberales era una parte esencial del proceso de redención y purificación de la raza alemana, y de su preparación para que pudiera vengarse de los que la habían humillado en 1918. Cuando Hitler y Goebbels hablaron aquel verano de la «Revolución nacionalsocialista», lo que querían decir en primer término era esto: una revolución cultural y espiritual en la que se habían eliminado implacablemente todas las cosas «antialemanas».

Pero la extraordinaria rapidez con que se había logrado esa transformación indicaba al mismo tiempo poderosas continuidades con el pasado reciente. Entre el 30 de enero y el 14 de julio de 1933 los nazis habían conseguido que la cancillería de Hitler pasase de ser un gobierno de coalición dominado por conservadores no nazis a ser un Estado de partido único en el que ni siquiera los conservadores tenían ya una representación diferenciada. Habían coordinado todas las instituciones sociales, salvo las iglesias y el Ejército, en una estructura vasta y aún embrionaria que dirigían

ellos mismos. Habían purgado inmensos sectores de la cultura y de las artes, las universidades y el sistema educativo, y casi todas las demás áreas de la sociedad alemana, de todos los que se oponían a ellos. Habían iniciado la tarea de empujar a los judíos hacia los márgenes de la sociedad u obligarlos a emigrar. Y estaban empezando a introducir las leyes y las medidas políticas que determinarían el destino de Alemania y de su pueblo, y demás cosas, en los próximos años. Algunos habían pensado que la coalición que se había hecho cargo del poder el 30 de enero de 1933 se desmoronaría en unos cuantos meses como otras coaliciones antes que ella. Otros habían desdeñado a los nazis como un fenómeno transitorio que desaparecería rápidamente de la escena de la historia del mundo junto con el sistema capitalista que los había puesto en el poder. Se equivocaban todos ellos. En el verano de 1933 había nacido el Tercer Reich y era evidente que estaba allí para quedarse. ¿Cómo se produjo, pues, esta revolución? ¿Por qué no encontraron los nazis ninguna oposición efectiva cuando tomaron el poder?

La llegada del Tercer Reich se produjo básicamente en dos fases. La primera concluyó con el nombramiento de Hitler como canciller del Reich el 30 de enero de 1933. Eso no fue ninguna «toma del poder». De hecho, los propios nazis no utilizaron este término para describir el nombramiento, puesto que tal cosa olía a un golpe de Estado ilegal. En esa etapa aún procuraban cuidadosamente hablar de una «asunción del poder» y llamar a la coalición un «gobierno de renovación nacional» o, en un sentido más general, un gobierno de «alzamiento nacional», según quisiesen destacar la legitimidad del nombramiento del gabinete por el presidente o la legitimidad de su supuesto respaldo por la nación.[118] Los nazis sabían que el nombramiento de Hitler era el principio del proceso de la conquista del poder, no el fin. Sin embargo, si no hubiese sucedido, es muy posible que el Partido Nazi hubiese seguido un proceso de decadencia a medida que se fuese recuperando gradualmente la economía. Si Schleicher hubiese sido políticamente menos incompetente, podría haber establecido un régimen semimilitar, gobernando por medio del poder del presidente Hindenburg para legislar por decreto y luego, cuando Hindenburg, que tenía ya casi 90 años, muriese, gobernar por derecho propio, posiblemente con una Constitución revisada otorgando aún algún tipo de papel al Reichstag. En la

segunda mitad de 1932, un régimen militar de un tipo u otro era la única alternativa viable a una dictadura nazi. El deslizamiento de la democracia parlamentaria a un Estado autoritario sin una participación plena e igual de los partidos o las cámaras legislativas se había iniciado ya con Brüning. Y Papen lo había acelerado masiva y deliberadamente. Después de Papen, no hubo vuelta atrás. Se había creado un vacío de poder en Alemania que el Reichstag y los partidos no tuvieron ninguna posibilidad de llenar. El poder político se había desplazado de los órganos legitimados por la Constitución a las calles, por un lado, y a la pequeña camarilla de políticos y generales que rodeaban al presidente Hindenburg, por el otro, dejando un vacío en la vasta zona intermedia donde se desarrolla la política democrática normal. A Hitler lo colocó en el cargo una camarilla que rodeaba al presidente; pero no habrían considerado necesario ponerlo allí sin la violencia y el desorden generado por las actividades de los nazis y de los comunistas en las calles.[119]

En una situación tal, sólo era probable que triunfase la fuerza. Sólo dos instituciones la poseían en una medida suficiente, sólo dos instituciones podían manejarla sin despertar reacciones aún más violentas por parte de la masa de la población: el Ejército y el movimiento nazi. Lo más probable es que una dictadura militar hubiera aplastado muchas libertades civiles en los años posteriores a 1933, se hubiera embarcado en un proceso de rearme, hubiera repudiado el Tratado de Versalles, se hubiera anexionado Austria y hubiera invadido Polonia para recuperar Danzig y el corredor polaco que separaba Prusia Oriental del resto de Alemania. Es muy posible que hubiese utilizado la recuperación del poder alemán para más agresiones internacionales que condujesen a una guerra con Inglaterra y Francia, o con la Unión Soviética, o con todas ellas. Es casi seguro que habría impuesto severas limitaciones a los judíos. Pero es improbable que una dictadura militar hubiese emprendido el tipo de programa genocida que alcanzó su culminación en las cámaras de gas de Auschwitz y Treblinka.[120]

Un golpe militar podría haber llevado, como temían muchos, a una resistencia violenta tanto de los nazis como de los comunistas. Restaurar el orden habría provocado un inmenso baño de sangre, conduciendo tal vez a la guerra civil. El Ejército estaba tan deseoso de evitar esto como los nazis.

Las dos partes sabían que sus posibilidades de éxito si intentaban tomar el poder solos eran dudosas como mínimo. La lógica de la cooperación era, por tanto, casi inevitable; la única cuestión era qué forma de cooperación se adoptaría finalmente. Las elites conservadoras, los ejércitos y los movimientos de masas radicales, fascistas o populistas, se enfrentaban al mismo dilema por toda Europa. Lo resolvieron de diversos modos, en algunos países inclinándose más por la fuerza militar, como en España, y en otros por movimientos fascistas, como en Italia. En muchos países se estaban sustituyendo las democracias por las dictaduras en las décadas de 1920 y 1930. Lo que pasó en Alemania en 1933 no parecía tan excepcional teniendo en cuenta lo que había sucedido ya, por ejemplo, en Italia, Polonia, Letonia, Estonia, Lituania, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Portugal, Yugoslavia o, en realidad, aunque de un modo bastante diferente, en la Unión Soviética. La democracia no tardaría también en acabar destruida en otros países, como Austria y España. En esos países, la violencia política, los disturbios y los asesinatos habían sido frecuentes en diversos periodos desde el final de la Primera Guerra Mundial; en Austria, por ejemplo, se habían producido graves disturbios en Viena que habían culminado con la quema del Palacio de Justicia en 1977; en Yugoslavia, escuadrones de la muerte macedonios habían sembrado el caos en el mundo político; en Polonia, una guerra importante con la naciente Unión Soviética había paralizado el sistema político y la economía y abierto el camino a la dictadura militar del general Pilsudski. Y la derecha autoritaria compartía también en todas partes la mayoría de las teorías de la conspiración y las creencias antisemitas que animaban a los nazis, si es que no todas. El gobierno húngaro del almirante Miklós Horthy no era muy diferente de la extrema derecha alemana en su odio a los judíos, alimentado por la experiencia del efímero régimen revolucionario dirigido por el comunista judío Béla Kun en 1919. El régimen militar polaco de la década de 1930 habría de imponer severas restricciones a la numerosa población judía del país. Vistos en el contexto europeo de la época, ni la violencia política de la década de 1920 y principios de la de 1930, ni el desmoronamiento de la democracia parlamentaria, ni la destrucción de las libertades civiles podrían haberle parecido demasiado insólitos a un observador desapasionado. Ni

tampoco todo lo que sucedió a continuación en la historia del Tercer Reich fue un resultado inevitable del nombramiento de Hitler como canciller. También aquí habrían de desempeñar su papel la suerte y la casualidad, como lo habían hecho antes.[121]

Sin embargo, las consecuencias de los acontecimientos del 30 de enero de 1933 en Alemania fueron muchísimo más graves que las consecuencias del hundimiento de la democracia en otras partes de Europa. Las normas de seguridad del Tratado de Versalles no habían modificado el hecho de que Alemania aún seguía siendo el país más poderoso, más adelantado y más populoso de Europa. Los sueños nacionalistas de ampliación territorial y conquista estaban también presentes en otros regímenes autoritarios, como los de Polonia y Hungría. Pero éstos, si se realizaban, sólo era probable que tuviesen una repercusión regional. Lo que sucediese en Alemania era probable que tuviese una repercusión mucho más amplia que lo que pudiese suceder en un país pequeño como Austria o en uno empobrecido como Polonia. Su trascendencia, teniendo en cuenta el tamaño y el poder de Alemania, tenía el potencial preciso para adquirir dimensiones mundiales. Por eso fueron tan importantes los acontecimientos de los primeros seis meses y medio de 1933.

¿Cómo y por qué se produjeron? En primer lugar, nadie habría considerado que valiese la pena meter con calzador a Hitler en la cancillería del Reich si no hubiese sido el jefe del mayor partido político de Alemania. Los nazis, por supuesto, nunca consiguieron una mayoría de los votos en unas elecciones libres: el 37,4 por 100 fue todo lo que pudieron conseguir, su mejor resultado, en las elecciones al Reichstag de julio de 1932. De todos modos, se trataba de un porcentaje elevado para cualquier criterio democrático, más elevado que el de muchos gobiernos democráticamente elegidos después en otros países. Las raíces del éxito de los nazis se hallan en la incapacidad que demostró el sistema político alemán para producir un partido conservador viable a escala nacional que uniese a católicos y protestantes en la derecha; en la debilidad histórica del liberalismo alemán; en el agrio resentimiento de casi todos los alemanes por haber perdido la guerra y por las duras condiciones del Tratado de Versalles; en el miedo y la desorientación que provocaron en muchos alemanes de clase media la

modernidad social y cultural de los años de Weimar y la hiperinflación de 1923. La falta de legitimidad de la República de Weimar, que durante la mayor parte de su existencia no llegó a gozar nunca del apoyo de una mayoría de diputados del Reichstag, se sumó a estas influencias y fomentó la nostalgia del viejo Reich y de la jefatura autoritaria de un personaje como Bismarck. El mito en el «espíritu de 1914» y de la «generación del frente», particularmente intenso entre los que eran demasiado jóvenes para haber combatido en la guerra, alimentó un fuerte deseo de unidad nacional y una impaciencia por la multiplicidad de partidos y los infinitos compromisos a que obligaban las negociaciones políticas. La herencia de la guerra incluía también la violencia política a una escala masiva y destructora, y ayudó a persuadir a muchas personas respetables y no violentas de que debían tolerarla hasta un grado que sería inconcebible en una democracia parlamentaria que funcionase con eficacia.

Pero hay una serie de factores clave que destacan por encima de todos los demás. El primero son los efectos de la Depresión, que radicalizó al electorado, destruyó o dañó profundamente a los partidos más moderados y polarizó el sistema político entre los partidos «marxistas» y las agrupaciones «burguesas», todas las cuales se desplazaron rápidamente hacia la extrema derecha. La amenaza creciente del comunismo atemorizó a los votantes burgueses y colaboró en que el catolicismo político se desplazase hacia posiciones autoritarias y se alejase de la democracia, lo mismo que hizo en otras partes de Europa. Las quiebras de empresas y los desastres financieros ayudaron a convencer a muchos magnates de la industria y propietarios de grandes fincas agrícolas de que había que poner coto al poder de los sindicatos o incluso destruirlo. Los efectos políticos de la Depresión ampliaron inmensamente los de la catástrofe previa de la hiperinflación, e hicieron que pareciese que la República no podía traer más que desastre económico. La primera democracia de Alemania parecía condenada incluso sin la Depresión, pero el inicio de una de las peores crisis económicas de la historia la empujó hacia el punto de no retorno. Además, el paro masivo debilitó al movimiento obrero de Alemania, que había sido tan fuerte y había sido una sólida garantía de la democracia todavía en 1920, cuando había conseguido desbaratar el golpe de Estado de

derechas de Kapp pese a la tolerancia del Ejército con los rebeldes. El movimiento obrero alemán, dividido y desmoralizado, y despojado de su arma decisiva, la huelga general política, se hallaba encajonado entre el apoyo impotente al régimen autoritario de Heinrich Brüning, por una parte, y la hostilidad autodestructiva hacia la «democracia burguesa», por la otra.

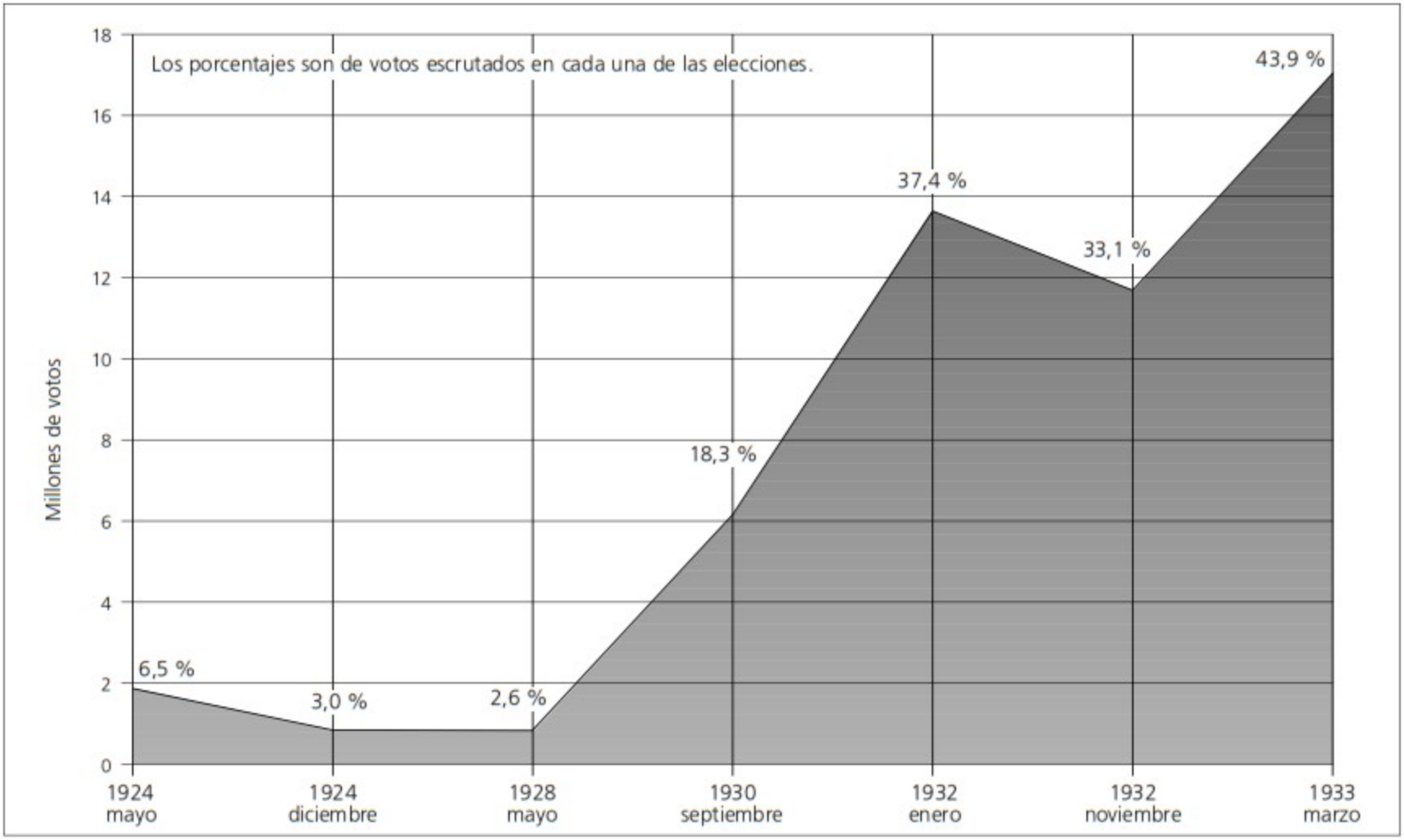

Los porcentajes son de votos escrutados en cada una de las elecciones.
Millones de votos
18
16
14
12
10
8
6
4
2
0
6,5 %
3,0 %
2,6 %
18,3 %
37,4 %
33,1 %
43,9 %
1924 mayo
1924 diciembre
1928 mayo
1930 septiembre
1932 enero
1932 noviembre
1933 marzo

Gráfico 1. El voto nazi en las elecciones al Reichstag, 1924-1933.

El segundo factor importante fue el propio movimiento nazi. Es evidente que sus ideas tenían un amplio atractivo para el electorado, o que al menos no eran tan ofensivas como para ahuyentarlo. Su dinamismo prometía una cura radical para los males de la República. Su jefe, Adolf Hitler, era un personaje carismático capaz de conjugar el apoyo electoral de las masas con la vehemencia de sus ataques retóricos contra una república no querida, y de convertir eso, finalmente, en una empresa política, efectuando los movimientos adecuados en el momento adecuado. Su negativa a entrar en un gobierno de coalición en otro puesto que no fuese el de canciller del Reich, una negativa que tanta frustración causó a algunos de sus subordinados, como Gregor Strasser, habría de resultar acertada al final. Como segundo del impopular Papen o del igualmente no querido Schleicher, habría perdido gran parte de su reputación y habría sacrificado gran parte del carisma que iba unido a su condición de caudillo. El Partido Nazi era un partido de protesta, sin demasiado programa positivo y con pocas soluciones prácticas para los problemas de Alemania. Pero su ideología extremista, adaptada y a veces velada según las circunstancias y la naturaleza del grupo concreto de personas hacia el que el mensaje se dirigía, hacía uso de un número suficiente de creencias y prejuicios alemanes populares preexistentes como para dar la impresión a muchos de que merecía la pena apoyarlo en las urnas. Para esas personas, periodos desesperados exigían medidas desesperadas; para muchos más, sobre todo de las clases medias, el carácter vulgar e inculto de los nazis parecía garantía suficiente de que los socios de coalición de Hitler, gente bien educada y de buena familia, serían capaces de mantener a raya y de poner coto a la violencia callejera, que parecía un acompañamiento desdichado, pero temporal sin duda, de la llegada del movimiento al poder.

La coincidencia sustancial de la ideología nazi con la de los conservadores e, incluso, en un grado considerable, con la de los liberales alemanes, fue un tercer factor importante para el acceso de Hitler a la cancillería del Reich el 30 de enero de 1933. Las ideas que circulaban entre casi todos los partidos políticos alemanes a la derecha de los socialdemócratas a principios de la década de 1930 tenían mucho en común

con las de los nazis. Esas ideas guardaban sin duda alguna suficiente similitud con las de los nazis para que el grueso de los que apoyaban a los partidos liberales y conservadores en el electorado protestante los abandonasen, al menos temporalmente, por lo que parecía una alternativa más eficaz. Tampoco estaban por entonces más comprometidos con la democracia los votantes católicos y su representante, el Partido del Centro. Además, incluso un número sustancial de católicos y de trabajadores, o al menos aquellos que por la razón que fuese no estaban tan estrechamente vinculados a su medio político-cultural respectivo como la mayor parte de sus correligionarios y compañeros, también se inclinaron por el nazismo. Sólo apoyándose en valores sociales y políticos preexistentes profundamente arraigados, los nazis pudieron elevarse tan rápidamente hasta convertirse en el mayor partido de Alemania. Pero, al mismo tiempo, la propaganda nazi, pese a toda su energía y su refinamiento, no consiguió ganarse a aquellos que ideológicamente eran contrarios a Hitler. La ofensiva propagandística de Goebbels de 1930 a 1932, con una falta crónica de fondos casi todo el tiempo e incapaz, por ello, de desarrollar todos sus métodos, excluida hasta 1933 del uso de la radio y dependiente del trabajo voluntario de grupos de activistas locales a menudo caóticos y desorganizados, fue sólo una entre las diversas influencias que impulsaron a la gente a apoyar a los nazis en las urnas. En realidad, en muchos casos, como en el Norte protestante rural, se votaba a los nazis sin que su maquinaria de propaganda hubiese llegado hasta ellos. El voto nazi era sobre todo un voto de protesta; y, después de 1928, Hitler, Goebbels y la dirección del partido lo reconocieron implícitamente retirando la mayoría de sus propuestas políticas concretas, en la medida en que las tenían, del centro de atención, y concentrándose en un mensaje vago y emotivo que destacaba poco más que la juventud y el dinamismo del partido, su decisión de destruir la República de Weimar, el Partido Comunista y a los socialdemócratas, y su creencia de que sólo a través de la unidad de todas las clases sociales se podía lograr que Alemania resurgiese. El antisemitismo, tan prominente en la propaganda nazi durante los años veinte, pasó a ocupar un segundo plano y tuvo poca influencia en el triunfo de los nazis en las elecciones de principios de la década de 1930. Fue

muchísimo más importante la imagen que el partido proyectó en la calle, donde las columnas de camisas pardas desfilando se añadían a la imagen general de decisión y vigor disciplinado que Goebbels procuraba proyectar.[122]

Por tanto, la campaña de propaganda nazi consiguió ganarse el apoyo de gente que estaba ya inclinada a identificarse con los valores que el partido proclamaba representar, y que en los nazis vio simplemente un vehículo más eficaz y más dinámico que los partidos burgueses para hacerlos realidad. Muchos historiadores han sostenido que estos valores eran básicamente preindustriales o premodernos. Pero este argumento se apoya en una equiparación simplista de democracia y modernidad. Los votantes que afluyeron en masa a las urnas en apoyo de Hitler, los camisas pardas que dedicaron sus energías a machacar a comunistas, socialdemócratas y judíos, los militantes del partido que dedicaron su tiempo libre a asistir a concentraciones y manifestaciones, no se estaban sacrificando para restaurar el pasado perdido. Lo que les inspiraba era, por el contrario, una visión vaga pero potente del futuro, un futuro en el que se superarían los antagonismos de clase y las peleas de la política de partidos, se acabaría con los privilegios aristocráticos, como los que representaba la odiada figura de Papen, la tecnología, los medios de comunicación y todos los inventos modernos se pondrían al servicio de la causa del «pueblo», y una voluntad nacional renacida se expresaría a través de la soberanía no de un monarca hereditario tradicional o de una elite social establecida, sino de un dirigente carismático que había surgido de la nada, que había servido como un humilde cabo en la Primera Guerra Mundial y que alardeaba continuamente de sus credenciales populistas como hombre del pueblo. Los nazis proclamaban que limpiarían el cuerpo político alemán de incrustaciones ajenas y extranjeras, liberando el país del comunismo, el marxismo, el liberalismo «judío», el bolchevismo cultural, el feminismo, el libertinaje sexual, el cosmopolitismo, las cargas económicas y de la política de poder impuestas en 1919 por Inglaterra y Francia, la democracia «occidental» y muchas cosas más. Dejarían desnuda la verdadera Alemania. No se trataba de una Alemania histórica específica de una fecha o constitución determinadas, sino una Alemania mítica que recuperaría su

alma racial intemporal de la alienación que había padecido bajo la República de Weimar. Esa visión no entrañaba sólo mirar hacia atrás o hacia delante, sino ambas cosas.

Los conservadores que elevaron a Hitler al poder compartían gran parte de esta visión. Miraban realmente hacia atrás con nostalgia del pasado, y ansiaban la restauración de la monarquía Hohenzollern y el Reich bismarckiano. Pero ambas cosas debían restaurarse de una forma expurgada de lo que ellos consideraban concesiones imprudentes que se habían hecho a la democracia. En su visión del futuro, todo el mundo debía saber cuál era su lugar, las clases trabajadoras, especialmente, debían mantenerse en el lugar que les correspondía, totalmente fuera del proceso político decisorio. Pero esta visión no puede considerarse en realidad preindustrial o premoderna. La compartían en gran medida muchos de los grandes industriales que tanto hicieron por minar la democracia de Weimar y muchos oficiales del Ejército modernos y tecnócratas cuya ambición era desencadenar una guerra moderna con el tipo de equipamiento militar avanzado que el Tratado de Versalles les prohibía. Los conservadores, lo mismo que Hitler, como otra gente en otras épocas y en otros lugares, manipulaban y reorganizaban el pasado para adaptarlo a sus objetivos del momento. No pueden reducirse a expresiones de grupos sociales «preindustriales». Muchos de ellos, desde los terratenientes *Junker* capitalistas que buscaban nuevos mercados a los pequeños comerciantes, los empleados y los oficinistas cuyos medios de vida ni siquiera habían existido antes de la industrialización, eran tan modernos como tradicionales.[123] Fueron estas coincidencias de visión las que persuadieron a hombres como Papen, Schleicher y Hindenburg de que merecía la pena legitimar su gobierno incluyendo el movimiento de masas del Partido Nazi en un gabinete de coalición cuyo objetivo era edificar un Estado autoritario sobre las ruinas de la República de Weimar.

La muerte de la democracia en Alemania fue parte de un movimiento europeo mucho más amplio del periodo de entreguerras; pero tuvo también raíces muy específicas en la historia alemana y se basó en ideas que formaban parte de una tradición alemana muy específica. El nacionalismo alemán, la visión panalemana de la culminación a través de la conquista en

la guerra de la obra inconclusa de Bismarck de unir a todos los alemanes en un solo Estado, la convicción de la superioridad de la raza aria y la amenaza que representaban para ésta los judíos, la creencia en la planificación eugenésica y en la higiene racial, el ideal militar de una sociedad vestida de uniforme, regimentada, obediente y preparada para el combate... todo eso y mucho más, que vino a cristalizar en 1933, se basaba en ideas que llevaban circulando por Alemania desde el último cuarto del siglo XIX. Algunas de estas ideas, a su vez, tenían raíces en otros países o las compartían pensadores significativos dentro de ellos: el racismo de Gobineau, el anticlericalismo de Schönerer, las fantasías paganas de Lanz von Liebenfels, las políticas demográficas pseudocientíficas de discípulos de Darwin de muchas naciones, y muchas cosas más. Pero se aglutinaron en Alemania en una mezcla excepcionalmente venenosa, que resultaba mucho más potente por la posición preeminente de Alemania como el Estado más poderoso y más adelantado de la Europa continental. En los años que siguieron al nombramiento de Hitler como canciller del Reich, el resto de Europa y el mundo se enterarían de lo ponzoñosa que esa mezcla podía llegar a ser.

II

Pese a todos sus éxitos electorales, nunca había habido la menor duda de que Hitler había llegado al cargo como consecuencia de una intriga política entre bastidores. «Los alemanes» no eligieron a Hitler canciller del Reich, ni le dieron su aprobación libre y democrática para que crease un Estado de partido único. Sin embargo, algunos han sostenido que la República de Weimar se destruyó ella misma en vez de ser destruida por sus enemigos: un caso de suicidio político más que de asesinato.[124] No pueden caber muchas dudas sobre la debilidad del sistema de gobierno de la República en la crisis suprema de 1930-1933. La fatal carencia de legitimidad de la República hizo que la gente pareciese demasiado dispuesta a buscar otras soluciones políticas para los males de Alemania. Pero esos males no eran algo que se debiese sólo a la República. Fue decisivo en todo el proceso

cómo los enemigos de la democracia explotaron la Constitución democrática y la cultura política democrática para sus propios fines. Joseph Goebbels fue muy explícito en esto cuando ridiculizó públicamente:

> La estupidez de la democracia. Siempre será uno de los mejores chistes de la democracia el que proporcionó a sus enemigos mortales los medios por los que fue destruida. Los dirigentes perseguidos del NSDAP se convirtieron en diputados parlamentarios y adquirieron con ello la inmunidad parlamentaria, asignaciones y billetes gratuitos para viajar. Pasaron así a estar a salvo de la intervención policial, pudieron permitirse decir más que el ciudadano corriente y, aparte de eso, tuvieron pagados por el enemigo los costes de su actividad. Se puede obtener un magnífico capital a costa de la estupidez democrática. Los miembros del NSDAP comprendieron eso inmediatamente y les produjo una enorme satisfacción.[125]

Los nazis no ocultaron nunca el absoluto desprecio que les inspiraban las instituciones democráticas. Pero corresponde a la naturaleza de las instituciones democráticas que presupongan al menos una voluntad mínima de atenerse a las normas de la política democrática. Las democracias que están amenazadas de destrucción se enfrentan al dilema imposible de, o bien ceder a la amenaza insistiendo en preservar las formalidades democráticas, o bien violar sus propios principios restringiendo los derechos democráticos. Los nazis sabían esto y explotaron el dilema al máximo en la segunda fase del periodo inicial del Tercer Reich, de febrero a julio de 1933.

Hitler, desde el fracaso del *Putsch* de la cervecería de noviembre de 1923, siempre había asegurado que iba a llegar al poder por medios legales. Concretamente había dicho eso bajo juramento en un juicio. Después de 1923, sabía que un golpe de Estado violento siguiendo las directrices de la Revolución de Octubre rusa de 1917, o incluso la amenaza de una «marcha sobre Roma», como la que había propulsado a Mussolini al cargo de primer ministro en Italia en 1922, no funcionarían. Así que Hitler y sus seguidores buscaron siempre una hoja de parra para sus acciones. Evitaron siempre, en la medida de lo posible, dar a sus adversarios una posibilidad como la que los socialdemócratas habían aprovechado en su lucha contra el golpe prusiano de Papen de julio de 1932 a través de los tribunales. Los socialdemócratas habían hecho eso con cierto grado de éxito jurídico, aunque políticamente su acción judicial hubiese resultado completamente inútil. Fue precisamente por evitar este precedente por lo que Hitler dio

tanta importancia, por ejemplo, al Decreto del Incendio del Reichstag y a la Ley de Habilitación. Fue por eso también por lo que Göring enroló a los camisas pardas y a los miembros de las SS como policía auxiliar en Prusia en vez de limitarse a dejarlos campar por sus respetos sin buscar ninguna cobertura legal para sus actos. Y fue por eso por lo que la jefatura nazi insistió en aplicar su oleada inicial de medidas políticas a través de leyes aprobadas por el Reichstag o sancionadas por decretos presidenciales. Las continuas seguridades que daba Hitler de que los nazis actuarían ateniéndose a la legalidad ayudaron a convencer tanto a sus socios de coalición como a sus adversarios de que se podía tratar con ellos por los medios legales. La cobertura legal de las acciones de los nazis permitió a los funcionarios redactar los decretos y leyes que les pedían, aunque se diese el caso, como con la Ley del Funcionariado del 7 de abril de 1933, de que contraviniesen los principios mismos de neutralidad en los que el funcionariado se basaba, al exigir el despido de judíos y de burócratas políticamente poco fiables. Para los funcionarios, los empleados del Estado y muchos otros, las medidas a través de las cuales los nazis se hicieron con el poder entre finales de enero y finales de julio de 1933 parecían irresistibles porque parecían poseer toda la fuerza de la ley.

Pero no era así. Los nazis quebrantaron la ley en todas las etapas del proceso. En primer lugar, no se atuvieron al propósito inspirador de las normas. El artículo 48 de la Constitución de Weimar, en concreto, que otorgaba al presidente el poder de gobernar por decreto en periodos de emergencia, se había concebido sólo como una medida de carácter excepcional y provisional; los nazis lo convirtieron en la base de un estado de emergencia permanente que era más ficticio que real, y que perduró en un sentido técnico hasta 1945. Y tampoco se había pretendido que el artículo 48 diese lugar a medidas de tan largo alcance como las aprobadas el 28 de febrero de 1933. Fue realmente una desgracia que el presidente Ebert hubiese hecho un uso tan liberal y hubiese aplicado de forma tan amplia el artículo 48 en un periodo anterior de la historia de la República, y lo fue doblemente el que los cancilleres del Reich Brüning, Papen y Schleicher se hubiesen apoyado tanto en aquél durante la crisis de principios de la década de 1930. Pero hasta eso quedaba reducido a la insignificancia al lado de la

drástica reducción de las libertades ciudadanas ordenada el 28 de febrero. Tampoco estaba previsto que un canciller se valiese del decreto aplicando el sello del presidente. Hitler se aseguró en sus negociaciones con Hindenburg de enero de 1933 de que pudiese ser así.[126] La Ley de Habilitación era más claramente aún una violación del espíritu de la Constitución, lo mismo que lo fue la abolición de las elecciones libres que la siguió. Pero la posibilidad de que pasase esto no era ni mucho menos un secreto, ya que los dirigentes nazis ya habían proclamado con toda claridad durante la campaña electoral que las elecciones del 5 de marzo serían las últimas en muchos años.

Los nazis no se limitaron a contravenir el espíritu de la Constitución de Weimar, transgredieron también la Constitución en un sentido técnico y jurídico. El decreto del 6 de febrero de 1933 que otorgó a Göring el control de Prusia se contradecía claramente con las conclusiones del Tribunal del Estado en el pleito emprendido contra Papen por el gobierno socialdemócrata de minoría depuesto. La Ley de Habilitación no era válida jurídicamente porque Göring, como presidente del Reichstag, no contó a los diputados comunistas elegidos. Aunque la mayoría de dos tercios no exigiera que se contasen, negarse a reconocer su existencia fue un acto ilegal. Además, la ratificación de la ley por el Consejo Federal, la cámara alta del legislativo, que representaba a los estados federados, fue irregular porque los gobiernos de los estados habían sido depuestos por la fuerza y no estaban, por tanto, debidamente constituidos o representados.[127] Se trataba de algo más que meros tecnicismos. Pero quedaron superados con mucho por la violencia generalizada, continuada y totalmente ilegal que perpetraron en las calles los paramilitares nazis, y que se inició ya a mediados de febrero, alcanzó nuevos grados de intensidad después del incendio del Reichstag y azotó al país entero en marzo, abril, mayo y junio. Que muchos de los que perpetraron esa violencia gozasen de la condición de policías auxiliares no legalizaba sus tropelías. Después de todo, ponerle a alguien un uniforme de policía no le da licencia para cometer asesinatos, saquear oficinas, confiscar fondos o detener a la gente, maltratarla, torturarla y encarcelarla sin juicio en campos de concentración construidos precipitadamente.[128]

De hecho, las autoridades judiciales alemanas tenían plena conciencia de la naturaleza ilegal de la violencia nazi después incluso de la toma del poder. El ministro de Justicia del Reich hizo ímprobos esfuerzos para que las detenciones masivas de la primera mitad de 1933 se atuviesen a los procedimientos jurídicos establecidos; pero no se le hizo el menor caso. A lo largo de 1933 hubo fiscales que presentaron cargos contra camisas pardas y miembros de las SS que habían agredido y asesinado a sus adversarios. En agosto de 1933 se creó una fiscalía especial para coordinar estos esfuerzos. En diciembre de 1933 el fiscal del estado bávaro intentó investigar las torturas que habían causado la muerte de tres presos en el campo de concentración de Dachau, y cuando se le impidió el ministro de Justicia bávaro aseguró que estaba decidido a llevar adelante el asunto con todo el vigor posible. El ministro del Interior del Reich se quejó en enero de 1934 de que la prisión preventiva se había utilizado incorrectamente en muchos casos. Hasta abril de 1934 no se aprobaron normas reguladoras que determinaban quién tenía facultad para detener a las personas y someterlas a «prisión preventiva» y lo que debía sucederles cuando llegasen allí. Pero ese mismo año el fiscal presentó cargos contra 23 camisas pardas y funcionarios de la policía política del campo de concentración de Hohnstein, en Sajonia, entre los que se incluía el comandante del campo, por la tortura de internos, que, según destacaba el ministro de Justicia del Reich, Gürtner, «revela una brutalidad y una crueldad en los perpetradores que son totalmente ajenas a la sensibilidad y al sentimiento de los alemanes».[129]

Muchos de los que intentaron enjuiciar actos de tortura y de violencia cometidos por paramilitares nazis eran también nazis convencidos. El ministro de Justicia bávaro que intentó que se procesase a los autores de actos de tortura cometidos en Dachau en 1933, por ejemplo, era nada menos que Hans Frank, que se haría luego célebre por su brutalidad como gobernador general de Polonia durante la Segunda Guerra Mundial. Nada resultó de esas iniciativas legales, que quedaron frustradas por la intervención desde arriba, de Himmler o, en último término, del propio Hitler.[130] El 21 de marzo de 1933 se aprobó ya una amnistía para los delitos cometidos durante el «alzamiento nacional», que anuló más de 7.000

procesos.[131] Todo el mundo, incluidos, por supuesto, los nazis, sabía muy bien a lo largo de 1933 y 1934 que las palizas brutales, las torturas, el maltrato, la destrucción de propiedades y la violencia de todo tipo contra los adversarios de los nazis, e incluso los asesinatos cometidos por los camisas pardas de las SA y las escuadras de uniforme negro de las SS, eran una violación flagrante de las leyes del país. Pero esa violencia fue una parte básica e indispensable de la toma del poder de febrero de 1933 en adelante, y el miedo generalizado, al final casi universal, que generó entre los alemanes que no eran miembros del partido o de sus organizaciones auxiliares fue un factor crucial para intimidar a los enemigos de Hitler y hacer entrar en vereda a unos aliados que a veces se mostraban demasiado renuentes.[132]

Por último, no puede haber duda alguna sobre la responsabilidad de Hitler y de la jefatura nazi en estos actos ilegales. El desprecio de Hitler por la ley y por la Constitución de Weimar había quedado claro en muchas ocasiones. «Al entrar en las instituciones legales convertiremos nuestro partido en el factor determinante—dijo Hitler al tribunal en el juicio de los oficiales del Ejército de 1930 en Leipzig—. Pero una vez que dispongamos del poder constitucional moldearemos el Estado dándole la forma que consideremos adecuada».[133] Era importante, le explicó al gabinete inmediatamente después del incendio del Reichstag, no dejarse enredar por tecnicismos legales en la persecución de los presuntos perpetradores comunistas. Toda la retórica de Hitler, toda su actitud en los primeros meses de 1933, equivalieron a un fomento constante de los actos de violencia contra los adversarios de los nazis. Sus peticiones de disciplina iban casi invariablemente acompañadas de ataques retóricos más generalizados a sus adversarios que las bases de paramilitares interpretaban como una licencia para seguir entregándose a la misma violencia. Las acciones a gran escala en las que había una coordinación, como la ocupación de las oficinas sindicales el 2 de mayo, convencieron a los camisas pardas corrientes de que no tendrían demasiados problemas si actuaban por iniciativa propia con el mismo espíritu en otras ocasiones. Y lo cierto es que no los tuvieron.[134]

Lo más decisivo de todo fue el hecho de que Hitler y los nazis tenían, en todos los ámbitos, clara conciencia del hecho de que estaban quebrantando la ley. Su desprecio por la legalidad, y por los procedimientos oficiales de la justicia, era palpable y quedó claro en innumerables ocasiones. El poder era justo. La ley era sólo la expresión del poder. Lo que contaba, según palabras de un periodista nazi, no era la «hipocresía mendaz» de los sistemas jurídico y penal de Alemania, sino «la ley del poder, encarnada en los lazos de sangre y la solidaridad militar de la propia raza [...]. No hay ni ley ni justicia en sí mismas. Lo que haya conseguido afirmarse como "ley" en la lucha por el poder debe protegerse, también por el bien del propio poder victorioso».[135]

III

La naturaleza ilegal de la toma del poder por los nazis en la primera mitad de 1933 la convirtió, en realidad, en un derrocamiento revolucionario del sistema político existente, y, de hecho, la retórica de la «Revolución nacionalsocialista» estaba destinada sobre todo a justificar de forma implícita los actos ilegales. Pero ¿qué clase de revolución era? El administrador conservador Hermann Rauschning, que empezó trabajando con los nazis pero que a finales de la década de 1930 se había convertido en uno de sus críticos más insistentes y feroces, la describió como una «revolución nihilista», una «revolución sin dirección, una revolución sólo por la revolución en sí». Destruyó todo el orden social, toda libertad, toda deferencia; era, como proclamaba el título de la edición inglesa de su libro, una «revolución de la destrucción», nada más.[136] Pero Rauschning, en su diatriba apasionada, que terminaba con un toque de rebato a favor de la restauración de los auténticos valores conservadores, estaba haciendo poco más que utilizar «revolución» como una cachiporra retórica con la que pegar a los nazis por haber derrocado el orden que él estimaba. Otras revoluciones, independientemente de lo que pudiese haber pensado Rauschning, producían algo más que mera destrucción. ¿Cómo podía, pues, compararse con ellas la revolución nazi?

La Revolución nazi no fue, en apariencia, una revolución en realidad, ni mucho menos. La Revolución francesa de 1789 y la Revolución rusa de 1917 acabaron con el orden existente por la fuerza y lo sustituyeron por algo que los revolucionarios consideraban completamente nuevo. Por el contrario, los nazis, intentando de forma característica tener ambas cosas, utilizaron la retórica de la revolución y proclamaron que habían llegado al poder legalmente y de acuerdo con la Constitución política existente. Tomaron pocas medidas concretas para abolir las instituciones básicas de la República de Weimar o para sustituirlas por otra cosa distinta (la posterior abolición del cargo presidencial en 1934 fue, a ese respecto, una rareza). En vez de eso, prefirieron dejar que se atrofiaran, como en el caso del Reichstag, que casi no volvió a reunirse después de 1933 y que, cuando lo hizo, fue sólo para oír discursos de Hitler, o el gabinete del Reich, que también acabó dejando de reunirse.[137] Por otra parte, tampoco llegó a materializarse nunca lo que querían las elites conservadoras: organizar una auténtica contrarrevolución con la ayuda de los nacionalsocialistas que culminase en una restauración del Reich guillermino, o algo muy parecido a él, con la persona del káiser en el trono o sin ella. Fuera lo que fuese lo que sucedió en 1933, no se trató de una restauración conservadora. La violencia, que fue básica para la toma del poder, le dio un carácter distintivamente revolucionario. La retórica nazi de la «revolución» se mantuvo prácticamente inalterable después de junio de 1933. ¿Hay que aceptar, pues, que no lo fue?[138]

Algunos autores han asegurado que se puede trazar una línea histórica directa hasta el nazismo desde la Revolución francesa de 1789, el Reinado del Terror jacobino de 1793-1794 y la idea de una dictadura popular implícita en la teoría de la «voluntad general» de Rousseau, decidida inicialmente por el pueblo pero que no tolera ninguna oposición una vez decidida.[139] Es indudable que la Revolución francesa fue muy importante porque se ensayaron en ella muchas de las grandes ideologías que pasaron por el escenario histórico de Europa en los dos siglos siguientes, desde el comunismo y el anarquismo al liberalismo y el conservadurismo. Pero el nacionalsocialismo no figuró entre ellas. En realidad, los nazis consideraban que estaban deshaciendo toda la obra de la Revolución francesa y dando

marcha atrás al reloj, en un sentido político al menos, hasta mucho más atrás: hasta los inicios de la Edad Media. Su concepción del pueblo era racial más que civil. Todas las ideologías a las que la Revolución francesa había dado origen debían ser destruidas. La Revolución nazi debía ser la negación en la historia mundial de su predecesora francesa, no su culminación histórica.[140]

Si hubo una Revolución nazi, ¿qué pensaban los nazis que era? Parece inviable, una vez más, establecer un paralelismo con la Revolución francesa o la rusa. Los revolucionarios franceses de 1789 plantearon un conjunto claro de doctrinas en cuya base figuraba la soberanía del pueblo a través de instituciones representativas, mientras que los revolucionarios rusos de octubre de 1917 se proponían derrocar a la burguesía y a las elites tradicionales e introducir el gobierno del proletariado. Los nazis, sin embargo, no tenían ningún plan explícito para reorganizar la sociedad, no tenían en realidad ningún modelo plenamente desarrollado de la sociedad que decían querer revolucionar. El propio Hitler parece haber concebido la revolución como un cambio de las personas que ocupaban posiciones de poder y de autoridad. En un discurso a los altos funcionarios nazis del 6 de julio de 1933, venía a decir que el núcleo de la revolución consistía en la eliminación de los partidos políticos, las instituciones democráticas y las organizaciones independientes. Parece que consideraba que la conquista del poder era la esencia misma de la Revolución nazi, y que utilizaba los dos términos casi como sinónimos:

> La conquista del poder exige perspicacia. La conquista del poder en sí es fácil, pero la conquista es sólo segura cuando la renovación de los seres humanos se ajusta a la nueva forma [...]. La gran tarea es ahora recuperar el control de la revolución. La historia muestra más revoluciones que han triunfado en principio que las que han sido capaces también de continuar después. La revolución no debe convertirse en una misión permanente, como si a la primera revolución tuviese que seguirle ahora una segunda y a la segunda, una tercera. Hemos conquistado tanto que necesitaremos mucho tiempo para digerirlo [...]. El desarrollo posterior debe producirse como evolución, hay que mejorar las circunstancias existentes [...].[141]

Así pues, básicamente, si bien Hitler pedía una transformación de los alemanes, espiritual y cultural, para adaptarlos a la nueva forma del Reich, pensaba que esto tenía que hacerse de una forma evolutiva más que revolucionaria. Y seguía diciendo:

> La estructura actual del Reich es algo antinatural. No está ni condicionada por las necesidades de la economía ni por las necesidades de la vida de nuestro pueblo [...]. Nos hemos hecho cargo de una situación dada. La cuestión es si queremos mantenerla [...]. La tarea consiste en mantener y remodelar la estructura dada en la medida en que sea utilizable, de manera que lo que sea bueno se pueda preservar para el futuro y lo que no se utilice se elimine.[142]

La transformación cultural del alemán individual, que constituía el aspecto más revolucionario de las intenciones de los nazis, podía también conseguirse, por analogía, preservando o resucitando lo que los nazis consideraban que eran los aspectos positivos de la cultura alemana del pasado, y eliminando lo que consideraban incrustaciones extranjeras.

Ni siquiera los camisas pardas, cuyo propósito declarado de impulsar una «segunda revolución» estaba criticando aquí explícitamente Hitler, tenían una concepción real de un determinado tipo de cambio revolucionario sistemático. Un estudio de la opinión imperante en las bases nazis en 1934 indicaba que una mayoría de los activistas de base que habían pertenecido al partido durante la República de Weimar esperaba que el régimen propiciase el resurgir de la nación, descrito por uno de ellos como una «reordenación total de la vida pública» en la que Hitler purgaría «Alemania de gente ajena a nuestro país y a nuestra raza que se había infiltrado en los cargos más elevados y, junto con otros criminales, puesto a mi patria alemana al borde de la ruina». Según la mentalidad de estos hombres, un resurgir nacional significaba sobre todo la reafirmación de la posición de Alemania en el mundo, la anulación del Tratado de Versalles y de sus provisiones, y la restauración, con toda probabilidad a través de la guerra, de la hegemonía alemana en Europa.[143] Así pues, estos hombres no eran revolucionarios en ningún sentido más amplio; se planteaban poco más, o incluso nada más, en cuanto a la transformación interna de Alemania, que purgarla de judíos y «marxistas». El activismo incesante de los camisas pardas habría de causar graves problemas al Tercer Reich en los meses y años siguientes. En la segunda mitad de 1933 y la primera de 1934 se justificaba a menudo con afirmaciones de que «la revolución» tenía que continuar. Pero la idea que tenían los camisas pardas de la revolución era en definitiva poco más que la continuación de los enfrentamientos y peleas a los que habían llegado a acostumbrarse durante la toma del poder.

Para los escalafones más altos del Partido Nazi y, sobre todo, para la dirección, la continuidad era tan importante como el cambio. La gran ceremonia de inauguración del Reichstag en la iglesia de la guarnición de Potsdam después de las elecciones de marzo de 1933, con su ostentoso despliegue de los símbolos del viejo orden social y político, incluido el trono que la presidía reservado para el káiser ausente, y la ofrenda ceremonial de coronas de flores en las tumbas de los reyes de Prusia, sugerían con gran fuerza que el nazismo rechazaba los fundamentos de la revolución y se vinculaba simbólicamente a tradiciones clave del pasado alemán. Eso tal vez no haya sido toda la historia, pero fue algo más que un mero ejercicio de propaganda o una concesión cínica a los aliados conservadores de Hitler. Además, el hecho de que tantas personas se incorporasen al nazismo en las semanas y meses que siguieron a la llegada de Hitler a la cancillería, o al menos lo tolerasen y no planteasen ninguna oposición, no puede atribuirse a mero oportunismo. Esto podría ser una explicación tratándose de un régimen normal y corriente, pero no de uno de características tan acusadas y radicales como el de los nazis; y la rapidez y el entusiasmo con que tanta gente llegó a identificarse con el nuevo régimen sugieren firmemente que una gran mayoría de las elites cultas de la sociedad alemana, fuese cual fuese su filiación política hasta entonces, estaba ya predispuesta a abrazar muchos de los principios en los que se apoyaba el nazismo.[144] Los nazis no sólo se hicieron con el poder político, se hicieron también, en los primeros meses del Tercer Reich, con el poder ideológico y cultural. Esto no fue sólo una consecuencia del carácter vago y proteico de muchas de sus propias afirmaciones ideológicas, que ofrecían todas las cosas para todas las personas; se debió también al hecho de que las ideas nazis apelaban directamente a muchos de los principios y creencias que se habían difundido entre la elite culta alemana desde finales del siglo XIX. Tras la Primera Guerra Mundial, sostenían estos principios revolucionarios no una minoría revolucionaria asediada, sino instituciones importantes de la sociedad y de la política. Eran los que los rechazaban, en parte o en su conjunto, los comunistas y los socialdemócratas, quienes se consideraban a sí mismos revolucionarios y eran considerados en general revolucionarios por la mayoría de los alemanes.

Todas las grandes revoluciones de la historia han rechazado el pasado, hasta el punto de querer iniciar un nuevo sistema de datación con el «Año 1», como hizo la Revolución francesa en 1789, o de consignar los siglos anteriores al «basurero de la historia», por citar una frase famosa utilizada por Trotsky en la Revolución rusa de 1917.[145] Este fundamentalismo podría hallarse también en la extrema derecha, por ejemplo en el plan de Schönerer de introducir un calendario nacionalista alemán en vez del cristiano. Pero hasta el sistema de datación de Schönerer empezaba en el pasado lejano. Y para los nazis y los que les apoyaban, el mismo término «Tercer Reich» constituía un poderoso vínculo simbólico con la supuesta grandeza del pasado, encarnada en el Primer Reich de Carlomagno y el Segundo Reich de Bismarck. Así, como dijo Hitler el 13 de julio de 1934, la Revolución nazi restauraba el desarrollo natural de la historia alemana, que había sido interrumpido por las imposiciones extranjeras de Weimar:

> Para nosotros, la revolución que destruyó la Segunda Alemania no fue nada más que el acto formidable de nacimiento que hizo venir al mundo el Tercer Reich. Quisimos crear una vez más un Estado al que todo alemán pudiese adherirse con amor; establecer un régimen que todo el mundo pudiese mirar con respeto; hallar leyes que se correspondiesen con la moralidad de nuestro pueblo; instaurar una autoridad a la que todos y cada uno se sometiesen con una obediencia gozosa.
>
> Para nosotros, la revolución no es un estado permanente de las cosas. Cuando se impone un freno mortífero al desarrollo natural del pueblo, un acto de violencia puede servir para liberar la corriente de la evolución artificialmente interrumpida permitiéndole una vez más la libertad del desarrollo natural.[146]

La revolución aparecía aquí, de nuevo, como poco más que la conquista del poder político y la entronización de un Estado autoritario. Lo que había que hacer con el poder una vez obtenido no se correspondía necesariamente con la definición de una revolución. La mayoría de las revoluciones habían acabado, aunque sólo fuese temporalmente, en la dictadura de un solo hombre; pero ninguna, aparte de la Revolución nazi, se ha iniciado realmente con ese propósito explícito. Hasta la Revolución bolchevique pretendió instaurar una dictadura colectiva del proletariado, dirigida por su vanguardia política, hasta que llegó Stalin.[147]

El nazismo ofreció una síntesis de revolución y restauración. Lo que los nazis se proponían no era una destrucción completa del sistema social, tal como se predicaba en París en 1789 o en Petrogrado en octubre de 1917. En el núcleo del sistema que crearon los nazis había otra cosa más. Pese a

toda su retórica agresivamente igualitaria, los nazis eran relativamente indiferentes en el fondo, a las desigualdades de la sociedad. Lo que les importaba a ellos ante todo era la raza, la cultura y la ideología. En los años siguientes, crearían toda una serie de instituciones a través de las cuales pretenderían reconfigurar la psique alemana y reconstruir el carácter alemán. Una vez concretadas las purgas de la vida artística y cultural, era el momento de que aquellos escritores, músicos e intelectuales alemanes que quedaran consagraran con entusiasmo su talento a la creación de una nueva cultura alemana. El cristianismo de las iglesias establecidas, relativamente inmune hasta entonces (por razones de oportunidad política) a las atenciones hostiles de los nazis, no estaría protegido mucho más tiempo. Los nazis se entregarían ahora a la construcción de una utopía racial en la que una nación de héroes de sangre pura se prepararía todo lo rápida y rigurosamente que fuese posible para la prueba definitiva de la superioridad racial alemana: una guerra en la que aplastarían y destruirían a sus enemigos y establecerían un nuevo orden europeo que acabaría llegando a dominar el mundo. En el verano de 1933 se había despejado el terreno para la edificación de una dictadura como no se había visto jamás. Había nacido el Tercer Reich: en la siguiente fase de su existencia habría de precipitarse en una madurez caracterizada por un dinamismo y una intolerancia crecientes.

BIBLIOGRAFÍA

ABEL, THEODORE, *Why Hitler Came to Power* (Cambridge, Massachusetts, 1986 [1938]).

ABRAMS, LYNN, *Workers' Culture in Imperial Germany: Leisure and Recreation in the Rhineland and Westphalia* (Londres, 1992).

ACKERMANN, JOSEF, *Himmler als Ideologe* (Göttingen, 1970).

—, «Heinrich Himmler: Reichsführer-SS», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 98-112.

ADAM, PETER, *Arts of the Third Reich* (Londres, 1992). [Hay trad. cast. : *El arte del Tercer Reich*, tr. A. Moya, Tusquets, Barcelona, 1992.]

ADAM, UWE DIETRICH, *Hochschule und Nationalsozialismus: Die Universität Tübingen im Dritten Reich* (Tübingen, 1977).

ADOLPH, HANS J. L. , *Otto Wels und die Politik der deutschen Sozialdemokratie 1934-1939*: *Eine politische Biographie* (Berlín, 1971).

AFFLERBACH, HOLGER, *Falkenhayn: Politisches Denken und Handeln im Kaiserreich* (Munich, 1994).

ALBRECHT, RICHARD, «Symbolkampf in Deutschland 1932:Sergej Tschachotin und der "Symbolkrieg" der drei Pfeile gegen den Nationalsozialismus als Episode im Abwehrkampf der Arbeiterbewegung gegen den Faschismus in Deutschland», *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, 22 (1986), 498-533.

ALDCROFT, DEREK H., *From Versailles to Wall Street 1919-1929* (Londres, 1977). [Hay trad. cast. : *De Versalles a Wall Street 1919-1929*, tr. J. Beltrán, Folio, Barcelona, 1997.]

ALLEN, WILLIAM S., *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German-Town, 1922-1945* (Nueva York, 1984 [1965]).

ALTHAUS, HANS-JOACHIM, *et al., «Da ist nirgends nichts gewesen ausser hier»: Das «rote Mössingen» im Generalstreik gegen Hitler. Geschichte eines schwäbischen Arbeiterdorfes* (Berlín, 1982).

AMBROSIUS, LLOYD E., *Wilsonian Statecraft: Theory and Practice of Liberal Internationalism during World War I* (Wilmington, Delaware, 1991).

ANDERSCH, ALFRED, *Der Vater eines Morders: Eine Schulgeschichte* (Zurich, 1980). [Hay trad. cast. : *El padre de un asesino*, tr. M. A. Grau, Círculo de Lectores, Barcelona, 1990.]

ANDERSON, MARGARET L., *Practicing Democracy: Elections and Political Culture in Imperial Germany* (Princeton, 2000).

ANGELL, NORMAN, *The Story of Money* (Nueva York, 1930).

ANGERMUND, RALPH, *Deutsche Richterschaft 1918-1945: Krisenerfahrung, Illusion*, *Politische Rechtsprechung* (Frankfurt am Main, 1990).

ANGRESS, WERNER, *Stillborn Revolution: The Communist Bid for Power in Germany*, *1921-1923* (Princeton, 1963).

ARENDT, HANNAH, *The Origins of Totalitarianism* (Nueva York, 1958). [Hay trad. cast. : *Los orígenes del totalitarismo*, tr. G. Solana, Taurus, Madrid, 1998.]

ASCHHEIM, STEVEN E., *Brothers and Strangers: The East European Jew in German and German Jewish Consciousness 1800-1923* (Madison, 1982).

—, *The Nietzsche Legacy in Germany 1890-1990* (Berkeley, 1992).

AUERBACH, HELMUTH, «Hitlers politische Lehrjahre und die Münchner Gesellschaft 1919-1923, » *VfZ*, 25 (1977), 1-45.

AYASS, WOLFGANG, «Vagrants and Beggars in Hitler's Reich», en Evans (ed.), *The German Underworld*, 210-37.

—, «*Asoziale» im Nationalsozialismus* (Stuttgart, 1995).

AYÇOBERRY, PIERRE, *The Nazi Question: An Essay on the Interpretations of NationalSocialism (1922-1975)* (Nueva York, 1981).

BACHARACH, WALTER ZWI, *Anti-Jewish Prejudices in German-Catholic Sermons* (Lewiston, Pensilvania, 1993).

BACKES, UWE, *et al., Reichstagsbrand: Aufklärung einer historischen Legende* (Munich, 1986).

BADDE, PAUL, *et al*. (eds.), *Das Berliner Philharmonische Orchester* (Stuttgart, 1987).

BAHAR, ALEXANDER y WILFRIED KUGEL, «Der Reichstagsbrand: Neue Aktenfunde entlarven die NS-Täter», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 43 (1995), 823-32.

BAHNE, SIEGFRIED, «Die Kommunistische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 655-739.

BAJOHR, FRANK (ed.), *Norddeutschland im Nationalsozialismus* (Hamburgo, 1993).

BALDERSTON, THEO, *The Origins and Course of the German Economic Crisis, 1923-1932* (Berlín, 1993).

—, *Economics and Politics in the Weimar Republic* (Londres, 2002).

BALISTIER, THOMAS, *Gewalt und Ordnung: Kalkül und Faszination der SA* (Münster, 1989).

BARANOWSKI, SHELLEY, *The Sanctity of Rural Life: Nobility, Protestantism and Nazism in Weimar Prussia* (Nueva York, 1995).

BARBIAN, JAN-PIETER, *Literaturpolitik im «Dritten Reich»: Institutionen, Kompetenzen, Betätigungsfelder* (Frankfurt am Main, 1993).

BARKAI, AVRAHAM, *From Boycott to Annihilation: The Economic Struggle of German Jews, 1933-1945* (Hannover, New Hampshire, 1989).

BARTH, ERWIN, *Joseph Goebbels und die Formierung des Führer-Mythos 1917 bis 1934* (Erlangen, 1999).

BARTSCH, GÜNTER, *Zwischen drei Stühlen: Otto Strasser. Eine Biographie* (Coblenza, 1990).

BECKER, HEINRICH, *et al*. (eds.), *Die Universität Göttingen unter dem Nationalsozialismus: Das verdrängte Kapitel ihrer 250jährigen Geschichte* (Munich, 1987).

BECKER, HOWARD, *German Youth: Bond or Free?* (Nueva York, 1946).

BECKER, JOSEF, «Zentrum und Ermächtigungsgesetz 1933:Dokumentation», *VfZ*, 9 (1961), 195-210.

— y RUTH BECKER (eds.), *Hitlers Machtergreifung: Dokumente vom Macht antritt Hitlers 30. Januar 1933 bis zur Besiegelung des Einparteienstaates 14. Juli 1933* (2. ª ed., Munich, 1992 [1983]).

BENNETT, EDWARD W., *German Rearmament and the West, 1932-1933* (Princeton, 1979).

BENZ, WOLFGANG (ed.), *Jüdisches Leben in der Weimarer Republik* (Tübingen, 1998).

BERG, NICOLAS, *DerHolocaust und die westdeutschen Historiker: Erforschung und Erinnerung* (Colonia, 2003).

BERGER, STEFAN, *Social Democracy and the Working Class in Nineteenth- and Twentieth-Century Germany* (Londres, 2000).

BERGHAHN, VOLKER R., *DerStahlhelm: Bund der Frontsoldaten 1918-1935* (Düsseldorf, 1966).

—, *DerTirpitz-Plan: Genesis und Verfall einer innenpolitischen Krisenstrategie unter Wilhelm II* (Düsseldorf, 1971).

—, *Germany and the Approach of War in 1914* (Londres, 1973).

—, (ed.), *Militarismus* (Colonia, 1975).
—, *Militarism: The History of an International Debate 1861-1979* (Cambridge, 1984 [1981]).
BERGMANN, KLAUS, *Agrarromantik und Grossstadtfeindschaft* (Meisenheim, 1970). «Bericht des Obersten Parteigerichts an den Ministerpräsidenten General-feldmarschall Göring, 13. 2. 1939», documento ND 3. 063-PS, en *Der Prozess*, XXII, 20-29.
BERING, DIETZ, *The Stigma of Names: Antisemitism in German Daily Life, 1812-1933* (Cambridge, 1992 [1987]).
Berliner Börsen-Zeitung, 1933.
Berliner Illustrierte Nachtausgabe, 1933.
Berliner Lokal Anzeiger, 1933.
Berliner Morgenpost, 1923.
Berliner Tageblatt, 1930.
BERNARD, BIRGIT, «"Gleichschaltung" im Westdeutschen Rundfunk 1933/34», en Dieter Breuer y Gertrude Cepl-Kaufmann (eds.), *Moderne und Nationalsozialismus im Rheinland* (Paderborn, 1997), 301-10.
BESSEL, RICHARD, «The Potempa Murder», *Central European History*, 10 (1977), 241-54.
—, «The Rise of the NSDAP and the Myth of Nazi Propaganda», *Wiener Library Bulletin*, 33 (1980), 20-29.
—, *Political Violence and the Rise of Nazism: The Storm Troopers in Eastern Germany 1925-1934* (Londres, 1984).
—, «Violence as Propaganda: The Role of the Storm Troopers in the Rise of National Socialism», en Thomas Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933* (Londres, 1986), 131-46.
—, «Why did the Weimar Republic Collapse?», en Kershaw (ed.), *Weimar*, 120-34.
—, «1933:AFailed Counter-Revolution», en Edgar E. Rice (ed.), *Revolution and Counter-Revolution* (Oxford, 1991), 109-227.
—, «Militarisierung und Modernisierung: Polizeiliches Handeln in der Weimarer Republik», en Alf Lüdtke (ed.), «*Sicherheit» und «Wohlfahrt»: Polizei, Gesellschaft und Herrschaft im 19. und 20. Jahrhundert* (Frankfurt am Main, 1992), 323-43.
—, *Germany after the First World War* (Oxford, 1993).
BEYER, HANS, *Von der Novemberrevolution zur Räterepublik in München* (Berlín, 1957).
BEYERCHEN, ALAN D., *Scientists under Hitler: Politics and the Physics Community in the Third Reich* (New Haven, 1977).
BIESEMANN, JÖRG, *Das Ermächtigungsgesetz als Grundlage der Gesetzgebung im nationalsozialistischen Deutschland: Ein Beitrag zur Stellung des Gesetzes in der Verfassungsgeschichte 1919-1945* (Münster, 1992 [1985]).
BINDING, KARL y ALFRED HOCHE, *Die Freigabe der Vernichtung lebensunwerten Lebens: Ihr Mass und ihre Form* (Leipzig, 1920).
BINION, RUDOLPH, *Frau Lou: Nietzsche's Wayward Disciple* (Princeton, 1968).
BIRKENFELD, WERNER, «Der Rufmord am Reichspräsidenten: Zu Grenzformen des politischen Kampfes gegen die frühe Weimarer Republik 1919-1925», *Archiv für Sozialgeschichte*, 15 (1965), 453-500.
BLACKBOURN, DAVID, «Roman Catholics, the Centre Party and Anti-Semitism in Imperial Germany», en Paul Kennedy y Anthony Nicholls (eds.), *Nationalist and Racialist Movements in Britain and Germany before 1914* (Londres, 1981), 106-29.
—, *Populists and Patricians: Essays in Modern German History* (Londres, 1987).

—, *Marpingen: Apparitions of the Virgin Mary in Bismarckian Germany* (Oxford, 1993).
—, *The Fontana History of Germany 1780-1918: The Long Nineteenth Century* (Londres, 1997).
— y GEOFF ELEY, *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany* (Oxford, 1984).
— y RICHARD J. EVANS (eds.), *The German Bourgeoisie: Essays on the Social History of the German Middle Class from the Late Eighteenth to the Early Twentieth Century* (Londres, 1991).
BLAICH, FRITZ, *Die Wirtschaftskrise 1925/26 und die Reichsregierung: Von der Erwerbslosenfürsorge zur Konjunkturpolitik* (Kallmünz, 1977).
—, *Der schwarze Freitag: Inflation und Wirtschaftskrise* (Munich, 1985).
BLASCHKE, OLAF, *Katholizismus und Antisemitismus im Deutschen Kaiserreich* (Göttingen, 1997).
—, (ed.), *Konfessionen im Konflikt: Deutschland zwischen 1800 und 1970: Ein zweites konfessionelles Zeitalter* (Göttingen, 2002).
—y ARAM MATTIOLI (eds.), *Katholischer Antisemitismus im 19. Jahrhundert: Ursachen und Traditionen im internationalen Vergleich* (Zurich, 2000).
BLEY, HELMUT, *Namibia under German Rule* (Hamburgo, 1996 [1968]).
BLINKHORN, MARTIN, *Fascists and Conservatives: The Radical Right and the Establishment in Twentieth-Century Europe* (Londres, 1990).
—, *Fascism and the Right in Europe 1919-1945* (Londres, 2000).
BOAK, HELEN L., «"Our Last Hope": Women's Votes for Hitler - A Reappraisal», *German Studies Review*, 12 (1989), 289-310.
BOEMEKE, MANFRED F., *et al*. (eds.), *The Treaty of Versailles: A Reassessment after 75 Years* (Washington, DC, 1998).
BOHRMANN, HANS (ed.), *Politische Plakate* (Dortmund, 1984).
BOLDT, HARALD, «Der Artikel 48 der Weimarer Reichsverfassung: Sein historischer Hintergrund und seine politische Funktion», en Michael Stürmer (ed.), *Die Weimarer Republik: Belagerte Civitas* (Königstein im Taunus, 1980), 288-309.
BOLLMUS, REINHARD, «Alfred Rosenberg: National Socialism's "Chief Ideologue"», en Smelser y Zitelman (eds.), *The Nazi Elite*, 183-93.
BOOMS, HANS, «Die Deutsche Volkspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 521-39.
BORCHARDT, KNUT, «Zwangslagen und Handlungsspielräume in der grossen Wirtschaftskrise der frühen dreissiger Jahre: Zur Revision des überlieferten Geschichtsbildes», en *idem*, *Wachstum, Krisen, Handlungsspielräume der Wirtschaftspolitik* (Göttingen, 1982), 165-82.
—, *Perspectives on Modern German Economic History and Policy* (Cambridge, 1991).
BORN, KARL ERICH, *Staat und Sozialpolitik seit Bismarcks Sturz 1890-1914: Ein Beitrag zur Geschichte der innenpolitischen Entwicklung des deutschen Reiches 1890-1914* (Wiesbaden, 1957).
BORN, MAX (ed.), *The Born-Einstein Letters: Correspondence between Albert Einstein and Max and Hedwig Born from 1916 to 1955* (Londres, 1971).
BOSWORTH, RICHARD J. B., *Mussolini* (Londres, 2002). [Hay trad. cast. : *Mussolini*, tr. J. M. Álvarez Flórez, Península, Barcelona, 2003.]
BÖTTGER, MARCUS, *Der Hochverrat in der höchstrichterlichen Rechtsprechung der Weimarer Republik: Ein Fall politischer Instrumentalisierung von Strafgesetzen?* (Frankfurt am Main, 1998).
BOWLBY, CHRIS, «Blutmai 1929:Police, Parties and Proletarians in a Berlin Confrontation», *Historical Journal*, 29 (1986), 137-58.

BOYER, JOHN W., *Political Radicalism in Late Imperial Vienna: Origins of the Christian Social Movement, 1848-1897* (Chicago, 1981).

BRACHER, KARL DIETRICH, *Die Auflösung der Weimarer Republik: Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratie* (3. ª ed., Villingen, 1960 [1955]).

—, *The German Dictatorship: The Origins, Structure and Consequences of National Socialism* (Nueva York, 1970 [1969]). [Hay trad. cast. : *La dictadura alemana*, tr. J. A. Garmendia, Alianza, Madrid, 1974.]

—, «Brünings unpolitische Politik und die Auflösung der Weimarer Republik», *VfZ*, 19 (1971), 113-23.

—, *Die totalitäre Erfahrung* (Munich, 1987).

—, *et al., Die nationalsozialistische Machtergreifung: Studien zur Errichtung des totalitären Herrschaftssystems in Deutschland 1933/34* (Frankfurt am Main, 1974 [1960]), I: *Stufen der Machtergreifung* (Bracher); II: *Die Anfänge des totalitären Massnahmestaates* (Schulz); III: *Die Mobilmachung der Gewalt* (Sauer).

BRADY, ROBERT, *The Rationalization Movement in Germany: A Study in the Evolution of Economic Planning* (Berkeley, 1933).

BRANDENBURG, HANS-CHRISTIAN, *Die Geschichte der HJ. Wege und Irrwege einer Generation* (Colonia, 1968).

BRANDT, WILLY, *Erinnerungen* (Frankfurt am Main, 1989).

BRECHT, ARNOLD, «Gedanken über Brünings Memoiren», *Politische Vierteljahresschrift*, 12 (1971), 607-40.

BREDEL, WILLI, *Ernst Thälmann: Beitrag zu einem politischen Lebensbild* (Berlín, 1948).

BRENDON, PIERS, *The Dark Valley: A Panorama of the 1930s* (Londres, 2000).

BRENNER, ARTHUR D., *Emil J. Gumbel: Weimar German Pacifist and Professor* (Boston, 2001).

BRENNER, HILDEGARD, *Die Kunstpolitik des Nationalsozialismus* (Hamburgo, 1963).

BRESCIANI-TURRONI, Constantino, *The Economics of Inflation: A Study of Currency Depreciation in Post-War Germany* (Londres, 1937).

BREUER, STEFAN, *Ordnung der Ungleichheit - die deutsche Rechte im Widerstreit ihrer Ideen 1871-1945* (Darmstadt, 2001).

BRIDENTHAL, RENATE y CLAUDIA KOONZ, «Beyond *Kinder, Küche, Kirche:* Weimar Women in Politics and Work», en Renate Bridenthal *et al*. (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany* (Nueva York, 1984), 33-65.

BRINKMANN, REINHOLD y CHRISTOPH WOLFF (eds.), *Driven into Paradise: The Musical Migration from Germany to the United States* (Berkeley, 1999).

BROSZAT, MARTIN, «Die Anfänge der Berliner NSDAP 1926/27*», VfZ*, 8 (1960), 85-118.

—, «The Concentration Camps 1933-1945», en Helmut Krausnick *et al., Anatomy of the SS State* (Londres, 1968 [1965]), 397-496.

—, *Der Staat Hitlers: Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung* (Munich, 1969).

—, «Betrachtungen zu "Hitlers Zweitem Buch"», *VfZ*, 9 (1981), 417-29.

—, *Hitler and the Collapse of Weimar Germany* (Oxford, 1987 [1984]).

—, *et al*., (eds.), *Bayern in der NS-Zeit* (6 vols., Munich, 1977-83).

BROWDER, GEORGE C., *Hitler's Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution* (Nueva York, 1996).

BROWN, BRENDAN, *Monetary Chaos in Europe: The End of an Era* (Londres, 1988).

BRÜGEL, JOHANN WILHELM y NORBERT FREI (eds.), «Berliner Tagebuch, 1932-1934: Aufzeichnungen des tschechoslowakischen Diplomaten Camill Hoffmann», *VfZ*, 36 (1988), 131-83,

BRÜNING, HEINRICH, *Memoiren 1918-1934* (ed. de Claire Nix y Theoderich Kampmann, Stuttgart, 1970).

BRUSTEIN, WILLIAM, *The Logic of Evil: The Social Origins of the Nazi Party, 1925-1933* (New Haven, 1996).

BUCHER, PETER, *Der Reichswehrprozess: Der Hochverrat der Ulmer Reichswehroffiziere 1929-30* (Boppard, 1967).

BUCHHEIM, HANS, «The SS - Instrument of Domination», en Helmut Krausnick *et al., Anatomy of the SS State* (Londres, 1968 [1965]), 127-203.

BUCHWITZ, OTTO, *50 Jahre Funktionär der deutschen Arbeiterbewegung* (Stuttgart, 1949).

BUDER, JOHANNES, *Die Reorganisation der preussischen Polizei 1918/1923* (Frankfurt am Main, 1986).

BULLIVANT, KEITH, «Thomas Mann and Politics in the Weimar Republic», en *idem* (ed.), *Culture and Society in the Weimar Republic* (Manchester, 1977), 24-38.

BULLOCK, ALAN, *Hitler: A Study in Tyranny* (Londres, 1953).

BURKERT, HANS-NORBERT, *et al., «Machtergreifung» Berlin 1933*: *Statten der Geschichte Berlins in Zusammenarbeit mit dem Pädagogischen Zentrum Berlin* (Berlín, 1982).

BURKHARDT, BERND, *Eine Stadt wird braun: Die nationalsozialistische Machtergreifung in der Provinz. Eine Fallstudie* (Hamburgo, 1980).

BURLEIGH, MICHAEL, *Death and Deliverance: «Euthanasia», in Germany 1900-1945* (Cambridge, 1994).

—, *The Third Reich: A New History* (Londres, 2000). [Hay trad. cast. : *El Tercer Reich*, tr. J. M. Álvarez Flórez, Taurus, Madrid, 2000.]

—y Wolfgang Wippermann, *The Racial State: Germany 1933-1945* (Cambridge, 1991).

BUSCH, FRITZ, *Aus dem Leben eines Musikers* (Zurich, 1949).

BUSCH, GÜNTER, *Max Liebermann: Maler, Zeichner, Graphiker* (Frankfurt am Main, 1986).

BÜSCH, OTTO, *Militärsystem und Sozialleben im alten Preussen 1713-1807: Die Anfänge der sozialen Militarisierung der preussisch-deutschen Gesellschaft* (Berlín, 1962).

BUTLER, ROHAN D'OLIER, *The Roots of National Socialism 1783-1933* (Londres, 1941).

CARIAN, JANE, *Government without Administration: State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany* (Oxford, 1988).

—, «The Historiography of National Socialism», en Michael Bentley (ed.), *Companion to Historiography* (Londres, 1997), 545-90.

CARSTEN, FRANCIS L., *The Reichswehr and Politics 1918-1933* (Oxford, 1966).

—, *Revolution in Central Europe 1918-1919* (Londres, 1972).

—, *Fascist Movements in Austria: From Schönerer to Hitler* (Londres, 1977).

—, *August Bebel und die Organisation der Massen* (Berlín, 1991).

CECIL, HUGH y PETER LIDDLE (eds.), *At the Eleventh Hour: Reflections, Hopes and Anxieties at the Closing of the Great War, 1918* (Barnsley, 1998).

CECIL, ROBERT, *The Myth of the Master Race: Alfred Rosenberg and Nazi Ideology* (Londres, 1972).

CHAMBERLAIN, HOUSTON STEWART, *Die Grundlagen des XIX. Jahrhunderts* (2 vols., Munich, 1899).

CHICKERING, ROGER, *Imperial Germany and a World without War: The Peace Movement and German Society, 1892-1914* (Princeton, 1975).

—, *We Men Who Feel Most German: A Cultural Study of the Pan-German League 1886-1914* (Londres, 1984).

—, *Imperial Germany and the Great War, 1914-1918* (Cambridge, 1998).

CHILDERS, THOMAS, *The Nazi Voter: The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1981).

CLARK, CHRISTOPHER, *Kaiser Wilhelm II* (Londres, 2000).

CLAVIN, PATRICIA, *The Great Depression in Europe, 1929-1939* (Londres, 2000).

COETZEE, MARILYN S., *The German Army League: Popular Nationalism in Wilhelmine Germany* (Nueva York, 1990).

COHEN, DEBORAH, *The War Come Home: Disabled Veterans in Britain and Germany, 1914-1918* (Berkeley, 2001).

COHN, NORMAN, *Warrant for Genocide: The Myth of the Jewish World-Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion* (Londres, 1967). [Hay trad. cast. : *El mito de la conspiración judía mundial*, tr. Santos Fontenla, Alianza, Madrid, 1995.]

COMITÉ DES DÉLÉGATIONS JUIVES (ed.), *Das Schwarzbuch: Tatsachen und Dokumente. Die Lage der juden in Deutschland 1933* (París, 1934).

CONZE, WERNER, recensión de la primera edición de Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, en *Historische Zeitschrift*, 183 (1957), 378-82.

CORNELISSEN, CHRISTOPH, *Gerhard Ritter: Geschichtswissenschaft und Politik im 20. Jahrhundert* (Düsseldorf, 2001).

CORNI, GUSTAVO, «Richard Walther Darré: The Blood and Soil Ideologue», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 18-27.

CORNWELL, JOHN, *Hitler's Pope: The Secret History of Pius XII* (Londres, 1999).

COSSÉ, PETER, «Die Geschichte», en Badde *et al*. (eds.), *Das Berliner Philharmonische Orchester*, 10-17.

CRAIG, GORDON A., «Briefe Schleichers an Groener», *Die Welt als Geschichte*, II (1951), 122-33.

—, *The Politics of the Prussian Army 1640-1945* (Nueva York, 1964 [1955]).

CREW, DAVID F., *Germans on Welfare: From Weimar to Hitler* (Nueva York, 1998).

CRACK, PAUL, *Darwinism, War and History: The Debate over the Biology of War from the «Origin of Species» to the First World War* (Cambridge, 1994).

CZARNOWSKI, GABRIELE, *Das kontrollierte Paar: Ehe- und Sexualpolitik im Nationalsozialismus* (Weinheim, 1991).

DAIM, WILFRIED, *Der Mann, der Hitler die Ideen gab: Die sektiererischen Grundlagen des Nationalsozialismus* (Viena, 1985 [1958]).

DANNER, LOTHAR, *Ordnungspolizei Hamburg: Betrachtungen zu ihrer Geschichte 1918-1933* (Hamburgo, 1958).

DAPPER, BEATE y HANS-PETER ROUETTE, «Zum Ermittelungsverfahren gegen Leipart und Genossen wegen Untreue vom 9. Mai 1933», *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, 20 (1984), 509-35.

DEDERING, TILMAN, «"A Certain Rigorous Treatment of all Parts of the Nation": The Annihilation of the Herero in German Southwest Africa 1904», en Mark Levene y Penny Roberts (eds.), *The Massacre in History* (Nueva York, 1999), 205-22.

DEHIO, LUDWIG, *Germany and World Politics* (Londres, 1959 [1955]).

DEICHMANN, UTE, *Biologists under Hitler* (Cambridge, Massachusetts, 1996 [1992]).

DEIST, WILHELM, *Flottenpolitik und Flottenpropaganda: Das Nachrichtenbüro des Reichsmarineamts 1897-1914* (Stuttgart, 1976).

—, «Censorship and Propaganda in Germany during the First World War», en Jean-Jacques Becker y Stéphane Audoin-Rouzeau (eds.), *Les Sociétés européennes et la guerre de 1914-1918* (París, 1990), 199-210.

—, «The Military Collapse of the German Empire: The Reality Behind the Stab-in-the-Back Myth», *War in History*, 3 (1996), 186-207.

DEMETER, KARL, *Das deutsche Offizierkorps in Gesellschaft und Staat 1650-1945* (Frankfurt am Main, 1962).

DEUERLEIN, ERNST, «Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», *VfZ*, 7 (1959), 203-5.

—, (ed.), *Der Hitler-Putsch: Bayerische Dokumente zum 8. /9. November 1923* (Stuttgart, 1962).

—, (ed.), *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten* (Munich, 1974).

Deutsche Allgemeine Zeitung, 1933.

Deutsche Zeitung, 1933.

DIEHL, JAMES M. , *Paramilitary Politics in Weimar Germany* (Bloomington, Indiana, 1977).

DIELS, RUDOLF, *Lucifer ante Portas: Es spricht der erste Chef der Gestapo* (Stuttgart, 1950).

DIJKSTRA, BRAM, *Idols of Perversity: Fantasies of Female Evil in Fin-de-Siècle Culture* (Nueva York, 1986). [Hay trad. cast. : *Ídolos de la perversidad*, tr. Campos González, Debate, Barcelona, 1993.]

DILLER, ANSGAR, *Rundfunkpolitik im Dritten Reich* (Munich, 1980).

DISTL, DIETER, *Ernst Toller: Eine politische Biographie* (Schrobenhausen, 1993).

DOMARUS, MAX (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945*: *The Chronicle of a Dictatorship* (4 vols., Londres, 1990- [1962-3]).

DORPALEN, ANDREAS, *Hindenburg and the Weimar Republic* (Princeton, 1964).

—, *German History in Marxist Perspective: The East German Approach* (Detroit, 1988).

DOWE, DIETER y peter-christian witt, *Fredrich Ebert 1871-1925: Vom Arbeit erführer zum Reichspräsidenten* (Bonn, 1987).

DREWNIAK, BOGUSLAV, *Das Theater im NS-Staat: Szenarium deutscher Zeitgeschichte 1933-1945* (Düsseldorf, 1983).

DUHNKE, HORST, *Die KPD von 1933 bis 1945* (Colonia, 1972).

—, *Die KPD und das Ende von Weimar: Das Scheitern einer Politik 1932-1935* (Frankfurt am Main, 1976).

DÜLFFER, JOST, *Nazi Germany 1933-1945: Faith and Annihilation* (Londres, 1996 [1992]).

DÜSTERBERG, THEODOR, *Der Stahlhelm und Hitler* (Wolfenbüttel, 1949).

EBELING, FRANK, *Geopolitik: Karl Haushofer und seine Raumwissenschaft 1919-1945* (Berlín, 1994).

EBERT, FRIEDRICH, *Schriften, Aufzeichnungen, Reden* (2 vols., Dresde, 1936).

EHNI, HANS-PETER, *Bollwerk Preussen? Preussen-Regierung, Reich-Länder-Problem und Sozialdemokratie 1928-1932* (Bonn, 1975).

EHRT, ADOLF, *Bewaffneter Aufstand! Enthüllungen über den kommunistischen Umsturzversuch am Vorabend der nationalen Revolution* (Berlín, 1933).

EICHENGREEN, BARRY, *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression 1919-1939* (Oxford, 1992).

EISNER, FREYA, *Kurt Eisner: Die Politik der libertären Sozialismus* (Frankfurt am Main, 1979).

EKSTEINS, MODRIS, *The Limits of Reason: The German Democratic Press and the Collapse of Weimar Democracy* (Oxford, 1975).

ELEY, GEOFF, *Reshaping the German Right: Radical Nationalism and Political Change after Bismarck* (Londres, 1980).

—, *From Unification to Nazism: Reinterpreting the German Past* (Londres, 1986).

ELFFERDING, WIELAND, «Von der proletarischen Masse zum Kriegsvolk: Massenauf marsch und Öffentlichkeit im deutschen Faschismus am Beispiel des 1. Mai 1933», en Neue Gesellschaft für bildende Kunst (ed.), *Inszenierung der Macht: Ästhetische Faszination im Faschismus* (Berlín,

1987), 17-50.
ELIASBERG, GEORGE, *Der Ruhrkrieg von 1920* (Bonn, 1974).
ENGELBERG, ERNST, *Bismarck* (2 vols., Berlín, 1985 y 1990).
EPSTEIN, KLAUS, recensión de William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, en *Review of Politics*, 23 (1961), 130-45.
erdmann, karl dietrich y HAGEN SCHULZE (eds.), *Weimar: Selbstpreisgabe einer Demokratie. Eine Bilanz heute* (Düsseldorf, 1980).
ERGER, JOHANNES, *Der Kapp-Lüttwitz-Putsch: Ein Beitrag zur deutschen Innenpolitik 1919/20* (Düsseldorf, 1967).
ESCHENBURG, THEODOR, «Franz von Papen», *VfZ*, 1 (1953), 153-69.
—, «Die Rolle der Persönlichkeit in der Krise der Weimarer Republik: Hindenburg, Brüning, Groener, Schleicher», *VfZ*, 9 (1961), 1-29.
—, *Die improvisierte Demokratie* (Munich, 1963).
ESCHENHAGEN, WIELAND (ed.), *Die «Machtergreifung»: Tagebuch einer Wende nach Presseberichten vom 1. Januar bis 6. März 1933* (Darmstadt, 1982).
EVANS, RICHARD J., «German Women and the Triumph of Hitler», *Journal of Modern History*, 48 (1976), 123-75.
—, *The Feminist Movement in Germany 1894-1933* (Londres, 1976).
—, (ed.), *Society and Politics in Wilhelmine Germany* (Londres, 1978).
—, *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years 1830-1910* (Oxford, 1987).
—, *Rethinking German History: Nineteenth-Century Germany and the Origins of the Third Reich* (Londres, 1987).
—, (ed.), *The German Underworld: Deviants and Outcasts in German History* (Londres, 1988).
—, *In Hitler's Shadow: West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past* (Nueva York, 1989).
—, (ed.), *Kneipengespräche im Kaiserreich: Die Stimmungsberichte der Hamburger Politischen Polizei 1892-1914* (Reinbek, 1989).
—, *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany 1600-1987* (Oxford, 1996).
—, reseña de Maria Tatar, *Lustmord: Sexual Murder in Weimar Germany* (Princeton, 1995), en *German History*, 14 (1996), 414-15.
—, *Rereading German History: From Unification to Reunification 1800-1996* (Londres, 1997).
—, *Tales from the German Underworld: Crime and Punishment in the Ninteenth Century* (Londres, 1998).
—, «Hans von Hentig and the Politics of German Criminology», en Angelika Ebbinghaus y Karl Heinz Roth (eds.), *Grenzgänge: Deutsche Geschichte des 20*.
Jahrhunderts im Spiegel von Publizistik, Rechtsprechung und historischer Forschung (Lüneburg, 1999), 238-64.
—, *Telling Lies About Hitler: The Holocaust, History, and the David Irving Trial* (Londres, 2002).
—, «History, Memory, and the Law: The Historian as Expert Witness», *History and Theory*, 41 (2002), 277-96.
—, «Telling It Like It Wasn't», *BBC History Magazine*, 3 (2002), n. º 12, 22-5.
—y DICK GEARY (eds.), *The German Unemployed: Experiences and Consequences of Mass Unemployment from the Weimar Republic to the Third Reich* (Londres, 1987).
EYCK, ERICH, *A History of the Weimar Republic* (2 vols., Cambridge, 1962-4 [1953-6]).
FAESI, ROBERT (ed.), *Thomas Mann - Robert Faesi: Briefwechsel* (Zurich, 1962).

FALTER, JÜRGEN W., «Die Wähler der NSDAP 1928-1933:Sozialstruktur und partei politische Herkunft», en Wolfgang Michalka (ed.), *Die nationalsozialistische Machtergreifung* (Paderborn, 1984), 47-59.

—, *et al., Wahlen und Abstimmungen in der Weimarer Republik: Materialien zum Wahlverhalten 1919-1933* (Munich, 1986).

—, *Hitlers Wähler* (Munich, 1991).

—, «How Likely were Workers to Vote for the NSDAP?», en Callan Fischer (ed.), *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany* (Oxford, 1996), 9-45.

—, «"Die Märzgefallenen" von 1933:Neue Forschungsergebnisse zum sozialen Wandel innerhalb der NSDAP-Mitgliedschaft während der Machtergreifungsphase», *Geschichte und Gesellschaft*, 24 (1998), 595-616.

FANDEL, THOMAS, «Konfessionalismus und Nationalsozialismus», en Blaschke (ed.), *Konfessionen*, 299-334.

FARQUHARSON, JOHN E., *The Plough and the Swastika: The NSDAP and Agriculture in Germany, 1928-1945* (Londres, 1976).

FARR, IAN, «Populism in the Countryside: The Peasant Leagues in Bavaria in the 1890s», en Evans (ed.), *Society and Politics*, 136-59.

FATTMANN, RAINER, *Bildungsbürger in der Defensive: Die akademische Beamten schaft und der «Reichsbund der höheren Beamten» in der Weimarer Republik* (Göttingen, 2001).

FAUST, ANSELM, *Der Nationalsozialistische Deutsche Studentenbund: Studenten und Nationalsozialismus in der Weimarer Republik* (Düsseldorf, 1973).

—, «Die Hochschulen und der "undeutsche Geist": Die Bücherverbrennung am 10. Mai 1933 und ihr Vorgeschichte», en Horst Denkler y Eberhard Lämmert (eds.), «*Das war ein Vorspiel nur. . .* »: *Berliner Kolloquium zur Literaturpolitik im «Dritten Reich»* (Berlín, 1985), 31-50.

FEDER, GOTTFRIED, *Das Programm der NSDAP und seine weltanschaulichen Grundgedanken* (Munich, 1934).

FEINSTEIN, CHARLES H., *et al., The European Economy between the Wars* (Oxford, 1997).

FELDMAN, GERALD D., *Army, Industry and Labor in Germany, 1914-1918* (Princeton, 1966).

—, «The Origins of the Stinnes-Legien Agreement: A Documentation», *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiter bewegung*, 19/20 (1973), 45-104.

—, (ed.), *Die Nachwirkungen der Inflation auf die deutsche Geschichte 1924-1933* (Munich, 1985).

—, *The Great Disorder: Politics, Economic, and Society in the German Inflation, 1914-1924* (Nueva York, 1993).

—, «Right-Wing Politics and the Film Industry: Emil Georg Strauss, Alfred Hugenberg, and the UFA, 1917-1933», en Christian Jansen *et al*. (eds.), *Von der Aufgabe der Freiheit: Politische Verantwortung und bürgerliche Gesellschaft im 19. und 20. Jahrhundert: Festschrift für Hans Mommsen zum 5. November 1995* (Berlín, 1995), 219-30.

—, *Hugo Stinnes: Biographie eines Industriellen 1870-1924* (Munich, 1998).

FENSKE, HANS, «Monarchisches Beamtentum und demokratischer Rechtsstaat: Zum Problem der Bürokratie in der Weimarer Republik», en *Demokratie und Verwaltung: 25 Jahre Hochschule für Verwaltung Speyer* (Berlín, 1972), 117-36.

FERGUSON, NIALL, *Paper and Iron: Hamburg Business and German Politics in the Era of Inflation, 1897-1927* (Oxford, 1995).

—, *The World's Banker: The History of the House of Rothschild* (Londres, 1998).

FEST, JOACHIM C., *The Face of the Third Reich* (Londres, 1979 [1970]).

—, «Joseph Goebbels: Eine Porträtskizze», *VfZ*, 43 (1995), 565-80.

FEUCHTWANGER, EDGAR, *Bismarck* (Londres, 2002).

FIEBERG, GERHARD (ed.), *Im Namen des deutschen Volkes: justiz und Nationalsozialismus* (Colonia, 1989).

FIELD, GEOFFREY G., *Evangelist of Race: The Germanic Vision of Houston Stewart Chamberlain* (Nueva York, 1981).

FIGES, ORLANDO, *A People's Tragedy: The Russian Revolution 1891-1924* (Londres, 1996). [Hay trad. cast. : *La revolución rusa: la tragedia de un pueblo*, tr. César Vidal, Edhasa, Barcelona, 2001.]

FISCHER, CALLAN, «Ernst Julius Röhm: Chief of Staff of the SA and Indispensable Outsider», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 173-82.

—, *The Ruhr Crisis 1923-1924* (Oxford, 2003).

FISCHER, FRITZ, *Germany's Aims in the First World War* (Londres, 1967 [1961]).

—, *War of Illusions: German Politics from 1911 to 1914* (Londres, 1975 [1969]).

FISCHER, KLAUS, «Der quantitative Beitrag der nach 1933 emigrierten Naturwissenschaftler zur deutschsprachigen physikalischen Forschung», *Berichte zur Wissenschaftsgeschichte*, II (1988), 83-104.

FLEMMING, JENS, *Landwirtschaftliche Interessen und Demokratie: Ländliche Gesellschaft, Agrarverbände und Staat 1890-1925* (Bonn, 1978).

FOUT, JOHN C., «Sexual Politics in Wilhelmine Germany: The Male Gender Crisis, Moral Purity, and Homophobia», *Journal of the History of Sexuality*, 2 (1992), 388-421.

FOWKES, BEN, *Communism in Germany under the Weimar Republic* (Londres, 1984).

FRAENKEL, ERNST, *The Dual State* (Nueva York, 1941).

FRANK, HANS, *Im Angesicht des Galgens: Deutung Hitlers und seiner Zeit auf Grund eigener Erlebnisse und Erkenntnisse* (2. ª ed., Neuhaus, 1955 [1953]).

FRANZ-WILLING, Georg, *Ursprung der Hitlerbewegung 1919-1922* (Preussisch Olendorf, 1974 [1962]).

—, *Krisenjahr der Hitlerbewegung 1923* (Preussisch Oldendorf, 1975).

—, *Putsch und Verbotszeit der Hitlerbewegung November 1923-Februar 1925* (Preussisch Olendorf, 1977).

FREHSE, MICHAEL, *Ermächtigungsgesetzgebung im Deutschen Reich 1914-1933* (Pfaffenweiler, 1985).

FREI, NORBERT, «"Machtergreifung": Anmerkungen zu einem historischen Begriff», *VfZ*, 31 (1983), 136-45.

—, *National Socialist Rule in Germany: The Führer State 1933-1945* (Oxford, 1993 [1987]).

—, *Der Führerstaat: Nationalsozialistische Herrschaft 1933 bis 1945* (Munich, 2001 [1987]).

FREITAG, WERNER, «Nationale Mythen und kirchliches Heil: Der "Tag von Potsdam"», *Westfälische Forschungen*, 41 (1991), 379-430.

FREVERT, UTE, «Bourgeois Honour: Middle-Class Duellists in Germany from the Late Eighteenth to the Early Twentieth Century», en Blackbourn y Evans (eds.), *The German Bourgeoisie*, 255-92.

—, *Ehrenmänner: Das Duell in der bürgerlichen Gesellschaft* (Munich, 1991).

—, *Die kasernierte Nation: Militärdienst und Zivilgesellschaft in Deutschland* (Munich, 2001).

FRICKE, DIETER, *Kleine Geschichte des Ersten Mai: Die Maifeier in der deutschen und internationalen Arbeiterbewegung* (Berlín, 1980).

FRIEDLÄNDER, HENRY, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1995).

FRIEDLÄNDER, SAUL, «Die politischen Veränderungen der Kriegszeit und ihre Auswirkungen auf die Judenfrage», en Werner E. Mosse (ed.), *Deutsches judentum in Krieg und Revolution 1916-1923* (Tübingen, 1971), 27-65.

—, *Nazi Germany and the Jews: The Years of Persecution 1933-1939* (Londres, 1997).

FRIEDRICH, CARL J. y ZBIGNIEW K. BRZEZINSKI, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (Nueva York, 1963).

FRIEDRICHS, AXEL (ed.), *Die nationalsozialistische Revolution 1933* (Dokumente der deutschen Politik, I, Berlín, 1933).

FRITZSCHE, PETER, *Germans into Nazis* (Cambridge, Massachusetts, 1998).

FRÖHLICH, ELKE, «Joseph Goebbels und sein Tagebuch: Zu den handschriftlichen Aufzeichnungen von 1924 bis 1941», *VfZ*, 35 (1987), 489-522.

—, (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Samtliche Fragmente*. parte 1: *Aufzeichnungen 1924-1941* (Munich, 1987).

—, «Joseph Goebbels: The Propagandist», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 48-61.

FULDA, BERNHARD, «Press and Politics in Berlin, 1924-1930» (tesis doctoral inédita, Universidad de Cambridge, 2003).

—, «Horst Wessel: Media, Myth and Memory» (artículo inédito destinado al Research Seminar in Modern European History, Universidad de Cambridge, noviembre de 2003).

GADBERRY, GLEN W. (ed.), *Theatre in the Third Reich, the Prewar Years: Essays on Theatre in Nazi Germany* (Westport, Connetticut, 1995).

GALL, LOTHAR, *Bismarck: The White Revolutionary* (2 vols., Londres, 1986 [1980]).

—, *Bürgertum in Deutschland* (Berlín, 1989).

GALOS, ADAM, *et al., Die Hakatisten: Der Deutsche Ostmarkenverein 1894-1934* (Berlín, 1966).

GAY, PETER, *Weimar Culture: The Outsider as Insider* (Londres, 1969). [Hay trad. cast. : *La cultura Weimar*, tr. N. Cateli, Argos Vergara, Barcelona, 1984.]

GEARY, DICK, «Unemployment and Working-Class Solidarity: The German Experience 1929-33», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 261-80.

—, «Employers, Workers, and the Collapse of the Weimar Republic», en Kershaw (ed.), *Weimar*, 92-119.

—, «Nazis and Workers before 1933», *Australian Journal of Politics and History*, 48 (2002), 40-51.

GEBHARDT, MANFRED, *Max Hoelz: Wege und Irrwege eines Revolutionärs* (Berlín, 1983).

GEISS, IMANUEL (ed.), *July 1914: The Outbreak of the First World War. Selected Documents* (Londres, 1967 [1965]).

—, «Kritischer Rückblick auf Friedrich Meinecke», en *idem*, *Studien über Geschichte und Geschichtswissenschaft* (Frankfurt am Main, 1972), 89-107.

GELLATELY, ROBERT, *The Politics of Economic Despair: Shopkeepers and German Politics, 1890-1914* (Londres, 1974).

—, *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy 1933-1945* (Oxford, 1990). [Hay trad. cast. : *La Gestapo y la sociedad alemana: política racial nazi 1933-1945*, tr. Fernández Aúz y Eguilar Barrena, Paidós, Barcelona, 2003.]

—y NATHAN STOLTZFUS (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany* (Princeton, 2001).

GENSCHEL, HELMUT, *Die Verdrängung der Juden aus der Wirtschaft im Dritten Reich* (Berlín, 1966).

GERLACH, HELLMUTH VON, *Vonrechts nach links* (Hildesheim, 1978 [1937]).

GESSNER, DIETER, *Agrarverbände in der Weimarer Republik: Wirtschaftliche und soziale Voraussetzungen agrarkonservativer Politik vor 1933* (Düsseldorf, 1976).

—, *Agrardepression und Präsidialregierungen in Deutschland 1930-1933: Probleme des Agrarkapitalismus am Ende der Weimarer Republik* (Düsseldorf, 1977).

GEYER, MARTIN, *Verkehrte Welt: Revolution, Inflation, und Moderne. München 1914-1924* (Göttingen, 1998).

GEYER, MICHAEL, «Die Geschichte des deutschen Militärs von 1860-1956:Ein Bericht über die Forschungslage (1945-1975)», en Hans-Ulrich Wehler (ed.), *Die moderne deutsche Geschichte in der internationalen Forschung 1945-1975* (Göttingen, 1978), 256-86.

—, *Aufrüstung oder Sicherheit: Reichswehr in der Krise der Machtpolitik, 1924-1936* (Wiesbaden, 1980).

—, «Professionals and Junkers: German Rearmament and Politics in the Weimar Republic», en Richard Bessel y Edgar Feuchtwanger (eds.), *Social Change and Political Development in Weimar Germany* (Londres, 1981), 77-133.

GIES, HORST, R., *Walther Darré und die nationalsozialistische Bauernpolitik 1930 bis 1933* (Frankfurt am Main, 1966).

GILES, GEOFFREY J., «The Rise of the National Socialist Students», Association and the Failure of Political Education in the Third Reich», en Peter Stachura (ed.), *The Shaping of the Nazi State* (Londres, 1978), 160-85.

—, *Students and National Socialism in Germany* (Princeton, 1985).

GILMAN, SANDER L., *On Blackness without Blacks: Essays on the Image* of *the Black in Germany* (Boston, 1982).

GISEVIUS, HANS BERND, *To the Bitter End* (Londres, 1948).

GOEBBELS, JOSEPH, *Der Angriff: Aufsätze aus der Kampfzeit* (Munich, 1935).

—, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei: Eine historische Darstellung in Tagebuch blättern (vom 1. Januar 1932 bis zum 1. Mai 1933*) (Munich, 1937 [1934]).

GOESCHEL, CHRISTIAN, «Methodische Überlegungen zur Geschichte der Selbsttötung im Nationalsozialismus», en Hans Medick (ed.), *Selbsttötung als kulturelle Praxis* (en preparación, 2004).

GOLDBACH, MARIE-LUISE, *Karl Radek und die deutsch-sowjetischen Beziehungen 1918-1923* (Bonn, 1973).

GOLDHAGEN, DANIEL J., *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust* (Nueva York, 1996). [Hay trad. cast. : *Los verdugos voluntarios de Hitler*, tr. Jordi Fibla, Taurus, Madrid, 1998.]

GOLDSTEIN, ROBERT J., *Political Repression in Nineteenth-Century Europe* (Londres, 1983).

GOLOMSTOCK, IGOR, *Totalitarian Art in the Soviet Union, Third Reich, Fascist Italy and the People's Republic of China* (Londres, 1990).

GÖPPINGER, HORST, *Juristen jüdischer Abstammung im «Dritten Reich»: Entrechtung und Verfolgung* (Munich, 1990 [1963]).

GORDON, HAROLD J., *The Reichswehr and the German Republic 1919-26* (Princeton, 1957).

—, *Hitler and the Beer Hall Putsch* (Princeton, 1972).

GOTTLIEB, MOSHE R., *American Anti-Nazi Resistance, 1933-1941: An Historical Analysis* (Nueva York, 1982).

GRAF, CHRISTOPH, *Politische Polizei zwischen Demokratie und Diktatur* (Berlín, 1983).

GRAHN, GERLINDE, «Die Enteignung des Vermögens der Arbeiterbewegung und der politischen Emigration 1933 bis 1945», *1999: Zeitschrift für Sozialgeschichte des 20. und 21. Jahrhunderts*, 12 (1997), 13-38.

GRASER, MARCUS, *Der blockierte Wohlfahrtsstaat: Unterschichtjugend und Jugend fürsorge in der Weimarer Republik* (Göttingen, 1995).

GRAU, BERNHARD, *Kurt Eisner 1867-1919: Eine Biographie* (Munich, 2001).

GRIECH-POLELLE, BETH A., *Bishop von Galen: German Catholicism and National Socialism* (New Haven, 2002).

GRIFFIN, ROGER, *International Fascism - Theories, Causes and the New Consensus* (Londres, 1998).

GRIMM, HANS, *Volk ohne Raum* (Munich, 1926).

GRITSCHNEIDER, OTTO, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H. : Der Hitler Putsch und die bayerische Justiz* (Munich, 1990).

—, *Der Hitler-Prozess und sein Richter Georg Neithardt: Skandalurteil von 1924 ebnet Hitler den Weg* (Munich, 2001).

GROSS, BABETTE, *Willi Münzenberg: Eine politische Biographie* (Stuttgart, 1967).

GROSSMANN, ATINA, «"Girlkultur"or Thoroughly Rationalized Female: A New Woman in Weimar Germany», en Judith Friedlander *et al*. (eds.), *Women in Culture and Politics: A Century of Change* (Bloomington, Indiana, 1986), 62-80.

—, *Reforming Sex: The German Movement for Birth Control and Abortion Reform 1920-1950* (Nueva York, 1995).

GROSSMANN, KURT R., *Ossietzky: Ein deutscher Patriot* (Munich, 1963).

GRUCHMANN, LOTHAR, «Die Überleitung der Justizverwaltung auf das Reich 1933-1935», en *Vom Reichsjustizamt zum Bundesministerium der Justiz: Festschrift zum hundertjährigen Gründungstag des Reichsjustizamts* (Colonia, 1977).

—, «Die bayerische Justiz im politischen Machtkampf 1933/34: Ihr Scheitern bei der Strafverfolgung von Mordfällen in Dachau», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, II. 415-428.

—, *Justiz im Dritten Reich 1933-1940: Anpassung und Unterwerfung in der Ära Gürtner* (Munich, 1988).

—, «Ludendorffs "prophetischer" Brief an Hindenburg vom Januar/Februar 1933», *VfZ*, 47 (1999), 559-62.

— y REINHARD WEBER (eds.), *Der Hitler-Prozess 1924*: *Wortlaut der Hauptverhandlung vor dem Volksgericht München I* (2 vols., Munich, 1997, 1999).

GRUNWALD, HENNING, «Political Lawyers in the Weimar Republic», (tesis doctoral inédita, Cambridge, 2002).

GRÜTTNER, MICHAEL, «Working-Class Crime and the Labour Movement: Pilfering in the Hamburg Docks, 1888-1923», en Richard J. Evans (ed.), *The*

German Working Class 1888-1933: The Politics of Everyday Life (Londres, 1982), 54-79.

—, *Studenten im Dritten Reich* (Paderborn, 1995).

GUMBEL, EMIL J., *Vier Jahre politischer Mord* (Berlín, 1924).

—, *Verschwörer: Zur Geschichte und Soziologie der deutschen nationalistischen Geheimbünde 1918-1924* (Heidelberg, 1979 [1924]).

GURATZSCH, DANKWART, *Macht durch Organisation: Die Grundlegung des Hugenbergschen Presseimperiums* (Düsseldorf, 1974).

GUSY, CHRISTOPH, *Die Weimarer Reichsverfassung* (Tübingen, 1997).

GUTTSMAN, WILHELM L., *Workers' Culture in Weimar Germany: Between Tradition and Commitment* (Oxford, 1990).

HAFFNER, SEBASTIAN, *Defying Hitler: A Memoir* (Londres, 2002).

HAGEN, WILLIAM W., *Germans, Poles, and Jews: The Nationality Conflict in the Prussian East, 1772-1914* (Chicago, 1980).

HAGENLÜCKE, HEINZ, *Die deutsche Vaterlandspartei: Die nationale Rechte am Ende des Kaiserreiches* (Düsseldorf, 1997).

HAILEY, CHRISTOPHER, *Franz Schreker, 1878-1934: A Cultural Biography* (Cambridge, 1993).

HALL, ALEX, «By Other Means: The Legal Struggle against the SPD in Wilhelmine Germany 1890-1900», *Historical Journal*, 17 (1974), 365-86.

—, *Scandal, Sensation and Social Democracy: The SPD Press and Wilhelmine Germany 1890-1914* (Cambridge, 1977).

HAMANN, BRIGITTE, *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship* (Oxford, 2000).

—, *Winifred Wagner oder Hitlers Bayreuth* (Munich, 2002).

HAMBURGER, ERNEST, «Betrachtungen über Heinrich Brünings Memoiren», *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, 8 (1972), 18-39.

HAMEL, IRIS, *Völkischer Verband und nationale Gewerkschaft: Der Deutschnationale Handlungsgehilfenverband, 1893-1933* (Frankfurt am Main, 1967).

HAMILTON, RICHARD F., *Who Voted for Hitler?* (Princeton, 1981).

HAMMER, HERMANN, «Die deutschen Ausgaben von Hitlers "Mein Kampf"», *VfZ*, 4 (1956), 161-78.

HAMMERSTEIN, NOTKER, *Die Johann Wolfgang Goethe-Universität: Von der Stiftungsuniversität zur staatlichen Hochschule* (2 vols., Neuwied, 1989).

HANFSTAENGL, ERNST, *Zwischen Weissem und Braunem Haus: Memoiren eines politischen Aussenseiters* (Munich, 1970).

HANISCH, DIRK, «A Social Profile of the Saxon NSDAP Voters», en Szejnmann, *Nazism*, 219-31.

HANKEL, GERD, *Die Leipziger Prozesse: Deutsche Kriegsverbrechen und ihre straf rechtliche Verfolgung nach dem Ersten Weltkrieg* (Hamburgo, 2003).

HANNOVER, HEINRICH y ELISABETH HANNOVER-DRÜCK, *Politische Justiz 1918-1933* (Frankfurt am Main, 1966).

HANSEN, ERNST W., *Reichswehr und Industrie: Rüstungswirtschaftliche Zusammen arbeit und wirtschaftliche Mobilmachungsvorbereitungen 1923-1932* (Boppard, 1978).

HARPPRECHT, KLAUS, *Thomas Mann: Eine Biographie* (Reinbek, 1995).

HARRIS, JAMES F., *The People Speak! Anti-Semitism and Emancipation in Nineteenth-Century Bavaria* (Ann Arbor, 1994).

HARSCH, DONNA, *German Social Democracy and the Rise* of *Nazism* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1993).

HARVEY, ELIZABETH, «Youth Unemployment and the State: Public Policies towards Unemployed Youth in Hamburg during the World Economic Crisis», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 142-70.

—, «Serving the Volk, Saving the Nation: Women in the Youth Movement and the Public Sphere in Weimar Germany», en Larry Eugene Jones y James Retallack (eds.), *Elections, Mass Politics, and Social Change in Modern Germany: New Perspectives* (Nueva York, 1992), 201-22.

—, *Youth Welfare and the State in Weimar Germany* (Oxford, 1993).

HASSELL, ULRICH VON, *Die Hassell-Tagebücher 1938-1944* (ed. de Friedrich Freiherr Hiller von Gaertringen, Berlín, 1989).

HATTENHAUER, HANS, «Wandlungen des Richterleitbildes im 19. und 20. Jahrhundert», en Ralf Dreier y Wolfgang Sellert (eds.), *Recht und Justiz im «Dritten Reich»* (Frankfurt am Main, 1989), 9-33.

HAYES, PETER, *Industry and Ideology: I. G. Farben in the Nazi Era* (Cambridge, 1987).

HEARNSHAW, FOSSEY J. C., *Germany the Aggressor throughout the Ages* (Londres, 1940).

HEBERLE, RUDOLF, *Landbevölkerung und Nationalsozialismus: Eine soziologische Untersuchung der politischen Willensbildung in Schleswig-Holstein 1918 bis 1932* (Stuttgart, 1963).

—, *From Democracy to Nazism: A Regional Case Study on Political Parties in Germany* (Nueva York, 1970 [1945]).

HEER, HANNES, *Burgfrieden oder Klassenkampf: Zur Politik der sozialdemokratischen Gewerkschaften 1930-1933* (Neuwied, 1971).

—, *Ernst Thälmann in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten* (Reinbek, 1975).

HEIBER, HELMUT (ed.), *The Early Goebbels Diaries: The Journal of Josef Goebbels from 1925-1926* (Londres, 1962).

HEIDEGGER, MARTIN, *Die Selbstbehauptung der deutschen Universität: Rede, gehalten bei der feierlichen Übernahme des Rektorats der Universität Freiburg i. Br. am 27. 5. 1933* (Breslau, 1934).

HEIDEN, KONRAD, *Geschichte des Nationalsozialismus: Die Karriere einer Idee* (Berlín, 1932).

—, *Adolf Hitler: Das Zeitalter der Verantwortungslosigkeit. Eine Biographie* (Zurich, 1936).

HEILBRONNER, ODED, *Catholicism, Political Culture and the Countryside: A Social History of the Nazi Party in South Germany* (Ann Arbor, 1998).

HEIN, ANNETTE, «*Es ist viel "Hitler" in Wagner»: Rassismus und antisemitische Deutschtumsideologie in den «Bayreuther Blättern» (1878-1938)* (Tübingen, 1996).

HEINEMANN, ULRICH, *Die verdrängte Niederlage: Politische Öffentlichkeit und Kriegsschuldfrage in der Weimarer Republik* (Göttingen, 1983).

HEITZER, HORSTWALTER, *Der Volksverein für das katholische Deutschland im Kaiserreich 1890-1918* (Mainz, 1979).

HENNIG, DIETHARD, *Johannes Hoffmann: Sozialdemokrat und Bayerischer Ministerpräsident: Biographie* (Munich, 1990).

HENTSCHEL, VOLKER, *Geschichte der deutschen Sozialpolitik (1880- 1980)* (Frankfurt am Main, 1983).

HERBERT, ULRICH, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich* (Cambridge, 1997 [1985]).

—, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989* (Bonn, 1996).

—, *et al*. (eds.), *Die nationalsozialischer Konzentrationslager: Entwicklung und Struktur* (2 vols., Göttingen, 1998).

HERBST, LUDOLF, *Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945* (Frankfurt am Main, 1996).

HERMAND, JOST y FRANK TROMMLER, *Die Kultur der Weimarer Republik* (Munich, 1978).

HERTZ-EICHENRODE, Dieter, *Politik und Landwirtschaft in Ostpreussen 1919-1930: Untersuchung eines Strukturproblems in der Weimarer Republik* (Opladen, 1969).

—, *Wirtschaftskrise und Arbeitsbeschaffung: Konjunkturpolitik 1925/26 und die Grundlagen der Krisenpolitik Brünings* (Frankfurt am Main, 1982).

HESS, WOLF RUDIGER (ed.), *Rudolf Hess: Briefe 1908-1933* (Munich. 1987*)*.

HEYWORTH, PETER, *Otto Klemperer: His Life and Times*, I: *1885-1933* (Cambridge, 1983).

HILDENBRAND, HANS-JOACHIM, «Der Betrug mit dem Fackelzug», en Rolf Italiander (ed.), *Wir erlebten das Ende der Weimarer Republik: Zeitgenossen berichten* (Düsseldorf, 1982), 165.

HILL, LEONIDAS E., «The Nazi Attack on "un-German" Literature, 1933-1945», en Jonathan Rose (ed.), *The Holocaust and the Book* (Arnherst, Mass., 2001), 9-46.

HILLER VON GAERTRINGEN, Friedrich Freiherr, «Die Deutschnationale Volkspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 541-652.

—, «“Dolchstoss-Diskussion” und “Dolchstosslegende” im Wandel von vier Jahrzehnten», en Waldemar Besson y Friedrich Freiherr Hiller von Gaertringen (eds.), *Geschichts- und Gegenwartsbewusstsein* (Göttingen, 1963), 122-60.

HILLMAYR, HEINRICH, *Roter und weisser Terror in Bayern nach 1918*: *Erscheinungs-formen und Folgen der Gewaltätigkeiten im Verlauf der revolutionären Ereignis-se nach dem Ende des Ersten Weltkrieges* (Munich, 1974).

HINDENBURG, PAUL VON, *Aus meinem Leben* (Leipzig, 1920).

HIRTE, CHRIS, *Erich Mühsam: «Ihr seht mich nicht feige». Biografie* (Berlín, 1985).

HITLER, ADOLF, *Mein Kampf* (trad. de Ralph Manheim, introd. de D. C. Watt, Londres, 1969 [1925/6]). [Hay trad. cast. : *Mi lucha*, tr. J. L. Jerez, Wotan, Barcelona, 1995.]

—, *Hitler's Secret Book* (Nueva York, 1961).

—, *Hitler's Table Talk 1941-1944*: *His Private Conversations* (Londres, 1973 [1953]).

—, *Hitler: Reden, Schriften, Anordnungen. Februar 1925 bis Januar 1933* (5 vols., Institut für Zeitgeschichte, Munich, 1992-8).

HITZER, FRIEDRICH, *Anton Graf Arco: Das Attentat auf Kurt Eisner und die Schüsse im Landtag* (Munich, 1988).

HOBSBAWM, ERIC J., *Age of Extremes: The Short Twentieth Century 1914-1991* (Londres, 1994). [Hay trad. cast. : *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Crítica, Barcelona, 2003.]

HOEGNER, WILHELM, *Der schwierige Aussenseiter: Erinnerungen eines Abgeordneten, Emigranten und Ministerpräsidenten* (Munich, 1959).

HOEPKE, KLAUS-PETER, *Die deutsche Rechte und der italienische Faschismus: Ein Beitrag zum Selbstverständnis und zur Politik von Gruppen und Verbänden der deutschen Rechten* (Düsseldorf, 1968).

HOFER, WALTHER y ALEXANDER BAHAR (eds.), *Der Reichstagsbrand: Eine wissen schaftliche Dokumentation* (Freiburg im Breisgau, 1992 [1972, 1978]).

HÖHNE, HEINZ, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS* (Stanford, California, 1971 [1969]). [Hay trad. cast. : *La orden de la calavera*, tr. Manuel Vázquez, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.]

—, *Die Machtergreifung: Deutschlands Weg in die Hitler-Diktatur* (Reinbek, 1983).

HÖHNIG, KLAUS, *Der Bund Deutscher Frauenvereine in der Weimarer Republik 1919-1923* (Egelsbach, 1995).

HOLTFRERICH, CARL-LUDWIG, *The German Inflation, 1914-1923*: *Causes and Effects in International Perspective* (Nueva York, 1986 [1980]).

—, «Economic Policy Options and the End of the Weimar Republic», en Kershaw (ed.), *Weimar*, 58-91.

HÖMIG, HERBERT, *Brüning: Kanzler in der Krise der Republik. Eine Weimarer Biographie* (Paderborn, 2000).

HONG, YOUNG-SUN, *Welfare, Modernity, and the Weimar State, 1919-1933* (Princeton, 1998).

HORN, DANIEL, «The National Socialist *Schülerbund* and the Hitler Youth, 1929-1933», *Central European History*, 11 (1978), 355-75.

HORNE, JOHN y ALAN KRAMER, *German Atrocities 1914: A History of Denial* (Londres, 2001).

HORNUNG, KLAUS, *Der Jungdeutsche Orden* (Düsseldorf, 1958).

HOSKING, GEOFFREY, *Russia: People and Empire 1552-1917* (Londres, 1997).

HÖSS, RUDOLF, *Commandant of Auschwitz* (Londres, 1959 [1951]).

HUBATSCH, WALTER, *Hindenburg und der Staat: Aus den Papieren des Generalfeldmarschalls und Reichspräsidenten von 1878 bis 1934* (Göttingen, 1966).

HUBER, ERNST RUDOLF, *Deutsche Verfassungsgeschichte seit 1789*, V-VII (Stuttgart, 1978-84).
HUNT, RICHARD N., *German Social Democracy 1918-1933* (New Haven, 1964).
IGGERS, GEORG G. (ed.), *Marxist Historiography in Transformation: New Orientations in Recent East German History* (Oxford, 1992).
JABLONSKY, DAVID, *The Nazi Party in Dissolution: Hitler and the Verbotszeit 1923-1925* (Londres, 1989).
JÄCKEL, EBERHARD, *Hitler's Weltanschauung: A Blueprint for Power* (Middletown, Connetticut, 1972 [1969]).
— y AXEL KUHN (eds.), *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924* (Stuttgart, 1980).
JACOBSEN, HANS-ADOLF, *Karl Haushofer: Leben und Werk* (2 vols., Boppard, 1979).
JAHN, PETER (ed.), *Die Gewerkschaften in der Endphase der Republik 1930-1933* (Colonia, 1988).
JAHR, CHRISTOPH, *Gewöhnliche Soldaten: Desertion und Deserteure im deutschen und britischen Heer 1914-1918* (Göttingen, 1998).
JAMES, HAROLD, *The German Slump: Politics and Economics, 1924-1936* (Oxford, 1986).
—, «Economic Reasons for the Collapse of the Weimar Republic», en Kershaw (ed.), *Weimar*, 30-57.
JANSEN, CHRISTIAN, *Professoren und Politik: Politisches Denken und Handeln der Heidelberger Hochschullehrer 1914-1935* (Göttingen, 1992).
JANSSEN, KARL-HEINZ, «Geschichte aus der Dunkelkammer: Kabalen um den Reichstagsbrand. Eine unvermeidliche Enthüllung», *Die Zeit*, 38 (14 de septiembre de 1979), 45-8; 39 (21 de septiembre de 1979), 20-24; 40 (28 de septiembre de 1979), 49-52; 41 (5 de octubre de 1979), 57-60.
JARAUSCH, KONRAD H., *Deutsche Studenten 1800-1970* (Frankfurt am Main, 1984).
JASPER, GOTTHARD, *Der Schutz der Republik* (Tübingen, 1963).
—, *Die gescheiterte Zähmung: Wege zur Machtergreifung Hitlers 1930-1934* (Frankfurt am Main, 1986).
JÁSZI, OSZKÁR, *Revolution and Counter-Revolution in Hungary* (Londres, 1924).
JEFFERIES, MATTHEW, *Imperial Culture in Germany, 1871-1918* (Londres, 2003).
JELAVICH, PETER, *Munich and Theatrical Modernism: Politics, Playwriting, and Performance 1890-1914* (Cambridge, Massachusetts, 1985).
—, *Berlin Cabaret* (Cambridge, Massachusetts, 1993).
JELLONEK, BURKHARD, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz: Verfolgung von Homosexuellen im Dritten Reich* (Paderborn, 1990).
JENS, INGE (ed.), *Thomas Mann an Ernst Bertram: Briefe aus den Jahren 1910-1955* (Pfullingen, 1960).
JESSE, ECKARD (ed.), *Totalitarismus im 20. Jahrhundert* (Baden-Baden, 1996).
JETZINGER, FRANZ, *Hitler's Youth* (Londres, 1958 [1956]).
JOACHIMSTHALER, ANTON, *Hitlers Weg begann in München 1913-1923* (Munich, 2000 [1989]).
JOCHMANN, WERNER (ed.), *Nationalsozialismus und Revolution: Ursprung und Geschichte der NSDAP in Hamburg 1922-1933* (Frankfurt am Main, 1963).
—, «Brünings Deflationspolitik und der Untergang der Weimarer Republik», en Dirk Stegmann *et al*. (eds.), *Industrielle Gesellschaft und politisches System: Beiträge zur politischen Sozialgeschichte. Festschrift für Fritz Fischer zum siebzigsten Geburtstag* (Bonn, 1978), 97-112.
—, *Gesellschaftskrise und judenfeindschaft in Deutschland 1870-1945* (Hamburgo, 1988).
JONES, LARRY EUGENE, *German Liberalism and the Dissolution of the Weimar Party System, 1918-1933* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1988).

—, «"The Greatest Stupidity of My Life": AIfred Hugenberg and the Formation of the Hitler Cabinet», *Journal of Contemporary History*, 27 (1992), 63-87.

JÜNGER, ERNST, *In Stahlgewittern: Aus dem Tagebuch eines Stosstruppführers* (Hannover, 1920); ed. inglesa, *Storm of Steel* (Londres, 2003). [Hay trad. cast. : *Tempestades de acero*, tr. Sánchez Pascual, Tusquets, Barcelona, 1987.]

JUNKER, DETLEF, *Die Deutsche Zentrumspartei und Hitler: Ein Beitrag zur Problematik des politischen Katholizismus in Deutschland* (Stuttgart, 1969).

KAES, ANTON, *et al*. (eds.), *The Weimar Republic Sourcebook* (Berkeley, 1994).

KAI, MICHEL, *Vom Poeten zum Demagogen: Die schriftstellerischen Versuche Joseph Goebbels* (Colonia, 1999).

KAISER, JOCHEN-CHRISTOPH, *Sozialer Protestantismus im 20. Jahrhundert: Beiträge zur Geschichte der Inneren Mission 1914-1945* (Munich, 1989).

—, *et al*. (eds.), *Eugenik, Sterilisation, «Euthanasie»: Politische Biologie in Deutschland 1893-1945* (Berlín, 1992).

KAMINSKI, ANDREJ, *Konzentrationslager 1896 bis heute: Eine Analyse* (Stuttgart, 1982).

KAMPE, NORBERT, *Studenten und «Judenfrage» im deutschen Kaiserreich: Die Entstehung einer akademischen Trägerschicht des Antisemitismus* (Göttingen, 1988).

KAPLAN, MARION A., «The Acculturation, Assimilation, and Integration of Jews in Imperial Germany», *Year Book of the Leo Baeck Institute*, 27 (1982), 3-35.

KARASEK, HORST, *Der Brandstifter: Lehr- und Wanderjahre des Maurergesellen Marinus van der Lubbe, der 1933 auszog, den Reichstag anzuzünden* (Berlín, 1980).

KASISCHKE-WURM, Daniela, *Antisemitismus im Spiegel der Hamburger Presse wahrend des Kaiserreichs (1884-1914)* (Hamburgo, 1997).

KATER, MICHAEL H., *Studentenschaft und Rechtsradikalismus in Deutschland 1918-1933: Eine sozialgeschichtliche Studie zur Bildungskrise in der Weimarer Republik* (Hamburgo, 1975).

—, «The Work Student: A Socio-Economic Phenomenon of Early Weimar Germany», *Journal of Contemporary History*, 10 (1975), 71-94.

—, *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945* (Oxford, 1983).

—, *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany* (Nueva York, 1992).

—, *The Twisted Muse: Musicians and their Music in the Third Reich* (Nueva York, 1997).

KATZ, JACOB, *The Darker Side of Genius: Richard Wagner's Anti-Semitism* (Hannover, 1986).

—, *From Prejudice to Destruction: Anti-Semitism, 1700-1933* (Cambridge, Massachusetts, 1980).

KAUDERS, ANTHONY, *German Politics and the Jews: Düsseldorf and Nuremberg 1910-1933* (Oxford, 1996).

KAUFMANN, DORIS, *Katholisches Milieu in Münster 1928-1933* (Düsseldorf, 1984).

KELLY, ANDREW, *Filming All Quiet on the Western Front - «Brutal Cutting, Stupid Censors, Bigoted Politicos»* (Londres, 1998), editado en rústica como *All Quiet on the Western Front: The Story of a Film* (Londres, 2002).

KENT, BRUCE, *The Spoils of War: The Politics, Economics and Diplomacy of Reparations 1918-1932* (Oxford, 1989).

KERSHAW, IAN, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945* (Oxford, 1983).

—, «Ideology, Propaganda, and the Rise of the Nazi Party», en Peter D. Stachura (ed.), *The Nazi Machtergreifung, 1933* (Londres, 1983), 162-81.

—, (ed.), *Weimar: Why did German Democracy Fail?* (Londres, 1990).

—, *Hitler, I: 1889-1936: Hubris* (Londres, 1998). [Hay trad. cast. : *Hitler 1889-1936*, tr. J. M. Álvarez Flórez, Península, Barcelona, 1999.]

—, *Hitler, II: 1936-1945: Nemesis* (Londres, 2000). [Hay trad. cast. : *Hitler 1936-1945*, tr. J. M. Álvarez Flórez, Península, Barcelona, 2000.]

—, *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation* (4. ª ed., Londres, 2000 [1985]).

— y MOSHE LEWIN (eds.), *Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison* (Cambridge, 1997).

KERTZER, DAVID, *Unholy War: The Vatican's Role in the Rise of Modern Anti-Semitism* (Londres, 2001). [Hay trad. cast. : *Los papas contra los judíos*, tr. Matilde Fernández, Plaza y Janés, Barcelona, 2000.]

KESSLER, HARRY GRAF, *Tagebücher 1918-1937* (ed. de Wolfgang Pfeiffer-Belli, Frankfurt am Main, 1961).

KETTENACKER, LOTHAR, «Der Mythos vom Reich», en Karl H. Bohrer (ed.), *Mythos und Moderne* (Frankfurt am Main, 1983), 262-89.

KIESEWETTER, HUBERT, *Industrielle Revolution in Deutschland 1815-1914* (Frankfurt am Main, 1989).

KINDLEBERGER, CHARLES P., *The World in Depression 1929-1939* (Berkeley, 1987 [1973]). [Hay trad. cast. : *Crisis económica 1929-1939*, tr. Ll. Angemení, Crítica, Barcelona, 1985.]

KIRKPATRICK, CLIFFORD, *Nazi Germany: Its Women and Family Life* (Nueva York, 1938).

KISSENKOETTER, UDO, *Gregor Strasser und die NSDAP* (Stuttgart, 1978).

—, «Gregor Strasser: Nazi Party Organizer or Weimar Politician?», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 224-34.

KITCHEN, MARTIN, *The German Officer Corps 1890-1914* (Oxford, 1968).

—, *A Military History of Germany from the Eighteenth Century to the Present Day* (Londres, 1975).

—, *The Silent Dictatorship: The Politics of the German High Command under Hindenbug and Ludendorff, 1916-1918* (Londres, 1976).

—, *The Coming of Austrian Fascism* (Londres, 1980).

KLAUS, MARTIN, *Mädchen in der Hitlerjugend: Die Erziehung zur «deutschen Frau»* (Colonia, 1980).

KLEIN, GOTTHARD, *Der Volksverein für das katholische Deutschland 1890-1933: Geschichte, Bedeutung, Untergang* (Paderborn, 1996).

KLEIN, ULRICH, «SA-Terror und Bevölkerung in Wuppertal 1933/34», en Detlev Peukert y Jürgen Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen: Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus* (Wuppertal, 1981), 45-64.

KLEIST-SCHMENZIN, EWALD VON, «Die letzte Möglichkeit: Zur Ernennung Hitlers zur Reichskanzler an 30. Januar 1933», *Politische Studien*, 10 (1959), 89-92.

KLEMPERER, VICTOR, *LTI: Notizbuch eines Philologen* (Leipzig, 1985 [1946]). [Hay trad. cast. : *LTI. La lengua del Tercer Reich*, tr. Adan Kovacsics, Minúscula, Barcelona, 2001.]

—, *Leben sammeln, nicht fragen wozu und warum*, I: *Tagebücher 1919-1925;* II: *Tagebücher 1925-1932* (Berlín, 1996).

—, *Curriculum Vitae: Erinnerungen 1881-1918* (2 vols., Berlín, 1996 [1989]).

—, *I Shall Bear Witness: The Diaries of Victor Klemperer 1933-1941* (Londres, 1998). [Hay trad. cast. : *Quiero dar testimonio. . . Diarios 1933-1941*, tr. Carmen Gauger, Galaxia/Círculo, Barcelona, 2003.]

—, *Tagebücher 1933-1934 (Ich will Zeugnis ablegen bis zum Letzten*, I) (Berlín, 1999 [1995]).

KLEPPER, JOCHEN, *Unter dem Schatten deiner Flügel: Aus den Tagebüchern der Jahre 1932-1942* (Stuttgart, 1956).

KLEPSCH, THOMAS, *Nationalsozialistische Ideologie: Eine Beschreibung ihrer Struktur vor 1933* (Münster, 1990).

KLESSMANN, CHRISTOPH, «Hans Frank: Party Jurist and Governor-General in Poland», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 39-47.

KLIER, JOHN D. y SHLOMO LAMBROZA (eds.), *Pogroms: Anti-Jewish Violence in Modern Russian History* (Cambridge, 1992).

KLINGER, MAX (pseud. de Curt Geyer), *Volk in Ketten* (Karlsbad, 1934).

KLÖNNE, ARNO, *Jugend im Dritten Reich: Dokumente und Analysen* (Colonia, 1982).

KLUKE, PAUL, «Der Fall Potempa», *VfZ*, 5 (1957), 279-97.

KNOCK, THOMAS J., *To End All Wars: Woodrow Wilson and the Quest for a New World Order* (Nueva York, 1992).

KNOWLES, ELIZABETH (ed.), *The Oxford Dictionary of Quotations* (5. ª ed., Oxford, 1999).

KOCKA, JÜRGEN, «German History Before Hitler: The Debate about the German Sonderweg», *Journal of Contemporary History*, 23 (1988), 3-16.

KOEHLER, KAREN, «*The Bauhaus*, 1919-1928:Gropius in Exile and the Museum of Modern Art, N. Y., 1938», en Richard A. Etlin (ed.), *Art, Culture and Media under the Third Reich* (Chicago, 2002), 287-315.

KOHL, HORST (ed.), *Die politischen Reden des Fürsten Bismarck* (14 vols., Stuttgart, 1892-1905).

KOHLER, ERIC D., «The Crisis in the Prussian Schutzpolizei 1930-32», en George L. Mosse (ed.), *Police Forces in History* (Londres, 1975), 131-50.

KÖHLER, FRITZ, «Zur Vertreibung humanistischer Gelehrter 1933/34», *Blätter für deutsche und internationale Politik*, 11 (1966), 696-707.

KOHN, HANS, *The Mind of Germany: The Education of a Nation* (Londres, 1961).

—, (ed.), *German History: Some New German Views* (Boston, 1954).

KOLB, EBERHARD, *The Weimar Republic* (Londres, 1988).

—, «Die Reichsbahn vom Dawes-Plan bis zum Ende der Weimarer Republik», en Lothar Gall y Manfred Pohl (eds.), *Die Eisenbahn in Deutschland: Von den Anfängen bis zur Gegenwart* (Munich, 1999), 109-64.

KOLBE, ULRICH, «Zum Urteil über die "Reichstagsbrand-Notverordnung" vom 28. 2. 1933», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 16 (1965), 359-70.

KONNEMANN, ERWIN, *et al*. (eds.), *Arbeiterklasse siegt über Kapp und Lüttwitz* (2 vols., Berlín, 1971).

KOONZ, CLAUDIA, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family, and Nazi Politics* (Londres, 1987).

KOSZYK, KURT, *Deutsche Presse im 19. Jahrhundert: Geschichte der deutschen Presse*, II (Berlín, 1966).

—, *Deutsche Presse 1914-1945: Geschichte der deutschen Presse*, III (Berlín, 1972).

KOTOWSKI, GEORG, *Friedrich Ebert: Eine politische Biographie*, I: *Der Aufstieg eines deutschen Arbeiterführers 1871 bis 1917* (Wiesbaden, 1963).

KRACAUER, SIEGFRIED, *From Caligari to Hitler: A Psychological History of the German Film* (Princeton, 1947). [Hay trad. cast. : *De Caligari a Hitler: historia psicológica del cine alemán*, tr. Héctor Grossi, Paidós, Barcelona, 1995.]

KRAMER, HELGARD, «Frankfurt's Working Women: Scapegoats or Winners of the Great Depression?», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 108-41.

KRAUL, MARGRET, *Das deutsche Gymnasium 1780-1980* (Frankfurt am Main, 1984).

KRAUSE, THOMAS, *Hamburg wird braun: Der Aufstieg der NSDAP 1921-1933* (Hamburgo, 1987).

KREUTZAHLER, BIRGIT, *Das Bild des Verbrechers in Romanen der Weimarer Republik: Eine Untersuchung vor dem Hintergrund anderer gesellschaftlicher Verbrcherbilder und gesellschaftlicher Grundzüge der Weimarer Republik* (Frankfurt am Main, 1987).

KRITZER, PETER, *Die bayerische Sozialdemokratie und die bayerische Politik in den Jahren 1918-1923* (Munich, 1969).

KROHN, KLAUS-DIETER, *Stabilisierung und ökonomische Interessen: Die Finanzpolitik des deutschen Reiches 1923-1927* (Düsseldorf, 1974).

KRÜGER, GERD, «"Ein Fanal des Widerstandes im Ruhrgebiet": Das "Unternehmen Wesel" in der Osternacht des Jahres 1923. Hintergründe eines angeblichen "Husarenstreiches"», *Mitteilungsblatt des Instituts fur soziale Bewegungen*, 4 (2000), 95-140.

KRÜGER, GESINE, *Kriegsbewältigung und Geschichtsbewusstsein: Realität, Deutung und Verarbeitung des deutschen Kolonialkrieges in Namibia 1904 bis 1907* (Göttingen, 1999).

KRUSE, WOLFGANG, «Krieg und Klassenheer: Zur Revolutionierung der deutschen Armee im Ersten Weltkrieg», *Geschichte und Gesellschaft*, 22 (1996), 530-61.

KUBE, ALFRED, *Pour le mérite und Hakenkreuz: Hermann Goering im Dritten Reich* (2. ª ed., Munich, 1987 [1986]).

—, «Hermann Goering: Second Man in the Third Reich», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 62-73.

KUBIZEK, AUGUST, *Adolf Hitler: Mein jugendfreund* (Graz, 1953). [Hay trad. cast. : *Mi amigo de juventud*, tr. Manuel Scholz, Wotan, Barcelona, 1985.]

KÜHN, VOLKER (ed.), *Deutschlands Erwachen: Kabarett unterm Hakenkreuz 1933-1945* (Weinheim, 1989).

KURZ, THOMAS, «*Blutmai»: Sozialdemokraten und Kommunisten im Brennpunkt der Berliner Ereignisse von* 1929 (Bonn, 1988).

KWIET, KONRAD y HELMUT ESCHWEGE, *Selbstbehauptung und Widerstand: Deutsche juden im Kampf um Existenz und Menschenwürde 1933-1945* (Hamburgo, 1984).

LAMBERTI, MARJORIE, *State, Society and the Elementary School in Imperial Germany* (Nueva York, 1989).

—, «Elementary School Teachers and the Struggle against Social Democracy in Wilhelmine Germany», *History of Education Quarterly*, 12 (1992), 74-97.

LANE, BARBARA MILLER, *Architecture and Politics in Germany, 1918-1945* (Cambridge, Massachusetts, 1968).

— y LEILA J. RUPP (eds.), *Nazi Ideology before 1933*: *A Documentation* (Manchester, 1978).

LANG, JOCHEN VON, «Martin Bormann: Hitler's Secretary», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 7-17.

LANGBEHN, JULIUS, *Rembrandt als Erzieher* (38. ª ed., Leipzig, 1891 [1890]), 292.

—, *Der Rembrandtdeutsche: Von einem Wahrheitsfreund* (Dresde, 1892).

LANGE, KARL, «Der Terminus "Lebensraum" in Hitlers *Mein Kampf», VfZ*, 13 (1965), 426-37.

LANGER, MICHAEL, *Zwischen Vorurteil und Aggression: Zum judenbild in der deutschsprachigen katholischen Volksbildung des 19. Jahrhunderts* (Friburgo, 1994).

LAQUEUR, WALTER, *Young Germany: A History of the German Youth Movement* (Londres, 1962). [Hay trad. cast. : *La centuria negra*, tr. Nora Muchnik, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1995.]

—, *Russia and Germany: A Century of Conflict* (Londres, 1965).

—, *Weimar: A Cultural History 1918-1933* (Londres, 1974).

LARGE, DAVID CLAY, *Where Ghosts Walked: Munich's Road to the Third Reich* (Nueva York, 1997).

—, «“Out with the Ostjuden”: The Scheunenviertel Riots in Berlin, November 1923», en Werner Bergmann *et al*. (eds.), *Exclusionary Violence: Antisemitic Riots in Modern Germany* (Ann Arbor, 2002), 123-40.

LASKI, HAROLD, *The Germans - are they Human?* (Londres, 1941).

LAURSEN, KARSTEN y JÜRGEN PEDERSEN, *The German Inflation 1918-1923* (Amsterdam, 1964).

LEBELTZER, GISELA, «Der “Schwarze Schmach”: Vorurteile - Propaganda - Mythos», *Geschichte und Gesellschaft*, 11 (1985), 37-58.

LEHNERT, DETLEF, *Sozialdemokratie zwischen Protestbewegung und Regierungspartei 1848-1983* (Frankfurt am Main, 1983).

LENMAN, ROBIN, «Julius Streicher and the Origins of the NSDAP in Nuremberg, 1918-1923», en Nicholls y Matthias (eds.), *German Democracy*, 161-74.

—, «Art, Society and the Law in Wilhelmine Germany: The Lex Heinze», *Oxford German Studies*, 8 (1973), 86-113.

LEPSIUS, M. RAINER, «Parteisystem und Sozialstruktur: Zum Problem der Demokratisierung der deutschen Gesellschaft», en Gerhard A. Ritter (ed.), *Die deutschen Parteien vor 1918* (Colonia, 1973), 56-80.

LERNER, WARREN, *Karl Radek: The Last Internationalist* (Stanford, California, 1970).

LESSING, HELLMUT y MANFRED LIEBEL, *Wilde Cliquen: Szenen einer anderen Arbeiterbewegung* (Bensheim, 1981).

LESSING, THEODOR, *Haarmann: Die Geschichte eines Werwolfs. Und andere Kriminalreportagen* (ed. de Rainer Marwedel, Frankfurt am Main, 1989).

LESSMANN, PETER, *Die preussische Schutzpolizei in der Weimarer Republik: Streifendienst und Strassenkampf* (Düsseldorf, 1989).

LEUSCHEN-SEPPEL, ROSEMARIE, *Sozialdemokratie und Antisemitismus im Kaiserreich: Die Auseinandersetzung der Partei mit den konservativen und völkischen Strömungen des Antisemitismus 1871-1914* (Bonn, 1978).

LEVI, ERIK, *Music in the Third Reich* (Londres, 1994).

LEVY, RICHARD S., *The Downfall of the Anti-Semitic Political Parties in Imperial Germany* (New Haven, 1975).

LEWY, GÜNTHER, *The Catholic Church and Nazi Germany* (Nueva York, 1964).

LIANG, HSI-HUEY, *The Berlin Police Force in the Weimar Republic* (Berkeley, 1970).

LIDTKE, VERNON L., *The Outlawed Party: Social Democracy in Germany, 1878-1890* (Princeton, 1966).

—, *The Alternative Culture: Socialist Labor in Imperial Germany* (Nueva York, 1985).

LIEPACH, MARTIN, *Das Wahlverhalten der jüdischen Bevolkerung: Zur politischen Orientierung der Juden in der Weimarer Republik* (Tübingen, 1996).

LINDENBERGER, THOMAS y ALF LÜDTKE (eds.), *Physische Gewalt: Studien zur Geschichte der Neuzeit* (Frankfurt am Main, 1995).

LINK, ARTHUR S. (ed.), *The Papers of Woodrow Wilson* (69 vols., Princeton, 1966).

LIPSTADT, DEBORAH E., *Beyond Belief: The American Press and the Coming of the Holocaust, 1933-1945* (Nueva York, 1986).

LIULEVICIUS, VEJAS GABRIEL, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I* (Cambridge, 2000).

LÖBE, PAUL, *Der Weg war lang: Lebenserinnerungen von Paul Löbe* (Berlín, 1954 [1950]).

LOHALM, UWE, *Völkischer Radikalismus: Die Geschichte des Deutschvolkischen Schutz- und Trutzbundes, 1919-1923* (Hamburgo, 1970).

LONDON, JOHN, *Theatre under the Nazis* (Manchester, 2000).

LONGERICH, PETER, *Die braunen Bataillone: Geschichte der SA* (Munich, 1989).

—, *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung* (Munich, 1998).

—, *Der ungeschriebene Befehl: Hitler und der Weg zur «Endlösung»* (Munich, 2001).

LÖWENTHAL, RICHARD, «Die nationalsozialistische "Machtergreifung" - eine Revolution? Ihr Platz unter den totalitären Revolutionen unseres Jahrhunderts», en Martin Broszat *et al*. (eds.), *Deutschlands Weg in die Diktatur* (Berlín, 1983), 42-74.

LOWRY, BULLITT, *Armistice 1915* (Kent, Ohio, 1996).

LUCAS, ERHARD, *Märzrevolution im Ruhrgebiet* (3 vols., Frankfurt am Main, 1970-78).

LUDENDORFF, ERICH, *Kriegführung und Politik* (Berlín, 1922).

LYTTELTON, ADRIAN, *The Seizure of Power: Fascism in Italy 1919-1929* (Londres, 1973).

MACARTNEY, CARLILE A., *The Habsburg Empire 1790-1918* (Londres, 1968).

MCELLIGOTT, ANTHONY, «Mobilising the Unemployed: The KPD and the Unemployed Workers' Movement in Hamburg-Altona during the Weimar Republic», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 228-60.

—, *Contested City: Municipal Politics and the Rise of Nazism in Altona, 1917-1937* (Ann Arbor, 1998).

MACMILLAN, MARGARET, *Peacemakers: The Paris Conference of 1919 and its Attempt to End War* (Londres, 2001).

MAI, GUNTHER, «Die Nationalsozialistische Betriebszellen-Organisation: Zum Verhältnis von Arbeiterschaft und Nationalsozialismus», *VfZ*, 31 (1983), 573-613.

MALLMANN, KLAUS-MICHAEL, *Kommunisten in der Weimarer Republik: Sozialgeschichte einer revolutionären Bewegung* (Darmstadt, 1996).

—, «Gehorsame Parteisoldaten oder eigensinnige Akteure? Die Weimarer Kommunisten in der Kontroverse - eine Erwiderung», *VfZ*, 47 (1999), 401-15.

MANNES, ASTRID LUISE, *Heinrich Brüning: Leben, Wirken, Schicksal* (Munich, 1999).

MANSTEIN, PETER, *Die Mitglieder und Wahler der NSDAP 1919-1933: Untersuchungen zu ihrer schichtmassigen Zusammensetzung* (Frankfurt am Main, 1990 [1987]).

MARCUSE, HAROLD, *Legacies of Dachau: The Uses and Abuses of a Concentration Camp, 1933-2001* (Cambridge, 2001).

MARKS, SALLY, «Black Watch on the Rhine: A Study in Propaganda, Prejudice and Prurience», *European Studies Review*, 13 (1983), 297-334.

MARQUIS, ALICE GOLDFARB, «Words as Weapons: Propaganda in Britain and Germany during the First World War», *Journal of Contemporary History*, 13 (1978), 467-98.

MARR, WILHELM, *Der Sieg des Judenthums über das Germanenthum vom nicht konfessionellen Standpunkt aus betrachtet* (Berlín, 1873).

—, *Vom ¡üdischen Kriegsschauplatz: Eine Streitschrift* (Berna, 1879).

MARTENS, STEFAN, *Hermann Goering: «Erster Paladin des Führers» und «Zweiter Mann im Reich»* (Paderborn, 1985).

MARTIN, BERND, «Die deutschen Gewerkschaften und die nationalsozialistische Machtübernahme», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 36 (1985), 605-31.

—, (ed.), *Martin Heidegger und das «Dritte Reich»: Ein Kompendium* (Darmstadt, 1989).

MARX, KARL, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte* (1852), en Lewis Feuer (ed.), *Marx and Engels: Basic Writings on Politics and Philosophy* (Nueva York, 1959), 358-88.

—, «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei» (Kritik des Gothaer Programms, 1875), en Karl Marx y Friedrich Engels, *Ausgewählte Schriften* (2 vols., Berlín Este, 1968), II. 11-28.

MASCHMANN, MELITA, *Account Rendered: A Dossier on my Former Self* (trad. de Geoffrey Strachan, Londres, 1964).

MASER, WERNER, *Die Frühgeschichte der NSDAP: Hitlers Weg bis 1924* (Frankfurt am Main, 1965).

—, *Hitlers Mein Kampf: Geschichte, Auszüge, Kommentare* (Munich, 1966).

—, *Hermann Göring: Hitlers janusköpfiger Paladin. Die politische Biographie* (Berlín, 2000).

MASON, TIM W., *Social Policy in the Third Reich: The Working Class and the «National Community»* (ed. de Jane Caplan, Providence, Rhode Island, 1993 [1977]).

—, *Nazism, Fascism and the Working Class: Essays by Tim Mason* (ed. de Jane Caplan, Cambridge, 1995).

MASSING, PAUL W., *Rehearsal for Destruction* (Nueva York, 1949).

MATTHIAS, ERICH, «Der Untergang der Sozialdemokratie 1933», *VfZ*, 4 (1956), 179, 226 y 250-86.

—, «Hindenburg zwischen den Fronten 1932», *VfZ*, 8 (1960), 75-84.

— y RUDOLF MORSEY (eds.), *Das Ende der Parteien 1933: Darstellungen und Dokumente* (Düsseldorf, 1960).

—, «Die Sozialdemokratische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 101-278.

MAURER, TRUDE, *Ostjuden in Deutschland, 1918-1933* (Hamburgo, 1986).

MAYER, ARNO J., *Politics and Diplomacy of Peacemaking: Containment and Counterrevolution at Versailles 1918-1919* (2. ª ed., Nueva York, 1969 [1967]).

MAZOWER, MARK, *Dark Continent: Europe's Twentieth Century* (Londres, 1998). [Hay trad. cast. : *La Europa negra*, tr. G. Solana, Ediciones B, Barcelona, 2001.]

MEDALEN, CHARLES, «State Monopoly Capitalism in Germany: The Hibernia Affair», *Past and Present*, 78 (febrero de 1978), 82-112.

MEINECKE, FRIEDRICH, «Bismarck und das neue Deutschland», en *idem*, *Preussen und Deutschland im 19. und 20. Jahrhundert* (Munich, 1918).

—, *Die deutsche Katastrophe* (Wiesbaden, 1946).

—, *The German Catastrophe: Reflections and Recollections* (Cambridge, Massachusetts, 1950).

MEIRING, KERSTIN, *Die christlich-jüdische Mischehe in Deutschland, 1840-1933* (Hamburgo, 1998).

MEISSNER, OTTO, *Staatssekretär unter Ebert - Hindenburg - Hitler: Der Schicksalswegdes deutschen Volkes von 1918-1945*, *wie ich ihn erlebte* (Hamburgo, 1950), 216-17.

MERGEL, THOMAS, *Parlamentarische Kultur in der Weimarer Republik: Politische Kommunikation, symbolische Politik und Öffentlichkeit im Reichstag* (Düsseldorf, 2002).

MERKL, PETER H., *Political Violence under the Swastika: 581 Early Nazis* (Princeton, 1975).

MERSON, ALLAN, *Communist Resistance in Nazi Germany* (Londres, 1985).

MEYER, FOLKERT, *Schule der Untertanen: Lehrer und Politik in Preussen 1848-1900* (Hamburgo, 1976).

MEYER, MICHAEL, *The Politics of Music in the Third Reich* (Nueva York, 1991).

MICHALKA, WOLFGANG y GOTTFRIED NIEDHART, *Die ungeliebte Republik: Dokumente zur Innen- und Aussenpolitik Weimars 1918-1933* (Munich, 1980).

MIERENDORFF, CARLO, «Der Hindenburgsieg 1932», *Sozialistische Monatshefte*, 4 de abril de 1932, 297.

MILATZ, ALFRED, «Das Ende der Parteien im Spiegel der Wahlen 1930 bis 1933», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 743-93.

—, *Wähler und Wahlen in der Weimarer Republik* (Bonn, 1965).

MILLER, MAX, *Eugen Bolz* (Stuttgart, 1951).

MILLER, SUSANNE y HEINRICH POTTHOFF, *A History of German Social Democracy: From 1848 to the Present* (Leamington Spa, 1986 [1983]).

MILWARD, ALAN y SAMUEL B. SAUL, *The Development of the Economies of Continental Europe 1850-1914* (Londres, 1977).

MINISTÈRE DES AFFAIRES ÉTRANGERES (ed.), *Documents Diplomatiques Français 1932-1939*, ser. 1, vol. II (París, 1966).

MINUTH, KARL-HEINZ (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Weimarer Republik. Das Kabinett von Papen, 1. Juni bis 3. December1932* (Boppard, 1989).

—, (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler*, I: *1933-1934* (2 vols., Boppard, 1983).

MITCHELL, ALLAN, *Revolution in Bavaria 1918/1919*: *The Eisner Regime and the Soviet Republic* (Princeton, 1965).

MOELLER, ROBERT G., «Winners as Losers in the German Inflation: Peasant Protest over the Controlled Economy», en Gerald D. Feldman *et al*. (eds.), *The German Inflation: A Preliminary Balance* (Berlín, 1982), 255-88.

—, «The Kaiserreich Recast? Continuity and Change in Modern German Historiography», *Journal of Social History*, 17 (1984), 655-83.

MOELLER VAN DEN BRUCK, Arthur, *Das Dritte Reich* (3. ª ed., Hamburgo, 1931 [Berlín, 1923]).

MÖLLER, HORST, «Die nationalsozialistische Machtergreifung: Konterrevolution oder Revolution?», *VfZ*, 31 (1983), 25-51.

MOMMSEN, HANS, «Der Reichstagsbrand und seine politischen Folgen», *VfZ*, 12 (1964), 351-413.

—, *Beamtentum im Dritten Reich: Mit ausgewählten Quellen zur nationalsozialistischen Beamtenpolitik* (Stuttgart, 1966).

—, «Betrachtungen zu den Memoiren Heinrich Brünings», *Jahrbuch für die Geschichte Mittel- und Ostdeutschlands*, 22 (1973), 270-80.

—, «Van der Lubbes Weg in den Reichstag - der Ablauf der Ereignisse», en Backes *et al., Reichstagsbrand*, 33-57.

—, *Der Nationalsozialismus und die deutsche Gesellschaft: Ausgewahlte Aufsätze* (Reinbek, 1991).

—, *From Weimar to Auschwitz: Essays in German History* (Princeton, 1991).

—, *The Rise and Fall of Weimar Democracy* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1996 [1989]).

—, «Das Jahr 1930 als Zäsur in der deutschen Entwicklung der Zwischenkriegszeit», en Lothar Ehrlich y Jürgen John (eds.), *Weimar 1930: Politik und Kultur im Vorfeld der NS-Diktatur* (Colonia, 1998), 1-13.

MOMMSEN, WOLFGANG J., *Das Ringen um den nationalen Staat: Die Gründung undder innere Ausbau des Deutschen Reiches unter Otto von Bismarck 1850-1890* (Berlín, 1993).

—, *Bürgerstolz und Weltmachtstreben: Deutschland unter Wilhelm II. 1890 bis 1918* (Berlín, 1995).

MOREAU, PATRICK, *Nationalsozialismus von «links»: Die «Kampfgemeinschaft Revolutionärer Nationalsozialisten» und die «Schwarze Front» Otto Strassers 1930-1935* (Stuttgart, 1984).

MORK, ANDREA, *Richard Wagner als politischer Schriftsteller: Weltanschauung und Wirkungsgeschichte* (Frankfurt am Main, 1990).

MORSCH, GÜNTER, «Oranienburg - Sachsenhausen, Sachsenhausen - Oranienburg», en Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager*, 111-34.

MORSEY, RUDOLF, «Die Deutsche Zentrumspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 279-453.

—, «Hitler als Braunschweiger Reigierungsrat», *VfZ*, 8 (1960), 419-48.

—, «Hitlers Verhandlungen mit der Zentrumsführung am 31. Januar 1933», *VfZ*, 9 (1961), 182-94.

—, «Zur Geschichte des “Preussenschlags” am 20. Juli 1932», *VfZ*, 9 (1961), 436-9.

—, *Der Untergang des politischen Katholizismus: Die Zentrumspartei zwischen christlichem Selbstverständnis und «Nationaler Erhebung» 1932/33* (Stuttgart, 1977).

—, «Beamtenschaft und Verwaltung zwischen Republik und “Neuem Staat”», en Erdmann y Schulze (eds.), *Weimar*, 151-68.

—, (ed.), *Das «Ermachtigungsgesetz» vom 24. März 1933: Quellen zur Geschichte und Interpretation des «Gesetzes zur Behebung der Not von Volk und Reich»* (Düsseldorf, 1992).

MOSSE, GEORGE L., *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich* (Londres, 1964).

—, *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich* (Nueva York, 1975).

MOSSE, WERNER E., *Jews in the German Economy: The German-Jewish Economic Élite 1820-1935* (Oxford, 1987).

—, *The German-Jewish Economic Élite 1820-1935: A Socio-Cultural Profile* (Oxford, 1989).

MÜHLBERGER, DETLEF, «A Social Profile of the Saxon NSDAP Membership before 1933», en Szejnmann, *Nazism*, 211-19.

—, *Hitler's Followers: Studies in the Sociology of the Nazi Movement* (Londres, 1991).

MÜHLHAUSEN, WALTER, *Friedrich Ebert: Sein Leben, sein Werk, seine Zeit* (Heidelberg, 1999).

MÜLLER, DIRK, *Arbeiter, Katholizismus, Staat: Der Volksverein für das katholische Deutschland und die katholischen Arbeiterorganisationen in der Weimarer Republik* (Bonn, 1996).

MÜLLER, FRITZ FERDINAND, *Deutschland-Zanzibar-Ostafrika: Geschichte einer deutschen Kolonialeroberung 1884-1890* (Berlín, 1990 [1959]).

MÜLLER, HANS (ed.), *Katholische Kirche und Nationalsozialismus: Dokumente 1930-1935* (Munich, 1963).

MÜLLER, INGO, *Hitler's Justice: The Courts of the Third Reich* (Londres, 1991 [1987]).

MÜLLER, KLAUS-JÜRGEN, *The Army, Politics and Society in Germany 1933-1945: Studies in the Army's Relation to Nazism* (Manchester, 1987).

—, «Der Tag von Potsdam und das Verhältnis der preussisch-deutschen Militär- Elite zum Nationalsozialismus», en Bernhard Kröner (ed.), *Potsdam - Stadt Armee, Residenz in der preussisch-deutschen Militärgeschichte* (Frankfurt am Main, 1993), 435-49.

MÜLLER-JABUSCH, MAXIMILIAN (ed.), *Handbuch des öffentlichen Lebens* (Leipzig, 1931).

NAHEL, IRMELA, *Fememorde und Fememordprozesse in der Weimarer Republik* (Colonia, 1991).

NATIONALSOZIALISTISCHER DEUTSCHER FRONTKAMPFERBUND (ed.), *Der NSDFB (Stahlhelm): Geschichte, Wesen und Aufgabe des Frontsoldatenbundes* (Berlín, 1935).

NELLES, DIETER, «Jan Valtins “Tagebuch der Höll” - Legende und Wirklichkeit eines Schlüsselromans der Totalitarismustheorie», *1999: Zeitschrift für Sozialgeschichte des 20. und 21. Jahrhunderts*, 9 (1994), 11-45.

NELSON, KEITH, «“The Black Horror on the Rhine”: Race as a Factor in Post-World War I Diplomacy», *Journal of Modern History*, 42 (1970), 606-27.

NEUGEBAUER, ROSAMUNDE, «“Christus mit der Gasmaske” von George Grosz, oder: Wieviel Satire konnten Kirche und Staat in Deutschland um 1930 ertragen?», en Maria Rüger (ed.), *Kunst und Kunstkritik der dreissiger Jahre: 29 Standpunkte zu künstlerischen und ästhetischen Prozessen und Kontroversen* (Dresde, 1990), 156-65.

NEUMANN, FRANZ, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism* (Nueva York, 1942).

NICHOLLS, ANTHONY J., «Die höhere Beamtenschaft in der Weimarer Zeit: Betrachtungen zu Problemen ihrer Haltung und ihrer Fortbildung», en Lothar Albertin y Werner Link (eds.), *Politische Parteien auf dem Weg zur parlamentarischen Demokratie in Deutschland: Entwicklungslinien bis zur Gegenwart* (Düsseldorf, 1981), 195-207.

—, *Weimar and the Rise of Hitler* (4. ª ed., Londres, 2000 [1968]).

— y ERICH MATTHIAS (eds.), *German Democracy and the Triumph of Hitler: Essays in Recent German History* (Londres, 1971).

NIEHUSS, MERITH, «From Welfare Provision to Social Insurance: The Unemployed in Augsburg 1918-27», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 44-72.

NIEWYK, DONALD L., *The Jews in Weimar Germany* (Baton Rouge, Luisiana, 1980).

NIPPERDEY, THOMAS, *Germany from Napoleon to Bismarck* (Princeton, 1986 [1983]).

—, *Deutsche Geschichte 1866-1918*, I:*Arbeitswelt und Bürgergeist* (Munich, 1990).

—, *Deutsche Geschichte 1866-1918*, II: *Machtstaat vor der Demokratie* (Munich, 1992).

NITSCHKE, AUGUST, *et al*. (eds.), *Jahrhundertwende: Der Aufbruch in die Moderne 1880-1930* (2 vols., Reinbek, 1990).

NOACK, PAUL, *Ernst Jünger: Eine Biographie* (Berlín, 1998).

NOAKES, JEREMY, *The Nazi Party in Lower Saxony 1921-1933* (Oxford, 1971).

—, «Nazism and Revolution», en Noel O'Sullivan (ed.), *Revolutionary Theory and Political Reality* (Londres, 1983), 73-100.

—, «Nazism and Eugenics: The Background to the Nazi Sterilization Law of 14 July 1933», en Roger Bullen *et al*. (eds.), *Ideas into Politics: Aspects of European History 1880-1950* (Londres, 1984), 75-94.

— y GEOFFREY PRIDHARN (eds.), *Nazism 1919-1945* (4 vols., Exeter 1983-98 [1974]).

NOLAN, MARY, *Visions of Modernity: American Business and the Modernization of Germany* (Nueva York, 1994).

NOLTE, ERNST, *Three Faces of Fascism: Action Française, Italian Fascism, National Socialism* (Nueva York, 1969 [1963]).

—, *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945*: *Nationalsozialismus und Bolschewismus* (Frankfurt am Main, 1987).

NONN, CHRISTOPH, *Eine Stadt sucht einen Mörder: Gerücht, Gewalt und Antisemitismus im Kaiserreich* (Göttingen, 2002).

NORTON, ROBERT E., *Secret Germany: Stefan George and his Circle* (Ithaca, Nueva York, 2002).

NOWAK, KURT y GÉRARD RAULET (eds.), *Protestantismus und Antisemitismus in der Weimarer Republik* (Frankfurt am Main, 1994).

NUSS, KARL, *Militär und Wiederaufrüstung in der Weimarer Republik: Zur politischen Rolle und Entwicklung der Reichswehr* (Berlín, 1977).

OERTEL, THOMAS, *Horst Wessel. Untersuchung einer Legende* (Colonia, 1988).

O'NEILL, ROBERT J., *The German Army and the Nazi Party 1933-1939* (Londres, 1966).

ORLOW, DIETRICH, *The History of the Nazi Party*, I: *1919-1933* (Newton Abbot, 1971 [1969]).

—, *Weimar Prussia 1918-1925*: *The Unlikely Rock of Democracy* (Pittsburgh, 1986).

—, «Rudolf Hess: Deputy Führer», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 74-84.

ORTH, KARIN, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager* (Hamburgo, 1999).

OSTERROTH, FRANZ y DIETER SCHUSTER, *Chronik der deutschen Sozialdemokratie* (Hanover, 1963).

OSTWALD, HANS, *Sittengeschichte der Inflation: Ein Kulturdokument aus den Jahren des Marksturzes* (Berlín, 1931).

OTT, HUGO, *Martin Heidegger: A Political Life* (Londres, 1993).

OVERY, RICHARD, *Goering: The «Iron Man»* (Londres, 1984).

OWEN, RICHARD, «Military-Industrial Relations: Krupp and the Imperial Navy Office», en Evans (ed.), *Society and Politics*, 71-89.

PARET, PETER, *An Artist against the Third Reich: Ernst Barlach 1933-1938* (Cambridge, 2003).

PASSMORE, KEVIN, *Fascism: A Very Short Introduction* (Oxford, 2002).

PATCH, WILLIAM L., Jr., *Heinrich Brüning and the Dissolution of the Weimar Republic* (Cambridge, 1998).

PAUL, GERHARD, *Aufstand der Bilder: Die NS-Propaganda vor 1933* (Bonn, 1990).

PAYNE, STANLEY G., *A History of Fascism 1914-1945* (Londres, 1995). [Hay trad. cast. : *Historia del fascismo*, tr. Fernando Sánchez, Alianza, Madrid, 1996.]

PEAL, DAVID, «Antisemitism by Other Means? The Rural Cooperative Movement in Late 19th Century Germany», en Herbert A. Strauss (ed.), *Hostages of Modernization: Studies on Modern Antisemitism 1870-1933/39: Germany - Great Britain - France* (Berlín, 1993), 128-49.

PETROPOULOS, JONATHAN, *The Faustian Bargain: The Art World in Nazi Germany* (Londres, 2000).

PETZINA, DIETMAR, «The Extent and Causes of Unemployment in the Weimar Republic», en Peter D. Stachura (ed.), *Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany* (Londres, 1986), 29-48.

—, *et al., Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch, III: Materialien zur Geschichte des Deutschen Reiches 1914-1945* (Munich, 1978).

PETZOLD, JOACHIM, *Franz von Papen: Ein deutsches Verhängnis* (Munich, 1995).

PEUKERT, DETLEV J. K., *Die KPD im Widerstand: Verfolgung und Untergrundarbeit an Rhein und Ruhr, 1933 bis 1945* (Wuppertal, 1980).

—, *Grenzen der Sozialdisziplinierung: Aufstieg und Krise der deutschen jugend fürsorge 1878 bis 1932* (Colonia, 1986).

—, «The Lost Generation: Youth Unemployment at the End of the Weimar Republic», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 172-93.

—, *Jugend zwischen Krieg und Krise: Lebenswelten von Arbeiterjungen in der Weimarer Republik* (Colonia, 1987).

—, *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life* (Londres, 1989 [1982]).

—, *The Weimar Republic: The Crisis of Classical Modernity* (Londres, 1991 [1987]).

PFLANZE, OTTO, *Bismarck* (3 vols., Princeton, 1990).

PHELPS, REGINALD H., «Aus den Groener Dokumenten», *Deutsche Rundschau*, 76 (1950), 1. 019, y 77 (1951), 26-9.

—, «"Before Hitler Came": Thule Society and Germanen Orden», *Journal of Modern History*, 35 (1963), 245-61.

—, «Hitler als Parteiredner im Jahre 1920», *VfZ*, 11 (1963), 274-330.

PIKART, EBERHARD, «Preussische Beamtenpolitik 1918-1933», *VfZ*, 6 (1958), 119-37.

PLANCK, MAX, «Mein Besuch bei Hitler», *Physikalische Blätter*, 3 (1947), 143.

PLANERT, UTE, *Antifeminismus im Kaiserreich: Diskurs, soziale Formation und politische Mentalität* (Göttingen, 1998).

—, *Nation, Politik und Geschlecht: Frauenbewegungen und Nationalismus in der Moderne* (Frankfurt am Main, 2000).

PLANT, RICHARD, *The Pink Triangle: The Nazi War against Homosexuals* (Edimburgo, 1987).

PLEWNIA, MARGARETE, *Aufdem Weg zu Hitler: Der völkische Publizist Dietrich Eckart* (Bremen, 1970).

POGGE-VON STRANDMANN, HARTMUT, «Staatsstreichpläne, Alldeutsche und Bethmann Hollweg», en *idem* e Imanuel Geiss, *Die Erforderlichkeit des Unmöglichen: Deutschland am Vorabend des ersten Weltkrieges* (Frankfurt am Main, 1965), 7-45.

POMMERIN, REINER, «*Sterilisierung der Rheinlandbastarde»: Das Schicksal einer farbigen deutschen Minderheit 1918-1937* (Düsseldorf, 1979).

PRELLER, LUDWIG, *Sozialpolitik in der Weimarer Republik* (Düsseldorf, 1978 [1949]).

PRIDHAM, GEOFFREY, *Hitler's Rise to Power: The Nazi Movement in Bavaria 1923-1933* (Londres, 1973).

PRIEBERG, FRED K., *Trial of Strength: Wilhelm Furtwängler and the Third Reich* (Londres, 1992).

PROCTOR, ROBERT N., *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis* (Cambridge, Mass., 1988). *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof* (Nuremberg, 1947).

PUHLE, HANS-JÜRGEN, *Agrarische Interessenpolitik und preussischer Konservatismus im wilhelminischen Reich 1893-1914*: *Ein Beitrag zur Analyse des Nationalismus in Deutschland am Beispiel des Bundes der Landwirte und der Deutsch-Konservativen Partei* (Hannover, 1967).

PULZER, PETER J. G., *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria* (Nueva York, 1964).

—, «Der Anfang vom Ende», en Arnold Paucker (ed.), *Die Juden im nationalsozialistischen Deutschland 1933-1944* (Tübingen, 1986), 3-15.

—, *Jews and the German State: The Political History of a Minority, 1848-1933* (Oxford, 1992).

—, «Jews and Nation-Building in Germany 1815-1918», *Year Book of the Leo Baeck Institute*, 41 (1996), 199-224.

PYTA, WOLFRAM, «Konstitutionelle Demokratie statt monarchischer Restauration: Die verfassungspolitische Konzeption Schleichers in der Weimarer Staatskrise», *VfZ*, 47 (1999), 417-41.

RABENAU, FRIEDRICH VON, *Seeckt-aus seinem Leben 1918-1936* (Leipzig, 1940).

RADKAU, JOACHIM, *Das Zeitalter der Nervosität: Deutschland zwischen Bismarck und Hitler* (Munich, 1998).

RAHDEN, TILL VAN, *Juden und andere Breslauer: Die Beziehungen zwischen Juden*, *Protestanten und Katholiken in einer deutschen Grossstadt von 1860 bis 1925* (Göttingen, 2000).

RAINBIRD, SEAN (ed.), *Max Beckmann* (Londres, 2003).

RAUSCHNING, HERMANN, *Germany's Revolution of Destruction* (Londres, 1939 [1938]).

REBENTISCH, DIETER y ANGELIKA RAAB (eds.), *Neu-Isenburgzwischen Anpassung und Widerstand: Dokumente über Lebensbedingungen und politisches Verhalten 1933-1934* (Neu-Isenburg, 1978).

REICHE, ERIC G., *The Development of the SA in Nürnberg, 1922-1934* (Cambridge, 1986).

REIMANN, ARIBERT, *Der grosse Krieg der Sprachen: Untersuchungen zur historischen Semantik in Deutschland und England zur Zeit des Ersten Weltkriegs* (Essen, 2000).

REIMER, KLAUS, *Rheinlandfrage und Rheinlandbewegung (1918-1933): Ein Beitrag zur Geschichte der regionalistischen Bewegung in Deutschland* (Frankfurt am Main, 1979).

REITHEL, THOMAS e IRENE STRENGE, «Die Reichstagsbrandverordnung: Grundlegung der Diktatur mit den Instrumenten des Weimarer Ausnahmezustandes», *VfZ*, 48 (2000), 413-60.

REMY, STEVEN P., *The Heidelberg Myth: The Nazification and Denazification of a German University* (Cambridge, Massachusetts, 2002).

REPGEN, KONRAD, «Zur vatikanischen Strategie beim Reichskonkordat», *VfZ*, 31 (1983), 506-35.

RETALLACK, JAMES N., *Notables of the Right: The Conservative Party and Political Mobilization in Germany, 1876-1918* (Londres, 1988).

REULECKE, JÜRGEN, «“Hat die Jugendbewegung den Nationalsozialismus vorberei- tet?”. Zum Umgang mit einer falschen Frage», en Wolfgang R. Krabbe (ed.), *Politische Jugend in der Weimarer Republik* (Bochum, 1993), 222-43.

—, «*Ich möchte einer werden so wie die. . .* » *Männerbünde im 20. Jahrhundert* (Frankfurt am Main, 2001).

REUTH, RALF GEORG, *Goebbels: Eine Biographie* (Munich, 1995).

RICHARDI, HANS-GÜNTER, *Schule der Gewalt: Das Konzentrationslager Dachau*, *1933-1934* (Munich, 1983).

RICHARZ, MONIKA, *Jüdisches Leben in Deutschland, II: Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte im Kaiserreich* (Stuttgart, 1979).

RICHTER, LUDWIG, «Das präsidiale Notverordnungsrecht in den ersten Jahren der Weimarer Republik. Friedrich Ebert und die Anwendung des Artikels 48 der Weimarer Reichsverfassung», en Eberhard Kolb (ed.), *Friedrich Ebert als Reichspräsident: Amtsführung und Amtsverständnis* (Munich, 1997), 207-58.

RIEBICKE, OTTO, *Was brauchte der Weltkrieg? Tatsachen und Zahlen aus dem deutschen Ringen 1914-18* (Berlín, 1936).

RIETZLER, RUDOLF, «*Kampf in der Nordmark»: Das Aufkommen des Nationalsozialismus in Schleswig-Holstein (1919-1928)* (Neumünster, 1982).

RITCHIE, JAMES M., *German Literature under National Socialism* (Londres, 1983).

RITTBERGER, VOLKER (ed.), *1933: Wie die Republik der Diktatur erlag* (Stuttgart, 1983).

RITTER, GERHARD, *Europa und die deutsche Frage: Betrachtungen über die geschichtliche Eigenart des deutschen Staatsgedankens* (Munich, 1948).

—, «The Historical Foundations of the Rise of National-Socialism», en Maurice Beaumont *et al., The Third Reich: A Study Published under the Auspices of the International Council for Philosophy and Humanistic Studies with the Assistance of UNESCO* (Nueva York, 1955), 381-416.

RITTER, GERHARD A., «Kontinuität und Umformung des deutschen Parteiensystems 1918-1920», en Eberhard Kolb (ed.), *Vom Kaiserreich zur Weimarer Republik* (Colonia, 1972), 218-43.

—, *Wahlgeschichtliches Arbeitsbuch: Materialien zur Statistik des Kaiserreichs 1871-1918* (Munich, 1980).

—, *Sozialversicherungin Deutschland und England: Entstehung und Grundzüge im Vergleich* (Munich, 1983).

—, *Die deutschen Parteien 1830-1914: Parteien und Gesellschaft im konstitutionellen Regierungssystem* (Göttingen, 1985).

— y SUSANNE MILLER (eds.), *Die deutsche Revolution 1918-1919*: *Dokumente* (Frankfurt am Main, 1968).

RITTHALER, ANTON, «Eine Etappe auf Hitlers Weg zur ungeteilten Macht: Hugenbergs Rücktritt als Reichsminister», *VfZ*, 8 (1960), 193-219.

ROHE, KARL, *Das Reichsbanner Schwarz Rot Gold: Ein Beitrag zur Geschichte und Struktur der politischen Kampfverbände zur Zeit der Weimarer Republik* (Düsseldorf, 1966).

—, *Wahlen und Wählertraditionen in Deutschland* (Frankfurt am Main, 1992).

RÖHL, JOHN C. G. (ed.), *From Bismarck to Hitler: The Problem of Continuity in German History* (Londres, 1970).

RÖHM, ERNST, *Die Geschichte eines Hochverräters* (Munich, 1928).

ROHRWASSER, MICHAEL, *Der Stalinismus und die Renegaten: Die Literatur der Exkommunisten* (Stuttgart, 1991).

ROLFS, RICHARD W., *The Sorcerer's Apprentice: The Life of Franz von Papen* (Lanham, Maryland, 1996).

ROSENBERG, ALFRED (ed.), *Dietrich Eckart: Ein Vermächtnis* (4. ª ed., Munich, 1937 [1928]).

—, *Selected Writings* (ed. de Robert Pois, Londres, 1970).

ROSENBERG, ARTHUR, *The Birth of the German Republic* (Oxford, 1931 [1930]).

—, *A History of the German Republic* (Londres, 1936 [1935]).

ROSENHAFT, EVE, «Working-Class Life and Working-Class Politics: Communists, Nazis, and the State in the Battle for the Streets, Berlin, 1928-1932», en Richard Bessel y Edgar J. Feuchtwanger (eds.), *Social Change and Political Development in Weimar Germany* (Londres, 1981), 207-40.

—, «Organising the "Lumpenproletariat": Cliques and Communists in Berlin during the Weimar Republic», en Richard J. Evans (ed.), *The German Working Class 1888-1933: The Politics of Everyday Life* (Londres, 1982), 174-219.

—, *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence 1929-1933* (Cambridge, 1983).

—, «The Unemployed in the Neighbourhood: Social Dislocation and Political Mobilisation in Germany 1929-33», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 194-227.

—, «Links gleich rechts? Militante Strassengewalt um 1930», en Lindenberger y Lüdtke (eds.), *Physische Gewalt*, 239-75.

ROSENOW, ULF, «Die Göttinger Physik unter dem Nationalsozialismus», en Becker *et al*. (eds.), *Die Universität Göttingen*, 345-409. *Rote Fahne, Die*, 1933.

ROTH, KARL HEINZ, «Schein-Alternativen im Gesundheitswesen: Alfred Grotjahn (1869-1931) - Integrationsfigur etablierter Sozialmedizin und nationalsozialistischer "Rassenhygiene"», en Karl Heinz Roth (ed.), *Erfassung zur Verniehtung: Von der Sozialhygiene zum «Gesetz über Sterbehilfe»* (Berlín, 1984), 31-56.

ROUSSO, HENRY, *The Haunting Past: History, Memory, and Justice in Contemporary France* (Filadelfia, 2002 [1998]).

RUCK, MICHAEL, *Bibliographie zum Nationalsozialismus* (2 vols., Darmstadt, 2000 [1995]).

RUNGE, WOLFGANG, *Politik und Beamtentum in Parteienstaat: Die Demokratisierung der politischen Beamten in Preussen zwischen 1918 und 1933* (Stuttgart, 1965).

RUPIEPER, HERMANN J., *The Cuno Government and Reparations 1922-1923: Politics and Economics* (La Haya, 1979).

RUPPERT, KARSTEN, *Im Dienst am Staat von Weimar: Das Zentrum als regierende Partei in der Weimarer Demokratie 1923-1930* (Düsseldorf, 1992).

RÜRUP, REINHARD, «Entstehung und Grundlagen der Weimarer Verfassung», en Eberhard Kolb (ed.), *Vom Kaiserreich zur Weimarer Republik* (Colonia, 1972), 218-43.

—, (ed.), *Topographie des Terrors: Gestapo, SS und Reichssicherheitshauptamt auf dem «Prinz-Albrecht-Gelände»: Eine Dokumentation* (Berlín, 1987).

SABROW, MARTIN, *Der Rathenaumord: Rekonstruktion einer Verschwörung gegen die Republik von Weimar* (Munich, 1994).

SAFRANSKI, RÜDIGER, *Ein Meister aus Deutschland: Heidegger und seine Zeit* (Munich, 1994). [Hay trad. cast. : *Un maestro en Alemania: Martin Heidegger y su tiempo*, tr. Raúl Gabás, Tusquets, Barcelona, 1997.]

SAILER, JOACHIM, *Eugen Bolz und die Krise des politischen Katholizismus in der Weimarer Republik* (Tübingen, 1994).

SAUDER, GERHARD (ed.), *Die Bücherverbrennung: Zum 10. Mai 1933* (Munich, 1983).

SAUL, KLAUS, «Der Staat und die "Mächte des Umsturzes": Ein Beitrag zu den Methoden antisozialistischer Repression und Agitation vom Scheitern des Sozialistengesetzes bis zur Jahrhundertwende», *Archiv für Sozialgeschichte*, 12 (1972), 293-350.

SCHADE, FRANZ, *Kurt Eisner und die bayerische Sozialdemokratie* (Hannover, 1961).

SCHAIRER, ERICH, «Alfred Hugenberg», *Mit anderen Augen: Jahrbuch der deutschen Sonntagszeitung* (1929), 18-21.

SCHANBACHER, EBERHARD, *Parlamentarische Wahlen und Wahlsystem in der Weimarer Republik: Wahlgesetzgebung und Wahlreform im Reich und in den Ländern* (Düsseldorf, 1982).

SCHAPPACHER, NORBERT, «Das Mathematische Institut der Universität Göttingen», en Becker *et al*. (eds.), *Die Universität Göttingen*, 345-73.

SCHECK, RAFFAEL, *Mothers of the Nation: Right-Wing Women in German Politics, 1918-1923* (en preparación, 2004).

SCHEIL, STEFAN, *Die Entwicklung des politischen Antisemitismus in Deutschland zwischen 1881 und 1912: Eine wahlgeschichtliche Untersuchung* (Berlín, 1999).

SCHIRACH, BALDUR VON, *Die Feier der neuen Front* (Munich, 1929).

SCHIRMANN, LEON, *Altonaer Blutsonntag 17. Juli 1932:Dichtung und Wahrheit* (Hamburgo, 1994).

SCHLOTTERBECK, FRIEDRICH, *The Darker the Night, the Brighter the Stars: A German Worker Remembers (1933-1945)* (Londres, 1947).

SCHMÄDEKE, JÜRGEN, *et al., «*Der Reichstagsbrand im neuen Licht», *Historische Zeitschrift*, 269 (1999), 603-51.

SCHMELZ, USIEL O., «Die demographische Entwicklung der Juden in Deutschland von der Mitte des 19. Jahrhunderts bis 1933», *Bulletin des Leo Baeck Instituts*, 83 (1989), 15-62.

SCHMIDT, CHRISTOPH, «Zu den Motiven "alter Kampfer"in der NSDAP», en Detlev J. K. Peukert y Jürgen Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen: Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus* (Wuppertal, 1981), 21-44.

SCHMUHL, HANS-WALTER, *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie: Von der Verhütung zur Vernichtung «lebensunwerten Lebens», 1890-1945* (Göttingen, 1987).

SCHNEEBERGER, GUIDO, *Nachlese zu Heidegger: Dokumente zu seinem Leben und Denken* (Berna, 1962).

SCHNEIDER, HANS, «Das Ermachtigungsgesetz vom 24. März 1933», *VfZ*, 1 (1953), 197-221.

SCHNEIDER, MICHAEL, *A Brief History of the German Trade Unions* (Bonn, 1991 [1989]).

—, *Unterm Hakenkreuz: Arbeiter und Arbeiterbewegung 1933 bis 1939* (Bonn, 1999).

SCHNEIDER, WERNER, *Die Deutsche Demokratische Partei in der Weimarer Republik, 1924-1930* (Munich, 1978).

SCHOENBAUM, DAVID, *Zabern 1913: Consensus Politics in Imperial Germany* (Londres, 1982).

SCHOLDER, KLAUS, *The Churches and the Third Reich* (2 vols., Londres, 1987-8 [1977, 1985]).

SCHÖNHOVEN, KLAUS, *Die Bayerische Volkspartei 1924-1932* (Düsseldorf, 1972).

SCHORSKE, CARL E., *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture* (Nueva York, 1980).

SCHOTTE, WALTER, *Der neue Staat* (Berlín, 1932).

SCHOUTEN, MARTIN, *Marinus van der Lubbe (1909-1934): Eine Biographie* (Frankfurt, 1999 [1986]).

SCHREIBER, GEORG, *Brüning, Hitler, Schleicher: Das Zentrum in der Opposition* (Colonia, 1932).

SCHÜDDEKOPF, OTTO-ERNST, *Das Heer und die Republik - Quellen zur Politik der Reichswehrführung 1918 bis 1933* (Hannover, 1955).

SCHÜLER, HERMANN, *Aufder Flucht erschossen: Felix Fechenbach 1894-1933. Eine Biographie* (Colonia, 1981).

SCHÜLER, WINFRIED, *Der Bayreuther Kreis von seiner Entstehung bis zum Ausgang der wilhelminischen Ära* (Münster, 1971).

SCHÜLER-SPRINGORUM, Stefanie, *Die jüdische Minderheit in Königsberg, Preussen 1871-1945* (Göttingen, 1996).

SCHULTE, REGINA, *Sperrbezirke: Tugendhaftigkeit und Prostitution in der bürgerlichen Welt* (Frankfurt am Main, 1979).

SCHULZ, GERHARD, *Zwischen Demokratie und Diktatur: Verfassungspolitik und Reichsreform in der Weimarer Republik* (3 vols., Berlín, 1963-92).

—, «Artikel 48 in politisch-historischer Sicht», en Ernst Fraenkel (ed.), *Der Staatsnotstand* (Berlín, 1965), 39-71.

—, (ed.), *Ploetz Weimarer Republik: Eine Nation im Umbruch* (Friburgo, 1987).

SCHULZE, HAGEN, *Freikorps und Republik 1918-1920* (Boppard, 1969).

—, *Otto Braun oder Preussens demokratische Sendung* (Frankfurt am Main, 1977).

—, *Weimar: Deutschland 1917-1933* (Berlín, 1982).

SCHUMANN, HANS-GERHARD, *Nationalsozialismus und Gewerkschaftsbewegung: Die Vernichtung der deutschen Gewerkschaften und der Aufbau der «Deutschen Arbeitsfront»* (Hannover, 1958).

SCHUSTER, KURT G. P. , *Der Rote Frontkämpferbund 1924-1929: Beiträge zur Geschichte und Organisationsstruktur eines politischen Kampfbundes* (Düsseldorf, 1975).

SCHWABE, KLAUS (ed.), *Die Ruhrkrise 1923*: *Wendepunkt der internationalen Beziehungen nach dem Ersten Weltkrieg* (Paderborn, 1985).

—, «Die deutsche Politik und die Juden im Ersten Weltkrieg», en Hans Otto Horch (ed.), *Judentum, Antisemitismus und europäische Kultur* (Tübingen, 1988), 255-66.

SCHWARZ, JOHANNES, *Die bayerische Polizei und ihre historische Funktion bei der Aufrechterhaltung der öffentlichen Sicherheit in Bayern von 1919 bis 1933* (Munich, 1977).

SCHWERIN VON KROSIGK, Lutz Graf, *Es geschah in Deutschland: Menschenbilder unseres Jahrhunderts* (Tübingen, 1951).

SERVICE, ROBERT, *Lenin: A Political Life* (3 vols., Londres, 1985-95).

SHAPIRO, LEONARD, *Totalitarianism* (Londres, 1972).

SHARP, ALAN, *The Versailles Settlement: Peacekeeping in Paris, 1919* (Londres, 1991).

SHEEHAN, JAMES J., *German History 1770-1866* (Oxford, 1989).

SHIRER, WILLIAM L., *The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany* (Nueva York, 1960). [Hay trad. cast. : *Auge y caída del Tercer Reich*, tr. López Pacheco, Caralt, Barcelona, 1971.]

SIGGEMANN, JÜRGEN, *Die kasernierte Polizei und das Problem der inneren Sicherheit in der Weimarer Republik: Eine Studie zum Auf- und Ausbau des innerstaatlichen Sicherheitssystems in Deutschland 1918/19-1933* (Frankfurt am Main, 1980).

SKZRYPCZAK, HENRYK, «Das Ende der Gewerkschaften», en Wolfgang Michalka (ed.), *Die nationalsozialistische Machtergreifung* (Paderborn, 1984), 97-110.

SLUGA, HANS, *Heidegger's Crisis: Philosophy and Politics in Nazi Germany* (Cambridge, Massachusetts, 1993).

SMELSER, RONALD y RAINER ZITELMANN (eds.), *The Nazi Elite* (Londres, 1989).

SMITH, BRADLEY F., *Heinrich Himmler 1900-1926: A Nazi in the Making* (Stanford, California, 1971).

SMITH, DENIS MACK, *Mussolini* (Londres, 1981). [Hay trad. cast. : *Mussolini*, tr. Marcelo Pizarro, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2001.]

SMITH, HELMUT WALSER, «The Learned and the Popular Discourse of Anti-Semitism in the Catholic Milieu in the Kaiserreich», *Central European History*, 27 (1994), 315-28.

—, *The Butcher's Tale: Murder and Anti-Semitism in a German Town* (Nueva York, 2002).
SMITH, WOODRUFF D., *The German Colonial Empire* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1978).
—, *The Ideological Origins of Nazi Imperialism* (Nueva York, 1986).
SNELL, JOHN L. (ed.), *The Nazi Revolution - Germany's Guilt or Germany's Fate*? (Boston, 1959).
SÖLLNER, ALFONS (ed.), *Totalitarismus: Eine Ideengeschichte des 20. Jahrhunderts* (Berlín, 1997).
SONTHEIMER, KURT, «Thomas Mann als politischer Schriftsteller», *VfZ*, 6 (1958), 1-44.
—, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik* (Munich, 1978 [1962]).
SÖSEMANN, BERND, «Die Tagesaufzeichnungen des Joseph Goebbels und ihre unzu-langlichen Veröffentlichungen», *Publizistik*, 37 (1992), 213-44.
SPEIER, HANS, *German White-Collar Workers and the Rise of Hitler* (New Haven, 1986).
SPENGLER, OSWALD, *Der Untergang des Abendlandes: Umrisse einer Morphologie der Weltgeschichte, I: Gestalt und Wirklichkeit* (Viena, 1918). [Hay trad. cast. : *La decadencia de Occidente*, tr. García Morente, Espasa Calpe, Madrid, 1998.]
—, *Spengler Letters 1913-1936* (ed. de Arthur Helps, Londres, 1966).
SPLITT, GERHARD, *Richard Strauss 1933-1935: Aesthetik und Musikpolitik zu Beginn der nationalsozialistischen Herrschaft* (Pfaffenweiler, 1987).
SPOTTS, FREDERIC, *Hitler and the Power of Aesthetics* (Londres, 2002).
STACHURA, PETER D., *Nazi Youth in the Weimar Republic* (Santa Barbara, California, 1975).
—, *The German Youth Movement, 1900-1945: An Interpretative and Documentary History* (Londres, 1981).
—, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism* (Londres, 1983).
—, (ed.), *Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany* (Londres, 1986).
STACKELBERG, RODERICK y SALLY A. WINKLE (eds.), *The Nazi Germany Sourcebook An Anthology of Texts* (Londres, 2002).
STAEWEN-ORDERMANN, GERTRUD, *Menschen der Unordnung: Die proletarische Wirklichkeit im Arbeitsschicksal der ungelernten Grossstadtjugend* (Berlín, 1933).
STAFF, ILSE, *Justiz im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (2. ª ed., Frankfurt am Main, 1978 [1964]).
STANSFIELD, AGNES, «Das Dritte Reich: A Contribution to the Study of the "Third Kingdom" in German Literature from Herder to Hegel», *Modern Language Review*, 34 (1934), 156-72.
STARGARDT, NICHOLAS, *The German Idea of Militarism 1866-1914* (Cambridge, 1994).
STARK, GARY D., «Pornography, Society and the Law in Imperial Germany», *Central European History*, 14 (1981), 200-220.
—, *Entrepreneurs of Ideology: Neo-Conservative Publishers in Germany, 1890-1933* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1981).
STEAKLEY, JAMES D., *The Homosexual Emancipation Movement in Germany* (Nueva York, 1975).
STEGER, BERND, «Der Hitlerprozess und Bayerns Verhältnis zum Reich 1923/24», *VfZ*, 23 (1977), 441-66.
STEGMANN, DIRK, *Die Erben Bismarcks: Parteien und Verbände in der Spätphase des Wilhelminischen Deutschlands: Sammlungspolitik 1897-1914* (Colonia, 1970).
—, «Zwischen Repression und Manipulation: Konservative Machteliten und Arbeiter- und Angestelltenbewegung 1910-1918. Ein Beitrag zur Vorgeschichte der DAP/NSDAP», *Archiv für Sozialgeschichte*, 12 (1972), 351-433.
STEIGMANN-GALL, RICHARD, *The Holy Reich: Nazi Conceptions of Christianity, 1919-1945* (Nueva York, 2003).
STEINBERG, MICHAEL S., *Sabers and Brown Shirts: The German Students' Path to National Socialism, 1918-1935* (Chicago, 1977).

STEINLE, JÜRGEN, «Hitler als "Betriebsunfall in der Geschichte"», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 45 (1994), 288-302. *Stenographischer Bericht über die öffentlichen Verhandlungen des 15. Untersuchungsausschusses der verfassungsgebenden Nationalversammlung*, II (Berlín, 1920).

STEPHENSON, JILL, *The Nazi Organisation of Women* (Londres, 1981).

STERN, FRITZ, *The Politics of Cultural Despair: A Study in the Rise of the German Ideology* (Nueva York, 1961).

—, *Gold and Iron: Bismarck, Bleichröder and the Building of the German Empire* (Nueva York, 1977).

—, *Dreams and Delusions: The Drama of German History* (Nueva York, 1987).

—, *Einstein's German World* (Londres, 2000 [1999]). [Hay trad. cast. : *El mundo alemán de Einstein*, tr. G. Andújar, Paidós, Barcelona, 2003.]

STOAKES, GEOFFREY, *Hitler and the Quest for World Dominion* (Leamington Spa, 1987).

STOEHR, IRENE, «Neue Frau und alte Bewegung? Zum Generationskonflikt in der Frauenbewegung der Weimarer Republik», en Jutta Dalhoff *et al Frauen macht in der Geschichte* (Düsseldorf, 1986), 390-400.

STRACHAN, HEW, *The First World War, I: To Arms* (Oxford, 2001). [Hay trad. cast. : *La primera guerra mundial*, tr. Furió Castellví, Crítica, Barcelona, 2004.]

STRÄTZ, WOLFGANG, «Die studentische "Aktion wider den undeutschen Geist"», *VfZ*, 16 (1968), 347-72.

STRIEFLER, CHRISTIAN, *Kampf um die Macht: Kommunisten und Nationalsozialisten am Ende der Weimarer Republik* (Berlín, 1993).

STÜMKE, HANS-GEORG, *Homosexuelle in Deutschland: Eine politische Geschichte* (Munich, 1989).

— y RUDI FINKLER, *Rosa Winkel, Rosa Listen: Homosexuelle und «Gesundes Volksempfinden» von Auschwitz bis heute* (Hamburgo, 1981).

SUHR, ELKE, *Carl von Ossietzky: Eine Biographie* (Colonia, 1988).

SUVAL, STANLEY, *Electoral Politics in Wilhelmine Germany* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1985).

SZEJNMANN, CLAUS-CHRISTIAN W., *Nazism in Central Germany: The Brownshirts in «Red» Saxony* (Nueva York, 1999).

SZOLLOSI-JANZE, Margit, *Fritz Haber 1868-1934*: *Eine Biographie* (Munich, 1998).

TALMON, JACOB L., *The Origins of Totalitarian Democracy* (Londres, 1952).

TANNER, MICHAEL (ed.), *Wilhelm Furtwängler, Notebooks 1924-1945* (Londres, 1989).

TATAR, MARIA, *Lustmord: Sexual Murder in Weimar Germany* (Princeton, 1995).

TAURECK, BERNHARD H. F., *Nietzsche und der Faschismus: Ein Politikum* (Leipzig, 2000).

TAYLOR, ALAN J. P., *The Course of German History* (Londres, 1945).

—, *Bismarck: The Man and the Statesman* (Londres, 1955).

TAYLOR, BRANDON y WILFRIED VAN DER WILL (eds.), *The Nazification of Art: Art Design, Music, Architecture and Film in the Third Reich* (Winchester, 1990).

TAYLOR, SIMON, *Germany 1918-1933*: *Revolution, Counter-Revolution and the Rise of Hitler* (Londres, 1983).

TEMPERLEY, HAROLD (ed.), *A History of the Peace Conference of Paris* (6 vols., Londres, 1920-24).

THÄLMANN, IRMA, *Erinnerungen an meinen Vater* (Berlín, 1955).

THAMER, HANS-ULRICH, *Verführung und Gewalt: Deutschland 1933-1945* (Berlín, 1986).

THEWELEIT, KLAUS, *Male Fantasies* (2 vols., Cambridge, 1987 y 1989 [1978]).

THOMAS, RICHARD HINTON, *Nietzsche in German Politics and Society 1890-1918* (Manchester, 1983).

THOMPSON, ALASTAIR, *Left Liberals, the State, and Popular Politics in Wilhelmine Germany* (Oxford, 2000).

THOMSON, DAVID, *The New Biographical Dictionary of Film* (4. ª ed., 2002 [1975]).

THOSS, BRUNO, *Der Ludendorff-Kreis: 1919-1923. München als Zentrum der mitteleuropäischen Gegenrevolution zwischen Revolution und Hitler-Putsch* (Munich, 1978).

TIMM, ANNETTE F., «The Ambivalent Outsider: Prostitution, Promiscuity, and VD Control in Nazi Berlin», en Gellately y Stoltzus (eds.), *Social Outsiders*, 192-211.

TIMS, RICHARD W., *Germanizing Prussian Poland: The H-K-T Society and the Struggle for the Eastern Marches in the German Empire 1894-1919* (Nueva York, 1941).

TOBIAS, FRITZ, *The Reichstag Fire: Legend and Truth* (Londres, 1962).

—, «Ludendorff, Hindenburg, Hitler: Das Phantasieprodukt des Ludendorff Briefes vom 30. Januar 1933», en Uwe Backes *et al*. (eds.), *Die Schatten der Vergangenheit: Impulse zur Historisierung des Nationalsozialismus* (Frankfurt am Main, 1990), 319-43.

TOOZE, J. ADAM, «Big Business and the Continuities of German History, 1900-1945», en Panikos Panayi (ed.), *Weimar and Nazi Germany: Continuities and Discontinuities* (Londres, 2001), 173-98.

TOURY, JACOB, *Soziale und politische Geschichte der Juden in Deutschland 1847-1871*: *Zwischen Revolution, Reaktion und Emanzipation* (Düsseldorf, 1977).

TREVOR-ROPER, HUGH R., *The Last Days of Hitler* (Londres, 1947). [Hay trad. cast. : *Los últimos días de Hitler*, Alba, Barcelona, 2000.]

—, «The Mind of Adolf Hitler», en Hitler, *Hitler's Table-Talk*, vii-xxxv.

TROTSKY, LEV, *The History of the Russian Revolution* (3 vols., Londres, 1967 [1933-4]). [Hay trad. cast. : *Historia de la revolución rusa*, tr. Andrés Nin, Zero, Madrid, 1973.]

TUCHEL, JOHANNES, *Organisationsgeschichte und Funktion der «Inspektion der Konzentrationslager» 1933-1938* (Boppard, 1991).

TURNER, HENRY ASHBY, JR., *Gustav Stresemann and the Politics of the Weimar Republic* (Princeton, 1965 [1963]).

—, *German Big Business and the Rise of Hitler* (Nueva York, 1985).

—, *Hitler's Thirty Days to Power: January 1933* (Londres, 1996). [Hay trad. cast. : *A treinta días del poder*, tr. D. León Gómez, Edhasa, Barcelona, 2000.]

TYRELL, ALBRECHT (ed.), *Führer befiehl. . . : Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP* (Düsseldorf, 1969).

—, *Vom «Trommler» zum «Führer»: Der Wandel von Hitlers Selbsverständnis zwischen 1919 und 1924 und die Entwicklung der NSDAP* (Munich, 1975).

ULLRICH, VOLKER, *Die nervöse Grossmacht 1871-1918: Aufstieg und Untergang des deutschen Kaiserreichs* (Frankfurt am Main, 1997).

—, *Der ruhelose Rebell: Karl Plättner 1893-1945. Eine Biographie* (Munich, 2000).

USBORNE, CORNELIE, *The Politics of the Body in Weimar Germany: Women's Reproductive Rights and Duties* (Londres, 1991).

VALTIN, JAN (pseud. de Richard Krebs), *Out of the Night* (Londres, 1941, reeditado con un epílogo de Lyn Walsh *et al*., Londres, 1988).

VERHEY, JEFFREY, *The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilization in Germany* (Cambridge, 2000).

VERMEIL, EDMOND, *Germany in the Twentieth Century* (Nueva York, 1956).

VIERECK, PETER, *Metapolitics: From the Romantics to Hitler* (Nueva York, 1941).

VOGELSANG, THILO (ed.), «Neue Dokumente zur Geschichte del Reichswehr, 1930- 1933», *VfZ*, 2 (1954), 397-436.

—, «Zur Politik Schleichers gegenüber der NSDAP 1932», *VfZ*, 6 (1958), 86-118.

—, «Hitlers Brief an Reichenau vom 4. Dezember1932», *VfZ*, 7 (1959), 429-37.

—, *Reichswehr, Staat und NSDAP: Beiträge zur deutschen Geschichte 1932-1933* (Stuttgart, 1962). *Völkischer Beobachter*, 1933.

VOLKOV, SHULAMIT, «Antisemitism as a Cultural Code: Reflections on the History and Historiography of Antisemitism in Imperial Germany», *Year Book of the Leo Baeck Institute*, 23 (1978), 25-46.

—, *Jüdisches Leben und Antisemitismus im 19. und 20. Jahrhundert* (Munich, 1990).

—, *Die Juden in Deutschland 1780-1918* (Munich, 1994). *Vossische Zeitung*, 1933.

WACHSMANN, NIKOLAUS, «Marching under the Swastika? Ernst Jünger and National Socialism, 1918-33», *Journal of Contemporary History*, 33 (1998), 573-89.

—, «From Indefinite Confinement to Extermination:"Habitual Criminals"in the Third Reich», en Gellately y Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders*, 165-91.

—, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany* (en preparación, 2004).

—, *et al*., «"Die soziale Prognose wird damit sebe trübe. . . ": Theodor Viemstein und die Kriminalbiologische Sammelstelle in Bayern», en Michael Farin (ed.), *Polizeireport München 1799-1999* (Munich, 1999), 250-87.

WAGNER, COSIMA, *Die Tagebücher* (ed. de Martin Gregor-Dellin y Dietrich Mack, Munich, 1977).

WAGNER, PATRICK, *Volksgemeinschaft ohne Verbrecher: Konzeptionen und Praxis der Kriminalpolizei in der Zeit der Weimarer Republik und des Nationalsozialismus* (Hamburgo, 1996).

—, *Hitlers Kriminalisten: Die deutsche Kriminalpolizei und der Nationalsozialismus* (Munich, 2002).

WAITE, ROBERT G. L., *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Germany 1918-1923* (Cambridge, Massachusetts, 1952).

WALDENFELS, ERNST VON, *Der Spion, der aus Deutschland kam: Das geheime Leben des Seemanns Richard Krebs* (Berlín, 2003).

WALTER, BRUNO, *Theme and Variations: An Autobiography* (Nueva York, 1966).

WALTER, DIRK, *Antisemitische Kriminalität und Gewalt: judenfeindschaft in der Weimarer Republik* (Bonn, 1999).

WALWORTH, ARTHUR, *Wilson and his Peacemakers: American Diplomacy at the Paris Peace Conference, 1919* (Nueva York, 1986).

WATT, DONALD CAMERON, «Die bayerischen Bemühungen um Ausweisung Hitlers 1924», *VfZ*, 6 (1958), 270-80.

WATT, RICHARD M., *The Kings Depart: The German Revolution and the Treaty of Versailles 1918-19* (Londres, 1973 [1968]).

WEBB, STEVEN B., *Hyperinflation and Stabilization in Weimar Germany* (Oxford, 1989).

WEBER, HERMANN, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus: Die Stalinisierung der KPD in der Weimarer Republik* (2 vols., Frankfurt am Main, 1969).

WEBER, MAX, «Der Nationalstaat und die Volkswirtschaftspolitik», en *idem*, *Gesammelte politische Schriften* (3. ª ed., Tübingen, 1971).

WEHLER, HANS-ULRICH, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, II: *Von der Reformära bis zur industriellen und politischen «Deutschen Doppelrevolution» 1815-1845/49* (Munich, 1987).

—, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte, III: Von der «Deutschen Doppelrevolution» bis zum Beginn des Ersten Weltkrieges 1849-1914* (Munich, 1995).

WEIDENFELLER, GERHARD, *VDA: Verein für das Deutschtum im Ausland: Allgemeiner Deutscher Schulverein (1881-1918). Ein Beitrag zur Geschichte des deutschen Nationalismus und Imperialismus im Kaiserreich* (Berna, 1976).

WEILAND, RUTH, *Die Kinder der Arbeitslosen* (Eberswalde-Berlín, 1933).

WEINDLING, PAUL, *Health, Race and German Politics between National Unification and Nazism 1870-1945* (Cambridge, 1989).

WEINGART, PETER, *et al., Rasse, Blut und Gene: Geschichte der Eugenik und Rassen hygiene in Deutschland* (Frankfurt am Main, 1992 [1988]).

WEISBROD, BERND, *Schwerindustrie in der Weimarer Republik: Interessenpolitik zwischen Stabilisierung und Krise* (Wuppertal, 1978).

—, «The Crisis of German Unemployment Insurance in 1928/29 and its Political Repercussions», en Wolfgang J. Mommsen (ed.), *The Emergence of the Welfare State in Britain and Germany, 1850-1950* (Londres, 1981), 188-204.

—, «Industrial Crisis Strategy in the Great Depression», en Jürgen Freiherr von Krudener (ed.), *Economic Crisis and Political Collapse: The Weimar Republic, 1924-1933* (Nueva York, 1990), 45-62.

—, «Gewalt in der Politik: Zur politischen Kultur in Deutschland zwischen den beiden Weltkriegen», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 43 (1992), 391-404.

WEISS, SHEILA F., *Race Hygiene and National Efficiency: The Eugenics of Wilhelm Schallmayer* (Berkeley, 1987).

—, «The Race Hygiene Movement in Germany, 1904-1945», en Mark B. Adams (ed.), *The Wellborn Science: Eugenics in Germany, France, Brazil, and Russia* (Nueva York, 1990), 8-68.

WEITZ, ERIC D., *Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State* (Princeton, 1997).

WELCH, DAVID, «Propaganda and the German Cinema 1933-1945» (tesis doctoral inédita, Universidad de Londres, 1979).

—, *Germany, Propaganda and Total War, 1914-1918*: *The Sins of Omission* (Londres, 2000).

—, *The Third Reich: Politics and Propaganda* (2. ª ed., Londres, 2002 [1993]). *Welt am Abend, Die*, 1933.

WENDT, BERND-JÜRGEN, *Deutschland 1933-1945*: *Das Dritte Reich. Handbuch zur Geschichte* (Hannover, 1995).

WERNER, WOLFRAM, «Zur Geschichte des Reichsministeriums für Volksaufklärung und Propaganda und zur Überliererung», en *idem* (ed.), *Findbücher zu Beständen des Bundesarchivs*, XV: *Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda* (Coblenza, 1979).

WERTHEIMER, JACK, *Unwelcome Strangers: East European Jews in Imperial Germany* (Nueva York, 1987).

WEST, SHEARER, *The Visual Arts in Germany 1890-1936: Utopia and Despair* (Manchester, 2000).

WETTE, WOLFRAM, *Gustav Noske: Eine politische Biographie* (Düsseldorf, 1987).

WETZELL, RICHARD P., *Inventing the Criminal: A History of German Criminology 1880-1945* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 2000).

WHALEN, ROBERT W., *Bitter Wounds: German Victims of the Great War, 1914-1939* (Ithaca, Nueva York, 1984).

WHEELER-BENNETT, JOHN W., *Hindenburg: The Wooden Titan* (Londres, 1936).

—, *The Nemesis of Power: The German Army in Politics 1918-1945* (Londres, 1953).

WHITESIDE, ANDREW G., *Austrian National Socialism before 1918* (La Haya, 1962).

—, *The Socialism of Fools: Georg von Schönerer and Austrian Pan-Germanism* (Berkeley, 1975).

WHITFORD, FRANK, *The Bauhaus* (Londres, 1984).

WICKERT, CHRISTL, *Helene Stöker 1869-1943: Frauenrechtlerin, Sexualreformerin und Pazifistin. Eine Biographie* (Bonn, 1991).

WIDDIG, BERND, *Culture and Inflation in Weimar Germany* (Berkeley, 2001).

WILDT, MICHAEL, «Violence against Jews in Germany, 1933-1939», en David Bankier (ed.), *Probing the Depths of German Antisemitism: German Society and the Persecution of the Jews 1933-1941* (Jerusalén, 2000), 181-209.

—, *Generation des Unbedingten: Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes* (Hamburgo, 2002).

WILLIAM II, *My Memoirs 1878-1918* (Londres, 1922).

WILSON, STEPHEN, *Ideology and Experience: Antisemitism in France at the Time of the Dreyfus Affair* (Nueva York, 1982 [1980]).

WINGLER, HANS, *The Bauhaus - Weimar, Dessau, Berlin, Chicago 1919-1944* (Cambridge, Massachusetts, 1978).

WINKLER, HEINRICH AUGUST, «Die deutsche Gesellschaft der Weimarer Republik und der Antisemitismus», en Bernd Martin y Ernst Schulin (eds.), *Die Juden als Minderheit in der Geschichte* (Munich, 1981), 271-89.

—, *Von der Revolution zur Stabilisierung: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1918 bis 1924* (Bonn, 1984).

—, *Der Schein der Normalität: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1924 bis 1930* (Bonn, 1985).

—, *Der Weg in die Katastrophe: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1930 bis 1933* (Bonn, 1987).

—, *Weimar 1918-1933*: *Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie* (Munich, 1999).

—, *Der lange Weg nach Westen, I: Deutsche Geschichte vom Ende des Alten Reiches bis zum Untergang der Weimarer Republik;* II: *Deutsche Geschichte vom «Dritten Reich» bis zur Wiedervereinigung* (Munich, 2000).

—, *The Long Shadow of the Reich: Weighing up German History* (The 2001 Annual Lecture of the German Historical Institute, Londres; Londres, 2002).

WIPPERMANN, WOLFGANG, «Friedrich Meineckes "Die deutsche Katastrophe": Ein Versuch zur deutschen Vergangenheitsbewältigung», en Michael Erbe (ed.), *Friedrich Meinecke heute: Bericht über ein Gedenk-Colloquium zu seinem 25. Todestag am 5. und 6. April 1979* (Berlín, 1981), 101-21.

WIRSCHING, ANDREAS, «"Stalinisierung" oder entideologisierte "Nischengesellschaft"? Alte Einsichten und neue Thesen zum Charakter der KPD en der Weimarer Republik», *VfZ*, 45 (1997), 449-66.

—, «"Man kann nur Boden germanisieren": Eine neue Quelle zu Hitlers Rede vor den Spitzen der Reichswehr am 3. Februar 1933», *VfZ*, 49 (2001), 516-50.

WITT, PETER-CHRISTIAN, «Finanzpolitik als Verfassungs- und Gesellschaftspolitik: Überlegungen zur Finanzpolitik des Deutschen Reiches in den Jahren 1930 bis 1932», *Geschichte und Gesellschaft*, 8 (1982), 387-414.

WOHLFEIL, RAINER, «Heer und Republik», en Hans Meier-Welcker y Wolfgang von Groote (eds.), *Handbuch zur deutschen Militärgeschichte 1648-1939*, VI (Frankfurt am Main, 1970), 11-304.

WOLFF, CHARLOTTE, *Magnus Hirschfeld: A Portrait of a Pioneer in Sexology* (Londres, 1986).

WOLTMANN, LUDWIG, *Politische Anthropologie* (ed. de Otto Reche, Leipzig, 1936 [1900]).

WORLD COMMITTEE FOR THE VICTIMS OF GERMAN FASCISM (PRESIDENT EINSTEIN) (ed.), *The Brown Book of the Hitler Terror and the Burning of the Reichstag* (Londres, 1933).

WORTMANN, MICHAEL, «Baldur von Schirach: Student Leader, Hitler Youth Leader, *Gauleiter* in Vienna», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 202-11.

WOYCKE, JAMES, *Birth Control in Germany 1871-1933* (Londres, 1988).

WRIGHT, JONATHAN, *Gustav Stresemann: Weimar's Greatest Statesman* (Oxford, 2002).

WULF, JOSEF, *Musik im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (Gütersloh, 1963).

—, *Die Bildenden Künste im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (Gütersloh, 1963).

—, *Literatur und Dichtung im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (Gütersloh, 1963).

—, *Theater und Film im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (Gütersloh, 1964).

—, *Presse und Funk im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (Gütersloh, 1964).

ZALKA, SIEGFRIED, *Polizeigeschichte: Die Exekutive im Lichte der historischen Konfliktforschung. Untersuchungen über die Theorie und Praxis der preussischen Schutzpolizei in der Weimarer Republik zur Verhinderung und Bekämpfung innerer Unruhen* (Lübeck, 1979).

ZECHLIN, EGMONT, *Die deutsche Politik und die Juden im Ersten Weltkrieg* (Göttingen, 1969).

ZEIDLER, MANFRED, *Reichswehr und Rote Armee 1920-1933: Wege und Stationen einer ungewöhnlichen Zusammenarbeit* (Munich, 1993).

ZELLER, JOACHIM, «"Wie Vieh wurden Hunderte zu Getriebenen und wie Vieh begraben": Fotodokumente aus dem deutschen Konzentrationslager in Swakopmund/Namibia 1904-1908», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 49 (2001), 226-43.

ZEMAN, ZBYNEK A. B., *Nazi Propaganda* (2. ª ed., Oxford, 1973 [1964]).

ZIEMANN, BENJAMIN, «Fahnenflucht im deutschen Heer 1914-1918», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 55 (1996), 93-130.

ZIMMERMANN, CLEMENS, «Die Bücherverbrennung am 17. Mai 1933 in Heidelberg: Studenten und Politik am Ende der Weimarer Republik», en Joachim-Felix Leonhard (ed.), *Bücherverbrennung: Zensur, Verbal, Vernichtung unter dem Nationalsozialismus in Heidelberg* (Heidelberg, 1983), 55-84.

LISTA DE ILUSTRACIONES

El reconocimiento del copyright de las fotografías se da entre paréntesis.

1. Monumento a Bismarck en Hamburgo (© Ullstein Bilderdienst, Berlín).
2. Postal antisemita del «único hotel sin judíos de Frankfurt», 1887.
3. Soldados alemanes avanzan por Bélgica en 1914 (© Imperial War Museum, Q 53446).
4. Prisioneros de guerra alemanes capturados por los aliados en la Batalla de Amiens, agosto de 1918 (© Imperial War Museum, Q 9271).
5. Aviones alemanes desguazados en cumplimiento del Tratado de Versalles de 1919 (© Simon Taylor).
6. Batalla callejera en Berlín durante levantamiento espartaquista de enero de 1919 (© Hulton Getty).
7. Miembros de los Cuerpos Libres con un prisionero de la Guardia Roja al que están a punto de ejecutar durante la represión del soviet de Munich, mayo de 1919 (© Mary Evans Picture Library).
8. Dibujo que caricaturiza las fechorías supuestamente cometidas por las tropas coloniales francesas durante la ocupación del Ruhr de 1923 (© Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz).
9. La hiperinflación de 1923: «¡Tantos billetes de mil marcos por un solo dólar!» (© Bettmann/Corbis).
10. Portada de una revista satírica alemana que resalta las penurias económicas impuestas por el Tratado de Versalles (© Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz).
11. OttoDix, *La metrópolis*, 1927-1928 (fotografía de la Bridgeman Art Library y © DACS, 2003).
12. Paramilitares nazis durante el *Putsch* de la cervecería, noviembre de 1923 (© Hulton Getty).
13. Hitler conversando con unos amigos en una cervecería de Munich, 1929 (© Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz).
14. Hitler encabezando una marcha callejera en una de las primeras concentraciones del Partido Nazi en Weimar, 1926 (© Süddeutscher Verlag, Munich).
15. Camisas pardas en una concentración al aire libre, 1930 (© Hulton Getty).
16. Un barrio pobre comunista de Hamburgo durante la campaña electoral de 1932 (© Simon Taylor).
17. Camisas pardas desfilando con camisa blanca para demostrar la futilidad de la prohibición del uso de uniformes impuesta por Brüning, diciembre de 1930 (© Mary Evans Picture Library).
18. Un cartel pacifista de 1930: votar por la derecha significa la guerra.
19. La violencia de la imagen visual: *a*) cartel electoral nazi, 1928 (© Simon Taylor); *b*) cartel electoral comunista, 1932 (© Christel Gerstenberg/Corbis); *c*) cartel socialdemócrata, 1930 (© Simon Taylor); *d*) cartel del Partido del Pueblo, 1932 (© Simon Taylor).
20. Carteles electorales, septiembre de 1930 (© Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz).
21. Cartel socialdemócrata advirtiendo contra la violencia de los nazis, enero de 1931 (© Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz).

22. Nazis utilizando altavoces para gritar «Heil Hitler!» durante la campaña electoral de marzo de 1933 (© Hulton Getty).
23. Hitler con destacados hombres de negocios poco después de ser nombrado canciller del Reich en enero de 1933 (© AKG, Londres).
24. Comunistas y socialdemócratas detenidos por camisas pardas aguardan su destino, marzo de 1933 (© Ullstein Bilderdienst, Berlín).
25. Socialdemócratas son registrados a su llegada al campo de concentración de Oranienburg (© AKG, Londres).
26. Historieta propagandística nazi promocionando una imagen positiva de los campos de concentración, 14 de mayo de 1933.
27. Historieta: el «escultor de Alemania» crea un nuevo alemán gigante dispuesto a dominar el mundo (© Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz).
28. La revista satírica nazi *La Ortiga* retrata la huida de Alemania de los intelectuales y escritores más eminentes como un triunfo de la nación alemana.
29. Estudiantes nazis queman libros judíos e izquierdistas a la salida de la Universidad de Berlín el 10 de mayo de 1933 (© AKG, Londres).
30. Camisas pardas colocan adhesivos en el escaparate de una tienda judía durante el boicot del 1 de abril de 1933 (© Hulton-Deutsch Collection/Corbis).
31. Una postal nazi de 1933 traza una línea directa que va desde Federico el Grande de Prusia hasta Hitler pasando por Bismarck.

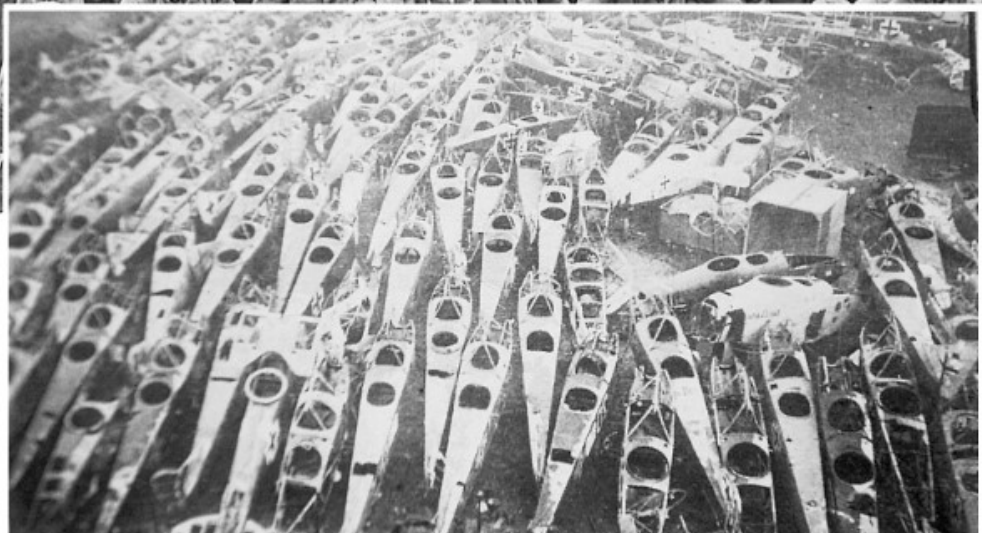
Se ha hecho todo lo posible para localizar a los propietarios del copyright, pero no se ha logrado en todos los casos. Los editores rectificarán con mucho gusto cualquier omisión si se les notifica.

LISTA DE MAPAS Y GRÁFICOS

1. La unificación de Alemania, 1864-1871.
2. Expansión alemana en la Primera Guerra Mundial.
3. El Tratado de Versalles.
4. La República de Weimar.
5. La línea divisoria religiosa.
6. Nacionalidades en el imperio de los Habsburgo, 1910.
7. Los nazis en las segundas elecciones al Reichstag de 1924.
8. Los nazis en las elecciones al Reichstag de 1928.
9. El paro en 1932.
10. Los comunistas en las elecciones al Reichstag de 1930.
11. Los nazis en las elecciones al Reichstag de 1930.
12. Las elecciones presidenciales de 1932. Primera vuelta.
13. Las elecciones presidenciales de 1932. Segunda vuelta.
14. Los nazis en las elecciones al Reichstag de julio de 1932.
15. Los nazis en las elecciones al Reichstag de noviembre de 1932.
16. Elecciones regionales de 1931-1933.
17. Los nazis en las elecciones al Reichstag de marzo de 1933.
18. Universidades alemanas en 1933.

1. El pseudomedievalismo del monumento a Bismarck de Hamburgo, inaugurado en 1906, promete un revivir de pasadas glorias alemanas bajo un nuevo caudillo nacional.

2. Postal antisemita del «único hotel sin judíos de Frankfurt», 1887. Estas actitudes eran un fenómeno nuevo en la década de 1880.



3. (*arriba*) La promesa de la victoria: soldados alemanes avanzan confiados a través de Bélgica en 1914.
4. (*centro*) La realidad de la derrota: prisioneros de guerra alemanes capturados por los aliados en la Batalla de Amiens. Agosto de 1918.
5. (*abajo*) El precio que hubo que pagar: los armazones de aviones alemanes desguazados en cumplimiento del Tratado de Versalles de 1919.

6. Descenso al caos: una batalla callejera en Berlín durante el levantamiento espartaquista de enero de 1919.

7. La venganza de la derecha: Un teniente de los Cuerpos Libres al mando de un pelotón de fusilamiento fotografía a sus irregulares con el guardia rojo que están a punto de ejecutar durante su sangrienta represión del soviet de Munich, mayo de 1919.

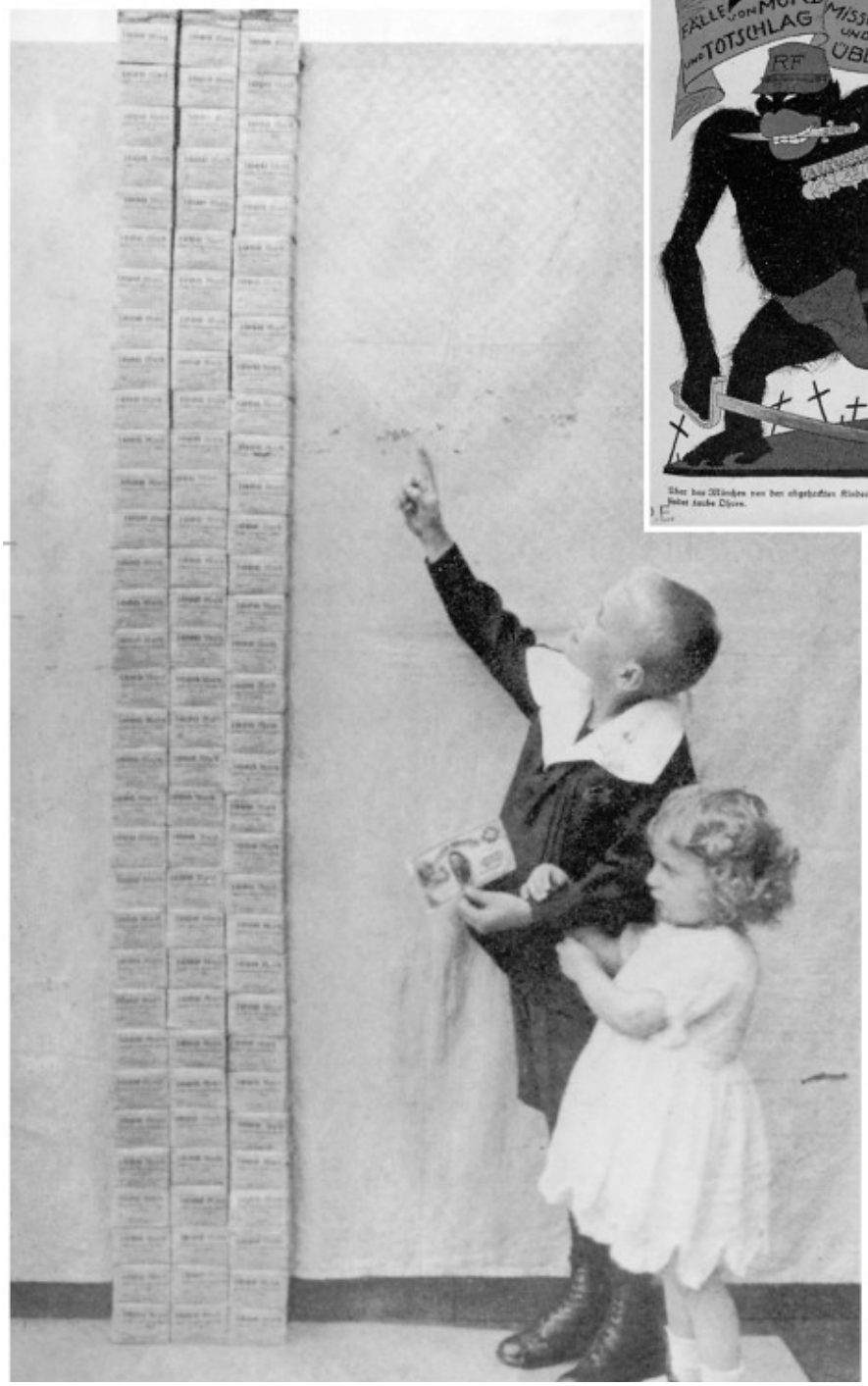
3. Februar 1923 — Preis 250 Mark — 27. Jahrgang Nr. 45

SIMPLICISSIMUS

Begründet von Albert Langen und Th. Th. Heine

An das Weltgewissen

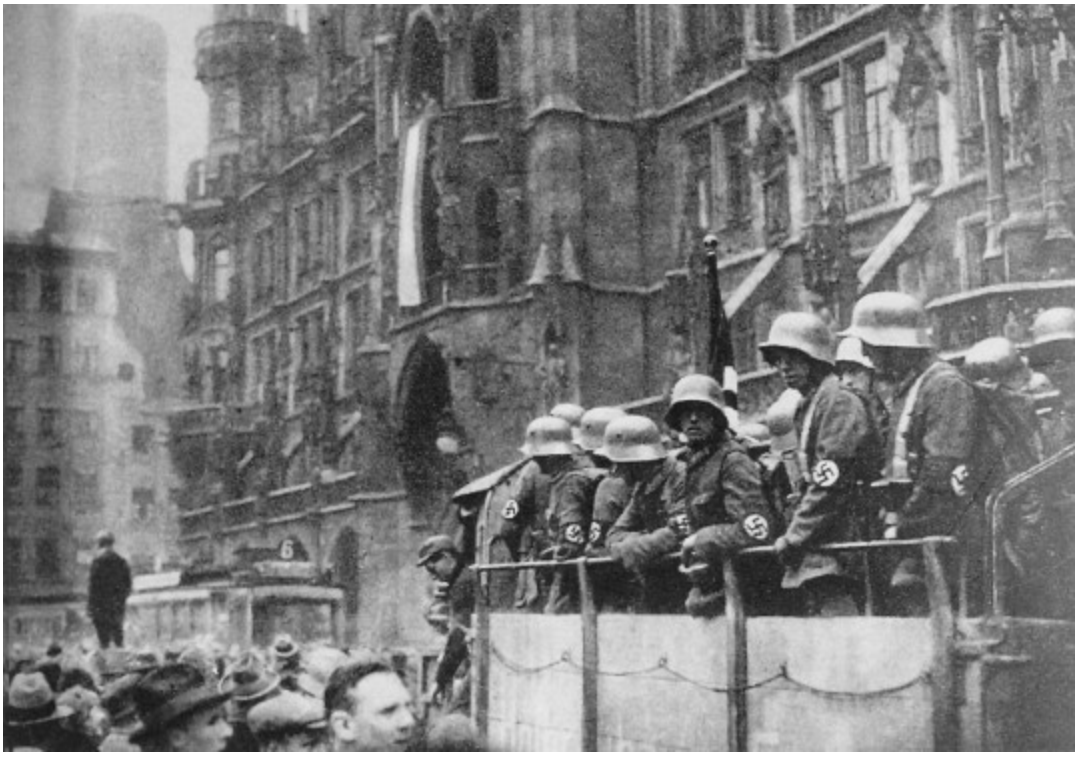
Über das München von der abgebrühten Räuberbande hat sich die ganze Welt entrüstet. Aber die Wahrheit heißt taube Ohren.



8. (*arriba*) Una portada racista de una revista satírica alemana resalta los asesinatos, robos y violaciones supuestamente cometidos por tropas coloniales francesas durante la ocupación del Ruhr de 1923.
9. (*abajo*) La hiperinflación de 1923: «¡Tantos billetes de mil marcos por un solo dólar!».

10. El balance de las reparaciones de guerra, 1927: 14.000 suicidios en Alemania que son debidos, según una revista satírica, a la penuria económica causada por la carga financiera impuesta al país por el Tratado de Versalles.

11. Los «locos años veinte» en Berlín: amarga visión del pintor Otto Dix de la sociedad alemana en 1927-1928; se margina a los inválidos de guerra mientras mujeres de vida alegre se divierten con sus clientes en una fiesta amenizada por una orquesta de jazz.

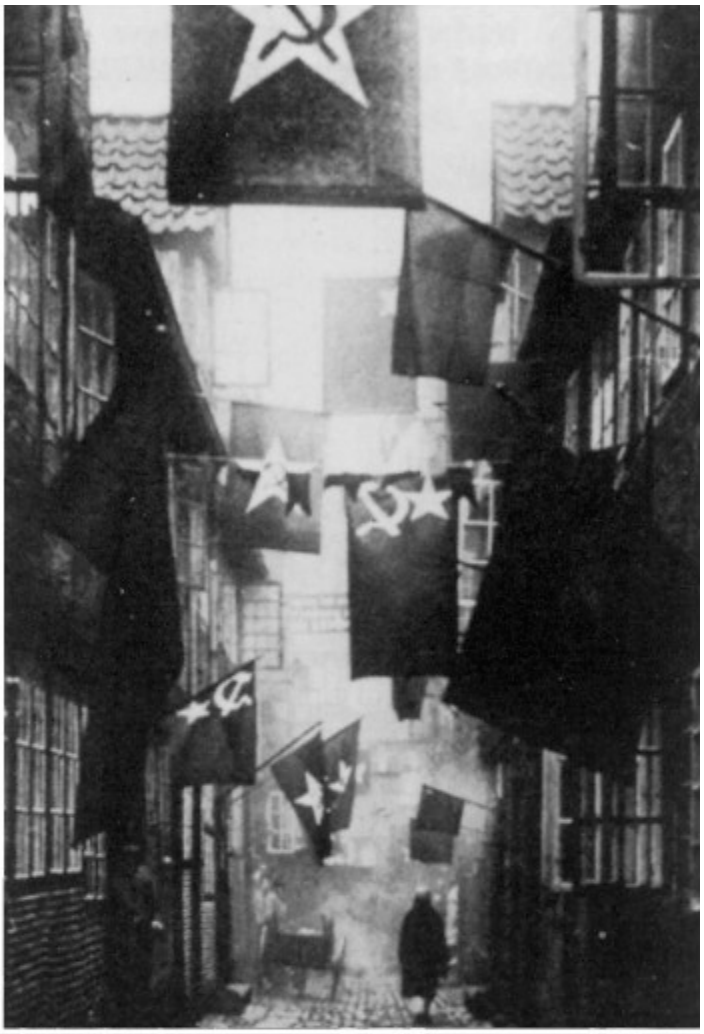


12. El *Putsch* de la cervecería: paramilitares nazis armados esperan en la entrada del Ayuntamiento de Munich (noviembre de 1923), una toma del poder que nunca llegó.

13. Hitler conversa (pero no bebe), con unos amigos en una cervecería de Munich en 1929. Gregor Strasser está en el extremo, a la izquierda.

14. Hitler encabeza una marcha callejera en una de las primeras concentraciones del Partido Nazi en Weimar, en 1926, mientras camisas pardas despejan el camino. Puede verse a su izquierda a Rudolf Hess, sin sombrero, con Heinrich Himmler inmediatamente detrás.

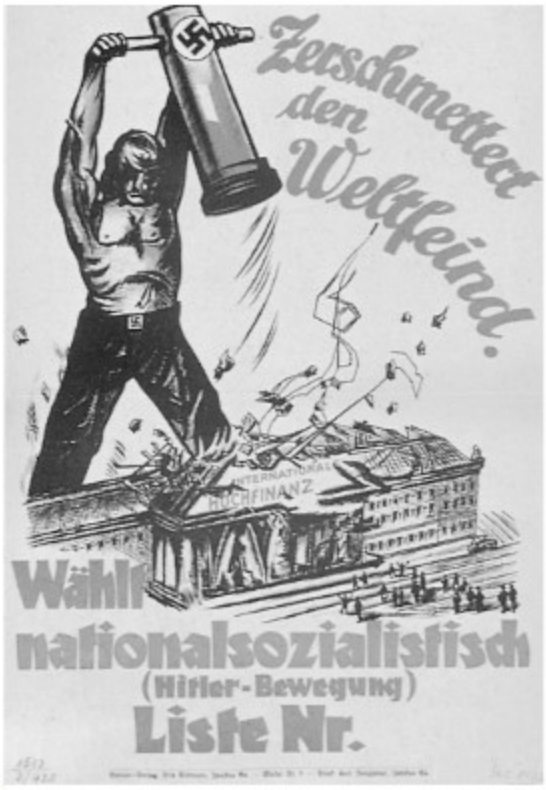
15. El rostro del fanatismo: camisas pardas escuchan un discurso en una concentración al aire libre, 1930.



Es blökt das Schaf-Es lacht das Rind
Weil Hemden staatsgefährlich sind

16. (*arriba*) La amenaza comunista: delincuencia, pobreza y adhesión a la extrema izquierda solían ir juntas, para alarma de los votantes de clase media, como en este barrio pobre de Hamburgo durante una campaña electoral de 1932.
17. (*abajo*) La futilidad de la prohibición del uso de uniformes por Brüning (diciembre de 1930): los camisas pardas llevan camisa blanca y el efecto es el mismo.

18. Un cartel pacifista advierte en 1930 de que «Quien vote por la derecha vota por la guerra» y de que el nazismo sólo puede significar muerte y destrucción. «Alemán—pregunta retóricamente—, ¿te agarrará de nuevo?».


Zerschmettert
den
Weltfeind.
INTERNATIONALE
GOLDFINANZ
Wählt
nationalsozialistisch
(Hitler-Bewegung)
Liste Nr.

a

KPD
LISTE 3
Schluss mit diesem System

b

Bahn frei!
für Liste 1
Sozialdemokraten

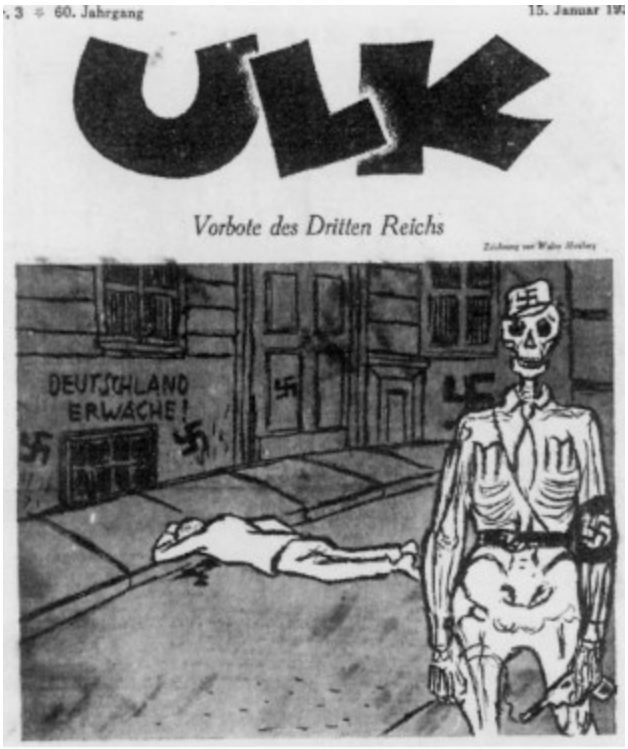
c

LISTE 6
Deutsche
Volks-
Partei
JEDE STIMME
GESICHERT
GEGEN BÜRGERKRIEG
UND INFLATION!!

d

19. La violencia de la imagen visual: el camino iniciado por los nazis en 1928 lo siguieron otros partidos en elecciones posteriores. *a*) «Aplasta al enemigo del mundo, la Internacional de las Altas Finanzas» - cartel electoral nazi, 1928. *b*) «¡Acabemos con este sistema!» - cartel electoral comunista, 1932. *c*) «¡Vía libre a la Lista 1!» - el obrero socialdemócrata aparta a codazos al nazi y al comunista, 1930. *d*) «Contra la guerra civil y la inflación» - el Partido del Pueblo arrolla a sus rivales de la derecha y de la izquierda, un ejemplo de pensamiento voluntarista de 1932.

20. La oferta expuesta al electorado en septiembre de 1930: los partidos se dirigen a las mujeres, a los que piden subsidios, a los jóvenes y a otros grupos sociales específicos.



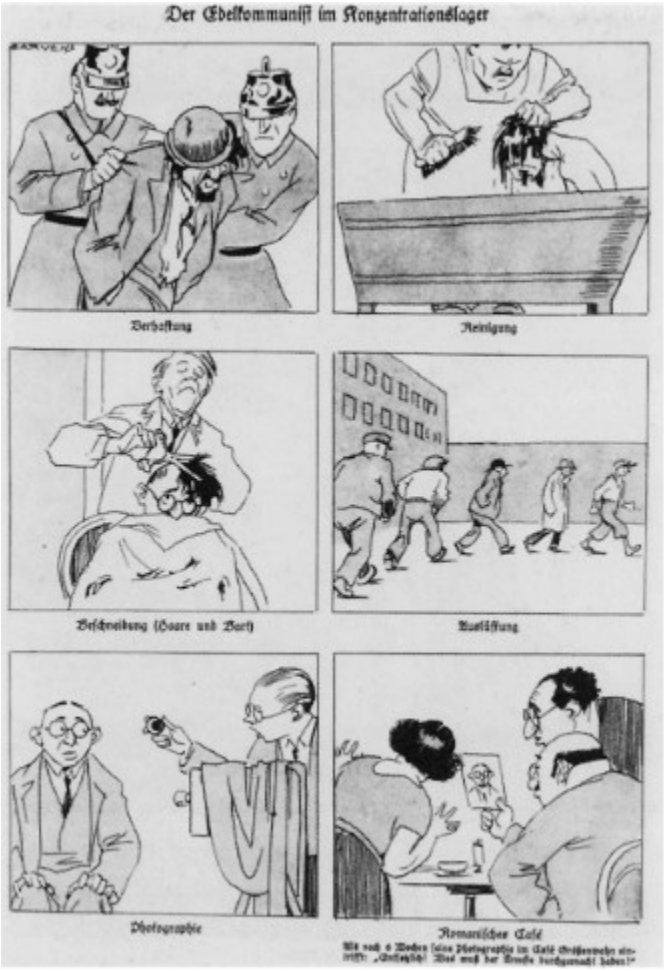
21. «Anuncio del Tercer Reich». Un cartel socialdemócrata previene contra la violencia nazi, enero de 1931. Después de escribir «¡Alemania despierta!» y pintar cruces gamadas en las paredes, la figura de la Muerte, que viste el uniforme de los camisas pardas y empuña una pistola, mata a su adversario y prosigue su camino.

22. (*arriba*) Silenciando a la oposición: nazis utilizando megáfonos para gritar «Heil Hitler!» durante la campaña electoral de marzo de 1933.

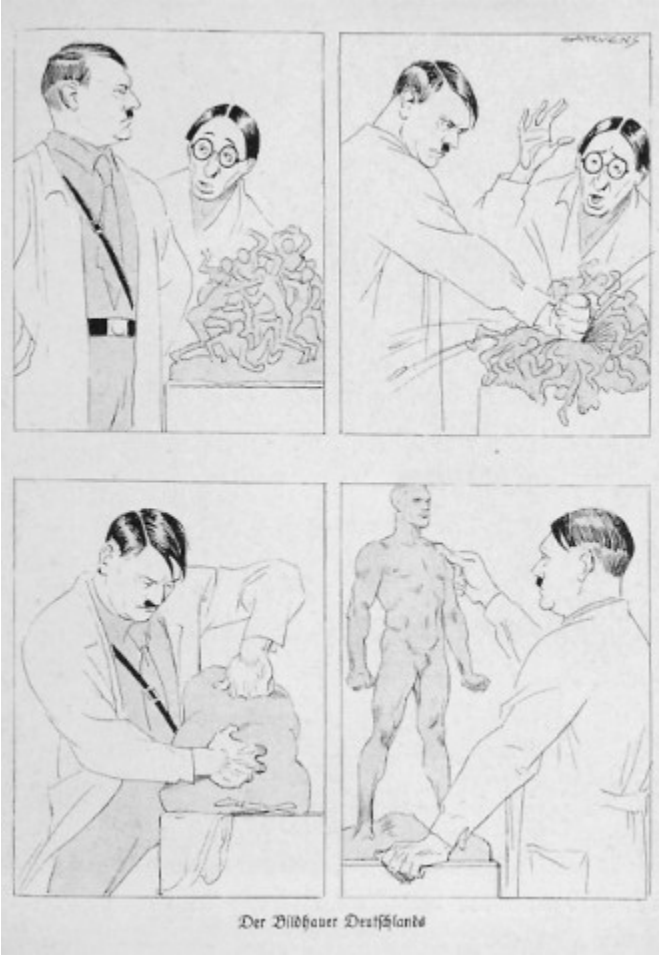
23. (*abajo*) El rostro respetable del nazismo: Hitler, que viste traje y corbata, se entrevista con destacados hombres de negocios tras ser nombrado canciller del Reich en enero de 1933.

24. La realidad de las calles: comunistas y socialdemócratas detenidos por camisas pardas que actúan como «policía auxiliar» aguardan su destino en una celda de tortura nazi en la primavera de 1933.

25. Los primeros campos de concentración, 1933: socialdemócratas a los que se registra al llegar al campo de Oranienburg.



26. «El noble comunista en el campo de concentración». La propaganda nazi dio amplia publicidad a los campos, pero procuró transmitir una imagen positiva de ellos. Según esta historieta del 14 de mayo de 1933, la «detención» iba seguida de una «limpieza», un «corte» (de barba y cabello)»—la palabra es la usada en alemán para la circuncisión—, un «aireo» y una «foto». En el Café Románico y en el Café Megalomanía de Berlín, dos conocidos cafés frecuentados por artistas modernistas y escritores radicales, los supuestos habituales judíos se lamentan seis semanas después de la transformación de su amigo: «¡Por lo que debe de haber pasado el pobre!».



27. La revolución cultural de Hitler: a partir de una masa de pigmeos que se pelean entre sí, el «escultor de Alemania» crea un nuevo alemán gigante dispuesto a dominar el mundo.

28. Los exiliados: la revista satírica nazi *La Ortiga* retrata la huida de los intelectuales y escritores más eminentes de Alemania como un triunfo para la nación alemana: mientras Thomas Mann toca el organillo, los otros, la mayoría judíos, escapan de Alemania al compás de su música. Entre los caricaturizados están Albert Einstein, Lion Feuchtwanger y Karl Marx. «Lo que se ha ido, no volverá».

29. «Contra el espíritu antialemán»: estudiantes nazis queman libros judíos e izquierdistas a la salida de la Universidad de Berlín el 10 de mayo de 1933.

30. «¡Alemanes! ¡Defendeos! ¡No compréis a los judíos!». Camisas pardas colocan adhesivos en el escaparate de una tienda judía durante el boicot del 1 de abril de 1933, mientras los compradores miran.

31. Continuidad en la Revolución nacionalsocialista: una postal de 1933 traza una línea directa que va de Federico el Grande de Prusia hasta Hitler pasando por Bismarck.

Notas

1. Michael Ruck, *Bibliographie zum Nationalsozialismus* (2 vols., Darmstadt, 2000 [1995]).

2. Norbert Frei, *National Socialist Rule in Germany: The Führer State 1933-1945* (Oxford, 1993 [1987]); Ludolf Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945* (Frankfurt am Main, 1996). Entre otros muchos tratamientos breves, Hans-Ulrich Thamer, *Verführung und Gewalt: Deutschland 1933-1945* (Berlín, 1986) es una síntesis fluida; Jost Dülffer, *Nazi Germany 1933-1945: Faith and Annihilation* (Londres, 1996 [1992]), y Bernd-Jürgen Wendt, *Deutschland 1933-1945: Das Dritte Reich. Handbuch zur Geschichte* (Hannover, 1995) son introducciones útiles y escuetas.

3. Detlev J. K. Peukert, *Volksgenossen und Gemeinschafts- fremde - Anpassung, Ausmerze, Aufbegehren unter dem Nationalsozialismus* (Colonia, 1982); ed. inglesa: *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life* (Londres, 1989).

4. Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945* (4 vols., Exeter, 1983-98 [1974]).

5. William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich: A History of Nazi Germany* (Nueva York, 1960); la recensión de Klaus Epstein está en *Review of Politics*, 23 (1961), 130-45.

6. Karl Dietrich Bracher, *The German Dictatorship: The Origins, Structure, and Consequences of National Socialism* (Nueva York, 1970 [1969]).

7. Ian Kershaw, *Hitler, I: 1889-1936: Hubris* (Londres, 1998); *idem*, *Hitler, II: 1936-1945: Nemesis* (Londres, 2000).

8. Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History* (Londres, 2000).

9. Estoy pensando aquí en obras como Orlando Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution 1891-1924* (Londres, 1996), o Margaret Macmillan, *Peacemakers: The Paris Conference of 1919 and its Attempt to End War* (Londres, 2001).

10. Empezando por la obra de Martin Broszat *Der Staat Hitlers: Grundlegung und Entwicklung seiner inneren Verfassung* (Munich, 1969), otro libro que soporta relecturas repetidas, y representado sobre todo por los brillantes ensayos de Hans Mommsen, reunidos en su *Der Nationalsozialismus und die deutsche Gesellschaft: Ausgewählte Aufsätze* (Reinbek, 1991) y *From Weimar to Auschwitz: Essays in German History* (Princeton, 1991).

11. Se sigue en esto y se lleva aún más allá la técnica ya utilizada en mis libros anteriores *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years 1830-1910* (Oxford, 1987) y *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany 1600-1987* (Oxford, 1996).

12. Karl Marx, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte* (1852), en Lewis Feuer (ed.), *Marx and Engels: Basic Writings on Politics and Philosophy* (Nueva York, 1959), 360.

13. L. P. Hartley, *The Go-Between* (Londres, 1953), prefacio.

14. Véase Richard J. Evans, «History, Memory, and the Law: The Historian as Expert Witness», *History and Theory*, 41 (2002) 277-96; y Henry Rousso, *The Haunting Past: History, Memory, and Justice in Contemporary France* (Filadelfia, 2002 [1998]).

15. Ian Kershaw, *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945* (Oxford, 1983), vii.

16. Konrad Heiden, *Geschichte des Nationalsozialismus: Die Karriere einer Idee* (Berlín, 1932); idem, *Adolf Hitler: Das Zeitalter der Verantwortungslosigkeit. Eine Biographie* (Zurich, 1936); Ernst Fraenkel, *The Dual State* (Nueva York, 1941); Franz Neumann, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism* (Nueva York, 1942).

17. Friedrich Meinecke, *Die deutsche Katastrophe* (Wiesbaden, 1946), disponible en inglés en una traducción cómicamente literal de Sidney B. Fay, *The German Catastrophe: Reflections and Recollections* (Cambridge, Massachusetts, 1950). Para un análisis sumamente crítico, véase Imanuel Geiss, «Kritischer Rückblick auf Friedrich Meinecke», en *idem*, *Studien über Geschichte und Geschichtswissenschaft* (Frankfurt am Main, 1972), 89-107. Para una defensa, véase Wolfgang Wippermann, «Friedrich Meineckes "Die deutsche Katastrophe"»: Ein versuch zur deutschen Vergangenheitsbewaltigung», en Michael Erbe (ed.), *Friedrich Meinecke heute: Bericht über ein Gedenk-Colloquium zu seinem 25. Todestagam 5. und 6. April 1979* (Berlín, 1981), 101-21.

18. Véase el catálogo de preguntas que se plantean al principio del clásico de Karl Dietrich Bracher *Stufen der Machtergreifung*, volumen I de Karl Dietrich Bracher *et al., Die nationalsozialistische Machtergreifung: Studien zur Errichtung des totalitären Herrschaftssystems in Deutschland 1933/34* (Frankfurt am Main, 1974 [1960]), 17-18.

19. Entre muchos buenos análisis de la historiografía del nazismo y el Tercer Reich, véase especialmente el breve resumen de Jane Caplan, «The Historiography of National Socialism», en Michael Bentley (ed.), *Companion to Historiography* (Londres, 1997), 545-90, y el estudio más largo de Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation* (4.ª ed., Londres, 2000 [1985]).

20. Mark Mazower, *Dark Continent: Europe's Twentieth Century* (Londres, 1998).

21. Para un buen estudio de las interpretaciones marxistas, situadas en su contexto político contemporáneo, véase Pierre Ayçoberry, *The Nazi Question: An Essay on the Interpretations of National Socialism (1922-1975)* (Nueva York, 1981 [1979]).

22. Para el trabajo efectuado en Alemania del Este, véase el análisis de Andreas Dorpalen, *German History in Marxist Perspective: The East German Approach* (Detroit, 1988). Hay una seleccion representativa con un comentario juicioso en Georg G. Iggers (ed.), *Marxist Historiography in Transformation: New Orientations in Recent East German History* (Oxford, 1992). Uno de los mejores y más sutiles historiadores marxistas del Tercer Reich es Tim Mason: véase en especial su *Nazism, Fascism and the Working Class: Essays by Tim Mason* (ed. de Jane Caplan, Cambridge, 1995) y *SocialPolicyintheThirdReich:TheWorking Class and the «National Community»* (ed. de Jane Caplan, Providence, Rodhe Island, 1993 [1977]).

23. Shirer, *The Rise and Fall*; Alan J. P. Taylor, *The Course of German History* (Londres, 1945); Edmond Vermeil, *Germany in the Twentieth Century* (Nueva York, 1956).

24. Ayçoberry, *The Nazi Question*, 3-15.

25. Rohan d'Olier Butler, *The Roots of National Socialism 1783-1933* (Londres,1941)eselejemploclásicodeesapropagandade época de guerra; otro fue Fossey J. C. Hearnshaw, *Germany the Aggressor throughout the Ages* (Londres, 1940). Para una reacción contemporánea inteligente, véase Harold Laski, *The Germans - are they Human*? (Londres, 1941).

26. Para un análisis general de esos temas, véase Richard J. Evans, *Rethinking German History: Nineteenth-Century Germany and the Origins of the Third Reich* (Londres, 1987), esp. 1-54. Hay una excelente colección breve de documentos con comentario en John C. G. Rohl (ed.), *From Bismarck to Hitler: The Problem of Continuity in German History* (Londres, 1970). Cuando yo era estudiante me introdujo en estas discusiones el manejable compendio de pasajes de John L. Snell (ed.), *The Nazi Revolution - Germany's Guilt or Germany's Fate*? (Boston, 1959).

27. Esto es aplicable incluso a los escritos relativamente refinados de exiliados alemanes del Tercer Reich, como Hans Kohn, sobre todo *The Mind of Germany: The Education of a Nation* (Londres, 1961), y Peter Viereck, *Metapolitics: From the Romantics to Hitler* (Nueva York, 1941).

28. Keith Bullivant, «Thomas Mann and Politics in the Weimar Republic», en *idem* (ed.), *Culture and Society in the Weimar Republic* (Manchester, 1977), 24-38; Taylor, *The Course*, 92-3.

29. Gerhard Ritter, «The Historical Foundations of the Rise of NationalSocialism», en Maurice Beaumont *et al., The Third Reich: A Study Published under the Auspices of the International Council for Philosophy and Humanistic Studies with the Assistance of UNESCO* (Nueva York, 1955), 381-416; *idem*, *Europa und die deutsche Frage: Betrachtungen über die geschichtliche Eigenart des deutschen Staatsgedankens* (Munich, 1948); Christoph Cornelissen, *Gerhard Ritter: Geschichtswissenschaft und Politik im 20. jahrhundert* (Düsseldorf, 2001); los argumentos de Ritter pueden remontarse a 1937, en que se formularon en términos bastante menos negativos (*ibid*., 524-30). Para diversos puntos de vista distintos, véase Hans Kohn (ed.), *German History: Some New German Views* (Boston, 1954). Un temprano intento de romper el molde de un historiador alemán, aunque sólo parcialmente coronado por el éxito, fue Ludwig Dehio, *Germany andWorld Politics* (Londres,1959 [1955]), que aúninsistía en la primacía de los factores internacionales.

30. Véase, entre muchos otros tratamientos del tema, Karl Dietrich Bracher, *Die totalitäre Erfahrung* (Munich, 1987) y Leonard Shapiro, *Totalitarianism* (Londres, 1972). La exposición clásica, muy criticada, de la teoría básica es Carl J. Friedrich y Zbigniew K. Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy* (Nueva York, 1963); el texto filosófico innovador es el de Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (Nueva York, 1958).

31. Eckard Jesse (ed.), *Totalitarismus im 20. Jahrhundert* (Baden-Baden, 1996) y Alfons Söllner (ed.), *Totalitarismus: Eine Ideengeschichte des 20. Jahrhunderts* (Berlín, 1997).

32. Véanse en particular las fructíferas comparaciones de Ian Kershaw y Moshe Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison* (Cambridge, 1997), y el análisis útil y bien informado de Kershaw, *The Nazi Dictatorship*, 20-46.

33. Jürgen Steinle, «Hitler als “Betriebsunfall in del Geschichte”», *Geschichte in Wissenschaftund Unterricht*, 45 (1994), 288-302, para un análisis de esta cuestión.

34. Karl Dietrich Bracher, *Die Auflosung der Weimarer Republik: Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratic* (3.ª ed., Villingen, 1960 [1955]); *idem et al*., *Die nationalsozialistische Machtergreifung*.

35. Broszat, *Der Staat Hitlers*; *idem et al*. (eds.), *Bayern in der NS-Zeit* (6 vols., Munich, 1977-83); Peukert, *Inside Nazi Germany*; véase también el útil comentario sobre el desarrollo de la investigación en la última edición alemana de la breve historia de Norbert Frei *Der Führerstaat: Nationalsozialistische Herrschaft 1933 bis 1945* (Munich, 2001 [1987]), 281-304. Tentativas recientes de deslegitimar la obra de Broszat basándose en que, como otros alemanes de su generación, había pertenecido a las Juventudes Hitlerianas en la adolescencia y que había sido inscrito con muchos otros como miembro del Partido Nazi (aunque sin su conocimiento), no llegan a convencer, sobre todo porque no abordan lo que realmente escribió como historiador (Nicolas Berg, *Der Holocaust und die westdeutschen Historiker: Erforschung und Erinnerung* [Colonia, 2003], esp. 613-15).

36. Entre los muchos estudios y colecciones, véase, por ejemplo, Robert Gellately y Nathan Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany* (Princeton, 2001); Michael Burleigh y Wolfgang Wippermann, *The Racial State: Germany 1933-1945* (Cambridge, 1991); Henry Friedlander, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution* (Chapel Hill, NC, 1995); Wolfgang Ayass, «*Asoziale» im Nationalsozialismus* (Stuttgart, 1995); Peter Longerich, *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung* (Munich, 1998); Ulrich Herbert, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Foreign Labor in Germany under the Third Reich* (Cambridge, 1997 [1985]).

37. Richard J. Evans, *In Hitler's Shadow: West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past* (Nueva York, 1989); *idem*, *Rituals*.

38. Richard J. Evans, *Telling Lies About Hitler: The Holocaust, History, and the David Irving Trial* (Londres, 2002).

39. Peter Longerich, *Der ungeschriebene Befehl: Hitler und der Weg zur «Endlosung»* (Munich, 2001), 9-20.

40. Victor Klemperer, *LTI: Notizbuch eines Philologen* (Leipzig, 1985 [1946]).

1. Las continuidades entre el Reich bismarckiano y la llegada del Tercer Reich constituyen la tesis básica de Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, III: *Van der «Deutschen Doppelrevolution» bis zum Beginn des Ersten Weltkrieges 1849-1914* (Munich, 1995), y Heinrich August Winkler, *Der lange Weg nach Westen*, I: *Deutsche Geschichte vom Ende des Alten Reiches bis zum Untergang der Weimarer Republik* (Munich, 2000).

2. Friedrich Meinecke, «Bismarck und das neue Deutschland», en *idem*, *Preussen und Deutschland im 19. und 20. jahrhundert* (Munich, 1918), 510-31, citado y traducido en Edgar Feuchtwanger, *Bismarck* (Londres, 2002), 7.

3. Elizabeth Knowles (ed.), *The Oxford Dictionary of Quotations* (5.ª ed., Oxford, 1999), 116.

4. Citado sin atribución en Alan J. P. Taylor, *Bismarck: The Man and the Statesman* (Londres, 1955), 115.

5. Para una panorámica breve de este periodo y del siguiente, véase David Blackbourn, *The Fontana History of Germany 1780-1918: The Long Nineteenth Century* (Londres, 1997); más detalles en James J. Sheehan, *German History 1770-1866* (Oxford, 1989); aún más en Thomas Nipperdey, *Germany from Napoleon to Bismarck* (Princeton, 1986 [1983]), y más incluso en Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, II: *Von der Reformära bis zur industriellen und politischen «Deutschen Doppelrevolution» 1815-1845/49* (Munich, 1987).

6. Taylor, *The Course*, 69.

7. Para el debate sobre este tema, véase en especial Geoff Eley, *From Unification to Nazism: Reinterpreting the German Past* (Londres, 1986), 254-82; David Blackbourn y Geoff Eley, *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany* (Oxford, 1984); Evans, *Rethinking German History*, 93-122; Richard J. Evans (ed.), *Society and Politics in Wilhelmine Germany* (Londres, 1978); Jürgen Kocka, «German History Before Hitler: The Debate about the German *Sonderweg», Journal of Contemporary History*, 23 (1988), 3-16; Robert G. Moeller, «The Kaiserreich Recast? Continuity and Change in Modern German Historiography», *Journal of Social History*, 17 (1984), 655-83.

8. A Bismarck le han tratado bien sus biógrafos. Para las dos mejores biografías suyas en forma narrativa, véase Ernst Engelberg, *Bismarck* (2 vols., Berlín, 1985 y 1990) y Otto Pflanze, *Bismarck* (3 vols., Princeton, 1990).

9. Heinrich August Winkler, *Der lange Weg nach Westen*, II: *Deutsche Geschichte vom «Dritten Reich» bis zur Wiedervereinigung* (Munich, 2000), 645-8.

10. Heinrich August Winkler, *The Long Shadow of the Reich: Weighing up German History* (The 2001 Annual Lecture of the German Historical Institute, Londres; Londres, 2002). Lothar Kettenacker, «Der Mythos vom Reich», en Karl H. Bohrer (ed.), *Mythos und Moderne* (Frankfurt am Main, 1983), 262-89.

11. Karl Marx, «Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei» (Kritik des Gothaer Programms, 1875), en Karl Marx y Friedrich Engels, *Ausgewahlte Schriften* (2 vols., Berlín Este, 1968), II. 1128, en 25.

12. Otto Büsch, *Militarsystem und Sozialleben im alten Preussen 1713-1807: Die Anfange der sozialen Militarisierung der preussisch-deutschen Gesellschaft* (Berlín, 1962).

13. Horst Kohl (ed.), *Die politischen Reden des Fürsten Bismarck* (14 vols., Stuttgart, 1892-1905), II. 29-30.

14. Lothar Gall, *Bismarck: The White Revolutionary* (2 vols., Londres, 1986 [1980]), el mejor estudio analítico de Bismarck.

15. Para la historia del servicio militar obligatorio, véase Ute Frevert, *Die kasernierte Nation: Militärdienst und Zivilgesellschaft in Deutschland* (Munich, 2001); el militarismo alemán en un marco más amplio lo cubre Volker R. Berghahn, *Militarism: The History of an International Debate 1861-1979* (Cambridge, 1984 [1981]), *idem* (ed.), *Militarismus* (Colonia, 1975), Martin Kitchen, *A Military History of Germany from the Eighteenth Century to the Present Day* (Londres, 1975) y el clásico de Gordon A. Craig *The Politics of the Prussian Army 1640-1945* (Nueva York, 1964 [1955]); hay reflexiones no convencionales en Geoff Eley, «Army, State and Civil Society: Revisiting the Problem of German Militarism», en *idem*, *From Unification to Nazism*, 85-109

16. Martin Kitchen, *The German Officer Corps 1890-1914* (Oxford, 1968); Karl Demeter, *Das deutsche Offizierkorps in Gesellschaft und Staat 1650-1945* (Frankfurt am Main, 1962). Para la amenaza permanente de un golpe de estado, véase Volker R. Berghahn, *Germany and the Approach of War in 1914* (Londres, 1973),13-15.

17. Véase Richard J. Evans, *Rethinking German History*, 248-90; *idem*, *Rereading German History: From Unification to Reunification 1800-1996* (Londres,1997),65-86.

18. Ute Frevert, «Bourgeois Honour: Middle-class Duellists in Germany from the Late Eighteenth to the Early Twentieth Century», en David Blackbourn y Richard J. Evans (eds.), *The German Bourgeoisie: Essays on the Social History of the German Middle Class from the Late Eighteenth to the Early Twentieth Century* (Londres, 1991), 255-92; *idem*, *Ehrenmanner: Das Duell in der bürgerlichen Gesellschaft* (Munich, 1991).

19. Eley, *From Unification to Nazism*, 85-109; Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, iII.873-85.

20. Michael Geyer, «Die Geschichte des deutschen Militärs von 1860-1956: Ein Bericht über die Forschungslage (1945-1975)», en Hans-Ulrich Wehler (ed.), *Die moderne deutsche Geschichte in der internationalen Forschung 1945-1975* (Göttingen, 1978), 256-86; Helmut Bley, *Namibia under German Rule* (Hamburgo, 1996 [1968]).

21. Gesine Krüger, *Kriegsbewaltigung und Geschichtsbewusstsein: Realität, Deutung und Verarbeitung des deutschen Kolonialkrieges in Namibia 1904 bis 1907* (Göttingen, 1999); Tilman Dedering, «"A Certain Rigorous Treatment of all Parts of the Nation": The Annihilation of the Herero in German Southwest Africa 1904», en Mark Levene y Penny Roberts (eds.), *The Massacre in History* (Nueva York, 1999), 205-22.

22. David Schoenbaum, *Zabern 1913: Consensus Politics in Imperial Germany* (Londres, 1982); Nicholas Stargardt, *The German Idea of Militarism 1866-1914* (Cambridge, 1994); Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*III.1.125-9.

23. Ulrich von Hassell, *Die Hassell-Tagebücher 1938-1944* (ed. de Friedrich Freiherr Hiller von Gaertringen, Berlín, 1989), 436.

24. Wolfgang J. Mommsen, *Das Ringen um den nationalen Staat: Die Gründung und der innere Ausbau des Deutschen Reiches unter Otto von Bismarck 1850-1890* (Berlín, 1993), 439-40; David Blackbourn, *Marpingen: Apparitions of the Virgin Mary in Bismarckian Germany* (Oxford, 1993).

25. Vernon Lidtke, *The Outlawed Party: Social Democracy in Germany, 1878-1890* (Princeton, 1966); Evans, *Rituals*, 351-72.

26. Entre las muchas descripciones de la evolución de los socialdemócratas, véase Susanne Miller y Heinrich Potthoff, *A History of German Social Democracy: From 1848 to the Present* (Leamington Spa, 1986 [1983]), un útil texto introductorio desde el punto de vista de los socialdemócratas actuales; Detlef Lehnert, *Sozialdemokratie zwischen Protestbewegung und Regierungspartei 1848-1983* (Frankfurt am Main, 1983), una buena crónica breve; y Stefan Berger, *Social Democracy and the Working Class in Nineteenthand Twentieth-century Germany* (Londres, 2000), un estudio más reciente.

27. Alex Hall, *Scandal, Sensation and Social Democracy: The SPD Press and Wilhelmine Germany 1890-1914* (Cambridge, 1977); Klaus Saul, «Der Staat und die “Mächte des Umsturzes”: Ein Beitrag zu den Methoden antisozialistischer Repression und Agitation vom Scheitern des Sozialistengesetzes bis zur Jahrhundertwende», *Archiv für Sozialgeschichte*, 12 (1972), 293-350; Alex Hall, «By Other Means: The Legal Struggle against the SPD in Wilhelmine Germany 1890-1900», *Historical Journal*, 17 (1974), 365-86.

28. Un breve resumen práctico puede encontrarse en Gerhard A. Ritter, *Die deutschen Parteien 1830-1914: Parteien und Gesellschaft im konstitutionellen Regierungssystem* (Göttingen, 1985); el artículo clásico sobre el tema es de M. Rainer Lepsius, «Parteisystem und Sozialstruktur: Zum Problem der Demokratisierung der deutschen Gesellschaft», en Gerhard A. Ritter (ed.), *Die deutschen Parteien vor 1918* (Colonia, 1973), 56-80.

29. Gerhard A. Ritter, *Wahlgeschichtliches Arbeitsbuch: Materialien zur Statistik des Kaiserreichs 1871-1918* (Munich, 1980), 42.

30. Stanley Suval, *Electoral Politics in Wilhelmine Germany* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1985); Margaret L. Anderson, *Practicing Democracy: Elections and Political Culture in Imperial Germany* (Princeton, 2000).

31. Kurt Koszyk, *Deutsche Presse im 19. Jahrhundert: Geschichte der deutschen Presse*, II (Berlín, 1966).

32. Richard J. Evans (ed.), *Kneipengesprache im Kaiserreich: Die Stimmungsberichte der Hamburger Politischen Polizei 1892-1914* (Reinbek, 1989).

33. Breve estudio introductorio en Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, III. 961-5; más detalles en William W. Hagen, *Germans, Poles, and Jews: The Nationality Conflict in the Prussian East, 1772-1914* (Chicago, 1980).

34. Evans (ed.), *Kneipengesprache*, 361-83.

35. Volker R. Berghahn, *Der Tirpitz-Plan: Genesis und Verfall einer innenpolitischen Krisenstrategie unter Wilhelm II*. (Düsseldorf, 1971).

36. Para una valoración juiciosa reciente de la personalidad y la influencia del káiser, véase Christopher Clark, *Kaiser Wilhelm II* (Londres, 2000).

37. Geoffrey Hosking, *Russia: People and Empire 1552-1917* (Londres, 1997).

38. George L. Mosse, *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich* (Nueva York, 1975).

39. Alan Milward y Samuel B. Saul, *The Development of the Economies of Continental Europe 1850-1914* (Londres, 1977), 19-20.

40. Véase, en general, Hubert Kiesewetter, *Industrielle Revolution in Deutschland 1815-1914* (Frankfurt am Main, 1989).

41. Volker Ullrich, *Die nervöse Grossmacht 1871-1918: Aufstieg und Untergang des deutschen Kaiserreichs* (Frankfurt am Main, 1997); Joachim Radkau, *Das Zeitalter der Nervosität: Deutschland zwischen Bismarck und Hitler* (Munich, 1998).

42. August Nitschke *et al*. (eds.), *Jahrhundertwende: Der Aufbruch in die Moderne 1880-1930* (2 vols., Reinbek, 1990).

43. Para estos argumentos, véase Blackbourn y Eley, *The Peculiarities*.

44. Peter Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria* (Nueva York, 1964), 112-13; Rosemarie Leuschen-Seppel, *Sozialdemokratie und Antisemitismus im Kaiserreich: Die Auseinandersetzung der Partei mit den konservativen und volkischen Stromungen des Antisemitismus 1871-1914* (Bonn, 1978), 140-42; Richard S. Levy, *The Downfall of the Anti-Semitic Political Parties in Imperial Germany* (New Haven, 1975). Véase también la obra pionera de Paul W. Massing, *Rehearsal for Destruction* (Nueva York, 1949).

45. Adopto aquí la útil distinción de Marion Kaplan entre «asimilación», que entraña una completa pérdida de identidad cultural, y «aculturación», que implica la creación de una identidad dual de un tipo u otro en un medio multicultural: véase Marion A. Kaplan, «The Acculturation, Assimilation, and Integration of Jews in Imperial Germany», *Year Book of the Leo Baeck Institute*, 27 (1982), 3-35.

46. Till van Rahden, *Juden und andere Breslauer: Die Beziehungen zwischen Juden, Protestanten und Katholiken in einer deutschen Grossstadt von 1860 bis 1925* (Göttingen, 2000), 147-9; Peter J. G. Pulzer, *Jews and the German State: The Political History of a Minority, 1848-1933* (Oxford, 1992), 6-7; Shulamit Volkov, *Die Juden in Deutschland 1780-1918* (Munich, 1994); Usiel O. Schmelz, «Die demographische Entwicklung der Juden in Deutschland von der Mitte des 19. Jahrhunderts bis 1933», *Bulletin des Leo Baeck Instituts*, 83 (1989),15-62, en 39-41; Jacob Toury, *Soziale und politische Geschichte der Juden in Deutschland 1847-1871: Zwischen Revolution, Reaktion und Emanzipation* (Düsseldorf, 1977), 60; Monika Richarz, *Jüdisches Leben in Deutschland, II: Selbstzeugnisse zur Sozialgeschichte im Kaiserreich* (Stuttgart, 1979), 16-17; Anthony Kauders, *German Politics and the Jews: Düsseldorf and Nuremberg 1910-1933* (Oxford, 1996), 26; Kerstin Meiring, *Die christlichjüdische Mischehe in Deutschland, 1840-1933* (Hamburgo, 1998).

47. Pulzer, *Jews*, 106-20.

48. Dietz Bering, *The Stigma of Names: Antisemitism in German Daily Life, 1812-1933* (Cambridge, 1992 [1987]).

49. Pulzer, *Jews*, 5 y 11.

50. Niall Ferguson, *The World's Banker: The History of the House of Rothschild* (Londres, 1998); Fritz Stern, *Gold and Iron: Bismarck, Bleichroder and the Building of the German Empire* (Nueva York, 1977).

51. Robert Gellately, *The Politics of Economic Despair: Shopkeepers and German Politics, 1890-1914* (Londres, 1974), 42-3; Richarz, *Jüdisches Leben*, iI.17 y 23-35.

52. *Ibid*., 31-4.

53. Peter Pulzer, «Jews and Nation-Building in Germany 1815-1918», *Year Book of the Leo Baeck Institute*, 41 (1996), 199-214.

54. Véase, en particular, Werner E. Mosse, *Jews in the German Economy: The German-Jewish Economic Élite 1820-1935* (Oxford, 1987), e *idem*, *The German-Jewish Economic Élite 1820-1935: A Socio-Cultural Profile* (Oxford, 1989), no sólo excelentes obras de investigación, sino también celebraciones nostálgicas de los triunfos del grupo social en el que nació Mosse.

55. Pulzer, *The Rise*, 94-101 y 113; Shulamit Volkov, *Jüdisches Leben und Antisemitismus im 19. und 20. Jahrhundert* (Munich, 1990).

56. Para Bockel y el movimiento antisemita en general, véase David Peal, «Antisemitism by Other Means? The Rural Cooperative Movement in Late 19th Century Germany», en Herbert A. Strauss (ed.), *Hostages of Modernization: Studies on Modern Antisemitism 1870-1933/39: Germany - Great Britain - France* (Berlín, 1993),128-49; James N. Retallack, *Notables of the Right: The Conservative Party and Political Mobilization in Germany, 1876-1918* (Londres, 1988), esp. 91-9; Hans-Jürgen Puhle, *Agrarische Interessenpolitik und preussischer Konservatismus im wilhelminischen Reich 1893-1914: Ein Beitrag zur Analyse des Nationalismus in Deutschland am Beispiel des Bundes der Landwirte und der Deutsch-Konservativen Partei* (Hannover, 1967) esp. 111-40.

57. Pulzer, *The Rise*, 53-5 y 116; Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, III. 924-34; Thomas Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1866-1918, II*: *Machtstaat vor derDemokratie*(Munich,1992),289-311.

58. Jacob Katz, *From Prejudice to Destruction: Anti-Semitism, 1700-1933* (Cambridge, Massachusetts, 1980), es un estudio general clásico. Para el antisemitismo católico en Alemania, véase Olaf Blaschke, *Katholizismus und Antisemitismus im Deutschen Kaiserreich* (Göttingen, 1997); Helmut Walser Smith, «The Learned and the Popular Discourse of Anti-Semitism in the Catholic Milieu in the Kaiserreich», *Central European History*, 27 (1994), 315-28. Werner Jochmann, *Gesellschaftskrise und Judenfeindschaft in Deutschland 1870-1945* (Hamburgo, 1988), tiene un buen capítulo introductorio, 30-98. James F. Harris, *The People Speak! Anti-Semitism and Emancipation in Nineteenth-Century Bavaria* (Ann Arbor, 1994), desdeña con demasiada facilidad los factores económicos; la historia del antisemitismo no puede explicarse sólo por la influencia, por otra parte no explicada, de un discurso que flota a la deriva.

59. Wilhelm Marr, *Vom jüdischen Kriegsschauplatz: Eine Streitschrift* (Berna, 1879), 19, citado en Pulzer, *The Rise*, 50; véase también el folleto de Marr, *Der Sieg des Judenthums über das Germanenthum vom nicht konfessionellen Standpunkt aus betrachtet* (Berlín, 1873).

60. Moshe Zimmermann, *Wilhelm Marr: The Patriarch of Anti-Semitism* (Nueva York, 1986), 89, 150-51 y 154; Daniela Kasischke-Wurm, *Antisemitismus im Spiegel der Hamburger Presse während des Kaiserreichs (1884-1914)* (Hamburgo, 1997), 240-46.

61. *Ibid*., 77.

62. Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, III. 925-9.

63. Evans (ed.), *Kneipengesprache*, 317.

64. *Ibid*., 313-21.

65. Leuschen-Seppel, *Sozialdemokratie*, esp. 36, 96, 100, 153, 171; Evans (ed.), *Kneipengesprache*, 302-6 y 318-19. Estas puntualizaciones, hechas en respuesta a las afirmaciones generales de Daniel J. Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust* (Nueva York, 1996), pueden seguirse más profundamente en Evans, *Rereading*, 119-44.

66. Stefan Scheil, *Die Entwicklung des politischen Antisemitismus in Deutschland zwischen 1881 und 1912: Eine wahlgeschichtliche Untersuchung* (Berlín, 1999).

67. Véase en particular Harris, *The People Speak*!, y Helmut Walser Smith, *The Butcher's Tale: Murder and Anti-Semitism in a German Town* (Nueva York, 2002) (excelente por lo detallado, pero exagera la significación de una acusación de «asesinato ritual» en una pequeña y oscura población del extremo de Prusia Oriental). Véase también Christoph Nonn, *Eine Stadt sucht einen Mörder: Gerücht, Gewalt und Antisemitismus im Kaiserreich* (Göttingen, 2002). Para reacciones hostiles de la prensa a una acusación anterior de asesinato ritual, véase Kasischke-Wurm, *Antisemitismus*, 175-82.

68. Pruebas en David Kertzer, *Unholy War: The Vatican's Role in the Rise of Modern Anti-Semitism* (Londres, 2001), aunque el autor generaliza demasiado en cuanto a la significación de ellas. Para estudios sociales y culturales del antisemitismo católico en Alemania, que no dejan duda sobre su omnipresencia, véase Blaschke, *Katholizismus und Antisemitismus*; Michael Langer, *Zwischen Vorurteil und Aggression: Zum Judenbild in der deutschsprachigen katholischen Volksbildung des 19. Jahrhunderts* (Friburgo, 1994); Walter Zwi Bacharach, *Anti-Jewish Prejudices in German-Catholic Sermons* (Lewiston, Pensilvania, 1993); David Blackbourn, «Roman Catholics, the Centre Party and AntiSemitism in Imperial Germany», en Paul Kennedy y Anthony Nicholls (eds.), *Nationalist and Racialist Movements in Britain and Germany before 1914* (Londres, 1981), 106-29; y, para la dimensión internacional comparativa, Olaf Blaschke y Aram Mattioli (eds.), *Katholischer Antisemitismus im 19. Jahrhundert: Ursachen und Traditionen im internationalen Vergleich* (Zurich, 2000). Para protesta campesina y antisemitismo en la comunidad católica, véase Ian Farr, «Populism in the Countryside: The Peasant Leagues in Bavaria in the 1890s», en Evans (ed.), *Society and Politics*, 136-59.

69. Véase, por ejemplo, Norbert Kampe, *Studenten und «Judenfrage» im deutschen Kaiserreich: Die Entstehung einer akademischen Tragerschicht des Antisemitismus* (Göttingen, 1988).

70. Stephen Wilson, *Ideology and Experience: Antisemitism in France at the Time of the Dreyfus Affair* (Nueva York, 1982 [1980]); John D. Klier y Shlomo Lambroza (eds.) *Pogroms: Anti-Jewish Violence in Modern Russian History* (Cambridge, 1992).

71. David Blackbourn, *Populists and Patricians: Essays in Modern German History* (Londres, 1987), 217-45 («The Politics of Demagogy in Imperial Germany»).

72. Julius Langbehn, *Rembrandt als Erzieher* (38.ª ed., Leipzig, 1891 [1890]), 292; *idem*, *Der Rembrandtdeutsche: Van einem Wahrheitsfreund* (Dresde, 1892), 184, ambos citados en Pulzer, *The Rise*, 242; véase también Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair: A Study in the Rise of the German Ideology* (Nueva York, 1961).

73. La obra de Lessing, cuya primera edición es de 1779, era un llamamiento a la tolerancia religiosa, sobre todo con los judíos. Para la cita, véase Cosima Wagner, *Die Tagebücher* (ed. de Martin Gregor-Dellin y Dietrich Mack, Munich, 1977), II. 852 (18 de diciembre de 1881); también 159 y 309; Jacob Katz, *The Darker Side of Genius: Richard Wagner's Anti-Semitism* (Hannover, 1986), es una guía sensata para este tema polémico.

74. George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich* (Londres, 1964), 88-107; Annette Hein, «*Es ist viel "Hitler" in Wagner»: Rassismus und antisemitische Deutschtumsideologie in den «Bayreuther Blattern» (1878-1938)* (Tübingen, 1996).

75. Winfried Schüler, *Der Bayreuther Kreis van seiner Entstehung bis zum Ausgang der wilhelminischen Ära* (Münster, 1971); Andrea Mork, *Richard Wagner als politischer Schriftsteller: Weltanschauung und Wirkungsgeschichte* (Frankfurt am Main, 1990); Houston Stewart Chamberlain, *Die Grundlagen des XIX. Jahrhunderts* (2 vols., Munich, 1899); Geoffrey G. Field, *Evangelist of Race: The Germanic Vision of Houston Stewart Chamberlain* (Nueva York, 1981).

76. Ludwig Woltmann, *Politische Anthropologie* (ed. de Otto Reche, Leipzig, 1936 [1900]), 16-17 y 267, citado en Mosse, *The Crisis*, 100-102.

77. Woodruff P. Smith, *The Ideological Origins of Nazi Imperialism* (Nueva York, 1986), 83-111; también Karl Lange, «Der Terminus "Lebensraum" in Hitlers *Mein Kampf», Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* (en adelante *VfZ)*, 13 (1965), 426-37.

78. Paul Crook, *Darwinism, War and History: The Debate Over the Biology of War from the «Origin of Species» to the First World War* (Cambridge, 1994), esp. 30 y 83; Imanuel Geiss (ed.), *July 1914: The Outbreak of the First World War. Selected Documents* (Londres, 1967), 22; Holger Affierbach, *Falkenhayn: Politisches Denken und Handeln im Kaiserreich* (Munich, 1994); véase Evans, *Rereading*, 119-44, para una consideración general de la historia y la historiografía del darwinismo social alemán.

79. Véase, en general, Paul Weindling, *Health, Race and German Politics between National Unification and Nazism 1870-1945* (Cambridge, 1989), y Peter Weingart *et al., Rasse, Blut und Gene: Geschichte der Eugenik und Rassenhygiene in Deutschland* (Frankfurt am Main, 1992 [1988]).

80. Sheila F. Weiss, *Race Hygiene and National Efficiency: The Eugenics of Wilhelm Schallmayer* (Berkeley, 1987); Evans, *Rituals*, 438; Roger Chickering, *Imperial Germany and a World Without War: The Peace Movement and German Society, 1892-1914* (Princeton, 1975),125-9.

81. El artículo pionero de Jeremy Noakes, «Nazism and Eugenics: The Background to the Nazi Sterilization Law of 14 July 1933», en Roger Bullen *et al*. (eds.), *Ideas into Politics: Aspects of European History 1880-1950* (Londres, 1984), 75-94, es aún una guía indispensable para estos diversos pensadores.

82. Karl Heinz Roth, «Schein-Alternativen im Gesundheitswesen: Alfred Grotjahn (1869-1931) - Integrationsfigur etablierter Sozialmedizin und nationalsozialistischer "Rassenhygiene"», en Karl Heinz Roth (ed.), *Erfassung zur Vernichtung: Von der Sozialhygiene zum «Gesetz über Sterbehilfe»* (Berlín, 1984), 31-56; de forma más general, Sheila Weiss, «The Race Hygiene Movement en Germany», in Mark B. Adams (ed.), *The Wellborn Science: Eugenics in Germany, France, brazil, andRussia* (Nueva York, 1990), 8-68.

83. Su verdadero nombre era Adolf Lanz, pero se hacía llamar Jorg Lanz von Liebenfels para impresionar. Hans-Walter Schmuhl, *Rassenhygiene, Nationalsozialismus, Euthanasie: Von der Verhütung zur Vernichtung «lebensunwerten Lebens», 1890-1945* (Göttingen, 1987); Wilfried Daim, *Der Mann, der Hitler die Ideen gab: Die sektiererischen Grundlagen des Nationalsozialismus* (Viena, 1985 [1958]).

84. Weiss, «The Race Hygiene Movement», 9-11.

85. Max Weber, «Der Nationalstaat und die Volkswirtschaftpolitik», en *idem*, *Gesammelte politische Schriften* (ed. de J. Winckelmann, 3.ª ed., Tübingen, 1971), 23.

86. Richard Hinton Thomas, *Nietzsche in German Politics and Society 1890-1918* (Manchester, 1983), esp. 80-95. Para un intento reciente de valorar la obra de Nietzsche en este contexto general, véase Bernhard H. F. Taureck, *Nietzsche und der Faschismus: Ein Politikum* (Leipzig, 2000).

87. Steven E. Aschheim, *The Nietzsche Legacy in Germany 1890-1990* (Berkeley, 1992).

88. Mosse, *The Crisis*, 204-7; Walter Laqueur, *Young Germany: A History of the German Youth Movement* (Londres, 1962); Jürgen Reulecke, «*Ich möchte einer werden so wie die...*» *Männerbünde im 20. Jahrhundert* (Frankfurt am Main, 2001); Daim, *Der Mann*, 71-2.

89. Alastair Thompson, *Left Liberals, the State, and Popular Politics in Wilhelmine Germany* (Oxford, 2000).

90. Stefan Breuer, *Ordnungen der Ungleichheit – die deutsche Rechte im Widerstreit ihrer Ideen 1871-1945* (Darmstadt, 2001), aporta un estudio temático, destacando (370-76) que no se hubiese alcanzado una síntesis antes de la llegada del nazismo.

91. Andrew G. Whiteside, *The Socialism of Fools: Georg von Schönerer and Austrian Pan-Germanism* (Berkeley, 1975), esp. 73.

92. John W. Boyer, *Political Radicalism in Late Imperial Vienna: Origins of the Christian Social Movement, 1848-1897* (Chicago, 1981).

93. Pulzer, *The Rise*, 207.

94. Brigitte Hamann, *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship* (Oxford, 2000), 236-53, aporta un amplio estudio de Schönerer y otros ideólogos vieneses de la época.

95. Carlile A. Macartney, *The Habsburg Empire 1790-1918* (Londres, 1968), 632-5, 653-7, 666, 680 y 799; Pulzer, *The Rise*, 149-60, 170-74 y 2069; Carl E. Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture* (Nueva York, 1980), 116-180; Massing, *Rehearsal*, 241; Hellmuth von Gerlach, *Von rechts nach links* (Hildesheim, 1978 [1937]), 112-14; Andrew G. Whiteside, *Austrian National Socialism before* 1918 (La Haya, 1962).

96. Woodruff D. Smith, *The German Colonial Empire* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1978); Fritz Ferdinand Müller, *Deutschland-ZanzibarOstafrika: Geschichte einer deutschen Kolonialeroberung 1884-1890* (Berlín, 1990 [1959]).

97. Gerhard Weidenfeller, *VDA: Verein für das Deutschtum im Ausland: Allgemeiner Deutscher Schulverein (1881-1918). Ein Beitrag zur Geschichte des deutschen Nationalismus und Imperialismus im Kaiserreich* (Berna, 1976).

98. Geoff Eley, *Reshaping the German Right: Radical Nationalism and Political Change after Bismarck* (Londres, 1980), 366; Roger Chickering, *We Men Who Feel Most German: A Cultural Study of the Pan-German League 1886-1914* (Londres, 1984), 24-73; Wilhelm Deist, *Flottenpolitik und Flottenpropaganda: Das Nachrichtenbüro des Reichsmarineamts 1897-1914* (Stuttgart, 1976); Richard Owen, «Military-Industrial Relations: Krupp and the Imperial Navy Office», en Evans (ed.), *Society and Politics*, 71-89; Marilyn Shevin Coetzee, *The German Army League: Popular Nationalism in Wilhelmine Germany* (Nueva York, 1990); Richard W. Tims, *Germanizing Prussian Poland: The H-K-T Society and the Struggle for the Eastern Marches in the German Empire 1894-1919* (Nueva York, 1941); Adam Galos *et al., Die Hakatisten: Der Deutsche Ostmarkenverein 1894-1934* (Berlín, 1966).

99. Chickering, *We Men*, 128 y 268-71; Coetzee, *The German Army League*, 19-23; Ute Planert, *Antifeminismus im Kaiserreich: Diskurs, soziale Formation und politische Mentalität* (Göttingen, 1998), 118-76.

100. Chickering, *We Men*, 102-21.

101. *Ibid*., 284-6; Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* III. 1.071-81; extractos traducidos al inglés en Roderick Stackelberg y Sally A. Winkle (eds.), *The Nazi Germany Sourcebook: An Anthology of Texts* (Londres, 2002), 20-26.

102. Chickering, *We Men*, 74-97 y 284-6.

103. *Ibid*., 122-32; también Klaus Bergmann, *Agrarromantik und Grossstadtfeindschaft* (Meisenheim, 1970).

104. Chickering, *We Men*, 253-91; Eley, *Reshaping*, 316-34; Dirk Stegmann, *Die Erben Bismarcks: Parteien und Verbande in der Spätphase des Wilhelminischen Deutschlands: Sammlungspolitik 1897-1914* (Colonia, 1970) 352-48; Fritz Fischer, *War of Illusions: German Politics from 1911 to 1914* (Londres, 1975 [1969]).

105. Iris Hamel, *Volkischer Verband und nationale Gewerkschaft: Der Deutschnationale Handlungsgehilfenverband, 1893-1933* (Frankfurt am Main, 1967); Planert, *Antifeminismus*, 71-9.

106. Hay extractos del memorándum y de la respuesta del káiser en Rohl, *From Bismarck to Hitler*, 49-52, y Stackelberg y Winkle (eds.), *The Nazi Germany Sourcebook*, 29-30.

107. Hartmut Pogge-von Strandmann, «Staatsstreichpläne, Alldeutsche und Bethmann Hollweg», en *idem* e Imanuel Geiss, *Die Erforderlichkeit des Unmöglichen: Deutschland am Vorabend des ersten Weltkrieges* (Frankfurt am Main, 1965), 7-45; los textos de las respuestas de Bethmann y del káiser están en las pp. 32-9; las relaciones del káiser con Chamberlain están documentadas en Rohl, *From Bismarck to Hitler*, 41-8.

108. Para un excelente análisis de las ideas contemporáneas sobre la probable duración de la guerra, véase Hew Strachan, *The First World War, I*: *To Arms* (Oxford, 2001), 1.005-14.

109. Martin Kitchen, *The Silent Dictatorship: The Politics of the German High Command under Hindenburg and Ludendorff, 1916-1918* (Londres, 1976). El mejor tratamiento actual reciente es Roger Chickering, *Imperial Germany and the Great War, 1914-1918* (Cambridge, 1998).

110. Destaca como el mejor tratamiento reciente, entre una inmensa literatura científica, Figes, *A People's Tragedy*.

111. Robert Service, *Lenin: A Political Life* (3 vols., Londres, 1985-95) es la biografía clásica; donde mejor se abordan las tentativas de Lenin de promover una revolución en Alemania es a través de las actividades del emisario soviético Karl Radek; véase Marie-Luise Goldbach, *Karl Radek und die deutschsowjetischen Beziehungen 1918-1923* (Bonn, 1973), y Warren Lerner, *Karl Radek: The Last Internationalist* (Stanford, California, 1970).

112. Heinrich August Winkler, *Von der Revolution zur Stabilisierung: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1918 bis 1924* (Bonn, 1984), esp. 114-34 y 468-552.

113. Arno J. Mayer, *Politics and Diplomacy of Peacemaking: Containment and Counterrevolution at Versailles 1918-1919* (2.ª ed., Nueva York, 1969 [1967]) para el contexto general; Oszkár Jászi, *Revolution and CounterRevolution in Hungary* (Londres, 1924), para una versión contemporánea de los acontecimientos.

114. *Berliner Tageblatt*, 1 de agosto de 1918, citado en David Welch, *Germany, Propaganda and Total War, 1914-1918: The Sins of Omission* (Londres, 2000), 241. Véase también Aribert Reimann, *Der grosse Krieg der Sprachen: Untersuchungen zur historischen Semantik in Deutschland und England zur Zeit des Ersten Weltkriegs* (Essen, 2000).

115. Para el mejor tratamiento breve reciente, véase Chickering, *Imperial Germany*, 178-91.

116. Welch, *Germany*, 241-2; Wilhelm Deist, «Censorship and Propaganda in Germany during the First World War», en Jean-Jacques Becker y Stéphane Audoin-Rouzeau (eds.), *Les Sociétés européennes et la guerre de 1914-1918* (París, 1990), 199-210; Alice Goldfarb Marquis, «Words as Weapons: Propaganda in Britain and Germany during the First World War», *Journal of Contemporary History,* 13 (1978), 467-98.

117. Fritz Fischer, *Germany's Aims in the First World War* (Londres, 1967 [1961]), *passim*.

118. Bullitt Lowry, *Armistice 1918* (Kent, Ohio, 1996); Hugh Cecil y Peter Liddle (eds.), *At the Eleventh Hour: Reflections, Hopes and Anxieties at the Closing of the Great War, 1918* (Bamsley, 1998).

119. *Stenographischer Bericht über die öffentlichen Verhandlungen des 15. Untersuchungsausschusses der verfassungsgebenden Nationalversammlung*, II (Berlín, 1920), 700-701 (18 de noviembre de 1919). Véase también Erich Ludendorff, *Kriegführung und Politik* (Berlín, 1922), y Paul von Hindenburg, *Aus meinem Leben* (Leipzig, 1920), 403; para algo más general, Friedrich Freiherr Hiller von Gaertringen, «"Dolchstoss- Diskussion" und "Dolchstosslegende" im Wandel von vier Jahrzehnten», en Waldemar Besson y Friedrich Freiherr Hiller von Gaertringen (eds.), *Geschichtsund Gegenwartsbewusstsein* (Göttingen, 1963), 122-60. También, más recientemente, Jeffrey Verhey, *The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilization in Germany* (Cambridge, 2000), 219-23, y Chickering, *Imperial Germany*, 189-91.

120. William II, *My Memoirs 1878-1918* (Londres, 1922), 282-3. Para algo más general, véase Wilhelm Deist, «The Military Collapse of the German Empire: The Reality Behind the Stab-in-the-Back Myth», *War in History*, 3 (1996), 186-207.

121. Friedrich Ebert, *Schriften, Aufzeichnungen, Reden* (2 vols., Dresde, 1936), II. 127; Ebert pasaba a echar la culpa de la derrota a «la superioridad del enemigo en hombres y material» (127).

122. Gerhard A. Ritter y Susanne Miller (eds.), *Die deutsche Revolution 1918-1919 - Dokumente* (Frankfurt am Main, 1968) es una excelente selección de documentos; Francis L. Carsten, *Revolution in Central Europe 1918-1919* (Londres, 1972) es una buena narración.

123. De la abundante literatura existente, véase Harold Temperley (ed.), *A History of the Peace Conference of Paris* (6 vols., Londres, 1920-24), y Manfred F. Boemeke *et al*. (eds.), *The Treaty of Versailles: A Reassessment after* 75 *Years* (Washington, DC, 1998), una colección de ensayos académicos en el ochenta aniversario del final de la guerra.

124. Mayer, *Politics and Diplomacy*.

125. Arthur S. Link (ed.), *The Papers of Woodrow Wilson* (69 vols., Princeton, 1984), XL. 534-9; como algo más general, Lloyd E. Ambrosius, *Wilsonian Statecraft: Theory and Practice of Liberal Internationalism during World War I* (Wilmington, Delaware, 1991), Thomas J. Knock, *To End All Wars: Woodrow Wilson and the Quest for a New World Order* (Nueva York, 1992), y Arthur Walworth, *Wilson and his Peacemakers: American Diplomacy at the Paris Peace Conference, 1919* (Nueva York, 1986).

126. Winkler, *Von der Revolution*, 94-5; Carsten, *Revolution*, 271-98.

127. John Horne y Alan Kramer, *German Atrocities 1914: A History of Denial* (Londres, 2001), 345-55 y 446-50; Gerd Hankel, *Die Leipziger Prozesse: Deutsche Kriegsverbrechen und ihre strafrechtliche Verfolgung nach dem Ersten Weltkrieg* (Hamburgo, 2003).

128. Bruce Kent, *The Spoils of War: The Politics, Economics and Diplomacy of Reparations 1918-1932* (Oxford, 1989).

129. Alan Sharp, *The Versailles Settlement: Peacekeeping in Paris, 1919* (Londres, 1991).

130. Fischer, *Germany's Aims, passim*.

131. Para una buena defensa de los tratados, véase Macmillan, *Peacemakers*.

132. Abel Testimony (en adelante AT) 114, en Peter H. Merkl, *Political Violence under the Swastika: 581 Early Nazis* (Princeton, 1975),191.

133. AT 334, *ibid*., 192-3.

134. AT248, *ibid*., 194-5.

135. Véase el estudio clásico, y aún normativo, de Fischer, *Germany's Aims*.

136. Eley, *Reshaping*, 333 y 339-42; Dirk Stegmann, «Zwischen Repression und Manipulation: Konservative Machteliten und Arbeiterund Angestelltenbewegung 1910-1918: Ein Beitrag zur Vorgeschichte der DAP/NS- DAP», *Archiv fur Sozialgeschichte*, 12 (1972), 351-432.

137. Heinz Hagenlücke, *Die deutsche Vaterlandspartei: Die nationale Rechte am Ende des Kaiserreiches* (Düsseldorf, 1997); Verhey, *The Spirit of 1914*, 178-85; Mosse, *The Crisis*, 218-26.

138. Ernst Jünger, *In Stahlgewittern: Aus dem Tagebuch eines Stosstruppführers* (Hannover, 1920). Para una nueva edición inglesa, véase *idem*, *Storm of Steel* (Londres, 2003).

139. Richard Bessel, *Germany after the First World War* (Oxford, 1993), 256-61.

140. Theodore Abel, *Why Hitler Came to Power* (Cambridge, Massachusetts, 1986 [1938]), 21, citando al *Frankfurter Zeitung*, 27 de noviembre de 1918.

141. Citado en Abel, *Why Hitler*, 24, testimonio 4.3.4, y también 2.3.2.

142. *Ibid*., 26, citando el testimonio 4.1.2.

143. AT 199, en Merkl, *Political Violence*, 167.

144. Testimonio 2.8.5, en Abel, *Why Hitler*, 27-8.

145. Christoph Jahr, *Gewohnliche Soldaten: Desertion und Deserteure im deutschen und britischen Heer 1914-1918* (Göttingen, 1998); Benjamin Ziemann, «Fahnenflucht im deutschen Heer 1914-1918», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 55 (1996), 93-130.

146. Wolfgang Kruse, «Krieg und Klassenheer: Zur Revolutionierung der deutschen Armee im Ersten Weltkrieg», *Geschichte und Gesellschaft*, 22 (1996), 530-61.

147. Merkl, *Political Violence*, 152-72.

148. Robert W. Whalen, *Bitter Wounds: German Victims of the Great War, 1914-1939* (Ithaca, Nueva York, 1984); Deborah Cohen, *The War Come Home: Disabled Veterans in Britain and Germany, 1914-1918* (Berkeley, 2001); Bessel, *Germany*, 274-9.

149. Volker R. Berghahn, *Der Stahlhelm: Bund der Frontsoldaten 1918-1935* (Düsseldorf, 1966), 13-26, 105-6 y 286; *Stahlhelm und Staat* (8 de mayo de 1927), citas traducidas en Anton Kaes *et al*. (eds.), *The Weimar Republic Sourcebook* (Berkeley, 1994), 339-40.

150. Bessel, *Germany*, 283-84; también Ulrich Heinemann, *Die verdrängte Niederlage: Politische Öffentlichkeit und Kriegsschuldfrage in der Weimarer Republik* (Göttingen, 1983).

151. Frevert, *Die kasernierte Nation*; Geoff Eley, «Army, State and Civil Society» en *idem*, *From Unification to Nazism*, 85-109; y más en general Berghahn (ed.), *Militarismus*.

152. Evans, *Kneipengesprache*, 31-2 y 339.

153. Bessel, *Germany*, 256-70.

154. Sebastian Haffner, *Defying Hitler: A Memoir* (Londres, 2002), 10-15.

155. Michael Wildt, *Generation des Unbedingten: Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes* (Hamburgo, 2002), 41-52.

156. Berghahn, *Der Stahlhelm*, esp. 65-6; Karl Rohe, *Das Reichsbanner Schwarz Rot Gold: Ein Beitrag zur Geschichte und Struktur der politischen Kampfverbande zur Zeit der Weimarer Republik* (Düsseldorf, 1966); Kurt G. P. Schuster, *Der Rote Frontkampferbund 1924-1929: Beitrage zur Geschichte und Organisationsstruktur eines politischen Kampfbundes* (Düsseldorf, 1975).

157. James M. Diehl, *Paramilitary Politics in Weimar Germany* (Bloomington, Indiana, 1977) proporciona una guía clara para orientarse en el complejo mundo de los paramilitares. Véase también Martin Sabrow, *Der Rathenaumord: Rekonstruktion einer Verschworung gegen die Republik von Weimar* (Munich, 1994), para una excelente investigación del mundo de los conspiradores armados.

158. Erhard Lucas, *Märzrevolution im Ruhrgebiet* (3 vols., Frankfurt am Main, 1970-78), un clásico de la historia políticamente comprometida; George Eliasberg, *Der Ruhrkrieg von 1920* (Bonn, 1974), un tratamiento más sobrio y menos detallado, con simpatías hacia los socialdemócratas moderados.

159. Véase el estudio clásico de esa literatura de Klaus Theweleit, *Male Fantasies* (2 vols., Cambridge, 1987 y 1989 [1978]); para algunas reservas, Evans, *Re-reading*, 115-18.

160. Sobre los Cuerpos Libres, Robert G. L. Waite, *Vanguard of Nazism. The Free Corps Movement in Postwar Germany 1918-1923* (Harvard, 1952) aún sigue siendo el mejor tratamiento en inglés. Véase también Hagen Schulze, *Freikorps und Republik 1918-1920* (Boppard, 1969), y Emil J. Gumbel, *Verschwörer: Zur Geschichte und Soziologie der deutschen nationalistischen Geheimbünde 1918-1924* (Heidelberg, 1979 [1924]).

161. Volker Ullrich, *Der ruhelose Rebell: Karl Plättner 1893-1945. Eine Biographie* (Munich, 2000); y Manfred Gebhardt, *Max Hoelz: Wege und Irrwege eines Revolutionärs* (Berlín, 1983).

1. Citado en Winkler, *Von der Revolution* 39; véase también el útil estudio de Dieter Dowe y Peter-Christian Witt, *Friedrich Ebert 1871-1925: Vom Arbeiterführer zum Reichspräsidenten* (Bonn, 1987), y el catálogo de exposición de Walter Mühlhausen, *Friedrich Ebert: Sein Leben, sein Werk, seine Zeit* (Heidelberg, 1999). La biografía informativa de Georg Kotowski, *Friedrich Ebert: Eine politische Biographie*, 1: *Der Aufstieg eines deutschen Arbeiterführers 1871 bis 1917* (Wiesbaden, 1963) permanece inconclusa.

2. Anthony J. Nicholls, *Weimar and the Rise of Hitler* (4.ª ed., Londres, 2000 [1968]) es una breve guía fidedigna para estos acontecimientos. Entre las historias políticas generales recientes sobresalen Hans Mommsen, *The Rise and Fall of Weimar Democracy* (Chapel Hill, NC, 1996 [1989]), y Heinrich August Winkler, *Weimar 1918-1933: Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie* (Munich, 1993).

3. Sobre esto véase Theodor Eschenburg, *Die improvisierte Demokratie* (Munich, 1963). Entre otros estudios clásicos que aún merece la pena leer se incluye la crónica, de gran riqueza empírica, de Erich Eyck, *A History of the Weimar Republic* (2 vols., Cambridge, 1962-4 [1953-6]), escrita desde una perspectiva liberal, y los dos volúmenes del socialista Arthur Rosenberg, *The Birth of the German Republic* (Oxford, 1931 [1930]) y *A History of the German Republic* (Londres, 1936 [1935]), llenos a rebosar ambos de tesis estimulantes y polémicas, en especial sobre las continuidades del periodo guillermino.

4. Heinrich Hannover y Elisabeth Hannover-Drück, *Politische Justiz 1918-1933* (Frankfurt am Main, 1966), 76-7, 89.

5. Para puntos de vista distintos sobre el artículo 48, Nicholls, *Weimar*, 367; Detlev J. K. Peukert, *The Weimar Republic: The Crisis of Classical Modernity* (Londres, 1991 [1987]), 37-40; y Harald Boldt, «Der Artikel 48 der Weimarer Reichsverfassung: Sein historischer Hintergrund und seine politische Funktion», en Michael Stürmer (ed.), *Die Weimarer Republik: Belagerte Civitas* (Kanigstein im Taunus, 1980), 288-309. La obra general clásica sobre la Constitución de Weimar es Ernst Rudolf Huber, *Deutsche Verfassungsgeschichte seit 1789*, V-VII (Stuttgart, 1978-84); véase también Reinhard Rürup, «Entstehung und Grundlagen der Weimarer Verfassung», en Eberhard Kolb (ed.), *Vom Kaiserreich zur Weimarer Republik* (Colonia, 1972), 218-43. La utilización abusiva por Ebert del artículo 48 ya la criticaron sus contemporáneos; véase Gerhard Schulz, «Artikel 48 in politisch-historischer Sicht», en Ernst Fraenkel (ed.), *Der Staatsnotstand* (Berlín, 1965), 39-71. Ludwig Richter, «Das präsidiale Notverordnungsrecht in den ersten Jahren der Weimarer Republik: Friedrich Ebert und die Anwendung des Artikels 48 der Weimarer Reichsverfassung», en Eberhard Kolb (ed.) *Friedrich Ebert als Reichspräsident: Amtsführung und Amtsverstandnis* (Munich, 1997), 20758, intenta defenderle.

6. Dowe y Witt, *Friedrich Ebert*, 155-7.

7. Werner Birkenfeld, «Der Rufmord am Reichspräsidenten: Zu Grenzformen des politischen Kampfes gegen die frühe Weimarer Republik 1919-1925», *Archiv für Sozialgeschichte*, 15 (1965), 453-500.

8. Heinrich August Winkler, *Der Schein der Normalität: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1924 bis 1930* (Bonn, 1985), 231-4.

9. Victor Klemperer, *Leben sammeln, nicht fragen wozu und warum, II: Tagebücher 1925-1932* (Berlín, 1996), 56 (14 de mayo de 1925).

10. John W. Wheeler-Bennett, *Hindenburg: The Wooden Titan* (Londres, 1936), 250-51. El retrato notablemente perspicaz y bien informado de Wheeler-Bennett se basó en largas conversaciones con miembros del entorno de Hindenburg y con muchos políticos alemanes conservadores contemporáneos, con los que tenía una buena relación personal como inglés de clase alta que dirigía un criadero de caballos en el norte de Alemania. Véase también Walter Hubatsch, *Hindenburg und der Staat: Aus den Papieren des Generalfeldmarschalls und Reichspräsidenten von 1878 bis 1934* (Göttingen, 1966).

11. Andreas Dorpalen, *Hindenburg and the Weimar Republic* (Princeton, 1964), ve a Hindenburg como un personaje apolítico, arrastrado a regañadientes a la política por la fuerza de su mito personal.

12. Nicholls, *Weimar*, 39-40; Jürgen Falter, *Hitlers Wähler* (Munich, 1991), 130-35.

13. Véase el artículo clásico de Gerhard A. Ritter, «Kontinuität und Umformung des deutschen Parteiensystems 1918-1920», en Eberhard Kolb (ed.), *Vom Kaiserreich zur Weimarer Republik* (Colonia, 1972), 21843.

14. Vernon L. Lidtke, *The Alternative Culture: Socialist Labor in Imperial Germany* (Nueva York, 1985).

15. Horstwalter Heitzer, *Der Volksverein für das katholische Deutschland im Kaiserreich 1890-1918* (Mainz, 1979); Gotthard Klein, *Der Volksverein für das katholische Deutschland 1890-1933: Geschichte, Bedeutung, Untergang* (Paderborn, 1996); Dirk Müller, *Arbeiter, Katholizismus, Staat: Der Volksverein für das katholische Deutschland und die katholischen Arbeiterorganisationen in der Weimarer Republik* (Bonn, 1996); Doris Kaufmann, *Katholisches Milieu in Münster 1928-1933* (Düsseldorf, 1984).

16. Wilhelm L. Guttsman, *Workers' Culture in Weimar Germany: Between Tradition and Commitment* (Oxford, 1990).

17. Lynn Abrams, *Workers' Culture in Imperial Germany: Leisure and Recreation in the Rhineland and Westphalia* (Londres, 1992).

18. Bracher *et al., Die nationalsozialistische Machtergreifung*, I. 41 y 589, que cita la predicción de Max Weber en ese sentido.

19. Bracher, *Die Auflösung*, 21-7 y 64-95.

20. Véase Huber, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, VI. 133, y el análisis de Eberhard Kolb, *The Weimar Republic* (Londres, 1988), 150-51. Para críticas de la representación proporcional, véase en especial Eberhard Schanbacher, *Parlamentarische Wahlen und Wahlsystem in der Weimarer Republik: Wahlgesetzgebung und Wahlreform im Reich und in den Ländern* (Düsseldorf, 1982). Falter, *Hitlers Wähler*, 126-35, tiene alguna consideración informada que sostiene, en general, el punto de vista negativo.

21. Christoph Gusy, *Die Weimarer Reichsverfassung* (Tübingen, 1997), 978.

22. Véanse las útiles listas de las guardas de Hagen Schulze, *Weimar: Deutschland 1917-1933* (Berlín, 1982).

23. Véase, por ejemplo, Klaus Reimer, *Rheinlandfrage und Rheinlandbewegung (1918-1933): Ein Beitrag zur Geschichte der regionalistischen Bewegung in Deutschland* (Frankfurt am Main, 1979).

24. Nicholls, *Weimar*, 33-6, exagera los problemas causados. Para Prusia, véase Hagen Schulze, *Otto Braun oder Preussens demokratische Sendung* (Frankfurt am Main, 1977), Dietrich Orlow, *Weimar Prussia 1918-1925: The Unlikely Rock of Democracy* (Pittsburgh, 1986) y HansPeter Ehni, *Bollwerk Preussen? Preussen Regierung, Reich-Länder-Problem und Sozialdemokratie 1928-1932* (Bonn, 1975).

25. Detalles en Alfred Milatz, *Wähler und Wahlen in der Weimarer Republik* (Bonn, 1965) y Jürgen Falter *et al., Wahlen und Abstimmungen in der Weimarer Republik: Materialen zum Wahlverhalten 1919-1933* (Munich, 1986).

26. Schulze, *Weimar*, guardas.

27. Winkler, *Von der Revolution; idem*, *Der Sehein; idem*, *Der Weg in die Katastrophe: Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1930 bis 1933* (Bonn, 1987), es un estudio amplio y exhaustivo, favorable a los socialdemócratas. Una posición fuertemente crítica en Bracher *et al., Die nationalsozialistische Machtergreifung*, I. 58-9; se insiste en la creciente timidez «madura» del partido en Richard N. Hunt, *German Social Democracy 1918-1933* (New Haven,1964), esp.241-59.

28. Larry Eugene Jones, *German Liberalism and the Dissolution of the Weimar Party System, 1918-1933* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1988), 67-80.

29. Erich Matthias y Rudolf Morsey, «Die Deutsche Staatspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende der Parteien 1933: Darstellungen und Dokumente* (Düsseldorf, 1960), 29-97, en 31-54; Werner Schneider, *Die Deutsche Demokratische Partei in der Weimarer Republik, 1924-1930* (Munich, 1978); Diehl, *Paramilitary Politics*, 269-76; Jones, *German Liberalism*, 369-74; Klaus Hornung, *Der Jungdeutsche Orden* (Düsseldorf, 1958).

30. Detlef Junker, *Die Deutsche Zentrumspartei und Hitler: Ein Beitrag zur Problematik des politischen Katholizismus in Deutschland* (Stuttgart, 1969); Rudolf Morsey, *Der Untergang des politischen Katholizismus: Die Zentrumspartei zwischen christlichem Selbstverständnis und «Nationaler Erhebung» 1932/33* (Stuttgart, 1977); Karsten Ruppert, *Im Dienst am Staat van Weimar: Das Zentrum als regierende Partei in der Weimarer Demokratie 1923-1930* (Düsseldorf, 1992). Para el Partido del Pueblo Bávaro, véase Klaus Schonhoven, *Die Bayerische Volkspartei 1924-1932* (Düsseldorf, 1972). Para el contexto general europeo, Eric Hobsbawm, *Age of Extremes: The Short Twentieth Century 1914-1991* (Londres, 1994), 114-15.

31. Citado en Rudolf Morsey, «Die Deutsche Zentrumspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 279-453, en 290-91.

32. Max Miller, *Eugen Bolz* (Stuttgart, 1951), 357-8, citado en Morsey, «Die Deutsche Zentrumspartei», 292; véase también Joachim Sailer, *Eugen Bolz und die Krise des politischen Katholizismus in der Weimarer Republik* (Tübingen, 1994).

33. John Cornwell, *Hitler's Pope: The Secret History of Pius XII* (Londres, 1999), esp. 96-7, 116-17 y 120-51; basado sobre todo en Klaus Scholder, *The Churches and the Third Reich* (2 vols., Londres, 1987-8 [1977, 1985]); Morsey, «Die Deutsche Zentrumspartei», 301, sobre la presión del Vaticano.

34. Werner Angress, *Stillborn Revolution: The Communist Bid for Power in Germany, 1921-1923* (Princeton, 1963); Ben Fowkes, *Communism in Germany under the Weimar Republic* (Londres, 1984), 148 y 161; Eric D. Weitz, *Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State* (Princeton, 1997), 100-31; y, sobre todo, Hermann Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus: Die Stalinisierung der KPD in der Weimarer Republik* (2 vols., Frankfurt am Main, 1969).

35. Evans, *Rituals*, 507-9 y 574, para un ejemplo entre muchos.

36. Maximilian Müller-Jabusch (ed.), *Handbuch des öffentlichen Lebens* (Leipzig, 1931), 442-5, seleccionado y traducido en Kaes *et al*. (eds.), *The Weimar Republic Sourcebook,* 348-52; véase más en general Mommsen, *The Rise and Fall*, 253-60.

37. Bracher, *Die Auflösung*, 309-30; Friedrich Freiherr Hiller von Gaertringen, «Die Deutschnationale Volkspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 541-652, en 543-9.

38. Henry Ashby Turner, Jr., *Gustav Stresemann and the Politics of the Weimar Republic* (Princeton, 1965 [1963]), 250-51; Jonathan Wright, *Gustav Stresemann: Weimar's Greatest Statesman* (Oxford, 2002).

39. Broszat, *Der Staat Hitlers*, 19-20.

40. Diehl, *Paramilitary Politics*, 209-43; Berghahn, *Der Stahlhelm*, 103-30.

41. Francis L. Carsten, *The Reichswehr and Politics 1918-1933* (Oxford, 1966), 3-48; Wolfram Wette, *Gustav Noske: Eine politische Biographie* (Düsseldorf, 1987), 399-459.

42. Carsten, *The Reichswehr*, 106-7; Johannes Erger, *Der KappLüttwitz-Putsch: Ein Beitrag zur deutschen Innenpolitik 1919/20* (Düsseldorf, 1967); Erwin Könnemann *et al*. (eds.), Arbeiterklasse siegt über Kappund Lüttwitz (2 vols., Berlín, 1971).

43. Citado en Carsten, *The Reichswehr*, 401.

44. Thilo Vogelsang (ed.), «Neue Dokumente zur Geschichte der Reichswehr, 1930-1933», *VfZ* 2 (1954), 397-436.

45. Friedrich von Rabenau, *Seeckt-aus seinem Leben 1918-1936* (Leipzig, 1940), 359-61, y Otto-Ernst Schüddekopf, *Das Heer und die Republik - Quellen zur Politik der Reichswehrführung 1918 bis 1933* (Hannover, 1955), 179-81. Véanse también los estudios más antiguos de John W. Wheeler-Bennett, *The Nemesis of Power: The German Army in Politics 1918-1945* (Londres, 1953), ya anticuado en la mayoría de los aspectos, para una visión sumamente crítica del Ejército, y Harold J. Gordon, *The Reichswehr and the German Republic 1919-26* (Princeton, 1957), favorable a Seeckt. Datos básicos en Rainer Wohlfeil, «Heer und Republik», en Hans Meier-Welcker y Wolfgang von Groote (eds.), *Handbuch zur deutschen Militärgeschichte 1648-1939*, VI (Frankfurt am Main, 1970), 11-304.

46. Carsten, *The Reichswehr*, 276; Ernst Willi Hansen, *Reichswehr und Industrie: Rüstungswirtschaftliche Zusammenarbeit und wirtschaftliche Mobilmachungsvorbereitungen 1923-1932* (Boppard, 1978); Manfred Zeidler, *Reichswehr und Rote Armee 1920-1933: Wege und Stationen einer ungewohnlichen Zusammenarbeit* (Munich, 1993); más en general, Michael Geyer, *Aufrüstung oder Sicherheit: Reichswehr in der Krise der Machtpolitik, 1924-1936* (Wiesbaden, 1980), y Karl Nuss, *Militär und Wiederaufrüstung in der Weimarer Republik: Zur politischen Rolle und Entwicklung der Reichswehr* (Berlín, 1977).

47. Carsten, *The Reichswehr*, 159-60, 168-9 y 226.

48. Michael Geyer, «Professionals and Junkers: German Rearmament and Politics in the Weimar Republic», en Richard Bessel y Edgar Feuchtwanger (eds.), *Social Change and Political Development in Weimar Germany* (Londres, 1981), 77-133.

49. Véase el estudio clásico de Craig, *The Politics of the Prussian Army*, 382-467.

50. Eberhard Kolb, «Die Reichsbahn vom Dawes-Plan bis zum Ende der Weimarer Republik», en Lothar Gall y Manfred Pohl (eds.), *Die Eisenbahn in Deutschland: Von den Anfangen bis zur Gegenwart* (Munich, 1999), 109-64, en 149-50.

51. Jane Carian, *Government without Administration: State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany* (Oxford, 1988), 8-18 y 60-61.

52. Gerhart Fieberg (ed.), *Im Namen des deutschen Volkes: Justiz und Nationalsozialismus* (Colonia, 1989), 8.

53. Bracher, *Die Auflösung*, 162-72.

54. Carian, *Government*, 30-36.

55. *Ibid*., 33-57; Wolfgang Runge, *Politik und Beamtentum im Parteienstaat: Die Demokratisierung der politischen Beamten in Preussen zwischen 1918 und 1933* (Stuttgart, 1965); Anthony J. Nicholls, «Die höhere Beamtenschaft in der Weimarer Zeit: Betrachtungen zu Problemen ihrer Haltung und ihrer Fortbildung», en Lothar Albertin y Werner Link (eds.), *Politische Parteien auf dem Weg zur parlamentarischen Demokratie in Deutschland: Entwicklungslinien bis zur Gegenwart* (Düsseldorf, 1981), 195-207; Hans Fenske, «Monarchisches Beamtentum und demokratischer Rechtsstaat: Zum Problem der Bürokratie in der Weimarer Republik», en *Demokratic und Verwaltung: 25 Jahre Hochschule für Verwaltung Speyer* (Berlín, 1972), 117-36; Rudolf Morsey, «Beamtenschaft und Verwaltung zwischen Republik und "Neuem Staat"», en Karl Dietrich Erdmann y Hagen Schulze (eds.), *Weimar: Selbstpreisgabe einer Demokratie* (Düsseldorf, 1980), 151-68; Eberhard Pikart, «Preussische Beamtenpolitik 1918-1933», *VfZ*, 6 (1958), 119-37.

56. Broszat, *Der Staat Hitlers*, 27-9.

57. AT 28, en Merkl, *Political Violence*, 513.

58. Véase Rainer Fattmann, *Bildungsbürger in der Defensive: Die akademische Beamtenschaft und der «Reichsbund der höheren Beamten» in der Weimarer Republik* (Göttingen, 2001).

59. Sobre todo el tema de los objetivos bélicos, económicos y de otro tipo de Alemania, aunque no ya sobre los orígenes de la guerra (que no trata, en realidad, más que brevemente), Fischer, *Germany's Aims* sigue siendo el estudio clásico.

60. El proceso de inflación durante la guerra, e inmediatamente después de ésta, se describe con mucho detalle en las 150 primeras páginas de la monumental historia de Gerald D. Feldman, *The Great Disorder: Politics, Economic, and Society in the German Inflation*, 1914-1924 (Nueva York, 1993). Los tipos de cambio de todo el periodo están en el cuadro 1 de la p. 5. La obra de Feldman desbanca los estudios clásicos de Constantino Bresciani-Turroni, *The Economics of Inflation: A Study of Currency Depreciation in Post-war Germany* (Londres, 1937), y Karsten Laursen y Jürgen Pedersen, *The German Inflation 1918-1923* (Amsterdam, 1964). Hay un sucinto estudio de investigación en Theo Balderston, *Economics and Politics in the Weimar Republic* (Londres, 2002), 34-60. Stephen B. Webb, *Hyperinflation and Stabilization in Weimar Germany* (Oxford, 1989) relaciona el proceso de inflación con el tema de las reparaciones.

61. Feldman, *The Great Disorder*, 5 (cuadro 1), y de modo más general, con numerosos ejemplos y citas, en los caps. 1-8; también Kent, *The Spoils of War*, 45-6 y 142-58.

62. Feldman, *The Great Disorder*, 837-9; con más pesimismo, Niall Ferguson, *Paper and Iron: Hamburg Business and German Politics in the Era of Inflation, 1897-1927* (Oxford, 1995), esp. 408-19.

63. Feldman, *The Great Disorder*, 5 (cuadro 1). Para la ocupación del Ruhr, véase Callan Fischer, *The Ruhr Crisis 1923-1924* (Oxford, 2003); Hermann J. Rupieper, *The Cuno Government and Reparations 1922-1923*: *Politics and Economics* (La Haya, 1979); y Klaus Schwabe (ed.), *Die Ruhrkrise 1923*: *Wendepunkt der internationalen Beziehungen nach dem Ersten Weltkrieg* (Paderborn, 1985).

64. *Berliner Morgenpost*, 251 (21 de octubre de 1923), «Zahlen-Wahnsinn, von Bruno H. Bürgel».

65. Norman Angell, *The Story of Money* (Nueva York, 1930), 332; Haffner, *Defying Hitler*, 49-50.

66. Fritz Blaich, *Der schwarze Freitag: Inflation und Wirtschaftskrise* (Munich, 1985), 14 y 31.

67. *Wirtschaftskurve*, 2 (1923), 1, 29 y 4 (1923), 21, que incluye el gasto de la familia de un empleado con salario medio y con un hijo, citado en Carl-Ludwig Holtfrerich, *The German Inflation 1914-1923*: *Causes and Effects in International Perspective* (Nueva York, 1986 [1980]), 261.

68. *Berliner Morgenpost*, 220 (15 de septiembre de 1923), «Zurückgehaltene Ware: Weil der “morgige Preis” noch nicht bekannt ist».

69. Feldman, *The Great Disorder*, 704-6.

70. Holtfrerich, *The German Inflation*, 262-3.

71. Klemperer, *Leben sammeln*, I. 239 (26 de febrero de 1920).

72. *Ibid*., 257 (28 de marzo de 1920).

73. *Ibid*., 262 (1 de abril de 1920).

74. *Ibid*., 697 (27 de mayo de 1923),700-1 (1 y 2 de junio de 1923). Para la obsesión especuladora, véase también Haffner, *Defying Hitler*, 46-7.

75. Klemperer, *Leben sammeln*, I. 717 (24 de julio de 1923), 729 (3 de agosto de 1923).

76. *Ibid*., 740 (27/28 de agosto de 1923).

77. *Ibid*., 752 (9 de octubre de 1923).

78. *Ibid*., 751 (9 de octubre de 1923).

79. *Ibid*., 757 (2 de noviembre de 1923).

80. *Ibid*., 758 (7 y 16 de noviembre de 1923).

81. *Berliner Morgenpost*, 213 (7 de septiembre de 1923), «Nur noch dreissig Strassenbahn-Linien».

82. Kent, *The Spoils of War*, 245-8.

83. Feldman, *The Great Disorder,* 741-7.

84. *Ibid*., 778-93.

85. *Ibid*., 754-835.

86. Derek H. Aldcroft, *From Versailles to Wall Street 1919-1929* (Londres, 1977), 125-87.

87. Feldman, *The Great Disorder*, 854-88.

88. Klemperer, *Leben sammeln*, I. 761 (4 de diciembre de 1923), 763 (20 de diciembre de 1923).

89. Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany* (en preparación, 2004), cap. 2.

90. Michael Grüttner, «Working-Class Crime and the Labour Movement: Pilfering in the Hamburg Docks, 1888-1923», en Richard J. Evans (ed.), *The German Working Class 1888-1933*: *The Politics of Everyday Life* (Londres, 1982), 54-79.

91. Hans Ostwald, *Sittengeschichte der Inflation: Ein Kulturdokument aus den Jahren des Marksturzes* (Berlín, 1931), esp. 30-31.

92. Martin Geyer, *Verkehrte Welt: Revolution, Inflation, und Moderne. München 1914-1924* (Göttingen, 1998), *passim*.

93. Bernd Widdig, *Culture and Inflation in Weimar Germany* (Berkeley, 2001), 113-33.

94. Geyer, *Verkehrte Welt*, 243-318; más en general, los diversos estudios de Gerald D. Feldman (ed.), *Die Nachwirkungen der Inflation auf die deutsche Geschichte 1924-1933* (Munich, 1985).

95. Para un estudio fascinante de uno de esos choques, véase Charles Medalen, «State Monopoly Capitalism in Germany: The Hibernia Affair», *Past and Present*, 78 (febrero de 1978), 82-112.

96. Henry Ashby Turner, Jr., *German Big Business and the Rise of Hitler* (Nueva York, 1985), 3-18; Gerald D. Feldman, *Army, Industry and Labor in Germany, 1914-1918* (Princeton, 1966); *idem*, «The Origins of the Stinnes-Legien Agreement: A Documentation», *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, 19/20 (1973), 45-104.

97. Para un resumen del debate sobre la naturaleza y amplitud de la inversión empresarial durante la inflación, véase Harold James, *The German Slump: Politics and Economics, 1924-1936* (Oxford, 1986), 12530.

98. Peter Hayes, *Industry and Ideology: I. G. Farben in the Nazi Era* (Cambridge, 1987), 16-17; Gerald D. Feldman, *Hugo Stinnes: Biographie eines Industriellen 1870-1924* (Munich, 1998).

99. Mary Nolan, *Visions of Modernity: American Business and the Modernization of Germany* (Nueva York, 1994).

100. Peukert, *The Weimar Republic*, 112-17.

101. Robert Brady, *The Rationalization Movement in Germany: A Study in the Evolution of Economic Planning* (Berkeley, 1933); James, *The German Slump*, 146-61.

102. Feldman, *The Great Disorder*, 343-44; Harold James, «Economic Reasons for the Collapse of the Weimar Republic», en Ian Kershaw (ed.), *Weimar: Why did German Democracy Fail*? (Londres, 1990), 3057, en 33-4; véase también Dieter Hertz- Eichenröde, *Wirtschaftskrise und Arbeitsbeschaffung: Konjunkturpolitik 1925/26 und die Grundlagen der Krisenpolitik Brünings* (Frankfurt am Main, 1982); Fritz Blaich, *Die Wirtschaftskrise 1925/26 und die Reichsregierung: Von der Erwerbslosenfürsorge zur Konjunkturpolitik* (Kallmünz, 1977); y Klaus-Dieter Krohn, *Stabilisierung und ökonomische Interessen: Die Finanzpolitik des deutschen Reiches 1923-1927* (Düsseldorf, 1974).

103. Bernd Weisbrod, *Schwerindustie in der Weimarer Republik: Interessenpolitik zwischen Stabilisierungund Krise* (Wuppertal, 1978), 415- 56; James, *The German Slump*, 162-223.

104. Richard Bessel, «Why did the Weimar Republic Collapse?», en Kershaw (ed.), *Weimar*, 120-52, en 136; Bernd Weisbrod, «The Crisis of German Unemployment Insurance in 1928/29 and its Political Repercussions», en Wolfgang J. Mommsen (ed.), *The Emergence of the Welfare State in Britain and Germany, 1850-1950* (Londres, 1981), 188204; Richard J. Evans, «Introduction: The Experience of Mass Unemployment in the Weimar Republic», en Richard J. Evans y Dick Geary (eds.), *The German Unemployed: Experiences and Consequences of Mass Unemployment from the Weimar Republic to the Third Reich* (Londres, 1987), 1-22, en 5-6; Merith Niehuss, «From Welfare Provision to Social Insurance: The Unemployed in Augsburg 1918-27», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 44-72.

105. Turner, *German Big Business*, 19-46; Weisbrod, *Schwerindustrie*; véase también el breve esbozo de J. Adam Tooze, «Big Business and the Continuities of German History, 1900-1945», en Panikos Panayi (ed.), *Weimar and Nazi Germany: Continuities and Discontinuities* (Londres, 2001), 173-98.

106. Para el escándalo Barmat, véase Bernhard Fulda, «Press and Politics in Berlin, 1924-1930» (Cambridge, tesis doctoral inédita, 2003), 6371 y 87-117.

107. Dick Geary, «Employers, Workers, and the Collapse of the Weimar Republic», en Kershaw (ed.), *Weimar*, 92-119.

108. Karl Rohe, *Wahlen und Wählertraditionen in Deutschland* (Frankfurt am Main, 1992), 124.

109. Falter, *Hitlers Wähler*,327-8;Kurt Koszyk, *Deutsche Presse 1914-1945*: *Geschichtederdeutschen Presse*, III (Berlín, 1972).

110. Babette Gross, *Willi Münzenberg: Eine politische Biographie* (Stuttgart, 1967).

111. Erich Schairer, «Alfred Hugenberg», *Mit anderen Augen: Jahrbuch der deutschen Sonntagszeitung* (1929), 18-21, citado y traducido en Kaes *et al*. (eds.), *The Weimar Republic Sourcebook*, 72-4; Dankwart Guratzsch, *Macht durch Organisation: Die Grundlegung des Hugenbergschen Presseimperiums* (Düsseldorf, 1974), 192-3, 244, 248.

112. Fulda, «Press and Politics», cuadro 1.

113. Modris Eksteins, *The Limits of Reason: The German Democratic Press and the Collapse of Weimar Democracy* (Oxford, 1975), 129-30 y 249-50.

114. Fulda, «Press and Politics», cuadro 1 y, más en general, capítulo 1.

115. Falter, *Hitlers Wähler*, 325-39.

116. Oswald Spengler, *Der Untergang des Abendlandes: Umrisse einer Morphologie der Weltgeschichte, I*: *Gestalt und Wirklichkeit* (Viena, 1918), 73-5.

117. Arthur Moeller van den Bruck, *Das Dritte Reich* (3.ª ed., Hamburgo, 1931 [Berlín, 1923]), esp. 300 y 320; Gary D. Stark, *Entrepreneurs of Ideology: Neo-Conservative Publishers in Germany, 1890-1933* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1981); Agnes Stansfield, «Das Dritte Reich: A Contribution to the Study of the "Third Kingdom" in German Literature from Herder to Hegel», *Modern Language Review*, 34 (1934), 156-72. Moeller van den Bruck llamó al principio a su utopía revolucionariaconservadora «la Tercera Vía»; véase Mosse, *The Crisis*, 281.

118. Edgar Jung, «Deutschland und die konservative Revolution», en *Deutsche über Deutschland* (Munich, 1932), 369-82, fragmentos seleccionados y traducidos en Kaes *et al*., (eds.), *The Weimar Republic Sourcebook*, 352-4.

119. Jünger, *In Stahlgewittern*; véase también Nikolaus Wachsmann, «Marching under the Swastika? Ernst Jünger and National Socialism, 1918-33», *Journal of Contemporary History*, 33 (1998), 573-89.

120. Theweleit, *Male Fantasies*.

121. El estudio clásico de éstas y otras corrientes de pensamiento similares es Kurt Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik* (Munich, 1978 [1962]).

122. James M. Ritchie, *German Literature under National Socialism* (Londres, 1983), 10-11; véase también Peter Zimmermann, «Literatur im Dritten Reich», en Jan Berg *et al*. (eds.), *Sozialgeschichte der deutschen Literatur von 1918 bis zur Gegenwart* (Frankfurt am Main, 1981), 361416; y en particular Jost Hermand y Frank Trommler, *Die Kultur der Weimarer Republik* (Munich, 1978), 128-92.

123. Para una buena visión general, véase Nitschke *et al*. (eds.), *Jahrhundertwende*; sobre el «pánico moral» en el periodo guillermino, véase Richard J. Evans, *Tales from the German Underworld: Crime and Punishment in the Nineteenth Century* (Londres, 1998), 166-212; Gary Stark, «Pornography, Society and the Law in Imperial Germany», *Central European History*, 14 (1981), 200-20; Bram Dijkstra, *Idols of Perversity: Fantasies of Female Evil in Fin-de-Siècle Culture* (Nueva York, 1986); Robin Lenman, «Art, Society and the Law in Wilhelmine Germany: The Lex Heinze», *Oxford German Studies*, 8 (1973), 86-113; Matthew Jefferies, *Imperial Culture in Germany, 1871-1918* (Londres, 2003); sobre la cultura de Weimar, Peukert, *The Weimar Republic*, 164-77.

124. Hermand y Trommler, *Die Kultur*, 193-260.

125. Karen Koehler, «The *Bauhaus*, 1919-1928: Gropius in Exile and the Museum of Modern Art, N. Y., 1938», en Richard A. Etlin (ed.), *Art, Culture and Media under the Third Reich* (Chicago, 2002), 287-315, en 288-92; Barbara Miller Lane, *Architecture and Politics in Germany, 1918-1945* (Cambridge, Massachusetts, 1968), 70-78; Shearer West, *The Visual Arts in Germany 1890-1936: Utopia and Despair* (Manchester, 2000), 14355; Hans Wingler, *The Bauhaus - Weimar, Dessau, Berlin, Chicago 1919-1944* (Cambridge, Massachusetts, 1978); Frank Whitford, *The Bauhaus* (Londres, 1984).

126. Gerald D. Feldman, «Right-Wing Politics and the Film Industry: Emil Georg Strauss, Alfred Hugenberg, and the UFA, 1917-1933», en Christian Jansen *et al*. (eds.), *Von der Aufgabe der Freiheit: Politische Verantwartung und bürgerliche Gesellschaft im 19. und 20. Jahrhundert: Festschrift für Hans Mommsen zum 5. November 1995* (Berlín, 1995), 21930; Siegfried Kracauer, *From Caligari to Hitler: A Psychological History of the German Film* (Princeton, 1947), 214-16.

127. Andrew Kelly, *Filming All Quiet on the Western Front - «Brutal Cutting, Stupid Censors, Bigoted Politicos»* (Londres, 1998), reeditado en rústica como *All Quiet on the Western Front: The Story of a Film* (Londres, 2002). Más en general sobre la cultura de Weimar, véase el estudio clásico de Peter Gay, *Weimar Culture: The Outsider as Insider* (Londres, 1969). Walter Laqueur, *Weimar: A Cultural History 1918-1933* (Londres, 1974), es bueno sobre la mayoría conservadora y también sobre la minoría vanguardista; véase también Hermand y Trommler, *Die Kultur*, 350-437, sobre las artes visuales.

128. Erik Levi, *Music in the Third Reich* (Londres, 1994), 1-13; Hermand y Trommler, *Die Kultur*, 279-350.

129. Michael H. Kater, *Different Drummers: Jazz in the Culture af Nazi Germany* (Nueva York, 1992), 3-28; Peter Jelavich, *Berlin Cabaret* (Cambridge, Massachusetts, 1993), 202.

130. Peukert, *The Weimar Republic*, 178-90.

131. AT 43, en Merkl, *Political Violence*, 173.

132. Abrams, *Workers' Culture*, esp. cap. 7.

133. Richard J. Evans, *The Feminist Movement in Germany 1894-1933* (Londres, 1976), 122, 141; Rudolph Binion, *Frau Lou: Nietzsche's Wayward Disciple* (Princeton, 1968), 447.

134. James D. Steakley, *The Homosexual Emancipation Movement in Germany* (Nueva York, 1975); John C. Fout, «Sexual Politics in Wilhelmine Germany: The Male Gender Crisis, Moral Purity, and Homophobia», *Journal of the History of Sexuality*, 2 (1992), 388-421.

135. Véase el artículo innovador de Renate Bridenthal y Claudia Koonz, «Beyond *Kinder, Küche, Kirche*: Weimar Women in Politics and Work», en Renate Bridenthal *et al*. (eds.), *When Biology Became Destiny: Women inWeimar and Nazi Germany* (Nueva York, 1984), 33-65.

136. Planert, *Antifeminismus*.

137. Evans, *The Feminist Movement*, 145-201; Klaus Höhnig, *Der Bund Deutscher Frauenvereine in der Weimarer Republik 1919-1923* (Egelsbach,1995).

138. Atina Grossmann, *Reforming Sex: The German Movement for Birth Control and Abortion Reform 1920-1950* (Nueva York,1995), 16; Steakley, *The Homosexual Emancipation Movement*; Fout, «Sexual Politics»; Charlotte Wolff, *Magnus Hirschfeld: A Portrait of a Pioneer in Sexology* (Londres, 1986).

139. James Woycke, *Birth Controlin Germany1871-1933*(Londres,1988), 113-16, 121, 147-8; Grossmann, *Reforming Sex*; Cornelie Usborne, *The Politics of the Body in Weimar Germany: Women's Reproductive Rights and Duties* (Londres, 1991).

140. Clifford Kirkpatrick, *Nazi Germany: Its Women and Family Life* (Nueva York, 1938), 36; Elizabeth Harvey, «Serving the Volk, Saving the Nation: Women in the Youth Movement and the Public Sphere in Weimar Germany», en Larry Eugene Jones y James Retallack (eds.), *Elections, Mass Politics, and Social Change in Modern Germany: New Perspectives* (Nueva York, 1992), 201-22; Irene Stoehr, «Neue Frau und alte Bewegung? Zum Generationskonflikt in der Frauenbewegung der Weimarer Republik», en Jutta Dalhoff *et al*. (eds.), *Frauenmacht in der Geschichte* (Düsseldorf, 1986), 390-400; Atina Grossmann, «"Girlkultur" or Thoroughly Rationalized Female: A New Woman in Weimar Germany», en Judith Friedlander *et al*. (eds.), *Women in Culture and Politics: A Century of Change* (Bloomington, Ind., 1986), 62-80.

141. Raffael Scheck, *Mothers of the Nation: Right-Wing Women in German Politics, 1918-1923* (en preparación, 2004); Höhnig, *Der Bund*; UtePlanert(ed.), *Nation, Politik und Geschlecht: Frauenbewegungen und Nationalismus in der Moderne* (Frankfurt am Main, 2000).

142. Merkl, *Political Violence*, 230-89, para testimonios personales; también Peter D. Stachura, *The German Youth Movement, 1900-1945: An Interpretative and Documentary History* (Londres, 1981), que refuta el énfasis de la obra anterior en los protofascistas del movimiento juvenil, como en los estudios clásicos de Laqueur, *Young Germany*, Howard Becker, *German Youth: Bond or Free*? (Nueva York, 1946) y Mosse, *The Crisis*, 171-89. Véase el estudio más reciente Jürgen Reulecke, «"Hat die Jugendbewegung den Nationalsozialismus vorbereitet?" Zum Umgang mit einer falschen Frage», en Wolfgang R. Krabbe (ed.), *Politische Jugend in derWeimarer Republik* (Bochum,1993),222-43.

143. Klemperer, *Lebensammeln*, iI.56(14 de mayo de 1925).

144. AT 144 y 173, en Merkl, *Political Violence*, 290-310, esp. 303-4; también Margret Kraul, *Das deutsche Gymnasium 1780-1980* (Frankfurt am Main, 1984), 127-56, una práctica visión general; Folkert Meyer, *Schule der Untertanen: Lehrer und Politik in Preussen 1848-1900* (Hamburgo, 1976) adopta una visión sumamente negativa de la influencia política de las escuelas; Mosse, *The Crisis*, 149-70, destaca las influencias nacionalistas. Para un buen correctivo de Meyer, véase Marjorie Lamberti, «Elementary School Teachers and the Struggle against Social Democracy in Wilhelmine Germany», *History of Education Quarterly*, 12 (1992), 74-97; e *idem*, *State, Society and the Elementary School in Imperial Germany* (Nueva York, 1989).

145. Konrad H. Jarausch, *Deutsche Studenten 1800-1970* (Frankfurt am Main, 1984), esp. 117-22; Michael S. Steinberg, *Sabers and Brown Shirts: The German Students, Path to National Socialism, 1918-1935* (Chicago, 1977); Geoffrey J. Giles, *Students and National Socialism in Germany* (Princeton, 1985), un estudio sobre la Universidad de Hamburgo. La traducción de AStA, «Allgemeiner Studenten Ausschuss», es 'Comité General de Estudiantes'; las funciones de estos organismos eran comparables a las de los sindicatos de estudiantes del mundo angloparlante.

146. Michael H. Kater, *Studentenschaft und Rechtsradikalismus in Deutschland 1918-1933: Eine sozialgeschicht liche Studie zur Bildungskrise in der Weimarer Republik* (Hamburgo, 1975); *idem*, «The Work Student: A Socio-Economic Phenomenon of Early Weimar Germany», *Journal of Contemporary History*, 10 (1975), 71-94; Wildt, *Generation des Unbedingten*, 72-80.

147. *Ibid*., 81-142.

148. Ulrich Herbert, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989* (Bonn, 1996), 42-68.

149. AT 96, en Merkl, *Political Violence,* 236 (cursiva en el original).

150. Maria Tatar, *Lustmord: Sexual Murder in Weimar Germany* (Princeton, 1995) (pero véase mi recensión de este libro, nada convincente en muchos aspectos, en *German History*, 14 [1996], 414-15); más convencional es Birgit Kreutzahler, *Das Bild des Verbrechers in Romanen der Weimarer Republik: Eine Untersuchung vor dem Hintergrund anderer gesellschaftlicher Verbrecherbilder und gesellschaftlicher Grundzüge der Weimarer Republik* (Frankfurt am Main, 1987); Kracauer, *From Caligari*; Evans, *Rituals*, 531-6.

151. Patrick Wagner, *Volksgemeinschaft ohne Verbrecher: Konzeptionen und Praxis der Kriminalpolizei in der Zeit der Weimarer Republik und des Nationalsozialismus* (Hamburgo, 1996), 26-76 y 153-79.

152. Evans, *Rituals*, 487-610.

153. Fieberg (ed.), *Im Namen*, 10-22.

154. Johannes Leeb, en *Deutsche Richterzeitung*, 1921, col. 1.301, citado en Fieberg (ed.), *Im Namen*, 24-7.

155. Hans Hattenhauer, «Wandlungendes Richterleitbildes im 19. und 20. Jahrhundert», en Ralf Dreier y Wolfgang Sellert (eds.), *Recht und Justiz im «Dritten Reich»* (Frankfurt am Main, 1989), 9-33, en 13-16; Henning Grunwald, «Political Lawyers in the Weimar Republic» (tesis doctoral inédita, Cambridge, 2002).

156. Fieberg (ed.), *Im Namen*, 24-7.

157. Emil J. Gumbel, *Vier Jahre politischer Mard* (Berlín, 1924), 73-5, extractado y tabulado en Fieberg (ed.), *Im Namen*, 29-35.

158. Entre las tentativas, no del todo convincentes, de juzgar de una forma más favorable a los jueces de Weimar se incluyen Irmela Nahel, *Fememorde und Fememordprozesse in der Weimarer Republik* (Colonia, 1991) y Marcus Bottger, *Der Hochverrat in der hochstrichterlichen Rechtsprechung der Weimarer Republik: Ein Fall politischer Instrumentalisierung von Strafgesetzen*? (Frankfurt am Main, 1998).

159. Hannover y Hannover-Drück, *Politische Justiz*, 182-91; Kurt R. Grossmann, *Ossietzky: Ein deutscher Patriot* (Munich, 1963), 195-219; Elke Suhr, *Carl von Ossietzky: Eine Biographie* (Colonia, 1988), 162-8.

160. Hermann Schüler, *Auf der Flucht erschossen: Felix Fechenbach 1894-1933. Eine Biographie* (Colonia, 1981), 171-92.

161. Use Staff, *Justiz im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (2.ª ed., Frankfurt am Main, 1978 [1964]), 22-4.

162. Gotthard Jasper, *Der Schutz der Republik* (Tübingen, 1963).

163. Evans, *Rituals*, 503-6.

164. Ingo Müller, *Hitler's Justice: The Courts of the Third Reich* (Londres, 1991 [1987]), 10-24.

165. Hannover y Hannover-Drück, *Politische Justiz*, 77.

166. Ralph Angermund, *Deutsche Richterschaft 1918-1945*: *Krisenerfahrung, Illusion, Politische Rechtsprechung* (Frankfurt am Main, 1990), 33-4.

167. Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, III. 907-15 y 1.086-90; Thomas Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1866-1918*, I: *Arbeitswelt und Bürgergeist* (Munich, 1990), 335-73; entre los trabajos más especializados se incluyen Volker Hentschel, *Geschichte der deutschen Sozialpolitik (1880-1980)* (Frankfurt am Main, 1983); Gerhard A. Ritter, *Sozialversicherung in Deutschland und England: Entstehung und Grundzuge im Vergleich* (Munich, 1983); y el estudio innovador de Karl Erich Born, *Staat und Sozialpolitik seit Bismarcks Sturz 1890-1914*: *Ein Beitrag zur Geschichte der innenpolitischen Entwicklung des deutschen Reiches 1880-1914* (Wiesbaden, 1957) .

168. David F. Crew, *Germans on Welfare: From Weimar to Hitler* (Nueva York, 1998), 16-31.

169. Artículos 119-22 y 151-65 de la Constitución de Weimar (en Huber, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, V-VII).

170. Ludwig Preller, *Sozialpolitik in der Weimarer Republik* (Düsseldorf, 1978 [1949]) todavía sigue siendo la guía clásica indispensable; más recientemente ha habido estudios importantes de Detlev J. K. Peukert, *Grenzen der Sozialdisziplinierung: Aufstieg und Krise der deutschen Jugendfürsorge 1878 bis 1932* (Colonia, 1986); Young-Sun Hong, *Welfare, Modernity, and the Weimar State, 1919-1933* (Princeton, 1998) y Crew, *Germans on Welfare*.

171. Otto Riebicke, *Was brachte der Weltkrieg? Tatsachen und Zahlen aus dem deutschen Ringen 1914-18* (Berlín,1936),97-112.

172. Whalen, *BitterWounds*,156 y 168.

173. Caplan, *Government*, 51, 60; Bessel, «Why did the Weimar Republic Collapse?», 120-34, en 123-5.

174. Las leyes alemanas actuales sobre protección de datos prohíben el uso de nombres completos de particulares.

175. Datos completos en Crew, *Germans on Welfare*, 107-15.

176. *Ibid*., esp. 204-8.

177. Para la difusión de esas ideas, véase Richard F. Wetzell, *lnventing the Criminal: A History of German Criminology 1880-1945* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 2000); esp. 107-78; Wachsmann, *Hitler's Prisons*, parte I; Regina Schulte, *Sperrbezirke: Tugendhaftigkeit und Prostitution in der bürgerlichen Welt* (Frankfurt am Main, 1979), 174-204; Schmuhl, *Rassenhygiene*, 31 y 94; Evans, *Rituals*, 526-36.

178. Wagner, *Volksgemeinschaft,* 97-101.

179. Citado en Evans, *Rituals*, 526-7.

180. Nikolaus Wachsmann *et al*., «“Die soziale Prognose wird damit sehr trübe...”; Theodor Viemstein und die Kriminalbiologische Sammelstelle in Bayern», en Michael Farin (ed.), *Polizeireport München 1799-1999*(Munich,1999),250-87.

181. Karl Binding y Alfred Hoche, *Die Freigabe der Vernichtung lebensunwerten Lebens: Ihr Mass und ihre Form* (Leipzig, 1920); Michael Burleigh, *Death and Deliverance: «Euthanasia» in Germany 1900-1945* (Cambridge, 1994), 11-42; Hong, *Welfare*, 29-276.

182. Victor Klemperer, *Curriculum Vitae: Erinnerungen 1881-1918* (2 vols., Berlín, 1996 [1989]).

183. Klemperer, *Leben sammeln*, I. 8 (23 de noviembre de 1918) y 9 (24 de noviembre de 1918).

184. *Ibid*., 97 (12 de abril de 1919), 109-10 (6 de mayo de 1919).

185. Véase el útil esbozo biográfico de Martin Chalmers, en Victor Klemperer, *I Shall Bear Witness: The Diaries of Victor Klemperer 1933-1941* (Londres, 1998), ix-xxi.

186. Klemperer, *Leben sammeln*, I. 600 (29 de junio de 1922).

187. *Ibid*., II. 377 (10 de septiembre de 1927).

188. *Ibid*., 571 (3 de septiembre de 1929).

189. *Ibid*., 312 (26 de diciembre de 1926).

190. *Ibid*., I. 187 (27 de septiembre de 1919).

191. *Ibid*., I. 245 (14 de marzo de 1920).

192. *Ibid*., 248 (14 de marzo de 1920).

193. *Ibid*., 433-4 (20 de abril de 1921).

194. *Ibid*., II. 49 (27 de abril de 1925).

195. *Ibid*., 758 (7 de agosto de 1932).

196. Martin Liepach, *Das Wahlverhalten der jüdischen Bevolkerung: Zur politischen Orientierung der Juden in der Weimarer Republik* (Tübingen, 1996) esp. 211-310; más en general, Wolfgang Benz (ed.) *Jüdisches Leben in der Weimarer Republik* (Tübingen, 1998), 271-80; y Donald L. Niewyk, *The Jews in Weimar Germany* (Baton Rouge, La., 1980), 11-43.

197. Klaus Schwabe, «Die deutsche Politik und die Juden im Ersten Weltkrieg», en Hans Otto Horch (ed.), *Judentum, Antisemitismus und europäische Kultur* (Tübingen, 1988), 255-66; Egmont Zechlin, *Die deutsche Politik und die Juden im Ersten Weltkrieg* (Göttingen, 1969), esp. 527-41; Saul Friedländer, «Die politischen Veränderungen der Kriegszeit und ihre Auswirkungen auf die Judenfrage», en Werner E. Mosse (ed.), *Deutsches Judentum in Krieg und Revolution 1916-1923* (Tübingen, 1971), 27-65. Véase, más en general, Jochmann, *Gesellschaftskrise*, 99-70 («Die Ausbreitung des Antisemitismus in Deutschland 1914-1923»), y 171-94 («Der Antisemitismus und seine Bedeutung für den Untergang der Weimarer Republik»).

198. Stark, *Entrepreneurs*, 141 y 208-9.

199. Jack Wertheimer, *Unwelcome Strangers: East European Jews in Imperial Germany* (Nueva York, 1987), cuadro IV; Wolfgang J. Mommsen, *Bürgerstolz und Weltmachtstreben: Deutschland unter Wilhelm II. 1890 bis 1918* (Berlín, 1995), 434-40; Steven Aschheim, *Brothers and Strangers: The East European Jew in Germany and German Jewish Consciousness 1800-1923* (Madison, 1982).

200. *Vossische Zeitung*, 6 de noviembre de 1923, selección y traducción en Peukert, *The Weimar Republic*, 160 (corregido); véase también David Clay Large, «"Out with the Ostjuden": The Scheunenviertel Riots in Berlín, November 1923», en Werner Bergmann *et al*. (eds.), *Exclusionary Violence: Antisemitic Riots in Modern Germany* (Ann Arbor, 2002), 123-40, y Dirk Walter, *Antisemitische Kriminalität und Gewalt: Judenfeindschaft in der Weimarer Republik* (Bonn, 1999), esp. 151-4.

201. Peter Pulzer, «Der Anfang vom Ende», en Arnold Paucker (ed.), *Die Juden im nationalsozialistischen Deutschland 1933-1944* (Tübingen, 1986), 3-15; Trude Maurer, *Ostjuden in Deutschland, 1918-1933* (Hamburgo, 1986).

202. Kauders, *German Politics*, 182-91; para el protestantismo, véase Kurt Nowak y Gérard Raulet (eds.), *Protestantismus und Antisemitismus in der Weimarer Republik* (Frankfurt am Main, 1994). Más en general, véase Heinrich August Winkler, «Die deutsche Gesellschaft der Weimarer Republik und der Antisemitismus», en Bernd Martin y Ernst Schulin (eds.), *Die Juden als Minderheit in der Geschichte* (Munich, 1981), 27189, y Jochmann, *Gesellschaftskrise*, 99-170. Para un estudio local, véase Stefanie Schüler-Springorum, *Die jüdische Minderheit in Königsberg, Preussen 1871-1945* (Göttingen, 1996).

1. Peter Jelavich, *Munich and Theatrical Modernism: Politics, Playwriting, and Performance 1890-1914* (Cambridge, Massachusetts, 1985), hace una buena descripción del teatro en el Munich de esa época.

2. Para una descripción espectacular de Eisner, basada en amplias lecturas no convencionales de fuentes contemporáneas, véase Richard M. Watt, *The Kings Depart: The German Revolution and the Treaty of Versailles 1918-19* (Londres,1973 [1968]),312-30 y 354-81. Véase también Franz Schade, *Kurt Eisner und die bayerische Sozialdemokratie* (Hannover, 1961) y Peter Kritzer, *Die bayerische Sozialdemokratie und die bayerische Politik in den Jahren 1918-1923* (Munich, 1969). Para una biografía reciente, véase Bernhard Grau, *Kurt Eisner 1867-1919: Eine Biographie* (Munich,2001).

3. Allan Mitchell, *Revolution in Bavaria 1918/19: The Eisner Regime and the Soviet Republic* (Princeton, 1965), 171-2; Freya Eisner, *Kurt Eisner: Die Politik der libertären Sozialismus* (Frankfurt am Main, 1979), 17580.

4. Mitchell, *Revolution*, para éstos y acontecimientos posteriores; véase también Winkler, *Von der Revolution*, 184-90, y Heinrich Hillmayr, *Roter und weisser Terror in Bayern nach 1918: Erscheinungsformen und Folgen der Gewaltätigkeiten im Verlauf der revolutionären Ereignisse nach dem Ende des Ersten Weltkrieges* (Munich, 1974).

5. Watt, *The Kings Depart,* 312-30 y 354-81; David Clay Large, *Where Ghosts Walked: Munich's Road to the Third Reich* (Nueva York, 1997), 7692, es otra descripción colorista. Friedrich Hitzer, *Anton Graf Arco: Das Attentat auf Kurt Eisner und die Schüsse im Landtag* (Munich, 1988), cuenta la historia del asesinato según las investigaciones que hizo el autor para un guión cinematográfico. Para Hoffmann, véase Diethard Hennig, *Johannes Hoffmann: Sozialdemokrat und Bayerischer Ministerpräsident: Biographie* (Munich, 1990).

6. Citado en Watt, *The Kings Depart*, 364; Hans Beyer, *Von der Novemberrevolution zur Räterepublik in München* (Berlín, 1957) (crónica bien documentada de Alemania Oriental), esp. 77-8.

7. Watt, *The Kings Depart*, 366-8.

8. Large, *Where Ghosts Walked*, 70.

9. Carsten, *Revolution,* 218-23; Hannover y Hannover- Drück, *Politische Justiz*, 53-75.

10. Véase Anthony Nicholls, «Hitler and the Bavarian Background to National Socialism», en *idem* y Erich Matthias (eds.), *German Democracy and the Triumph of Hitler: Essays on Recent German History* (Londres, 1971), 129-59.

11. Para una relación detallada de las actividades de Hitler en 1918-1919, véase Kershaw, *Hitler*, I. 116-21, y Anton Joachimsthaler, *Hitlers Weg beganninMünchen1913-1923*(Munich,2000[1989]),177-319.

12. Kershaw, *Hitler*: I. 3-13, para una juiciosa diferenciación de los hechos y la leyenda, la interpretación y la especulación, sobre los primeros años de Hitler.

13. Carl E. Schorske, «The Ringstrasse, its Critics, and the Birth of Urban Modernism», en *idem*, *Fin-de-Siècle Vienna*, 24-115.

14. August Kubizek, *Adolf Hitler: Mein Jugendfreund* (Graz, 1953), aporta muchos datos; pero véase la crítica en Franz Jetzinger, *Hitler's Youth*(Londres,1958[1956]),167-74.

15. La escasez de datos fidedignos sobre Hitler antes de 1919 ha provocado un intenso debate sobre su afirmación de que se convirtió en un antisemita político extremo en la Viena de antes de la guerra, como consecuencia de encuentros con judíos, sobre todo «judíos orientales», inmigrantes de Galitzia. Si bien la versión del propio Hitler parece exagerada, los recientes intentos de demostrar que no era en absoluto antisemita son también poco convincentes. Véase Kershaw, *Hitler*, I, esp. 49-69, y Joachimsthaler, *HitlersWeg*,45-9.

16. Adolf Hitler, *Mein Kampf* (trad. de Ralph Manheim, introd. de D. C. Watt, Londres, 1969 [1925/6]), 39-41.

17. *Ibid*., 71, 88 y 95.

18. Kershaw, *Hitler,* I. 81-7; Joachimsthaler, *Hitlers Weg,* 77-97. La versión del propio Hitler está en *Mein Kampf*, 116-17. Para una animada descripción de la vida bohemia en Schwabing, véase Large, *Where Ghosts Walked*, 3-42.

19. Hitler, *Mein Kampf*, 148-9.

20. Kershaw, *Hitler*, I. 87-101.

21. Hitler, *Mein Kampf*, 11-169.

22. Geyer, *Verkehrte Welt,* 278-318.

23. Hitler a Adolf Gemlich, 16 de septiembre de 1919, en Eberhard Jackel y Axel Kuhn (eds.), *Hitler: Samtliche Aufzeichnungen 1905-1924* (Stuttgart, 1980), 88-90; Ernst Deuerlein, «Hitlers Eintritt in die Politik und die Reichswehr», *VfZ*, 7 (1959), 203-5.

24. «Anton Drexlers Politisches Erwachen» (1919), reproducido en Albrecht Tyrell (ed.), *Führer befiehl…*: *Selbstzeugnisse aus der «Kampfzeit» der NSDAP* (Düsseldorf, 1969), 20-22.

25. Tyrell (ed.), *Führer befiehl*, 22; Kershaw, *Hitler*, I. 126-8 y 131-9; Ernst Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg der NSDAP in Augenzeugenberichten* (Munich, 1974), 56-61. Joachimsthaler, *Hitlers Weg*, 198-319, cambia el hecho por la leyenda acerca de la vida de Hitler en este periodo y arbitra en controversias posteriores; Albrecht Tyrell, *Vom «Trommler» zum «Führer»: Der Wandel von Hitlers Selbstverständnis zwischen 1919 und 1924 und die Entwicklung der NSDAP* (Munich, 1975) ofrece una versión bien informada de los inicios de la carrera política de Hitler. Véase también Werner Maser, *Die Frühgeschichte der NSDAP: Hitlers Weg bis 1924* (Frankfurt am Main, 1965). Para la Sociedad Thule, véase Reginald H. Phelps, «"Before Hitler Came": Thule Society and Germanen Orden», *Journal of Modern History*, 35 (1963), 245-61.

26. Uwe Lohalm, *Völkischer Radikalismus: Die Geschichte des Deutschvölkischen Schutzund Trutzbundes, 1919-1923* (Hamburgo, 1970).

27. Tyrell, *Vom Trommler*, 72-89; Georg Franz-Willing, *Ursprung der Hitler-bewegung 1919-1922* (Preussisch Oldendorf, 1974 [1962]), 38-109.

28. Broszat, *Der Staat Hitlers*, 43-5.

29. Hitler, *Mein Kampf*, 620-21 (traducción con enmiendas).

30. Reginald H. Phelps, «Hitler als Parteiredner im Jahre 1920», *VfZ*, 11 (1963), 274-330; asimismo, Jackel y Kuhn (eds.), *Hitler*, 115, 132, 166, 198, 252, 455 y 656.

31. La frase «socialismo de tontos» (originalmente «socialismo de estúpidos») suele atribuirse al dirigente socialdemócrata de preguerra August Bebel, pero probablemente proceda del demócrata austriaco Ferdinand Kronawetter (Pulzer, *The Rise*, 269 y nota). Era de uso general entre los socialdemócratas en Alemania en la década de 1890; véase Francis L. Carsten, *August Bebel und die Organisation der Massen* (Berlín, 1991), 165.

32. Franz-Willing, *Ursprung*, 120-27; Broszat, *Der Staat Hitlers*, 39.

33. Ernst Nolte, *Three Faces of Fascism: Action Française, Italian Fascism, National Socialism* (Nueva York, 1969 [1963]), y más tarde, en una forma diferente y más polémica, *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945*: *Nationalsozialismus und Bolschewismus* (Frankfurt am Main, 1987), en que defiende la primacía del antibolchevismo.

34. Hitler, *Mein Kampf*, 289.

35. Citado todo en Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, 32-4.

36. Bruno Thoss, *Der Ludendorff-Kreis: 1919-1923. München als Zentrum der mitteleuropäische Gegenrevolution zwischen Revolution und HitlerPutsch* (Munich, 1978), aporta datos exhaustivos.

37. Wolf Rüdiger Hess (ed.), *Rudolf Hess: Briefe 1908-1933* (Munich, 1987), 251 (Hess a sus padres,24 de marzo de 1920).

38. Joachim C. Fest, *The Face of the Third Reich* (Londres, 1979 [1970]), 283-314, para un esbozo caracteriológico perspicaz de Hess; Smith, *The Ideological Origins*, 223-40; Lange, «Der Terminus "Lebensraum"», 42637; Hans Grimm, *Volk ohne Raum* (Munich, 1926); Dietrich Orlow, «Rudolf Hess: Deputy Führer», en Ronald Smelser y Rainer Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite* (Londres, 1993 [1989]), 74-84. Hans-Adolf Jacobsen, *Karl Haushofer: Leben und Werk* (2 vols., Boppard, 1979) reproduce muchos de los escritos de Haushofer; Frank Ebeling, *Geopolitik: Karl Haushofer und seine Raumwissenschaft 1919-1945* (Berlín, 1994) es un estudio de sus ideas.

39. Margarete Plewnia, *Auf dem Weg zu Hitler: Der völkische Publizist Dietrich Eckart* (Bremen, 1970); Tyrell, *Vom Trommler*, 190-94; Alfred Rosenberg (ed.), *Dietrich Eckart. Ein Vermachtnis* (4.ª ed., Munich, 1937 [1928]), con una selección de versos de Eckart.

40. Alfred Rosenberg, *Selected Writings* (ed. de Robert Pois, Londres, 1970); Fest, *The Face*, 247-58; Walter Laqueur, *Russia and Germany: A Century of Conflict* (Londres, 1965), 55-61, 116-17 y 148-53; Adolf Hitler, *Hitler's Table Talk 1941/44: His Private Conversations* (Londres, 1973 [1953]), 422-6; Norman Cohn, *Warrant for Genocide: The Myth of the Jewish World-Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion* (Londres, 1967), esp. 187-237; Reinhard Bollmus, «Alfred Rosenberg: National Socialism's "Chief Ideologue"», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 183-93; Robert Cecil, *The Myth of the Master Race: Alfred Rosenberg and Nazi Ideology* (Londres, 1972). Véase también, más en general, Thomas Klepsch, *Nationalsozialistische Ideologie: Eine Beschreibung ihrer Struktur vor 1933* (Münster, 1990), y la excelente selección de extractos de diversos ideólogos nazis de Barbara Miller Lane y Leila J. Rupp (eds.), *Nazi Ideology before 1933: A Documentation* (Manchester, 1978).

41. Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens: Deutung Hitlers und seiner Zeit auf Grund eigner Erlebisse und Erkenntnisse* (2.ª ed., Neuhaus, 1955 [1953]), s. p., citado en Fest, *The Face,* 330, e *ibid*., 38-42, citado en Kershaw, *Hitler*, I. 148; Christoph Klessmann, «Hans Frank: Party Jurist and Governor-General in Poland», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 39-47.

42. Citando a Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 108-12.

43. Dietrich Orlow, *The History of the Nazi Party*, I: *1919-1933* (Newton Abbot, 1971 [1969]), 11-37.

44. Kershaw, *Hitler*, I. 160-65; Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 135-41.

45. Kershaw, *Hitler*, I. 175-80; Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 142-61.

46. Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 145-6.

47. Franz-Willing, *Ursprung*, 127.

48. Hannover y Hannover-Drück, *Politische Justiz*, 105-44.

49. Kershaw, *Hitler*, I. 170-73; Peter Longerich, *Die braunen Bataillone: Geschichte der SA* (Munich, 1989), 9-32.

50. Callan Fischer, «Ernst Julius Röhm: Chief of Staff of the SA and Indispensable Outsider», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite,* 173-82.

51. Ernst Röhm, *Die Geschichte eines Hochverräters* (Munich, 1928), 9 y 3656; Fest, *The Face*, 206 y 518-19 (n. 9).

52. Röhm, *Die Geschichte*, 363.

53. Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 142-83, para información sobre la creciente violencia del movimiento nazi en este periodo; Fischer, «Ernst Julius Röhm», para detalles de la incómoda relación de Röhm con Hitler.

54. Kershaw, *Hitler,* I. 180-85.

55. Adrian Lyttelton, *The Seizure of Power: Fascism in Italy 1919-1929* (Londres, 1973), sigue siendo el estudio clásico; Denis Mack Smith, *Mussolini* (Londres, 1981) es una biografía cáustica; Richard J. B. Bosworth, *Mussolini* (Londres, 2002) es una buena semblanza reciente; Franz-Willing, *Ursprung*, 126-7, para el origen de las normas del Partido Nazi. Para contactos e influencias, véase Klaus-Peter Hoepke, *Die deutsche Rechte und der italienische Faschismus: Ein Beitrag zum Selbstverständnis und zur Politik von Gruppen und Verbänden der deutschen Rechten* (Düsseldorf,1968), esp.186-94 y292-5.

56. El mejor estudio general, entre una extensa y polémica literatura, es Stanley G. Payne, *A History of Fascism 1914-1945* (Londres, 1995), y Kevin Passmore, *Fascism: A Very Short Introduction* (Oxford, 2002), la relación breve más útil. Roger Griffin, *International Fascism - Theories, Causes and the New Consensus* (Londres, 1998) es un texto teórico influyente; Kershaw, *The Nazi Dictatorship*, 26-46, da, como es habitual, una relación equilibrada y sensata de la historiografía.

57. AT 567, 199, en Merkl *Political Violence*, 196-7.

58. AT 206, 379, *ibid*.; para un enfoque insólito del caso Schlageter, véase Karl Radek, «Leo Schlageter: The Wanderer in the Void», en Kaes *et al*. (eds.), *The Weimar Republic Sourcebook*, 312-14 (originalmente «Leo Schlageter: Der Wanderer ins Nichts», *Die Rote Fahne*, 144 (26 de junio de 1923). Para una descripción detallada de la «resistencia pasiva», que destaca sus raíces populares, véase Fischer, *The Ruhr Crisis*, 84-181; para antecedentes de Schlageter en los Cuerpos Libres, Waite, *Vanguard*, 235-8; para la campaña de sabotajes organizada entre bastidores por el Ejército alemán, Gerd Krüger, «"Ein Fanal des Widerstandes im Ruhrgebiet": Das "Unternehmen Wesel" in der Osternacht des Jahres 1923. Hingergründe eines angeblichen "Husarenstreiches"», *Mitteilungsblatt des Instituts für Soziale Bewegungen*, 4 (2000), 95140.

59. Sander L. Gilman, *On Blackness without Blacks: Essays on the Image of the Black in Germany* (Boston, 1982).

60. AT 183, en Merkl, *Political Violence*, 193.

61. Gisela Lebeltzer, «Der “Schwarze Schmach”»; Vorurteile - Propaganda - Mythos», *Geschichte und Gesellschaft*, 11 (1985), 37-58; Keith Nelson, «“The Black Horror on the Rhine”: Race as a Factor in Post-World War I Diplomacy», *Journal of Modern History*, 42 (1970), 606-27; Sally Marks, «Black Watch on the Rhine: A Study in Propaganda, Prejudice and Prurience», *European Studies Review*, 13 (1983), 297-334. Para su destino final, véase Reiner Pommerin, «*Sterilisierung der Rheinlandbastarde»: Das Schicksal einer farbigen deutschen Minderheit 1918-1937* (Düsseldorf, 1979).

62. Richard J. Evans, «Hans von Hentig and the Politics of German Criminology», en Angelika Ebbinghaus y Karl Heinz Roth (eds.), *Grenzgange: Deutsche Geschichte des 20. Jahrhunderts im Spiegel von Publizistik, Rechtsprechung und historischer Forschung* (Lüneburg, 1999), 238-64.

63. Kershaw, *Hitler*, I. 185-91; Georg Franz-Willing, *Krisenjahr der Hitlerbewegung 1923* (Preussisch Oldendorf, 1975); Helmuth Auerbach, «Hitlers politische Lehrjahre und die Münchner Gesellschaft 1919-1923», *VfZ*, 25 (1977), 1-45; Franz-Willing, *Ursprung*, 266-99; Ernst Hanfstaengl, *Zwischen Weissem und Braunem Haus: Memoiren eines politischen Aussenseiters* (Munich, 1970).

64. Los puntos de vista de Hitler pueden verse en Hitler, *Hitler's Table Talk*, 154-6. Hay una excelente versión en Robin Lenman, «Julius Streicher and the Origins of the NSDAP in Nuremberg, 1918-1923», en Nicholls y Matthias (eds.), *German Democracy*, 161-74 (la fuente para la opinión del verso de Streicher). Para un estudio de los camisas pardas de la ciudad, véase Eric G. Reiche, *The Development of the SA in Nürnberg, 1922-34* (Cambridge, 1986).

65. Anthony Nicholls, «Hitler and the Bavarian Background to National Socialism», en*idem* y Matthias(eds.), *German Democracy*,111.

66. Franz-Willing, *Krisenjahr*, 295-318; para las actividades de Ludendorff, véase *idem*, *Putsch und Verbotszeit der Hitlerbewegung November 1923-Februar 1925* (Preussisch Oldendorf, 1977), 9-65.

67. Fest, *The Face*, 113-29; Richard Overy, *Goering: The «Iron Man»* (Londres, 1984); Alfred Kube, «Hermann Goering: Second Man in the Third Reich», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 62-73, califica a Göring como un conservador «imperialista tardío»; véase también, del mismo autor, *Pour le mérite und Hakenkreuz: Hermann Goering im Dritten Reich* (2.ª ed., Munich, 1987 [1986]), 4-21; Stefan Martens, *Hermann Goering: «Erster Paladin des Führers» und «Zweiter Mann im Reich»* (Paderborn, 1985), 15-19; Werner Maser, *Hermann Göring: Hitlers janusköpfiger Paladin: Die politische Biographie* (Berlín, 2000), 13-55.

68. Franz-Willing, *Krisenjahr*, detalla las vicisitudes del partido en 1923. Harold J. Gordon, *Hitler and the Beer Hall Putsch* (Princeton, 1972), aporta una exposición exhaustiva del trasfondo político: véase especialmente 25-184 (parte I: «The Contenders in the Struggle for Power»). Para el registro documental, véase Ernst Deuerlein (ed.), *Der Hitler-Putsch: Bayerische Dokumente zum* 8./9. *November 1923* (Stuttgart, 1962), 153-308; más brevemente en Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 184202.

69. Karl Alexander van Müller, testimonio en el juicio de Hitler, citado en Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 192-6.

70. Entre las muchas descripciones de estos acontecimientos, véase Kershaw, *Hitler*, I. 205-12; Gordon, *Hitler and the Beer Hall Putsch*, 270409; Franz-Willing, *Putsch und Verbotszeit*, 66-141; Deuerlein (ed.), *Der Hitler-Putsch*, esp. 308-417 y 487-515; hay documentos seleccionados traducidos en Noakes y Pridham (ed.), *Nazism*, I. 26-34. Para Göring, véase Maser, *Hermann Göring*, 58-78.

71. Bernd Steger, «Der Hitlerprozess und Bayerns Verhaltnis zum Reich 1923/24», *VfZ*, 23 (1977), 441-66.

72. Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 203-230; Lothar Gruchmann y Reinhard Weber (eds.), *Der Hitler-Prozess 1924*: *Wortlaut der Hauptverhandlung vor dem Volksgericht München I* (2 vols., Munich, 1997, 1999), para el juicio y la transcripción completa. Véase también Otto Gritschneider, *Bewährungsfrist für den Terroristen Adolf H.: Der Hitler-Putsch und die bayerische Justiz* (Munich, 1990), e *idem*, *Der HitlerProzess und sein Richter Georg Neithardt: Skandalurteil von 1924 ebnet Hitler den Weg* (Munich, 2001).

73. Citado en Tyrell, *Führer befiehl*, 67, traducción en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, I. 34-5 (algo corregido); las declaraciones completas de Hitler en el juicio, en Jackel y Kuhn (eds.), *Hitler*, 1.061-216; también Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 203-28.

74. Véase la relación de su génesis y composición en Kershaw, *Hitler,* I. 240-53.

75. Hitler, *Mein Kampf*, 307.

76. *Ibid*., 597-99. La importancia de estas ideas para la «visión del mundo» de Hitler, en Eberhard Jackel, *Hitler's Weltanschauung: A Blueprint for Power* (Middletown, Conn., 1972 [1969]).

77. Adolf Hitler, *Hitler's Secret Book* (Nueva York, 1961); Martin Broszat, «Betrachtungen zu "Hitlers Zweitem Buch"», *VfZ*, 9 (1981), 417-29.

78. Werner Maser, *Hitlers Mein Kampf: Geschichte, Auszüge, Kommentare* (Munich, 1966), aporta datos del libro, su composición y su suerte; Hermann Hammer, «Die deutschen Ausgaben von Hitlers "Mein Kampf "», *VfZ*, 4 (1956), 161-78, cubre su historia editorial. La idea de que Hitler era un oportunista ávido de poder sin objetivos coherentes fue básica para la biografía clásica de Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny* (Londres, 1953); el primero que planteó la tesis de la coherencia fue Hugh Trevor-Roper, «The Mind of Adolf Hitler», en Hitler, *Hitler's Table Talk*, vii-xxxv. Las rarezas de la la política exterior de Hitler y sus objetivos subyacentes se analizan en Geoffrey Stoakes, *Hitler and the Quest for World Dominion* (Leamington Spa, 1987).

79. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, 37-9.

80. Kershaw, *Hitler,* I. 218-19, 223-4 y 250-53; Broszat, *Der Staat Hitlers*, 13-16.

81. Kershaw, *Hitler*, I. 224-34. Para un estudio detallado del Partido Nazi después del juicio y encarcelamiento de su caudillo, véase FranzWilling, *Putsch und Verbatszeit*, 162-285.

82. Donald Cameron Watt, «Die bayerischen Bemühungen um Ausweisung Hitlers 1924», *VfZ*, 6 (1958), 270-80. Véase, más en general, David Jablonsky, *The Nazi Party in Dissolution: Hitler and the Verbatszeit 1923-1925* (Londres, 1989), y Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 231-54.

83. Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 245.

84. Fest, *The Face*, 215; Longerich, *Die braunen Battaillone*, 51-2.

85. Kershaw, *Hitler*, I. 257-70.

86. Udo Kissenkoetter, «Gregor Strasser: Nazi Party Organizer or Weimar Politician?», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 224-34.

87. Gregor Strasser a Oswald Spengler, 8 de julio de 1925, en Oswald Spengler, *Spengler Letters 1913-1936* (ed. de Arthur Helps, Londres, 1966), 184.

88. Orlow, *The History of the Nazi Party*, I. 66-7; véase también, más en general, Udo Kissenkoetter, *Gregor Strasser und die NSDAP* (Stuttgart, 1978); Peter D. Stachura, *Gregor Strasser and the Rise of Nazism* (Londres, 1983); y Klepsch, *Nationalsozialistische Ideologie*, 143-50.

89. Elke Fröhlich, «Joseph Goebbels: The Propagandist», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 48-61; Ralf Georg Reuth, *Goebbels: Eine Biographie* (Munich, 1995), 11-75; y Michel Kai, *Vom Poeten zum Demagogen: Die schriftstellerischen Versuche Joseph Goebbels* (Colonia, 1999). Joachim C. Fest, «Joseph Goebbels: Eine Porträtskizze», *VfZ*, 43 (1995), 565-80, es una penetrante revaloración del carácter de Goebbels a la luz de su diario. Para el propio diario de Goebbels, véase Elke Fröhlich, «Joseph Goebbels und sein Tagebuch: Zu den handschriftlichen Aufzeichnungen von 1924 bis 1941», *VfZ*, 35 (1987), 489-522. La crítica de Bernd Sösemann, «Die Tagesaufzeichnungen des Joseph Goebbels und ihre unzulänglichen Veröffentlichungen», *Publizistik*, 37 (1992), 213-44, no convence; las transcripciones de Fröhlich no pretendían ser una edición de nivel académico, sino sólo un medio de poner los diarios a disposición de los historiadores.

90. Hugh Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler* (Londres, 1947), 67 (que cita a Speer en el mismo sentido); Fröhlich, «Joseph Goebbels», 48.

91. Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Gaebbels: Samtliche Fragmente*, parte I: *Aufzeichnungen 1924-1941*, I: *27. 6. 1924-31. 12. 1930* (Munich, 1987), 48 (23 de julio de 1924).

92. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/I. 134-5 (14 de octubre de 1925).

93. *Ibid*., 140-41 (6 de noviembre de 1925); véase, más en general, Reuth, *Goebbels*, 76-147.

94. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher,* I/I. 161-2 (15 de febrero de 1926).

95. Kershaw, *Hitler*, I. 270-77; Reuth, *Goebbels*, 76-107; Helmut Heiber (ed.), *The Early Goebbels Diaries: The Journals of Josef Goebbels from 1925-1926* (Londres, 1962), 66-7.

96. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/I. 171-3 (13 de abril de 1926) y 174-5 (19 de abril de 1926).

97. Kershaw, *Hitler*, I. 277-9; Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 255-302. La palabra «Gau» para ‘región’ evoca deliberadamente divisiones tribales de Alemania en la Alta Edad Media.

98. Kershaw, *Hitler*, I. 278-9; Orlow, *The History of the Nazi Party*, I. 6975.

99. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, I. 36-56; también Erwin Barth, *Joseph Goebbels und die Formierung des Führer-Mythos 1917 bis 1934* (Erlangen, 1999).

100. Para las actividades de Goebbels en Berlín, véase Reuth, *Goebbels*, 108-268.

101. Citado en *ibid*., 114.

102. Hoover Institution, Stanford, California: NSDAP Hauptarchiv microfilm reel 6 Akte 141: carta de Max Amann a Gustav Seifert, 27 de octubre de 1925.

103. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, I. 58.

104. Gerhard Schulz, *Zwischen Demokratie und Diktatur: Verfassungspolitik und Reichsreform in der Weimarer Republik* (3 vols., Berlín, 1963-92), II: *Deutschland am Vorabend der Grossen Krise* (Berlín, 1987), 149-307; Robert G. Moeller, «Winners as Losers in the German Inflation: Peasant Protest over the Controlled Economy», en Gerald D. Feldman *et al*. (eds.), *The German Inflation*: A *Preliminary Balance* (Berlín,1982),255-88.

105. Shelley Baranowski, *The Sanctity of Rural Life: Nobility, Protestantism and Nazism in Weimar Prussia* (Nueva York, 1995), 12023.

106. John E. Farquharson, *The Plough and the Swastika: The NSDAP and Agriculture in Germany, 1928-1945* (Londres, 1976), 3-12, 25-33; Dieter Hertz Eichenrode, *Politik und Landwirtschaftin Ostpreussen 1919-1930*: *Untersuchung eines Strukturproblems in der Weimarer Republik* (Opladen, 1969), 88-9 y 329-37.

107. Dieter Gessner, *Agrardepression und Präsidialregierungen in Deutschland 1930-1933: Probleme des Agrarkapitalismus am Ende der Weimarer Republik* (Düsseldorf, 1977), 191-4; *idem*, *Agrarverbande in der Weimarer Republik: Wirtschaftliche und soziale Voraussetzungen agrarkonservativer Politik vor 1933* (Düsseldorf, 1976), 234-63.

108. Rudolf Rietzler, «*Kampf in der Nordmark*»: *Das Aufkommen des Nationalsozialismus in Schleswig-Holstein (1919-1928)* (Neumünster, 1982); Frank Bajohr (ed.), *Norddeutschland im Nationalsozialismus* (Hamburgo, 1993); y el estudio regional clásico de Jeremy Noakes, *The Nazi Party in Lower Saxony 1921-1933* (Oxford, 1971), esp. 104-7.

109. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, I. 15 y 61.

110. *Ibid*., 15 y 61, que cita Gottfried Feder, *Das Programm der NSDAP und seine weltansehauliehen Grundgedanken* (Munich, 1934), 15-18.

111. Rudolf Heberle, *Landbevölkerung und Nationalsozialismus: Eine soziologische Untersuchung der politischen Willensbildung in SehleswigHolstein 1918 bis 1932* (Stuttgart, 1963), 160-71; véase también *idem*, *From Democracy to Nazism: A Regional Case Study on Political Parties in Germany* (Nueva York, 1970 [1945]), un clásico temprano sobre sociología electoral. Sobre el movimiento para unificar a granjeros de todo tipo como un solo grupo de presión, véase Jens Flemming, *Landwirtschaftliche Interessen und Demokratie: Ländliche Gesellschaft, Agrarverbande und Staat 1890-1925* (Bonn, 1978), 323-7.

112. Claus-Christian W. Szejnmann, *Nazism in Central Germany: The Brownshirts in «Red» Saxony* (Nueva York, 1999), 50-51; Falter *et al., Wahlen*, 98.

113. Geoffrey Pridham, *Hitler's Rise to Power: The Nazi Movement in Bavaria 1923-1933* (Londres, 1973), 84-6.

114. Orlow, *The History of the Nazi Party*, I. 173-5 (se exagera un poco la coherencia de la estrategia electoral de los nazis); Winkler, *Weimar*, 344-56.

115. Tyrell, *Vom Trommler*, 163-73, para citas; *idem* (ed.), *Führer befiehl*, 129-30 y 163-4; Kershaw, *Hitler*, I. 294.

116. Orlow, *The History of the Nazi Party*, I. 167-71.

117. *Ibid*., 171-3.

118. Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family, and Nazi Polities* (Londres, 1987), 72-80.

119. Jill Stephenson, *The Nazi Organisation of Women* (Londres, 1981), 23-74.

120. Peter D. Stachura, *Nazi Youth in the Weimar Republic* (Santa Barbara, California, 1975); Laqueur, *Young Germany*, 193; Arno Klönne, *Jugend im Dritten Reich: Dokumente und Analysen* (Colonia, 1982); Hans-Christian Brandenburg, *Die Geschichte der HJ. Wege und Irrwege einer Generation* (Colonia, 1968); Stachura, *The German Youth Movement*.

121. Daniel Horn, «The National Socialist *Schülerbund* and the Hitler Youth, 1929-1933», *Central European History*, 11 (1978), 355-75; Martin Klaus, *Mädchen in der Hitlerjugend: Die Erziehung zur «deutschen Frau»* (Colonia, 1980).

122. Baldur von Schirach, *Die Feier der neuen Front* (Munich, 1929). Véase Michael Wortmann, «Baldur von Schirach: Student Leader, Hitler Youth Leader, *Gauleiter* in Vienna», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 202-11.

123. Véase Arthur D. Brenner, *Emil J. Gumbel: Weimar German Pacifist and Professor* (Boston, 2001); cita de *Deutsche Republik*, 2 de julio de 1932, en Steven P. Remy, *The Heidelberg Myth: The Nazification and Denazification of a German University* (Cambridge, Massachusetts, 2002), 11.

124. Geoffrey J. Giles, «The Rise of the National Socialist Students' Association and the Failure of Political Education in the Third Reich», en Peter D. Stachura (ed.), *The Shaping of the Nazi State* (Londres, 1978), 160-85; Wortmann, «Baldur von Schirach», 204-5; Kater, *Studentenschaft und Rechtsradikalismus;* Anselm Faust, *Der Nationalsozialistische Deutsche Studentenbund: Studenten und Nationalsozialismus in der Weimarer Republik* (Düsseldorf, 1973); Giles, *Students;* Steinberg, *Sabers and Brown Shirts;* Michael Grüttner, *Studenten im Dritten Reich* (Paderborn, 1995), 19-42 y 60.

125. Hans-Gerhard Schumann, *Nationalsozialismus und Gewerkschaftsbewegung: Die Vernichtung der deutschen Gewerkschaften und der Aufbau der «Deutschen Arbeitsfront»* (Hannover, 1958).

126. Merkl, *Political Violence*, 120, 208, 217, 220, 239, 244, 306, 372-3, 427 y 515-16.

127. Hamel, *Völkischer Verband*.

128. AT 271, en Merkl, *Political Violence*, 516.

129. Orlow, *The History of the Nazi Party*, I. 271-6.

130. Merkl, *Political Violence*, valora la fiabilidad de estas versiones en la introducción e intenta hacer un análisis cuantitativo; Abel, *Why Hitler*, valora la fiabilidad de los «biogramas» en la introducción, pp. 4-9. Para un análisis similar de ensayos autobiográficos de nazis antes de 1933 escritos en 1936-1937, véase Christoph Schmidt, «Zu den Motiven "alter Kämpfer" in der NSDAP», en Detlev Peukert y Jürgen Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen: Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus* (Wuppertal, 1981), 21-44.

131. Merkl, *Political Violence*, 446-7.

132. AT 140, *ibid*., 551.

133. *Ibid*., 453, 457 y 505-9; para el papel de la propaganda nazi en este periodo, véase Richard Bessel, «The Rise of the NSDAP and the Myth of Nazi Propaganda», *Wiener Library Bulletin*, 33 (1980), Ian Kershaw, «Ideology, Propaganda, and the Rise of the Nazi Party», en Peter D. Stachura (ed.), *The Nazi Machtergreifung, 1933* (Londres, 1983), 162-81; y, sobre todo, Gerhard Paul, *Aufstand der Bilder: Die NS-Propaganda vor* 1933 (Bonn, 1990).

134. Merkl, *Political Violence*, 313-63 y 383-4.

135. Rudolf Höss, *Commandant of Auschwitz* (Londres, 1959 [1951]), 42-61.

136. *Ibid*., 61-3.

137. Jochen von Lang, «Martin Bormann: Hitler's Secretary», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 7-17; Fest, *The Face*, 191-206.

138. Waite, *Vanguard*, acuñó la frase; Merkl, *Political Violence*, lo desdeña demasiado fácilmente.

139. AT 493, en Merkl, *Political Violence*, 375.

140. AT 382, *ibid*., 440.

141. AT 434 y 464, *ibid*., 444-5.

142. AT 31, *ibid*., 544-5.

143. AT 520, *ibid*., 420.

144. AT 415, *ibid*., 400.

145. AT 59, *ibid*., 654.

146. AT 548, *ibid*., 416.

147. AT 8, 31 y 32, *ibid*., 486-7.

148. AT 22, *ibid*., 602; documentación sobre el incidente del tren en Martin Broszat, «Die Anfange der Berliner NSDAP 1926/27», *VfZ*, 8 (1960), 85118, en 115-18.

149. Merkl, *Political Violence*, 617.

150. Giles, «The Rise», 163.

151. Merkl, *Political Violence*, 699.

152. Max Domarus (ed.), *Hitler: Speeches and Proclamations 1932-1945: The Chronicle of a Dictatorship* (4 vols., Londres, 1990- [1962-3]), I. 114 (discurso para el Club de la Industria, Düsseldorf).

153. Turner, *German Big Business*, 114-24. Para los comunistas, véase Weber, *Die Wandlung*, I. 294-318.

154. AT 38, en Merkl, *Political Violence*, 539.

155. AT 416 y 326, *ibid*., 540.

156. AT 4, *ibid*., 571.

157. Melita Maschmann, *Account Rendered: A Dossier on my Former Self* (Londres, 1964), 174-5.

158. Thomas Krause, *Hamburg wird braun: Der Aufstieg der NSDAP 1921-1933* (Hamburgo, 1987), 102-7, una crítica convincente de Michael Kater, *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945* (Oxford,1983),32-8. El censo de 1935 da la fecha de ingreso en el partido de cada miembro, de manera que se puede determinar la composición del partido en cualquier fecha dada.

159. Detlef Mühlberger, «A Social Profile of the Saxon NSDAP Membership before 1933», en Szejnmann, *Nazism*, 211-19; más en general, Broszat, *Der Staat Hitlers*, 49-53; Detlef Mühlberger, *Hitler's Followers: Studies in the Sociology of the Nazi Movement* (Londres, 1991); y Peter Manstein, *Die Mitglieder und Wähler der NSDAP 1919-1933: Untersuchungen zu ihrer schichtmässigen Zusammensetzung* (Frankfurt am Main, 1990 [1987]).

160. Josef Ackermann, «Heinrich Himmler: Reichsführer-SS», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 98-112; Alfred Andersch, *Der Vater eines Mörders: Eine Schulgeschichte* (Zurich, 1980), sobre el padre de Himmler; Bradley F. Smith, *Heinrich Himmler 1900-1926: A Nazi in the Making* (Stanford, Calif., 1971), es la obra clásica sobre los primeros años de Himmler.

161. Citado en Ackermann, «Heinrich Himmler», 103; véase también Josef Ackermann, *Himmler als Ideologe* (Göttingen, 1970).

162. Heinz Höhne, *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS* (Stanford, California, 1971 [1969]), 26-39.

163. Fest, *The Face*, 171-90, aunque, como muchos otros autores que escriben sobre Himmler, adopta una actitud demasiado despectiva. Himmler, fuese lo que pudiese haber sido, no fue nunca ni vacilante ni pequeñoburgués ni mediocre, como pretende Fest. Véase Höhne, *The Order*, 26-8, para una muestra de descripciones vívidas de Himmler, llenas la mayoría de perspicacia.

164. *Ibid*., 40-46; para Darré, véase también Gustavo Comí, «Richard Walther Darré: The Blood and Soil Ideologue», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 18-27; y Horst Gies, *R. Walther Darré und die nationalsozialistische Bauernpolitik 1930 bis 1933* (Frankfurt am Main, 1966).

165. Höhne, *The Order*, 46-69; Hans Buchheim, «The SS - Instrument of Domination», en Helmut Krausnick *et al., Anatomy of the SS State* (Londres, 1968), 127-203, en 140-43.

1. Citado en Elizabeth Harvey, «Youth Unemployment and the State: Public Policies towards Unemployed Youth in Hamburg during the World Economic Crisis», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 142-70, en 161; véase también Wolfgang Ayass, «Vagrants and Beggars in Hitler's Reich», en Richard J. Evans (ed.), *The German Underworld: Deviants and Outcasts in German History* (Londres, 1988), 210-237, en 210.

2. Gertrud Staewen-Ordermann, *Menschen der Unordnung: Die proletarische Wirklichkeit im Arbeitsschicksal der ungelernten Grossstadtjugend*(Berlín,1933),86, citado en Detlev J. K. Peukert, *Jugend zwischen Krieg und Krise: Lebenswelten von Arbeiterjungen in der WeimarerRepublik*(Colonia, 1987), 184; versión inglesa en *idem*, «The Lost Generation: Youth Unemployment at the End of the Weimar Republic», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 172-93, en 185.

3. Ruth Weiland, *Die Kinder der Arbeitslosen* (Eberswalde-Berlín, 1933), 40-42, citado en Peukert, *Jugend*, 184.

4. Staewen- Ordemann, *Menschen der Unordnung*, 92, citado en Peukert, «The Lost Generation», 182.

5. Peukert, *Jugend*, 251-84; Eve Rosenhaft, «The Unemployed in the Neighbourhood: Social Dislocation and Political Mobilisation in Germany 1929-33», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 194-227, esp.209-11;*idem*, «Organising the "Lumpenproletariat": Cliques and Communists in Berlin during the Weimar Republic», en Richard J. Evans (ed.), *The German Working Class 1888-1933: The Politics of Everyday Life* (Londres, 1982), 174-219; *idem*, «Links gleich rechts? Militante Strassengewalt um 1930», en Thomas Lindenberger y Alf Lüdtke (eds.), *Physische Gewalt: Studien zur Geschichte der Neuzeit* (Frankfurt am Main, 1995), 239-75; Hellmut Lessing y Manfred Liebel, *Wilde Cliquen: Szenen einer anderen Arbeiterbewegung* (Bensheim, 1981).

6. James, *The German Slump*, 132-46.

7. Véase, en general, Patricia Clavin, *The Great Depression in Europe, 1929-1939* (Londres, 2000), que destaca el fracaso de la cooperación internacional.

8. Charles P. Kindleberger, *The World in Depression 1929-1939* (Berkeley, 1987 [1973]), 104-6.

9. Véase la gráfica descripción de Piers Brendon, *The Dark Valley: A Panorama of the 1930s* (Londres, 2000), 62-5.

10. Charles H. Feinstein *et al., The European Economy between the Wars* (Oxford, 1997), 95-9; Theo Balderston, *The Origins and Course of the German Economic Crisis, 1923-1932* (Berlín, 1993); Balderston, *Economics*, 77-99, destaca la falta de confianza internacional.

11. Feinstein *et al*., *The European Economy*, 104-9; Brendan Brown, *Monetary Chaos in Europe: The End of an Era* (Londres, 1988).

12. Véase, en general, Dieter Gessner, *Agrardepression und Präsidialregierungen*, y Farquharson, *The Plough and the Swastika*, 1-12.

13. Dietmar Petzina, «The Extent and Causes of Unemployment in the Weimar Republic», en Peter D. Staehura (ed.), *Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany* (Londres, 1986), 29-48, esp. cuadro 2.3, p. 35, basado en la utilísima recopilación de Dietmar Petzina *et al., Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch, III: Materialien zur Geschichte des Deutschen Reiches 1914-1945* (Munich, 1978).

14. Datos de Preller, *Sozialpolitik*, 440.

15. Helgard Kramer, «Frankfurt's Working Women: Scapegoats or Winners of the Great Depression?», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 108-41, esp. 112-14.

16. Preller, *Sozialpolitik*, 374 y 420-21.

17. Rosenhaft, «The Unemployed in the Neighbourhood», un gráfico retrato; véase, más en general, del mismo autor, *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence 1929-1933* (Cambridge, 983), y Klaus-Michael Mallmann, *Kommunisten in der Weimarer Republik: Sozialgeschichte einer revolutionären Bewegung* (Darmstadt, 1996), 25261. Para la polémica sobre el libro de Mallmann véase Andreas Wirsching, "Stalinisierung" oder entideologisierte "Nisehengesellschaft"? Alte Einsiehten und neue Thesen zum Charakter der KPD in der Weimarer Republik», *VfZ*, 45 (1997), 449-66, y Klaus-Michael Mallmann, «Gehorsame Parteisoldaten oder eigensinnige Akteure? Die Weimarer Kommunisten in der Kontroverse - eine Erwiderung», *VfZ*, 47 (1999), 401-15.

18. Anthony McElligott, «Mobilising the Unemployed: The KPD and the Unemployed Workers' Movement in Hamburg- Altona during the Weimar Republic», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 228-60; Michael Schneider, *Unterm Hakenkreuz: Arbeiter und Arbeiterbewegung 1933 bis 1939* (Bonn, 1999), 47-52.

19. Más en general, véase Anthony McElligott, *Contested City: Municipal Politics and the Rise of Nazism in Altona, 1917-1937* (Ann Arbor, 1998).

20. Mallmann, *Kommunisten*, 261-83 y 381-94.

21. Jan Valtin (pseud. de Riehard Krebs), *Out of the Night* (Londres, 1941), 3-36. Para la mezcla de verdad y ficción en esta notable obra, un éxito de ventas, véase Michael Rohrwasser, *Der Stalinismus und die Renegaten: Die Literatur der Exkommunisten* (Stuttgart, 1991), y sobre todo Dieter Nelles, «Jan Valtins "Tagebuch der Hölle"» - Legende und Wirklichkeit eines Schlüsselromans der Totalitarismustheorie», 1999: *Zeitschrift für Sozialgeschichte des 20. und 21. Jahrhunderts*, 9 (1994) 11-45. El libro («un clásico socialista») lo reeditó un grupo trotskista en Londres en 1988 con un excelente «Epílogo» de Lynn Walsh y otros, con valiosos datos sobre la vida y la obra del autor (659-74). Véase también el reciente estudio de Ernst van Waldenfels, *Der Spion, der aus Deutschland kam: Das geheime Leben des Seemanns Richard Krebs* (Berlín, 2003).

22. Valtin, *Out of the Night* (ed. 1941), 36-7.

23. *Ibid*., 64-78.

24. *Ibid*., 79-328.

25. Dick Geary, «Unemployment and Working-Class Solidarity: Experience 1929-33», en Evans y Geary (eds.), *The German Unemployed*, 261-80.

26. Weber, *Die Wandlung*, 243-7; Fowkes, *Communism*, 145-70; Weitz, *Creating German Communism*, 284-6.

27. Hannes Heer, *Ernst Thälmann in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten* (Reinbek, 1975); Willi Bredel, *Ernst Thälmann: Beitrag zu einem politischen Lebensbild* (Berlín, 1948); Irma Thälmann, *Erinnerungen an meinen Vater* (Berlín, 1955).

28. KIemperer, *Leben sammeln*, II. 721 (16 de julio de 1931).

29. McElligott, *Contested City*, 163.

30. Caplan, *Government*, 54 (cuadro 2).

31. *Ibid*., 100-30.

32. Kershaw, *Hitler*, I. 325-9; Günter Bartsch, *Zwischen drei Stühlen: Otto Strasser. Eine Biographie* (Coblenza, 1990); Patrick Moreau, *Nationalsozialismus von «links»: Die «Kampfgemeinschaft Revolutionärer Nationalsozialisten» und die «Schwarze Front» Otto Strassers 1930-1935* (Stuttgart, 1984).

33. Domarus, *Hitler,* I. 88-114.

34. Turner, *German Big Business*, 191-219.

35. Para una exposición detallada, véase Bracher, *Die Auflösung*, 287389; Dorpalen, *Hindenburg*, 163-78; Wheeler- Bennett, *Hindenburg*, 33649; Winkler, *Der Schein*, 726-823.

36. Bracher, *Die Auflösung,* 229-84, para un amplio análisis de la política del Reichswehr en la crisis; véase también Bracher *et al., Die nationalsozialistische Machtergreifung*, III. 1-55; Carsten, *The Reichswehr*, 309-63; cita de Groener en Thilo Vogelsang, *Reichswehr, Staat und NSDAP: Beiträge zur deutschen Geschichte 1930-1932* (Stuttgart,1962),95.

37. Carsten, *The Reichswehr*, 310-11.

38. *Ibid*., 318-21; Broszat, *Der Staat Hitlers*, 25.

39. Kershaw, *Hitler*, I. 337-8; Peter Bucher, *Der Reichswehrprozess: Der Hochverrat der Ulmer Reichswehroffiziere 1929-30* (Boppard, 1967), esp. 237-80; Deuerlein, *Der Aufstieg*, 328-42; Reuth, *Goebbels*, 176.

40. Bucher, *Der Reichswehrprozess*, proporciona datos completos.

41. Carsten, *The Reichswehr*, 323.

42. Heinrich Brüning, *Memoiren 1918-1934* (ed. de Claire Nix y Theoderich Kampmann, Stuttgart, 1970); William L. Patch, Jr., *Heinrich Brüning and the Dissolution of the Weimar Republic* (Cambridge, 1998), esp. 1-13; para valoraciones discrepantes de la fiabilidad de estas memorias, véase Hans Mommsen, «Betrachtungen zu den Memoiren Heinrich Brünings», *Jahrbuch für die Geschichte Mittelund Ostdeutschlands*, 22 (1973), 270-80; Ernest Hamburger, «Betrachtungen über Heinrich Brünings Memoiren», *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, 8 (1972), 18-39; Arnold Brecht, «Gedanken über Brünings Memoiren», *Politische Vierteljahresschrift*, 12 (1971), 607-40.

43. Patch, *Heinrich Brüning*, es una defensa de Brüning bien informada y excelentemente investigada, que actualiza en ese sentido a Werner Conze; véase la recensión de Conze de la primera edición de Bracher, *Die Auflösung*, en *Historische Zeitschrift*, 183 (1957), 378-82; es más crítico Bracher, *DieAuflösung*,303-528, e*idem*, «Brünings unpolitische Politik und die Auflösung der Weimarer Republik», *VfZ* 19 (1971), 113-23. Para una valoración equilibrada del significado de 1930, véase Hans Mommsen, «Das Jahr 1930 als Zäsur in der deutschen Entwicklung der Zwischenkriegszeit», en Lothar Ehrlich y Jürgen John (eds.), *Weimar 1930: Politik und Kultur im Vorfeld der NS-Diktatur* (Colonia, 1998). Hans Mommsen, *The Rise and Fall*, 291-5, contiene un esbozo caracteriológico crítico y perspicaz. Astrid Luise Mannes, *Heinrich Brüning: Leben, Wirken, Schicksal* (Munich, 1999), es una buena biografía reciente; Herbert Hömig, *Brüning: Kanzler in der Krise der Republik. Eine Weimarer Biographie* (Paderborn, 2000), un importante estudio académico que intenta adoptar una perspectiva imparcial.

44. Brüning, *Memoiren*, 247-8.

45. Véase Fulda, «Press and Politics», 234-42.

46. Bernd Weisbrod, «Industrial Crisis Strategy in the Great Depression», en Jürgen Freiherr von Krudener (ed.), *Economic Crisis and Political Collapse: The Weimar Republic, 1924-1933* (Nueva York, 1990), 45-62; Peter-Christian Witt, «Finanzpolitik als Verfassungsund Gesellschaftspolitik: Überlegungen zur Finanzpolitik des Deutschen Reiches in den Jahren 1930 bis 1932», *Geschichte und Gesellschaft*, 8 (1982),387-414.

47. Hömig, *Brüning*, 211-24.

48. Aldcroft, *From Versailles*, 156-86.

49. Kent, *The Spoils of War*, 322-72; Hömig, *Brüning*, 235-57 y 270-83.

50. Preller, *Sozialpolitik*, 165 y 440-48.

51. Kindleberger, *The World in Depression*, 159-76.

52. James, *The German Slump*, 283-323.

53. Hömig, *Brüning*, 345-77.

54. Barry Eichengreen, *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression, 1919-1939* (Oxford, 1992), 270-78 y 286.

55. Sobre planes para la reforma de la Constitución, véase el extenso estudio de Schulz, *Zwischen Demokratie und Diktatur*.

56. Kent, *The Spoils of War*, 342-3; Patch, *Heinrich Brüning*, 162-4.

57. Werner Jochmann, «Brünings Deflationspolitik und der Untergang der Weimarer Republik», en Dirk Stegmann *et al*. (eds.), *Industrielle Gesellschaft und politisches System: Beiträge zur politischen Sozialgeschichte. Festschrift für Fritz Fischer zum siebzigsten Geburtstag* (Bonn, 1978), 97-112.

58. Carl-Ludwig Holtfrerich, «Economic Policy Options and the End of the Weimar Republic», en Kershaw (ed.), *Weimar*, 58-91, esp. 65-72. El estudio clásico sobre el tema es el muy discutido «Zwangslagen und Handlungsspielräume in der grossen Wirtschaftskrise der frühen dreissiger Jahre: Zur Revision des überlieferten Geschichtsbildes», de Knut Borchardt, publicado por primera vez en 1979 y reimpreso en Knut Borchardt, *Wachstum, Krisen, Handlungsspielräume der Wirtschaftspolitik* (Göttingen, 1982), 165-82, e *idem*, *Perspectives on Modern German Economic History and Policy* (Cambridge, 1991).

59. Kindleberger, *The World in Depression*, 174; Patch, *Heinrich Brüning*, 111-15, 156-64,193 y 206-13.

60. Deutsches Volkslied-Archiv, Freiburgim-Breisgau, Gr. II (citado en Evans, *Rituals*, 531 n. 14).

61. Para los decretos extraordinarios de Brüning y la política económica de la última fase de su cancillería, véase Hömig, *Brüning*, 429-68.

62. Patch, *Heinrich Brüning*, 13 y 243-4.

63. Nicholls, *Weimar*, 179; Winkler, *Der Weg*, 178-202.

64. Wolfgang Michalka y Gottfried Niedhart, *Die ungeliebte Republik; Dokumente zur Innenund Aussenpolitik Weimars 1918-1933* (Munich, 1980), 62, 262 y 283-4; Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, I. 70-81; Paul, *Aufstand*, 90-95.

65. Hiller von Gaertringen, «Die Deutschnationale Volkspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 549-54.

66. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/I. 603 (15 de septiembre de 1930).

67. *Deutsche Allgemeine Zeitung* y *Die Rote Fahne*, 16 de septiembre de 1930, citado en Falter, *Hitlers Wähler*, 32.

68. *Ibid*., 33.

69. Paul, *Aufstand*, 90-94; Richard Bessel, *Political Violence and the Rise of Nazism: The Storm Troopers in Eastern Germany 1925-1934* (Londres, 1984), 22-3.

70. Ésa es la tesis principal de Richard F. Hamilton, *Who Voted for Hitler*? (Princeton, 1981). Para una crítica penetrante de la falacia ecológica de Hamilton, véase Krause, *Hamburg wird braun*, 176-7; Hamilton indica una alta correlación entre zonas con una renta media elevada y un elevado porcentaje de voto nazi sin indicar que esas zonas tenían también una elevada población de judíos acomodados que era improbable que hubiesen votado al Partido Nazi; lo más probable es que el voto nazi de esas zonas procediese de pequeños empresarios, tenderos, oficinistas, empleados y grupos similares.

71. Falter, *Hitlers Wähler*, 99, 110 y 151-4.

72. *Ibid*., 136-46; Richard J. Evans, «German Women and the Triumph of Hitler», *Journal of Modern History*, 48 (1976), 123-75; Helen L. Boak, «"Our Last Hope": Women's Votes for Hitler - A Reapprai- sal», *German Studies Review*, 12 (1989), 289-310; Gerhard Schulz (ed.), *Ploetz Weimarer Republik: Eine Nation in Umbruch* (Friburgo, 1987), 166.

73. Falter, *Hitlers Wähler*, 154-93. Véase también el interesante análisis de la «pérdida de legitimidad de las elites conservadoras y liberales» en Rohe, *Wahlen*, 140-63.

74. Paul, *Aufstand*, 93-4.

75. Falter, *Hitlers Wähler*, 194-230; Falter *et al., Wahlen*, 44.

76. Jürgen Falter, «How Likely were Workers to Vote for the NSDAP?», en Callan Fischer (ed.), *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany* (Oxford, 1996), 9-45; Szejnmann, *Nazism*, 219-29.

77. Para una buena guía breve de la literatura polémica, con más referencias, véase Dick Geary, «Nazis and Workers before 1933», *Australian Journal of Politics and History*, 48 (2002), 40-51.

78. Falter, *Hitlers Wähler*, 230-66; Hans Speier, *German White-Collar Workers and the Rise of Hitler* (New Haven, 1986).

79. Thomas Childers, *The Nazi Voter: The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1981), 262-9.

80. Los intentos de explicar el éxito de los nazis por la reacción económicamente racional de diferentes grupos a su programa pasa por alto la cuestión básica (William Brustein, *The Logic of Evil: The Social Origins of the Nazi Party, 1925-1933* [New Haven, 1996]).

81. Rosenhaft, *Beating the Fascists*?, 60-64.

82. *Ibid*., 22-3 (se basa en archivos del proceso subsiguiente); Reuth, *Goebbels*, 157-62; Thomas Oertel, *Horst Wessel: Untersuchung einer Legende* (Colonia, 1988); Bernhard Fulda, «Horst Wessel: Media, Myth and Memory» (trabajo inédito para el Research Seminar in Modern European History, Universidad de Cambridge , noviembre de 2003); véase también «Ein politischer Totschlag», *Berliner Tageblatt*, 447 (23 de septiembre de 1930).

83. Tyrell, *Führer befiehl*, 296-7 (se basa en un informe policial de Munich sobre una concentración de camisas pardas de noviembre de 1929, que daba una versión un poco distinta del tercer verso de la tercera estrofa. La cuarta estrofa es una repetición de la primera).

84. Reuth, *Goebbels*, 162 y 643, n. 109.

85. Tyrell, *Führerbefiehl*,288-9.

86. Rosenhaft, *Beating the Fascists*?, 6, da cifras de Adolf Ehrt, *Bewaffneter Aufstand! Enthüllungen über den kommunistischen Umsturzversuch amVorabend der nationalen Revolution* (Berlín,1933), 166; *Die Rote Fahne*, 21 de noviembre de 1931; Nationalsozialistischer Deutscher Frontkämpferbund (ed.), *DerNSDFB (Stahlhelm): Geschichte, Wesen und Aufgabe des Frontsoldatenbundes* (Berlín, 1935), 58-61; Rohe, *Das Reichsbanner*, 342; más en general, Diehl, *Paramilitary Politics, passim*.

87. Rosenhaft, *Beating the Fascists*?, 6, usa las mismas fuentes; Rohe, *Das Reichsbanner*, 342.

88. *Stenographische Berichte über die Verhandlungen des deutschen Reichstags*,445(1932),1.602-4.

89. Valtin, *Out of the Night*,218.

90. Rosenhaft, *Beating the Fascists*?, 8; Diehl, *Paramilitary Polities*, 287.

91. Para los efectos de la amnistía del 20 de enero de 1933 sobre la violencia en una ciudad alemana, véase William S. Allen, *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1922-1945* (Nueva York,1984 [1965]),146-7.

92. Peter Lessmann, *Die preussische Schutzpolizei in der Weimarer Republik: Streifendienst und Strassenkampf* (Düsseldorf, 1989); Eric D. Kohler, «The Crisis in the Prussian Schutzpolizei 1930-32», en George L. Mosse (ed.), *Police Forces in History* (Londres, 1975), 131-50; Hsi-Huey Liang, *The Berlin Police Force in the Weimar Republic* (Berkeley, 1970); Siegfried Zalka, *Polizeigeschichte: Die Exekutive im Lichte der historischen Konfliktforschung. Untersuchungen über die Theorie und Praxis der preussischen Schutzpolizei in der Weimarer Republik zur Verhinderung und Bekampfung innerer Unruhen* (Lübeck, 1979); Jürgen Siggemann, *Die kasernierte Polizei und das Problem der inneren Sicherheit in der Weimarer Republik: Eine Studie zum Aufund Ausbau des innerstaatlichen Sicherheitssystems in Deutschland 1918/19-1933* (Frankfurt am Main, 1980); Johannes Buder, *Die Reorganisation der preussischen Polizei 1918/1923* (Frankfurt am Main, 1986); Johannes Schwarz, *Die bayerische Polizei und ihre historische Funktion bei der Aufrechterhaltung der öffentlichen Sicherheit in Bayern von 1919 bis 1933* (Munich, 1977). Véase también la versión, interesante pero no siempre fidedigna, del antiguo jefe de la sección de orden público de la policía de Hamburgo, Lothar Danner, *Ordnungspolizei Hamburg: Betrachtungen zu ihrer Geschichte 1918-1933* (Hamburgo, 1958).

93. Para un útil y breve esbozo, véase Robert Gellately, *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy 1933-1945* (Oxford, 1990), 226; para una visión más amplia, Robert J. Goldstein, *Political Repression in Nineteenth-Century Europe* (Londres, 1983).

94. Christoph Graf, *Politische Polizei zwischen Demokratie und Diktatur* (Berlín, 1983).

95. Otto Buchwitz, 50 *Jahre Funktionar der deutschen Arbeiterbewegung* (Stuttgart, 1949), 129-36.

96. Thomas Kurz, «*Blutmai»: Sozialdemokraten und Kommunisten im Brennpunkt der Berliner Ereignisse von 1929* (Bonn, 1988); Chris Bowlby, «Blutmai 1929: Police, Parties and Proletarians in a Berlin Confrontation», *Historical Journal,* 29 (1986), 137-58; antecedentes en Eve Rosenhaft, «Working-Class Life and Working-Class Politics: Communists, Nazis, and the State in the Battle for the Streets, Berlín, 1928-1932», en Richard Bessel y Edgar J. Feuchtwanger (eds.), *Social Change and Political Development in Weimar Germany* (Londres, 1981), 207-40.

97. George C. Browder, *Hitler's Enforcers: The Gestapo and the SS Security Service in the Nazi Revolution* (Nueva York, 1996), 23-8.

98. Richard Bessel, «Militarisierung und Modernisierung: Polizeiliches Handeln in der Weimarer Republik», en Alf Lüdtke (ed.), «*Sicherheit» und «Wohlfahrt»: Polizei, Gesellschaft und Herrschaft im 19. und 20. Jahrhundert* (Frankfurt am Main, 1992), 323-43; Theodor Lessing, *Haarmann: Die Geschichte eines Werwolfs. Und andere Kriminalreportagen* (ed. de Rainer Marwedel, Frankfurt am Main, 1989); Evans, *Rituals,* 530-35, 591-610.

99. Browder, *Hitler's Enforcers*, 28-9; Danner, *Ordnungspolizei*, 223.

100. Eichengreen, *Golden Fetters*, 286; Hömig, *Brüning*, 525-36.

101. Patch, *Heinrich Brüning*, 148-9; Bessel, *Political Violence*, 54-66.

102. Höhne, *The Order*, 51-62.

103. Herbert, *Best,* 111-19; Patch, *Heinrich Brüning,* 225-7.

104. *Ibid*., 228-9.

105. *Ibid*., 249-51; Bessel, *Political Violence*, 29-31.

106. Patch, *Heinrich Brüning*, 251.

107. Bracher, *Die Auflösung*, 377-88.

108. Thomas Mergel, *Parlamentarische Kultur in der Weimarer Republik: Politische Kommunikation, symbolische Politik und Öffentlichkeit im Reichstag* (Düsseldorf, 2002), 179-81.

109. Carsten, *The Reichswehr*, 259-63 y 296-308. Breve y útil descripción de Schleicher en Henry Ashby Turner, Jr., *Hitler's Thirty Days to Power: January 1933* (Londres, 1996), 7 y 19-21. Para una perspicaz valoración de la relación de Schleicher con Groener, véase Theodor Eschenburg, «Die Rolle der Persönlichkeit in der Krise der Weimarer Republik: Hindenburg, Brüning, Groener, Schleicher», *VfZ*, 9 (1961), 1-29 esp. 713. Para la idea paradójica de que Schleicher quería en realidad preservar la democracia fortaleciendo el ejecutivo, siguiendo más o menos la línea adoptada por algunos historiadores respecto a Brüning, véase Wolfram Pyta, «Konstitutionelle Demokratie statt monarchischer Restauration: Die verfassungspolitische Konzeption Schleichers in der Weimarer Staatskrise», *VfZ*, 47 (1999), 417-41.

110. Rohe, *Das Reichsbanner*, 360-65.

111. Carsten, *The Reichswehr,* 333.

112. Otto Meissner, *Staatssekretar unter Ebert - Hindenburg - Hitler: Der Schicksalsweg des deutschen Volkes von 1918-1945 wie ich ihn erlebte* (Hamburgo, 1950), 215-17.

113. Rudolf Morsey, «Hitler als Braunschweiger Reigierungsrat», *VfZ*, 8 (1960), 419-48.

114. Donna Harsch, *German Social Democracy and the Rise of Nazism* (Chapel Hill, Carolina del Norte, 1993), 179.

115. *Vorwärts*, 10 de marzo de 1932, citado en Winkler, *Der Weg*, 514.

116. Harsch, *German Social Democracy*, 180, que cita Carla Mierendorff, «Der Hindenburgsieg 1932», *Sozialistische Monatshefte*, 4 de abril de 1932, 297; también Matthias, «Hindenburg zwischen den Fronten 1932», *VfZ*, 8, (1960), 75-84.

117. Winkler, *Der Weg*, 519; también Milatz, «Das Ende der Parteien im Spiegel der Wahlen 1930 bis 1933», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 743-93, en 61-6.

118. Falter, *et al., Wahlen*, 46; Broszat, *Der Staat Hitlers*, 44-5.

119. Paul, *Aufstand*, 98.

120. Bracher, *Die Auflösung,* 511-17, examina juiciosamente la polémica posterior sobre este punto.

121. Gordon A. Craig, «Briefe Schleichers an Groener», *Die Welt als Geschichte*, II (1951), 122-30; Reginald H. Phelps, «Ausden Groener Dokumenten», *Deutsche Rundschau*, 76 (1950), 1.019 y 77 (1951), 26-9; Hömig, *Brüning*, 537-89.

122. La carta de dimisión de Papen del Partido del Centro, incluida en Georg Schreiber, *Brüning, Hitler, Schleicher: Das Zentrum in der Opposition* (Colonia, 1932), 17-19, citado en Bracher, *Die Auflösung*, 536; véanse también los comentarios de Bracher, *Die Auflösung*, 656 y Morsey, «Die Deutsche Zentrumspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 30614. Para una valoración crítica de Papen, véase Joachim Petzold, *Franz von Papen: Ein deutsches Verhangnis* (Munich, 1995), y el análisis crítico de sus memorias de Theodor Eschenburg, «Franz von Papen», *VfZ*, 1 (1953), 153-69.

123. Fest, *The Face*, 229-33; Richard W. Rolfs, *The Sorcerer's Apprentice: The Life of Franz von Papen* (Lanham, Maryland, 1996).

124. Vejas Gabriel Liulevicius, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I* (Cambridge, 2000).

125. Véase la mordaz descripción de la ideología del «Nuevo Estado» de Papen en Bracher, *Die Auflösung*, 536-54.

126. Papen, citado en Walter Schotte, *Der neue Staat* (Berlín, 1932), 11024.

127. Evans, *Rituals*, 613-44.

128. Fulda, «Press and Politics», cap. 4.

129. Edward W. Bennett, *German Rearmament and the West, 1932-1933* (Princeton, 1979), 63-4 y 69.

130. Valtin, *Out of the Night*, 309-11, pero, como tan a menudo, exagera las intenciones asesinas y el grado de preparación de los combatientes del Frente Rojo.

131. McElligott, *Contested City*, 192-5; Leon Schirmann, *Altonaer Blutsonntag 17. Juli 1932: Dichtung und Wahrheit* (Hamburgo, 1994).

132. Lessmann, *Die preussische Schutzpolizei*, 349-70.

133. Rohe, *Das Reichsbanner*, 431-5.

134. Matthias, «Die Sozialdemokratische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 141-5.

135. Bracher, *Die Auflösung*, 559-600; Schulze, Otto Braun, 745-86; Huber, *Deutsche Verfassungsgeschichte* VII. 1.015-25 y 1.192-7; Matthias, «Die Sozialdemokratische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 119-50; Schulz, *Zwischen Demokratie und Diktatur*, iII. 920-33;Broszat, *Der Staat Hitlers*, 89.

136. Evans, *Rituals*, 614-15, para un ejemplo. Más en general, véase Winkler, *Der Weg*, 646-81, y Rudolf Morsey, «Zur Geschichte des “Preussenschlags”am20. Juli1932», *VfZ*,9(1961),436-9.

137. Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei: Eine historische Darstellung in Tagebuchblättern (vom 1. Januar 1932 bis zum 1. Mai 1933*) (Munich, 1937 [1934]), 131-5; Winkler, *Der Weg*, 542-53, para las elecciones prusianas.

138. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, I. 102-3; Martin Broszat, *Hitler and the Collapse of Weimar Germany* (Oxford, 1987 [1984]), 82-91; Winkler, *Der Weg*, 681-98.

139. Matthias, «Die Sozialdemokratische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 222-4 (documento nº. 11: «Rundschreiben des Gauvorstandes Hannover des Reichsbanners», 5 de julio de 1932); Winkler, *Der Weg*, 515; Harsch, *German Social Democracy*, 177-80; Richard Albrecht, «Symbolkampf in Deutschland 1932: Sergej Tschachotin und der "Symbolkrieg" der drei Pfeile gegen den Nationalsozialismus als Episode im Abwehrkampf der Arbeiterbewegung gegen den Faschismus in Deutschland», *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, 22 (1986), 498-533.

140. Winkler, *Der Weg*, 514-16.

141. Simon Taylor, *Germany 1918-1933: Revolution, CounterRevolution and the Rise of Hitler* (Londres, 1983), 112-16; y Hans Bohrmann (ed.), *Politische Plakate* (Dortmund, 1984), 247-62.

142. Paul, *Aufstand*, 178 (cita a Goebbels en un discurso del 31 de julio de 1933).

143. *Ibid*., 133-76, 223-47 y 253-660.

144. Para las elecciones de julio de 1932, véase Winkler, *Der Weg*, 681- 92; resumen en Jürgen W. Falter, «Die Wählerder NSDAP 1928-1933: Sozialstruktur und parteipolitische Herkunft», en Wolfgang Michalka (ed.), *Die nationalsozialistische Machtergreifung* (Paderborn, 1984), 4759.

145. Falter, *Hitlers Wähler*, 110-13 y 369-71. Para el atractivo de los nazis para los trabajadores, sobre todo para los que aún tenían trabajo, véase Szejnmann, *Nazism*, 219-31.

146. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/II. 211-12 (1 de agosto de 1932).

147. Hannover y Hannover-Drück, *Politische Justiz*, 301-10, citas en 306; Paul Kluke, «Der Fall Potempa», *VfZ*, 5 (1957), 279-97; Richard Bessel, «The Potempa Murder», *Central European History*, 10 (1977), 241-54. El decreto no creó ningún nuevo delito castigado con la pena capital; el asesinato, fuese cual fuese el motivo, estaba ya incluido en la sección correspondiente del Código Penal. Así que no era más que un ejercicio de propaganda.

148. Hannover y Hannover-Drück, *Politische Justiz*, 308.

149. *Ibid*., 310; Karl-Heinz Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Weimarer Republik. Das Kabinett von Papen, 1. Juni bis* 3. *December 1932* (Boppard, 1989), 146 y 491-5. El legítimo derecho de Papen a conmutar las sentencias era extremadamente dudoso, ya que el derecho de conmutación correspondía al jefe del estado prusiano legalmente constituido, y estaba por determinar jurídicamente su pretensión de ostentar esos poderes. Los asesinos fueron puestos en libertad en marzo de 1933 (Evans, *Rituals*, 615-18 y 627-8).

150. *Hitler: Reden, Schriften, Anordnungen. Februar 1925 bis Januar 1933* (5 vols., Institut für Zeitgeschichte, Munich, 1992-8), VII: *Von der Reichspräsidentenwahl bis zur Machtergreifung, April 1932 - Januar 1933*, 304-9.

151. Turner, *Hitler's Thirty Days,* 14-15, siguiendo a Winkler, *Weimar*, 510-24.

152. Christian Striefler, *Kampf um die Macht: Kommunisten und Nationalsozialisten am Ende der Weimarer Republik* (Berlín, 1993), esp. 177-86; Deuerlein (ed.), *Der Aufstieg*, 402-4. Véase también Paul, *Aufstand*, 104-8.

153. Werner Jochmann (ed.), *Nationalsozialismus und Revolution: Ursprung und Geschichteder NSDAP in Hamburg 1922-1933* (Frankfurt am Main, 1963), 400, 402, 405 y 413-14.

154. *Ibid*., 405.

155. *Ibid*., 406.

156. *Ibid*., 414, 416 y 417.

157. Falter, *Hitlers Wähler*, 34-8 y 103-7.

158. *Vorwärts*, 13 de noviembre de 1932, citado en Falter, *Hitlers Wähler*, 37.

159. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/II. 272 (6 de noviembre de 1932).

160. Falter, *Hitlers Wähler*, 37-8 y 106-7.

161. Bracher, *Die Auflösung*, 644-62; Nicholls, *Weimar*, 163-6.

162. Para documentación, véase Thilo Vogelsang, «Zur Politik Schleichers gegenüber der NSDAP 1932», *VfZ*, 6 (1958), 86-118.

163. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/II. 276-88 (1 de diciembre de 1932).

164. Bracher, *Die Auflösung*, 662-85; Stachura, *Gregor Strasser*; Kershaw, *Hitler,* I. 396-403; Noakes y Pridham (eds.), *Nazism,* 110-15; Orlow, *The History of the Nazi Party*, I. 291-6; Turner, *Hitler's Thirty Days*, 23-8 y 846, que corrige versiones anteriores.

165. Turner, *Hitler's Thirty Days*, 61-6; Paul, *Aufstand*, 109-10.

166. Grüttner, *Studenten*, 53-5.

167. Noakes y Pridham, *Nazism*, I. 109-11.

168. Berghahn, *Der Stahlhelm*, 187-246.

169. Theodor Duesterberg, *Der Stahlhelm und Hitler* (Wolfenbüttel, 1949), 39, citado en Turner, *Hitler's Thirty Days*, 154; véase también Berghahn, *Der Stahlhelm*, 246-50.

170. Meissner, *Staatssekretar*, 247. Véase también Bracher, *Die Auflösung*, 707-32; Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, I. 116-20.

171. Lutz, Graf Schwerin von Krosigk, *Es geschah in Deutschland: Menschenbilder unseres Jahrhunderts* (Tübingen, 1951), 147.

172. Ewald van Kleist-Schmenzin, «Die letzte Möglichkeit», *Politis che Studien*, 10 (1959), 89-92, en 92.

1. *Deutsche Zeitung*, 27a (edición matutina, 1 de febrero de 1933, primera plana, col. 2). Para una selección de artículos de prensa, véase Wieland Eschenhagen (ed.), *Die «Machtergreifung»: Tagebüch einer Wende nach Presseberichten vom 1. Januar bis 6. März 1933* (Darmstadt, 1982).

2. *Berliner Illustrierte Nachtausgabe*, 26 (31 de enero de 1933), 2, col. 4; *B. Z. am Mittag*, 26 (Erste Beilage, 31 de enero de 1933), 3, pie de ilustración, col. 3; Peter Fritzsche, *Germans into Nazis* (Cambridge, Massachusetts, 1998), 139-43; Hans-Joachim Hildenbrand, «Der Betrug mit dem Fackelzug», en Rolf Italiander (ed.), *Wir erlebten das Ende der Weimarer Republik: Zeitgenossen berichten* (Düsseldorf, 1982), 165.

3. Wheeler-Bennett, *Hindenburg*, 435. Ludendorff no estuvo allí, por supuesto.

4. *Deutsche Allgemeine Zeitung*, 51 (edición matutina, 31 de enero de 1933), primera plana.

5. *Berliner Borsen-Zeitung*, 51 (edición matutina, 31 de enero de 1933), primera plana, col. 2.

6. *Deutsche Allgemeine Zeitung*, 51 (edición matutina, 31 de enero de 1933), primera plana, col. 3.

7. *Deutsche Zeitung*, 27a (edición matutina, 1 de febrero de 1933), titular de primera plana.

8. Citado en Jochmann (ed.), *Nationalsozialismus und Revolution*, 429; Fritzsche, *Germans*, 141.

9. Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland*, 59-60.

10. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher* I/II. 357-9 (31 de enero de 1933).

11. *Deutsche Zeitung*, 26a (edición matutina, 31 de enero de 1933), portada, cols. 1-2.

12. Para dos ejemplos, véase Bernd Burkhardt, *Eine Stadt wird braun: Die nationalsozialistische Machtergreifung in der Provinz. Eine Fallstudie* (Hamburgo, 1980), sobre la pequeña población suaba de Mühlacker; Allen, *The Nazi Seizure of Power*, 153-4, sobre la población de Northeim, en la Alemania septentrional.

13. *Deutsche Zeitung*, 26b (edición vespertina, 31 de enero de 1933), primera plana, col. 3; *Vossische Zeitung*, 52 (edición vespertina, 31 de enero de 1933), 3, col. 1.

14. Jochmann, *Nationalsozialismus und Revolution*, 423.

15. Maschmann, *Account Rendered*, 11-12, (traducción enmendada).

16. Citado en *Deutsche Zeitung*, 27a (edición matutina, 1 de febrero de 1933), primera plana, col. 1.

17. *Deutsche Zeitung*, 26b (edición vespertina, 31 de enero de 1933), 3, col. 2: «Wieder zwei Todesopfer der roten Mordbestien».

18. *Berliner Borsen-Zeitung*, 52 (edición vespertina, 31 de enero de 1933), 2, cols. 2-3.

19. *Welt am Abend*, 26 (31 de enero de 1933), 1-2.

20. Hans-Joachim Althaus *et al., «Da ist nirgends nichts gewesen ausser hier»: Das «rote Mössingen» im Generalstreik gegen Hitler. Geschichte eines schwabischen Arbeiterdorfes* (Berlín, 1982).

21. Allan Merson, *Communist Resistance in Nazi Germany* (Londres, 1985), 25-8; Winkler, *Der Weg*, 867-75.

22. Josef y Ruth Becker (eds.), *Hitlers Machtergreifung: Dokumente vom Machtantritt Hitlers 30. Januar 1933 bis zur Besiegelung des Einparteienstaates 14. Juli 1933* (2.ª ed., Munich, 1992 [1983]), 45.

23. *Die Welt am Abend*, 27 (1 de febrero de 1933), titular de portada; *Die Rote Fahne,* 27 (1 de febrero de 1933), titular de primera plana.

24. Jochmann, *Nationalsozialismus und Revolution*, 421.

25. Camill Hoffmann, entrada de diario del 30 de enero de 1933, citado en Johann Wilhelm Brügel y Norbert Frei (eds.), «Berliner Tagebuch, 1932-1934: Aufzeichnungen des tschechoslowakischen Diplomaten Camill Hoffmann», *VfZ*, 36 (1988), 131-83, en 159.

26. Ministère des Affaires Étrangères (ed.), *Documents Diplomatiques Français, 1932-1939*, ser. 1, vol. II (París, 1966), p. 552, François-Poncet a Boncour, 1 de febrero de 1933. Éste es el tema central de la versión de Gotthard Jasper, *Die gescheiterte Zahmung: Wege zur Machtergreifung Hitlers 1930-1934* (Frankfurt am Main, 1986), esp. 126-71. La «profecía» citada a menudo del general Ludendorff en este periodo, de que Hitler precipitaría a Alemania en el abismo (véase, p. ej., Kershaw, *Hitler* I., 427), fue una invención posterior de Hans Frank: véase Fritz Tobias, «Ludendorff, Hindenburg, Hitler: Das Phantasieprodukt des Ludendorff-Briefes vom 30. Januar 1933», en Uwe Backes *et al*. (eds.), *Die Schatten der Vergangenheit: Impulse zur Historisierung des Nationalsozialismus* (Frankfurt am Main, 1990), 319-43, y Lothar Gruchmann, «Ludendorffs "prophetischer" Brief an Hindenburg vom Januar/Februar 1933», *VfZ*, 47 (1999), 559-62.

27. Robert J. O'Neill, *The German Army and the Nazi Party 1933-1939* (Londres, 1966), 34-5.

28. Klaus-Jürgen Müller, *The Army, Politics and Society in Germany 1933-1945*: *Studies in the Army's Relation to Nazism* (Manchester, 1987), 29-44. O'Neill, *The German Army*, 35-45; Wolfgang Sauer, *Die Mobilmachung der Gewalt* (vol. III de Bracher *et al., Die nationalsozialistische Machtergreifung)*, 41-84; Andreas Wirsching, «"Man kann nur Boden germanisieren": Eine neue Quelle zu Hitlers Rede vor den Spitzen der Reichswehr am 3. Februar 1933», *VfZ*, 49 (2001), 516-50. La versión completa del discurso de Hitler a los oficiales del Ejército el 3 de febrero de 1933, reproducida en este artículo, se descubrió recientemente en los antiguos archivos de la KGB de Moscú y había sido suministrada probablemente por la hija de Hammerstein, que era una simpatizante comunista. Para otra serie de promesas algo anterior de Hitler siguiendo líneas parecidas, véase Thilo Vogelsang, «Hitlers Brief an Reichenau vom 4. Dezember 1932», *VfZ*, 7 (1959), 429-37.

29. Martin Broszat, «The Concentration Camps 1933-1945», en Helmut Krausnick *et al., Anatomy of the SS State* (Londres, 1968 [1965]), 397-504, en 400-401; Bessel, *Political Violence*, 98-9.

30. Siegfried Bahne, «Die Kommunistische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 655-739, en 690; Berghahn, *Der Stahlhelm*, 252.

31. Matthias, «Die Sozialdemokratische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 101-278, en 101-50.

32. Winkler, *Der Weg,* 867-875. *Vorwärts*, citado en *ibid*., 867.

33. Broszat, *Der Staat Hitlers*, 94.

34. Grzesinski a Klupsch *et al*., 24 de febrero de 1933, documento 25 en Matthias, «Die Sozialdemokratische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 234-5.

35. Winkler, *Der Weg*, 876-8.

36. Martin Kitchen, *The Coming of Austrian Fascism* (Londres, 1980), 202-81; Francis L. Carsten, *Fascist Movements in Austria: From Schonerer to Hitler* (Londres, 1977), 249-70.

37. Winkler, *Der Weg*, 868.

38. Domarus, *Hitler*, I. 247.

39. *Ibid*., 254.

40. *Ibid*., 253.

41. Morsey, «Die Deutsche Zentrumspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 339-54; Broszat, *Der Staat Hitlers*, 95.

42. Domarus, *Hitler*, I. 256; Broszat, *Der Staat Hitlers*, 249.

43. Domarus, *Hitler*, I. 170.

44. *Ibid*., 249 (10 de febrero de 1933).

45. *Ibid*., 247-50.

46. Jochmann (ed.), *Nationalsozialismus und Revolution*, 431.

47. Domarus, *Hitler*, I. 250-51.

48. Turner, *German Big Business*, 330-32.

49. Paul, *Aufstand*, 111-13.

50. Incluido en Bahne, «Die Kommunistische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, documento 3, 728-F, en 731.

51. *Ibid*., 686-696.

52. Hans Mommsen, «Van der Lubbes Weg in den Reichstag - der Ablauf del Ereignisse», en Uwe Backes *et al., Reichstagsbrand: Aufklärungeiner historischen Legende* (Munich,1986), 33-57, en 42-7.

53. Harry Graf Kessler, *Tagebücher 1918-1937* (ed. de Wolfgang PfeifferBelli, Frankfurt am Main, 1961), 707-9.

54. Horst Karasek, *Der Brandstifter: Lehrund Wanderjahre des Maurergesellen Marinus van der Lubbe, der 1933 auszog, den Reichstag anzuzünden* (Berlín, 1980); Martin Schouten, *Marinus van der Lubbe (1909-1934): Eine Biographie* (Frankfurt, 1999 [1986]); y Fritz Tobias, *The Reichstag Fire: Legend and Truth* (Londres, 1962).

55. Mommsen, «Van der Lubbes Weg», 33-42.

56. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, parte I, vol. II, p. 383.

57. Rudolf Diels, *Lucifer ante Portas: Es spricht der erste Chef der Gestapo* (Stuttgart, 1950), 192-3.

58. Mommsen, «Van der Lubbes Weg»; Karasek, *Der Brandstifter*; Tobias, *The Reichstag Fire*. Posteriormente los comunistas intentaron demostrar que los nazis habían estado detrás del incendio, pero la autenticidad de las declaraciones de Van der Lubbe y la documentación relacionada no dejan lugar a duda. Además, se han descubierto numerosas falsedades y falsificaciones entre las pruebas documentales que demostraban supuestamente una participación nazi. Sobre los intentos de demostrar esa participación nazi, véase World Committee for the Victims of German Fascism (President Einstein) (ed.), *The Brown Book of the Hitler Terror and the Burning of the Reichstag* (Londres, 1933), 54142; Walther Hofer y Alexander Bahar (eds.), *Der Reichstagsbrand: Eine wissenschaftliche Dokumentation* (Freiburg im Breisgau, 1992 [1972, 1978]); sobre la demostración de las deficiencias de esta obra, véase Backes *et al., Reichstagsbrand*; Karl-Heinz Janssen, «Geschichte aus der Dunkelkammer: Kabalen um dem Reichstagsbrand. Eine unvermeidliche Enthüllung», *Die Zeit*, 38 (14 de septiembre de 1979), 45-8; 39 (21 de septiembre de 1979), 20-24; 40 (28 de septiembre de 1979), 49-52; 41 (5 de octubre de 1979), 57-60; Tobias, *The Reichstag Fire*, esp. 59-78, y Hans Mommsen, «Der Reichstagsbrand und seine politischen Folgen», *VfZ*, 12 (1964), 351-413. Un intento reciente de demostrar que los nazis planearon el incendio se basa en una exageración de las similitudes entre propuestas anteriores sobre poderes extraordinarios y el Decreto del Incendio del Reichstag: véase Alexander Bahar yWilfried Kugel, «Der Reichstagsbrand: Neue Aktenfunde entlarven die NS-Täter», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 43 (1995), 823-32, y Jürgen Schmadeke *et al., «*Der Reichstagsbrand im neuen Licht», *Historische Zeitschrift*, 269 (1999), 603-51. Sigue manteniéndose firme la conclusión de Tobias y Mommsen de que Van der Lubbe actuó solo.

59. Diels, *Lucifer*, 193-5.

60. *Ibid*., 180-2. Parece ser que Goebbels destruyó los originales de sus diarios correspondientes a los últimos días de febrero, un hecho que ha despertado la sospecha de quienes postulan que fueron los nazis quienes iniciaron el incendio. En la versión modificada que se publicó como *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*, aseguraba refiriéndose a los acontecimientos de aquella noche: «El Caudillo no pierde la compostura ni un instante: admirable» (Fröhlich [ed.], *Die Tagebücher*, I/II. 383).

61. Diels, *Lucifer*, 193-5.

62. Karl-Heinz Minuth (ed.), *Akten der Reichskanzlei: Die Regierung Hitler*, I: *1933-1934* (2 vols., Boppard, 1983), I. 123; Ulrich Kolbe, «Zum Urteil über die "Reichstagsbrand-Not-verordnung" vom 28.2.1933», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 16 (1965), 359-70; Broszat, *Der Staat Hitlers,* 92. Para Gürtner, véase Lothar Gruchmann, *Justiz im Dritten Reich 1933-1940*: *Anpassung und Unterwerfung in der Ära Gürtner* (Munich, 1988), 70-83.

63. Minuth (ed.), *Die Regierung Hitler 1933-1934*, I. 128-31; Kolbe, «Zum Urteil», 359-70.

64. Minuth (ed.), *Die Regierung Hitler 1933-1934*, I. 128-31; Broszat, «The Concentration Camps», 400-402.

65. Minuth (ed.), *Die Regierung Hitler 1933-1934*, I. 131.

66. Citado en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, I. 142. Para un análisis reciente, véase Thomas Reithel e Irene Strenge, «Die Reichstagsbrandverordnung: Grundlegung der Diktatur mit den Instrumenten des Weimarer Ausnahmezustandes», *VfZ*, 48 (2000), 413-60.

67. Jochmann (ed.), *Nationalsozialismus und Revolution*, 427.

68. Evans, *Rituals*, 618-24.

69. AT 31, en Merkl, *Political Violence*, 545 (retraducido).

70. Mason, *Social Policy*, 73-87.

71. Bahne, «Die Kommunistische Partei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 693-4 y 699-700; Winkler, *Der Weg*, 876-89; Weber, *Die Wandlung*, 246; World Committee (ed.), *The Brown Book*, 184; Broszat, *Der Staat Hitlers,* 101-2.

72. Merson, *Communist Resistance*, 57; Detlev J. K. Peukert, *Die KPD im Widerstand: Verfolgung und Untergrundarbeit an Rhein und Ruhr, 1933 bis 1945* (Wuppertal, 1980), 75-8. Véase también Horst Duhnke, *Die KPD von 1933 bis 1945* (Colonia, 1972), 101-9; *idem*, *Die KPD und das Ende von Weimar: Das Scheitern einer Politik 1932-1935* (Frankfurt am Main, 1976), 34-42.

73. Diels, *Lucifer*, 222. Véase también Hans Bernd Gisevius, *To the Bitter End* (Londres, 1948).

74. «Bericht des Obersten Parteigerichts an den Ministerpräsidenten Generalfeldmarschall Göring, 13.2.1939», documento ND 3063-PS en *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem lnternationalen Militärgerichtshof, Nürnberg* (Nuremberg, 1949), XXIII. 20-29, en 26.

75. Paul, *Aufstand*, 111-13.

76. Allen, *The Nazi Seizure of Power*, 156-61.

77. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/II. 387 (5 de marzo de 1933).

78. Allen, *The Nazi Seizure of Power*, 160, para un ejemplo local característico.

79. Falter *et al., Wahlen*, 41 y 44; Falter, *Hitlers Wähler*, 38-9.

80. *Ibid*., 40; para los católicos, véase Oded Heilbronner, *Catholicism, Political Culture and the Countryside: A Social History of the Nazi Party in South Germany* (Ann Arbor, 1998), 239.

81. Bessel, *Political Violence,* 101-2.

82. Ulrich Klein, «SA-Terror und Bevolkerung in Wuppertal 1933/34», en Detlev Peukert y Jürgen Reulecke (eds.), *Die Reihen fast geschlossen: Beiträge zur Geschichte des Alltags unterm Nationalsozialismus* (Wuppertal, 1981), 45-64, en 51.

83. Winkler, *Der Weg*, 890-91; World Committee (ed.), *The Brown Book*, 204-5; Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, 56-73.

84. Dieter Rebentisch y Angelika Raab (eds.), *Neu-Isenburg zwischen Anpassung und Widerstand; Dokumente über Lebensbedingungen und politisches Verhalten 1933-1934* (Neu-Isenburg, 1978), 79.

85. Gerlinde Grahn, «Die Enteignung des Vermögens der Arbeiterbewegung und der politischen Emigration 1933 bis 1945», *1999*: *Zeitschrift für Sozialgeschichte des 20. und 21. Jahrhunderts*, 12 (1997), 1338; Broszat, *Der Staat Hitlers*, 118.

86. Klein, «SA-Terror», 51-3.

87. Broszat, *Der Staat Hitlers*, 256.

88. *Ibid*., 136-8.

89. Winkler, *Der Weg*, 888-93 y 898-900.

90. *Ibid*., 916-18.

91. *Ibid*., 929-32; Broszat, *Der Staat Hitlers*, II 8-19.

92. Harold Marcuse, *Legacies of Dachau: The Uses and Abuses of a Concentration Camp, 1933-2001* (Cambridge, 2001), 21-3; Hans-Günter Richardi, *Schule der Gewalt: Das Konzentrationslager Dachau, 1933-1934* (Munich, 1983), 48-87, y Johannes Tuchel, *Organisationsgeschichte und Funktion der «Inspektion der Konzentrationslager» 1933-1938* (Boppard, 1991), 121-58.

93. Bley, *Namibia under German Rule*, 151 y 198; Krüger, *Kriegsbewältigung*, 138-44; Joachim Zeller, «"Wie Vieh wurden Hunderte zu Getriebenen und wie Vieh begraben": Fotodokumente aus dem deutschen Konzentrationslager in Swakopmund/Namibia 1904-1908», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 49 (2001), 226-43.

94. Marcuse, *Legacies of Dachau*, 21-2; Tuchel, *Organisationsgeschichte*, 35-7; Andrej Kaminski, *Konzentrationslager 1896 bis heute: Eine Analyse* (Stuttgart, 1982), 34-8. No hay ninguna prueba convincente de que Hitler o Himmler tomaran como modelo los campos de trabajo de la Rusia soviética (véase Evans, *In Hitler's Shadow*, 24-46).

95. Para el argumento de que se improvisó, véase Broszat, «The Concentration Camps», 400-406.

96. Bessel, *Political Violence*, 117.

97. Friedrich Schlotterbeck, *The Darker the Night, the Brighter the Stars: A German Worker Remembers (1933-1945)* (Londres, 1947), 22-36. Para más consideraciones sobre la violencia nazi, véase Lindenberger y Lüdtke (eds.), *Physische Gewalt*, y Bernd Weisbrod, «Gewalt in der Politik: Zur politischen Kultur in Deutschland zwischen den beiden Weltkriegen», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 43 (1992), 391-404.

98. Numerosos casos detallados en World Committee (ed.), *The Brown Book*, 216-18; para Jankowski, 210-11. Véase también Diels, *Lucifer*, 222.

99. Günter Morsch, «Oranienburg Sachsenhausen, Sachsenhausen Oranienburg», en Ulrich Herbert *et al*. (eds.), *Die nationalsozialistischen Konzentrationslager: Entwicklung und Struktur* (2 vols., Göttingen, 1998), 111-34, en 119.

100. Tuchel, *Organisationsgeschichte*, 103; Karin Orth, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager* (Hamburgo, 1999), 23-6.

101. Bahne, «Die Kommunistische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.) *Das Ende*, 693-4 y 699-700; Winkler, *Der Weg*, 876-89; Broszat, «The Concentration Camps», 406-7; Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, I. 240-41.

102. Fieberg (ed.), *Im Namen*, 68; World Committee (ed.), *The Brown Book*, 332, enumera 500 asesinatos hasta junio.

103. Domarus, *Hitler*, I. 263; Mason, *Social Policy*, 76, considera genuina la preocupación de Hitler por el desorden; comenta también que se mantenía constantemente informada a la jefatura nazi sobre el carácter y la amplitud de los incidentes violentos.

104. Broszat, *Der Staat Hitlers*, 111.

105. Rudolf Morsey (ed.), *Das «Ermächtigungsgesetz' vom 24. März 1933*: *Quellen zur Geschichte und Interpretation des «Gesetzes zur Behebung der Not von Volk und Reich»* (Düsseldorf, 1992), y Michael Frehse, *Ermächtigungsgesetzgebung im Deutschen Reich 1914-1933* (Pfaffenweiler, 1985), 145.

106. Mauhias y Morsey (eds.), *Das Ende*, xiii.

107. Klaus-Jürgen Müller, «Der Tag von Potsdam und das Verhältnis der preussisch-deutschen Militär-Elite zum Nationalsozialismus», en Bernhard Kröner (ed.), *Potsdam - Stadt, Armee, Residenz in der preussisch-deutschen Militärgeschichte* (Frankfurt am Main, 1993), 435-49; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, II. 395-7 (22 de marzo de 1933); Werner Freitag, «Nationale Mythen und kirchliches Heil: Der "Tag von Potsdam"», *Westfalische Forschungen*, 41 (1991), 379-430. Para el discurso de Hitler, véase Domarus, *Hitler*, I. 272-4.

108. Ibid, 270.

109. Bracher, *Stufen*, 213-36; también Hans Schneider, «Das Ermächtigungsgesetz vom 24. März 1933», *VfZ*, 1 (1953), 197-221, esp. 207-8.

110. Junker, *Die Deutsche Zentrumspartei*, 171-89; Morsey, «Die Deutsche Zentrumspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 281-453; Josef Becker, «Zentrum und Ermächtigungsgesetz 1933: Dokumentation», *VfZ*, 9 (1961), 195-210; Rudolf Morsey, «Hitlers Verhandlungen mit der Zentrumsführung am 31. Januar 1933», *VfZ*, 9 (1961), 182-94.

111. Wilhelm Hoegner, *Der schwierige Aussenseiter: Erinnerungen eines Abgeordneten, Emigranten und Ministerpräsidenten* (Munich, 1959), 92.

112. Becker, «Zentrum und Ermächtigungsgesetz 1933»; Konrad Repgen, «Zur vatikanischen Strategie beim Reichskonkordat», *VfZ*, 31 (1983), 506-35; Brüning, *Memoiren*, 655- 57; Domarus, *Hitler*, I. 275-85.

113. Winkler, *Der Weg*, 901-6; Hans J. L. Adolph, *Otto Wels und die Politik der deutschen Sozialdemokratie 1934-1939*: *Eine politische Biographie* (Berlín, 1971), 262-4; Willy Brandt, *Erinnerungen* (Frankfurt am Main, 1989), 96; Hoegner, *Der schwierige Aussenseiter*, 93.

114. Broszat, *Der Staat Hitlers*, 117 y nota. Para la Ley de Habilitación en el marco de la legislación habilitadora en la República de Weimar, véase Jörg Biesemann, *Das Ermächtigungsgesetz als Grundlage der Gesetzgebung im nationalsozialistischen Deutschland: Ein Beitrag zur Stellung des Gesetzes in der Verfassungsgeschichte 1919-1945* (Münster, 1992 [1985]).

115. Matthias, «Die Sozialdemokratische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.) *Das Ende*, 176-80; Winkler, *Der Weg*, 867-98; Schumann, *Nationalsozialismus und Gewerkschaftsbewegung*; Hannes Heer, *Burgfrieden oder Klassenkampf: Zur Politik der sozialdemokratischen Gewerkschaften 1930-1933* (Neuwied, 1971), muy crítico con los dirigentes sindicales; Bernd Martin, «Die deutschen Gewerkschaften und die nationalsozialistische Machtübernahme», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 36 (1985), 605-31; Henryk Skzrypczak, «Das Ende der Gewerkschaften», en Wolfgang Michalka (ed.), *Die nationalsozialistische Machtergreifung* (Paderborn, 1984), 97110.

116. *Nationalsozialistische Betriebszellenorganisation*, u Organización Nacionalsocialista de Células de Fábrica.

117. Winkler, *Der Weg*, 898-909; Gunther Mai, «Die Nationalsozialistische Betriebszellen-Organisation: Zum Verhältnis von Arbeiterschaft und Nationalsozialismus», *VfZ*, 31 (1983), 573-613.

118. Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, 76-106 y 89 para cita; Winkler, *Der Weg*, 898-909; Herbst, *Das nationalsozialistische Deutschland*, 68-70.

119. Wieland Elfferding, «Von der proletarischen Masse zum Kriegsvolk: Massenaufmarsch und Offentlichkeit im deutschen Faschismus am Beispiel des 1. Mai 1933», en Neue Gesellschaft für bildende Kunst (ed.), *Inszenierung der Macht: Ästhetische Faszination im Faschismus* (Berlín, 1987), 17-50.

120. Peter Jahn (ed.), *Die Gewerkschaften in der Endphase der Republik 1930-1933* (Colonia, 1988), 888-92, 897-8 y 916.

121. Dieter Fricke, *Kleine Geschichte des Ersten Mai: Die Maifeier in der deutschen und internationalen Arbeiterbewegung* (Berlín, 1980), 224-9; Fritzsche, *Germans*, 215-35.

122. Goebbels, *Vom Kaiserhof*, 299, y Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/II. 408 (17 de abril de 1933).

123. Winkler, *Der Weg*, 909-29; Michael Schneider, *A Brief History of the German Trade Unions* (Bonn, 1991 [1989]), 204-10.

124. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/II. 416 (3 de mayo de 1933).

125. Winkler, *Der Weg*, 929-32; Grahn, «Die Enteignung»; Beate Dapper y Hans-Peter Rouette, «Zum Ermittelungsverfahren gegen Leipart und Genossen wegen Untreue vom 9. Mai 1933», *Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, 20 (1984), 509-35; Schneider, *Unterm Hakenkreuz*, 10717.

126. Winkler, *Der Weg*, 932-40; Matthias, «Die Sozialdemokratische Partei Deutschlands», en Matthias y Morsey (eds.), *Die Ende*, 168-75 y 166-75; para el suicidio de Pfülf, véase 254, n. 6; Broszat, *Der Staat Hitlers*, 120.

127. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher* I/II. 437 (23 de junio de 1933).

128. Schüler, *Auf der Flucht erschassen*, 241-8.

129. Para detalles, véase Max Klinger (pseud. de Curt Geyer), *Volk in Ketten* (Karlsbad, 1934), esp. 96- 7; Winkler, *Der Weg*, 943-7; Franz Osterroth y Dieter Schuster, *Chronik der deutschen Sozialdemokratie* (Hannover, 1963), 381; documentos en Erich Matthias, «Der Untergang der Sozialdemokratie 1933», *VfZ*, 4 (1956), 179-226 y commentario 250- 86; para Berlín y sus suburbios, véase Reinhard Rürup (ed.), *Topographie des Terrors: Gestapo, SS und Reichssicherheitshauptamt auf dem «PrinzAlbert-Gelände»: Eine Dokumentation* (Berlín, 1987), y Hans Norbert Burkert *et al., «Machtergreifung» Berlin 1933: Statten der Geschichte Berlins in Zusammenarbeitmitdem Päda gogischen Zentrum Berlin* (Berlín, 1982), 20-94.

130. Bessel, *Political Violence*, 42, 117-18; Paul Löbe, *Der Weg war lang: Lebenserinnerungen von Paul Löbe* (Berlín, 1954 [1950]), 221-9.

131. Beth A. Griech-Polelle, *Bishop von Galen: German Catholicism and National Socialism* (New Haven, 2002), 9-18.

132. *Ibid*., 31-2; Richard Steigmann-Gall, *The Holy Reich: Nazi Conceptions of Christianity, 1919-1945* (Nueva York, 2003), 51-85.

133. Hans Müller (ed.), *Katholische Kirche und Nationalsozialismus: Dokumente 1930-1935* (Munich, 1963), 79.

134. Thomas Fandel, «Konfessionalismus und Nationalsozialismus», en Olaf Blaschke (ed.), *Konfessionen im Konflikt: Deutschland zwischen 1800 und 1970: Ein zweites konfessionelles Zeitalter* (Göttingen, 2002*)*, 299334, en 314-15; Günther Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany* (Nueva York, 1964), 94-112.

135. Müller, *Katholische Kirche*, 168; véase, más en general, Scholder, *The Churches*.

136. Morsey, «Die Deutsche Zentrumspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 383-6, citando el *Kölnische Volkszeitung* del 12 de mayo de 1933.

137. Broszat, «The Concentration Camps», 409-11.

138. Lewy, *The Catholic Church*, 45-79.

139. Morsey, «Die Deutsche Zentrumspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 387-411; Lewy, *The Catholic Church*, 7-93.

140. Griech-Polelle, *Bishop von Galen*, 45-6 y 137-9.

141. Morsey, «Die Deutsche Staatspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 55-72; Jones, *German Liberalism*, 462-75 (también para el Partido del Pueblo).

142. Hans Booms, «Die Deutsche Volkspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 521-39.

143. Hiller von Gaertringen, «Die Deutschnationale Volkspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 576-99; Larry Eugene Jones, «"The Greatest Stupidity of My Life": Alfred Hugenberg and the Formation of the Hitler Cabinet», *Journal of Contemporary History*, 27 (1992), 63-87; para una reproducción de la carta de dimisión de Hugenberg, junto con otros documentos, véase Anton Ritthaler, «Eine Etappe auf Hitlers Weg zur ungeteilten Macht: Hugenbergs Rücktritt als Reichsminister», *VfZ*, 8 (1960), 193-219.

144. Hiller von Gaertringen, «Die Deutschnationale Volkspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 599-603.

145. *Ibid*., 607-15.

146. Berghahn, *Der Stahlhelm*, 253-70; Broszat, *Der Staat Hitlers*, 121.

147. Hiller von Gaertringen, «Die Deutschnationale Volkspartei», en Matthias y Morsey (eds.), *Das Ende*, 603-7; Bessel, *Political Violence*, 120-21; Berghahn, *Der Stahlhelm*, 268-74 y 286.

148. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher* I/II. 440 (28 de junio de 1933).

149. Hans-Georg Stümke, *Homosexuelle in Deutschland: Eine politische Geschichte* (Munich, 1989).

150. Versión de un testigo ocular en Hans-Georg Stümke y Rudi Finkler, *Rosa Winkel, Rosa Listen: Homosexuelle und «Gesundes Volksempfinden» von Auschwitz bis heute* (Hamburgo, 1981), 163-66, citado y traducido en Burleigh y Wippermann, *The Racial State*, 189-90. Véase también Burkhard Jellonek, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz: Verfolgung von Homosexuellen im Dritten Reich* (Paderborn, 1990). Testimonios personales en Richard Plant, *The Pink Triangle: The Nazi War against Homosexuals* (Edimburgo, 1987).

151. Wolff, *Magnus Hirschfeld*, 414.

152. Grossmann, *Reforming Sex*, 149-50; Gaby Zürn, «"Von der Herbertstrasse nach Auschwitz"», en Angelika Ebbinghaus (ed.), *Opfer und Täterinnen: Frauenbiographien des Nationalsozialismus* (Nordlingen, 1987), 91-101, en 93; Annette F. Timm, «The Ambivalent Outsider: Prostitution, Promiscuity, and VD Control in Nazi Berlin», en Gellately y Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders*, 192-211; Christl Wickert, *HeleneStöcker 1869-1943*: *Frauenrechtlerin, Sexualreformerin und Pazifistin. Eine Biographie* (Bonn, 1991), 135-40; más en general, Gabriele Czarnowski, *Das kontrollierte Paar: Eheund Sexualpolitik im Nationalsozialismus* (Weinheim, 1991).

153. Grossmann, *Reforming Sex,* 136-61.

154. Hong, *Welfare*, 261-5; Burleigh, *Death and Deliverance*, 11-42; Jochen Christoph Kaiser *et al*. (eds.), *Eugenik, Sterilisation, «Euthanasie»: Politische Biologie in Deutschland 1893-1945* (Berlín, 1992), 100-102; *idem*, *Sozialer Protestantismus im 20. Jahrhundert: Beiträge zur Geschichte der Inneren Mission 1914-1945* (Munich,1989).

155. Ayass, «*Asoziale» im Nationalsozialismus,* 57-60.

156. Elizabeth Harvey, *Youth Welfare and the State in Weimar Germany* (Oxford, 1993), 274-8; Ayass, «*Asoziale» in Nazionalsozialismus*, 13-23, *idem*, «Vagrants and Beggars», 211-17; véase también Marcus Graser, *Der blockierte Wohlfahrtsstaat: Unterschichtjugend und Jugendfürsorge in der Weimarer Republik* (Göttingen,1995),216-30.

157. Wagner, *Volksgemeinschaft*, 193-213.

158. Patrick Wagner, *Hitlers Kriminalisten: Die deutsche Kriminalpolizei und der Nationalsozialismus* (Munich, 2002), 57-8.

159. Nikolaus Wachsmann, «From Indefinite Confinement to Extermination: “Habitual Criminals” in the Third Reich», en Gellately y Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders*, 165-91; Wachsmann, *Hitler’s Prisons*, cap. 2.

160. Robert N. Proctor, *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis* (Cambridge, Massachusetts, 1988), 101.

161. Crew, *Germans on Welfare*, 208-12.

162. Broszat, «The Concentration Camps», 409-11.

163. Caplan, *Government,* 139-41.

164. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, II. 26-31.

165. Citado en Hans Mommsen, *Beamtentum im Dritten Reich: Mit ausgewählten Quellen zur nationalsozialistischen Beamtenpolitik* (Stuttgart, 1966), 162.

166. Broszat, *Der Staat Hitlers*, 254; Jürgen W. Falter, «“Die Märzgefallenen” von 1933: Neue Forschungsergebnisse zum sozialen Wandel innerhalb der NSDAP Mitgliedschaft während der Machtergreifungsphase», *Geschichte und Gesellschaft*, 24 (1998), 595616, en 616.

167. Caplan, *Government*, 143-7; Bracher, *Stufen,* 244.

168. Bracher, *Stufen,* 245-6; Fieberg (ed.), *Im Namen,* 87-94; Lothar Gruchmann, «Die Überleitung der Justizverwaltung auf das Reich 1933-1935», en *Vom Reichsjustizamt zum Bundesministerium der Justiz; Festschrift zum hundertjahrigen Gründungstag des Reichsjustizamts* (Colonia, 1977), y Horst Göppinger, *Juristen jüdischer Abstammung im «Dritten Reich»: Entrechtung und Verfolgung* (Munich, 1990 [1963]), 183373.

169. Fieberg (ed.), *Im Namen*, 76-9 y 272; Lothar Gruchmann, «Die Überleitung», en *Vom Reichsjustizamt zum Bundesministerium der Justiz*, 119-60.

170. Bracher, *Stufen*, 264-7; Hayes, *Industry and Ideology*, 85-9.

171. Evans, *The Feminist Movement*, 255-60.

172. Allen, *The Nazi Seizure of Power*, 218-32.

173. Haffner, *Defying Hitler*, 111 y 114.

1. Josef Wulf, *Musik im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (Gütersloh, 1963), 31; Fritz Busch, *Aus dem Leben eines Musikers* (Zurich, 1949), 188209; Levi, *Music*, 42- 3; World Committee (ed.), *The Brown Book*, 180.

2. Michael H. Kater, *The Twisted Muse: Musicians and their Music in the Third Reich* (Nueva York, 1997), 120-24, corrige la versión de las memorias de Busch. Para la toma del poder en Sajonia, véase Szejnmann, *Nazism*, 33-4.

3. Gerhard Splitt, *Richard Strauss 1933- 1935: Aesthetik und Musikpolitik zu Beginn der nationalsozialistischen Herrschaft* (Pfaffenweiler, 1987), 42- 59; Bruno Walter, *Theme and Variatians: An Autobiography* (Nueva York, 1966), 295-300; Brigitte Hamann, *Winifred Wagner oder Hitlers Bayreuth* (Munich, 2002), 117-56.

4. Peter Heyworth, *Otto Klemperer: His Life andTimes*, I: *1885-1933* (Cambridge, 1983), 413 y 415.

5. Levi, *Music*, 44-5; Christopher Hailey, *Franz Schreker, 1878-1934: A Cultural Biography* (Cambridge, 1993), 273, 288; Schreker había dimitido ya como director de la Escuela de Música de Berlín en 1932 tras un persistente acoso antisemita.

6. Wulf, *Musik*, 28, que reproduce Philharmonische Gesellschaft en Hamburgo para Kampfbund für deutsche Kultur, Gruppe Berlin, 6 de abril de 1933.

7. Levi, *Music*, 39-41, 86 y 107; véase más en general Reinhold Brinkmann y Christoph Wolff (eds.), *Driven in to Paradise: The Musical Migration from Germany to the United States* (Berkeley, 1999).

8. Kater, *The Twisted Muse*, 89-91 y 120; véase también Michael Meyer, *The Politics of Music in the Third Reich* (Nueva York, 1991), 19-26.

9. David Welch, *The Third Reich: Politics and Propaganda* (2.ª ed., Londres, 2002 [1993]), 172-82, en 173-4.

10. Minuth (ed.), *Die Regierung Hitler*, I. 193-5. Véase Wolfram Werner, «Zur Geschichte des Reichsministeriums für Volksaufklärung und Propaganda und zur Überlieferung», en *idem* (ed.), *Findbücher zu Beständen des Bundesarchivs*, XV: *Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda* (Coblenza, 1979).

11. Para la idea generalizada de que Goebbels era un «socialista», véase, por ejemplo, Jochmann (ed.), *Nationalsozialismus und Revolution*, 407-8.

12. Discurso del 15 de marzo de 1933, citado en Welch, *The Third Reich*, 174-5; para discusiones en 1932, véase Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher,* I/II. 113-14 y 393 (15 de marzo de 1933).

13. Fröhlich, «Joseph Goebbels», en Smelser y Zitelmann (eds.), *The Nazi Elite*, 55.

14. *Völkischer Beobachter*, 23 de marzo de 1933, citado y traducido en Welch, *The Third Reich*, 22-3.

15. Citado en Reuth, *Goebbels*, 269.

16. Citado en Welch, *The Third Reich*, 175.

17. Citado en *ibid*., 176.

18. Reuth, *Goebbels*, 271; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/II. 388 (6 de marzo de 1933), 393 (13 de marzo de 1933) y 395-7 (22 de marzo de 1933); Ansgar Diller, *Rundfunkpolitik im Dritten Reich* (Munich, 1980), 89; Zbynek A. B. Zeman, *Nazi Propaganda* (2.ª ed., Oxford, 1973 [1964]), 40. Para la estructura del ministerio, véase Welch, *The Third Reich*, 29-31.

19. West, *The Visual Arts*, 183-4, también para las citas.

20. Levi, *Music*, 246, n. 5.

21. Fred K. Prieberg, *Trial of Strength: Wilhelm Furtwängler and the Third Reich* (Londres, 1991), 166-9, que cita memorandos y correspondencia publicada e inédita. Para las ideas de Furtwängler sobre diversos temas, véase Michael Tanner (ed.), *Wilhelm Furtwängler, Notebooks 1924-1945* (Londres, 1989).

22. Para la vida y las opiniones de Furtwängler en general, véase Prieberg, *Trial of Strength, passim*; para reservas sobre este libro, véase Evans, *Rereading*, 187-93.

23. El intercambio se incluye en Wulf, *Musik*, 81-2. Max Reinhardt era un director de teatro famoso.

24. Levi, *Music*, 199-201.

25. *Berliner Lokal-Anzeiger*, 11 de abril de 1933, incluido en Wulf, *Musik*, 82-3.

26. Levi, *Music*, 198-202; Peter Cossé, «Die Geschichte», en Paul Badde *et al*. (eds.), *Das Berliner Philharmonische Orchester* (Stuttgart, 1987), 1017.

27. Kater, *Different Drummers*, 29-33.

28. *Ibid*., 47-110.

29. Jelavich, *Berlin Cabaret*, 228-58; «Hermann» está en 229.

30. Volker Kühn (ed.), *Deutschlands Erwachen: Kabarett unterm Hakenkreuz 1933-1945* (Weinheim, 1989), 335; véase, más en general, Christian Goeschel, «Methodische Überlegungen zur Geschichte der Selbsttötung im Nationalsozialismus», en Hans Medick (ed.), *Selbsttötung als kulturelle Praxis* (en preparación, 2004).

31. Josef Wulf, *Theater und Film im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (Gütersloh, 1964), 265-306.

32. David Thomson, *The New Biographical Dictionary of Film* (4.ª ed., 2002 [1975]). Las afirmaciones que se hacen en algunas versiones de la vida de Dietrich, incluida la suya propia, de que se fue por razones políticas y que Hitler intervino personalmente para intentar convencerla para que volviera, deberían tratarse con considerable escepticismo.

33. David Welch, «Propaganda and the German Cinema 1933-1945» (tesis doctoral inédita, Universidad de Londres, 1979), apéndice 1.

34. Birgit Bernard, «“Gleichschaltung” im Westdeutschen Rundfunk 1933/34», en Dieter Breuer y Gertrude Cepl-Kaufmann (eds.), *Moderne und Nationalsozialismus im Rheinland* (Paderborn, 1997), 301-10; Jochen Klepper, *Unter dem Schatten deiner Flügel: Aus den Tagebüchern der Jahre 1932-1942* (Stuttgart,1956),46 y 65;Josef Wulf, *Presse und Funk im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (Gütersloh, 1964), 277-9 y 280-84.

35. Fulda, «Press and Politics», 231-3 y 241-2.

36. Welch, *The Third Reich*, 46; texto de la ley en Wulf, *Presse und Funk*, 723.

37. *Ibid*., 19-38.

38. Welch, *The Third Reich*, 43-8.

39. Grossmann, *Ossietzky*, 224-74.

40. *Ibid*., 267; Chris Hirte, *Erich Mühsam: «Ihr seht mich nicht feige». Biografie* (Berlín, 1985), 431-50. Las versiones difieren sobre si fue asesinato o suicidio; parece más probable lo primero.

41. Dieter Distl, *Ernst Täller: Eine politische Biographie* (Schrobenhausen, 1993), 146-78.

42. Kelly, *All Quiet*, 39-56.

43. Inge Jens (ed.), *Thomas Mann an Ernst Bertram: Briefe aus den Jahren 1910-1955* (Pfullingen, 1960), 178 (carta del 18 de noviembre de 1933), y Robert Faesi (ed.), *Thomas Mann - Robert Faesi: Briefwechsel* (Zurich, 1962), 23 (Mann a Faesi, 28 de junio de 1933); Klaus Harpprecht, *Thomas Mann: Eine Biographie* (Reinbek, 1995), 707-50; Kurt Sontheimer, «Thomas Mann als politischer Schriftsteller», *VfZ*, 6 (1958), 1-44; Josef Wulf, *Literatur und Dichtung im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (Gütersloh, 1963), 24.

44. Ritchie, *German Literature,* 187-99; Wulf, *Literatur, passim*.

45. Robert E. Norton, *Secret Germany: Stefan George and his Circle* (Ithaca, Nueva York, 2002) es ahora la biografía canónica. Para Jünger, véase Paul Noack, *Ernst Jünger: Eine Biographie* (Berlín, 1998), 121-51.

46. Citado en Wulf, *Literatur*, 132; véase también Ritchie, *German Literature*, 9-10, 48-9 y 111-32.

47. Frederic Spotts, *Hitler and the Power of Aesthetics* (Londres, 2002), 152; citas y contexto en West, *The Visual Arts*, 183-4; Hitler, *Mein Kampf*, 235.

48. Rosamunde Neugebauer, «“Christus mit der Gasmaske” von George Grosz, oder: Wieviel Satire konnten Kirche und Staat in Deutschland um 1930 ertragen?», en Maria Rüger (ed.), *Kunst und Kunstkritik der dreissiger Jahre: Standpunkte zu künstlerischen und ästhe tischen Prozessen und Kontroversen* (Dresde, 1990), 156-65.

49. Josef Wulf, *Die Bildenden Künste im Dritten Reich: Eine Dokumentation* (Gütersloh, 1963), 49-51.

50. Peter Adam, *Arts of the Third Reich* (Londres, 1992), 59.

51. Jonathan Petropoulos, *The Faustian Bargain: The Art World in Nazi Germany* (Londres, 2000), 217. Véase también Brandon Taylor y Wilfried van der Will (eds.), *The Nazification of Art: Art, Design, Music, Architecture and Film in the Third Reich* (Winchester, 1990).

52. Spotts, *Hitler,* 153-5.

53. Petropoulos, *The Faustian Bargain*, 14-16.

54. Adam, *Arts*, 49-50; Wulf, *Die Bildenden Künste*, 36; Günter Busch, *Max Liebermann: Maler, Zeichner, Graphiker* (Frankfurt am Main, 1986), 146; Peter Paret, *An Artist against the Third Reich: Ernst Barlach 1933-1938* (Cambridge, 2003), 77-92. El funeral de Liebermann fue sometido a una atenta vigilancia por la policía política (Petropoulos, *The Faustian Bargain*, 217).

55. Sean Rainbird (ed.), *Max Beckmann* (Londres, 2003), 157-64 y 273-4; Adam, *Arts*, 53; Petropoulos, *The Faustian Bargain*, 216-21.

56. Wulf, *Die Bildenden Künste*, 39-45; Koehler, «The *Bauhaus»*, 292-3; Igor Golomstock, *Totalitarian Art in the Soviet Union, Third Reich, Fascist Italy and the People's Republic of China* (Londres, 1990), 21; West, *The Visual Arts*, 83-133.

57. Ritchie, *German Literature*, 187.

58. *Ibid*., 189; Harpprecht, *Thomas Mann*, 722-50.

59. Ritchie, *German Literature* 58-61; Lothar Gall, *Bürgertum in Deutschland* (Berlín, 1989), 466; también, más en general, para Bassermann y su familia. Johst fue nombrado rápidamente codirector del teatro. Véase Boguslaw Drewniak, *Das Theater im NS-Staat: Szenarium deutscher Zeitgeschichte 1933-1945* (Düsseldorf, 1983), 46-7; más en general, Glen W. Gadberry (ed.), *Theatre in the Third Reich, the Prewar Years: Essays on Theatre in Nazi Germany* (Westport, Connetticut, 1995) y John London (ed.), *Theatre under the Nazis* (Manchester, 2000).

60. Ritchie, *German Literature*, 58-61; «Wenn ich Kultur höre, entsichere ich meinen Browning» (Wulf, *Literatur,* 113).

61. Knowles (ed.), *The Oxford Dictionary of Quotations*, 418, cita 17; para una primera versión detallada de la «guerra de aniquilación contra la cultura», véase World Committee (ed.), *The Brown Book*, 160-93.

62. Hugo Ott, *Martin Heidegger: A Political Life* (Londres, 1993), 13-139.

63. *Ibid*., 140-48.

64. Martin Heidegger, *Die Selbstbehauptung der deutschen Universität: Rede, gehalten bei der feierlichen Übernahme des Rektorats der Universität Freiburg i. Br. am 27.5.1933* (Breslau, 1934),5,7,14-15 y 22.

65. Hans Sluga, *Heidegger's Crisis: Philosophy and Politics in Nazi Germany* (Cambridge, Massachusetts, 1993), 1-4; Guido Schneeberger, *Nachlese zu Heidegger: Dokumente zu seinem Leben und Denken* (Berna, 1962), 49-57. Véase también la biografía de Rüdiger Safranski, *Ein Meister aus Deutschland: Heidegger und seine Zeit* (Munich, 1994).

66. Ott, *Martin Heidegger*, 169 y 198-9.

67. Citado en *Ibid*., 185.

68. El único profesor de todas las disciplinas que lo hizo fue el historiador Gerhard Ritter. Véase Cornelissen, *Gerhard Ritter*, 239.

69. Citado en Ott, *Martin Heidegger*, 164, con un análisis en 165-6 de la casuística utilizada por los admiradores modernos de Heidegger para intentar explicar esos sentimientos. Para una útil colección de estudios, véase Bernd Martin (ed.), *Martin Heidegger und das «Dritte Reich» Ein Kompendium* (Darmstadt, 1989).

70. Remy, *The Heidelberg Myth*, 14.

71. Ott, *Martin Heidegger*, 235-351.

72. Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, II. 249-250; y para dos estudios locales, Uwe Dietrich Adam, *Hochschule und Nationalsozialismus: Die Universität Tübingen im Dritten Reich* (Tübingen, 1977), y Notker Hammerstein, *Die Johann Wolfgang Goethe-Universität: Von der Stiftungsuniversität zur staatlichen Hochschule* (2 vols., Neuwied, 1989), I. 171-211.

73. Klaus Fischer, «Der quantitative Beitrag der nach 1933 emigrierten Naturwissenschaftler zur deutschsprachigen physikalischen Forschung», *Berichte zur Wissenschaftsgeschichte*, II (1988), 83-104, que revisa cifras algo más altas de Alan D. Beyerchen, *Scientists under Hitler: Politics and the Physics Community in the Third Reich* (New Haven, 1977), 43-7, y Norbert Schnappacher, «Das Mathematische Institut der Universität Göttingen», y Alf Rosenow, «Die Gottinger Physik unter dem Nationalsozialismus», ambos en Heinrich Becker *et al*. (eds.), *Die Universität Göttingen unter dem Nationalsozialismus: Das verdrängte Kapitel ihrer 250 jährigen Geschichte* (Munich, 1987), 345-73 y 374-409.

74. Ute Deichmann, *Biologists under Hitler* (Cambridge, Massachusetts, 1996 [1992]), 26.

75. Beyerchen, *Scientists*, 43.

76. Max Born (ed.), *The Born-Einstein Letters: Correspondence between Albert Einstein and Max and Hedwig Born from 1916 to 1955* (Londres, 1971), 113-14.

77. Fritz Stern, *Dreams and Delusions: The Drama of German History* (Nueva York, 1987), 51-76 («Fritz Haber: The Scientist in Power and in Exile»); Margit Szöllösi-Janze, *Pritz Haber 1868-1934: Eine Biographie* (Munich, 1998), 643-91.

78. Max Planck, «Mein Besuch bei Hitler», *Physikalische Blatter*, 3 (1947), 143; Fritz Stern, *Einstein's German World* (Londres, 2000 [1999]), 34-58.

79. Remy, *The Heidelberg Myth*, 17-18. Más en general, véase Fritz Kohler, «Zur Vertreibung humanistischer Gelehrter 1933/34», *Blätter für deutsche und internationale Politik*, II (1966), 696-707.

80. Beyerchen, *Scientists*, 15-17, 63-4 y 199-210.

81. Remy, *The Heidelberg Myth*, 24-9; véase también Christian Jansen, *Professoren und Politik: Politisches Denken und Handeln der Heidelberger Hochschullehrer 1914-1935* (Göttingen, 1992).

82. Citado en Noakes y Pridham (eds.), *Nazism*, II. 252.

83. *Ibid*., II. 250; Turner, *German Big Business*, 337.

84. Remy, *The Heidelberg Myth*, 20.

85. *Ibid*., 31.

86. Grüttner, *Studenten*, 71-4.

87. *Ibid*., 81-6.

88. Axel Friedrichs (ed.), *Die nationalsozialistische Revolution 1933* (Dokumente der deutschen Politik, I, Berlín, 1933), 277; Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/II. 419 (11 de mayo de 1933).

89. Varias versiones incluidas en Gerhard Sauder (ed.), *Die Bücherverbrennung: Zum 10. Mai 1933* (Munich, 1983), 89-95.

90. Clemens Zimmermann, «Die Bücherverbrennung am 17. Mai 1933 in Heidelberg: Studenten und Politik am Ende der Weimarer Republik», en Joachim-Felix Leonhard (ed.), *Bücherverbrennung: Zensur, Verbot, Vernichtung unter dem Nationalsozialismus in Heidelberg* (Heidelberg, 1983), 55-84.

91. Wolfgang Strätz, «Die studentische “Aktion wider den undeutschen Geist”», *VfZ*, 16 (1968), 347-72 (que atribuye erróneamente la iniciativa al ministro de Propaganda); Jan-Pieter Barbian, *Literaturpolitik im «Dritten Reich»: Institutionen, Kompetenzen, Betätigungsfelder* (Frankfurt am Main, 1993), 54-60 y 128-42; Hildegard Brenner, *Die Kunstpolitik des Nationalsozialismus* (Hamburgo, 1963), 186.

92. Leonidas E. Hill, «The Nazi Attack on “Un-German” Literature, 1933-1945», en Jonathan Rose (ed.), *The Holocaust and the Book* (Arnherst, Massachusetts, 2001), 9-46; Sauder (ed.), *Die Bücherverbrennung*, 9-16; véase también Anselm Faust, «Die Hochschulen und der “undeutsche Geist”: Die Bücherverbrennung am 10. Mai 1933 und ihr Vorgeschichte», en Horst Denkler y Eberhard Larnmert (eds.), «*Das war ein Vorspiel nur...*»: *Berliner Kolloquium zur Literaturpolitik im «Dritten Reich»* (Berlín, 1985), 31-50; Grünner, *Studenten*, 75-77, indica que no puede hallarse instrucción alguna del recién fundado Ministerio de Propaganda en los archivos de los sindicatos de estudiantes, y Goebbels no da indicio alguno en su diario de que la iniciativa procediese de él.

93. Rebentisch y Raab (eds.), *Neu-Isenburg*, 86-7.

94. Para los acontecimientos de Wartburg, véase Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, II. 334-6; la luego famosa frase de Heine es de *Almansor* (1823), 245, citada en inglés, entre otras muchas antologías, en Knowles (ed.), *The Oxford Dictionary of Quotations*, 368. La muerte en la hoguera aún se aplicaba en Prusia como castigo por asesinato por incendio intencionado en la época, aplicándose por última vez en Berlín en 1812 (Evans, *Rituals*, 213-14).

95. Michael Wildt, «Violence against Jews in Germany, 1933-1939», en David Bankier (ed.), *Probing the Depths of German Antisemitism: German Society and the Persecution of the Jews 1933-1941* (Jerusalén, 2000), 181209, en 181-2; Saul Friedländer, *Nazi Germany and the Jews: The Years of Persecution 1933-1939* (Londres, 1997), 107-10; Walter, *Antisemitische Kriminalität*, 236-43. Para documentación contemporánea, véase Comité des Délégations Juives (ed.), *Das Schwarzbuch: Tatsachen und Dokumente. Die Lage der Juden in Deutschland 1933* (París, 1934). Véase, más en general, Shulamit Volkov, «Antisemitism as a Cultural Code: Reflections on the History and Historiography of Antisemitism in Imperial Germany», *Year Book of the Leo Baeck Institute*, 23 (1978), 25-46.

96. Longerich, *Politik der Vernichtung*, 26-30.

97. Gruchmann, *Justiz*, 126; Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, 43-4.

98. Haffner, *Defying Hitler*, 125.

99. Halbmonatsbericht des Regierungspräsidenten von Niederbayern und der Oberpfalz, 30.3.1933, en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, I. 432.

100. Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, 41-2.

101. World Committee (ed.), *The Brown Book*, 237, en general sobre la persecución de los judíos, 222-69.

102. Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, 17-18.

103. Minuth (ed.), *Die Regierung Hitler*, I. 270-71; Longerich, *Der ungeschriebene Befehl,* 44-6.

104. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/II. 398 (27 de marzo de 1933).

105. Moshe R. Gottlieb, *American Anti-Nazi Resistance, 1933-1941: An Historical Analysis* (Nueva York, 1982), 15-24; Deborah E. Lipstadt, *Beyond Belief: The American Press and the Coming of the Holocaust, 1933-1945* (Nueva York, 1986).

106. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher*, I/II. 398-401; Reuth, *Goebbels*, 281; Klemperer, *I Shall Bear Witness*, 9-10.

107. Longerich, *Politik der Vernichtung*, 36-9; más en general, Avraham Barkai, *From Boycott to Annihilation: The Economic Struggle of German Jews, 1933-1945* (Hannover, New Hampshire, 1989), 17-25; Helmut Genschel, *Die Verdrängung der Juden aus der Wirtschaft im Dritten Reich* (Berlín, 1966), 47-70.

108. Friedlander, *Nazi Germany and the Jews*, 21-2; Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, I. 433-5; Klemperer, *I Shall Bear Witness*, 10.

109. Friedlander, *Nazi Germany and the Jews*, 24-5; Haffner, *Defying Hitler*, 131-3.

110. Longerich, *Politik der Vernichtung*, 39-41.

111. Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, 26-31.

112. Longerich, *Der ungeschriebene Befehl*, 46.

113. Longerich, *Politik der Vernichtung*, 41-5.

114. Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, 35-7.

115. Allen, *The Nazi Seizure of Power*, 218-22.

116. Konrad Kwiet y Helmut Eschwege, *Selbstbehauptung und Widerstand: Deutsche Juden im Kampf um Existenz und Menschenwürde 1933-1945* (Hamburgo,1984),50-56.

117. Klemperer, *I Shall Bear Witness*, 5-9; *idem*, *Tagebücher 1933-1934 (Ich will Zeugnis ablegen bis zum Letzten)*, I (Berlín, 1999 [1995]), 6-15. La edición alemana de bolsillo utilizada aquí contiene también material no incluido en la traducción inglesa.

118. Norbert Frei, «“Machtergreifung”: Anmerkungen zu einem historischen Begriff», *VfZ*, 31 (1983), 136-45. La expresión «toma del poder» la difundió en realidad la obra magistral de Bracher, Schulz y Sauer, *Die nationalsozialistische Machtergreifung;* pero el alcance de su vasta obra dejaba claro que se proponían que el concepto cubriese el periodo de *después* del 30 de enero de 1933 y hasta finales del verano de ese mismo año.

119. El concepto «vacío de poder» es un aspecto básico de la versión clásica de Bracher en *Die Auflösung*.

120. Véanse las fascinantes especulaciones en Turner, *Hitler's Thirty Days*, 172-6; éstas subestiman, en mi opinión, el racismo y el antisemitismo del cuerpo de oficiales alemán, y su deseo de renovar la «puja por el poder mundial de Alemania» que con tanto vigor se había apoyado antes en ese mismo siglo; pero se corresponde con el carácter de esta historia «¿y si?» que al final sólo podamos apoyarnos en la conjetura y no haya modo de saber si mis especulaciones son más verosímiles que las de Turner. Para algunas reflexiones generales, véase Richard J. Evans, «Telling It Like It Wasn't», *BBC History Magazine*, 3 (2002), nº.12,22-5.

121. Volker Rittberger (ed.), *1933: Wie die Republik der Diktatur erlag* (Stuttgart, 1983), esp., 217-21; Martin Blinkhorn, *Fascists and Conservatives: The Radical Right and the Establishment in TwentiethCentury Europe* (Londres, 1990); *idem*, *Fascism and the Right in Europe 1919-1945*(Londres,2000);Payne, *A History of Fascism*,14-19.

122. Paul, *Aufstand*, 255-63; Richard Bessel, «Violence as Propaganda: The Role of the Storm Troopers in the Rise of National Socialism», en Thomas Childers (ed.), *The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933* (Londres, 1986), 131-46.

123. Geoff Eley, «What Produces Fascism: Pre-Industrial Traditions or a Crisis of the Capitalist State?», en *idem*, *From Unification to Nazism*, 254-84; Gessner, *Agrarverbände in der Weimarer Republik*; Geyer, «Professionals and Junkers»; Peukert, *The Weimar Republic*, 275-81. Para un énfasis en el papel de las elites preindustriales, véase Winkler, *Weimar*, 607.

124. Erdmann y Schulze (eds.), *Weimar*; Heinz Höhne, *Die Machtergreifung: Deutschlands Weg in die Hitler-Diktatur* (Reinbek, 1983), cap. 2 («Selbstmord einer Demokratie»).

125. Joseph Goebbels, *Der Angriff: Aufsätze aus der Kampfzeit* (Munich, 1935), 61.

126. Bracher, *The German Dictatorship*, 246.

127. *Ibid*., 248-50.

128. Thomas Balistier, *Gewalt und Ordnung: Kalkül und Faszination der SA* (Münster, 1989).

129. *Der Prozess*, XXVI. 300-301 (783-PS), y Broszat, «The Concentration Camps», 406-23.

130. Véase, por ejemplo, Lothar Gruchmann, «Die bayerische Justiz im politischen Machtkampf 1933/34: Ihr Scheitern bei der Strafverfolgung von Mordfällen in Dachau», en Broszat *et al*. (eds.), *Bayern*, II. 415-28.

131. Wachsmann, *Hitler's Prisons*; cap. 2.

132. Haffner, *Defying Hitler*, 103-25. Dirk Schumann, *Politische Gewalt in der Weimarer Republik: Kampf um die Strasse und Furcht vor dem Bürgerkrieg* (Essen,2001), esp.271-368.

133. Hitler, *Hitler: Reden, Schriften, Anordnungen*, III. 434-51, en 445.

134. Bessel, *Political Violence*, 123-5.

135. Ludwig Binz, «Strafe oder Vernichtung?», *Völkischer Beobachter*, 5 de enero de 1929.

136. Hermann Rauschning, *Germany's Revolution of Destruction* (Londres, 1939 [1938]), 94, 97-9, 127.

137. Bracher, *Stufen*, 21-2.

138. Richard Bessel, «1933: A Failed Counter-Revolution», en Edgar E. Rice (ed.), *Revolution and Counter-Revolution* (Oxford, 1991), 109227; Horst Möller, «Die nationalsozialistische Machtergreifung: Konterrevolution oder Revolution?», *VfZ*, 31 (1983), 25-51; Jeremy Noakes, «Nazism and Revolution», en Noel O'Sullivan (ed.), *Revolutionary Theory and Political Reality* (Londres, 1983), 73- 100; Rainer Zitelmann, *Hitler: The Policies of Seduction* (Londres, 1999 [1987]).

139. En especial, Jacob L. Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy* (Londres, 1952).

140. Bracher, *Stufen*, 25-6.

141. Minuth (ed.), *Die Regierung Hitler*, I. 630.

142. *Ibid*., 634.

143. AT 6 y 99, en Merkl, *Political Violence*, 469.

144. Bracher, *Stufen*, 48.

145. Lev Trotsky, *The History of the Russian Revolution* (3 vols., Londres, 1967 [1933-4]), III. 289.

146. Domarus, *Hitler*, I. 487.

147. Richard Lowenthal, «Die nationalsozialistische “Machtergrei-fung” - eine Revolution? Ihr Platz unter den totalitaren Revolutionen unseres Jahrhunderts», en Martin Broszat et al. (eds.), Deutschlands Weg in die Diktatur (Berlín, 1983), 42-74.

La llegada del Tercer Reich
Richard J. Evans

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Coming of the Third Reich*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Sr. García

© Richard J. Evans, 2003. Todos los derechos reservados

© de la traducción, José Manuel Álvarez Flórez, 2005

Mapas al cuidado de Andras Bereznay
© de las fotografías: Ullstein Bilderdienst, Berlín: 1, 24; Imperial War Museum: 2 (Q53446), 3 (Q9271); Simon Taylor: 5, 16, 19a, 19c, 19d; Hulton Getty: 6, 12, 15, 22; Mary Evans Picture Library: 7, 17; Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz: 8, 10, 13, 20, 21, 27; Bettmann/Corbis: 9; Bridgeman Art Library y DACS, 2003: 11; Süddeutscher Verlag, Munich: 14; Christel Gerstenberg/Corbis: 19b; AKG, Londres: 23, 25, 29; Hulton-Deutsch Collection/Corbis: 30.

Se ha hecho todo lo posible para localizar a los propietarios del copyright, pero no se ha logrado en todos los casos. Los editores rectificarán con mucho gusto cualquier omisión si se les notifica.

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S. L. U., 2017
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-9942-586-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com